This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

HX641G

Digitized by Google

Span 5397. 4

Charles K. Bradford.

Digitized by Google

J. W. Bruce -
1043

Digitized by Google

Digitized by Google

NOVELAS EXEMPLARES,

Y

AMOROSAS,

DE

DOÑA MARIA DE ZAYAS,

Y

SOTOMAYOR,

NATURAL DE MADRID.

PRIMERA, Y SEGUNDA PARTE.

CORREGIDAS, Y EMMENDADAS
en esta ultima Impression.

BARCELONA: En la Imprenta de Maria Angela Martì viuda, en la plaza de S. Jayme. Año 1764.

CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES.

Digitized by Google

Span 5397.4

Harvard College Library

Aug. 23, 1917

Gift of

Dr. E. H. Bradford

Digitized by Google

APROBACION DEL MAESTRO JOSEPH de Valdivieſo.

ESte honeſto, y entretenido Libro, que mandò ver el ſeñor Don Juan de Mendieta, Vicario General en eſta Corte, y que eſcriviò Doña Maria de Zayas, no hallo coſa que no ſea conforme à la verdad catholica de nueſtra Santa Madre Igleſia, ni diſſonante à las buenas coſtumbres. Y quando à ſu Autora, por iluſtre emulacion de las Coriunas, Saphos, y Aſpaſias no ſe le debiera dar la licencia que pide; por Dama, è hija de Madrid, me parece que no ſe le puede negar. Madrid, y Junio 16. de 5634.

El M. Joſeph de Valdivieſo.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

EL Doctor Juan de Mendieta, Vicario General de eſta Villa, y ſu Partido, &c. Por lo que à Nos toca, damos licencia para que ſe pueda imprimir, è imprima eſte Libro intitulado: *Novelas exemplares*; compueſto por Doña Maria de Zayas, atento lo he hecho ver, y no hay coſa en èl contra nueſtra Santa Fè, y buenas coſtumbres. Dada en Madrid à 4. de Julio de 1634.

EL Dr. JUAN DE MENDIETA.

Por ſu mandado
Juan Franciſco de Haro, Not.

LICEN-

Digitized by Google

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Juan de Peñuelas Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Govierno del Conse[illegible], por lo tocante à los Reynos de la Corona de Ara[illegible]. Certifico, que por los Señores de èl se ha concedido licencia à Maria Angela Martì, Impressora en la Ciudad de Barcelona, para que por una vez pueda reimprimir, y vender el Libro intitulado: *Novelas exemplares de Doña Maria de Zayas*; con tal de que se haga en papel fino, y buena estampa por el impresso que sirve de original, que està firmado, y rubricado de mi mano; y mandaron que hecha la reimpression no la entregue el Impressor hasta que por el Consejo se dè la licencia para su publicacion, despues de corregida la Obra por el Corrector General, guardando en dicha reimpression lo dispuesto por leyes, y pragmaticas de estos Reynos. Y para que conste doy esta certificacion en Madrid à catorce de Enero de mil setecientos sesenta y tres.

ER-

Digitized by Google

ERRATAS.

PAg. 4. col. 2. lin. 8. nevo, lee nuevo. Pag. 10. col. 1. lin. 31. agrada, lee agradada. Pag. 34. col. 2. lin. 33. y 34. pro-vocado, lee probado. Pag. 84. col. 1. lin. 19. desmayo, lee desmayado. Pag. 116. col. 1. lin. 1. sal, lee sala. Pag. 154. col. 2. lin. 8. herededo, lee heredado. Pag. 171. col. 1. lin. 14. lienza, lee lienzo. Pag. 274. col. 1. lin. 13. el, lee eres.

Pues q[ue]

TA-

Digitized by Google

TABLA DE LAS NOVELAS DE LA PRIMERA Parte.

Introduccion, pag. 1.
1 Aventurarse perdiendo, pag. 5.
2 La burlada Aminta, pag. 35.
3 El Castigo de la Miseria, pag. 61.
4 El Prevenido Engañado, pag. 87.
5 La Fuerza del Amor, pag. 119.
6 El Desengaño amado, y premio de la Virtud, p. 133.
7 Al fin se paga todo, pag. 156.
8 El Imposible vencido, pag. 175.
9 El Juez de su Causa, pag. 196.
10 El Jardin engañoso, pag. 213.

TABLA DE LOS SARAOS DE LA SEGUNDA Parte.

Introduccion, pag. 226.
1 La Esclava de su Amante, pag. 233.
2 La mas infame Venganza, pag. 268.
3 La Inocencia castigada, pag. 291.
4 El Verdugo de su Esposa, pag. 329.
5 Tarde llega el Desengaño, pag. 340.
6 Amar solo por vencer, pag. 365.
7 Mal presagio casar lexos, pag. 398.
8 El Traydor contra su Sangre, pag. 423.
9 La Perseguida triunfante, pag. 448.
10 Estragos que causa el Vicio, pag. 502.

IN-

Digitized by Google

INTRODUCCION.

JUntaronse à entretener à Lisis, hermoso milagro de la naturaleza, y prodigioso assombro de esta Corte (à quien unas atrevidas quartanas tenian rendidas sus hermosas prendas) la hermosa Lisarda, la discreta Matilde, la graciosa Nise, y la sabia Filis, todas nobles, ricas, hermosas, y amigas, una tarde de las cortas de Deciembre, quando los yelos, y terribles nieves dan causa à guardar las casas, y gozar de los prevenidos braseros, que en competencia del mes de Julio, quieren hacer tiro à las cantimploras, y lisongear las Damas, para que no hechen menos el prado, el rio, y las demàs holguras que en Madrid se usan. Pues como fuesse tan cerca de Navidad, tiempo alegre, y digno de solemnizarse con fiestas, juegos, y burlas, haviendo gastado la tarde en honestos, y regocijados coloquios, porque Lisis, con la agradable conversacion de sus amigas no sintiesse el enfadoso mal, concertaron entre si un sarao, entretenimiento para la noche buena, y los demàs dias de Pasqua: combidando para este efecto à D. Juan, Cavallero mozo, galan, rico, y bien entendido, primo de Nise, y querido dueño de la voluntad de Lisis, à quien pensaba ella entregar, en legitimo matrimonio, las hermosas prendas de que el Cielo la havia hecho gracia, si bien D. Juan aficionado à Lisarda, prima de Lisis, à quien deseaba para dueño, negaba à Lisis la justa correspondencia de su amor, sintiendo la hermosa Dama el tener à los ojos la causa de sus zelos, y haver de fingir agradable risa en el semblante, quando el alma, llorando mortales sospechas havia dado motivo à su mal, y ocasion à su tristeza, y mas viendo que Lisarda, contenta, como estimada, sobervia, como querida, y falsa, como competidora; en todas ocasiones llevaba lo mejor de la amorosa compatencia. Combidado D. Juan à la fiesta, y agradecido por principal de ella, à peticion de las Damas se acompañò de D. Alvaro, D. Miguel, D. Alonso, y D. Lope, en nada inferiores à D. Juan, por ser todos en nobleza, gala, y bienes de fortuna iguales, y conformes, y todos aficionados à entretener el tiempo, discreta, y regocijadamente, juntos pues todos en un

Digitized by Google

mismo acuerdo, dieron à la bella Lisis la presidencia de este gustoso entretenimiento, pidiendole que ordenasse à cada uno lo que se havia de hacer; la qual, escusandose como enferma, viendose importunada de sus amigas, sustituyendo à su madre en su lugar, que era una noble, y discreta señora, à quien el enemigo comun de las vidas, quitò su amado esposo, se saliò de la sala, obligacion en que sus amigas la havian puesto. Laura, que este es el nombre de la madre de Lisis, repartiò en esta forma la entretenida fiesta: A Lisis su hija, que como enferma, se escusaba, y era razon, diò cargo de prevenir de Musicos la fiesta; y para que fuesse mas gustosa, mandò expressamente, que les diesse las letras, y romances que en todas cinco noches se huviessen de cantar. A Lisarda su sobrina, y à la hermosa Matilde, mandò que despues de inventar una ayrosa mascara, en que ellas, y las otras Damas, con los Cavalleros, mostrassen su gala, donayre, destreza, y bizarria, la primera noche, despues de aver danzado. Y porque los Cavalleros no se quexassen de que las Damas se les alcanzaban con la preeminencia, mesclando à los unos con los otros, saliò la segunda noche por D. Alvaro, y D. Alonso. La tercera, à Nise, y Filis. La quarta, à D. Miguel, y D. Lope. Y la quinta, y ultima noche, à la misma Laura, y que la acompañasse D. Juan: feneciendo la Pasqua con una grandiosa cena, que quiso Lisis, como la principal de la fiesta, dar à los Cavalleros, y Damas, para la qual combidaron à los padres de los Cavalleros, y à las madres de las Damas, por ser todas ellas sin padres, y estos sin madres, que la muerte no dexa à los mortales los gustos cumplidos. Lisis, à quien tocaba dar principio à la fiesta, hizo buscar dos Musicos los mas diestros que pudieron hallarse, para que acompañassen con sus voces, la angelica suya, que con este favor, quiso engrandecerla. Quedaron avisados, que al recogerse el dia, y descoger la noche el negro manto, luto bien merecido por el rubicundo señor de Delfos, que por dar à los Indios los alegres dias, daba à nuestro Emisferio, con su ausencia, obscuras sombras, se juntassen todos, para solemnizar la noche buena, con el concertado entrenimiento, en el quarto de la hermosa Lisis, en una sala, que aderezada de unos costosos paños Flamencos, cuyos boscajes, flores, y arboledas parecian las selvas de Arcadia, ò los pensiles huertos de Babilonia. Coronaba la sala un rico estrado con almoadas de terciopelo verde, à quien las borlas, y guarniciones de plata, hermoseaban sobre manera: haciendo

Digitized by Google

ciendo competencia à una viſtoſa camilla, que al lado del vario eſtrado havia de ſer trono, aſſiento, y reſguardo de la bella Liſis, que como enferma pudo gozar de eſta preminencia: era aſſi miſmo de brocado verde, con flecos, y alamares de oro. Eſtaba ya la ſala cercada toda al rededor de muchas ſillas de terciopelo verde, y de infinitos taburetes poqueños, para que ſentados en ellos los Cavalleros, pudieſſen gozar de un braſero de plata, que alimentado de fuego, y diverſos olores, cogia el eſtrado de parte à parte. Deſde las tres de la tarde empezaron las Señoras, y no ſolo las combidadas, ſino otras muchas, que à las nuevas del entretenido feſtin, ſe combidaron ellas miſmas à ocupar los aſſientos, recibidos con grandiſſimo agrado de la diſcreta Laura, y hermoſa Liſis, que veſtida de la color de ſus zelos, ocupaba la camilla, que por la honeſtidad, y decencia, aunque era el dia de la quartana, quiſo eſtar veſtida. Ya la ſala parecia quando los campos alumbrados del rubio Apolo, vertiendo riſa, alegrando los ojos que los miraban, tantas eran las velas que daban luz à la rica ſala, quando los Muſicos, que cerca de la cama de Liſis tenian ſus aſſientos, prevenidos de un Romance, que deſpues de haver danzado, ſe havia de cantar, empezaron con una gallarda à combidar à las Damas, y Cavalleros à ir ſaliendo de una quadra con hachas encendidas en las manos, para que fueſſe mas bien viſta ſu gallardia. El primero que diò principio al ayroſo paſſeo, fuè D. Juan, que por guia, y maeſtro empezò ſolo, tan galan, de pardo, que llevaba los ojos de quantos le veian, cuyos botones, y cadenas de diamantes parecian Eſtrellas. Siguiòle Liſarda, y D. Alvaro, èlla de las colores de D. Juan, y èl de las de Matilde, à quien ſacrificaba ſus deſeos. Venia la hermoſa Dama de noguerado, y plata, acompañabala D. Alonſo galan, de negro, porque ſaliò aſſi Niſe, ſaya entera de terciopelo liſo, ſembrada de botones de oro, trahiala de la mano D. Miguel, tambien de negro, porque aunque miraba bien à Filis, no ſe atreviò à ſacar ſus colores, teniendo à D. Lope, por haver ſalido como ella, de verde, creyendo que ſeria dueño de ſus deſeos. Haviendo D. Juan moſtrado en ſu gala, un deſengaño à Liſis de ſu amor, viendo à Liſarda favorecida, haſta en las colores: la qual diſpuelta à diſſimular, ſe comiò los ſuſpiros, y ahogò las lagrimas, dando lugar à los ojos, para ver el donayre, y deſtreza con que dieron fin à la ayroſa maſcara, con tan intrincadas bueltas, y gracioſos labeaintos, lazos, y cruzados, que quiſieran que durara un ſiglo. Mas

Digitized by Google

viendo à Lisis, que con pedazos de cristal, acompañada de los dos Musicos, queria enseñar en la destreza de su voz, sus gracias, tomando assiento todos por su orden, dieron lugar à que se cantàra este Romance.

Escuchad selvas mi llanto,
oìd, que à quexarme buelvo,
que nunca à los desdichados
les dura mas el contento.
Otra vez hice testigos
à vuestros olmos, y fresnos,
y à vuestros puros cristales
de la ingratitud de Celio.
Oìstes tiernas mis quexas,
y entretuvistes mis zelos
con la musica amorosa
destos mansos arroyelos.
Viò tierno, su sinrazon,
probò mi firmeza Celio,
procurò pagar finezas,
sino que se cansò presto.
Salì à gozar mis venturas
alegre de ver que en premio
de mi amor, si no me amaba,
le agradecia à lo menos.
Pequeña juzgaba el alma
de su viveza aposento,
estimando por favores
sus desdenes, y despegos.
Adorava sus engaños,
aumentando en mis deseos,
sus gracias, para adorarle,
què engañado devaneo!
Quien pensàra, dueño ingrato,
que estas cosas que refiero
aumentàran de tu olvido
el apresurado intento?
Bien haces de ser cruel,
injustamente me quexo,
pues siempre son los dichosos
aquellos que quieren menos.
Tu amor murmura la Aldea,
mirando en tu pensamiento
nuevo dueño de tu gusto,
y en tus ojos nevo empleo.
Y yo como te quiero, lloro tu olvido,
y tus desdenes siento.

No fuera verdaderamente agradecido tan ilustre auditorio, si no dieran à la hermosa Lisis las gracias de su voz; y assi con las mas corteses, y discretas razones que supo D. Francisco, padre de D. Juan, en nombre de todos mostrò quanto estimaban tan engrandecido favor, dando con esto à la hermosa Dama, à pesar del mal, aumento en su belleza; con los nuevos colores que à su rostro vinieron, ya D. Juan, para caer en la cuenta de su poco agradecimiento, si bien bolviendo à mirar à Lisarda, bolviò à enredarse en los lazos de su hermosura, mas viendole prevenirse de assiento mas acomodado, para referir la maravilla, que le tocaba decir esta primera noche, la qual viendo, que todos, colgados de su dulce boca, y bien entendidas palabras, aguardaban que empezasse buscando las mas discretas que pudo dilatarle su claro entendimiento, y estremado donayre, dixo assi:

NO-

Digitized by Google

NOVELA PRIMERA.

AVENTURARSE PERDIENDO.

EL nombre, hermosissimas Damas, y nobles Cavalleros de mi maravilla es, aventurarse perdiendo; porque en el discurso de ella vereys, como para ser una muger desdichada, quando su estrella inclina à serlo, no bastan exemplos, ni escarmientos: si bien, servirà el oìrla de aviso, para que no se arrojen al mar de sus desenfrenados deseos; fiadas en la barquilla de su flaqueza, temiendo que en èl se aneguen, no solo las flacas fuerzas de las mugeres, sino los claros, y heroycos entendimientos de los hombres, cuyos engaños es razon que se teman, como se verà en mi maravilla, que es la siguiente.

Por entre las asperas peñas de Monserrate, suma, y grandeza del poder de Dios, y milagrosa admiracion de las excelencias de su Divina Madre, donde se ven en Divinos Mysterios, efectos de sus misericordias, pues sustenta en el ayre la punta de un empinado monte, à quien han desamparado los demas, sin mas ayuda que la que le da el Cielo, que no es la de menos consideracion, el milagroso, y sagrado Templo, tan adornado de riquezas, como de maravillas: tantos son los milagros que hay en èl, y el mayor de todos, aquel verdadero Retrato de la Sereniſſima Reyna de los Angeles, y Señora nuestra. Despues de haverla adorado, ofreciendole el alma llena de devotos afectos, y mirado con atencion aquellas grandiosas paredes, cubiertas de mortajas, y muletas, con otras infinitas insignias de su poder, subìa Fabio ilustre hijo de la noble Villa de Madrid, lustre, y adorno de su grandeza pues con su excelente entendimiento, y conocida nobleza, amable condicion, y gallarda presencia, la adorna, y enriquece tanto, como qualquiera de sus valerosos Fundadores, y de quien ella, como madre, se precia mucho. Llevaba este virtuoso mancebo, por tan aspe peras malezas, deseos piadosos de ver en ellas las devotas celdas, y penitentes Monges, que han muerto al Mundo, por vivir para el Cielo. Despues de haver visitado algunas, y recibido sustento para el alma, y cuerpo, y considerando la santidad de sus moradores, pues obligan con ella à los fugitivos paxarillos, à venir à sus manos, à comer las migajas que les ofrecen. Caminando à lo mas remoto del monte, por

Digitized by Google

ver la nombrada cueva, que llaman de San Anton; assi por ser la mas aspera, como prodigiosa, respeto de las cosas que alli se ven, tanto de las penitencias de los que la habitan, como de los assombros que les hacen demonios; que se puede decir, que salen de ellas con tanta calificacion de espiritu, que cada uno por si, es un San Anton. Cansado de subir por una estrecha senda, respeto de no dar lugar su aspereza à ir de otro modo, que à piè, y haver dexado en el Convento la mula, y un criado que le acompañaba, se sentò à la margen de un pequeño arroyuelo, que derramando sus perlas entre menudas yervecillas, descolgandose con sossegado rumor de una hermosa fuente, que en lo alto del monte goza regalado assiento, pareciendo alli fabricada, mas por manos de Angeles, que de hombres, para recreo de los Santos Ermitaños, que en èl habitan; cuya musica, y cristalina risa, ya que no la veìan los ojos, no dexaba de agradar à los oìdos. Y como el caminar à piè, el calor del Sol, y la aspereza del camino le quitassen parte de el animoso brio, quiso recobrar alli el perdìdo aliento. Apenas diò vida à su cansada respiracion, quando llegò à sus oìdos una voz muy suave, que en baxos acentos mostraba no estar muy lexos el dueño. La qual tan baxa, como triste, por servirle de instrumento la humilde corriente, y pensando que nadie la escuchaba, cantò assi:

Quien pensàra que mi amor
escarmentado en mis males,
cansado de mis desdichas,
no huviera muerto cobarde?
Quien le viò escapar huyendo
de ingratitudes tan grandes,
que crea, que en nuevas penas
buelva de nuevo à enlazarme?
Mal hayan de mis finezas,
tan descubiertas verdades,
y mal haya quien llamò
à las mugeres mudables.
Quando de tus sinrazones,
pudiera Celio quexarme,
quiere amor que no te olvide,
quiere amor que mas te ame.
Desde que sale la Aurora,
hasta que el Sol va à bañarse
al mar de las playas Indias,
lloro firme, y siento amante.
Buelve à salir, y me halla,
repassando mis pesares,
sintiendo tus sinrazones,
llorando tus libertades.
Bien conozco que me canso,
sufriendo penas en valde;
que lagrimas en ausencia,
cuestan mucho, y poco valen.
Vine à estos montes huyendo,
de que ingrato me maltrates;
pero mas firme te adoro,
que en mi es sustento el amarte.
De tu vida me librè,
pero no pude librarme
de un pensamiento enemigo,
de una voluntad constante.

Quien

Digitized by Google

Quien viò cercado el Castillo,
quien viò combatida Nave,
quien viò cautivo en Argel,
tal estoy, y sin mudarme.
Mas, pues, te elegì por dueño,
matadme, penas matadme;
pues por lo menos diràn,
muriò, pero sin mudarse.
Ay bien sentidos males,
poderosos sereys para matarme,
màs no podeys hacer
que amor se acabe.

Con tanto gusto escuchaba Fabio la lastimosa voz, y bien sentidas quexas, que aunque el dueño de ellas no era el mas diestro que huviesse oido, casi le pesò de que acabasse tan presto. El gusto, el tiempo, el lugar, y la montaña le daban deseo de que passàra adelante, y si algo le consolò el no hacerlo, fuè el pensar que estaba en parte que podria presto con la vista dar gusto al alma, como con la voz havia dado aliento à los oìdos; pues quando la causa fuera mas humilde, oìr cantar en un monte, le era de no pequeño alivio, para quien no esperaba sino el ahullido de alguna bestia fiera. En fin Fabio, alentado mas que antes, prosiguiò su camino en descubrimiento del dueño de la voz que havia oìdo, pareciendole no estar en tal parte sin causa, llevandole enternecido, y lastimado, oìr quexas en tan aspera parte. Notable piedad, y generosa accion enternecerse de la passion agena. Iba Fabio tan deseoso de hablar al lastimado Musico, que no hay quien sepa encarecerlo: y porque no se escondiesse, iba con todo el silencio possible. Siguiendo en fin por la margen de la cinta de cristal, buscando su hermoso nacimiento, pareciendole que seria el lugar que atesoraba la joya, que à su parecer buscàba con alguna sospecha de lo mismo que era; y no se engañò, porque acabando de subir à un pradillo, que en lo alto del monte estaba, morada sola para la casta Diana, ò para alguna desesperada criatura, al qual hacia por una parte espaldas una blanca peña, de donde salìa un gruesso pedazo de cristal, sabroso sustento de las flores, verdes romeros, y graciosos tomillos, viò recostado en ellos un mozo, que al parecer su edad estaba en la primera de sus años, vestido sobre un calson pardo, una blanca, y erizada piel de algun cordero, su zurron, y cayado junto à sì, y con sus abarcas, y montera. Apenas le viò, quando conociò ser el dueño de los cantados versos, porque le pareciò estar suspenso, y triste, llorando las passiones que havia cantado. Y si no le desengañàra à Fabio la voz que havia oìdo, creyera ser figura de sconocida, hecha por adorno de la fuente tan inmobil le tenian sus cuydados. Tenia un nudo hecho

Digitized by Google

de sus blancas manos, tales que pudieran dar embidia à la nieve, si ella de corrida no huviera desamparado la montaña. Si su rostro se la daba al Sol; digalo la poca ofensa que le hacian sus rayos, pues no les havia concedido tomar posseſſion en su belleza, ni exercer la comiſſion que tienen contra la hermosura. Tenia esparcidas por entre las olorosas yervas, una manada de ovejas: mas por dar motivo à su trage, que por el cuydado que mostraba tener con ellas, porque mas eran terceras de traherle perdido. Era la suspension del hermoso mozo tal, que diò lugar à Fabio de llegarse tan cerca, que pudo notar que las doradas flores del rostro desdecian al trage, porque à ser hombre, ya debia dorar la boca el tierno vello; y para ser muger era el lugar tan peligroso, que casi dudò lo mismo que veia; mas viendose en parte, que casi el mismo engaño le culpaba de poco atrevido; se llegò mas cerca, y le saludò con mucha cortesia. A la qual el embelesado zagal bolviò en sì, con un ay tan lastimoso, que parecia ser el ultimo de su vida; y como aun no le havia la montaña quitado la cortesia, viendo à Fabio, se levantò, haciendosela con discretas caricias, preguntandole de su venida por tal parte. A lo qual Fabio, despues de agradecer sus corteses razones, satisfizo de esta suerte: Yo soy un Cavallero de Madrid, vine à negocios importantes à Barcelona, y como les dì fin, y era fuerza bolver à mi Patria, no quise ponerlo en execucion, hasta ver el milagroso Templo de Monserrate. Visitè devoto, y quise piadoso, ver las Ermitas que hay en esta montaña. Y estando descansando entre essos olorosos tomillos, oì tu lastimosa voz, que me suspendiò el gusto, y animò el deseo, por ver el dueño de tan bien sentidas quexas, conociendo en ellas que padeces firme, y lloras mal pagado; y viendo en tu rostro, y en tu presencia, que tu ser no es lo que muestra tu trage, porque ni viene el rostro con el vestido, ni las palabras con lo que procuras dar à entender, te he buscado, y hallo que tu rostro desmiente à todo, pues en la edad passas de muchacho, y en las pocas señales de tu barba, no muestras ser hombre; por lo qual te quiero pedir en cortesia, me saques de esta duda, assegurandote primero, que si soy parte para tu remedio, no lo dexes por imposſibles que lo estorven, ni me embies desconsolado, que sentirè mucho hallar una muger en tal parte, y con esse trage, y no saber la causa de su destierro, y assimismo no procurarle remedio. Atento escuchaba el mozo al discreto Fabio, dexando de quando en quando caer unas cansadas perlas,

las,

Digitized by Google

las que con lento passo buscaban por centro el suelo. Y como le viò callar, y que aguardaba respuesta, le dixo: No debe querer el Cielo, señor Cavallero, que mis passiones esten ocultas, ò porque haya quien me las ayude à padecer, ò porque se debe de acercar el fin de mi cansada vida; y pretende que queden por exemplo, y escarmiento à las gentes; pues quando creì que solo Dios, y estas peñas me escuchaban, te guiò à ti, llevado de tu devocion, à esta parte, para que oyesses mis lastimas, y passiones, que son tantas, y venidas por tan varios caminos, que tengo por cierto que te harè mas favor en callarlas, que en decirlas, por no darte que sentir; demàs de que es tan larga mi historia, que perderàs tiempo si te quedas à escucharla. Antes, replicò Fabio, me has puesto en tanto cuydado, y deseo de saberla, que si me pensasse quedar hecho salvage à morar entre estas peñas, mientras estuviere en ellas, no he de dexarte, hasta que me la digas, y te saque si puedo, de essa vida, que si podrè, à lo que en ti miro, pues à quien tiene tanta discrecion, no serà dificultoso persuadirle, que escoga mas descansada, y menos peligrosa vida, pues no la tiene segura, respeto de las fieras que por aqui se crian, y de los Vandoleros que en esta montaña hay; que si acaso tienen de tu hermosura el conocimiento que yo, de creer es, que no estimarán tu persona con el respeto que yo la estimo: pues si es assi, dixo el mozo, sientate, señor, y oye lo que hasta aora no ha sabido nadie de mi, y estima el fiar de tu discrecion, y entendimiento, cosas tan prodigiosas, y no sucedidas, sino à quien naciò para estremo de desventura, que no hago poco, sin conocerte, supuesto, que de saber quien soy corre peligro la opinion de muchos deudos nobles que tengo, y mi vida con ellos, pues es fuerza, que por vengarse me la quiten. Agradeciò Fabio, lo mejor que supo, y supo bien, el quererle hacer archivo de sus secretos, y assegurandole, despues de haverle dicho su nombre, de su peligro, y sentandose juntos, cerca de la fuente, empezò el hermoso zagal su historia, desta suerte: Mi nombre, discreto Fabio, es Jacinta, que no se engañaron tus ojos en mi conocimiento; mi patria Baeza, noble Ciudad de la Andalucia, mis padres nobles, y mi hacienda bastante à sustentar la opinion de su nobleza. Nacimos en casa de mi padre, un hermano, y yo, èl para tristeza suya, y yo para su deshonra, tal es la flaqueza en que las mugeres somos criadas, pues no se puede fiar à nuestro valor nada, porque tenemos ojos, que à nacer ciegas, menos

suces-

Digitized by Google

ſuceſſos huviera viſto el Mundo, que al fin vivieramos ſeguras de engaños. Faltò mi padre al mejor tiempo, que no fuè pequeña falta, pues ſu compañia, govierno, y vigilancia fuera mas importante à mi honeſtidad, que no los deſcuydos de mi padre, que no le tuvo en mirar por mi, y darme eſtado (yerro notable de los que aguardan à que ſus hijas le tomen ſin guſto) queria el mio à mi hermano terniſſimamente, y eſto era ſolo ſu deſvelo, ſin que ſe le dieſſe yo en coſa ninguna: no sè que era ſu penſamiento, pues havia hacienda baſtante para todo lo que quiſiera emprender. Diez y ſeys años tenia yo, quando una noche, eſtando durmiendo, ſoñaba que iba por un boſque ameniſſimo, en cuya eſpeſſura, hallè un hombre tan galan, que me pareciò (ay de mi! y como hice deſpierta experiencia de ello) no haverlo viſto en mi vida tal; trahia cubierto el roſtro con el cabo de un ferreruelo leonado, con paſſamanos, y alamares de plata. Parème à mirarle, agrada del talle, y deſeoſa de ver ſi el roſtro conformaba con èl: con ayroſo atrevimiento llegue à quitarle el rebozo, y apenas lo hice, quando ſacando una daga, me diò un golpe tan cruel por el corazon, que me obligò el dolor à dar voces, à las quales acudieron mis criadas, y deſpertandome del peſado ſueño, me hallè ſin la vida del que me hizo tal agravio, la mas apaſſionada, que puedas penſar, porque ſu retrato ſe quedò eſtampado en mi memoria, de ſuerte, que en largo tiempo no ſe apartò de ella. Deſeaba yo, noble Fabio, hallar para dueño un hombre de ſu talle, y gallardia, y trahiame tan fuera de mi eſta imaginacion, que le pintaba en ella, y deſpues razonaba con èl, de ſuerte, que à pocos lances me hallè enamorada, ſin ſaber de quien; y me puedes creer que ſi fuè Narciſo moreno, Narciſo era el que vì. Perdì con eſtos penſamientos el ſueño, y la comida, y tras eſto el color de mi roſtro, dando lugar à la mayor triſteza que en mi vida tuve; tanto que caſi todos reparaban en mi mudanza. Quien viò, Fabio, amar una ſombra, pues aunque ſe cuenta de muchos que han amado coſas increibles, y monſtruoſas, por lo menos tenian forma à quien querer. Diſculpa tiene conmigo Pigmaleon, que adorò la imagen, que deſpues Jupiter le animò; y el Mancebo de Athenas, y los que amaron el Arbol, y el Delfin; mas yo que no amaba ſino una ſombra, y fantaſia, que ſentirà de mi el Mundo? Quien duda que no creerà lo que digo, y ſi lo cree, me llamarà loco? Pues doyte mi palabra, à ley de noble, que ni en eſto, ni en lo demàs que te dixere, adelante nada mas de la ver-

Digitized by Google

verdad. Las consideraciones que hacia, las reprehensiones que me daba, creeme que eran muchas; y assimismo que miraba con atencion los mas galanes mozos de mi patria, con deseo de aficionarme de alguno, que me librasse de mi cuydado, mas todo paraba en bolverme à querer à mi amante soñado, no hallando en ninguno la gallardia que en aquèl. Llegò à tanto mi amor, que me acuerdo, que hice à mi adorada sombra unos versos, que si nò te cansasses de oirlos te los los dirè, que aunque son de muger, tanto mas grandeza, porque à los hombres no es justo perdonarles los yerros que hicieron èn ellos, pues estan adornando, y purificando con arte, y estudio; mas una muger, que solo se vale de su natural, quien duda, que merece disculpa en lo malo, y alabanza en lo bueno? Di hermosa Jacinta tus versos, dixo Fabio, que serán para mi de mucho gusto, porque aunque los sè hacer con algun acierto, preciome tan poco de ellos, que te juro, que siempre me parecen mejor los agenos, que los mios. Pues si assi es, replicò Jacinta, mientras durare mi historia, no he menester pedirte licencia para decir los que hicieren à proposito; y assi digo que los que hice, son estos:

Yo adoro lo que no veo,
y no veo lo que adoro
de mi amor la causa ignoro,
y hallar la causa deseo:
mi confuso devaneo
quien le acertará à entender;
pues sin ver vengo à querer
por sola imaginacion,
inclinando mi aficion
à un sèr, que no tiene sèr.
Que enamore una pintura,
no serà milagro nuevo,
que aunque tal amor no apruebo,
ya en efecto es hermosura:
mas amar à una figura,
que acaso el alma fingiò,
nadie tal locura viò;
porque pensar que he de hallar
causa que està por criar,
quien tal milagro pidiò?
La herida del corazon
vierte sangre, mas no muero;
la muerte con gusto espero,
por acabar mi passion:
de estado fuera razon,
quando no muero, dormir;
mas como puedo pedir
vida, que ni muerte à un sugeto,
que no tuvo de perfecto,
mas sèr, que saber herir?
Dame Cielo, si has criado,
aqueste sèr, que deseo,
de mi voluntad empleo,
y antes que nacido, amado;
mas que pide un desdichado,
quando sin suerte nacìò?
Porque à quien le sucedìò,
de amor milagro tan feo,
que le ocupasse el deseo
amante, que en sueños viò?

Quien pensàra Fabio, que havia de ser el Cielo tan liberal en dar-

darme aun lo que no le pedì? Porque como deseaba imposibles no se atrevia mi libertad à tanto, sino fuè en estos versos, que fuè mas gala, que peticion. Mas quando uno ha de ser desdichado, tambien el Cielo permite su desdicha. Vivia en mi mismo Lugar un Cavallero, natural de Sevilla, del nobilissimo linage de los Ponces de Leon, apellido tan conocido, como calificado, que haviendo hecho en su tierra algunas travessuras de mozo, se desnaturalizò de ella, y casò en Baeza con una Señora su igual, en quien tuvo tres hijos, la mayor, y menor hembras, y el de enmedio varon. La mayor casò en Granada, y con la mas pequeña entretenia la soledad, y ausencia de D. Felix, que este era el nombre del gallardo hijo, que deseando que lucieste en el valor, y valentia de sus ilustres antecessores, seguia la guerra, dando ocasion con sus valerosos hechos, à que sus deudos, que eran muchos; y nobles, como lo publican las excelentes casas de los Duques de Arcos, y Condes de Baylen, le conocieffen por rama de su descendencia. Llegò este noble Cavallero à la florida edad de veinte, y quatro años, y haviendo alcanzado por sus manos una vandera, y despues de haverla servido tres años en Flandes, diò la buelta à España, para pretender sus acrecentamientos; y mientras en la Corte se disponian, por mano de sus deudos, se fuè à ver à sus padres, que havia dias que no los havia visto, y que vivian con este deseo. Llegò D. Felix à Baeza, al tiempo que yo, sobre tarde, ocupaba un balcon, entretenida en mis pensamientos: y siendo forzoso haver de passar por delante de mi casa, por ser la suya en la misma calle, pude, dexando mis imaginaciones, poner los ojos en las galas, criados, y gentil presencia, y deteniendome en ella mas de lo justo, vi tal gallardia en èl, que querertela significar, fuera alargar esta historia, y mi tormento. Vi en efecto el mismo dueño de mi sueño, y aun de mi alma, porque si no era èl, no soy yo la misma Jacinta, que le viò, y le amò mas que à la misma vida que poseo. No conocia yo à D. Felix, ni èl à mi, respeto de que quando fuè à la guerra quedè tan niña, que era imposible acordarme, aunque su hermana Doña Isabel, y yo eramos muy amigas. Mirò D. Felix al balcon, viendo que solos mis ojos hacian fiesta à su venida, y hallando amor, ocasion, y tiempo, executò en èl el golpe de su dorada saeta, que en mi ya era escusado su trabajo, por tenerlo hecho. Y assi de passo me dixo: Tal, ò ya serà mia, ò yo perderè la vida. Quiso el alma decir: ya lo soy, mas la verguenza fuè tan gran-

Digitized by Google

grande como el amor, à quien pedì con hartas sumissiones, y humildades, me diesse ocasion, y ventura, pues me havia dado causa. No dexò D. Felix perder ninguna de las que la fortuna le diò à las manos; y fuè la primera, que haviendome Doña Isabel avisado de la venida de su hermano, fuè fuerza el visitarla, en cuya visita me diò D. Felix en los ojos, à conocer su amor tan à las claras, que pudiera yo darle albricias de mi suerte; y como yo le amaba, no pude negarle en tal ocasion las justas correspondencias. Y con esto le dì ocasion para passear mi calle de dia, y de noche, al sòn de una guitarra con la dulce voz, y algunos versos, en que era diestro, darme mejor à conocer su voluntad. Acuerdome Fabio, que la primera vez que le hablè à solas por una rexa, me diò causa este Soneto:

Amar el dia, aborrecer el dia,
llamar la noche, y despreciarla luego,
temer el fuego, y acercarse al fuego,
tener à un tiempo pena, y alegria.

Estar juntos valor, y cobardìa,
el desprecio cruel, y el blando ruego,
tener valiente entendimiento ciego,
atada la razon, libre ossadìa.

Buscar lugar en q̃ alterar los males,
y no querer del mal hacer mudanza,
desear sin saber que se desea.

Tener el gusto, y el disgusto iguales,
y todo el bien librado en la esperanza,
si aquesto no es amar, no sè que sea.

Dispuesta tenia amor mi perdicion, y assi me iba poniendo los lazos en que me enredasse, y los hoyos donde cayesse; porque hallando la ocasion que yo misma buscaba, desde que oì la musica me baxè à un aposento baxo de un criado de mi padre, llamado Sarabia, mas codicioso que leal, donde me era facil hablar, por tener una rexa baxa, tanto, que no era dificil tomar las manos. Y viendo à D. Felix cerca, le dixe: Si tan acertadamente amays, como lo decis, dichosa serà la Dama que mereciere vuestra voluntad. Bien sabeys vos, Señora mia, respondiò D. Felix, de mis ojos, de mis deseos, y de mis cuydados, que siempre manifiestan mi dulce perdicion, que sè mejor querer, que decirlo; que vos sepays que haveys de ser mi dueño mientras tuviera vida, es lo que procuro, y no acreditarme, ni por buen Poeta, ni mejor Musico. Y pareceos, repliquè yo, que me estarà bien creer esso que vos decis? Si, respondiò mi amante, porque hasta dexar quererse, y querer al que ha de ser su marido, tiene licencia una Dama. Pues quien me assegura à mi que vos lo haveys de ser? Le tornè à decir: Mi amor, dixo D. Felix, y esta mano, que si la quereys en prendas de mi palabra, no serà cobarde aunque le cueste à su dueño la vida. Quien se viera rogada con lo mismo que dessea,

Digitized by Google

sea, amigo Fabio, ò que muger desprecio jamàs la ocasion de casarse, y mas del mismo que ama, que no acepta luego qualquier partido, pues no hay tal cebo para en que pique la perdicion de una muger que este; y assi no quise poner en condicion mi dicha, que por tal la tuve, y tendrè siempre que trayga à la memoria este dia. Y sacando la mano por la rexa, tomè la que me ofrecia mi dueño, diciendo: Ya no es tiempo Señor D. Felix, de buscar desdenes à fuerza de engaños, ni encubrir voluntades à costa de resistencias, suspiros, y lagrimas; yo os quiero, no tan solo desde el dia que os vì, sino antes; y para que no os tengan confuso mis palabras, os dirè cosas que espanten; y luego le contè todo lo que te he dicho de mi sueño. No hacia D. Felix, mientras yo le decia estas novedades, para èl, y para quantos lo oyen, sino besarme la mano, que tenia en las suyas, como en agradecimiento de mis penas; en cuya gloria nos cogiera el dia, y aun el de oy, si no huviera llegado nuestro amor à mas atrevimiento. Despedimonos con mil ternezas, quedando muy assentada nuestra voluntad, y con proposito de vernos todas las noches en la misma parte; venciendo con oro el imposible del criado, y con mi atrevimiento el poder llegar alli, respeto de haver de passar por delante de la cama de mi padre, y hermano, para salir de mi aposento. Visitabame muy à menudo Doña Isabel, obligandola à esto, despues de su amistad, el dar gusto à su hermano, y servirle de fiel tercera à su amor. En este sabroso estado, estaba el nuestro, sin tratar D. Felix de bolver por entonces à Italia, quando entre las demàs à quien rindiò su gallarda presencia, que eran casi todas las de la Ciudad, fuè una prima suya, llamada Doña Adriana, la mas hermosa que en toda aquella tierra se hallaba. Era esta Señora hija de una hermana de su padre de D. Felix, que como he dicho, era de Sevilla, y tenia quatro hermanas; las quales por muerte de su padre havia trahido à Baeza, poniendo las dos menores en Religion. Alli mismo se casò la que se seguia tras ellas, quedandose la mayor sin querer tomar estado, con esta hermana, ya viuda, à quien havia quedado, para heredera de mas de cinquenta mil ducados, esta sola hija, à la qual amaba, como puedes pensar, siendo sola, y tan hermosa como te he dicho. Pues como Doña Adriana gozasse muy à menudo de la conversacion de D. Felix, respeto del parentesco, le empezò à querer con tanto estremo, que no pudo ser mas, como veràs en lo que sucediò. Conocia D. Felix el amor de su querida prima, y como tenia tan lle-

Digitized by Google

ma el alma del mio, dissimulaba quanto podia, escusandose el darle ocasion à perderse mas de lo que estaba; y assi quantas muestras Doña Adriana le daba de su voluntad, con un descuydo desdeñoso se hacia desentendido. Tuvieron, pues, tanta fuerza con ella estos desdenes, que vencida de su amor, combatida de ellos, diò consigo en la cama, dando à los Medicos muy poca seguridad de su vida: porque demàs de no comer, ni aun dormir, no queria que se le hiciesse ningun remedio. Con que tenia puesta à su madre en la mayor tristeza del Mundo, que como discreta, diò en pensar si serìa alguna aficion el mal de su hija; y con este pensamiento, obligando con ruegos à una criada de quien Doña Adriana se fiaba, supo el caso, y quiso como cuerda, ponerle remedio. Llamò à su sobrino, y haviendole dado à entender con lagrimas, la pena que tenia del mal de su hija, y la causa que la tenia en tal estado; le pidiò apretadamente, pue fuesse su marido, pues en toda Baeza no hallaria casamiento mas rico, que ella alcanzaria de su hermano, que lo tuviesse por bien. No quiso D. Felix ser causa de la muerte de su prima, ni dar con una desabrida respuesta, pena à su tia. En esta conformidad le dixo, fiado en el tiempo que havia de passar en venir la dispensacion, que lo tratasse con su padre, que como èl quisiesse, lo tendria por bien. Y entrando à ver à su prima, le llenò el alma de esperanzas, mostrando su contento en su mejoria, acudiendo à menudo à su casa, que assi se lo pedia su tia; con que Doña Adriana cobrò entera salud. Faltaba D. Felix à mis visitas, por acudir à las de su prima; y yo desesperada, maltraba mis ojos, y culpaba su lealtad. Y una noche, que quise satisfacer mis zelos, y que por escusar murmuraciones de los vecinos, havia facilitado con Sarabia el entrar dentro, viendo mis lagrimas, mis quexas, y sentimientos, como amante firme, inculpable en mis sospechas, me diò cuenta de todo lo que con su prima passaba; enamorado, mas no cuerdo; porque si hasta alli eran solos temores los mios, desde aquel punto fueron zelos declarados. Y con una colera de muger zelosa, que no lo pondero poco, le dixe, que no me hablasse en su vida, si no le decia à su prima que era mi esposo, y que no lo havia de ser suyo. Quise con este enojo irme à mi aposento, y no lo consintiò mi amante; mas amoroso, y humilde, me prometiò que no passaria el dia que aguardaba, sin obedecerme; que ya lo huviera hecho, si no fuera por guardarme el justo decoro. Y haviendome dado nuevamente palabra delante del secretario de mis libertades,

Digitized by Google

des, le di posseſſion de mi alma, y cuerpo, pareciendome que assi le tendria mas seguro. Passò la noche mas aprieſſa que nunca, porque havia de seguirle el dia de mis desdichas; para cuya mañana havia determinado el Medico, que Doña Adriana, tomando un acerado jarave, saliesse à hacer exercicio por el campo, porque como no podia verse el mal del alma, juzgaba por la perdìda color, que era opilaciones. Y para este tiempo, llevaba tambien mi esposo, librado el desengaño de su amor, y satisfacion de mis zelos, porque como un hombre no tiene mas de un cuerpo, y un alma, aunque tenga muchos deseos, no puede acudir à lo uno, sin hacer falta à lo otro; y la passada noche D. Felix, por haverla tenido conmigo, havia faltado à su prima: y lo mas cierto es, que la fortuna, que guiaba las cosas mas à su gusto, que à mi provecho, ordenò que Doña Adriana madrugasse à tomar su acerada bebida, y saliendo en compañia de su tia, y criadas, la primera estacion, que hizo, fuè à casa de su primo, y entrando en ella con alegria de todos, que le daban como à un Sol, en parabien de su venida, y salud, se fuè con Doña Isabel al quarto de su hermano, que estaba reposando lo que havia perdìdo de sueño en sus amorosos empleos, y le empezò delante de su hermana à pedirle cuenta de haver faltado la noche passada: à quien D. Felix no satisfizo, mas desengañò de suerte, que en pocas palabras le diò à entender, que se cansaba en vano, porque demàs de tener puesta su voluntad en mi, estaba ya desposado conmigo, y prendas de por medio, que si no era faltandole la vida, era imposible que faltasse. Cubriò estas razones un desmayo los ojos de Doña Adriana, que fuè fuerza sacarla de alli, y llevarla à la cama de su prima, la qual buelta en si, dissimulando quanto pudo las lagrimas, se despidiò de ella, respondiendo à los consuelos que Doña Isabel le daba, con grandissima sequedad, y despejo. Llegò à su casa, donde en venganza de su desprecio, hizo la mayor crueldad que se ha visto, consigo misma, con su primo, y conmigo; ò zelos, que no hareys, y mas si os apoderays de pecho de muger! En lo que diò principio à su furiosa rabia, fuè en escrivir à mi padre un papel, dandole cuenta de lo que passaba, diciendole que viesse, y tuviesse cuenta con su casa, que havia quien le quitaba el honor; y con esto aguardò la mañana, que tomando su pitima, y dando el papel à un criado, que le llevasse à mi padre, ya con el manto puesto, para salir à hacer exercicio, se llegò à su madre algo mas enternecida, que

Digitized by Google

què su cruel corazon le daba lugar, y le dixo: Madre mia, al campo voy, si bolviere, Dios lo sabe. Por su vida, señora, que me abrace, por si no la bolviere à ver. Calla Adriana, dixo alterada su madre, no digas tales disparates, sino es que tienes gusto de acabarme la vida, por què no me has de bolver à ver, si ya estàs tan buena, que ha muchos dias que no te he visto mejor? Vete hija mia con Dios, y no aguardes à que entre el Sol. Por què vuessamerced no me quiere abrazar? Replicò Doña Adriana; y bolviendo (preñados de lagrimas los ojos) las espaldas, llegò à la puerta de la calle, y apenas saliò por ella, y diò dos passos, quando arrojando un lastimoso ay, se dexò caer en el suelo. Acudiò su tia, sus criadas, y su madre, que venia tras ella, y pensando que era desmayo, la llevaron à la camilla, llamando al Medico, para que hiciesse las diligencias possibles, mas no huvo ninguna bastante, por ser su desmayo eterno; y declarando que era muerta, la desnudaron para amortajarla, hundiendose la casa à gritos, y apenas le desabotonaron el jubon que llevaba puesto, quando entre sus hermosos pechos, le hallaron un papel que ella misma escrivia à su madre, en que le decia, que ella propria se havia quitado la vida con solimàn, que havia echado en el jarave, porque mas queria morir, que ver à su ingrato primo en brazos de otra. Quien à este punto viera à la triste de su madre, de creer es, que se le partiera el corazon por medio de dolor, porque ya de traspassada, no podia llorar, y mas quando vieron que despues de frio el cuerpo se puso muy hinchada, y negra, porque no solo considerara el ver muerta à su hija, sino el haver sido desesperadamente; y assi puedes considerar Fabio, qual estaria su casa, y la Ciudad, y yo que en compañia de Doña Isabèl, fui à ver este espectaculo, inocente, y descuydada de lo que estaba ordenado contra mi, aunque confusa de ser yo la causa de tal sucesso, porque ya sabìa por un papel de mi esposo, lo que havia passado con èlla. No se hallò al entierro D. Felix, por no irritar al Cielo en venganza de su crueldad, aunque yo le echè à sentimiento. Enterraron à la desgraciada, y malograda Dama, facilitando su riqueza, y calidad, los impossibles que pudiera haver, haviendose ella muerto por sus manos. Y con esto yo me torné à mi casa, deseando la noche para ver à D. Felix, que apenas eran las nueve, quando me avisò, como ya estaba en su aposento, (pluguiera à Dios le duràra su pesar, y no viniera) aunque à mi parecer se disponia mejor el verle, que otras noches, porque mi

Digitized by Google

padre, ya que estaba avisado por el papel de Doña Adriana, se acostò mas temprano, haciendo recoger à mi hermano, y la demàs gente, y yo hice lo mismo, por mas dissimulacion, dando lugar à mi padre, que ayudado de sus desvelos, à pesar de su cuydado, se durmiò tan pesadamente, que le durò el sueño hasta las quatro de la mañana. Yo, como le vì dormido, me levantè, y descalza, con solo un faldellin, me fuì à los brazos de mi esposo, y en ellos procurè quitarle con caricias, y ruegos el pesar que tenia, tratando con admiraciones el sucesso de Doña Adriana. Estaba Sarabia assentado en la escalera, por espia de mis travessuras, à tiempo qui mi padre despavorido despertò, y levantandose fuè à mi cama, y como no me hallasse, tomò un pistolete, y su espada, y llamando à mi hermano, le diò cuenta del caso; mas no pudieron hacerlo con tanto silencio, que una perrilla que havia en casa, no avisasse con voces à mi criado, el qual escuchando atento, oyò passos, llegò à nosotros, y nos dixo, que si queriamos vivir, le siguiessemos, porque eramos sentidos. Hicimoslo assi, aunque muy turbados, y antes que mi padre tuviesse lugar de baxar la escalera, ya los tres estabamos en la calle, y la puerta cerrada por defuera, que esta astucia me enseñò mi necessidad. Considerome Fabio, con solo un faldellin de damasco, y descalza, porque desta suerte havia baxado la escalera à verme con mi deseado dueño, el qual con la mayor priessa que pudo me llevò al Convento donde estaban sus tias, siendo ya de dia; llamò à la Porteria, y entrando dentro al torno, dandoles cuenta del sucesso, en menos de una hora me hallè detràs de una rexa, llena de lagrimas, y cercada de confusion, aunque D. Felix me alentaba quanto podia, y sus tias me consolaban, assegurandome todas el buen sucesso, pues passada la colera, tendria mi padre por bien el casamiento. Y por si le quisiesse pedir à Don Felix el escalamiento de la casa se quedò retrahido èl, y Sarabia en el mismo Monasterio, en una sala, que para su estancia, mandaron aderezar sus tias, desde donde avisò à su padre, y hermana el sucesso de sus amores. Su padre, que ya por las señales, se imaginaba que me queria, y no le pesaba de ello, por conocer que en Baeza no podria su hijo hallar mas principal, ni rico casamiento, pareciendole, que todo vendria à parar en ser mi marido; fuè luego à verme, en compañia de Doña Isabel, que proveìda de vestidos, y joyas, que suplieffen la falta de las mias, mientras se hacian otras, llegò donde yo estaba, dandome mil con-

Digitized by Google

consuelos, y esperanzas. Esto passaba por mi, mientras mi padre, ofendido de accion tan escandalosa, como era haverme salido de su casa; si bien lo fuera mas, si yo aguardara su furia, pues por lo menos me costaria la vida, remotiò su venganza à sus manos (accion noble) sin querer por la justicia hacer ninguna diligencia, ni mas alboroto, ni mas sentimiento, que si no le huviera faltado la mejor joya de su casa, y la mejor prenda de su honra. Y con este proposito honrado, puso espias à Don Felix, de suerte, que hasta sus intentos no se encubrian. Y antes de muchos dias, hallò la ocasiòn que buscaba, aunque con tan poca suerte, como las demàs, por estar hasta entonces la fortuna de parte de Don Felix, el qual una noche cansado ya de su resolucion, y estando cierto que yo estaba recogida en mi celda con sus tias, que me querian como hija, venciendo con dineros la facilidad de un mozo, que tenia las llaves de la puerta de la casa, le pidiò que le dexasse salir, que queria llegar hasta la de su padre, que no estaba lexos, que luego daria la buelta: hizolo el poco fiel guardador previniendole su peligro; y èl facilitandolo todo, lleno de armas, y galas salìo, y apenas puso los pies en la calle, quando dieron con èl mi padre, y hermano, las espadas desnudas, que hechos vigilantes espias de su opinion, no dormian, sino à las puertas del Convento. Era mi hermano muy atrevido, quanto D. Felix prudente; causa para que à la primera ida, y venida de las espadas, le atravesò D. Felix la suya por el pecho, y sin tener lugar, ni aun de llamar à Dios, cayò en el suelo de todo punto muerto. El mozo que tenia las llaves, como aun no havia cerrado la puerta, por ser todo en un instante, recogiò à D. Felix antes, que mi padre, ni la Justicia pudiessen hacer las diligencias que les tocaba. Vino el dia, supose el caso, diòse sepultura al malogrado, y yo ignorante del caso, sali à un locutorio, à ver à Doña Isabel, que me estaba aguardando llena de lagrimas, y sentimientos, porque pensaba èlla, siendo yo muger de su hermano, serlo del mio, à quien amò tiernamente. Previnome del sucesso, y de la ausencia que D. Felix queria hacer de Baeza, y de toda España, porque se decia que el Corregidor trataba de sacarle de la Iglesia mientras venia un Alcalde de la Corte, por quien se havia embiado à toda priessa. Considera Fabio, mis lagrimas, con tan tristes nuevas, que fuè mucho no costarme la vida, y mas viendo que aquella misma noche havia de ser la partida de mi querido dueño à Flandes, refugio de delinquentes, y

Digitized by Google

ſeguro de deſdichados; como lo hizo, dexando orden en mi regalo, y cuydado à ſu padre de amanſar las partes, y negociar ſu buelta. Con eſto, por una puerta falſa, que ſe mandaba por la eſtancia de las Monjas, y no ſe abria, ſino con licencia del Vicario, y Abadeſa, ſaliò dexandome en los brazos de ſu tia, caſi muerta, donde me trasladò de los ſuyos, por no aguardar à mas ternezas, tomando el camino de Barcelona, donde eſtaban las Galeras que havian trahido las compañias, que para la expulſion de los Moriſcos havia mandado venir la Mageſtad de Felipe Tercero, y aguardaban al Excelentiſſimo Don Pedro Fernandez de Caſtro, Conde de Lermos, que iba à ſer Virrey, y Capitàn General del Reyno de Napoles. Supo mi padre la auſencia de D. Felix, y como diſcreto, trazò, ya que no ſe podia vengar de èl, hacerlo de mi. Y la primera traza, que para eſto diò, fuè tomar los caminos, para que ni à ſu padre, ni à mi vinieſſen cartas, tomandolas todas, y no fuè mal acuerdo, pues aſſi ſabìa el camino que llevaba, que los Cavalleros de la calidad de mi padre, en todas partes tienen amigos à quien cometer ſu venganza. Paſſaron veinte dias de auſencia, pareciendome à mi veinte mil años, ſin haver tenido nuevas de mi auſente. Y un dia que eſtaba conmigo mi ſuegro, y cuñado, entrò un cartero, y diò à mi ſuegro una carta, diciendo ſer de Barcelona, que con lo que deſpues ſupe, havia ſido echada en el correo, decia aſſi:

Mucho ſiento haver de ſer èl primero que dè à v. m. tan malas nuevas, mas aunque quiſiera eſcuſarme, no es juſto dexar de acudir à mi amiſtad, y obligacion. A noche, ſaliendo el Alferez D. Felix Ponce de Leon, ſu hijo de v. m. de una caſa de juego, ſin ſaber quien, ni como, le dieron de puñaladas, ſin darle lugar, ni aun de imaginar quien fueſſe el agreſſor. Eſta mañana le enterramos, y luego deſpachè èſta para que v. m. lo ſepa, à quien conſuele nueſtro Señor, y dè la vida que ſus ſervidores deſeamos. A Sarabia paſſarè conmigo à Napoles, ſi v. m. no manda otra coſa. Barcelona 20. de Junio.

El Capitàn Diego de Meſa.

Ay Fabio, y que nuevas, no quiero traher à la memoria mis eſtremos, baſta decir que las creì, por ſer eſte Capitàn muy amigo de D. Felix, con quien èl tenia correſpondencia, y à quien penſaba ſeguir en eſte viage: y pues las creì, por eſto podràs conjeturar mi ſentimiento, y lagrimas. No quieras ſaber mas, ſino que ſin hacer mas informacion, otro dia tomè el habito de Religioſa, y conmigo, para conſolarme, y acompañarme Doña Iſabel, que me queria terniſſima-

men-

Digitized by Google

mente. Ve prevenido, discreto Fabio, de que mi padre fuè el que hizo este engaño, y escriviò esta carta; y como cogia todas las què venian, porque D. Felix, como llegò à Barcelona, hallò embarcado al Virrey, y sin tener lugar de escrivir, mas que quatro renglones, avisando de como esse dia partian las Galeras, se embarcò, y con èl Sarabia, que no le havia querido dexar, temeroso de su peligro: pedia que le escrivièssemos à Napoles, donde pensaba llegar, y desde alli dar la buelta à Flandes. Pues como su padre, y yo no recibimos essa carta, pues en su lugar vino la de su muerte, y la tuviessemos por cierta, no escrivimos mas, ni hicimos mas diligencia, que cumplido el año, hacer Doña Isabel, y yo nuestra profession con mucho gusto, particularmente en mi, pareciendome que faltando D. Felix, no quedaba en el Mundo quien me mereciesse. A un mes de mi profession, muriò mi padre, dexandome heredera de quatro mil ducados de renta, los quales no me pudo quitar, por no tener hijos, que aunque tenia enojo, en aquel punto, acudiò à su obligacion. Estos gastaba yo largamente en cosas del Convento; y assi era señora dèl, sin que se hiciesse en todo mas que mi gusto. D. Felix llegò à Napoles, y no hallando cartas alli, como pensò, enojado de mi descuydo, sin querer escrivir, viendo que se partian cinco compañias à Flandes, y que en una de èllas le havian buelto à dar la vandera, se partiò, y en Bruselas, para desapassionarse de mis cuydados, diò los suyos à Damas, y juegos en que se divirtiò, de manera, que en seys años, no se acordò de España, ni de la triste Jacinta que havia dexado en ella: pluguiera à Dios se estuviera hasta oy, y me huviera dexado en mi quietud sin haverme sujetado à tantas desdichas; pues para traherme à ellas, al cabo de este tiempo, trayendo à la memoria sus obligaciones, diò la buelta à España, donde entrando al anochecer, sin ir à la casa de sus padres, se fuè derecho al Convento, y llegando al torno, à tiempo que querian cerrarle, preguntò por Doña Jacinta, diciendo, que la trahia unas cartas de Flandes: era tornera una de sus tias, y deseosa de saber lo que me queria, pareciendole novedad que me buscasse nadie fuera de su padre de D. Feliz, que era la visita que yo siempre tenia, se apartò un poco, y llegandose luego, preguntò quien buscaba à Doña Jacinta, que yo soy? Esse engaño no à mi, dixo D. Felix, que el Soldado que me diò la carta, me diò tambien à conocer su voz. Viendo la sutileza la mensagera, à toda dili-

Digitized by Google

gencia me embiò à llamar por saber tales enigmas, y como llegùe preguntando quien me buscàba, y conocieſſe D. Felix mi voz, ſe llegò, diciendo: Era tiempo, Jacinta mia, de verte? O Fabio, y què voz para mi, aora parece que la eſcucho, y ſiento lo que ſentì en aquel punto! Aſſi como conocì en la habla à D. Felix, no quiera mas de que conſiderando en un punto las falſas nuevas de ſu muerte, mi eſtado, y la imposſibilidad de gozarle, deſpertando mi amor que havia eſtado dormiendo, di un grito, formando en èl un ay, tan laſtimoſo, como triſte, y di conmigo en el ſuelo, con un deſmayo tan cruel, que me durò tres dias eſtar como muerta, y aunque los Medicos declaraban que tenia vida, por mas remedios que ſe hacian, no podian bolverme en mi. Recogioſe D. Felix à una quadra dentro de la ſala, que debiò de ſer la miſma en que primero eſtuvo, donde viò à ſu hermana, porque havia en ella una rexa donde nos hablamos, de quien ſupo lo haſta alli ſucedido, que viendo que eſtaba profeſſa, fuè milagro no perder la vida. Encargòle el cuydado de mi ſalud, y el ſecreto de ſu venida, porque no quaria que la ſupieſſe ſu padre, que ya ſu madre era muerta. Yo bolvì del deſmayo, mejorè del mal, porque guardaba el Cielo mi vida para mas deſdichas, y ſalì à ver à D. Felix. Lloramos los dos, y concertamos de que Sarabia fueſſe à Roma por licencia para caſarnos, pues la primera palabra era la valedera. Mientras yo juntaba dineros que llevaſſe, paſſaron quince dias, en cuyo tiempo bolvimos à vivir amor, y las perſuaciones de Don Felix à tener la fuerza que ſiempre havian tenido, y mi flaqueza à rendirſe. Y pareciendonos que el Breve del Papa eſtaba ſeguro; fiandonos en la palabra dada, antes de la profeſſion, di orden de haver la llave de la puerta falſa, por donde ſaliò D. Felix para ir à Flandes, la qual le di à mi amante, hallandoſe mas glorioſo que con un Reyno. O caſo atroz, y riguroſo! Pues todas, ò las mas noches entraba à dormir conmigo; era facil, por haver una celda que yo havia labrado de aquella parte. Quando conſidero eſto, no me admiro Fabio, de las deſdichas que me ſiguen, y antes alabo, y engrandezco el amor, y miſericordia de Dios en no embiar un rayo contra noſotros. En eſte tiempo ſe partiò Sarabia à Roma, quedandoſe D. Felix eſcondido, con determinacion de que no ſe ſupieſſe que eſtaba alli, haſta que el Breve vinieſſe. Pues como Sarabia llegò à Roma, y preſentò los papeles, y un memorial que llevaba para dar à ſu Santidad, en el qual ſe daba cuenta

Digitized by Google

ta de toda la sustancia de el negocio, y como entraba en el Convento; caso tan riguroso à sus oidos, que mandò el Papa, que pena de excomunion mayor *late sententiæ*, pareciesse D. Felix ante su Tribunal, donde sabiendo el caso mas por entero daria la dispensacion, dando por ella quatro mil ducados. Pues quando aguardabamos el buen sucesso, llegò Sarabia con estas nuevas: empecè à sentir con mayores estremos el ausentarse D. Felix, temiendo sus descuydos; el qual con la misma pena me pidiò que me saliesse de el Convento, y fuesse con èl à Roma, y que juntos alcanzariamos mas facilmente la licencia para casarnos. Dixolo à una muger que amaba, que fuè facilitar el caso, porque la siguiente noche tomando yo cantidad de dineros, y joyas que tenia, dexando escrita una carta à Doña Isabel, y dexandole el cuydado, y govierno de mi hacienda, me puse en poder de D. Felix, que en tres mulas que tenia Sarabia prevenidas, quando llegò el dia, ya estabamos bien apartados de Baeza, y en otros doce nos hallamos en Valencia, y tomando una salva, con harto riesgo de las vidas, y mil trabajos, llegamos à Civitavieja, y en ella tomamos tierra, y un coche en que llegamos à Roma. Tenia D. Felix amistad con el Embaxador de España, y algunos Cardenales, que havian estado en la Ciudad de Baeza, con cuyo favor nos atrevimos à echarnos à los pies de su Santidad, el qual mirando nuestro negocio con piedad, nos absolviò; mandando que diessemos dos mil ducados al Hospital Real de España que hay en Roma; y luego nos desposò con condicion, y en penitencia del pecado, que no nos juntassemos en un año, y si lo hiciessemos, quedasse la pena, y castigo reservada à èl mismo. Estuvimos en Roma visitando aquellos Santuarios, y confessandonos generalmente, en cuyo intermedio supo D. Felix, como la Condesa de Gelves Doña Leonor de Portugal, se embarcaba, para venir à Zaragoza, de donde havian hecho à D. Diego Pimentèl, su marido, Virrey. Y pareciendole buena ocasion para venir à España, y à nuestra tierra à descansar, me traxo à Napoles, y acomodò por via de el Marquès de Santa Cruz, con las Damas de la Condesa, y èl se llegò à la tropa de los acompañantes. Tuvo la fortuna el fin que se sabe, porque forzados de una tormenta, nos obligò à venir por tierra; bastaba yo Fabio venir alli. Finalmente mi Esposo, y yo venimos à Madrid, y en èlla me llevò à casa de una deuda suya, viuda, y que tenia una hija, tan Dama como hermosa, y tan discreta como gallarda, donde qui-

Digitized by Google

so que estuviesse, respeto de haver de estar apartados lo que faltaba del año. El presentò los papeles de sus servicios en el Consejo de Guerra, pidiendo una compañia, pareciendole que con titulo de Capitàn, y nuestra hacienda seria Rey en Baeza, premissas ciertas de su pretension. Havia salido orden de su Magestad, que todos los Soldados pretendientes fuessen à servirle à la Mamora, que à la buelta les haria mercedes; y como D. Felix, respeto de haver servido tan bien le honrassen para esta ocasion, con el deseado cargo de Capitàn, no le dexaron sus honrados pensamientos acudir à las obligaciones de mi amor. Y assi un dia que se viò conmigo delante sus parientas, me dixo: Amada Jacinta, ya sabes en la ocasion que estoy, que no solo à los Cavalleros obliga, mas à los humildes, si nacieron con honra; esta empresa, no puede durar mucho tiempo, y caso que dure mas de lo que aora imagino, como un hombre tenga lo que ama consigo, y no le falte una posada honrada, vivir en Argel, ò en Constantinopla, todo es vivir, pues el amor hace los campos Ciudades, las chozas Palacios. Digote esto, porque mi ausencia no se escusa, por tan justos respetos, que si los atropellasse, daria mucho que decir. Tan honrosa causa disculpa de amor, si quieres dar esse nombre à mi partida. La confianza que tengo de ti me escusa el llevarte, que si no fuera esto, me animàra à que en mi compañia, empezàras à padecer de nuevo, ò ya viendome à mi cercado de trabajos, ò llegando ocasion de morir juntos. Mas serà Dios servido, que en sossegandose estas reboluciones, y yo tenga lugar de venir à gozarte, ò por lo menos, embiar por ti donde me emplee en servirte, que bien sè la deuda en que estoy à tu valor, y voluntad; mi esposa eres, siete meses nos faltan para poder yo libremente tenerte por mi. La honra, y acrecentamiento que yo tuviere es tuya. Ten por bien, señora mia, esta jornada, pues ahorraràs con esto parte del pesar que has de tener, y yo tengo. En casa de mi tia quedas, y con la deuda de ser quien eres. Lo necessario para tu regalo, no te ha de faltar. A mi padre, y hermano dexo escrito, dandoles cuenta de mis sucessos, à ti vendràn las cartas y dineros. Con esto, y las tuyas tendrè mas animo en las ocasiones, y mas esperanzas de bolverte à ver. Yo me he de partir esta tarde, que no he querido hasta este punto decirte nada. Por tu vida, y la mia, que mostrando en esta ocasion el valor que en las demas has tenido, escuses el sentimiento, y no me niegues la licencia que te pido. Con un mar de lagri-

Digitized by Google

gunas en mis ojos escuchè ser discreto Fabio à mi D. Felix, pareciendome en aquel punto mas galan, y mas amoroso, y mi amor mayor que nunca; haviale de perder, què mucho que para atormentarme urdiesse mi mala suerte esta cautela? Queriale responder, y no me dàba lugar la passion, y en este tiempo considerè que tenia razon en lo que decia: y assi le dixe con muy turbadas palabras, que mis ojos respondian por mi, pues que ellos hacian tal sentimiento, passando entre los dos palabras amorosas, mas para aumentar la pena, que considerarla. Llegò la hora en que le havia de perder para siempre: partiòse al fin D. Felix, y quedè como el que ha perdido el juicio, porque ni podia llorar, ni hablar, ni oìr los consuelos que daba Doña Guiomar, y su madre que me decian mil cosas, y consuelos para desembelezarme. Finalmente me costò la pèrdida de mi dueño tres meses de enfermedad, que estuve ya para desamparar la vida. Pluguiera al Cielo que me hiciera este bien; mas quando le reciben los desdichados, ni aun de quien tiene tantos que dar? En todo este tiempo no tuve cartas de D. Felix, y aunque pudieran consolar, me las de su padre, y hermana, que alegres de saber el fin de tantas desdichas, y prevenidas de mil regalos, y dineros, que me daban el parabien, pidiendome, que en bolviendo D. Felix, tratassemos de irnos à descansar en su compañia, no era possible que hinchassen el vacio de mi cuydadosa voluntad, la qual me daba mil sospechas de mi desdicha; porque tengo para mi, que no hay mas ciertos Astrologos que los amantes. Mas havian passado de quatro meses que passaba esta vida, quando una noche, que parece que el sueño se havia apoderado mas de mi que otras (porque como la fortuna me diò à D. Felix en sueños, quiso quitarmele de la misma suerte) soñaba que recibia una carta suya, y una caxa, que parecia traher algunas joyas, è yendole à abrir, hallè dentro la cabeza de mi esposo. Considera, Fabio, que fueron los gritos, y las voces que dì tan grandes, despertando con tantas lagrimas, congojas, y ansias, que parecia que se me acababa la vida; ya desmayandome, y ya tornando en mi, à puras voces que me daba Doña Guiomar, y agua que me echaban en el rostro. Contèles el sueño, y ella, y su madre, y las criadas, no ossaban apartarse de mi por el temor con que estaba; pareciendome que à todas partes que bolvia la cabeza, via la de Don Felix. Hasta que se llegò la mañana, que determinaron llevarme à mi Confessor, para que me confessasse, por ser Sacerdote muy bien en-

Digitized by Google

entendido, y Theologo. Al tiempo de salir de mi casa, oì una voz, aunque las demàs no la oyeron. Muerto es, sin duda, D. Felix. Con tales agueros, puedes creer, que no hallè consuelo en el Confessor, ni le tenia en cosa criada. Passè assi algunos dias, al cabo de los quales vinieron las nuevas de lo que sucedio en la Mamora, y con ellas la relacion de los que en ella se ahogaron, viniendo casi en los primeros D. Felix. De aqui algunos dias llegò Sarabia, que fuè la nueva mas cierta, lo qual contò, como yendo à tomar puerto las naves, en competencia unas de otras, dos dellas se hicieron pedazos, y se fueron à pique, sin poderse salvar de los que iban en ellas, ni tan solo un hombre. En una de estas iba. D. Felix, armado de unas armas dobles, causa de que cayendo en la mar, no bolviò à parecer mas; echò algunos fuera, èl no fuè visto; assi acabò la vida en tan desgraciada ocasion, el mas galan mozo que tuvo la Andalucia, porque à treynta años acompañaban las mas gallardas partes que pudo formar la naturaleza. Cansarte en contar mi sentimiento, mis ansias, mi llanto, seria pagarte mal el gusto con que me escuchas, solo te digo, que en tres años, ni supe que fuè alegria, ni salud. Supieron su padre, y hermana el sucesso, trataron de llevarme, y restituirme à mi Convento; mas yo, aunque sentia con tantas veras la muerte de mi esposo, no lo acetè, por no bolver à los ojos de mis deudos sin su amparo; ni menos con las Monjas, respeto de haver sido causa de su escandalo; demàs que mi poca salud no me daba lugar de ponerme en camino, ni bolver de nuevo à sufrir la carga de la Religion; antes dì orden que Sarabia, à quien ya tenia por compañero en mis fortunas se fuesse à governar mi hacienda, y yo quedè en compañia de Doña Guiomar, y su madre, que me tenian en lugar de hija; y no hacia mucho, pues gastaba con ella toda mi renta. Aconsejabanme algunas amigas que me casasse, mas yo no hallaba otro D. Felix que satisfaciesse mis ojos, ni hinchasse el vacio de mi corazon, aunque no lo estaba de su memoria, ni mis compañeras quisieran que le hallàra, mas para mi desdicha le hallò amor, que quizà estaba agraviado de mi descuydo. Visitaba à Doña Guiomar un mancebo noble, rico, y galan, cuyo nombre es Celio, tan cuerdo, como falso, pues sabia amar quando queria, y olvidar quando le daba gusto, porque en èl las virtudes, y los engaños estan como los ramilletes de Madrid, mezclados ya los olorosos claveles, como hermosas mosquetas, con las flores campesinas, sin olor, ni virtud ninguna. Hablaba bien,

Digitized by Google

bien, y escrivia mejor, siendo tan diestro en amar, como en aborrecer. Este mancebo que digo, en mucho tiempo que entrò en mi casa, jamàs se le conociò designio ninguno, porque con llaneza, y amistad entretenia la conversacion; siendo tal vez el mas puntual en prevenirme consuelos à mi tristeza, unas veces jugando con Doña Guiomar, y otras diciendo algunos versos, en que era muy diestro. Passaba el tiempo, teniendo en todo lo que intentaba, mas acierto que yo quisiera. Igualmente nos alababa; sin ofender à ninguna nos queria; ya engrandecia la doncella; ya encarecia la viuda; y como yo tambien hacia versos, competia conmigo en ellos; admirandole, no el que yo los compusiesse; pues no es milagro en una muger, cuya alma es la misma que la del hombre, ò porque naturaleza quiso hacer essa maravilla, ò porque los hombres no se desvaneciessen, siendo ellos solos los que gozan de sus grandezas, sino porque los hacia con algun acierto. Jamàs mirè à Celio para amarle, aunque nunca procurè aborrecerle; porque si me agradaba de sus gracias, temia sus despejos, de que èl mismo nos daba noticia; particularmente un dia, que nos contò como era querido de una Dama, y que la aborrecia con las mismas veras que le amaba, gloriandose de las sinrazones, con que la pagaba mil ternezas. Quien pensàra, Fabio, que esto dispertàra mi cuydado, no para amarle, sino para mirarle con mas atencion que fuera justo. De mirar su gallardia, renaciò en mi un poco de deseo, y con desear, se empezaron à enjugar mis ojos, y fuì cobrando salud, porque la memoria empezò à divertirse tanto, que de el todo le vine à querer, si bien callaba mi amor, por no parecer liviana, hasta que èl mismo traxo la ocasion por los cabellos, y fuè pedirme, que hiciera un soneto à una Dama, que mirandose à un espejo, diò en èl el Sol, y la deslumbrò. Y yo aprovechandome de ella, hice este Soneto.

En el claro cristal del desengaño
se miraba Jacinta descuydada,
contenta de no amar, sin ser amada,
viendo su bien en el ageno daño.

Mira de los amantes el engaño,
la voluntad, por firme, despreciada,
y de haverla tenido, escarmentada,
huye de amor el proceder estraño.

Celio fol desta edad, casi embidioso,
de ver la libertad con que vivia,
essenta de ofrecer à amor despojos,

Galan, discreto, amante, y dadivoso,
reflexos que animaron su osadia,
diò en el espejo, y deslumbrò los ojos.

Sintiò dulces enojos,
y apartando el cristal, dixo piadosa,
por no haver visto à Celio fuì animosa.

Y aunque llegue à abrasarme,
no pienso de sus rayos apartarme.

Re-

Digitized by Google

Recibiò Celio con tanto gusto este papel, que pensè, que ya mi ventura era cierta: y no fue, sino que à nadie le pesa de estar querido; alabò su ventura, encareciò su suerte; agradeciò mi amor, dando muestras del suyo, y dandome à entender, que me le tenia desde el dia que me viò, solemnizò la traza de darle à entender el mio, y finalmente armò lazos en que acabasse de caer, solemnizando en un romance mi hermosura, y su suerte. Ay de mi! que quando considero las estratagemas con que los hombres rinden las mugeres, digo, que todos son traydores, y el amor guerra, y batalla campal, donde el amor combate à sangre, y fuego al honor, Alcayde de la fortaleza del alma. De mi te digo, Fabio, que aunque ciega, y mas cautiva à esta voluntad, no dexo de conocer lo que he perdido por ella; pues quando no sea sino por haver dexado de ser cuerda, queriendo à quien me aborrece, basta este conocimiento para tenerme arrepentida, si durasse este proposito. En fin, Celio, es el mas sabio, para engañar, que yo he visto, porque supo dar tal color de verdadero à su amor, que le creyera no solo à una muger que sabia la verdad de un hombre que se preciò de tratarla, sino à las mas astutas, y matreras. Sus visitas eran continuas, porque mañana, y tarde estaba en mi casa, tanto, que sus amigos llegaron à conocer (en verle negar à su conversacion) que la tenia con persona que la merecia, en particular uno de su nombre, con quien la conservò mas que con ninguno, y à quien contaba sus empleos, que segun me dixo el mismo Celio, me tenia lastima, y le rogaba no me hablasse, si me havia de dar el pago que à otras. Sus papeles èran tantos, que fueron bastantes à bolverme loca. Sus regalos tan en tiempo, que parecia tener de su mano los movimientos del Cielo. Yo simple, ignorante de estas traiciones, no hacia sino aumentar amor sobre amor, y si bien se le tuve siempre, con proposito de hacerle mi esposo, que de otra manera, antes me dexàra morir, que darle à entender mi voluntad; y en ello entendì hacerle harto favor. Celio no debia de pensar esto, segun pareciò, aunque no ignoraba lo que ganàra en tal casamiento; mas yo con mi engaño estaba tan contento en ser suya, que ya de todo punto no me acordaba de Don Felix, solo en Celio estaban empleados mis sentidos, si bien temerosa de su amor, porque desde que le empecè à querer, temì perderle: y para asségurarme deste temor, un dia, que le vì mas galan, y mas amante, le contè mi pensamiento, diciendole, que si como tenia quatro

mil

Digitized by Google

mil ducados de renta, tuviera todas las riquezas del mundo, de todas le hiciera señor. Seguia Celio las letras, y en ellas tenia mas acierto, que yo ventura, con lo que cortò à mi pretenſion la cabeza, diciendo, que èl havia gaſtado ſus años en eſtudios de letras divinas, con propoſito de ordenarſe de Sacerdote, y que en eſſo tenian pueſto ſus padres los ojos, fuera de haver ſido eſta ſu voluntad; y que ſupueſto eſto, que le mandaſſe otras coſas de mi guſto, que no ſiendo eſta, las demàs haria, aunque fueſſe perder la vida: y que en razon de aſſegurarme de perderle, me daba ſu fé, y palabra de amarme mientras duraſſe la que tenia. Lo que ſentì en ver defraudadas mis eſperanzas, confirmandoſe en todo mis temores, y recelos, pues ſiendo quien ſoy, no era juſto querer, ſino era al que havia de ſer mi legitimo marido, y reſpecto de eſto havia de tener fin nueſtra amiſtad, dieron lagrimas mis ojos, y mas viendo à Celio tan cruel, que en lugar de enjugarlas, pues no podia ignorar que nacian de amor, ſe levantò, y ſe fuè, dexandome bañada en ellas, y aſſi eſtuve todo aquella noche, y otro dia, haſta que allà à la tarde vino Celio à diſculparſe, con tanta tibieza, que en lugar de enjugarlas, las aumentò: Eſta fuè la primera ingratitud que Celio usò conmigo, y como à una ſiguen muchas, empezò à deſcuydarſe de mi amor, de ſuerte, que ya no me via, ſino de tarde en tarde, ni reſpondia à mis papeles, ſiendo otras veces objeto de ſu alabanza. A eſtas tibiezas daba por diſculpa, ſus ocupaciones, y amigos, y con ellas ocaſion à mis triſtezas, y deſaſſoſſiegos, tanto, que ya las amigas, que adoraban mis donayres, y entretenimientos, huian de mi, viendome con tanto diſguſto. Acompañò ſu deſamor, con darme zelos. Viſitaba Damas, y decia lo que era lo peor, con que irritando mi colera, y ocaſionando mi furor, empecè à ganar en ſu opinion nombre de mal acondicionada; y como ſu amor fuè fingido, antes de ſeys meſes ſe hallò tan libre dèl, como ſi nunca le huviera tenido; y como ingrato à mis obligaciones, diò en viſitar à una Dama libre, y de las que tratan de tomar placer, y dineros, y hallòſe tan bien con eſta amiſtad, porque no le recelaba, ni apretaria, que no ſe le diò nada que yo lo ſupieſſe, ni hacia caſo de las quexas que yo le daba por eſcrito, y de palabra, las veces que venia, que eran pocas. Supe el caſo por una criada mia, que le ſiguiò, y ſupo los paſſos en que andaba. Eſcrivì à la muger un papel, pidiendole no le dexaſſen entrar en ſu caſa. Lo que reſultò de eſto, fuè no venir mas

à

Digitized by Google

à la mia, por darse mas enteramente à la otra. Yo triste, y desesperada, se me passaban los dias, y las noches, llorando: mas para que te canso en estas cosas, pues con decir que cerrò los ojos à todo, basta.

Fuè fuerza en medio destos sucessos, irse à Salamanca: y por no bolver à verme, se quedò alli aquel año. Lo que en esto sentì, te lo dirà este traje, y este monte, donde siendo yo quien sabes, me has hallado. A pocos dias que estaba en Salamanca, supe que andaba de amores, por nuevo, por galan, y cortesano; cuyas nuevas sentì tanto, que pensè perder el juicio. Escrivile unas cartas, no tuve respuesta. En fin me determinè ir à aquella famosa Ciudad, y procurar con caricias, bolver à su gracia; y ya que no estorvasse sus amores, por lo menos llevaba determinacion de quitarme la vida. Mira, Fabio, en que ocasiones se via mi opinion; mas què no harà una muger zelosa? Comuniquè mi pensamiento con Doña Guiomar, con quien descansaba, y viendo que estaba resuelta, no quiso dexarme partir sola. Entraba en casa un Gentil-hombre, cuya amistad, y llaneza era de hermano, al qual rogò Doña Guiomar, y su madre, que me acompañasse: El lo aceptò, y alquilando dos mulas, salimos de Madrid bien prevenidos de joyas, y dineros. Y como yo sè tan poco de caminos, porque los que havian andado en compañia de D. Felix, havian sido con mas recato. En lugar de tomar el camino de Salamanca, el traydor que me acompañaba, tomò el de Barcelona, y antes de llegar à ella media legua, me quitò quanto llevaba, y con las mulas se bolviò por do havia venido. Quedè en el campo sola, y desesperada, con intento de hacer un disparate. En fin, à pie empecè à caminar, hasta que salì del monte al camino real, donde hallè gente, à quien preguntè, què tanto estaba de alli Salamanca? De què se rieron, respondiòme, que mas cerca estaba de Barcelona; en lo que vì el engaño del traydor, que por robarme me traxo alli. Animème, y à pie llegue à Barcelona, donde vendiendo una sortixilla de hasta diez ducados, que por descuydo me quedò en el dedo, comprè este vestido, y me cortè el cabello. Desta suerte vine à Monserrate, donde estuve tres dias, pidiendo à aquella Santa Imagen me ayudasse, y favoreciesse en mis trabajos, y llegando à pedir à los Padres me diessen algo que poder comer, me preguntaron, si queria servir de zagal, para traher al monte este ganado: Yo, viendo tan buena ocasion, para que Celio, ni nadie sepa de mi, y yo pueda llorar mis desdichas, acetè el partido, don-

Digitized by Google

donde ha quatro meses que estoy, con proposito de no bolver eternamente donde nadie me vea. Esta es la ocasion de mis desdichadas quexas, que te dieron motivo à buscarme: en estas ocasiones me ha puesto amor, y en ellas pienso acabar mi vida. Atento havia estado Fabio à las razones de Jacinta, y viendo que havia dado fin, la respondiò assi: Por no cortar el hilo, discreta Jacinta, à tus lastimosos sucessos, tan bien sentidos, como bien dichos, no he querido decirte, hasta que les dieses fin, que soy Fabio, el amigo de Celio, que dixiste que estaba tan lastimado de tu empleo, quanto deseoso de conocerte. Con tales colores has pintado su retrato, que quando yo no supiera tus desdichas, y por ellas conocieste, desde que le nombraste, que eras el dueño de las que yo tengo tan sentidas como tu, conociera luego tan ingrato amante, à quien no culpo, por ser essa su condicion, y tan sujeto à ella, que jamàs en esto se valiò de su entendimiento para poder vencerle: muchas prendas le he conocido, y à todas ha dado esse mismo pago, y tenido essa misma correspondencia. De lo que puedo assegurarte, despues de decirte, que pienso que su estrella le inclina à querer donde es aborrecido, y aborrecer donde le quieren, es que siempre oì en su boca tus alabanzas, y en su veneracion tu persona, tratando de ti con aquel respecto que mereces. Señal de que te estima, y si tu le quisieras menos de lo que le has querido, ò no lo mostràras; por lo menos, ni tu estuvieras tan quexosa, ni èl huviera sido tan ingrato: mas ya no tiene remedio, porque si amas à Celio, con intencion de hacerle tu dueño, como de ser quien eres creo, y de tu discrecion siempre presumì, ya es imposible, porque èl tenia ya las puertas cerradas à essas pretensiones, y à qualesquiera que sean de esta calidad, por tener ya Ordenes, impedimento para casarse, como sabes. Para su condicion, solo este estado le conviene, porque imagino, que si tuviera muger propria, à puros rigores, y desdenes la matàra, por no poder sufrir estàr siempre en una misma parte, ni gozar una misma cosa. Pues que quieras, forzada de tu amor, lograrle de otra suerte, no lo consentirà el ser Christiana, tu nobleza, y opinion, que serà desdecir mucho de ella; pues no es justo que ni el padre de D. Felix, ni su hermana, tus deudos, y el Monasterio donde estuviste, y fuiste tanto tiempo Religiosa, sepan de ti essa flaqueza, que imposible serà encubrirse: y estar aqui donde estàs, à peligro de ser conocida de los Vandoleros de esta montaña, y de la gente, que para visitar estas santas

Her-

Digitized by Google

Hermitas la passan, ni es decente, ni seguro, pues como yo te conocì, lo podràn hacer los demàs. Tu hacienda està perdìda, tus deudos, y los de tu muerto esposo, confusos, y quisà sospechando de ti mayores males de los que tu piensas, ciega con la desesperacion de tu amor, y la passion de tus zelos, tanto, que no das lugar al entendimiento para que te aconseje. Yo que miro las cosas sin passion, te suplico, que consideres, y pienses, que no me he de apartar de aqui, sin llevarte conmigo, porque de lo contrario, entendiera, que el Cielo me havia de pedir cuenta de tu vida, pues esto sin mas interes que el de la obligacion en que me has puesto, con decirme tu historia, y descubrirme tus pensamientos, la que tengo à ser quien soy, y la que debo à Celio mi amigo, del qual pienso llevar muchos agradecimientos, si tengo fuerte de apartarte de este intento, tan contrario à tu honor, y fama, porque no me quiero persuadir à que te aborrece tanto, que no estime tu sossiego, tu vida, y tu honra tanto como la suya. Esto te obligue, Jacinta hermosa, à desviarte de semejante designio. Vamos à la Corte, donde en un Monasterio principal de ella, estaràs mas conforme à quien eres; y si acaso alli te saliesse ocasion de casarte, hacienda tienes con que poder hacerlo, y discrecion para olvidar con las caricias verdaderas de tu legitimo esposo, las falsas, y tibias de tu amante; y si olvidandole, y conociendo las desdichas que has passado, y las malas correspondencias de los hombres, tomasses estado de Religiosa, pues ya sabes que es el mas perfecto, tanto mas gusto darias à los que te conocemos. Ea bella Jacinta, vamos al Convento, que se viene la noche, y entregaràs à los Frayles sus corderos, porque mañana, poniendote en tu trage, pues esse no es decente à lo que mereces, recibiràs una criada que te acompañe, y alquilarèmos un coche en que bolver à Madrid, que desde oy, con tu licencia, quiero que corra solo por mi cuenta tu opinion, y agradecerme à mi mismo el ser la causa de tu remedio. Y si no puedes vivir sin Celio, yo harè que Celio te visite, trocando el amor imperfecto, en amor de hermano. Y mientras con esto entretienes tu amorosa passion, querrà el Cielo que mudes de intento, y te embie el remedio que yo deseo, al qual ayudarè, como si fueras mi hermana, y como tal iràs en mi compañia. Con estos brazos, noble, y discreto Fabio, (replicò Jacinta, llenos los ojos de lagrimas, enlazandolos al cuello del bien entendido mancebo) quiero, si no pagar agradecer la merced que me haces; y pues el Cie-

lo

Digitized by Google

lo te traxò à tal tiempo por estos montes inhabitables, quiero pensar, que no me tiene olvidada, irè contigo mas contenta de lo que piensas, y te obedecerè en todo lo que de mi quisieres ordenar, y no harè mucho, pues todo es tan à provecho mio. La entrada en el Monasterio acepto, solo en lo que no podrè obedecerte, serà en tomar uno, ni otro estado, si no se muda mi voluntad, porque para admitir esposo, me lo estorva mi amor, y para ser de Dios, amo à Celio; porque aunque es la ganancia diferente, para dar la voluntad à tan Divino Esposo, es justo que estè muy bien libre, y desocupada. Bien sè lo que gano por lo que pierdo, que es el Cielo, ò el Infierno, que tal es de mis passiones; mas no fuera verdadero mi amor, si no me costàra tanto. Hacienda tengo, bien podrè estarme en el estado que posseo, sin mudarme dèl. Soy Fenix de amor, quise à Don Felix, hasta que me le quitò la muerte, quiero, y querrè à Celio, hasta que ella triunfe de mi vida. Y si tu haces que Celio me vea, con esto estoy contenta, porque como yo le vea, esso me basta, aunque sè, que ni me ha de agradecer esta fineza, esta voluntad, ni este amor, mas aventurarème perdiendo, pues, ni èl dexarà de ser tan ingrato, como yo firme, ni yo tan desdichada como he sido, mas por lo menos comerà el alma el gusto de su vista, à pesar de sus despegos, y lealtades. Con esto se levantaron, y dieron la buelta à la Santa Iglesia, donde reposaron aquella noche, y otro dia partieron à Barcelona, donde mudaron Jacinta de trage, y tomando un coche, y una criada, dieron la buelta à la Corte, dònde oy vive en un Monasterio de ella, tan contenta, que le parece que no tiene mas bien que desear, ni mas gusto que pedir. Tiene consigo à Doña Guiomar, porque muriò su madre, y antes de su muerte le pidiò la amparasse hasta casarse, de quien supe esta historia, para que la pusiesse en este libro por maravilla, que lo es, y sucesso tan verdadero, porque à no ser los nombres de todos supuestos, fueran de muchos conocidos.

Con tanto donayre, y agrado contò la hermosa Lisarda esta maravilla, que colgados los oyentes de sus dulces razones, y prodigiosa historia, quisieran que durara toda la noche, y assi conformes, y de un parecer comenzaron à alabarla, y darle las gracias de favor tan señalado, y mas Don Juan, que como amante se despeñaba en sus alabanzas, dandole à Lisis con cada una la muerte, tanto que por estorvarlo tomando la guitarra, que sobre la cama tenia, llorando el alma, quando cantaba el cuerpo,

Digitized by Google

hizo señas à los Musicos, los quales atajaron à D. Juan las alabanzas, y à Lisis el pesar de oirlas con este Soneto.

No desmaya mi amor con vuestro olvido,
Porque es Gigante armado de firmeza,
No os canseys con tratarle con tibieza,
Pues no le haveys de ver jamàs vencido.
Soys mientras mas ingrato, mas querido,
Que amar por solo amar, es gran fineza,
Sin premio sirvo, y tengo por riqueza,
Lo que suelen llamar tiempo perdìdo.
Si mis ojos en lagrimas bañados,
Quizà viendo otros ojos mas queridos,
Se niegan à sì mismos el reposo.
Les digo amigos fuisteys desdichados;
Y pues no soys llamados, y escogidos,
Amar por solo amar es premio honroso.

Pocos huvo en la sala, que no entendieron que los versos cantados por la bella Lisis se dedicaron al desden con que D. Juan premiaba su amor, aficionado à Lisarda, y naturalmente les pesò de ver tan mal pagada la voluntad de la Dama, y à D. Juan tan ciego, que no estimasse tan noble casamiento; porque aunque Lisarda era deuda de Lisis, y en la nobleza, y hermosura iguales, le aventajaba en la riqueza. Quien mas reparò en la passion de Lisis fuè D. Diego, amigo de D. Juan, que sabìa la voluntad de Lisis, y despegos de D. Juan, por haverle contado la Dama sus deseos, y viendo ser tan honestos, que no passaban los limites de la venganza, propuso pedirle à D. Juan licencia para servirle, y tratar su casamiento. Y assi, por principio comenzò à engrandecer, ya los versos, ya la voz, y Lisis, ò agradecida, ò falsa, quizà con deseos de venganza, comenzò à estimar la merced que le hacia, con cuyo favor D. Diego pidiò licencia, para que la ultima noche de la fiesta, sus criados representassen algunos entremeses, y bayles, y darle la cena à todos los combidados; y concedida, tan contento, como D. Juan enfadado de su atrevimiento, diò lugar à Matilde, para contar su maravilla; la qual haviendo trocado con Lisarda empezò assi: Ya que la bella Lisarda ha provocado en su maravilla la firmeza de las mugeres, cifrada en las desdichas de Jacinta, razon serà, que siguiendo yo su estilo en la mia à lo que estamos obligadas, que es à no dexarnos engañar de las invenciones de los hombres, ò ya

Digitized by Google

ò ya que como flacas, y mal entendidas caygamos en sus engaños, saber buscar la venganza, pues la mancha del honor solo sale con sangre de el que le ofendiò. El caso sucediò en esta Corte, y empieza assi.

NOVELA SEGUNDA.

LA BURLADA AMINTA, Y VENGANZA DEL HONOR.

FUè el Capitàn D. Pedro (cuyo apellido por justos respetos se calla) natural de la Ciudad de Vitoria, una de las principales de Vizcaya, por su amenidad, grandeza, y nobleza que en sì cria. Desde sus tiernos años se inclinò à las armas, exercicio usado entre nobles. Gastò la flor de su mocedàd en la guerra, si se puede decir gastar, sirviendo à su Rey con tanto valor, por cuyo bien empleado trabajo alcanzò del Catholico, y prudente D. Felipe Segundo honrosos cargos en èlla, hasta que pidiendo su noble exercicio el merecido premio de sus servicios, el Christiano Rey D. Felipe Tercero honrò su persona con un Abito de Santiago, y seis mil ducados de renta, librados en la Encomienda de el mismo Abito. Casò en Segovia (Ilustre Ciudad de Castilla, tan adornada de edificios, como de grandeza de Cavalleros, enriquecida de Mercaderes, que con sus tratos estienden su nombre, hasta las mas remotas Provincias de Italia) con una Dama igual en nobleza, y bienes de fortuna. Deste matrimonio tuvo un hijo, el qual llegando à los años de discrecion, heredando los nobles, y alentados respetos, y pensamientos de su padre, à imitacion suya: y codicioso de sus hazañas, quiso mostrar su mocedad en mostrar su valor, y grangear algunas de las que à su padre sobraban, y assi con gusto suyo, y una vandera, cuyo suplimiento alcanzaron los meritos de su padre, passò à Italia à servir à su Rey en la famosa guerra que tenia con el Duque de Saboya. Tenia el Capitan D. Pedro un hermano, que por ser mayor, gozaba el Mayorazgo de sus padres, que no era de los peores de su tierra, y por heredera la mas bella hija que en toda aquella Provincia se hallaba. Era Aminta de catorce años, quando à la puerta de los de su padre llamò la muerte, cruel fiscal de las vidas. Y sintiendo el Christiano Cavallero mas que la partida de este mundo, el dexar su hermosa hija, sin mas amparo que el del

Digitized by Google

Cielo, pues aunque le quedaba baſtante hacienda para caſar noblemente, viendola quedar ſin madre que la governaſſe, y enſeñaſſe, era para ſu corazon nuevo tormento, aunque la virtud de ſu hija le animaba, y viendo que ſin remedio ſe llegaba el fin de ſu vida, hizo ſu teſtamento, y dexando à ſu hija por dueño de todo, nombrò à ſu hermano por teſtamentario, y cumplidor de ſu alma, ſuplicandole por una carta, que antes de ſu muerte eſcriviò, tomaſſe à ſu cargo el remediar, y caſar à ſu ſobrina, pidiendole encarecidamente la empleaſſe en quien la mereciеſſe. Y hecho eſto durmiò el ultimo ſueño, rindiendo el alma à ſu Criador, y el cuerpo à la tierra, recibiò el Capitan la carta de ſu hermano, ſolemnizando con lagrimas las ternezas de ella, y pareciendole que eſtaria mejor ſu ſobrina en ſu compañia, y en el amparo, y crianza de ſu muger, ſe partiò para èlla, con acuerdo de los dos, de que eſtaria bien empleada en ſu hijo, pareciendole, y era bien, que no podia emplearla mejor. Llegòſe el Capitan à ſu tierra, y deſpues de eſtar en ella algunos dias, acomodando, y poniendo en orden la hacienda, dexando en ſu adminiſtracion un Mayordomo fiel que la governaſſe, diò la buelta à Segovia, entrò en ella la hermoſa Aminta, ſi bien en el nublado del luto, para ſer ſu Sol, ſu aſſombro, ſu admiracion, dando à las Damas embidia, y à los galanes deſeos, con tal eſtremo, que en pocos dias ſe llenò la Ciudad de ſu fama; no teniendoſe por dichoſo quien no la havia viſto; alabando cada uno lo que mas en èlla eſtimaba: unos la hermoſura, otros la diſcrecion; èſte la riqueza, y el otro la virtud. Finalmente, de todos era llamada el milagro de eſta edad, y la octava maravilla de eſte tiempo. No faltando luego ojos atrevidos, y deſeoſos codicioſos, que aficionados à ſus gracias, y honeſtos deſenfados, quiſieſſen por medio del Matrimonio, ſer dueños de tal joya, y algunos, ò los mas, que viendo que ſu tio cerraba la puerta à todos, con decir que Aminta havia de ſer muger de ſu hijo, pretendieſſe rendir por amor el honeſto pecho de la Dama: la qual contenta de que ſu tio la empleaſſe tan bien, apartaba quanto podia ſus ojos de eſtas ocaſiones, eſperando con mucho guſto, la venida de ſu primo, y eſpoſo, que ya le havia embiado à llamar, pareciendole, que no havia otro bien ſino ſu viſta; como muger que no ſabìa de amor, ni de otra coſa que de la voluntad, y guſto de ſus tios. Mientras el eſpoſado venia, paſſaba Aminta una vida alegre, libre, y regalada; tanto, que gozando al lado de ſu tia, todas las fieſtas,

y

Digitized by Google

y holguras de la Ciudad, à pocos meses olvidò la pena de la muerte de su padre, siendo su vista, para los miserables, que defraudados de gozarla, no se hallaban, sino cargados de penas, y amorosos deseos, un Basiliſco que matava, sin dar esperanzas de vida; y con saber que esto era sin remedio, no desmayaban, ni bolvian atras à su pretension. Las musicas eran continuas, los paſseos ordinarios, y los galanes sin cuenta, pareciendo su calle, en siendo de noche, los montes de Arcadia, ò las selvas de amor. Aqui sonaban suspiros, y acullà instrumentos, sin que jamàs Aminta lo escuchasse; y si lo oìa, era para hacer burla, y reìrse de todos. Mas no se fie nadie de su libertad, ni de sus fuerzas, que tal vez amor gusta mas de cazar voluntades libres, que gustar los sujetos, y siempre se vè cautivo el libre, enfermo el sano, y vencido el valiente, pues suele amor empezar burlando, y acabar de veras. Duerman los ojos de Aminta, libre, y descansadamente, que antes de mucho juzgaràn à costa de hartas perlas, por verdadera mi opinion. Fuè, pues, el caso, que à negocios importantes, vino à Segovia un Cavallero, à quien llamarèmos Don Jacinto. Era mozo, galan, y mas inclinado à gusto, que à penitencia, pues no trataba de ella, sino de Jueves à Jueves Santo, como hacen los que tienen las ocasiones dentro de su casa: Este tal, por no hacerla sino à su gusto, jamàs apartaba de sì la ocasion dèl, que era una Dama libre, y mas desenfadada, que es menester que sean las mugeres, pues aunque tratan de solo su gusto, parece bien que sean honestas. Trahiala D. Jacinto con titulo de hermana, y de esta suerte le acompañaba siempre, dexando por su causa de hacer vida con su legitima muger, que era tan desdichada como hermosa: la qual se havia quedado en Madrid. Diò D. Jacinto en ir à oìr Missa à un Monasterio, no lexos de la casa de la discreta Aminta, y donde siempre la hermosa Dama acudia con su tia; y como la hermosura, las galas, y el acompañamiento fuesse para mirar, puso en èlla D. Jacinto los ojos, con tan atento afecto, que no parò la hermosa vista hasta el alma. Empezò D. Jacinto à sentirse mal de la penetrante herida que le havia dado en el corazon la grande belleza de Aminta, y considerando su nobleza, riqueza, y honestidad, que de todo se informò, ser imposſibles sus pensamientos, pues el ser quien era Aminta, y su estado dèl, lo dificultaba todo, le trahia fuera de sì, que no parecia hombre con alma, sino cuerpo, ò fantasma sin èlla. Vinole à poner en tal cuydado su passion, que del poco comer, y mal dormir, vino

Digitized by Google

à perder la ſalud, de ſuerte, que cayò en la cama de melancolia, con que negò à Flora la converſacion. Siendo ſu viſta tan enfadoſa à ſus ojos, que quiſiera por no verla, no tenerlos. Sentia Flora la repentina mudanza de D. Jacinto, con mucha pena; ſi bien, por lo que hizo, no ſe puede juzgar fueſſen verdaderas; y como llegaſſe à preguntarle la cauſa de ſu pena, y èl ſe la negaſſe, que no quiero ſentir que fueſſe amor, diò en andar à la mira, haſta ſaberlo. No fuè dificultoſo, porque como amor es ciego, èl, y èllos hacen las coſas de ſuerte, que pocas veces ſe encubren, y aſſi un dia, que D. Jacinto eſtaba rendido à ſus cuydados, ya què le pareciò que Flora eſtaba fuera, por haverlo dicho èlla aſſi, y como èl ya no la amaba, no examinaba ſus coſas como ſolia; antes el miſmo la pedia que ſalieſſe à paſſearſe, y ver la Ciudad, deſeando la ſoledad, para darſe todo à ſu Aminta. Y creyendo eſtar ſolo, tomando un Laud, cantò aſſi:

Del fugitivo Eneas llora Dido
el deſprecio cruel de ſu partida,
de rabia ciega, en colera encendida
maltrata el roſtro por vẽgar ſu olvido.
Llama à ſu amãte, ſin razõ querido,
la mano al pomo de una eſpada aſida,
con que cortando en flor ſu triſte vida,
ganò el laurèl, à ſu lealtad debido.
Eliſa bella, aunque tu triſte ſuerte
te forzò à darte muerte riguroſa,
yo trocarè mi vida por tu muerte.
Porque ſi no te amàre, es cierta coſa,
què impoſſible le fuera aborrecerte,
y pues te amè, què ſuerte mas dichoſa!
Empreſa fuè famoſa,
con que à la fama tienes embidioſa,
y pues fuiſte querida,
no lamentes el ſer aborrecida.
Con tan dulce memoria
no hay pena que no ſea mayor gloria.
Mas hay de una firmeza,
pagada con deſden, y con tibieza!
aqueſta ſi que es pena,
que la tuya lo fuè de gloria llena.
Mas triſte del que muere,
Aminta ingrata ſin q̃ en mal tan grave
jamàs eſpera gloria, ni ſe acabe.

Ya no ſerà poſſible, amado D. Jacinto, ſaliò diciendo Flora, que eſcondida eſtaba, el negarme la cauſa de tu triſteza, porque ya la has declarado en tus verſos, y ſi he de decir verdad, dias ha que la ſoſpecho, por ver en tu boca tantas alabanzas de Aminta, la ſobrina del Capitan: no pienſes que me peſa, que hayas pueſto en ellas tus penſamientos, porque no puedo tener por agravio, querer muger que me exceda en todo; y aſſi en lugar de enojo, te tengo laſtima por ver quan impoſſibles han de ſer tus deſeos, ſi no te vales del engaño, porque ſi yo te quiſiera de burlas, dieraſme zelos con eſſe amor, nuevamente en ti nacido; pues quando fuera poſſible que pudieras gozar de Aminta, no por eſſo te-

Digitized by Google

temo yo que me olvides, que antes viendome desear, y procurar tu gusto, me has de querer mas. Yo siempre he tenido por necedad los zelos; y assi hice juramento el dia que me alistè debaxo de la vandera de amor, de aborrecerlos, y no procurar conocer tan mala cosa, como dicen que es. La dificultad que yo hallo en esta pretension, es, que Aminta no se ha de rendir, sino es por casamiento, que su desden es risa, pues si llegasse à leer el papel, y escuchar tus amorosas razones, quien duda que te ha de querer? No hay para las mugeres lazo como el del casamiento: dexala tu que vea tu gala, y armasele, y verás si caerà, pues aunque por la Ciudad se dice, que aguarda à un primo suyo para ser su marido, mas harà un amante de tus partes, y talle, que su primo ausente, y con esperanzas. Viste galas, y embiale joyas, que yo por mi parte tenderè mis redes, harè mis tramoyas, y à titulo de que soy tu hermana, me harè su amiga, y procurarè hablarla siempre que la viere en la Iglesia: y si llega à darme oidos, yo la pintarè de suerte tus amorosas passiones, y con tales colores, que aunque mas en los estrivos de su honor vaya, no dexarà de caer; y amandote, facil serà el gozarla à titulo de marido, y si passare mas adelante la voluntad, sacarla de casa de su tio, y llevarla donde no se sepa de ella, y si con gozarla se acabare, con irnos à nuestra casa, ni ella sabrà el autor de su daño, ni ossarà decirlo, por no verse infamada, y quisá muerta de su tio. Y el premio de todo esto que por ti hago, no quiero que sea mas, que el gusto que has de recibir. Suspenso estaba D. Jacinto, oyendo el canto de aquella Sirena, y assi, ò que creyesse que lo hacia de amor, por no verle padecer, ò que quisiesse passar por ello por lograr su deseo, la respuesta que le diò, fuè enlazarle al cuello los brazos, llamandola consuelo, y remedio suyo, y restauradora de su vida, y al fin quedaron de concierto de hacer lo que Flora le aconsejaba; empezando D. Jacinto su engaño desde aquel mismo dia: galan como rico, y alentado como galan, seguia su pretension: de dia assistia à sus puertas, de noche rondaba su calle: unas veces solo, y otras acompañado de Flora, que en abito de hombre iba quando havia de darle musica. Vivia en una sala baxa de la casa de Aminta una muger, entre señora, y sierva, havia sido muger de un Mercader, era curiosa, y amiga de saber, y no de las que hacen milagros de las cosas que suceden, ni deseaba hacerlos en razon de santidad, si bien los dissimulaba con muestras de virtud, tanto que el Capitan no estrañaba que entrasse

Digitized by Google

en su casa; èsta como viò el paxaro nuevo que tenia à picar en el cebo de la hermosura de Aminta, una noche que le viò cerca de la puerta, se llegò à èl, y le preguntò, què buscaba, sabiendo como era publico en toda la Ciudad, que aquella Dama era prenda de un primo suyo, que estaba en Milàn, y le aguardaban por puntos, para ser su esposo? No quiso mas Don Jacinto que esta ocasion, y asiendola por el copete, le contò sus amores, conforme el engaño que tenian èl, y Flora concertado, diòle à entender que tenia quatro mil ducados de renta, prometiendole cosas imposibles, diciendole, que no queria que hiciesse por èl otra cosa, mas que llevarle un papel, y diciendo, y haciendo, le puso en las manos un bolsillo con cinquenta escudos; con cuyo milagroso encanto se enterneciò Doña Elena (que es este el nombre de esta Señora) mas de lo que fuera justo, y assi le dixo, que fuesse à escrivir, y diesse la buelta con el papel, que èlla se lo llevaria à Aminta, y cobraria la respuesta. Bolviò D. Jacinto à su casa, y contando à Flora su ventura, escriviò un papel: y bolviendo con èl donde le estaba aguardando Doña Elena, se le diò, y con èl una sortija de un diamante estremado. Este, dixo, daràs à la hermosa Aminta, por prenda, y señal de mi amor. Prometiò Doña Elena hacerlo, y que otro dia le daria la respuesta. El se fuè, y èlla se subiò al quarto de Aminta, la qual de noche de ordinario estaba, escriviendo à su primo, y esposo; y llegandose à èlla le puso el papel, y sortija en la mano, diciendo: leeme hermosa Aminta, por tu vida este papel, que es de un amante, que como si yo fuera hermosa, me pretende, y me le embiò con esta joya. Bien pensò Aminta, que el papel, y sortija seria de alguno de los muchos que la pretendian, mas llevada de una curiosidad, por no pecar de melindrosa, ò quisà porque su suerte empezaba à perseguirla, solemnizando con risa las palabras de Doña Elena, leyò lo que se sigue:

Quando la voluntad pelea, el temor se rinde, y por esta causa sin tenerte de enojarte, y forzada de ella, hermoso dueño mio, me atrevo à decirte mi amor, que quando diga que nacìo, no desde que vì tu belleza, sino desde que naci, pues me dicta el corazon que te havia de criar el Cielo para ser su Señora, y no dirè mentira: bien sè el imposible que intento, pues aguardas para esposo tu venturoso primo, mas por lo menos no quiero morir sin que sepas que creo la causa. Si no eres tan cruel, como el mundo dice, sirvete mientras viene el dichoso que te ha de merecer, de darme la vida, aunque no sea con mas que tu vista; y essa sortija no re-

Digitized by Google

reibas por prenda mia, sino por retrato suyo.

Quien es, amiga replicò Aminta, el enfermo tan peligroso, que pide remedio tan aprissa? Quien te merece, respondiò Doña Elena, mejor que el que aguardas para esposo, por noble, galan, rico, y discreto, pues aunque tu primo es tu sangre, Don Jacinto lo es de lo mejor de España. Ah codicia, y bolsillo de escudos, que presto califica en la opinion de esta muger lo que apenas se havia visto! No sè belissima Aminta, como eres tan ingrata, prosiguiò la engañosa menfagera, à lo que es tan favorable, mirate bien en ello, y conoceràs tu engaño; y dì, què dirè à D. Jacinto? Si no basta decir, que me le disse, respondiò Aminta algo tierna, dile que le leì, que no me parece, amiga mia, que le he hecho poca merced. Y diciendo esto, puso el anillo en el dedo. Bien quisiera Doña Elena hallar luego à Don Jacinto, para darle las buenas nuevas, y pedirle albricias, mas como no aguardaba tan buen despacho, quiso saberlo mas tarde, y assi se havia recogido en su posada. Quien podrà decir los varios pensamientos de Aminta las veces que leyò el papel, y la suerte con que amor hizo suerte en su libre, y descuydado corazon; pues aunque sabìa que havia de ser muger de su primo, hasta aquel punto aun no havia tenido lugar en èl; y assi, deseando el dia, passó la noche mas inquieta que fuera justo. Apenas la luz diò señal de su venida, quando se vistiò, y quizà se adornò con mas gala, y puntualidad que otras veces, deseando ver la causa de su desasossiego, y pues le desea ver, no està lexos de amar; mas què mucho si diò oidos à las asechanzas que amor le puso en las palabras de Doña Elena. Oyò Aminta, y diò lugar à ello su cruel condicion, y luego cayò en el lazo. Era dia de fiesta, y al tiempo de salir de su casa con su tia, y criadas à Missa, hallò en el portal à Doña Elena, hablando con Don Jacinto, con cuya vista, que luego de las acciones de los dos, conociò el sugeto, si ya su alma no se lo havia dicho, y si alguna parte le havia dexado libre à las razones del papel, lo entregò todo à su talle con señales ciertas de rendimiento; porque aunque Don Jacinto tenia treinta años, era tan galan, y tan despejado, que mirado sin el defecto de su estado, rendia con su gracia quanto miraba; el qual como discreto, conociendo en el rostro de la Dama, señales ciertas de amor, se empezò à prometer dichosas esperanzas, porque desde el lugar en que la viò, hasta el en que estaba el coche, mudò mil colores, y puso

sus

Digitized by Google

fus ojos en dos mil ocasiones de atrevidos; y mas quando oyò decir à Doña Elena: vaya vuessa merced con Dios, señor D. Jacinto, que la lavor està en estando, que no tardará mucho en acabarse. Aqui fuè quando la hermosa Aminta tropezò, y vino à dar con el cuerpo casi à los pies de su Amante, que ya se havia despedido de la discreta tercera de sus amores, è iba à darlos à entender à la causa de ellos, de todas las maneras que supiesse, y como fuesse fuerza usar en esta ocasion de la debida cortesia, fuè à dar la mano à la muy discreta Aminta, diciendo assi: Passo de esposo, si amor, y fortuna estan de mi parte. A quien respondiò la Dama, dandole la suya sin guante, mejor que con palabras, con enseñarle en ella el rico diaman e, que bastò para que el Galan quedasse, sobre contento, pagado. Agradeciò su tia el favor que D. Jacinto havia hecho à su sobrina, el qual, por recibirle mas cumplido, quitando el estrivo del coche, diò lugar à que se pusiesse el Sol entre nubes de seda. Fuèse al punto à contar à Flora sus venturas, y decirle, como Aminta quedaba en la Iglesia. Tomò Flora su manto, y en compañia de su hermano se fuè à la misma Iglesia, donde estaba Aminta, y sentandose junto à ella, dixo à Don Jacinto, que la acompañaba: Aguarda hermano, no passemos de aqui, que ya sabes que tengo el gusto mas de Galan, que de Dama, y donde las veo, y mas tan bellas como esta hermosa señora, se me van los ojos tras ellas. No serà maravilla, que Aminta dè las gracias à Flora, en albricias de saber que es hermana de Don Jacinto, pues desde que le viò entrar en la Iglesia con ella, estaba casi difunta, acabando casi los zelos de romper la herida, y abrir la puerta del amor, y assi la respondiò: Donde hay tanta hermosura (que es cierto que mas puede dar embidia, que tenerla) no sè para que buscais otra, pues tomando un espejo en las manos, mirandoos con èl, satisfareis vuestros deseos, porque mas mereceis que os enamoren, que no que enamoreis; mas por lo menos, me pienso estimar desde oy en adelante, en mas que hasta aqui, y enriquecerme con la merced que me haceis, pues de amores tan castos, no podrà dexar de sacarse el mismo fruto; y assi os suplico, me digais, que es lo que de mi mas os agrada, y enamora, para que yo lo tenga en mas, y me precie de ello. Toda vos, replicò Flora; porque soys tal, que pienso no me engaño, en creer por muy cierto, que soys la bella, y discreta Aminta; cuya gallardia, y hermosura es basilisco de toda esta Ciudad. Aminta soy, replicò la Dama, en lo demàs,

vos

Digitized by Google

ves señora, podreis juzgar la poca razon que tienen en darme esse nombre. Diestramente iba la cauta Flora, poniendo lazos à la inocente Aminta, para traherla à suma perdicion, y assi de lance en lance, le diò à entender todo lo que quiso, diciendo, como D. Jacinto su hermano havia venido desde Valladolid, donde tenia su casa, y hacienda, solo à ver si era verdadera la fama que de su hermosura bolava por todas partes, con deseo de hacerla su dueño, si fuesse tal, como se decia, y que como se havia informado del intento de su tio, no se havia atrevido à tratar nada. Engrandeciòle su amor, su sangre, su renta, y las premissas ciertas que tenia de un Abito, para quando se casasse; que assimismo èlla le havia pedido le traxesse consigo, para que si acaso no tuviesse efecto su pretension, pudiesse con mas seguridad tratar con èlla estas cosas. Finalmente, Flora pintò à su amante tan enamorado, tan rico, y noble, diciendole por remate, que pensaba, que si su hermano no la alcanzaba por muger, seria su vida muy corta. Dissimulò Flora su mentira, con tantas muestras de verdad, que no fuè de Aminta lo creyesse, y mas como ya amor la tenia rendida. Fenecìo Flora, la platica, con suplicarle tuviesse compassion de su hermano, pues estaba en tiempo de poder hacerlo, y que no aguardasse, à que venido su primo, todo tuviesse desdichado fin. Ay amiga, dixo Aminta! como puede ya dexar de tenerle, supuesto, que aunque yo quiera remediar à tu hermano, y hacerme à mi dichosa, casandome con èl, mi tio, que ya me tiene para su hijo, no lo ha de consentir, pues negar yo, que desde que à noche me dieron un papel de tu hermano, no dì con mi honesto pensamiento en tierra, serà negar al amor su fortaleza, y la obediencia que le he prometido, tanto, que ya si algunos deseos tenia de la vista de mi primo, se han trocado desear su muerte, ò que su ausencia dure hasta que llegue mi remedio, ò el fin de mi vida; ya tengo lastima de los que me han querido desdeñados, solo de mi no, la tengo, pues estoy dispuesta à no mirar honra, ni opinion, tal efecto ha hecho en mi la vista de tu hermano. Y pues me he llegado à declarar, dime tu què harè, pues no amarle es imposible, y remediarle tambien, que si atrevida no miro lo que pierdo, cuerda temo lo que ha de suceder. No quiso Flora mas que esto, y assi respondiò: Quando por ser muger de mi hermano, lo dexes de ser de tu primo, no pierdes nada, antes ganas marido, que le iguala en nobleza, y hacienda. Y si bien tu tio al principio se mostràre eno-

Digitized by Google

enojado, despues viendo lo que ganas, ha de hacer paces contigo, y para amansar à tu primo, ya que yo no te iguale en hermosura, suplirà esta falta veinte mil ducados que tengo de dote, y el ser tu cuñada. Y quando suceda tan mal, que nada desto baste, dexales tu hacienda, que mi hermano con sola tu persona se contenta. Y pues dices, que no se podrà acabar nada con tu tio, buen remedio: Doña Elena, que es la que te diò el papel, es buena amiga, en su casa podràs hablar à mi hermano, pues no se recela de èlla, y assi se concertarà el casarte, y despues de iros ante el Vicario, te vendràs à mi casa, donde quando lo sepa tu tio, ya estarás en poder de tu marido, y viendo que es tal como es, será fuerza que se tenga por contento, y à ti por venturosa. Estaba ya Aminta tan ciega, que concedia con todo, y mas como temia la venida de su primo, que la aguardaba por puntos. Y assi dixo à Flora, que à la tarde viniessen èlla, y su hermano al aposento de Doña Elena, donde mientras su tia estaba en visita, hablarian mas de espacio. Y despidiendose con señales de eterna amistad, Aminta, y su compañia, se bolviò à su casa, donde aunque su tia la havia visto hablar con Flora, no sospechò cosa, conociendo su recato. Contò Flora à D. Jacinto el concierto, si bien de industria le diò algunos picones, alcanzando por las nuevas, mil tiernos, y amorosos favores; y despues de comer, se vinieron juntos à la casa de Doña Elena, que ya estaba avisada de Aminta, de lo sucedido; la qual amaba tan de veras à D. Jacinto, que ya no miraba sino verse esposa suya, y entre el sì, y el no, la trahian inquieta varios pensamientos del sucesso, si bien guardò el secreto en sì misma, sin querer dar parte à ninguna criada, pareciendole (como es assi) que no hay quien descubra los secretos, sino èllas, pues quando mas se les encarga el callar, lo publican mas. Pues como viò la mal aconsejada señora, à su tia divertida con algunas señoras amigas, y que su tio estaba fuera, fingiendo forzosa ocasion, se entrò en otra sala, y de alli avisando à las criadas, que si la llamassen, estaba en casa de Doña Elena, se fuè à buscar los autores de su desdicha. Recibieronse con los brazos Aminta, y Flora, dando à Don Jacinto justa embidia: el qual despues de declararse con razones bien entendidas, ofreciose con promessas, acreditandose con lagrimas, acrecentando el amor de Aminta con amorosas caricias, le diò la mano de esposo, con cuya seguridad gozò algunos regalados, y honestos favores, cogiendo flores, y claveles del jar-

Digitized by Google

jardin, jamàs tocado de persona nacida, que estaba reservado à su ausente primo. Solemnizaban la fiesta Flora, y Doña Elena, con mil donayres, viendo à Don Jacinto tan atrevido, como Aminta vergonzosa. Y quedò concertado, que otro dia, mientras sus tios dormian la siesta, D. Jacinto traheria alli una silla, donde Aminta iria à casa del Vicario, encubriendo su nombre, porque no pudiesse dar luego cuenta del sucesso, y de alli à su posada, donde estaria encubierta hasta que se fuessen à su tierra, desde donde avisarian de todo à su tio, encargando à Doña Elena el secreto, à lo qual èlla se ofreciò de buena voluntad, por el temor que tenia al Capitan: del qual passado el tiempo del enojo, seria mas facil alcanzar perdon. Y assi despidiendose con mil abrazos, èlla se subiò à su quarto, y Don Jacinto, y Flora se bolvieron à su casa muy contentos, y satisfechos de lo bien que havian negociado. O engañada Aminta! precipitada en un mal tan grande, sin mirar los grandes inconvenientes que atropellas, y en el peligro que te pones, caro te costará tu atrevimiento. O engañoso D. Jacinto, causa irremediable de la destruccion de esta Dama! O falsa Flora, en quien el Cielo quiso criar la cifra de los engaños! Castigo vendrà sobre ti: de tu amante eres tercera, havrà quien dè credito à tal maldad? Sì, porque siendo una muger mala, lleva ventaja à todos los hombres. Amaneciò otro dia, que debiò de ser Martes, si es cierto que tiene algun azar: ya Aminta con el Sol estaba vestida, porque el sucesso de sus cosas no la daban reposo, haviendo soñado mil impedimentos, y disgustos en ellos. Vestida en fin, aqui cayendo, y acullà tropezando, y oyendo algunas palabras, pronosticos todos de sus desdichas, aunque ciega, y sorda, sujeta à su amor, y embebida toda en sus pensamientos; tomò todas quantas joyas tenia, y pusolas en un lienzo, y metiendolas en la manga, y el manto en la otra, comiò con sus tios inquietamente, y apenas los viò rendidos al primer sueño, quando se baxò al portal, donde se puso el manto, y se metiò en la silla, que estaba prevenida, encomendando de nuevo à Doña Elena el secreto. Llevaronla en casa del Vicario, porque los mozos de la silla, que eran criados de D. Jacinto, estaban bien avisados de lo que havian de hacer, y hallando alli à su amante, que por no ser conocido en la Ciudad, y ser cada dia frequentada de passageros, y mercaderes, podia salir, y entrar por donde queria; llegaron à la presencia del Vicario, encubriendose Aminta, por no ser conocida: donde al tomarles las manos,

Digitized by Google

nos, un rico anillo de una esmeralda, que la Dama trahia en el dedo, se partiò por medio, dando el pedazo que saltò, en el rostro à D. Jacinto; el qual aunque viò à su Dama turbada, no haciendo caso de agueros, se bolviò con èlla à su posada. Recibiò Flora à su cuñada (que assi la llamarèmos) con los brazos; y para que D. Jacinto, gozando, se arrepintiesse, y Aminta acabasse de encadenarse en su desdicha, despues de una muy bien ordenada cena, los llevò à su cama, donde los dexò, y se retirò à otro aposento en la misma posada, aguardando por premio de estos engaños, quedarse con su amante, dexando à Aminta con su deshonor, y desventura. Dexemoslos à todos passar esta noche, à los unos traydores, y à la otra inocente, y à cada uno amenazando su castigo, estando el Cielo por fiscal de todo: y vamos à la casa de Aminta, donde à este tiempo todo era confusion, todo llantos, todo amenazas, y todo sin provecho. Los estremos que su tio hacia eran de hombre sin juicio. En fin, enterandose de que no parecia, ni nadie la havia visto, empezò à hacer algunas diligencias ocultas, por no manifestar su deshonra, mas todo era escusado, porque como sola Doña Elena lo sabia, y èlla callaba, no se podia dar alcance à nada. Al fin, los llantos de su tia, y las voces de sus criadas, publicaron el suceso por la Ciudad, tanto que fuè necessario que la Justicia hiciesse algunas diligencias sin fruto; pues aunque el Vicario dixo, que à las dos de la tarde havia desposado una Señora, y un Cavallero, y como no supo decir quien fuesse, aunque sospechò que fuesse Aminta, no sirviò de mas, que de dar un pregon, para que supiessen todos lo que no sabian. Llegaron otro dia estas nuevas à los oìdos de D. Jacinto, que aplacado el fuego de su apetito, pudo considerar su peligro, y el mal que havia hecho, y temiendo que Doña Elena, si le apretassen algo, diria el suceso, y su posada, y que se havia de ver en peligro su vida, y su opinion, la noche siguiente llamò à una rexa baxa, que de su aposento salia à la calle, y estando hablando con èlla, y contandole lo que passaba, le apuntò al corazon con un pistolete, con que sin poder llamar à Dios, ni manifestar sus pecados, rindiò el alma, y llevò el merecido premio de lo que havia hecho. Y como dicen, que un yerro sigue à otro, y un mal à otro, como el de D. Jacinto era tan grande, temeroso de el suceso, y pareciendole, que si buscaban las posadas, que seria mal caso hallar en la suya à la triste Aminta, teniendo por cierto, que la muerte de Doña Elena, daria motivo à la

Justi-

Digitized by Google

Justicia para hacer esta diligencia, aconsejandose con los temores de Aminta que estaba con èllas casi muerta, y con las astucias de Flora, y principalmente con su arrepentimiento, saliò por acuerdo, que mientras Don Jacinto negociaba la partida, llevasse à Aminta en casa de una principal señora conocida de D. Jacinto, que vivia à las postreras casas de la Ciudad, dandole à entender à la triste señora, que si fuesse hallada, estaria mejor alli, y que entonces se publicaria su casamiento, y que si no la buscassen, èl tendria lugar de embiar por un coche à Valladolid para irse, y que una vez allà, todo se haria como ellos quisiessen. Concediò Aminta con todo, y D. Jacinto llevando adelante su engaño, se fuè en casa de una señora deuda suya, que era viuda, y no tenia sino solo un hijo para heredero de su hacienda. Llamavase el mancebo D. Martin, y era de los mas gallardos de su tiempo. Dixole D. Jacinto à la señora, que mientras èl iba à un negocio importante à Valladolid, el qual acabado, pensaba dar la buelta à su tierra, se sirviesse de que se quedasse en su compañia una Dama, merecedora de todo el favor que le hiciesse. Doña Luisa, que este es el nombre de esta señora, como conocia las mocedades de D. Jacinto, desde que vivia en su tierra, creyendo fuesse Dama suya, deseosa de darle gusto, concediò con el de D. Jacinto, y assi esta noche le trahia à su casa à Aminta, tan confusa, y triste, como èl alegre de verse fuera de aquella carga, trayendo la Dama demás de sus joyas, otras que su traydor esposo le havia dado: el qual como bolviò à su posada, sin aguardar mas sucessos que los passados, con la traydora Dama se partiò à su tierra, sin mas cuydado que el de llegar à èlla. Quedò Aminta en casa de Doña Luisa con nombre de Doña Vitoria, porque el suyo era muy conocido en Segovia, y pudo muy bien dissimularse, por quanto Doña Luisa havia poco que vivia en èlla, y hasta aquel punto no havian llegado à sus oìdos los sucessos de Aminta, aunque eran publicos por la Ciudad, y como su hijo no estaba en èlla, que havia quatro dias que havia ido à caza, no sabìa ninguna cosa. Vino D. Martin de su caza, y como luego que llegò se pusiesse de rua, y se salieſſe por la Ciudad, supo lo que su madre, y los de su casa ignoraban: y assi dando la buelta à èlla sentado à la mesa para cenar, mandò Doña Luisa llamar à su huespeda, que vista por D. Martin quedò fuera de si, pareciendole tener delante de sus ojos algun Angel. Cenaron, y D. Martin, tan fuera de sì, quanto Aminta descuydada de su nuevo pensamiento, y aun de su desdicha,

Digitized by Google

cha, y sobre cena contò à su madre lo que havia hallado nuevo en la Ciudad; dixo como de casa del Capitan D. Pedro havia faltado el dia antes una sobrina suya, que havia de ser muger de su hijo, que estaba en Milán, y como dicen ser la mas hermosa de toda Castilla, y que no se podia saber què causa, ò què motivo la havia obligado à tal; porque en quanto el casamiento, lo llevabá con gusto, y en el recogimiento, y cordura, era tan virtuosa, y discreta, como hermosa, y que se havia dado un pregon, que pena de la vida, ninguno la encubriesse. Y lo que mas espanta (añadiò) es, que esta mañana amaneciò muerta de un pistolete por el corazon, cierta Doña Elena, que vivia en una sala baxa de su casa. Prendieron al Capitan, y à sus criados, y uno dixo, que por una ventana que salia à la calle, la havia visto essa misma noche hablar con un hombre. Este, y otro dicho, que dice una criada, que su señora Aminta (que assi se llama la Dama que falta) baxaba muchas veces à su casa, recatandose de que no se supiesse, ha dado que sospechar, que por la causa de la dicha Aminta la havian muerto, por lo qual se ha quedado preso el Capitan, y su gente. Temblando estaba Aminta de oìr tales nuevas, quando D. Martin preguntò, dexando la platica empezada, de donde havia venido tan linda huespeda, que à sus ojos creia que del Cielo? D. Jacinto, replicò Doña Luisa, la traxo mientras va à Valladolid à un negocio, el qual acabado, bolverá por èlla, para llevarla à su tierra. Es acaso esta señora su muger, preguntò D. Martin? No lo quiera Dios, respondiò Doña Luisa, que por lo que veo en èlla, me pesára que estuviera tan mal empleada. Como muger, dixo Aminta, con turbada voz, es casado señora mia, D. Jacinto, ò pretendiò serlo? Què D. Jacinto, dixo Doña Luisa, el que aqui te traxo niña, no se llama de este nombre, porque el mismo suyo es Don Francisco, y es casado en Madrid. Sabeyslo bien, señora mia, dixo Aminta? Y como que lo sè, replicò Doña Luisa, cinco años ha, que estando yo en su misma tierra, donde vivì, desde que me casè, le vì casar con una Dama, natural de Madrid, de quien se enamorò, viendola en la boda de una prima suya, à cuya fiesta vino con sus padres, si bien dentro de un año no hizo vida con èlla. Conoci sus padres, y parientes, y sè que es tan rico, como vicioso. No tiene una hermana (tornò à replicar la confusa, y engañada Dama) que se dice Flora? Ay amiga? Dixo Doña Luisa, y que engañada vives, esta muger ha mucho que es amiga suya, y es la que le incita à mil maldades, que si no tuviera

los.

Digitized by Google

los brazos que en la Corte tiene de algunos deudos suyos, la huvieran ya quitado la vida, por el mal exemplo, que da, y ha dado con la publicidad de sus apetitos, vicio en los nobles mas mirado que en los demàs. Y por tu vida, hermosa Doña Vitoria, que me declares estas enigmas, que no son sin causa estas lagrimas, que te estàn haciendo fuerza por salir: y advierte, que si te ha dicho que no es casado, miente, que su muger se llama Doña Maria, y por no poder sufrir sus demasias, se bolviò à casa de sus padres. No son mis males (respondiò Aminta) de los que se pueden contar, sin mucho escandalo: dame aora licencia para recogerme, que à su tiempo sabràs los mayores engaños, y traiciones que de Sinon cuentan las historias. Era prudente Doña Luisa, y assi no quiso importunarla, casi adivinando lo que podia ser, aunque no quien era. Levantòse, y tomandola por la mano, la llevò à su camara, que era una hermosa quadra, cuyas ventanas con hermosos balcones, caian à un jardin junto à otra semejante en que dormia su hijo, con una puerta que se mandaba à èlla, si bien cerrada por quitar la ocasion. Quedò D. Martin tan confuso con su madre, y tan enamorado de su huespeda, que parecia ya imposible vivir sin èlla: y como la viò ir llorosa, y por las palabras que le havia oìdo, sospechasse alguna gran maravilla, sabiendo donde estàba aposentada Doña Vitoria, entrò en su aposento, y viendo cerrada la puerta que caìa al de la Dama, conociò la causa de la prevencion de su madre. Saliò fuera, y entre otras llaves que estaban sobre un escritorio, tomò la de aquella puerta, y se tornò à recoger, dando muestras de acostarse, mas no lo hizo assi, antes se puso por el pequeño lugar de la llave, à oir lo que decia assi, antes se puso en libertad. Doña Luìsa dexando à Aminta despues de haverla dicho algunos consuelos, tan ciegos, como su confussion, assi la dexò, y se fuè à su casa. Quedò la triste Aminta en su aposento tan llena de lagrimas, y congoxas, como ignorante de que nadie la oyesse, y assi en voz ni baxa, ni alta, empezò à dar lugar à sus quexas, al modo de quando à una fuente le estorvan, poniendo la mano, que no vierta sus pedazos de cristal, que en quitandola, sale con mas abundancia; assi las palabras detenidas en la garganta de Aminta, viendose à solas, empezaron à dar clara señal de sus passiones. Ay (decia, arrancando las hebras de sus hermosos cabellos, y sacando con las perlas de sus dientes pedazos de la nieve de sus manos, à bueltas de arroyos de fino rosicler) Aminta, y què desdicha ha sido la tuya! Ya puede

Digitized by Google

ser fabula del mundo, y exemplo de mugeres, y aun escarmiento suyo, si fuessen cuerdas, y no necias, como yo he sido! Ay desventurada de mi, y como por ser facil, he sido causa de tantos escandalos, y desdichas! Ay quien me viò tres dias ha con honra, gusto, y riqueza; adorada de mis tios, y respetada de toda la Ciudad, y me veo oy ser fabula, y assombro de èlla! Ay querido tio, y que satisfacion podrè dar de las penas, y deshonras que por mi passas! Y què serà de ti quando sepas por entero de mi desdicha! Ay Doña Elena, inventora de mis trabajos, castigue el Cielo tu alma, como lo hizo en tu cuerpo, mi perdicion! Ay Flora cruel, mas traydora, y engañosa que la passada, por quien en Roma tienen en tan poco las de tu nombre! Ay D. Jacinto, y como tuviste corazon para burlar una muger de mi estado, sin mirar que has de ser causa, no solo de mi muerte, mas de la tuya, pues en sabiendo mi tio lo que has hecho, si su muerte no le ataja ha de procurar la tuya, y quando èl falte, queda en el mundo mi primo, que en fin ha de tomar por su cuenta mi agravio, no solo como deudo, mas tambien como esposo! Mas como podrè yo tener paciencia, ni aguardar à tal, teniendo manos, y valor con que quitarme la vida. Y diciendo esto, sacò un cuchillo de su estuche, para abrir con èl las venas de sus brazos, pareciendole que hasta la mañana havria tiempo para desangrarse, y acabar; mas D. Martin, que viendola con tal determinacion, admirado de lo que havia, si bien no apercebia bien sus razones, havia puesto la llave en la cerradura, y temeroso de algun mal sucesso, abriò apriessa la puerta, y saliò apressuradamente: con cuyo ruido la hermosa Aminta recibiò tal turbacion, que junto con sus pesares, se dexò caer de un profundo desmayo, dando à D. Martin lugar, para que tomandola en sus brazos gozasse el favor; que si estuviera con su sentido, fuera muy dificultoso, respeto de su honesto recato, el qual no pudiera ser vencido, si no es con el engaño que se ha visto. Enternecido D. Martin con su sol eclipsado en sus brazos, contemplaba las passiones que la via padecer, la hermosura, los pocos años, que siendo todo tan igual à su amor, le daban ocasion à mil amorosos atrevimientos: componiale el rebuelto cabello, enjugabale las lagrimas, y recibia à bueltas de penosos suspiros, regalados favores, cogiendo claveles de aquel jardin de hermosura. Tornò desde à poco en sì Aminta, y viendose en los brazos de D. Martin, con un honesto desenfado se cobrò à sì misma, de poder del amante, y

no

Digitized by Google

no sè si tan libre como antes, porque la ocasion, la gala, y la fuerza de sus agravios, la iban trocando el amor de D. Jacinto en cruel venganza: viendose allà burlada, y aqui rogada; que no hay tal cebo para cazar à una muger, como el amor del presente, quando se ve despreciada del ausente. Y assi con muestras de algun enojo, le dixo: A què venis D. Martin? Por ventura parezcoos que ha menester una desdichada mas testigo de su muerte, que su desventura? Bolveos à vuestro aposento, pues con la muerte de sola una muger, se restauran las honras de tantos hombres. No lo permita Dios, amado dueño mio, (replicò D. Martin) sino es que yo os acompañe en tal ocasion: yo desde que os vì, os adorè; y si no quereis que sea yo el que lo pague todo, pues tengo vida que es vuestra, y esta daga que executarà vuestro deseo, merezca yo que me recibais por vuestro esclavo; con lo qual quedarè mas contento, que si fuera señor de todo lo que alcanzò Alexandro. No me conoceis, dixo Aminta, pues me decis con tal libertad vuestro deseo, y no penseis que aunque estoy en este lugar, dexo de ser lo que soy, y si por los engaños de un traydor os parece que estoy sin honra, lo que à mi me ha sucedido pudiera suceder à la mas cuerda, y recatada. Mas supuesto, que ni vos haveis de ser mi marido, ni yo admitiros, solo os suplico que os bolvais à vuestra estancia, y no me deis ocasion que llame à vuestra madre, y à todo el mundo, y publicando à voces mi miseria, me entregue à la espada de los que con mi muerte quedaràn satisfechos de la infamia que por mi padecen. Pareciòle à D. Martin en la determinacion con que Aminta decia esto, que lo iba à hacer, porque la viò acometer à la puerta; y assi la detuvo, suplicandola que le escuchasse, porque no era justo que creyesse que èl pretendia ser suyo, menos que siendo su marido, y que si le queria recibir por tal, tendria su suerte por muy dichosa. Miraba à D. Martin la Dama, con el afecto que le decia estas, y otras razones, como era, que le dixesse como, y quien la havia ofendido. Que si el no tener (como decia) honor era algun hombre la causa, se declarasse, y veria como la servia: y que hasta que quedasse satisfecha, no queria que hiciesse por èl, lo que le pedia. Y casi desesperada de remedio, si bien agradecida de las promesas de su nuevo amante, le respondiò: Yo soy Aminta, señor Don Martin, la misma de quien esta noche dixistes, que era escandalo de esta Ciudad. La causa de estar en vuestro poder, os quiero contar, y si oìda quereis hacer

Digitized by Google

lo que decis, yo estoy puesta à daros gusto. Contòle en breves razones lo que queda escrito, dexando con su historia à D. Martin mas enamorado que antes, y tan enternecido de ver burlada la ignorancia de Aminta, que qu isiera à costa de su vida remediarla, con tal que no perdiesse è la presa que en su poder tenia: y assi dandole de nuevo palabra de vengarla, le diò la mano de esposo, la qual Aminta recibiò con gusto, por no estar en tiempo de otra cosa. No ha de ser assi mi venganza, dixo Aminta, porque supuesto que yo he sido la ofendida, y no vos, yo sola he de vengarme, pues no quedarè contenta, si mis manos no me restauran lo que perdiò mi locura. Y assi aunque os doy palabra de esposa, no se ha de conseguir vuestro deseo, hasta que yo le quite la vida à este traydor, para lo qual no quiero otra cosa, sino que me acompañeis, para la seguridad de mi persona, que con vos, y mudando trage (pues el de hombre es el mas seguro) si me poneis en su tierra, yo darè traza para engañarle, como èl me engañò à mi. Y hecho esto, nos podremos ir à Madrid, y alli viviremos seguros. Concediò D. Martin con todo, y no es mucho, pues que amaba, y aventuraba el gozar tan hermosa Dama, tanto que ya disculpaba à D. Jacinto. Al fin con este concierto, Aminta, esperando verse presto vengada, y D. Martin ser su esposo, se despidiò de èlla, llegando en prendas à sus brazos, dexando ordenado partirse otro dia, que venido se previno D. Martin de todo lo necessario para el camino. Llegò la noche, que al parecer de los nuevos amantes, se detenia mas de lo justo, y despues de recogida la gente, y acostada Doña Luisa, D. Martin se fuè al aposento de Aminta, llevandole un vestido acomodado para lo que havia de fingir, y no dexandole de sus hermosos cabellos mas de los necessarios, se le puso, quedando tan hermosa, que si alguna parte havia dexado libre amor en el alma de D. Martin, alli quedò todo rendido. Y dexando à su madre escrito un papel, en que le pedia el secreto de su partida, hasta conseguir cierto efecto, porque importaba à su vida, y à la honra de aquella Dama, se pusieron en la calle, y de alli en dos famosas mulas, pareciendo D. Martin, en su trage el mozo de ellas. Salieron de Segovia, y otro dia al anochecer, se hallaron en Madrid, famosa Corte del Catholico Rey D. Felipe Tercero, y sin querer entrar en èlla, siguieron sus caminos, que les durò algunos dias, tanto era el deseo que Aminta llevaba de su venganza. Llegaron, como digo, à la Ciudad sin nombre, que impor-

Digitized by Google

porta que no le tenga, un Sabado en la noche, y tomando posada segura, reposaron hasta la mañana, y acordaron entre los dos, que D. Martin se quedasse encubierto en èlla, por ser natural de aquella tierra, y tenia en èlla algunos amigos, si bien no se quiso descubrir à ninguno, y que Aminta salieſſe à entablar su pretension. Suplicabale D. Martin, que le dexasse à èl la satisfacion de aquel agravio, pues podia fiar de su amor mayores ocasiones, sin que se pusieſſe èlla en ningun disgusto; mas no fuè posſible acabarlo con Aminta, diciendo, que si havia de ser suya, que la dexasse serlo con honra. Yo soy (decia Aminta) la que siendo facil, la perdì, y assi he de ser la que con su sangre la he de cobrar; ya sabeis, que las mugeres en aprendiendo una cosa, tarde se arrepienten; pues siendo esto assi, como lo es, dexadme que os merezca por mi misma, que si vos por vuestras manos vengais mi afrenta, poco tendreis que agradecerme. Tanto le supo decir, y èl la escuchaba tan tierno, que huvo de conceder con ella, aunque no sin zelos, y assi entre burlas, y veras, le dixo, que si lo hacia por ver à D. Jacinto. El suceſſo lo dirà, dixo Aminta, y apartandose dèl, con mas cuydado que D. Martin quisiera, porque como empezaba à temer, empezaba à penar, se fuè à buscar à su enemigo, seguida, y zelada de su amante, que la amaba mas tierno que quisiera. Llegò Aminta à la Iglesia Mayor, y como entrasse en ella, antes que tuvieſſe lugar de mirarla, ni hacer la acostumbrada oracion, viò à su fingido D. Jacinto, y verdadero D. Francisco, con otros Cavalleros, conociòle al punto, y es de creer que fuè necessario el animo, que el trage varonil le iba dando, para no mostrar su sobresalto, y flaqueza. Tomò aliento, y esforzandose lo mas que pudo, y acercandose à ellos, diò lugar al ser vista, y aunque le dixeſſe D. Jacinto, si mandaba alguna cosa, casi mudada la color, por darle algun ayre de quien era Aminta, con mas esfuerzo, que el que su flaqueza requeria, le dixo: Que si havia entre sus mercedes quien huvieſſe menester un criado. De donde sois, replicò D. Jacinto? De Valladolid, dixo Aminta, juguèle à mi padre algunos quantos, y mientras se le passa el enojo me he puesto en fuga; para que con mi ausencia, en sintiendo mi falta, me perdone, y busque. Mucho sabeis para ser tan mozo. No supe sino muy poco, pues estoy donde veis: Pareceme que os he visto, replicò D. Jacinto? O es que os pareceis à una persona que yo quise veinte y quatro horas. Harto cuydado os debe essa persona, dixo Amin-

Digitized by Google

ta, y no me eſpantaria que tuvieſſe deſeos de pagaros. Eſſo es quimera, pues quando yo ignoraſſe quien ſoy, hay muchos inconvenientes para ello; mas porque tu le pareces tanto, quiero que me ſirvas, por verme ſervir de un retrato de quien yo ſervì. Como te llamas, que pues has de eſtar conmigo, meneſter es ſaber tu nombre? Jacinto, replicò Aminta, y ſi por ſer retrato de eſſa perſona, me recibes en tu ſervicio, tengo que agradecer à naturaleza, que me ha hecho en ſu eſtampa; porque de mi te digo, que deſde el punto que te vì te quiſe bien. Paſſaſte por Segovia, dixo D. Jacinto? Si ſeñor, reſpondiò la Dama, mas no quiſe detenerme alli, por el grande eſcandalo que andaba en ella, por falta de una Dama, que dicen ſe llamaba Aminta, que pienſan ſe la tragò la tierra, porque no parece muerta, ni viva: una Doña Elena, que ſe creìa ſabia de èlla, amaneciò una mañana muerta, y por eſſo eſtàn preſos muchos Cavalleros. No ſe ſabe (dixo D. Jacinto) ſi la llevò alguno? No ſe ſoſpechaba tal, dixo Aminta, lo que ſe pienſa es, que èlla miſma huyò, por no caſarſe con un primo ſuyo, con quien eſtaban hechos los conciertos. Aora bien Jacinto vamos à caſa. Eſſo miſmo digo yo, reſpondiò Aminta, vamos, donde mandàredes, y en ſabiendo la caſa, bolverè à mi poſada, por una maleta, en que traygo mi limpieza. Quien duda que eſtaria en eſta ocaſion Aminta rebentando, mas como no era necia, diſſimulaba: y aſſi fuè con ſu nuevo amo, y antiguo enemigo, à ſu caſa, donde le diò por ama, y ſeñora à la falſa Flora, diciendola, que la regalaſſe, y al fingido Jacinto, que la ſirvieſſe con mucho cuydado. Mirabale Flora, y tornabale à mirar, ſintiendo cada vez una alteracion, y deſmayo, que parecia acabarſele la vida, mas no ſe atrevia à decir lo que ſentia, aunque ſiempre le parecia que via à la engañada Aminta, no oſando en ninguna manera, decirſelo à ſu amante, por no traherle à la memoria, viendole tan olvidado de èlla. Tomò Aminta la poſſeſſion en ſu nueva caſa, y bolviò luego à dar aviſo à ſu amante D. Martin, de ſu buena, y preſta ventura, aſſegurandole con mil caricias, de los zelos que tenia de verla en èlla, prometiendole abreviar con ſus deſeos, y ſe bolviò con ſus nuevos amos: à los quales empezò à ſervir con tanto agrado, que ſe tenian por muy contentos dèl. Moſtrò ſus gracias, como era leer, eſcrivir, y contar, y otras muchas. Y ſobre todo cantar, y tañer, tanto, que ni D. Jacinto, ni Flora, ſabian eſtar ſin èl un punto. Y aſſi un dia que eſtaban comiendo, por mandado de Flora, tomò

Digitized by Google

mò una guitarra, y cantò assi:

Si à tu hermosa Celia adoras,
y su imagen reverencias,
sacrificando tu gusto,
à su adorada belleza.
Si sus bellissimos ojos,
como Soles los respetas,
como Luceros los miras,
como Cielos los celebras.
Si conoces que su boca
es caxa de hermosas perlas,
y sus cabellos dorados
madexas de Arabia bellas.
Si sabes que son sus manos,
blancas, y nevadas sierras,
y de otra divina Venus,
su gracia, talle, y presencia.
Si à tu perfecta hermosura,
y alabada gentileza,
la manzana hermosa ofrecen,
que à Troya tan caro cuesta.
Y finalmente, si tienes
alma, sentidos, potencias,
la memoria, y voluntad
presos en sus rubias hebras.
Para què, Jacinto ingrato,
causa de mi eterna pena,
con falso, y fingido amor,
engañaste mi inocencia?

Suspenso estaba el engañado D. Jacinto, no admirando la voz, aunque era muy buena, sino sintiendo las razones del Romance, como si viera quexarse à Aminta. Y assi le dixo: enternecida està essa Dama, amigo Jacinto: tal la trataba yo, replicò Aminta, pues quando creyò tener marido, gozò de mi ausencia. Luego has querido, dixo D. Jacinto? Tan necia te parezco, respondiò la Dama, pues cree que he sabido querer, y aborrecer, y que tambien sè dar disgustos, y fingir cuydados, porque soy mas hombre de lo que mis barbas dan muestra, pues aunque Flora mi señora, dice que le parezco capon, ò muger, algun dia he de ser gallo, à pesar del bellaco que me ganò mi caudal, y me puso en el estado en que estoy: mas pues gustas de ver quexas de muger, oye estos madrigales, que se hicieron al mismo sujeto.

Al tiempo que à Diana,
Febo, sus rayos ofrecer queria,
y ella hermosa, y lozana
de visitar los Indios se venia,
porque el Pastor amado,
fuesse en su ausencia consolado;
Matilde diligente,
saliò à buscar à su Jacinto ausente.
Con passo apressurado,
las flores del florido prado pisa,
el semblante turbado,
porque ya el corazõ su mal le avisa;
à un valle hermoso llega,
q̃ un mãso, y cristalino arroyo riega,
adonde entretenido,
viò à Jacinto en Isbella divertido.
Detuvo un poco el passo,
y oyò como Jacinto te decia:
Zagala, yo me abraso,
sossiegue tu favor la pena mia,
las manos le tomaba,
y con tiernos suspiros las besaba,
è Isbella le decia:
si te viesse Matilde, què diria?

Digitized by Google

Dexa Isbella divina
essas quimeras, mira mis passiones,
que sola tu eres digna
de rendir los sobervios corazones,
pues si Apolo te viera,
tras Daphne fugitiva no corriera,
y à Venus, sacra Diosa,
ganàras la Manzana por hermosa.
Tu de Jupiter fueras
la Europa, q̃ qual Toro cõquistàra,
si en su tiempo nacieras,
en Cisne transformado te gozàra,
y como lluvia de oro,
baxàra à verte, de su eterno coro,
qual Calisto tuvieras,
assiento celestial en las Esferas.
No gozàra de Egina
como pastor en el ameno prado,
menos à Proserpina;
porque de tu belleza enamorado,
solo en ti se empleàra,
y à todas las del mundo despreciàra:
ni Juno se ofendiera
aunque gozarte de su esposo viera.
Dixo, y determinado,
quando Isbella del todo ya rendida,
à su cuello ha enlazado
los brazos, y tomando la medida,
con su boca, à su boca,
dexò à Matilde con sus zelos loca,
que de rabia perdìda,
saliò qual cierva del venablo herida.
Desleal, atrevido,
ingrato, y falso, mas que los nacidos,
yo os quitarè la vida,
digo, y con passos atrevidos,
quiso llegar à èllos,
huyò Morfeo de sus ojos bellos,
que qual rios estaban,
creyendo ser verdad lo que soñaban.
Que si como dormida,
despierta, este suceso le passára,
entre sus tiernas manos los matàra,
que aunque niño Cupido,
es (si zelos le ayundan) atrevido.

Alabaronle con grandes encarecimientos, y mostraron estimar sus donayres, con darle D. Jacinto un vestido, y Flora una sortija, lo que recibiò Aminta con muestras de alegria, porque respeto de vengarse, passaba plaza de bufon, no descuydandose de visitar à D. Martin, y contarle lo que passaba, ni èl de suplicarla abreviasse, ò que le dexasse à èl hacerlo: porque no podia sufrir verse encerrado en casa, ni à ella en la de un hombre que havia sido su primer amor. Enojòse Aminta de verle tan desconfiado, y assi le dixo, que si se cansaba, se bolviesse à su casa, pues ni le debia, ni la debia; que el acompañarla, accion de Cavallero havia sido, y assi le dexò sin querer hacer amistades, de que D. Martin quedò apassionadissimo. Llegò Aminta algo tarde à su casa, y hallò à sus dueños cenando, que le riñeron la tardanza. A poco rato llegò D. Martin à la puerta, haciendo cierta seña que acostumbraba otras noches. Saliò Aminta, y despues de ruegos, y enojos, quedando amigos, se bolviò à su posada, y èlla se entrò à reposar. Un mes estuvo Aminta en casa de su amo, en cuyo

Digitized by Google

cuyo tiempo havia escrito Don Martin à Segovia, à un amigo suyo, para quien le avisasse lo que passaba: el qual le avisò de todo, pues encareciendole la pena con que su madre estaba, le contò como el Capitan D. Pedro saliò en fiado de la carcel, y que entrando en su casa se havia caido muerto; y que à los demás presos havia sacado de la carcel Don Luis su hijo que havia venido de *Italia*, el qual andaba haciendo grandes diligencias por saber de su prima, y esposa, de la qual no sabian nuevas ningunas. Doblòsele à la hermosa Aminta la passion, y la rabia, con las nuevas de la muerte de su tio, y venganza que prometia la colera de su primo D. Luis, y mas viendo à D. Jacinto, gozar tan libremente de Flora, el uno, y el otro causa de su desdicha. No tenia zelos, mas sentia agravios, que quien quiere saber si ha querido, aunque aborrezca, vea lo que ha querido en otros brazos; assi viendo la valerosa Aminta, que no era tiempo de quexas, sino de venganzas, apercibiò à su querido amante D. Martin para aquella noche, el qual avisado de lo que havia de hacer, se puso en espera del sucesso. Aguardò Aminta tiempo, y lugar, y viendolos à todos dormidos, y la Ciudad en silencio, entrò en la quadra de sus enemigos, no siendo de nuevo en èlla, por entrar todas las noches por los vestidos de su amo, para limpiarlos: y sacando la daga, se la metiò à D. Jacinto por el corazon, de suerte, que el quexarse, y rendir el alma, todo fuè uno. Al ruido despertò Flora, y queriendo dar voces, no la diò lugar Aminta, que la hiriò por la garganta, diciendo: Traydora, Aminta te castiga, y venga su deshonra. Y bolviendola à dar otras tres puñaladas, embiò su alma à acompañar la de su amante; y cerrando la puerta à la quadra, tomò su capa, y maleta, y valiendose de una llave que havia mandado hacer, por haver perdido la de la puerta de la calle, de industria dexandola cerrada, se saliò, y fuè à la posada de D. Martin, el qual sabido el sucesso, y viendo, que era forzoso ponerse en camino, tomando sus mulas, y ropa, se partieron, caminando con toda priessa, hasta el primer lugar, donde descansaron, vistiendose Aminta de Dama, y D. Martin assimismo de Cavallero. Sossegaron alli dos dias, donde confirmando los dos la palabra que se havian dado, y con ella el amor, no pudo Aminta negarle à D. Martin, como à su esposo, ningun favor que le pidiesse. Alli recibiò Don Martin dos criados, y una criada, y tomando el carruage necessario, se pusieron en camino para Madrid. Pues como viniesse la mañana que le siguiò à la triste no-

Digitized by Google

noche, para los desventurados, que estaban en el Infierno, pues la vida era conforme à la muerte, y la muerte lo fuè à la vida: como los demás criados viessen que Jacinto no parecia, ni su amo, ni Flora se levantaban, entraron en la quadra, y viendo el desgraciado sucesso, dieron gritos, alzando las criadas el alarido; à las quales se juntaron todos quantos havia en la Ciudad, y la Justicia con èllos, tomando sus confessiones à todos: y no haviendo otro indicio mas que la falta de Jacinto, y haver llevado su maleta, los llevaron à todos presos, y visitando las casas de posadas, vinieron à dar en la que havian estado los autores del daño; si bien, no sabian dar razon de nombres, ni tierra, ni pudieron saber mas, de que à las doce havian partido, y como se llamaban hermanos, siempre se encerraban para hablar. Con estos indicios salieron tras de èllos algunos Alguaciles, y aun el mismo Corregidor, mas aunque encontraron con Don Martin, y su Dama, que iban la buelta de Madrid, como los vieron ir con tanta autoridad, y reposo, y conocieron à Don Martin, por uno de los nobles de aquella Ciudad, y sabian que vivia en Segovia, no cayeron en sospecha ninguna, y mas haviendo entendido dèl, que iba con aquella señora, y que la trahia para su esposa de un Lugar de alli cerca; antes le contaron lo que buscaban, y èllos se hicieron muy maravillados del caso, y no hay que espantar, porque si buscando un mozo de mulas, y un pagecillo, hallaron un Cavallero tan principal, y una Dama tan hermosa, quien no se diera por vencido? Comiò Don Martin, y el Corregidor, porque aunque en el campo, iban provèidos, y no hallando rastro de lo que buscaban, se bolvieron à la Ciudad, y èllos siguieron su camino. Y viendo la Justicia, la poca culpa de los presos, los soltaron, y confiscaron la hacienda, parte para el Rey, y parte para la viuda, muger de Don Jacinto. Don Martin, y su esposa llegaron à Madrid, y tomando casa, y aderezos para èlla, sacando licencia del Nuncio, se desposaron, corriendo despues los terminos de las amonestaciones. Hecho esto, embiò D. Martin por su madre, la qual, con su casa, y hacienda se vino à Madrid, contenta de tener tal nuera, que sabiendo quien era, se tenia por dichosa: donde oy viven, llamandose Aminta, Doña Vitoria, la mas querida, y contenta de su esposo D. Martin, que solo le falta à esta buena señora tener hijos, para del todo ser dichosa. Su primo vive, y por su respeto no goza Doña Vitoria la hacienda que le dexò su padre, aunque es muy gruessa, solo por no darse à conocer à su primo, ni

Digitized by Google

ni Don Martin quiere tratar de esso, por estar el secreto de este caso entre los tres, que si èlla misma no lo manifestára, para que con nombres supuestos se escriviera, nadie pudiera dar noticia de ello.

Apenas diò la bella, y discreta Matilde, fin à su maravilla, dicha con tanto donayre, y discrecion, que à todos los Cavalleros, y Damas que la escuchaban, tenia elevados, y absortos, quando D. Diego, nuevo amante de Lisis, haciendo seña à los Musicos, y dando aviso à dos criados suyos que eran diestros en danzar, à un mismo tiempo atajaron las alabanzas que para la bella Matilde se prevenian, pareciendole, que haviendo de quedar cortos en èllas, era mas acertado passarlas en silencio, y dandolo assi à entender à todos aquellos Cavalleros, y Damas, aprobando su parecer, emplearon la vista en las graciosas bueltas, y ayrosas cabriolas, que los dos criados de D. Diego hacian. Y despues de haver dado fin à la danza, dieron principio à una sumptuosissima colacion, que Lisis tenia prevenida para sus combidados, donde en competencias las enfaladas de los dulces, y los dulces de muchas suertes de frutas, que en la mesa sirvieron, como en tales noches es costumbre, se mostrò el buen gusto del dueño, y Lisis dandole à D. Juan mil desdeñosas muestras, acompañadas de un gracioso ceño, con que al desgayre la miraba; y por el contrario à D. Diego mil honestos favores, de que D. Juan se abrasaba, porque aunque queria à Lisarda, gustaba de ser querido de Lisis, y assi haciendo mil regalos à Lisarda, por picar à Lisis, y Lisis à D. Diego, por desesperar à D. Juan, y los demàs Cavalleros, y Damas, unos à otros; tocaron à Maytines en el Carmen, y determinando oirlos con la Missa del Gallo, para dormir descuydados, avisados para la segunda noche, se despidieron de Lisis, y su Madre, que no quisieron oirlos; desocuparon la casa, acompañando todos aquellos Cavalleros à las hermosas Damas en esta piadosa ocasion, si bien D. Diego llegandose à Lisis, se le ofreciò por esclavo, agradeciendo la Dama el favor, con que se diò fin à la fiesta de la primera noche.

NOCHE SEGUNDA.

YA Febo se recogia debaxo de las celestes cortinas dando lugar à la noche que con su manto negro cubriesse el Mundo, quando todos aquellos Cavalleros, y Damas se juntaron en casa de la noble Laura, siendo recibidos de la discreta Señora, y su hermosa hija, con mil agrados, y cortesias. Y assi por la misma orden, que en la passada noche se

Digitized by Google

se fueron sentando, avisados de D. Diego, que sus criados havian de dar principio à la fiesta con algunos graciosos bayles, y un sazonado entremès de repente, que quisieron hacer. Y viendo aquellas Señoras que les tocaba danzar aquella noche, se acomodaron por su orden. Estaba Lisis vestida de una lama de plata morada, y al cuello una firmeza de diamantes, con una cifra del nombre de D. Diego, joya, que aquel mismo dia le embiò su nuevo amante, en cambio de una vanda morada que èlla le diò, para que pendiesse la verde Cruz que trahia: dando esto motivo à D. Juan para algun desasossiego, si bien Lisarda con sus favores, la hacia que se arrepintiesse de tenerle. Ya se prevenia la bella Lisis de su instrumento, y de un Romance que aquel dia havia hecho, y puesto todo, quando los Musicos le suplicaron los dexasse aquella noche, guardando para la tercera fiesta sus versos, porque el Señor Don Juan los havia prevenido de lo que havian de cantar; que por ser parto de su entendimiento, era razon lograrlos. A todos pareciò bien, porque sabian que Don Juan era en esto muy acertado, y dandoles lugar cantaron assi:

A la cabaña de Menga
Anton un disante fuè;
ya està rostrituerta Gila,
zelos debe de tener.
De ella se quexa el zagal,
bien justa su quexa es,
que sospechas sin razon
son desayres de la fee.
Sin culpa le da desvios,
como no se ha de ofender,
que èlla los da tan de valde,
costandole tanto à èl?
Hablar à Menga agradable,
no es culpa, que bien se ve,
si no hay querer sin agrados,
que no hay agrados sin querer.
Quisiera que buyesse Anton
de Menga, rigor cruel!
darle lo favorecido,
à precio de descortès.
No es la misma permission
en el hombre, y la muger,
que en èllos es grosseria,
lo que en èllas es desdèn.
No hay quien se ponga à razones
con los zelos, y pardiez
gente que razon no escucha,
muy necia debe de ser.
Los vanos recelos Gila,
no asseguran, que tal vez
temer donde no hay tropiezos,
dispone para caer.
Vedarle que mire à Menga,
si es cordura no lo sè,
que una hermosura vedada,
dicen que apetito es.
Sujeciones hay civiles,
bastaba Anton à mi ver,
estar sujeto à unos ojos,
sin que à su engaño lo estès.
Esto es amor en los hombres,
ser su lisura doblez,
sus inocencias delitos,
mal haya el amor amen.

Quien

Quien mirára à la bella Lisis, mientras cantò este Romance, conocieraen su desasossiego, la passion con que le escuchaba; viendo quan al descubierto, Don Juan reprehendia en èl, las sospechas que de Lisarda tenia, y à estarle bien respondiera: mas cobrandose de su descuydo, viendo à D. Diego melancolico de verla inquieta, alegrò el rostro, y serenò el semblante: mandò como Presidente de esta fiesta à D. Alvaro, que dixesse su Maravilla; el qual obedeciendo, dixo assi:

Es la miseria la mas perniciosa costumbre, que se puede hallar en un hombre, pues en siendo miserable, luego es necio, enfadoso, y cansado. Esto se verà claramente en mi Maravilla, la qual es de esta suerte.

NOVELA TERCERA.

EL CASTIGO DE LA MISERIA.

A Servir à un Grande de esta Corte, vino de un Lugar de Navarra un Hijodalgo, tan alto de pensamientos, como humilde de bienes de fortuna, pues no le concediò esta madrastra de los nacidos, mas riqueza que una pobre cama, en la qual se recogia à dormir, y se sentaba à comer, este mozo, à quien Llamarèmos D. Marcos, y un padre viejo, y tanto, que sus años le servian de renta para sustentarse, pues con ellos enternecia los mas empedernidos corazones. Era D. Marcos, quando vino à este honroso entretenimiento de doce años, haviendo casi los mismos que perdiò à su madre de un repentino dolor de costado, y mereciò en casa de este Principe la plaza de page, y con èlla los usados atributos, picardia, porqueria, sarna, y miseria: y aunque D. Marcos se agraduò en todas, en esta ultima echò el resto, condenandose èl mismo de su voluntad, à la mayor lacerìa que pudo padecer un Padre del Yermo, gastando los diez y ocho quartos que le daban, con tanta moderacion, que si podia, aunque fuesse à costa de su estomago, y de la comida de sus compañeros, procuraba que no se disminuyessen, ò ya que algo gastasse, no de suerte que se viesse mucho su falta. Era D. Marcos de mediana estatura, y con la sutileza de la comida, se vino à transformar de hombre en esparago. Quando sacaba del mal año su vientre, era el dia que le tocaba servir la mesa de su amo, porque quitaba de trabajo à los mozos de plata, llevandoles la que caìa en sus manos,

Digitized by Google

nos, mas limpia que èllos la havian pueſto en la meſa, proveyendo ſus faltriqueras de todo aquello que ſin peligro ſe podia guardar para otro dia. Con eſta miſeria paſſò la niñez, acompañando à ſu dueño en muchas ocaſiones, dentro, y fuera de Eſpaña, donde tuvo principales cargos. Vino à merecer D. Marcos paſſar de page à gentilhombre, haciendo en eſto ſu amo con èl, lo que no hizo el Cielo. Trocò, pues, los diez y ocho quartos por cinco reales, y tantos maravedìs: pero ni mudò de vida, ni alargò la racion à ſu cuerpo, antes como tenia mas obligaciones, iba dando mas ñudos à ſu bolſa. Jamás ſe encendiò en ſu caſa luz, y ſi alguna vez ſe hacia eſta fieſta, era el que le concedia ſu diligencia, y el deſcuydo del repoſtero, algun cabo de vela, el qual iba gaſtando con tanta cordura, que deſde la calle ſe iba deſnudando, y en llegando à caſa, dexaba caer los veſtidos, y al punto le daba la muerte. Quando ſe levantaba por la mañana, tomaba un jarro que tenia ſin aſſa, y ſalia à la puerta de la calle, y al primero que via le pedia remediaſſe ſu neceſſidad; y eſte le duraba dos, ò tres dias, porque lo gaſtaba con mucha eſtrecheza. Luego ſe llegaba donde jugaban los muchachos, y por un quarto llevaba uno que le hacia la cama; y ſi tenia criado, ſe concertaba con èl, que no le havia de dar racion mas de dos quartos, y un pedazo de eſtera en que dormir: y quando eſtas coſas le faltaban, llevaba un picaro de cocina que lo hacia todo, y le vertieſſe una extraordinaria vaſija en que hacia las ineſcuſables neceſſidades; era del modo de un arcaduz de noria, porque havia ſido en un tiempo jarro de miel, que haſta en verter ſus eſcrementos, guardò la regla de la obſervancia: ſu comida era un panecillo de un quarto, media libra de vaca, un quarto de zarandajas, y otro que daba al cocinero, porque tuvieſſe cuydado de guiſarlo limpiamente; y eſto no era cada dia, ſino ſolo los feriados, que lo ordinario era un quarto de pan, y otro de queſo. Entraba en el eſtrado, donde comian ſus compañeros, y llegaba al primero, y decia: buena debe eſtar la olla, que da un olor que conſuela, en verdad que la he de probar; y diciendo, y haciendo, ſacaba una pieſſa: y de eſta ſuerte daba la buelta de uno en uno à todos los platos: que huvo dia que en viendole venir, el que podia, ſe comia de un bocado lo que tenia delante; y el que no, ponia la mano ſobre ſu plato. Con el que tenia mas amiſtad, era con un gentilhombre de caſa, que eſtaba aguardando verle entrar à comer, ò cenar, y luego con ſu pan, y queſo, en la mano, entraba diciendo:

Digitized by Google

do: por cenar en conversacion os vengo à cansar, y con esto se sentaba en la mesa, y alcanzaba de lo que havia. Vino en su vida lo comprò, aunque lo bebia algunas veces, en esta forma: poniase à la puerta de la calle, y como iban passando las mozas, y muchachos con el vino, les pedia en cortesia se lo dexassen probar: obligandoles lo mismo à hacerlo. Si la moza, ò muchacho eran agradables, les pedia licencia para otro traguillo. Viniendo à Madrid en una mula, y un mozo, que por venir en su compañia, se havia aplicado à servirle, por ahorrar de gasto, le embiò en un Lugar por un quarto de vino, y mientras que fuè por èl, se puso à cavallo, y se partiò, obligando al mozo à venir pidiendo limosna. Jamás en las posadas le faltò un pariente, que haciendose gorra con èl, le ahorraba la comida. Vez huvo que diò à su mula paja del xergon que tenia en la cama, todo à fin de no gastar. Varios cuentos se decian de Don Marcos, con que su amo, y sus amigos passaban tiempo, tanto, que ya era conocido en la Corte, por el hombre mas regalado de los que se conocian en el Mundo. Vino D. Marcos de esta suerte; quando llegò à los treinta años, à tener nombre, y fama de rico; y con razon, pues vino à juntar à costa de su opinion, y hurtandoselo al cuerpo, seis mil ducados, los quales se tenia siempre consigo, porque temia mucho las retiradas de los Ginoveses; pues quando mas descuydado ven à un hombre, le dan manotada como zorro. Y como D. Marcos no tenia fama de jugador, ni amancebado, cada dia se le ofrecian varias ocasiones de casarse, aunque lo regateaba, temiendo algun mal sucesso: pareciales à las señoras que lo deseaban para marido, mas faltabale ser gastador, que guardoso, que con este nombre calificaron su miseria. Entre muchas que desearon ser suya, fuè una señora que no havia sido casada, si bien estaba en opinion de viuda, muger de buen gusto, y de alguna edad, aunque lo encubria con las galas, adornos, è industria, porque era viuda galana, con su mongil de tercianela, tocas de Reyna, y su poquito de moño. Era buena señora, cuyo nombre es Doña Isidora, muy rica en hacienda, segun decian todos los que la conocian, y su modo de tratarse lo mostraba. Y en esto siempre se adelantaba el vulgo, mas de lo que era razon. Propusieronle à D. Marcos este Matrimonio, pintandole à la novia con tan perfetos colores, y assegurandole que tenia mas de catorce, ò quince mil ducados, diciendole ser el muerto consorte suyo, un Cavallero de lo mejor de Andalucia, que assimismo decia serlo la seño-

Digitized by Google

señora, dandole por patria à la famosa Ciudad de Sevilla; con lo qual nuestro Don Marcos se diò por casado. El que trataba el casamiento, era un gran socarron, tercero no solo de casamientos, sino de todas mercaderias, tratante en gruesso de buenos rostros, y mejores bolsos, pues jamás ignoraba lo malo, y lo bueno de esta Corte, y era la causa haverle prometido orden en llevar à D. Marcos à vistas, y lo hizo essa misma tarde de que se lo propuso, porque no huviesse peligro en la tardanza. Entrò Don Marcos en casa de Doña Isidora, casi admirado de ver la casa, tantos quartos, tan bien labrada, y con tanta hermosura; y miròla con atencion; porque le dixeron, que era su dueño la misma que havia de ser de su alma; à la qual hallò entre tantos damascos, y escritorios, que mas parecia casa de Señora de Titulo, que de particular, con un estrado tan rico, y la casa con tanto asseo, olor, y limpieza, que parecia, no tierra, sino Cielo, y èlla tan asseada, y bien prendida, como dice un Poeta amigo, que pienso que por èlla se tomò este motivo de llamar assi à los asseados. Tenia consigo dos criadas, una de labor, y otra de todo, y para todo, que à no ser nuestro hidalgo tan compuesto, y tenerle el poco comer tan mortificado por solo èllas pudiera casarse con su ama, porque tenian tan buenas caras, como desenfado, en particular la fregona, que pudiera ser Reyna, si se dieran los Reynos por hermosura. Admiròle sobre todo el agrado, y discrecion de Doña Isidora, que parecia la misma gracia, tanto en donayre, como en amores, razones que fueron tantas, y tan bien dichas las que dixo à Don Marcos, que no solo se agradò, mas le enamorò, mostrando en sus agradecimientos el alma, que la tenia el buen señor bien sencilla, y sin doblez. Agradeciò Doña Isidora al casamentero la merced que le hacia, en querer emplearle tan bien, acabando de hacer tropezar à Don Marcos en una asseada, y costosa merienda, en la qual hizo alarde de la baxilla rica, y olorosa ropa blanca, con las demás cosas que en una casa tan rica como la de Doña Isidora, era fuerza huviesse. Hallòse à la merienda un mozo, galán, desembuelto, y que de bien entendido picaba en picaro, el qual Doña Isidora regalaba, à titulo de sobrino, cuyo nombre era Agustinico, que assi le llamaba su señora tia. Servia à la mesa Inès, porque Marcela, que assi se llamaba la doncella por mandado de su señora, ya tenia en las manos un instrumento, en el qual era tan diestra, que no se la ganára el mejor Musico de la Corte, y esto acompañaba con una

Digitized by Google

una voz, que mas parecia Angel, que muger, y à la cuenta era todo. La qual con tanto donayre, como desemboltura, sin aguardar à que la rogassen, porque estaba cierta que le haria bien, ò fuesse acaso, ò de pensado, cantò assi:

Claras fuentecillas,
pues que murmurais,
murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad que vive
libre, y descuydado,
y que mi cuydado,
en el agua escrive;
que pena recibe,
si sabe mi pena,
que es dulce cadena
de mi libertad:
Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad que tiene
el pecho de yelo,
y que por consuelo,
penas me previene:
responde que pene,
si favor le pido,
y se hace dormido,
si pido piedad:
Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad que llama
Cielos otros ojos,
mas que darme enojos,
que porque los ama,
que mi ardiente llama
paga con desden,
y quererle bien,
con quererle mal:
Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Y si en cortesia,
responde à mi amor,
nunca su favor
durò mas de un dia,
de la pena mia,
rie lisongero,
y aunque vè que muero,
no tiene piedad:
Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad, que ha dias,
tiene la firmeza,
y que con tibieza
paga mis porfias:
mis melancolias
le causan contento,
y si mudo intento,
muestra voluntad:
Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad, que he sido
Eco desdichada,
aunque despreciada,
siempre le he seguido;
y que si le pido
que escuche mi quexa,
desdeñoso dexa
mis ojos llorar:
Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad, que altivo
libre, y desdeñoso
vive, y sin reposo,
por amarle vivo,
que no dà recibo
à mi eterno amor,
antes con rigor
me intenta matar:

Digitized by Google

Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad sus ojos
graves, y severos,
aunque bien ligeros
para darme enojos,
que rinde despojos
à su gentileza,
cuya altiva alteza
no halla su igual:
Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad, que ha dado
con alegre risa,
la gloria à Belisa
que à mi me ha quitado,
no de enamorado,
sino de traydor,
que aunque finge amor,
miente en la mitad:
Murmurad à Narciso,
que no sabe amar.
Murmurad mis celos,
y penas rabiosas,
hay fuentes hermosas,
à mis ojos cielos,
y mis desconsuelos,
penas, y disgustos,
mis perdidos gustos
fuentes murmurad,
y tambien à Narciso,
que no sabe amar.

No me atreverè à determinar en que hallò nuestro D. Marcos mas gusto, si en las empanadas, y hermosas tortadas, lo uno picante, y lo otro dulce, si en el sabroso pernil, y fruta fresca, y gustosa, acompañado todo con el licor del santo remedio de los pobres, que à fuerza de brazos, estaba vertiendo yelo, siendo ello mismo fuego, que por esso llamaba un aficionado à las cantimploras, remedio contra el fuego, ò en la dulce voz de Marcela, porque al son de su letra, el no hacia sino comer, tan regalado de Doña Isidora, y de Agustinico, que no lo pudiera ser mas si èl fuera el Rey, porque si en la voz hallaba gusto para los oidos, en la merienda recreo para su estomago, tan ayuno de regalos, como de sustento. Regalaba tambien Doña Isidora à D. Agustin, sin que D. Marcos, como poco escrupuloso, reparasse en nada, mas de sacar de mal año sus tripas, porque creo sin levantarle testimonio, que sirviò la merienda de aquella tarde, de ahorro de seis dias de racion, y mas con los buenos bocados que Doña Isidora, y su sobrino ateстaban, y embutian en el baul vacio del buen hidalgo, provision bastante para no comer en mucho tiempo. Feneciòse la merienda con el dia, y èstando ya prevenidas quatro buxias en sus hermosos candeleros, à la luz de las quales, al dulce son, Agustinico, hizo en el instrumento que Marcela havia tocado; baylaron ella, è Inès, lo rastreado, y soltillo, sin que se quedasse la capona olvidada, con tal donayre, y desemboltura, que se llevaba entre los

Digitized by Google

los pies los ojos, y el alma del auditorio, y tornando Marcela à tomar la guitarra, à peticion de D. Marcos; que como estaba harto, queria bureo; fenecio la fiesta con este Romance:

Fuesse Bràs de la cabaña,
sabe Dios si bolverà,
por ser firmissima Menga,
y ser muy ingrato Bràs.
Como no sabe ser firme,
desmayòle el verse amar,
que quien no sabe querer,
tampoco sabe estimar.
No le ha dado Menga zelos,
que no se los pudo dar,
porque si supiera darlos,
supiera hacerse estimar.
Es Bràs de condicion libre,
no se quiere sujetar,
y assi viendose querido,
supo el modo de olvidar.
No solo à sus gustos sigue,
mas sabelos publicar,
que quiere à fuerza de penas,
hacerse estimar en mas.
Que no bolverà muy cierto,
que es cosa la voluntad,
que quando llega à trocarse,
no buelve à su ser jamàs.
Por gustos agenos muero,
pero no se morirà,
que sabe fingir passiones,
basta que llega à alcanzar.
Desdichada la Serrana,
que en èl se viene à emplear,
pues aunque siembre aficion,
solo penas cogerà.
De ser poco lo que pierde,
certissima Menga està,
pues por mal que se aventure,
no puede tener mas mal.
Es franco de disfavores,
de tibieza liberal,
prodigo de demasias,
escaso de voluntad.
Dice Menga que se alegra,
no sè si dice verdad,
que padecer despreciada,
es dudosa enfermedad.
Suelen publicar salud,
quando muriendose estan,
mas no niego que es cordura,
el saber dissimular.
Esconderse por no verla,
ni de sus cosas hablar,
ni tarde de su alabanza,
indicios de salud dà.
Pero vivir de contenta,
y èlla en secreto llorar,
llevar mal que mire à otras,
de amor parece señal.
Lo que por mi Theologia
he venido à pergeñar,
es, que aquel que dice injurias,
cerca està de perdonar.
Preciase Menga de noble:
no sè si querrà olvidar,
que una vez eleccion hecha,
no es noble quien buelve atràs.
Mas èlla me ha dicho à mi,
que en llegando à averiguar,
injurias, zelos, y agravios,
afrenta el verle serà.

Al dar fin al Romance, se levantò el corredor de desdichas, y le dixo à D. Marcos, que era hora de que la señora Doña Isidora reposasse, y assi se despidie-

Digitized by Google

ron los dos de èlla, y de Agustinico, y de las otras damisselas, y dieron la buelta à su casa, yendo por la calle tratando lo bien que le havia parecido Doña Isidora, y descubriendo enamorado Don Marcos, mas del dinero, que de la Dama, el deseo que tenia de verse ya su marido, y assi le dixo, que diera un dedo de la mano, por verlo ya hecho, porque era sin duda, que le estaba muy bien, aunque no pensaba tratarse despues de casado con tanta ostentacion, y grandeza, que aquello era bueno para un Principe, y no para un hidalgo particular, como èl era, pues con su racion, y alguna cosa mas, havia para el gastò; y que seis mil ducados que tenia, y otros tantos que mas podia hacer de cosas escusadas que havia en casa de Doña Isidora, pues bastaba para la casa de un escudero de un señor, quatro cucharas, un jarro, una salvilla, y una buena cama, y à este modo cosas que no se pueden escusar: todo lo demas era cosa sin provecho, que mejor estaria en dineros, y puestos en renta, vivirian como un Principe, y podian dexar à sus hijos, si Dios se los diesse, con que passar muy honradamente; y quando no los tuviesse, pues Doña Isidora tenia aquel sobrino, para èl seria todo, si fuesse tan obediente, que quisiesse respetarle como à padre. Hacia estos discursos Don Marcos tan en su punto, que el casamentero lo diò por concluìdo, y assi le respondiò: que èl hablaria otro dia à Doña Isidora, y se efectuaria el negocio, porque en estos casos de matrimonio, tantos tienen desecho las dilaciones, como la muerte. Con esto se despidieron, y èl se bolviò à contar à Doña Isidora, lo que con Don Marcos havia passado, codicioso de las albricias; y èl à casa de su amo, donde hallandolo todo en silencio, por ser muy tarde, y sacando un cabo de vela de la faltriquera, se llegò à una lampara que estaba en la calle, alumbrando una Cruz, y puesta la vela en la punta de la espada, la encendiò, y despues de haverle suplicado, con una breve oracion, que fuesse la que se queria echar à cuestas, para bien suyo, se entrò en su posada, y se acostò, aguardando con mil gustos el dia, pareciendole, que se le havia de despintar tal ventura. Dexemosle dormir, y vamos al casamentero, que buelto à casa de Doña Isidora, le contò lo que passaba, y quan bien le estaba. Ella que lo sabia mejor que no èl, como adelante se dirà, diò luego el si, y quatro escudos al tratante, por principio, y le rogò, que luego por la mañana bolviesse à Don Marcos, y le dixesse como èlla tenia à gran suerte el ser suya, que no le dexasse de la mano, antes

Digitized by Google

tes gustaria que se le traxesse à comer con èlla, y su sobrino, para que se hiciessen las escrituras, y se sacassen los recados (que dos nuevas para Don Marcos, combidado, y novio) y con èllas por ser tan buenas, madrugò el casamentero, y diò los buenos dias à nuestro hidalgo Don Marcos, al qual hallò ya vistiendose, (que amores de blanca niña, no le dexan reposar.) Recibiò con los brazos à su buen amigo, que assi llamaba al procurador de pesares, y con el alma la resolucion de su ventura, y acabandose de vestir de las mas costosas galas que su miseria le consentia, se fuè con su norte de desdichas, à casa de su dueño, su señora, donde fuè recibido de aquella sirena, con la agradable musica de sus caricias, y de Don Agustin, que se estaba vistiendo, con mil modos de cortesias, y agrados; donde en buena conversacion, y agradecimiento de su ventura, y sumissiones del cauto mozo, en agradecimientos del lugar que de hijo daba, passaron hasta que fuè hora de comer, que de la sala del estrado se entraron à otra quadra mas adentro, donde estaba puesta la mesa, y aparador, como pudiera en casa de un gran señor. No tuvo necessidad Doña Isidora de gastar muchas arengas, para obligar à D. Marcos à sentarse à la mesa, porque antes èl rogò à los demàs que lo hiciessen, sacandolos de esta penalidad, que no es pequeña. Satisfizo el señor combidado su apetito en la bien sazonada comida, y sus deseos en el compuesto aparador, tornando en su memoria à hacer otros tantos discursos como la noche passada, y mas como via à Doña Isidora tan liberal, y cumplida, como aquella que le pensaba pagar de su mano; le parecia aquella grandeza, vanidad escusada, y dinero perdido. Acabòse la comida, y preguntaron à D. Marcos, si queria en lugar de dormir la siesta, por no haver en aquella cama para huespedes, jugar al hombre. A lo qual respondiò, que servia à un señor tan virtuoso, y Christiano, que si supiera que criado suyo jugaba, ni aun al quince, no estuviera una hora en su casa, y que como èl sabia esto, havia tomado por regla el darle gusto; demàs de ser su inclinacion buena, y virtuosa, pues no tan solamente no sabia jugar al hombre, mas que no conocia ni una carta, y que verdaderamente hallaba por su cuenta, que valia el no saber jugar muchos ducados por año. Pues el señor Don Marcos (dixo Doña Isidora) es tan virtuoso, que no sabe jugar, (que bien le digo yo à Agustinillo, que es lo que està mejor al alma, y à la hacienda) ve niño, y dile à Marcela, que se dè prissa à comer, y trayga su guitarra, è Ine-

Digitized by Google

ſita ſus caſtañuelas, y en eſſo entretendrèmos la ſieſta, haſta que venga el Notario, que el ſeñor Gamarra (que aſſi ſe llamaba el caſamentero) tiene prevenido para hacer las capitulaciones: fuè Aguſtinico à lo que ſu ſeñora tia le mandaba, y mientras venia, proſiguiò D. Marcos, y aſiendo la platica deſde arriba; pues en verdad, dixo, que puede Aguſtin ſi pretende darme guſto, no tratar de jugar, ni ſalir de noche, y con eſſo ſerèmos amigos: de hacerlo havria mil rencillas, porque ſoy muy amigo de recogerme temprano la noche que no hay que hacer: y que en entrando, no ſolo ſe cierre la puerta, mas ſe clave, no porque ſoy zeloſo, que harto ignorante es el que lo es, teniendo muger honrada, mas porque las caſas ricas nunca eſtan ſeguras de ladrones, no quiero que me lleven con ſus manos labadas lo que à mi me coſtò tanto afán, y fatiga el ganarlo: y aſſi yo le quitarè el vicio, y ſobre eſto ſeria el diablo. Viò Doña Iſidora tan colerico à Don Marcos, que fuè meneſter mucho de ſu deſpejo para deſenojarle, y aſſi le dixo: que no ſe diſguſtaſſe, que el muchacho haria todo lo que fueſſe de ſu guſto, porque era el mozo mas docil que en ſu vida havia tratado, que al tiempo daba por teſtigo. Eſto le importa (replicò Don Marcos) y atajò la platica Don Aguſtin, y las damicelas, que venian cada una con ſu inſtrumento, y la deſembuelta Marcela diò principio à la ſieſta con eſtas Decimas.

Lauro, ſi quando te amaba,
y tu rigor me ofendia
triſte de noche, y de dia,
tu ingrato trato lloraba
ſi en ninguna parte hallaba,
remedio de mi dolor;
pues quando ſolo un favor
era paz de mis enojos;
ſiempre en tus ingratos ojos
hallè crueldad por amor.

Si quando pedì à los Cielos
la muerte por no mirarte,
y maltratarme, y culparte,
eran todos mis deſvelos:
ſupe ſeguida de zelos,
mereciendo ſer querida,
quiſe quitarme la vida,
dime como puede haver
otro mayor mal que ſer
cruelmente aborrecida?

Yo la tengo por mayor,
que no vivir olvidada,
que ſiendolo no te enfada
como otras veces mi amor:
tengo el verte por favor,
que tu deſcuydo me ofrece,
la paz que aquel que aborrece,
niega al que adorando eſtà;
luego el olvido ſerà
mayor daño que parece.

Y aſſi à pedirte favor,
con diſfavor me combidas,
porque al fin como me olvidas,
no te ofendas de mi amor:
que alguna vez tu rigor
vendrà à tomar por partido,
amar

Digitized by Google

amar en lugar de olvido,
y si me has de aborrecer,
mas quiero (Lauro) no ser,
que aborrecida haver sido.

No sabrè decir, si lo que les agradò à los oyentes fuè la suave voz de Marcela, ò los versos que cantò: finalmente à todo dieron alabanza, pues aunque las decimas no eran las mas cultas, ni mas acendradas, el donayre de Marcela les diò tanta sal, que suplieran mayores faltas, y porque mandaba Doña Isidora à Inès que baylasse con Agustin, lo previno D. Marcos, que fenecido el bayle bolviesse à cantar, pues lo hacia divinamente, lo qual Marcela hizo con mucho gusto, dandosele al señor Don Marcos, con este Romance.

Ya de mis desdichas
el colmo veo,
y en agenos favores
miro mis zelos.
Ya no tengo que esperar
de tu amor, ingrato Ardenio,
aunque tus muchas tibiezas
mida con mi sufrimiento.
Ya que en mi fuego te yeles,
ni que me encienda en tu yelo,
que mueran mis esperanzas,
ni que viva mi tormento.
Como en mi confusa pena,
no hay alivio, ni remedio,
ni le busco, ni le pido,
desesperado padezco.
Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en agenos favores
miro mis zelos.
Què tengo ya que esperar,
ni como obligar pretendo,
à quien de solo matarme,
atrevido lleva intento?
A los hermanos imito,
que por pena en el Infierno,
tienen trabajos sin fruto,
y servir fuera de tiempo.
Acaba, saca la espada,
passa mi constante pecho,
acabarè de penar,
si no es mi tormento eterno.
Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en agenos favores
miro mis zelos.
Quierote bien, què delito
para castigo tan fiero!
Pero tu te desobligas,
quando yo obligarte pienso.
Quien creyera que mis partes,
que alguno estimò por Cielos,
son Infiernos à tus ojos,
pues dellas andas huyendo?
Siempre decis que buscais,
los hombres, algun sugeto
que sea en aqueста edad
de constancia claro exemplo.
Y si acaso hallais alguno,
le haceis tal tratamiento,
que aventura por vengarse,
no una honra, sino ciento.
Miralo en ti, y en mi amor,
no quieras mas claro espejo,
y verás como hay mugeres
con amor, y sufrimiento.
Pues de mis desdichas
el colmo veo,

Digitized by Google

y en agenos favores
miro mis zelos.
Hasta aqui pensè callar
tus sinrazones sufriendo,
mas pues voluntad publicas,
como callarè con zelos?
Sepa el mundo que te quise,
sepa el mundo que me has muerto,
y sepalo essa tirana
de mi gusto, y de mi dueño.
Poco es brasas, como Porcia,
poco es como Elisa, acero,
mas es morir de sospechas,
fuego que en el alma siento.
Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en agenos favores
miro mis zelos.
Poco puedo, Ardenio ingrato,
y oy pienso que puedo menos,
pues sufriendo no te obligo,
ni te obligue padeciendo.
Yo gusto que tengas gustos,
pero tenlos con respeto,
de que me llamaste tuya,
ò de veras, ò fingiendo.
Quando en tus ojos me miro,
en ellos miro otro dueño,
pues que has menester decirme
lo que yo tengo por cierto?
Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en agenos favores
miro mis zelos.
Ingrato, si ya tus glorias
no te caben en el pecho,
guardalas, que para mi
son mas que gloria, veneno.
Mas tu debes de gustar
de verme vivir muriendo,
que el querer, y aborrecer
en ti viene à ser estremo.
Y si de matarme gustas,
acaba, matame presto;
pero si zelosa vivo,
para que otra muerte quiero.
Pues de mis desdichas
el colmo veo,
y en agenos favores
miro mis zelos.

Como era Don Marcos de los sanos de Castilla, y sencillo como un tafetàn de la China, no se le hizo largo este Romance, antes quisiera que durara mucho mas, porque la llaneza de su ingenio, no era como los fileteados de la Corte, que en passando de seis estancias, se enfadan. Diò las gracias à Marcela, y le pidiera que passara adelante, si à este punto no entràra el buen Gamarra, con un hombre, que dixo ser Notario; si bien, mas parecia Lacayo que otra cosa, y se hicieron las escrituras, y conciertos, poniendo Doña Isidora en la dote, doce mil ducados, y aquellas casas, y como Don Marcos era hombre tan sin malicia, no se metiò en mas averiguaciones, con lo que el buen hidalgo estaba tan contento, que posponiendo su autoridad, bayò con su querida esposa, que assi llamaba à Doña Isidora. Cenaron aquella noche con el mismo aplauso, y ostentacion que havian comido; si bien todavia, el tema de D. Marcos

Digitized by Google

cos era la moderacion del gusto: pareciendole como dueño de aquella casa, y hacienda, que si de aquella suerte iba, no havia dote para quatro dias, mas huvo de callar hasta mejor ocasion. Llegò la hora de recogerse, y por escusar trabajo de ir à su posada, quiso quedarse con su señora, mas èlla con muy honesto recato dixo: Que no havia de poner hombre el piè en el casto lecho, que fuè de su difunto señor, mientras no tuviesse las bendiciones de la Iglesia, con lo que tuvo por bien D. Marcos de irse à dormir à su casa. (que no sè si diga, que mas fuè velar, supuesto que el cuydado de sacar las amonestaciones, le tenian ya vestido à las cinco) En fin se sacaron, y en tres dias de fiesta, que la fortuna traxo de los cabellos, que à la cuenta seria el mes de Agosto, que las trahe de dos en dos, se amonestaron, dexando para el Lunes, que en las desgracias no tuvo que embidiar al Martes, el desposar, y el velarse todo junto, à uso de Grandes: lo qual se hizo con grande aparato, y grandeza, assi de galas, como en lo demás; porque D. Marcos humillando su condicion, y venciendo su miseria, sacò fiado, por no descabalar los seis mil ducados, un rico vestido, y faldellin para su esposa, haciendo cuenta que con èl, y la mortaja cumplia, no porque se le vino al pensamiento la muerte de Doña Isidora, sino por parecerle, que poniendose solo de una Navidad à otra, havria vestido hasta el dia del Juicio. Traxo assimismo de casa de su amo padrinos, que todos alababan su eleccion, y engrandecian su ventura, pareciendoles acertamiento haver hallado una muger de tan buen parecer, y tan rica, pues aunque Doña Isidora, era de mas edad que el novio, contra el parecer de Aristoteles, y otros Filosofos antiguos, lo dissimulaba de suerte, que era milagro verla tan bien aderezada. Passada la comida, y estando ya sobre tarde, alegrando con bayles la fiesta, en los quales Inès, y D. Agustin, mantenian la tela, mandò Doña Isidora à Marcela, que la engrandeciesse con su divina voz, à lo qual no haciendose de rogar, con tanto desenfado, como donayre, cantò assi:

Si se rie el Alva,
de mi se rie,
porque adoro tibiezas,
y muero firme.
Quando el Alva miro
con alegre risa,
mis penas me avisa,
mis males suspiro;
pero nò me admiro
de verla reir,
ni de presumir,
que de mi se rie,
porque adoro tibiezas,
y muero firme.

Riese

Digitized by Google

Rieſe de verme
con cien mil peſares,
los ojos dos mares,
viendo aborrecerme:
quando ingrato duerme
mi querido dueño,
mi dolor el ſueño
triſte deſpide:
porque adoro tibiezas,
y muero firme.
Rie el ver que digo,
que no tengo amor,
quando ſu rigor
de ſecreto ſigo,
para haver ſido obligo
à tratarme bien,
al miſmo deſden
que en matarme vivo;
porque adoro tibiezas,
y muero firme.
Rie que me alexo
de aquello que ſigo;
llamado enemigo,
por lo que me quexo;
que pido conſejo,
amando ſin èl;
deſpido cruel
lo que no me ſigue:
porque adoro tibiezas,
y muero firme.
Rie el ver mis ojos
publicar tibieza,
quando mi firmeza
les da mil enojos,
ofrecer deſpojos,
y encubrir paſſion,
mirar à traicion
unos ojos libres:
porque adoro tibiezas,
y muero firme.
Rie el que procuro
encubrir mis zelos;
que eſtoy ſin deſvelos;
quando miento, y juro,
el deſcuydo apuro
lo que me da pena,
porque amor ordena
mi muerte triſte:
porque adoro tibiezas,
y muero firme.

Llegòſe en eſtos entretenimientos la noche, principio de la poſſeſſion de Don Marcos, y mas de ſus deſdichas, pues antes de tomarla, empezò la fortuna à darle con ellas en los ojos, y aſſi fuè la primera darle à Don Aguſtin un accidente, no me atrevo à decir, ſi le causò el ver casada à ſu señora tia, solo digo, que puſo la casa en alboroto, porque Doña Iſidora empezò à deſconſolarſe, acudiendo mas tierna que fuera razon à deſnudarle, para que ſe acoſtaſſe, haciendole tantas caricias, y regalos, que caſi diò zelos al deſpoſado; el qual viendo ya al enfermo algo ſoſſegado, mientras ſu eſpoſa ſe acoſtaba, acudiò à prevenir con cuydado, que ſe cerraſſen las puertas, y echaſſen las aldabas à las ventanas; cuydado que puſo en las deſembuel-tas criadas de ſu querida muger, la mayor confuſion, y aborreci-miento que ſe puede penſar, pareciendoles achaque de zeloſo; y no lo era cierto, ſino de avaro; porque como el buen ſeñor ha-

via

via trahido su ropa, y con èlla sus seis mil ducados, que aun apenas havian visto la luz del Cielo, queria acostarse seguro de que lo estaba su tesoro. En fin èl se acostò con su esposa, las criadas en lugar de acostarse, se pusieron à murmurar, y llorar, exagerando la prevenida, y cuydadosa condicion de su dueño. Empezò Marcela à decir: Què te parece Inès, à lo que nos ha trahido la fortuna, pues de acostarnos à las tres, y à las quatro, oyendo musicas, y requiebros, ya en la puerta de la calle, ya en las ventanas, rodando el dinero en nuestra casa, como en otras la arena, hemos venido à ver à las once, cerradas las puertas, y clavadas las ventanas, sin que haya atrevimiento en nosotras para abrirlas. Mal año abrirlas, dixo Inès; Dios es mi Señor, que tiene traza nuestro amo de echarles siete candados, como à la cueva de Toledo: ya hermana essas fiestas que dices se acabaron, no hay sino echarnos dos habitos, pues mi ama ha querido esto, que poca necessidad tenia de haverse casado, pues no le faltaba nada, y no ponernos à todas en esta vida, que no sè como no la ha enternecido ver al señor D. Agustin como ha estado esta noche, que para mi esta higa, sino es la pena de verla casada el accidente que tiene: y no me espanto, que està enseñado à holgarse, y regalarse, y viendose aora enjaulado como gilguerillo, claro està que lo ha de sentir como yo lo siento: que malos años para mi, que me pudieran ahogar con una hebra de seda cendali. Aun tu Inès (replicò Marcela) sales fuera por todo lo que es menester, no tienes que llorar; mas triste de quien por llevar adelante este mal afortunado nombre de doncella, ya que en lo demàs haya tanto engaño, ha de estar padeciendo todos los infortunios de un zeloso, que las hormiguillas le parecen gigantes, mas yo lo remediarè, supuesto que por mis habilidades no me ha de faltar la comida. Mala Pasqua para el señor D. Marcos, si yo tal sufriere. Yo Marcela, dixo Inès, serà fuerza que sufra, porque si te he de confessar verdad, Don Agustin es la cosa que mas quiero, si bien hasta aora mi ama no me ha dado lugar de decirle nada, aunque conozco dèl que no me mira mal, mas de aqui adelante serà otra cosa, que havrà de dar mas tiempo acudiendo à su marido. En estas platicas estaban las criadas, y era el caso, que el señor D. Agustin era galan de Doña Isidora, y por comer, vestir, y gastar à titulo de sobrino, no solo llevaba la carga de la vieja, mas otras muchas, como eran las conversaciones de damas, y galanes, juegos, bayles, y otras cosillas de esta jaez, y

assi

Digitized by Google

assi pensaba sufrir la del marido, aunque la mala costumbre de dormir acompañado, le tenia aquella noche con alguna passion, pues como Inès le queria, dixo que queria ir à ver si havia menester algo, mientras se desnudaba Marcela, y fuè tan buena su suerte, que como D. Agustin era muchacho, tenia miedo, y assi le dixo: Por tu vida Inès, que te acuestes aqui conmigo, porque estoy con el mayor assombro del mundo, y si estoy solo, en toda la noche podrè sossegar de temor. Era piadosissima Inès, y tuvole tanta lastima, que al punto le obedeciò, dandole las gracias de mandarle cosas de su gusto. Llegòse la mañana, Martes al fin, y temiendo Inès que su señora se levantasse, y la cogiesse con el hurto en las manos, se levantò mas temprano que otras veces, y fuè à contar à su amiga sus venturas, y como no hallasse à Marcela en su aposento, fuè à buscarla por toda la casa, y llegando à una puertecilla falsa, que estaba en un corral, algo atrás mano, la hallò abierta, y era que Marcela tenia cierto requiebro, para cuya correspondencia tenia llave de la puertecilla, por donde se havia ido con èl, quitandose de ruìdos, y aposta, por dar à D. Marcos mas tartago, la havia dexado abierta: y visto esto, fuè dando voces à su señora, à las quales despertò el miserable novio, y casi muerto de congoxa, saltò de la cama, diciendo à Doña Isidora, que hiciesse lo mismo, y mirasse, si le faltaba alguna cosa, abriendo à un mismo tiempo la ventana, y pensando hallar en la cama à su muger, no hallò sino una fantasma, ò imagen de la muerte, porque la buena señora mostrò las arrugas de la cara por entero, las quales encubria con el afeyte, que tal vez suele ser encubridor de años, que à la cuenta estaban mas cerca de cinquenta y cinco, que de treinta y seis, como havia puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos, y blancos, por la nieve de los muchos Inviernos passados. Esta falta no era mucha merced à los moños, y à su autor, aunque en esta ocasion se la hizo à la pobre Dama, respeto de haverse caìdo sobre las almohadas, con el descuydo del sueño, bien contra la voluntad de su dueño: los dientes estaban esparcidos por la cama, porque como dixo el Principe de los Poetas, daba perlas de barato, à cuya causa tenia D. Marcos uno, ò dos entre los vigotes, demàs de que parecian texado con escarcha, de lo que havian participado de la amistad que con el rostro de su muger havian hecho. Como se quedaria el pobre hidalgo, se dexa à la consideracion del pio Lector, por no alargar platicas en cosa que pue-

Digitized by Google

pueda la imaginacion suplir qualquiera falta; solo digo, que Doña Isidora, que no estaba menos turbada, de que sus gracias se manifestassen tan à letra vista; asiò con una presurosa congoxa su moño, mal enseñado à dexarse ver tan de mañana, y atestòsele en la cabeza, quedando peor que sin èl, porque con la priessa no pudo ver como le ponia, y assi se le acomodò acerca de las orejas. O maldita Marcela! Causa de tantas desdichas, no te lo perdone Dios, amen. En fin mas alentada, aunque con menos razon, quiso tomar un faldellin, para salir à buscar su fugitiva criada, mas ni èl, ni el vestido rico, con que se havia casado, ni los chapines con viras, ni otras joyas que estaban en una sala; porque esto, y el vestido de Don Marcos, con una cadena, que valia docientos escudos que havia trahido puesta el dia antes, la qual havia sacado de su tesoro, para solemnizar su fiesta, no pareciò porque la astuta Marcela no quiso ir desapercibida. Lo que haria D. Marcos en esta ocasion, què lengua bastarà à decirlo? Ni què pluma escrivirlo? Quien supiere que à costa de su cuerpo lo havia ganado, podrà ver quan al de su alma lo sentiria, y mas no hallando consuelo en la belleza de su muger, porque bastaba à desconsolar al mismo Infierno. Si ponia los ojos en èlla, via una estantigua, si los apartaba, no via sus vestidos, y cadena, y con este pesar se passeaba muy apriessa, assi en camisa por la sala, dando palmadas, y suspiros. Mientras èl andaba assi, Doña Isidora se fuè al Jordán de su retrete, y arquilla de baratijas, se levantò Agustin, à quien Inès havia ido à contar lo que passaba, riendose los dos la vision de Doña Isidora, y la bellaqueria de Marcela, y à medio vestir saliò à consolar à su tio, diciendole los consuelos que supo fingir, y encadenar mas à lo socarron que à lo necio. Animòle, con que se buscaria la agressora del hurto, y obligòle à paciencia el decirle, que eran bienes de fortuna, con lo que cobrò fuerzas para bolver en si, y vestirse; y mas como viò venir à Doña Isidora tan otra de lo que havia visto, que casi creyò que se havia engañado, y que no era la misma. Salieron juntos D. Marcos, y D. Agustin, à buscar por dicho de Inès, las guaridas de Marcela, y en verdad que si no fueran, los tuviera por mas discretos, à lo menos à D. Marcos, que D. Agustin, para mi pienso que lo hacia de bellaco mas que de bobo, que bien se dexa entender que no se havria puesto en parte donde fuesse hallada. Mas viendo que no havia remedio, se bolvieron à casa, conformandose con la voluntad de Dios à lo santo, y con la

de

Digitized by Google

de Marcela, à lo de no poder mas, y mal de su agrado huvo de cumplir nuestro miserable con las obligaciones de la tornaboda, aunque el mas triste del mundo, porque tenía atravessada en el alma su cadena. Mas como no estaba contenta la fortuna, quiso proseguir en la prosecucion de su miseria. Y fuè de esta suerte, que sentandose à comer, entraron dos criados del señor Almirante; diciendo que su señor besa las manos de la señora Isidora, y que se sirviesse en embiar la plata, que para prestada bastaba un mes, que si no lo hacia la cobraria de otro modo. Recibiò la señora el recado, y la respuesta no pudo ser otra, que entregarle todo quanto havia, platos, fuentes, y lo demás que lucia en casa, y que havia colmado las esperanzas de D. Marcos, el qual se quiso hacer fuerte, diciendo que era hacienda suya, y que no se havia de llevar, y otras cosas que le parecian à proposito, tanto, que fuè menester que el un criado fuesse à llamar al mayordomo, y el otro se quedasse en resguardo de la plata. Al fin la plata se llevò, y D. Marcos se quebrò la cabeza en vano, el qual ciego de passion, y de colera, empezò à decir, y hacer cosas como hombre fuera de sì: quexabase de tal engaño, y prometia le havia de poner pleyto de divorcio, à lo qual Doña Isidora, con mucha humildad le dixo, por amansarle, que advirtiesse que antes merecia gracias que ofensas, que por grangear un marido como èl qualquiera cosa, aunque tocasse en engaño era cordura, y discrecion, que pues el pensar deshacerlo era imposible, que lo mejor era tener paciencia. Huvolo de hacer el buen D. Marcos, aunque desde aquel dia no tuvieron paz, ni comian bocado con gusto: à todo esto D. Agustin comia, y callaba metiendo las veces, que se hallaba presente, paz, y passando muy buenas noches con Inès, con la qual reìa las gracias de Doña Isidora, y desventuras de D. Marcos. Con estas desdichas, si la fortuna le dexàra en paz, con lo que le havia quedado, se diera por contento, y lo passàra honradamente. Mas como se supo en Madrid el casamiento de Doña Isidora, un alquilador de ropa, dueño del estrado, y colgadura, vino por tres meses que le debia de su ganancia, y assimismo à llevarlo, porque muger que havia casado tan bien, coligiò que no lo havria menester, pues lo podia comprar, y tenerlo por suyo. A este trago acabò D. Marcos de rematarse: llegò à las manos con su señora andando el moño, y los dientes de por medio, no con poco dolor de su señora, pues le llegaba el verse sin èl tan à lo vivo. Esto, y la injuria de verse mal-

Digitized by Google

maltratar tan recien casada, la diò ocasiòn de llorar, y hacer cargo à D. Marcos, de tratar assi una muger como ella, y por bienes de fortuna, que èlla los da, y los quita; pues aun casos de honra era demasiado de castigo. A esto respondiò D. Marcos, que su honra era su dinero, mas con todo, esto no sirviò de nada, para que el dueño del estrado, y colgadura, no lo llevasse, y con ello lo que le debia un real sobre otro, que se pagò del dinero de Don Marcos, porque la señora, como ya havia cessado su trato, no sabìa de que color era. A las voces, y gritos baxò el señor de la casa, la qual nuestro hidalgo pensaba ser suya, porque la muger le havia dicho que era huespeda, y que le tenia alquilado aquel quarto por un año; le dixo, que si cada dia havia de aver aquellas voces, que buscassen casa, y fuessen con Dios, que era amigo de quietud. Como ir, (respondiò D. Marcos.) èl es el que se ha de ir, que esta casa es mia. Como vuestra (dixo el dueño) loco atreguado, idos con Dios que yo os juro, que si no mirara que lo sois, la ventana fuera vuestra puerta. Enojòse Don Marcos, y con la colera se atreviera, si no se metieran de por medio Doña Isidora, y D. Agustin, desengañando al pobre de D. Marcos, y apassiguando al señor de la casa, con prometerle desèbarazarla à otro dia. Què podia D. Marcos hacer aqui, ò callar, ò ahorcarse, porque lo demàs, ni èl tenia animo para otra cosa, antes le tenian ya tantos pesares, como atonito, y fuera de sì. Y de esta suerte tomò su capa, y se saliò de casa, y D. Agustin por mandado de su tia con èl, para que le reportasse. En fin los dos buscaron un par de aposentos cerca de Palacio, por estar cerca de la casa de su amo, para mudarse: y dando señal, quedò la mudanza para otro dia, y assi le dixo à D. Agustin, que se fuesse à comer, porque èl no estaba por entonces, para bolver à ver aquella engañadora de su tia. Hizolo assi el mozo, dando la buelta à su casa, y contando lo sucedido à Doña Isidora, y entre ambos trataron el modo de mudarse. Vino el miserable à acostarse, rostrituerto, y muerto de hambre; passò la noche, y à la mañana le dixo Doña Isidora, que se fuesse à la casa nueva para que recibiesse la ropa, mientras Inès trahia un carro en que llevarla. Hizolo assi, y apenas el buen necio saliò, quando la traydora de Doña Isidora, y su sobrino, y criada, tomaron quanto havia, y lo metieron en un carro, y èllos con ello, se partieron de Madrid la buelta de Barcelona, dexando en casa las cosas que no podian llevar, como platos, ollas, y otros trastos. Estuvo D. Marcos hasta cerca de las doce aguardando, y vien-

Digitized by Google

viendo la tardanza, diò la buelta à ſu caſa, y como no los hallò, preguntò à una vecina, ſi eran idos? Ella reſpondiò: que rato havia. Con lo que penſando ya eſtarian allà, tornò aguijando, porque no aguardaſſen, llegò ſudado, y fatigado, y como no los hallò, ſe quedò medio muerto, temiendo lo miſmo que era, y ſin parar tornò donde venia, y dando un puntapié à la puerta que havian dexado cerrada, y como la àbriò, y entrò dentro, y vieſſe que no havia mas de lo que valia nada, acabò de tener por cierta ſu deſdicha, empezò à voces, y carreras por las ſalas, dandoſe de camino algunas calabazadas por las paredes, decia: Deſdichado de mi, mi mal es cierto, en mal punto hice eſte deſdichado caſamiento, que tan caro me cueſta; adonde eſtàs engañoſa Sirena, y robadora de mi bien, y de todo quanto yo, à coſta de mi miſmo, tengo grangeado, para paſſar la vida con algun deſcanſo? Eſtas, y otras coſas decia, à cuyos eſtremos entrò alguna gente de la caſa: y uno de los criados ſabiendo el caſo, le dixo que tuvieſſe por cierto el haverſe ido, porque el carro en que iba la ropa, y ſu muger, ſobrino, y criada, era camino, y no de mudanza, y que èl preguntò, que donde ſe mudaba, y que le havia reſpondido que ſe iba fuera de Madrid. Acabò de rematarſe D. Marcos con eſto; mas como las eſperanzas anìman en mitad de las deſdichas, ſaliò con propoſito de ir à los meſones à ſaber, para que parte havia ido el carro en que iba ſu corazon entre ſeis mil ducados que llevaban en èl, lo qual hizo; mas el dueño dèl no era Coſario, ſino Labrador de aqui de Madrid, que en eſſo eran los que le havian alquilado mas aſtutos que era meneſter, y aſſi no pudo hallar noticia de nada; pues querer ſeguirlo, era negocio canſado, no ſabiendo el camino que llevaban, ni hallandoſe con un quarto, ſi no lo buſcaba preſto, y mas hallandoſe cargado con la deuda del veſtido, y joyas de ſu muger, que ni ſabìa como, ni de donde pagarlo. Diò la buelta, marchito, y con mil penſamientos, à caſa de ſu amo: y viniendo por la calle mayor, encontrò ſin penſar, con la cauta Marcela, y tan cara à cara, que aunque èlla quiſo encubrirſe, fuè impoſſible, porque haviendola conocido D. Marcos, aſiò de èlla, deſcomponiendo ſu autoridad, diciendole: Aora ladrona, me dareis lo que me robaſtes la noche que os ſaliſtes de mi caſa. Ay ſeñor mio! Dixo Marcela llorando, bien ſabìa yo, que havia de caer ſobre mi la deſdicha, deſde el punto que mi ſeñora me obligò à eſto. Oygame por Dios, antes que me deshonre, que eſtoy en buena opinion,

y.

Digitized by Google

y concertada de casar, y serìa grande mal que tal se dixesse de mi, y mas estando como estoy inocente; entremos aqui en este portal, y oygame de espacio, y sabrà quien tiene su cadena, y vestidos, que ya havia yo sabido como v. m. sospechaba su falta sobre mi, y lo mismo le previne à mi señora aquella noche, pero son dueños, y yo criada. Ay de los que sirven, y con que pension ganan un pedazo de pan. Era D. Marcos, como he dicho, poco malicioso, y assi dando credito à sus lagrimas, se entrò con èlla en el portal de una casa grande, donde le contò quien era Daña Isidora, su trato, y costumbres, y el intento con que se havia casado con èl, que era engañandole, como ya D. Marcos experimentaba bien à su costa: dixole assimismo, como D. Agustin no era sobrino suyo, sino su galàn: y que era un vellacò vagamundo, que por comer, y holgar, estaba como le via amancebado con una muger de tal trato, y edad, y que èlla havia escondido su vestido, y cadena, para darsele junto, con el suyo, y las demàs joyas, que le havia mandado, que se fuesse, y pusiesse en parte donde èl no la viesse, dando fuerza à su enredo, con pensar que èlla se lo havia llevado. Pareciòle à Marcela ser D. Marcos hombre poco pendencioso, y assi se atreviò à decirle tales cosas, sin temor de lo que podia suceder; ò ya lo hizo por salir de entre sus manos, y no mirò en mas, ò por ser criada, que era lo mas cierto. En fin concluyò su platica la traydora, con decirle, que viviesse con cuenta, porque le havian de llevar, quando menos se pensasse, su hacienda. Yo le he dicho à v. m. lo que me toca, y mi conciencia me dicta, aora, repetia Marcela, haga v. m. lo que fuere servido que aqui estoy para cumplir todo lo que fuere su gusto. A buen tiempo, replicò Don Marcos, quando no hay remedio, porque la traydora, y el ingrato mal nacido se han ido, y llevandome quanto tenia, y luego juntamente èl contò todo lo que havia passado con ellos desde el dia que se havia ido de su casa. Es possible, dixo Marcela. Ay tal maldad? Ay señor de mi alma, y como no en valde le tenia yo lastima, mas no me atrevia à hablar, porque la noche que mi señora me embiò de su casa, quise avisar à v. m. viendo lo que passaba, mas temi que aun entonces, porque le dixe que no escondiesse la cadena, me tratò de palabra, y obra qual Dios sabe. Ya Marcela (decia Don Marcos) he visto lo que dices, y es lo peor que no lo puedo remediar, ni saber donde, ò como puedo hallar rastro de èllos. No le dè esso pena, señor mio, (dixo la fingida Marcela) que yo

Digitized by Google

conozco un hombre, y aun pienso si Dios quiere que ha de ser mi marido, que le dirà à v. m. donde los hallarà como si los viera con los ojos, porque sabe conjurar demonios, y hacer otras admirables cosas. Ay Marcela! Y como te lo serviria yo, y agradeceria si hiciesses esso por mi: duelete de mis desdichas, pues puedes. Es muy proprio de los malos en viendo à uno de calda, ayudarle à que se despeñe mas presto, y de los buenos creer luego, assi creyò D. Marcos à Marcela; y èlla se determinò à engañarle, y estafarle lo que pudiesse, y con este pensamiento, le respondiò, que fuesse luego, que no era muy lexos la casa. Yendo juntos encontrò D. Marcos otro criado de su casa, à quien pidiò quatro reales de à ocho para dar al Astrologo, no por señal, sino de paga; y con esto llegaron à casa de la misma Marcela, donde estaba con un hombre que dixo ser el sabio, y à la cuenta era su amante. Hablò con èl D. Marcos, y concertaronse en ciento y cinquenta reales, y que bolviesse de alli à ocho dias, haria que un demonio le dixesse donde estaban, y los hallaria; mas que advirtiesse, que si no tenia animo, que no havria nada hecho, que mejor era no ponerse en tal, ò que viesse en que forma lo queria ver, si no se atrevia que fuesse en la misma suya. Pareciòle à D. Marcos, con el deseo de saber de su hacienda, que era ver un demonio, ver un plato de manjar blanco. Y assi respondiò, que en la misma que tenia en el Infierno, en essa se le enseñasse, que aunque le via llorar la pèrdida de su hacienda, como muger, que en otras cosas era muy hombre. Con esto, y darle los quatro reales de à ocho se despidiò dèl, y Marcela, y se recogiò en casa de un amigo, si los miserables tienen alguno, à llorar su miseria. Dexemosle aqui, y vamos al encantador, (que assi le nombrarèmos) que para cumplir lo prometido, y hacer una solemne burla al miserable, que ya por la relacion de Marcela conocia el sugeto, hizo lo que dirè. Tomò un gato, y encerròle en un aposentillo, al modo de despensa, correspondiente à una sala pequeña, la qual no tenia mas ventana que una, del tamaño de un pliego de papel, alta quanto un estado de hombre, en la qual puso una red de cordel, que fuesse fuerte; y entravasse donde tenia el gato, y castigabalo con un azote, teniendo cerrada una gatera que hizo en la puerta, y quando le tenia bravo, destapaba la gatera, y salia el gato corriendo, y saltaba la ventana, donde cogido en la red, le bolvian à su lugar. Hizo esto tantas veces, que ya sin castigarle, en abriendole, iba derecho à la ven-

Digitized by Google

ventana, Hecho esto, avisò al miserable, para que aquella noche, en dando las once, le enseñaria lo que deseaba. Havia (venciendo su inclinacion) buscado nuestro engañado, lo que faltaba por los ciento y cinquenta reales, prestado, y con ellos vino à casa del encantador, al qual puso an las manos el dinero, para animarle à que fuesse el conjuro mas fuerte; el qual despues de haverle apercebido el animo, y valor, se sentò de industria en una silla debaxo de la ventana, la qual tenia ya quitada la red. Era como se ha dicho, despues de las once, y en la sala no havia mas luz que la que podia dar una lamparilla que estaba à un lado, y dentro de la despenfilla, todo lleno de cohetes, y con el mozo avisado de darle à su tiempo fuego, y soltarle à cierta seña, que entre los dos estaba puesta, para soltarle à aquel tiempo. Marcela se saliò fuera, que èlla no tenia animo para ver visiones. Y luego el astuto Magico se vistiò una ropa de bocaci negro, y una montera de lo mismo, y tomando un libro de unas letras Goticas en la mano, algo viejo el pergamino, para dar mas credito à su burla, hizo un cerco en el suelo, y se metiò dentro con una varilla en las manos, y empezò à leer entre dientes, murmurando en tono melancolico, y grave, y de en quando en quando, pronunciaba algunos nombres estravagantes, y esquisitos, que jamàs havian llegados à los oìdos de D. Marcos, el qual tenia abiertos (como dicen) los ojos de un palmo, mirando à todas partes, si sentia ruìdo para ver el demonio, que le havia de decir todo lo que deseaba. El encantador, heria luego con la vara en el suelo, y en un brasero que estaba junto à èl con lumbre, echaba sal, azufre, y pimienta, alzando la voz, decia: Sal aqui demonio Calquimorro, pues eres tu el que tienes cuydado de seguir à los caminantes, y les sabes sus designios, y guaridas, y dì aqui en presencia del señor D. Marcos, y mia, que camino lleva esta gente, y donde, y que modo se tendrà de hallarlos; sal presto, ò guardate de mi castigo; estàs rebelde, y no quieres obedecerme, pues aguarda, que yo te apretarè hasta que lo hagas, y diciendo esto, bolvia à leer en el libro: à cabo de rato, tornaba à herir con el palo en el suelo, refrescando el conjuro dicho, y zahumerio, de suerte que ya el pobre D. Marcos estaba ahogandose. Y viendo ya ser hora de que saliesse, dixo: O tu que tienes las llaves de las puertas infernales; manda el Cervero, que dexe salir al Calquimorro, demonio de los caminos, para que nos diga donde estàn estos caminantes, ò sino te fatigare

rè cruelmente. A eſte tiempo, ya el mozo que eſtaba por guardian del gato, havia dado fuego à los cohetes, y abierto el agujero, que como viò arder, ſaliò dando ahullidos, y truenos, brincos, y ſaltos; y como eſtaba enſeñado à ſaltar en la ventana, quiſo eſcaparſe por ella, y ſin tener reſpeto à D. Marcos, que eſtaba ſentado en la ſilla, por encima de ſu cabeza, abraſandole de camino las barbas, y cabellos, y parte de la cara, diò conſigo en la calle, al qual ſuceſſo, pareciendole que no havia viſto un diablo, ſino todos los del Infierno, dando muy grandes gritos ſe dexò caer deſmayo en el ſuelo, ſin tener lugar de oir una voz, que ſe diò à aquel punto, que dixo: En Granada los hallaràs. A los gritos de Don Marcos, y ahullidos del gato, viendole dar bramidos, y ſaltos por la calle, reſpeto de eſtarſe abraſando, acudiò gente, y entre ellos la Juſticia; y llamando, entraron, y hallaron à Marcela, y ſu amante, procurando à poder de agua, bolver en sì al deſmayado, lo qual fuè impoſſible, haſta la mañana. Informaronſe del caſo el Alguacil, y no ſatisfaciendoſe, aunque le dixeron el enredo, echaron ſobre la cama del encantador à D. Marcos, que parecia muerto, y dexando con èl, y Marcela dos guardas, llevaron à la carcel al embuſtero, y ſu criado, que hallaron en la deſpenſilla, dexandolos con un par de grillos à cada uno, à titulo de hombre muerto en ſu caſa. Dieron à la mañana noticia à los ſeñores Alcaldes de eſte caſo, los quales mandaron ſalir à viſita los dos preſos, y que fueſſen à ver ſi el hombre havia buelto en sì, ò ſi havia muerto. A eſte tiempo Don Marcos havia buelto en sì, y ſabìa de Marcela el eſtado de ſus coſas, y ſe confirmaba el hombre mas cobarde de el mundo. Llevòles el Algacil à la Sala, y preguntando por los Señores de eſte caſo, dixo la verdad, conforme lo que ſabia, trayendo à juìcio el ſuceſſo de ſu caſamiento, y como aquella moza le havia trahido à aquella caſa, donde le dixo, que le diria los que llevaban ſu hacienda, donde los hallaria, y que èl no ſabìa mas, de que deſpues de largos conjuros que aquel hombre havia hecho leyendo en un libro que tenia, havia ſalido por un agujero un demoñio tan feo, y tan terrible, que no havia baſtado ſu animo à eſcuchar lo que decia entre dientes, y los grandes ahullidos que iba dando; y que no ſolo eſto, mas que havia embeſtido con èl, y puеſtole como vian, mas que èl no ſabìa que ſe hizo, porque ſe le cubriò el corazon, ſin bolver en sì, haſta la mañana. Admirados eſtaban los Alcaldes, haſta que el encantador los deſencantò,

con-

Digitized by Google

contandoles el caso, como se ha dicho, confirmando lo mismo el mozo, y Marcela, y gato que traxeron de la calle, donde estaba abrasado, y muerto; y trayendo tambien dos, ò tres libros, que en su casa tenia, dixeron à Don Marcos, conociesse qual de èllos era el de los conjuros. El tomò el mismo, y lo diò à los señores Alcaldes, y abierto, vieron que era el de Amadis de Gaula, que por lo viejo, y letras antiguas, havia passado por libro de encantos: con lo que enterados del caso, fuè tanta la risa de todos, que en gran espacio no se sossegò la Sala, estando Don Marcos tan corrido, que quisò matar al encantador, y luego hacer lo mismo de sì; y mas quando los Alcaldes le dixeron, que no se creyesse de ligero, ni se dexasse engañar cada passo. Y assi los embiaron à todos con Dios, saliendo tal el miserable, que no parecia el que antes era, sino un loco. Fuesse à casa de su amo, donde hallò un cartero que le buscaba con una carta, que abierta, viò que decia de esta manera.

A Don Marcos Miseria, salud. Hombre que por ahorrar no come, hurtando à su cuerpo el sustento necessario, y por solo interès se casa, sin mas informacion, que si hay hacienda: bien merece el castigo que v. m. tiene, y el que le espera andando el tiempo. Vuessamerced, señor, no comiendo sino como hasta aqui, ni tratando con mas ventaja que siempre hizo à sus criados, y como ya sabe, la media libra de vaca, un quarto de pan, y otros dos de racion al que sirve, y limpia la estrecha vasija en que hace sus necessidades, buelva à juntar otros seis mil ducados, y luego me avise, que vendrè de mil amores à hacer con v. m. vida maridable, que bien lo merece marido tan aprovechado.

Doña Isidora Venganza.

Fuè tanta la passion que Don Marcos recibiò, que le diò una calentura, que en pocos dias le acabò los suyos miserablemente. A Doña Isidora, estando en Barcelona aguardando galeras en que embarcarse para Napoles, una noche D. Agustin, y su Inès, la dexaron durmiendo, y con los seis mil ducados de Don Marcos, y todo lo demàs que tenia, se embarcaron, y llegados que fueron à Napoles, èl assentò plaza de Soldado, y la hermosa Inès, puesta en paños mayores, se hizo dama cortesana, sustentando con este oficio, en galas, y regalos, à su D. Agustin. Doña Isidora se bolviò à Madrid, donde renunciando el moño, y las galas, anda pidiendo limosna, la qual me contò mas por entero esta maravilla, y me determinè à escrivirla, para que vean los miserables el fin que tuvo èste, y viendolo, no hagan lo mismo, escarmentando en cabeza agena.

Digitized by Google

Con grandissimo gusto oyeron todos la maravilla que Don Alvaro dixo, viendo castigado à Don Marcos. Y viendo que Don Alonso se prevenia para la suya, trocando su assiento con Don Alvaro, hizo Don Juan señas à los musicos, los quales cantaron assi:

Visitas de Anton à Menga,
y en su cabaña tambien,
à fee, si se ofende Gila
que tiene mucho por què.
El anticipar sus quexas,
señàl sospechosa es,
que quien con darlas previene,
quiere que no se las dèn.
Para mostrarse ofendida,
sobrada la causa fuè,
que es basilisco un agravio,
y no ha de llegarse à ver.
Agradòse, y sin amor,
Zagales, pero creed,
que conservacion, y agrado,
son amigos da querer.
Descuydado del indicio,
no es poco, que ya se vè,
que lo que es hablarse oy,
fuè diligencia de ayer.
Mal fuego en su cortesia,
que saben los hombres bien,
para desmentir lo falso,
valerse de lo cortès.
No hay temer, si no hay tropiezos,
mas Menga le busca à èl,
los dos solos, èlla hermosa,
si es tropiezo no lo sè.
Necios llaman à los zelos,
mal los conocen pardiez,
que antes el zeloso peca
de advertido, y bachiller.
Essos abullidos Anton,
solo con Gila han de ser,
porque un credito en balanzas,
muy lexos anda del fiel.
O quan bien saben los hombres
con disculpas ofender!
mas pues amor los descubre
bien haya el amor, amen.

No sè si temerosos Don Juan de la indignacion de Lisis, quiso con este segundo Romance disculparse de los agravios que le hacia en el primero, aunque à costa de los enojos de Lisarda, que enfadada de este, quân gloriosa del otro, le mostrò en un gracioso zeño con que mirò à D. Juan de lo que el falso amante se holgaba, porque à no ser assi, tratàra con mas secreto, y cordura esta voluntad, y no tan al descubierto, que èl mismo se preciaba de amante de Lisarda, y mal correspondiente de Lisis. Prestaron luego todos muy grande atencion, y cuydado à Don Alonso, que empezò su maravilla de esta suerte.

Ya suele suceder (Auditorio ilustre) à los mas avisados, y que van mas en los estrivos de una malicia caer en lo mismo que temen, como lo vereis en mi maravilla; para que ninguno se confie de su entendimiento, ni se atreva à probar à las mugeres, sino que teman lo que les puede suceder, estimando, y poniendo en su lugar à cada una, pues al fin una muger discreta, no es man-

Digitized by Google

manjar de un necio, ni una necia, empleo de un discreto: y para certificacion de esto, digo de esta suerte.

NOVELA QUARTA.

EL PREVENIDO ENGAÑADO.

TUvo la Ilustre Ciudad de Granada (milagroso assombro de las grandezas de la Andalucia) por hijo à Don Fadrique, cuyo apellido, y linage no serà justo que se diga por los nobles deudos que en ella tiene; solo se dice que su nobleza, y riqueza corrian parejas con su talle, siendo en lo uno, y lo otro el de mas nombre, no solo en su tierra, sino en otras muchas donde era conocido, no dandole otro que el de rico, y galan D. Fadrique. Murieron sus padres, quedando este Cavallero muy mozo, mas el se governaba con tanto acuerdo, que todos se admiraban de su entendimiento, porque no parecia de tan pocos años como tenia; y como los mozos, sin amor, dicen algunos, que son jugadores sin dinero, ò danzantes sin sòn, empleò su voluntad en una gallarda, y hermosa Dama, de su misma tierra, cuyo nombre era Serafina, y un Serafin en belleza, aunque no tan rica como D. Fadrique. Y apassionòse tanto por ella, quanto ella desdeñosa le desfavorecia; por tener ocupado el deseo en otro Cavallero de la Ciudad (lastima por cierto bien grande, que llegasse un hombre de las partes de Don Fadrique, à querer donde tenga otro tomada la possession) no ignoraba Don Fadrique, el amor de Serafina, mas pareciale que con su riqueza venceria mayores inconvenientes, y mas siendo el galan que la Dama amaba, ni de los mas ricos, ni de los mas principales. Seguro estaba Don Fadrique, de que apenas [illegible] à Serafina à sus padres, [illegible] la tendria; mas Serafina [illegible]aba de esse parecer, porque esto del casarse tras el papel, el desden oy, y mañana el favor, tiene no sè que saynete, que enamora, y embelesa el alma, y hechiza el gusto. Y à esta misma causa procurò D. Fadrique grangear primero la voluntad de Serafina, que la de sus padres, y mas viendo competidor favorecido, si bien no creia de la virtud, y honestidad de su Dama, que se estendia à mas su amor que amor, y desear.

Empezò con estas esperanzas à regalar à Serafina, y à sus criadas, y ella à favorecerle mas que

Digitized by Google

hasta alli, porque aunque queria à D. Vicente (que assi se llamaba el querido) no queria ser aborrecida de D. Fadrique, y las criadas à fomentar sus esperanzas, por quanto creìa el amante, que era cierto su pensamiento, en quanto à alcanzar mas que el otro galan; y con esto contento, una noche que las astutas criadas havian prometido tener à su ama en un balcon, cantò al sòn de un lahud este Soneto.

Que muera yo, tirana por tus ojos,
y que gusten tus ojos de matarme,
que quiera con tus ojos consolarme,
y que me dèn tus ojos mil enojos.
Que rinda yo à tus ojos por despojos
mis ojos, y ellos en lugar de amarme
pudiendo en mis enojos alegrarme,
las flores me conviertan en abrojos.
Que me maten tus ojos con de[illegible]
con rigores, con zelòs, con [illegible]
quando mis ojos por tus ojo[illegible]
Ay, dulce ingrata que los ojos tienes
tan grãde ingratitud como belleza,
cõtra unos ojos q̃ à tus ojos quieren.

Agradecieron, y engrandecieron à Don Fadrique, las que escuchaban la musica, la gracia, y destreza con que havia cantado, mas no se diga que Serafina estaba à la ventana, porque desde aquella noche se negò de suerte à los ojos de Don Fadrique, que por diligencias que hizo, no la pudo ver en muchos dias, ni por papeles que la escriviò pudo alcanzar respuesta, y la que le daban las criadas à sus importunas quexas, era que Serafina havìa dado en una melancolia tan profunda, que no tenia una hora de salud. Sospechoso Don Fadrique, que serìa el mal de Serafina, el verse defraudada de las esperanzas que quisà tenia de verse casada con Don Vicente, porque no le via passear la calle como solia, y creyò, que por su causa se havia retirado. Y pareciendole que estaba obligado à restaurarle à su Dama el gusto que le havia quitado, fiado en que con su talle, y riqueza le grangearia la perdida alegria, la pidiò à sus padres por muger. Ellos que (como dicen) vieron el Cielo abierto, no solo le dixeron un sì, acompañado de infinitos agradecimientos, mas se ofrecieron à ser esclavos suyos. Y tratando con su hija este negocio, ella que era discreta, diò à entender que se holgaba mucho, y que estaba presta para darles gusto, si su salud le ayudasse, que les pedia entretuviessen à D. Fadrique algunos dias, hasta que mejorasse, que luego se haria quanto mandaban en aquel caso. Tuvieron los padres de la Dama esta respuesta por bastante, y à Don Fadrique, no le pareciò mala; y assi pidiò à sus suegros, que regalassen mucho à su esposa, para que cobrasse mas presto salud, ayudando èl por su parte con muchos regalos, passeando su calle, aun con mas puntualidad que

Digitized by Google

que antes, tanto por el amor que la tenia, quanto por los recelos con que le hacia vivir D. Vicente. Serafina tal vez se ponia à la ventana, dando con su hermosura aliento à las esperanzas de su amante, aunque su color, y tristeza daban claros indicios de su mal, y por esto estaba lo mas del tiempo en la cama; y las veces que la visitaba su esposo, que con este titulo lo hacia algunas, le recibia en ella, y en presencia de su madre, por quitarle los atrevimientos que este nombre le podian dar. Passaronse algunos meses, al cabo de los quales D. Fadrique, desesperado de tanta enfermedad, y resuelto en casarse, estuviesse con salud, ò sin ella, una noche, que como otras muchas, estaba à una esquina velando sus zelos, y adorando las paredes de su enferma señora, viò à mas de las dos de la noche, abrir la puerta de su casa, y salir una muger, que en el ayre, y hechura del cuerpo, le pareciò ser Serafina. Admirose, y casi muerto de zelos, se fuè acercando mas, donde claro conociò ser la misma, y sospechando que iba à buscar la causa de su temor, la siguiò, y viò entrar en una como corraliza, en que se solia guardar madera, y por estar sin puertas, solo servia de esconder, y guardar à los que por algunas travesuras amorosas entraban dentro. Aqui, pues, entrò Serafina; y D. Fadrique, ya cierto de que dentro estaria D. Vicente; irritado à una colerica accion, como à quien le parecia que le tocaba aquella venganza, diò la buelta por la otra parte, y entrando dentro, viò como la Dama se havia baxado à una parte, en que estaba un aposentillo derribado, y que tragandose unos gemidos sordos, pariò una criatura, y los gritos desengañaron al amante, de lo mismo que estaba dudando. Pues como Serafina se viò libre de tal embarazo, recogiendose un faldellin, se bolviò à su casa, dexandose aquella inocencia à lo que sucediesse. Mas el Cielo, que à costa de la opinion de Serafina, y de la passion de Don Fadrique, quiso que no muriesse sin Bautismo por lo menos, llegò donde estaba llorando en el suelo, y tomandola, la embolviò en su capa, haciendose mil cruces de tal caso, y coligiendo que el mal de Serafina era este, y que el padre era D. Vicente, por cuyo hecho se havia retirado, dando infinitas gracias à Dios, que le havia sacado de su desdicha, por tal modo, se fuè con aquella prenda à casa de una comadre, y la dixo que pusiesse aquella criatura como havia de estar, y le buscasse una ama, que importaba mucho que viviesse. Hizolo la comadre; y mirandola con grande atencion, viò que era una niña tan hermosa, que mas parecia Angel del

Digitized by Google

del Cielo, que criatura humana. Buscòse el ama, y Don Fadrique luego el siguiente dia hablò con una Señora deuda suya, para què en su propria casa se criasse Gracia, que aqueste era el nombre se le puso en el Bautismo. Dexemosla criar, que à su tiempo se tratarà de ella, como de la persona mas importante de esta historia, y vamos à Serafina, que ya guarecida de su mal, dentro de quince dias, viendose restaurada en su primera hermosura, dixo à sus padres, que quando gustassen se podia efectuar el casamiento con Don Fadrique, el qual temeroso, y escarmentado de tal sucesso, se fuè à la casa de su parienta, la que tenia en su poder à Gracia, y le dixo; que à èl le havia dado deseo de ver algunas tierras de España; y que en esto queria gastar algunos años, y que la queria dexar poder, para que governasse su hacienda, que hiciesse, y deshiciesse en èlla, que solo le suplicaba tuviesse grandissimo cuydado con Doña Gracia, haciendo cuenta que era su hija, porque en ella havia un grandissimo secreto, y que si Dios la guardaba hasta que tuviesse tres años, que le pedia encarecidamente la pusiesse en un Convento, donde se criasse, sin que llegasse à conocer las cosas del Mundo, porque llevaba cierto designio, que andando el tiempo le fabria. Y hecho esto, haciendo llevar toda su ropa en casa de su tia, tomò grandissima cantidad de dineros, y joyas, y escriviendo este Soneto, se le embiò à Serafina, y con solo un criado se puso à cavallo; guiando su camino à la muy noble, y riquissima Ciudad de Sevilla. Recibiò Serafina el papel, que decia:

Si quando hacerme igual à ti podias,
ingrata con tibiezas me tratasse,
y à fuerza de desdenes procurasse
mostrarme el poco amor q̃ me tenias.
Si à vista de ojos, de glorias mias,
el premio con engaño me quitasse,
y en todas ocasiones me mostrasse
mõtes de nieve en tus entrañas frias.
Aora que no puedes, porque quieres
buscar el fuego entre cenizas muertas,
dexale estar, ten lastima à mis ojos.
Imposibles me ofreces, falsa eres,
no avives essas llamas q̃ no aciertas,
q̃ à tu pesar ya he visto desengaños.

Este papel, si bien tan ciego, diò mucho que temer à Serafina, y mas que aunque hizo algunas diligencias por saber que se havia hecho la criatura que dexò en la corraliza, no fuè possible, y confirmandò dos mil sospechas con la repentina partida de Don Fadrique, y mas sus padres, que decian que en algo se fundaba, viendo que Serafina gustaba de ser Monja, ayudaron su deseo, y assi se entrò en un Monasterio, harto confusa, y cuydadosa de

lo

Digitized by Google

lo que havia sucedido, y mas del desalumbramiento que tuvo, en dexar alli aquèlla criatura, viendo que se havia muerto, ò la havian comido perros, que cargaba su conciencia tal delito, motivo para que procurasse con su vida, y penitencia, no solo alcanzar perdon de su pecado, sino nombre de santa, y assi era tenida por tal en Granada. Llegò Don Fadrique à Sevilla, tan escarmentado en Serafina, que por èlla ultrajaba à todas las demás mugeres, no haciendo excepcion de ninguna; cosa tan contraria à su entendimiento; pues para una mala, hay ciento buenas. Mas en fin èl decia, que no havia de fiar de ellas, y mas de las discretas, porque de muy sabias, y entendidas, daban en travièssas, y viciosas, y que con sus astucias engañaban à los hombres; pues una muger no havia de saber mas de hacer su labor, y rezar, governar su casa, y criar sus hijos, y lo demás eran bachillerìas, y sutilezas, que no servian sino de perderse mas presto. Con esta opinion, como digo, entrò en Sevilla, y se fuè à posar en casa de un deudo suyo, hombre principal, y rico, con intento de estarse alli algunos meses, gozando de las grandezas que se cuentan de esta Ciudad, y como dias la passeasse en compañia de aquel su deudo, viò en una de las mas principales calles de ella, à la puerta de una hermosissima casa, baxar de un coche una Dama, en habito de viuda, la mas bella que havia visto en toda su vida, era sobre hermosa, muy moza, y de gallardo talle, y tan rica, y principal, segun dixo aquel su deudo, que era de lo mejor, y mas ilustre de Sevilla, y aunque D. Fadrique iba escarmentado del sucesso de Serafina, no por esso rehusò el dexarse vencer de la belleza de Doña Beatriz, que este es el nombre de la bellissima viuda. Passò Don Fadrique la calle, dexando en èlla el alma, y como la prenda no era para perder, pidiò à su camarada, que diessen otra buelta. A esta accion le dixo D. Matheo; (que assi se llamaba) pienso, amigo Don Fadrique no dexareis à Sevilla tan presto, tierno sois. A fé que lo ha puesto bueno la vista de esta Dama. Yo siento de mi lo mismo, respondiò D. Fadrique, aun gustaria, si pensasse ser suyo, los años, que el Cielo me ha dado vida. Conforme fuere vuestra pretension, dixo Don Matheo, porque la hacienda, nobleza, y virtud de esta Dama, no admite, sino es la del matrimonio, aunque fuera el pretendiente el mismo Rey, porque èlla tiene veinte y quatro años, quatro estuvo casada con un Cavallero igual, y dos ha que està viuda; y en este tiempo no ha merecido ninguno

sus

Digitized by Google

sus passeos doncella, ni su vista casada, ni su voluntad viuda, con haver muchos pretendientes de este bien. Mas si vuestro amor es de calidad, que me significais, y quereis que yo le proponga vuestras partes, pues para ser su marido no os faltan las que èlla puede desear, lo harè, y podrà ser, que entre los llamados, seais el escogido. Ella es deuda de mi muger, à cuya causa la hago algunas visitas, y ya me prometo buen sucesso, porque veisla alli se ha puesto en el balcon, que no es poca dicha haver favorecido vuestros deseos: Ay amigo! dixo Don Fadrique, y como me atreverè yo à pretender lo que à tantos Cavalleros de Sevilla ha ganado, siendo forastero? Mas si he de morir à manos de mis deseos, sin que èlla lo sepa, muera à manos de sus desengaños, y desdenes; habladla amigo, y demàs de decir mi nobleza, y hacienda, le podreis decir, que muero por èlla. Con esto dieron los dos buelta à la calle, haciendole al passar una cortès reverencia: à la qual la bellissima Doña Beatriz, que al baxar del coche, viò con el cuydado que la mirò Don Fadrique, pareciendole forastero, y viendole en compañia de Don Matheo, con cuydado, luego que dexò el manto, ocupò la ventana, y viendose aora saludar con tanta cortesia, haviendo visto, que mientras hablaba, la miraban, hizo otra no menos cumplida. Dieron con esto la buelta à su casa muy contentos de haver visto à Doña Beatriz tan humana, quedando de acuerdo, que Don Matheo la hablasse otro dia en razon del casamiento; mas D. Fadrique estaba tal, que quisiera que luego se tratàra. Passò la noche, y no tan apriessa como el enamorado Cavallero quisiera; diò priessa à su amigo, para que fuesse à saber las nuevas de su vida, ò muerte; y assi lo hizo. Hablò en fin à Doña Beatriz, proponiendole todas las partes del novio; à lo qual respondiò la Dama, que le agradecia mucho la merced que le hacia, y à su amigo el desear honrarla con su persona, mas que èlla havia propuesto el dia que enterrò à su dueño, no casarse, hasta que passassen tres años, por guardar mas el decoro que debia à su amor, que por esta causa despedia quantos le trataban de esto; mas que si este Cavallero se atrevia à aguardar el año que le faltaba, que èlla le daba su palabra, de que no fuesse otro su marido; porque si havia de tratar verdad, le havia agradado su talle, sin afectacion, y sobre todo las muchas partes que le havia propuesto, porque èlla deseaba que fuesse assi el que huviesse de ser su dueño. Con esta respuesta bolviò Don Matheo à su amigo, no poco contento, por parecerle que

Digitized by Google

que no havia negociado muy mal. Don Fadrique cada hora se enamoraba mas, y si bien le desconsolaba la imaginacion de haver de aguardar tanto tiempo; se determinò de estarse aquel año en Sevilla, pareciendole buen premio la hermosa viuda, si llegaba à alcanzarla: y como iba tan bien bastecido de dineros, aderezò un quarto en la casa de su deudo, recibiò criados, y empezò à echar galas, para despertar el animo de su Dama; à la qual visitaba tal vez en compañia de Don Matheo, que menos que con èl, no se le hiciera tanto favor. Quiso regalarla, mas no le fuè permitido, porque Doña Beatriz no quiso recibir un alfiler; el mayor favor que le hacia, à ruegos de sus criadas (que no las tenia el Granadino mal dispuestas, porque lo que su ama regateaba el recibir, èllas lo hicieron costumbre, y assi no le desfavorecian en este particular su cuydado) era quando ellas le decian que estaba en la calle, salir al balcon dando luz al Mundo con la belleza de sus ojos; y tal vez acompañarlas de noche, por oìr cantar à Don Fadrique, que lo hacia diestramente. Y una, entre muchas, que le diò musica, cantò este Romance, que èl mismo havia hecho, porque Doña Beatriz no havia salido aquel dia al balcon, enojada de que le havia visto en la Iglesia hablar con una Dama. En fin èl cantò assi:

Alta torre de Babel,
edificio de Nembrot,
que pensò subir al Cielo,
y en un grande abismo diò.
Parecen mis esperanzas,
que segun entendì yo,
al Cielo de mis deseos,
llegarà su pretension.
Mas como fuè su cimiento,
el rapacillo de amor,
sin meritos, para ser
reverenciado por Dios.
Mudò como niño al fin,
su travieſſa condicion,
siendo ciego para ver
de mi firmeza el valor.
Ay mal logrados deseos,
caìdos como Faeton,
porque quisisteis subiros
al alto carro del Sol.
Esperanzas derribadas,
marchita como la Flor,
horas alegres, que aora
sereis horas de dolor.
Donde pensabas subir
gallarda imaginacion,
si tus alas son de cera,
y este signo es de Leon?
Bien pensaste que te diera
mano, y brazos aficion,
vano fuè tu pensamiento,
si en esso se confiò.
En el balcon del Oriente,
oy ha salido mi sol,
encubriendo con nublados
la luz de su perfeccion.
Caros vende amor sus gustos,
y si los da es como pension,

que

Digitized by Google

que son censos al quitar,
que es la desdicha mayor.
Mueras quemado en mi fuego
ciego lince, niño Dios,
mas perdona amor mi ofensa,
que humilde à tus pies estoy.

El favor que alcanzò Don Fadrique esta noche, fuè oir à Doña Beatriz, que dixo à sus criadas, que ya era hora de recoger, dando à entender con esto, que le havia oìdo, con lo que fuè mas contento, que si le huvieran hecho señor del Mundo. En esta vida passó nuestro amante mas de seis meses, sin que jamás pudiesse alcanzar de Doña Beatriz licencia para verla à solas, cuyos honestos recatos le tenian tan enamorado, que no tenia punto de reposo. Y assi una noche que se hallò en la calle de su Dama, viendo la puerta abierta, por mirar de mas cerca su hermosura, se atreviò con algun recato à entrar en su casa, y sucediòle tan bien, que sin ser visto de nadie, llegò al quarto de Doña Beatriz, y desde la puerta de un corredor la viò sentada en su estrado con sus criadas, que estaban velando, y dando muestras de querer desnudarse para irse à la cama, le pidieron èllas (como si estuvieran cochadas de D. Fadrique) que cantasse un poco. A lo que Doña Beatriz se escusò con decir que no estaba de humor, que estaba melancolica; mas una de las criadas, que era mas desembuelta que las demàs, se levantò, y entrò en una quadra, de donde saliò con una harpa, diciendo: A fé, señora, que si hay melancolia, este es el mejor alivio, cante v. m. un poco, y verà como se halla mas aliviada. Decir esto, y ponerle la harpa en las manos fuè todo uno, èlla por darles gusto cantò assi:

Quando el Alva muestra
su alegre risa,
quando quita alegre
la negra cortina
al bulcon de Oriente,
porque salga el dia.
Quando muestra hermosa
la madexa rica,
derramando perlas
sobre clavellinas.
Y en fin quando el campo
vierte alegria
llora ausente Albano
zelos Marfisa.
Quando alegre apresta
la carroza rica,
à Febo que viene
de las playas Indias.
Quando entre cristales,
claras fuentecillas
murmuran de engaños,
aljofar destilan.
Quando al sòn del agua
cantan las ninfas,
llora ausente de Albano
zelos Marfisa.
Quando entre claveles
con sus claras linfas,
guarnicion de plata
en sus ojos pinta.

Quan-

Digitized by Google

Quando dan las aves
con sonoras liras,
norahuena à Febo
de su hermosa vista.
Quando en los Serranos
mil gustos se miran,
llora ausente de Albano
zelos Marfisa.
Fuè aquesta zagala
monstruo de la Villa,
de los ojos muerte,
de la muerte vida.
Fiero basilisco,
causa de desdichas,
porque con sus desdenes
veneno tenia.
Quando à sus donayres,
que eran sal decian,
llora ausente de Albano
zelos Marfisa.
Rindiò sus desdenes,
à la bizarrìa
de un Serrano ingrato,
que ausente la olvida.
Y quando èl alegre,
nueva prenda estima
bellezas defiende,
finezas publica.
Hermosuras rinde,
y à glorias aspira,
llora ausente de Albano
zelos Marfisa.

Dexò con esto la harpa, diciendo, que la vinieſſen à desnudar, dexando à Don Fadrique (que le tenia embelesado el donayre, la voz, y dulzura de la musica) como en tinieblas no tuvo sospecha de la letra, porque como tal vez se hacen para agradar à un Musico, pinta el Poeta como quiere. Y viendo que Doña Beatriz se havia entrado à acostar, se baxò al portal para irse à su casa, mas fuè en vano, porque el cochero, que posaba alli en un aposentillo, havia cerrado la puerta de la calle, seguro de que no havia quien entrasse, ni salieſſe, se havia acostado. Pesòle mucho à Don Fadrique, mas viendo que no havia remedio, se sentò en un poyo, para aguardar la mañana, porque aunque fuera facil llamar que le abrieſſen, no quiso, por no poner en opinion, ni en lenguas de criadas la honra de Doña Beatriz, pareciendole que mientras el cochero abria, siendo de dia se podia esconder en una entrada de cueva. Dos horas havria que estaba alli, quando sintiendo ruìdo en la puerta del quarto de su Dama, que desde donde estaba sentado, se via la escalera, y corredor, puso los ojos donde sintiò el rumor, y viò salir à Doña Beatriz, nueva admiracion para quien creìa que estaba durmiendo. Trahia la Dama sobre la camisa un faldellin de buelta de tabi encarnado, cuya plata, y guarnicion parecian estrellas, sin traher sobre sì otra cosa mas, que un rebocillo del mismo tabi, aforrado en felpa azul, puesta tan al desgayre, que dexaba ver en la blancura de la camisa, los bordados de hilo de pita: sus dorados cabellos cogidos en una re-

Digitized by Google

redecilla de seda azul, y plata, aunque por algunas partes descompuestos, para componer con ellos la belleza de su rostro; en su garganta dos hilos de gruessas perlas, conformes à las que llevaba en sus hermosas muñecas, cuya blancura se via sin embarazo, por ser la manga de la camisa suelta, à modo de manga de Frayle. De todo pudo el Granadino dar muy bastantes señas; porque Doña Beatriz trahia en una de sus blanquissimas manos una buxìa de cera encendida, en un candelero de plata, à la luz de la qual estuvo contemplando en tan angelica figura, juzgandose por dichoso, si fuera èl, el sugeto que iba à buscar. En la otra mano trahia una salva de plata, y en ella un vidrio de conserva, y una limetilla con vino, y sobre el brazo una tohalla blanquissima. Valgame Dios (decia entre sì Don Fadrique, mirandola desde que saliò de su aposento, hasta que la viò baxar por la escalera) quien serà el venturoso à quien và à servir tan hermosa la maestresala; ay si yo fuera, y como diera en cambio quanto vale mi hacienda. Diciendo esto, como la viò que haviendo acabado de baxar, enderezaba sus passos àcia donde estaba, se fuè retirando hasta la cavalleriza; y en ella por estar mas encubierto, se entrò; mas viendo que Doña Beatriz encaminaba sus passos à la misma parte, se metiò detràs de uno de los cavallos del coche: Entrò en fin la Dama en tan indecente lugar para tanta belleza, y sin mirar en Don Fadrique, que estaba escondido, enderezò àcia un aposentillo, que al fin de la cavalleriza estaba. Creyò Don Fadrique de tal sucesso, que algun criado enfermo despertaba la caridad, y piadosa condicion de Doña Beatriz, à tal accion; aunque mas competente era para alguna de las muchas criadas que tenia, que no para tal señora: mas atribuyendolo todo à Christiandad, quiso ver el fin de todo; y saliendo de donde estaba, caminò tras èlla, hasta ponerse en parte que veìa todo el aposento, por ser tan pequeño, que apenas cabia una cama. Grande fuè el valor de Don Fadrique en tal caso, porque assi como llegò cerca, y descubriò todo lo que en el aposento se hacia, viò à su Dama en una ocasion tan terrible para èl, que no sè como tuvo paciencia para sufrirla. Es el caso, que en una cama que estaba en esta parte que he dicho, estaba echado un negro tan atezado, que parecia su rostro hecho de un bocaci. Parecia en la edad de hasta veinte y ocho años, mas tan feo, y abominable, que no sè si fuè passion, ò si era la verdad, le pareciò que el demonio no podia serlo tanto. Parecia assimismo en su desflaquecido sem-

Digitized by Google

ſemblante, que le faltaba poco para acabar la vida, con lo que parecia mas abominable. Sentòſe Doña Beatriz en entrando ſobre la cama, y poniendo ſobre una meſilla la vela, y lo demàs que lleváva, le empezò à componer la ropa, pareciendo en la hermoſura, èlla un Angel, y èl un fiero demonio. Puſo tras eſto, una de ſus hermoſiſſimas manos ſobre la frente, y con enternecida, y laſtimada voz, le empezò à decir: Como eſtàs Anton? No me hablas mi bien? Oye, abre los ojos, mira que eſtà aqui Beatriz, toma hijo mio, come un bocado de eſta conſerva, animate por amor de mi, ſi no quieres que yo te acompañe en la muerte, como te he querido en la vida: Oyeſme amores? No quieres reſponderme, ni mirarme? Diciendo eſto, derramando por ſus ojos grueſſas perlas, juntò ſu roſtro con el del endemoniado negro, dexando à Don Fadrique, que la miraba, mas muerto que èl, ſin ſaber que hacerſe, ni que decirſe; unas veces determinandoſe à perderſe, y otras, conſiderando, que lo mas acertado era apartarſe de aquella pretenſion. Eſtando en eſto, abriò el negro los ojos, y mirando à ſu ama, con voz debilitada, y flaca le dixo, apartandola con las manos el roſtro que tenia junto con el ſuyo: Que me quieres, ſeñora? Dexame ya por Dios, que es eſto? Que aun eſtando ya acabando la vida, me perſigues? No baſta que tu vicioſa condicion me tiene como eſtoy, ſino que quieres, que quando eſtoy ya en el fin de mi vida, acuda à cumplir tus vicioſos apetitos: caſate, ſeñora, caſate, y dexame ya à mi que ni te quiero ver, ni comer lo que me dàs. Y diciendo eſto, ſe bolviò del otro lado, ſin querer reſponder à Doña Beatriz, aunque mas tierna, y amoroſa le llamaba, ò fueſſe qual ſe muriò luego, ò no quiſieſſe hacer caſo de ſus lagrimas, y palabras. Doña Beatriz canſada ya bolviò à ſu quarto, la mas lloroſa, y triſte del mundo. Don Fadrique aguardò à que abrieſſe la puerta, y apenas la vido abierta, quando ſaliò huyendo de aquella caſa, tan lleno de confuſion, y aborrecimiento, quanto primero de guſto, y gloria. Acoſtòſe en llegando à ſu caſa, ſin decir nada à ſu amigo, y ſaliendo à la tarde, diò una buelta por la calle de la viuda, por ver que rumor havia, à tiempo que viò ſacar à enterrar al negro. Bolviòſe à ſu caſa, ſiempre guardando ſecreto; y en tres, ò quatro dias que bolviò à paſſear la calle, ya no por amor, ſino por enterarſe mas de lo que aun no creìa, nunca viò à Doña Beatriz: tan ſentida la tenia la muerte de ſe negro amante. Al cabo de los quales, eſtando ſobre meſa hablando con ſu amigo, entrò una

Digitized by Google

criada de Doña Beatriz, y en viendole, con mucha cortesía le puso en las manos un papel, que decia assi:

Donde hay voluntad, poco sirven los terceros: de la vuestra estoy satisfecha, y de vuestras finezas pagada; y assi no quiero aguardar lo que falta del año, para daros la merecida possession de mi persona, y hacienda; y assi quando quisieredes, se podrà afectuar nuestro casamiento, con las condiciones que fueredes servido, porque mi amor, y vuestro merecimiento no me dexan reparar en nada. Dios os guarde.

Doña Beatriz.

Tres, ò quatro veces leyò Don Fadrique este papel, y aun no acababa de creer tal; y assi no hacia mas que darle bueltas, y en su corazon, admirarse de lo que le sucedia, que ya dos veces havia estado à pique de caer en tanta afrenta, y tantas le havia descubierto el Cielo secretos tan importantes. Y como viesse claro, que la determinada resolucion de Doña Beatriz, nacia de haver faltado su negro amante, en un punto hizo la suya, y se resolviò à una determinacion honrada: y diciendo à la criada, que se aguardasse, saliò à otra sala, y llamando à su amigo, le dixo estas breves razones: Amigo, à mi me importa la vida, y la honra salir dentro de una hora de Sevilla, y no me ha de acompañar mas que el criado que traxe de Granada. Essa ropa que ai queda, vendereis despues de haverme partido, y pagareis con el dinero que dieren por ella à los demàs criados: el porque no os puedo decir, porque hay opiniones de por medio; y agora mientras escrivo un papel, me busqueis dos mulas, y no querais saber mas Y luego, escriviendo un papel à Doña Beatriz, y dandole à la criada que le llevasse à su ama, y haviendole ya trahido las mulas se puso de camino, y saliendo de Sevilla, tomò el de Madrid con su antigua tema de abominar de las mugeres discretas, que fiadas en su saber, procuran engañar à los hombres. Dexemonosle ir hasta su tiempo, y bolvamos à Doña Beatriz, que en recibiendo el papel, viò que decia assi:

La voluntad que yo he tenido à vuessa merced, ha sido solo con deseo de possseer su belleza; porque he llevado la mira à su honra, y opinion, como lo han dicho mis recatos; yo señora soy algo escrupuloso, y harè cargo de conciencia en que v. m. viuda de ante ayer, se case oy; aguarde v. m. si quiera otro año à su negro malogrado, que à su tiempo se tratarà de lo que vuessa merced dice: cuya vida guarde el Cielo.

Pensò Doña Beatriz perder con este papel su juicio, mas viendo que D. Fadrique era ido, dio el si à un Cavallero que le ha-

Digitized by Google

havian propuesto, remediando con el marido, la falta del muerto amante. Por sus jornadas contadas (como dicen) llegò D. Fadrique à Madrid, y fuesse à posar à los barrillos del Carmen, en casa de un tio suyo, que tenia alli casas proprias. Era este Cavallero rico, y tenia para heredero de su hacienda un solo hijo, llamado D. Juan, gallardo mozo, y demàs de su talle, discreto, y muy afable. Teniale su padre despossado con una prima suya muy rica, aunque el matrimonio se dilataba hasta que la novia tuviesse edad, porque la que en este tiempo alcanzaba, era diez años. Con este Cavallero tomò D. Fadrique tanta amistad, que passaba el amor del parentesco, que en pocos dias se trataban como hermanos. Andaba D. Juan muy melancolico, en lo qual reparando D. Fadrique, despues de haverle obligado con darle cuenta de su vida, y sucessos, sin nombrar partes, por parecerle, que no es verdadera amistad la que tenia reservado algun secreto à su amigo, le rogò le dixesse de que procedia aquella tristeza. Don Juan que no deseaba otra cosa por sentir menos su mal comunicandole, le respondiò: Amigo Don Fadrique, yo amo tiernamente una Dama de esta Corte, à la qual dexaron sus padres mucha hacienda con obligacion de que se casasse con un primo suyo, que està en Indias. No ha llegado nuestro honesto amor à mas que una conversa, reservando el premio dèl, para quando venga su esposo, porque agora, ni su estado, ni el mio dàn lugar à mas amorosas travessuras; pues aunque no gozo de mi esposa, me sirve de cadena para no disponer de mi. Deciros su hermosura, serà querer cifrar la misma belleza à breve suma; pues su entendimiento es tal, que en letras humanas no hay quien la aventaje: Finalmente, Doña Ana (que este es su nombre) es el milagro de esta edad, porque èlla, y Doña Violante su prima son las Sibilas de España, entrambas bellas, discretas, musicas, y poetas. En fin en las dos se halla lo que en razon de belleza, y discrecion està repartido en todas las mugeres. Hanle dicho à Doña Ana, que yo galanteo una Dama, cuyo nombre es Nise, porque el Domingo passado me vieron hablar con ella en San Ginès, donde acude. En fin, muy zelosa me dixo ayer, que me estuviesse en mi casa, y no bolviesse à la suya. Porque sabe que me abraso de zelos, quando nombra à su esposo, me dixo enojada, que en solo èl adora, y que le espera con mucho gusto, y cuydado. Escrivile sobre esto un papel, y en su respuesta me embiò otro, que es este, porque en hacer versos es tan estremada, como en

Digitized by Google

lo demàs. Esto dixo, sacando un papel, el qual tomandole D. Fadrique, viò que era de versos, à que naturalmente era aficionada, y que decia assi:

Tus sinrazones, Lisado,
son tantas, que ya me fuerza
mi agravio à darte la culpa,
y quedarme con la pena.
Mas no me quiero poner
con tu ingratitud en cuentas,
porque siempre los ingratos
ceros por numeros dexan.
Preside apetito solo,
(Lisardo) y es bien que tema,
que cuentas de obligaciones,
à todas horas la niega.
Y assi no quiero traherte
à la memora mis penas;
pues jamàs diste recibo
de cosa que tanto pesa.
Vayan al ayre suspiros,
pues lo son, y no se metan
en contar, pues no los llaman,
quantos sus millares sean.
Las lagrimas à la mar,
los cuydados à mis quexas,
y mi aficion à tu yelo,
para que quede sin fuerza.
Decir Lisardo, que ya,
por entretener ausencias,
esfuerzo mi voluntad,
engañante tus quimeras.
Si quisiera entretenerme,
pastores tiene el aldea,
que aunque les doy disfavores,
mis pobres partes celebran.
En quien pudiera escoger
alguno que me tuviera
con amor entretenida,
y con interès contenta?
Y tu, Lisardo, aunque alcanzas
favores que otros desean,
tan solo no los estimas,
sino que ya los desprecias.
Lisardo, creyera yo
que de muger de mis prendas,
con solo un mirar suave,
favor, y premio te diera.
Mas como siempre quisiste
ser ingrato à mis finezas,
ni estimas mi voluntad,
ni con la tuya me premias.
Que no sabes que es amor
tengo por cosa muy cierta;
no bas entrado en los principios,
y ya los fines deseas.
Lo que da lugar mi estado
te favorezco, no quieras
que me alargue à mas, si el tuyo
tiene à mi gusto la rienda.
Ya temes que el Mayoral,
que ha de ser mi dueño, venga,
si tu remedio aborreces,
Lisardo, de què te quexas?
Pides salud, y si aplico
el remedio, desesperas;
esso es querer que te sangren,
sin que te rompan la vena.
Lo cierto es que ya Lisardo
te mata nueva nobleza,
y haces mi amor achacoso,
ya lo entiendo, no soy necia.
Maldiga Lisardo, el Cielo,
à quien con gracias agenas
à lo que adora, enamora,
tal como à mi le suceda.
Canta el Musico en la calle,
hace versos el Poeta,

apas-

Digitized by Google

apassionaſe la Dama,
y olvida al que la requiebra.
Ya conozco tus engaños,
ya conozco tus cautelas,
mas pues yo te alabè à Niſe,
què mucho que tu la quieras?
Goces, ingrato Liſardo,
mil años de ſu belleza,
tantos favores te rinda,
como à mi me matan penas.
Bebe ſus dulces engaños,
los mios amargos dexa,
que yo al tiempo de mi fee
pienſo colgar la cadena.
Deſde alli eſtarè mirando,
como al que mira al que juega,
el trayne en que aventuras,
tu verdad, y tu cautela.
No me quexo de eſte agravio,
Liſardo, porque mis quexas
no te bolverán amante,
y es darte venganza en ellas.
Tu eſtàs muy bien empleado,
porque ſus tinadas hebras
es evano en que ſe engaſta
ſu hermoſura, y ſus finezas.
Sus ojos, negros luceros,
en cuyas niñas traveſſas,
hallar à tu guerra paz,
y bonanza tu tormenta.
Tu veſtiràs ſus colores,
con que ſaldràs, aunque negras,
mas galan, que con las mias,
pues con guſto las deſprecias.
Podràs tomar por devoto,
para alivio de tus penas,
al glorioſo San Ginès,
que es de tu Niſe la Igleſia.
Con eſto pida al amor,
de tu inconſtancia ſe duela
Dios te guarde. De mi caſa,
la que tu guſto deſea.

No hay mucho que temer à eſte enemigo (dixo acabando de leer el papel, D. Fadrique) porque à la mueſtra; mas rendida eſtà que furioſa. La muger eſcrive bien, y ſi como decis, es tan hermoſa, haceis mal en no conſervar ſu amor, haſta coger el premio dèl. Eſte es (reſpondiò Don Juan) una tilde, una nada, conforme à lo que hay en belleza, y diſcrecion, porque ha ſido muchas veces llamada la Sibila Eſpañola. Por Dios primo (replicò D. Fadrique) que temo à las mugeres que ſon tan ſabias, mas que à la muerte, que quiſiera hallar una que ignoràra las coſas del Mundo, al paſſo que èſta las comprehende, y ſi la hallàra, vive Dios que me havia de emplear en ſervirla, y amarla. Lo decis de veras, dixo D. Juan, porque no sè que hombre apetece una muger necia, no ſolo para aficionarſe, mas para comunicarla un quarto de hora; pues dicen los ſabios, que en el Mundo ſon mas celebradas, que el entendimiento es manjar del alma: pues mientras los ojos ſe ceban en la blancura, en las bellas manos, en los lindos ojos, y en la gallardìa del cuerpo; y finalmente en todo aquello digno de ſer amado en la Dama, no es razon que el alma, no ſolo eſtè de valde, ſino que no ſe mantenga de coſas tan pe-

Digitized by Google

ſadas, y enfadoſas, como las necedades; pues ſiendo el alma tan pura criatura, no la hemos de dar manjares groſſeros. Aora dexemos eſta diſputa, dixo D. Fadrique, que en eſſo hay mucho que decir, que yo sè lo que en eſte caſo me conviene; y reſpondamos à Daña Ana, aunque mejor reſpueſta era ir à verla, pues no la hay mas tierna, y de mas ſentimiento que la miſma perſona, y mas que deſeo ver ſi me hace ſangre ſu prima, para entretenerme con ella el tiempo que he de eſtar en Madrid. Vamos allà, dixo D. Juan, que ſi os he de confeſſar verdad, por Dios que lo deſeo; mas advertid que Doña Violante no es necia, y ſi es què por eſta parte os deſagradan las mugeres, no teneis que ir allà. Acomodarème con el tiempo, reſpondiò D. Fadrique. Con eſto, de conformidad ſe fueron à ver las hermoſas primas, de las quales fueron recibidos con mucho guſto, ſi bien Doña Ana eſtaba como zeloſa, zahareña, aunque tuvo muy poco que hacer D. Juan en quitarle el ceño. Viò D. Fadrique à Doña Violante, y pareciendole una de las mas hermoſiſſimas Damas que haſta entonces havia viſto, aunque entraſſen en ellas Serafina, y Doña Beatriz. Eſtabaſe retratando, (curioſidad uſada en la Corte) y para eſta ocaſion eſtaba tan bien aderezada, que parece que de propoſito para rendir à D. Fadrique ſe havia veſtido con tanta curioſidad, y riqueza. Tenia pueſta una ſaya entera negra, quaxada de lentejuelas, y botones de oro, cintura, y collar de diamantes, y un apretador de rubies. A cuyo aſſumpto, deſpues de muchas corteſias, tomando D. Fadrique una guirarra, cantò eſte Romance.

Zagala, cuya hermoſura
mata, enamora, y alegra,
ſiendo del Cielo milagro,
y gloria de nueſtra aldea.
Què pincel havrà tan ſabio,
ſupueſto que Apeles ſea,
el que le govierna, y rige,
para imitar tu belleza?
Què rayos, aunque el Sol
nos dè los de ſu madexa,
que igualen à la hermoſura
de eſſas tus caſtañas trenzas?
Què luces à los que miro
en eſſas claras eſtrellas;
viſlumbres, que à los diamantes
eclypſan ſus luces bellas?
Què azucenas à tu frente,
què arcos de amor à tus cejas,
de viras à tus peſtañas,
à tu viſta què ſaetas?
Què roſas Alexandrinas
à tus mexillas, pues quedan
à ſu encarnado vencidas,
à ſu hermoſura ſujetas?
Què rubies con eſſos labios,
ſin duda Zagala que eran
con los fines de tu boca,
falſos los de tu cabeza?

Tus

Digitized by Google

Tus palabras son claveles,
y tus blancos dientes perlas,
de las que llorando el Alva,
borda los campos con ellas.
Cristal, tu hermosa garganta,
coluna en que se sustenta
un Cielo donde amor vive,
si como Dios se aposenta.
Què nieve iguala à essas manos,
en cuyas nevadas sierras,
los atrevidos se pierden,
quando passarlas intentan?
De lo que encubre el vestido,
Zagala hermosa, quisiere
decir muchas alabanzas,
mas no se atreve mi lengua.
Que si qual otra Capaspe,
mostrais tan divinas prendas;
ay de Apeles que os mira,
y sin esperanza de ellas.
Decid Zagala al Apeles,
cuyos pinceles se emplean
en trasladar de esse Cielo,
vuestra hermosura à la tierra.
Què èl, y yo seremos cortos,
pincel, y plumas se quedan
sin saber sacar la estampa,
que al natural se parezca.
Pues el molde en que os formò
la sabia naturaleza,
ya el Mundo no lo possee,
porque otra qual vos no tenga.
Diamantes, oro, cristal,
luceros, rosas, azucenas,
Cielos, estrellas, rubies,
claveles, jazmines, perlas.
Todo en vuestra presencia
pierde el valor,
y sin belleza queda.
Què pincèl, ni què pluma,
baràn de tal belleza
breve suma?

Encarecieron Doña Ana, y su prima, la voz, y los versos de D. Fadrique; y mas Doña Violante, que como se sintiò alabar, empezò à mirar al Granadino, dexando desde esta tarde empezado el juego en la mesa de Cupido, y D. Fadrique tan aficionado, y perdìdo, que por entonces no siguiò la opinion de aborrecer las discretas, y temerlas astutas, porque otro dia, antes de ir con Don Juan à la casa de las bellas primas, embiò à Doña Ana este papel.

Por cuerda os tiene amor en su instrumento
bella, y divina prima; y tanto estima
vuestro suave sòn, que ya de prima
os levanta à tercera, y muda intẽto.
Discreto fuè de amor el pensamiento,
y con vuestro valor tanto se anìma,
q̃ siendo prima, quiere q̃ se imprima
en vuestro sèr tan soberano acento.
Baxar à prima suele una tercera,
mas siẽdo prima, el ser tercera es cosa
divina, nueva, milagrosa, y rara;
Y digo, que si Orfeo mereciera
hacer con vos su musica divina,
à los que adormecia, enamoràra.
Mas pluma mia pàra,
que de esta prima bella,
amor que lo possee canta de ella.
Lo que yo le suplico
es, que siendo tercera,
diga à su bella prima, q̃ me quiera.

La respuesta que Doña Ana diò à Don Fadrique, fuè decirle,

Digitized by Google

que en esso tenia ella muy poco que hacer, porque Doña Violante estaba muy aficionada à su valor. Con esto quedò tan contento, que ya estaba olvidado de los sucessos de Serafina, y Beatriz. Passaronse muchos dias en esta voluntad, sin estenderse à mas los atrevimientos amorosos, que à solo aquello que sin riesgo del honor se podia gozar, teniendo estos impedimentos tan enamorado à Don Fadrique, que casi estaba determinado à casarse, aunque Violante jamàs tratò nada acerca de esto, porque verdaderamente aborrecia el casarse, temerosa de perder la libertad que entonces gozaba. Sucediò, pues, que un dia estandose vistiendo los dos primos, para ir à ver las dos primas, fueron avisados por un recado de sus Damas, como su esposo de Doña Ana era venido tan de secreto, que no havian sido avisadas de su venida, y que esta accion las tenia tan espantadas, creyendo èlla, que no sin causa venia assi, sino que le havia obligado algun temeroso designio, que era fuerza, hasta assegurarse, vivir con recato, que le suplicaban, que armandose de paciencia, como èllas hacian, no solo las visitassen, mas que escusassen el passar por la calle, hasta tener otro aviso. Nueva fuè esta para èllos pesadissima, y que la recibieron con muestras de mucho sentimiento, y mas quando supieron dentro de quatro dias como se havia desposado Doña Ana, poniendo el dueño tanta clausura, y recato en la casa, que ni à la ventana era possible verlas, ni èllas embiaron à decirles mas palabra, ni aun à saber de su salud. Doña Ana, por la ocupacion de su esposo, y Doña Violante, por lo que se dirà à su tiempo. Aguardando nuevo aviso, con impacientes ansias, y penosos pensamientos, passaron D. Juan, y D. Fadrique un mes, bien desesperados; y viendo que no havia memoria de su pena, se determinaron à todo riesgo, à passear la calle, y procurar ver à sus Damas, ò alguna criada de su casa. Anduvieron en fin un dia, y otro, en los quales vian entrar à su marido de Doña Ana en su casa, y con èl un hermano suyo estudiante, mozo, y muy galan: mas no fuè possible verlas, ni à èllas, ni aun una sombra que pareciesse muger: algunos criados sì; mas como no eran conocidos, no se atrevian à decirles nada. Con estas ansias madrugaban, y trasnochaban, y un Domingo muy de mañana, fuè su ventura tal, que vieron salir una criada de Doña Violante, que iba à Missa, à la qual D. Juan llegò à hablar, y èlla con mil temores, mirando à una parte, y à otra, despues de haverles contado el recato con que vivian, y la zelosa condicion de su Señor, tomando un

Digitized by Google

un papel que Don Juan llevaba escrito, para quando hallasse alguna ocasion, se fuè con la mayor priessa del Mundo: solo les dixo, que anduviessen por alli otro dia, que èlla procuraria la respuesta. Ella le llevò à su Señora, y leido decia assi:

Mas siento el olvido, que los zelos, porque ellos son mal sin remedio, y èl le pudiera tener: si dura la voluntad: la mia pide misericordia, si hay alguna centella del passado fuego usese de ella en caso tan cruel.

Leìdo el papel por las Damas, dieron la respuesta à la misma criada, que como viò à los Cavalleros se le arrojò por la ventana; y abierto, decia estas palabras:

El dueño es zeloso, y recien casado, tanto, que aun no ha tenido lugar de arrepentirse, ni descuydarse. Mas èl ha de ir dentro de ocho dias à Valladolid à ver unos deudos suyos, entonces pagarè deudas, y darè disculpas.

Con este papel, à quien los dos primos dieron mil besos, haciendole mil devotas recomendaciones, como si fuera Oraculo, se entretuvieron algunos dias, mas viendo que, ni les avisaba de lo que èl le prometia, ni havia mas novedad que hasta alli en casa de sus Señoras, porque, ni en la calle, ni en la ventana erà possible verlas: tan desesperados como antes de haverle recibido, empezaron à rondar de dia, y de noche. Pues un dia, que acertò D. Juan à entrar en la Iglesia del Carmen à oìr Missa, viò entrar à su querida Doña Ana, (vista para èl harto milagrosa) y como viesse que se entrò en una Capilla à oìr Missa, la fuè siguiendo los passos, y à pesar de un escudero que la acompañaba, se arrodillò à su mismo lado, y despues de passar entre los dos largas quexas, y breves disculpas, conforme lo que da lugar la parte donde estaban, le respondiò Doña Ana, que su marido, aunque decia que se havia de ir à Valladolid, no lo havia hecho, mas que èlla no hallaba otro remedio para hablarle un rato de espacio, sino era que aquella noche viniesse, que le abriria la puerta, mas que havia de venir con èl su primo Don Fadrique, èl qual se havia de acostar con su esposo, en su lugar, y que para esto hacia mucho al caso el estar enojado con èl, tanto, que havia muchos dias, que no le hablaba: y que demàs de que el sueño se apoderaba bastantemente de èl era tanto el enojo, que sabìa muy cierto que no echaria de ver la burla: y que aunque su prima pudiera suplir la falta, era imposible, respeto de que estaba enferma, y que si no era de esta suerte, que no hallaba modo de satisfacer sus deseos. Quedò con esto Don Juan mas confuso que jamàs, por una parte via lo que per-

Digitized by Google

perdia, y por otra temia que Don Fadrique no havia de querer venir en tal concierto. Fuèse con esto à su casa, y despues de largas peticiones, y encarecimientos, le contò lo que Doña Ana le havia dicho. A lo qual Don Fadrique le respondiò, que si estaba loco, porque no podia creer que si tuviera juicio, dixera tal disparate. Y en estas demandas, y respuestas, suplicando el uno, y escusandose el otro, passaron algunas horas: mas viendole D. Fadrique tan rematado que sacò la espada para matarle, bien contra su voluntad, concediò con èl, en ocupar el lugar de Doña Ana, al lado de su esposo; y assi se fueron juntos à su casa, y como llegassen à ella, la Dama que estaba con cuydado, conociendo de su venida, que D. Fadrique havia acetado el partido, les mandò abrir, y entrando en fin en una sala, antes de llegar à la quadra donde estaba la cama, mandò Doña Ana desnudar à D. Fadrique, y obedecida de mal talante, descalso, y en camisa, estando todo sin luz, se entrò en la quadra, y poniendole junto à la cama, le dixo passo, que se acostasse, y en dexandole alli, muy alegre se fuè con su amante à otra quadra. Dexemosla, y vamos à D. Fadrique, que assi como se viò acostado al lado de un hombre, cuyo honor estaba ofendiendo èl, con suplir la falta de su esposa, y su primo gozandola; considerando lo que podia suceder, estaba tan temeroso, y desvelado, que diera quanto le pidieran por no haverse puesto en tal estado: y mas quando suspirando entre sueños, el ofendido marido, diò buelta àcia donde creyò que estaba su esposa, y echandole un brazo al cuello, diò muestras de querer llegarse à èlla: si bien, como esta accion la hacia dormido, no prosiguiò adelante: mas D. Fadrique, que se viò en tanto peligro, tomò muy passo el brazo del dormido, y quitandole de sì, se retirò à la esquina de la cama, no culpando à otro que à sì, de haverse puesto en tal ocasion, por solo el vano antojo de dos amantes locos. Apenas se viò libre de esto, quando el engañado marido, estendiendo los pies, los fuè à juntar con los del temeroso compañero, siendo para èl cada accion de estas, la muerte. En fin el uno procurando llegarse, y apartarse el otro, se passò la noche, hasta que ya la luz empezò à mostrarse por los resquicios de las puertas, poniendole en cuydado el ver que en vano havia de ser lo padecido, si acababa de amanecer antes que Doña Ana viniesse: pues considerando, que no le iba en salir de alli menos que la vida, se levantò lo mas presto que pudo, y se fuè atentando haf-

Digitized by Google

hasta dar con la puerta, que como llegasse à intentar abrirla, encontrò con Doña Ana, que à este punto la abria, y como le viò, con voz alta, le dixo donde vais tan aprieſſa, señor Don Fadrique? Ay señora (respondiò con la voz baxa) como os haveis descuydado tanto, sabiendo mi peligro? Dexadme salir por Dios, que si despierta vuestro dueño, no lo librarèmos bien. Como salir? (Replicò la astuta Dama) por Dios que ha de ver mi marido con quien ha dormido esta noche, para que vea en que han parado sus zelos, y sus cuydados. Y diciendo esto, sin poder Don Fadrique estorvarlo, respecto de su turbacion, y ser la quadra pequeña, se llegò à la cama, y abriendo una ventana, tirò à las cortinas, diciendo: Mirad, señor marido, con quien haveis passado la noche. Puso D. Fadrique los ojos en èl señor de la cama, y en lugar de ver al esposo de Doña Ana, viò à su hermosiſſima Violante, porque su marido de Doña Ana ya caminaba mas havia de seis dias. Parecia la hermosa Dama al Alva, quando sale alegrando los campos. Quedò con la burla de las hermosas primas, tan corrido Don Fadrique, que no hablaba palabra, ni la hallaba à proposito, viendolas à èllas celebrar con risa el suceſſo, contando Violante el cuydado con que le havia hecho estar. Mas como el Granadino se cobrasse de su turbacion, dandoles lugar Doña Ana, cogiò el fruto que havia sembrado, gozando con su Dama muy regalada vida, no solo estando ausente el marido de Doña Ana, sino despues de venido, que por medio de una criada, entraba à verse con èlla, con harta embidia de Don Juan, que como no podia gozar de Doña Ana, se pesaba de las dichas de su primo. Passados algunos meses, que D. Fadrique gozaba de su Dama con las mayores mueſtras de amor que pensar se puede, tanto, que se determinò à hacerla su esposa, si viera en èlla voluntad de casarse: mas tratando de mudar estado, lo atajaba con mil forzosas escusas. Al cabo de este tiempo, quando con mas descuydo estaba D. Fadrique de tal suceſſo, empezò Violante à aflojar en su amor, tanto que escusaba lo mas que podia el verle: y èl zeloso, dando la culpa à nuevo empleo, se hacia mas enfadoso, y desesperado de verse caìdo de su dicha, quando mas en la cumbre de ella estaba; cohechò con regalos, y acariciò con promesas una criada, y supo, lo que diera algo por no saberlo, porque la traydora, le dixo, que se fingiesse malo, y que diesse à entender à su señora, que estaba en la cama, porque descuydada de su venida, no estuviesse apercebida,

Digitized by Google

cebida, como otras noches, y que viniesse aquella noche, que èlla dexaria la puerta abierta. Podia hacerse esso con facilidad, respeto que Violante desde que se casò su prima, posaba en un quarto apartado, donde estaba sin intervenir con Doña Ana, ni con su marido; cuya condicion llevaba mal Doña Violante, que ya enseñada à su libertad, no queria tener à quien guardar decoro, si bien tenia puerta por donde se correspondia con ellos, y comia muchas veces, obligando su agrado à desear su esposo de Doña Ana su conversacion. Salióle à peso el fingimiento à D. Fadrique, que por Violante lo creyò, y dando lugar à lo que le estorvava el no darse à D. Fadrique, el que siempre havia tenido, se recogiò mas temprano que otras veces. Es el caso, que el hermano del marido de Doña Aña, como todo lo demàs del tiempo assistia con èl, y su cuñada, se aficionò de Doña Violante, èlla obligada de la voluntad de Don Fadrique, no havia dado lugar à su deseo: mas ya, ò cansada de èl, ò satisfecha de las joyas, y regalos de su nuevo amante, diò al traves con las obligaciones del antiguo, cuyo nuevo entretenimiento fuè causa, para que le privasse de todo punto de su gloria, no dando lugar à los deseos, y afectos de D. Fadrique; pues esta noche, que le pareciò, que por su indisposicion estaba segura, avisò à su amante, y èl vino al punto à gozar de la ocasion. Pues como D. Fadrique hallasse la puerta abierta, y no le sufriesse el corazon esperar, oyendo hablar, llegò à la de la sala, y entrando hallò à la Dama ya acostada, y al mozo que se estaba descalzando para hacer lo mismo. No pudo en este punto la colera de D. Fadrique ser tan cuerda, que no le obligasse à entrar con determinacion de molerle à palos, por no ensuciar la espada en un mozuelo de tan pocos años; mas el amante que yiò entrar aquel hombre tan determinado, y se viò desnudo, y sin espada, le baxò al suelo, y tomando un zapato, le encubriò en la mano, como que fuesse un pistolete, y diciendole que si no se tenia afuera, le mataria, cobrò la puerta, y en poco espacio la calle, dexando à Don Fadrique temeroso de su accion. Pues como Violante, ya resuelta à perder de todo punto la amistad de D. Fadrique, le viesse quedar como elado, mirando à la puerta por donde havia salido su competidor, empezò à reir muy de proposito la burla del zapato. De esto mas ofendido el Granadino, que de lo demàs, no pudo la passion dexar de darle atrevimiento, y llegandose à Violante la diò de bofetadas, que la bañò en sangre, y èlla perdida de enojo,

Digitized by Google

jo, le dixo, que se fuesse con Dios, que llamaria à su cuñado, y le haria que le costasse caro. El que no reparaba en amenazas, prosiguiò en su determinada colera, asiendola de los cabellos, y trayendola à mal traher, tanto que la obligò à dar gritos, à los quales Doña Ana, y su esposo se levantaron, y vinieron à la puerta, que passaba à su posada. Don Fadrique, temeroso de ser descubierto, se saliò de aquella casa, y llegando à la de D. Juan que era tambien la suya, le contò todo lo que havia passado, y ordenò su partida para el Reyno de Sicilia, donde supo que iba el Duque de Ossuna à ser Virrey, y acomodandose con èl para este passage, se partiò dentro de quatro dias, dexando à Don Juan muy triste, y pesaroso de lo sucedido. Llegò D. Fadrique à Napoles, y aunque saliò de España con animo de ir à Sicilia, la belleza de esta Ciudad le hizo que quedasse en ella algun tiempo, donde le sucedieron varios, y diversos casos, con los quales confirmaba la opinion de todas las mugeres que daban en discretas, destruyendo con sus astucias la opinion de los hombres. En Napoles tuvo una Dama, que todas las veces que entraba su marido, le hacia parecer una arteza arrimada à una pared. De Napoles passò à Roma, donde tuvo amistad con otra, que por su causa matò à su marido una noche, y le llevò acuestas metido en un costal à echarle en el rio. En estas, y otras cosas gastò muchos años, haviendo passado diez y seis que saliò de su tierra: pues como se hallasse cansado de caminar, y falto de dineros, pues apenas tenia los bastantes para bolver à España, lo puso por obra: y como desembarcasse en Barcelona, despues de haver descansado algunos dias, y hecho cuenta con su bolsa, comprò una mula para llegar à Granada, en que partiò una mañana solo, por no haver ya possibilidad para criado. Poco mas havria caminado de quatro leguas, quando passando por un hermoso Lugar, de quien era señor un Duque Catalàn, casado con una Dama Valenciana, el qual por ahorrar gastos, estaba retirado en su tierra. Al tiempo que Don Fadrique passò por este Lugar, llevando proposito de festear, y comer en otro que estaba mas adelante, estaba la Duquesa en un balcon, y como viesse aquel Cavallero caminante, passar algo de priessa, y reparasse en el ayroso talle, llamò un criado, y le mandò que fuesse tràs èl, y de su parte le llamasse. Pues como à D. Fadrique le diessen este recaudo, y siempre se preciasse de cortès, y mas con las Damas, subiò à ver que le mandaba la hermosa Duquesa; èlla le hizo sentar, y preguntò con mucho agrado, de don-

Digitized by Google

donde era, y por què caminaba tan apriessa; encareciendo el gusto que tendria en saberlo, porque desde que le havia visto, se havia inclinado à amarle, y assi estaba determinada que fuesse su combidado, porque el Duque estaba en caza. Don Fadrique, que no era nada corto, despues de agradecerle la merced que le hacia, le contò quien era, y lo que le havia sucedido en Granada, Sevilla, Madrid, Napoles, y Roma, con los demàs sucessos de su vida, feneciendo la platica con decir, que la falta de dinero, y cansado de ver tierras, le bolvia à la suya, con proposito de casarse, si hallasse muger à su gusto. Como ha de ser (dixo la Duquesa) la que ha de ser de vuestro gusto? Señora (dixo D. Fadrique) tengo mas que medianamente lo que he menester para passar la vida, y assi quando la muger que huviera de ser mia, no fuere muy rica, no me darà cuydado, como sea hermosa, y bien nacida: lo que mas me agrada en las mugeres, es la virtud, essa procuro, que los bienes de fortuna, Dios los da, y los quita. Al fin (dixo la Duquesa) si hallassedes muger noble, hermosa, virtuosa, y discreta, presto rindierades el cuello al amable yugo del matrimonio? Yo os prometo señora (dixo Don Fadrique) que por lo que he visto, y à mi me ha sucedido, vengo tan escarmentado de las astucias de las mugeres discretas, que de mejor gana me dexarè vencer de una muger necia, aunque sea fea, que no de las demàs partes que decis. Si ha de ser discreta una muger, no ha menester saber mas que amar à su marido, guardarle su honor, y criarle sus hijos, sin meterse en mas bachillerias. Y como (dixo la Duquesa) sabrà ser honrada la que no sabe en què consiste el serlo? No advertis, que el necio peca, y no sabe en què, y siendo discreta sabrà guardarse de las ocasiones? Mala opinion es la vuestra, que à toda ley una muger bien entendida, es gusto para no olvidarse jamàs, y alguna vez os acordarèis de mi. Mas dexando esto aparte, yo estoy tan aficionada à vuestro talle, y entendimiento, que he de hacer por vos lo que jamàs creì de mi, y diciendo esto, se entrò con èl à su camara, donde por mas recato quiso comer con su huesped, de lo qual estaba èl tan admirado, que ninguno de los sucessos que havia tenido le espantaba tanto. Despues de haver comido, y jugado un rato, combidandoles la soledad, y el tiempo caluroso, passaron con mucho gusto la fiesta, tan enamorado Don Fadrique de las gracias, y hermosura de la Duquesa, que ya se quedàra de assiento en aquel lugar, si fuera cosa que sin escandalo lo pudiera hacer. Ya empezaba la noche à tender su manto so-

Digitized by Google

sobre las gentes, quando llegò una criada, y le dixo: como el Duque era venido. No tuvo la Duquesa otro remedio, sino abrir un escaparate dorado, que estaba en la misma quadra, en que se conservan las aguas de olor, y entrarle dentro, y cerrando despues con la llave, èlla se recostò sobre la cama. Entrò el Duque, que era hombre de mas de cinquenta años, y como la viò en la cama, la preguntò la causa. A lo qual la hermosa Dama respondiò, que no havia otra, mas de haver querido passar la calurosa siesta con mas silencio, y reposo. Venia el Duque con alientos de cenar, y diciendoselo à la Duquesa, pidieron que les traxessen la vianda alli donde estaban, y despues de haver cenado con mucho espacio, y gusto, la astuta Duquesa, deseosa de hacerle una burla à su concertado amante, le dixo al Duque, si se atrevia à decirle quantas cosas se hacian del hierro, y respondiendo que si: finalmente entre la porfia del si, y no, apostaron entre los dos cien escudos, y tomando el Duque la pluma, empezò à escrivir todas quantas cosas se pueden hacer del hierro; y fuè su ventura de la Duquesa tan buena, para lograr su deseo, que jamàs el Duque se acordò de las llaves. La Duquesa que viò este descuydo, y que el Duque, aunque èlla le decia mirasse si havia mas, se afirmaba no hacerse mas cosas. Logrò en esto su esperanza, y poniendo la mano sobre el papel, le dixo: Aora señor miētras se os acuerda si hay mas que decir, os he de contar un cuento, el mas donoso que havreis oido en vuestra vida. Estando oy en essa ventana, passò un Cavallero forastero, el mas galan que mis ojos vieron, el qual iba tan de priessa, que me diò deseo de hablarle, y saber la causa: llamèle, y venido, le preguntè quien era, dixome que era Granadino, y que saliò de su tierra para un sucesso, que es este; y contòle quanto Don Fadrique le havia dicho, y lo que le havia passado en las tierras que havia estado, feneciendo la platica con decirme, que se iba à casar à su tierra, si hallasse una muger boba, porque venia escarmentado de las discretas. Yo despues de haverle persuadido à dexar tal proposito, y èl dadome bastantes causas para disculpar su opinion: pardiez, señor, que comiò conmigo, y durmiò la siesta, y como me entraron à decir que veniades, le metì en esse caxon, en que se ponen las aguas destiladas. Alborotòse el Duque empezando à pedir apriessa las llaves. A lo que respondiò la Duquesa con mucha risa: Passo, señor, passo, que essas son las que se os olvidan de decir que se hacen del hierro, que lo demàs fuera ignorancia vuestra creer que havia de haver hom-

hombre que tales ſuceſſos le huvieſſen paſſado, ni muger que tal dixeſſe à ſu marido. El cuento ha ſido porque os acordeis, y aſſi pues haveis perdido, dadme luego el dinero, que en verdad que lo he de emplear en una gala, para que lo que os ha coſtado tanto ſuſto, y à mi tal artificio, juzgueis como es razon. Hay tal coſa (reſpondiò el Duque) demonios fois; miren por què modo me ha advertido en mi olvido, yo me doy por vencido. Y bolviendo al Teſorero, que eſtaba delante, le mandò que dieſſe luego à la Duqueſa los cien eſcudos. Con eſto ſe ſaliò fuera à recibir algunos de ſus vaſſallos, que venian à verle, y ſaber como le havia ido en la caza. Entonces la Duqueſa, ſacando à Don Fadrique de ſu encerramiento, que eſtaba temblando la temeraria locura de la Duqueſa, le diò los cien ducados ganados, y otros ciento ſuyos, y una cadena con un retrato ſuyo, y abrazandole, y pidiendole la eſcrivieſſe, le mandò ſacar por una puerta falſa, que quando D. Fadrique ſe viò en la calle, no acababa de hacerſe cruces de tal ſuceſſo. No quiſo quedar aquella noche en el Lugar, ſino paſſar à otro, dos leguas mas adelante, donde havia determinado ir à comer, ſi no le huviera ſucedido lo que ſe ha dicho. Iba por el camino admirando la aſtucia, y temeridad de la Duqueſa, con la llaneza, y buena condicion del Duque, y decia entre sì: Bien digo yo, que à las mugeres el ſaber las daña. Si eſta no ſe fiàra en ſu entendimiento, no ſe atreviera à agraviar à ſu marido, ni à decirſelo: yo me librarè de eſto ſi puedo, ò no caſandome, ò buſcando una muger tan inocente, que no ſepa amar, ni aborrecer. Con eſtos penſamientos entretuvo el camino haſta Madrid, donde viò à ſu primo Don Juan ya heredero, por muerte de ſu padre, y caſado con ſu prima, de quien ſupo como Violante ſe havia caſado, y Doña Ana idoſe con ſu marido à las Indias. De Madrid partiò à Granada, en la qual fuè recibido como hijo, y no de los menos iluſtres de èlla. Fuèſe en caſa de ſu tia, de la qual fuè recibido con mil caricias; ſupo todo lo ſucedido en ſu auſencia, la Religion de Serafina, ſu penitente vida, tanto que todos la tenian por una ſanta: la muerte de Don Vicente, de melancolia de verla Religioſa, arrepentido del deſamor que con èlla tuvo, debiendole la prenda mejor de ſu honor. Havia procurado ſacarla del Convento, y caſarſe con èlla: y viſto que Serafina ſe determinò à no hacerlo, en cinco dias ayudado de un tabardillo, havia pagado con la vida ſu ingratitud. Y ſabiendo que Doña Gracia, la niña que dexò en guarda à ſu tia, eſtaba en un Convento antes que tu-

Digitized by Google

tuviera quatro años, y que tenia entonces diez y seis, la fuè à ver otro dia acompañando à su tia, donde en Doña Gracia hallò la imagen de un Angel, tanta era su hermosura, y al peso de èlla su inocencia, y simplicidad, tanto que parecia figura hermosa, mas sin alma. Y en fin, en su platica, y descuydo conociò D. Fadrique haver hallado el mismo sugeto que buscaba, aficionado en estremo de la hermosa Gracia, y mas por parecerse mucho à Serafina su madre. Diò parte de ello à su tia, la qual desengañada de que no era su hija, como havia pensado aprobò la eleccion. Tomò la hermosa Gracia esta ventura como quien no sabia que era gusto, bien, ni mal, porque naturalmente era boba, è ignorante, lo qual era agravio de su mucha belleza, siendo esto lo mismo que deseaba su esposo. Diò orden D. Fadrique en sus bodas, sacando galas, y joyas à la novia, y acomodando para su vivienda la casa de sus padres, herencia de su mayorazgo, porque no queria que su esposa viviesse en la de su tia, sino de por sì, porque no se cultivasse su rudo ingenio. Recibiò las criadas à proposito, buscando las mas ignorantes, siendo este el tema de su opinion, que el mucho saber hacia caer à las mugeres en mil cosas; y para mi, èl no debia de ser muy cuerdo, pues tal sustentaba, aunque al principio de su historia dixe diferente, porque no sè que discreto puede apetecer à su contrario, mas à esto le puede disculpar el temor de su honra, que por sustentarla le obligaba à privarse de este gusto. Llegò el dia de la boda, saliò Gracia del Convento admirando los ojos su hermosura, y su simplicidad los sentidos. Solemnizòse la boda con muy grande banquete, y fiesta, hallandose en èlla todos los mayores señores de Granada, por merecerlo el dueño. Passò el dia, y despidiò D. Fadrique la gente, no quedando sino su familia, y quedando solo con Gracia, ya aliviada de sus joyas, y como dicen, en paños menores, y solo con un jubon, y un faldellin, y resuelto à hacer prueba de la ignorancia de su esposa, se entrò con èlla en la quadra donde estaba la cama, y sentandose sobre èlla, le pidiò le oyesse dos palabras, que fueron estas: Señora mia, ya sois mi muger, de lo que doy mil gracias al Cielo para mientras vivieremos, conviene que hagais lo que aora os dirè, y este estilo guardareis siempre: lo uno, porque no ofendais à Dios, y lo otro, para que no me deis disgusto. A esto respondiò Gracia con mucha humildad, que lo haria muy de voluntad. Sabeis (replicò D. Fadrique) la vida de los casados? Yo, señor, no la sè, (dixo gracia) decid-

Digitized by Google

mela vos, que yo la dependrè como el Ave Maria. Muy contento D. Fadrique de su simplicidad, sacò luego unas armas doradas, y poniendoselas sobre el jubon, como era peto, y espaldar, gola, y brazaletes, sin olvidarse de las manoplas, le diò una lanza, y le dixo; que la vida de los casados era, que mientras èl dormia, le havia èlla de velar passeandose por aquella sala. Quedò vestida de esta suerte tan hermosa, y dispuesta, que daba gusto verla, porque lo que no havia aprovechado en el entendimiento, lo hacia en el gallardo cuerpo, que parecia con el morrion sobre los ricos cabellos, y con espada ceñida, una imagen de la Diosa Palas. Armada como digo, la hermosa Dama, le mandò velarle mientras dormia, que lo hizo D. Fadrique con mucho reposo, acostandose con mucho gusto, y durmiò hasta las cinco de la mañana. Y à esta hora se levantò, y despues de estar vestido, tomò à Doña Gracia en sus brazos, y con muchas ternezas, la desnudò, y acostò, diciendola que durmiesse, y reposasse; y dando orden à las criadas no la despertassen hasta las once, se fuè à Missa, y luego à sus negocios, que no le faltaban, respeto de que havia comprado un oficio de Veintequatro. En esta vida passò mas de ocho dias, sin dar à entender à Gracia otra cosa, y èlla como inocente, entendia que todas las casadas hacian lo mismo. Acertò à este tiempo à suceder en el lugar algunas contiendas, para lo qual ordenò el Consejo, que D. Fadrique se partiesse por la posta, à hablar al Rey, no guardandole las leyes de recien casado la necessidad del negocio, por saber que como havia estado en la Corte, tenia en èlla muchos amigos. Finalmente no le diò este sucesso lugar para mas, que para llegar à su casa, vestirse de camino, y subiendo en la posta, decirle à su muger, que mirasse que la vida de los casados, la misma havia de ser en ausencia suya, que havia sido en presencia: èlla lo prometiò hacer assi: con lo qual D. Fadrique partiò muy contento. Y como à la Corte se và por poco, y se està mucho, le sucediò à èl de la misma suerte, deteniendose, no solo dias, sino meses, pues durò el negocio mas de seis. Prosiguiendo Doña Gracia su engaño, vino à Granada un Cavallero Cordovès, à tratar un pleyto à la Chancilleria, y andando por la Ciudad los ratos que tenia desocupados, viò en un balcon de su casa à Doña Gracia las mas tardes haciendo su labor, de cuya vista quedò tan pagado, que no hay mas que encarecer, mas de que cautivo de su belleza, la empezò à passear. Y la Dama, como ignorante de estas cosas, ni falia, ni

Digitized by Google

ni entraba en esta pretencion, como quien no sabia las leyes de la voluntad, y correspondencia: de cuyo descuydo sentido el Cordovès, andaba muy triste, las quales acciones viendo una vecina de Doña Gracia, conociò por ellas el amor que te tenia à la recien casada; y assi un dia le llamò, y sabiendo ser su sospecha verdadera, le prometiò solicitarla, que nunca faltan hoyos en que cayga la virtud. Fuè la muger à ver à Doña Gracia, y despues de haver encarecido su hermosura con mil alabanzas, la dixo como aquel Cavallero que passeaba su calle, la queria mucho, y deseaba servirla. Yo lo agradezco en verdad, dixo la Dama, mas aora tengo muchos criados, y hasta que se vaya alguno, no podrè cumplir su deseo, aunque si quiere que yo se lo escriva à mi marido, èl por darme gusto podrà ser que lo reciba. Que no señora, dixo la astuta tercera, conociendo su ignorancia, que este Cavallero es muy noble, tiene mucha hacienda, y no quiere le recibais por criado, sino serviros con èlla, si le quereis mandar que os embie alguna joya, ò regalo. Ay amiga! dixo entonces Daña Gracia, tengo yo tantas, que muchas veces no sè donde ponerlas. Pues si assi es, dixo la tercera, que no quereis que os embie nada, dadle por lo menos licencia, para que os visite, que lo desea mucho. Venga enhorabuena, dixo la boba señora quien se lo quita? Señora, replicò ella, no veis que los criados, si le ven venir de dia publicamente, lo tendràn à mal? Pues mirad, dixo Gracia, esta llave es de la puerta falsa del jardin, y ann de toda la casa, porque dicen que es maestra, y llevadla, y entre esta noche, y por una escalera de caracol que hay en èl, subir à la propria sala donde duermo. Acabò la muger de conocer su ignorancia, y assi no quiso mas batallar con èlla, sino tomando su llavè, se fuè à ganar las albricias, que fueron una rica cadena, y aquella noche D. Alvaro, que este era su nombre, entrò por el jardin, como le havian dicho, y subiendo por la escalera, assi como fuè à entrar en la quadra viò à Doña Gracia armada, como dicen de punta en blanco, y con su lanza que parecia una Amazona: la luz estaba lexos, y no imaginando lo que podia ser, creyendo que era alguna traicion, bolviò las espaldas, y se fuè. A la mañana diò cuenta à su tercera del sucesso, y èlla fuè luego à ver à Doña Gracia, que la recibiò, con preguntarle por aquel Cavallero, que debia de estar muy malo, pues no havia venido por donde le dixo. Ay mi señora, (dixo èlla) y como que vino, mas dice que hallò un hombre armado, que con una lanza se passeaba por la

Digitized by Google

sala: Ay Dios (dixo Doña Gracia) riendose muy de voluntad, no vè que soy yo, que hago la vida de los casados? Este señor no debe de ser casado, pues pensò que era hombre, digole que no tenga miedo, que como digo soy yo. Tornò con esta respuesta à Don Alvaro la tercera; el qual la siguiente noche fuè à ver à su Dama, y como la viò assi, la preguntò la causa. Ella respondiò riendose: Pues como tengo de andar sino de esta suerte, para hacer la vida de los casados? Què vida de casados, señora, (respondiò Don Alvaro) mirad que estais engañada, que la vida de los casados no es esta. Pues señor, esta es la que me enseñò mi marido, mas si vos sabeis otra mas facil, me holgarè de saberla, que esta que hago es muy cansada. Oyendo el desembuelto mozo esta simpleza, la desnudò èl mesmo, y acostandose con èlla, gozò lo que el necio marido havia dilatado, por hacer provanza de la inocencia de su muger. Con esta vida passaron todo el tiempo que estuvo Don Fadrique en la Corte, que como huviesse acabado los negocios, y escrivisse que venia, y D. Alvaro huviesse acabado el suyo, se bolviò à Cordova. Llegò Don Fadrique à su casa, y fuè recibido de su muger con mucho gusto, porque no tenia sentimiento, como no tenia discrecion. Cenaron juntos, y como se acostasse Don Fadrique, por venir cansado; quando pensò que Doña Gracia se estaba armando, para hacer el cumplimiento de la orden que la dexò, la viò salir desnuda, y que se entrava con èl en la cama, y admirado de esta novedad, la dixo: Pues como no haceis la vida de los casados? Andad, señor, dixo la Dama, que vida de casados, ni que nada, harto mejor me iba à mi con el otro marido que me acostaba con èl, y me regalaba mas que vos. Pues como, replicò Don Fadrique, haveis tenido otro marido? Si señor, dixo Doña Gracia, despues que os fuistes vino otro marido tan galan, y tan lindo, y me dixo, que èl me enseñaria otra vida de casados mejor que la vuestra. Y finalmente le contò quanto le havia passado con el Cavallero Cordovès, mas que no sabia que se havia hecho, porque assi como viò la carta de que èl venia, no le havia visto. Preguntòle el desesperado, y necio Don Fadrique, de donde era, y como se llamaba. Mas à esto respondiò Doña Gracia, que no lo sabia, porque èlla no le llamaba sino otro marido. Y viendo D. Fadrique esto, y que pensando librarse, havia buscado una ignorante, la qual no solo le havia agraviado, mas que tambien se lo decia, tuvo su opinion por mala, y se acordò de lo que le havia dicho la Duquesa. Y todo

el

el tiempo que despues viviò, alababa las discretas que son virtuosas, porque no hay comparacion, ni estimacion para ellas; y si no lo son, hacen sus cosas con recato, y prudencia. Y viendo que ya no havia remedio, dissimulò su desdicha, pues por su culpa sucediò: que si en las discretas son malas pruebas, què pensaba sacar de las necias? Y procurando no dexar de la mano à su muger, porque no tornasse à ofenderle, viviò algunos años. Quando muriò, por no quedarle hijos, mandò su hacienda à Doña Gracia, si fuesse Monja en el Monasterio en que estaba Serafina, à la qual escriviò un papel, en que le declaraba, como era su hija. Y escriviendo à su primo Don Juan à Madrid, le embiò escrita su historia de la manera que aqui và. En fin Don Fadrique, sin poder escusarse por mas prevenido que estaba, y sin ser parte las tierras vistas, y los sucessos passados, vino à caer en lo mismo que temia, siendo una boba quien castigò su opinion. Entrò Doña Gracia Monja con su madre; contentas de haverse conocido las dos, porque como era boba, facil hallò el consuelo, gastando la gruessa hacienda que le quedò, en labrar un grandioso Convento, donde viviò con mucho gusto, y yo le tengo de haver dado fin à esta maravilla.

A los ultimos acentos estaba con D. Alonso de su entretenida, y gustosa maravilla, y todos absortos, y elevados en ella, quando los despertò de este sabroso extasis, el sòn de muchos, y muy acordados instrumentos, que en una sala antes de llegar à esta en que estaban se trocaron. Y bolviendo à ver quien hacia tan dulce armonia, vieron entrar hasta doce mancebos vestidos de vaqueros, y monteras de raso morado, y guarnicion de plata, con hachas blancas encendidas en las manos, danzando diestramente, y despues de haver hecho un concertado passeo, se dividieron en dos ordenes, y uno de ellos, el mas ayroso, y galan, empezò à danzar solo con una hacha en la mano; y despues de dar la buelta por la sala, se fuè à la hermosa Lisarda, y con una cortès reverencia, la sacò à danzar. Obedeciò la Dama, y despues de ponerla en su puesto, bolviò el ayroso mozo à la discreta Matilde, y tras de èlla à Nise, y tomando por compañero à D. Juan, como en la danza de la hacha se usa, la danzaron con grandissimo desenfado, y donayre, y dexando la hacha à Lisarda, buelta las otras dos Damas à sus assientos, prosiguiò la Dama, sacando à D. Miguel, D. Lope, y D. Diego, el qual yendo por la sala, suplicò à Lisarda, sacasse à su prima: y èlla, como à quien no le estaba mal esta voluntad, se llegò à

Digitized by Google

la camilla donde Lisis estaba, y con una hermosa reverencia, y muy corteses palabras, la suplicò que se sirviesse de honrar la fiesta; pues sus quartanas eran tan corteses, que desde el primer dia que se empezò, no la havian molestado. Obedeciò Lisis, mas por dar gusto à Don Diego, que à su prima, y danzò tan divinamente, que à todos diò notable contento, y mas à Don Diego, que mientras durò la danza, y al bolverla à su assiento, le diò à entender su voluntad, y èlla à èl, quan agradecida estaba, juntamente con licencia para tratar con su madre, y deudos, su casamiento. Finalmente, mientras los criados de Don Diego se aderezaban para el ridiculo entremès, no quedò Cavallero, ni Dama en la sala, que no danzasse. Empezòse à representar, y como para dar lugar se mudassen algunos assientos, vinieron à sentarse Don Diego, y Don Juan juntos. Y Don Juan, como agraviado, le dixo à Don Diego: favorecido estàs de Lisis, y si bien por haver sido pretensor suyo, me pesa por no verme molestado de sus quexas, lo doy por muy bien empleado: mas bueno fuera haverme dado parte de esto, pues soy mejor para amigo, que para enemigo. Assi es, (replicò Don Diego con enfado) que un Poeta, si es enemigo, es terrible, porque no hay navaja como su pluma; y à Lisis deseo servir, y como èlla es libre, yo con su beneplacito me contento. Lisarda es vuestro cuydado, debeis contentaros con èlla, y no querer una para estimar, y otra para maltratar. Licencia tengo de Lisis, para pedirla à su madre para mi esposa, y si de esto os agraviais, aqui estoy para daros la satisfacion que quisieredes, y como quisieredes. Soy contento, replicò Don Juan, ya no por Lisis, que pues èlla quiere ser vuestra, yo no quiero ser mia, acabada es sobre esso la question, sino porque sepais, que si soy Poeta con la pluma, soy Cavallero con la espada. Sea assi, (dixo Don Diego) mas no es razon que perturbemos el gusto à estas Damas, atajando la fiesta, tres dias faltan, dexemos que se acaben, y despues tratarèmos de esto donde fueredes servido. Soy contento, dixo Don Juan: y con esto se bolvieron à ver el entremès, que andaba en los ultimos fines. Bien oyò Lisis lo que havia passado, y aunque quisiera remediarlo, se sufriò, viendo que Don Juan, y Don Diego dexaban su desafio para despues de la fiesta, y que havia lugar para impedir su intento.

Tenian tan picado el gusto todos aquellos señores, y señoras, de las dos sabrosas noches que havian passado, que apenas llegò la tarde de la tercera, quando ya empezaron à juntarse en casa de

Digitized by Google

de la hermosissima Lisis, la qual los recibiò à todos con su acostumbrada cortesía, y haciendo señal à los Musicos, cantaron este Soneto, cuyo assunto fuè el Rey nuestro Señor Don Felipe Quarto.

(*quita*
Sol que en la quarta esfera al Sol le valor, grandeza, luz, y resplandores;
perla, que tuvo sèr en los amores,
del Sol Felipe, y nacar Margarita.
Fenix q̃ en nuestra España resucita
para darle mas sèr, glorias mayores;
jardin de hermosas purpureas flores,
pues que tal flor de Lis en ella habita.
Jupiter que govierna el Sacro Coro,
y en dulce ambrosia, en luz le baña,
siendo à sus Ninfas musico sonòro.
Y si la vista à la verdad no engaña,
tierno Cupido con harpones de oro,
es Felipe, Sol nuestro, Rey de España.

De industria la hermosa Lisis quiso, como ya desengañada de Don Juan, y agradecida à Don Diego, mudar de estilo en sus versos, porque no causasse el tratar de amor, ni desamor mas disgusto en los dos competidores, los quales se miraron à lo falso, si bien Lisarda tenia tomada la palabra à Don Juan de que gustando à Don Diego, serian amigos; pues viendo Nise que le tocaba à èlla la quinta maravilla en esta tercera noche, ocupando el assiento, que para este caso estaba prevenido, empezò assi:

La fuerza del amor ninguno hay que la ignore, y mas si se apodera de nobles pechos: porque amor es como el Sol, que hace los efectos conforme por do passa. En mi maravilla se verà claro, la qual es de esta suerte.

NOVELA QUINTA.

LA FUERZA DEL AMOR.

EN Napoles, insigne, y famosa Ciudad de Italia, por su riqueza, hermosura, y agradable sitio, nobles Ciudadanos, y gallardos edificios, coronados de jardines, y adornados de cristalinas fuentes, hermosas Damas, y gallardos Cavalleros, naciò Laura, peregrino, y nuevo milagro de naturaleza, tanto que entre las mas gallardas, y hermosas fuè tenida por celestial estremo; pues haviendo escogido los curiosos ojos de la Ciudad, entre todas èllas once, y de estas once tres, fuè Laura de las once una, y de las tres una. Fuè tercera en el nacer, pues gozò del Mundo despues de haver nacido en èl dos hermanos tan nobles, y virtuosos, como èlla hermosa. Muriò su Madre del parto de Laura,

Digitized by Google

quedando su Padre por govierno, y amparo de los tres gallardos hijos, que si bien sin Madre, la discrecion del Padre supliò medianamente esta falta. Era D. Antonio (que este es el nombre de su Padre) del linage, y apellido de Garrafa, deudo de los Duques de Nochera, y Señor de Piedra blanca. Criaronse D. Alexandro, D. Carlos, y Laura, con la grandeza, y cuydado que su estado pedia, poniendo su noble Padre en esto el cuydado que requeria su estado, y riqueza; enseñando los hijos en las buenas costumbres, y exercicios que dos Cavalleros, y una tan hermosa Dama merecian, viviendo la bella Laura, con el recato, y honestidad que à muger tan rica, y principal era justo, siendo los ojos de su Padre, y hermanos, y la alabanza de la Ciudad. Quien mas se señalaba en querer à Laura, era Don Carlos, el menor de los hermanos, que la amaba tan tierno, que se olvidaba de sì, por quererla; y no era mucho, que las gracias de Laura, obligaban, no solo à los que tan cercano deudo tenian con èlla, mas à los que mas apartados estaban de su vista. No hacia falta su Madre en su recogimiento, demàs de ser Padre, y hermanos vigilantes guardas de su hermosura; y quien mas cuydadosamente velàba à esta señora, eran sus honestos, y recatados pensamientos: si bien quando llegò à la edad de discrecion, no pudo negar su compañia à las principales señoras sus deudas, para que Laura pagasse à la desdicha, lo que le debe la hermosura. Es uso, y costumbre en Napoles, ir las doncellas à los saraos, y festines que en los Palacios del Virrey, y casas particulares de Cavalleros se hacen: aunque en algunas tierras de Italia no lo apruevan por acertado, pues en las mas de èllas se les niega el ir à Missa, sin que basten à derogar esta ley que ha puesto en èllas la costumbre, las penas que los Ministros Eccleasticos, y Seglares les ponen. Saliò en fin, Laura, à ver, ser vista, tan acompañada de hermosura, como de honestidad, aunque à acordarse de Diana, no se viàra de su recato. Fueron sus bellos ojos basiliscos de las almas, su gallardia monstruo de las vidas, y su riqueza, y nobles partes, cebo de los deseos de mil gallardos, y nobles mancebos de la Ciudad, pretendiendo por medio de casamiento, gozar de tanta hermosura. Entre los que pretendian servir à Laura, se aventajò Don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los Duques de Monteleon, Cavallero rico, y galan. Vió en fin à Laura, y rindiole el alma con tal fuerza, que casi no la acompañaba, sino solo por no desamparar la vida; (tal es la hermosura mirada en ocasion)

Digitized by Google

sion) tuvola D. Diego en un festin que se hacia en casa de un Principe de los de aquella Ciudad, no solo para verla, sino para amarla, y despues de amarla, darla à entender su amor tan grande en aquel punto, como si huviera mil años que la amaba. Usase en Napoles llevar à los festines un Maestro de ceremonias, el qual saca à danzar à las Damas, y las dà al Cavallero que le parece. Valiòse Don Diego en esta ocasion de el que en el festin assistia; (quien duda que seria à costa de dinero) pues apenas calentò con èllos las manos al Maestro, quando viò en las suyas las de la bella Laura, el tiempo que durò el danzar una gallarda; mas no le sirviò de mas, que arderse con aquella nieve; pues apenas se atreviò à decir: Señora, yo os adoro, quando la hermosa Dama, fingiendo justo impedimento, le dexò, y se bolviò à su assiento, dando que sospechar à los que miraban, y que sentir à Don Diego; el qual quedò tan triste, como desesperado, pues en lo que quedaba del dia, no mereciò que Laura le favoreciesse, siquiera con los ojos. Llegò la noche, que D. Diego passò rebolviendo mil pensamientos, ya animando con la esperanza, ya desesperando con el temor, mientras la hermosa Laura, tan agena de sì, quanto propria de su cuydado, llevando en la vista la gallarda gentileza de Don Diego, y en la memoria, el yo os adoro, que le havia oìdo; ya se determinaba à querer, y ya pidiendose estrecha cuenta de su libertad, y perdida opinion, como si en solo amor se hiciesse yerro, arrepentida se reprehendia à si misma, pareciendole, que ponia en condicion, si amaba, la obligacion de su estado, y si aborrecia, se obligaba al mismo peligro. Con estos pensamientos, y cuydados, empezò à negarse à sì misma el gusto, y à la gente de su casa la conversacion, deseando ocasiones para ver la causa de su descuydo; y dexando passar los dias (al parecer de D. Diego) con tanto descuydo, que no se ocupaba en otra cosa, sino en dar quexas contra el desden de la enamorada señora, la qual no le daba, aunque lo estaba, mas favores que los de su vista, y esto tan al descuydo, y con tanto desden, que no tenia lugar, ni aun para poderle decir su pena, porque aunque la suya la pudiera obligar à dexarse pretender, el cuydado con que la encubria era tan grande, que à sus mas queridas criadas guardaba el secreto de su amor. Sucediò, que una noche de las muchas que à D. Diego le amanecia à las puertas de Laura, viendo que no le daban lugar para decir su passion, traxo à la calle un criado, que con un instru-

men-

Digitized by Google

mento, fuesse tercero de èlla, por ser su dulce, y agradable voz de las buenas de la Ciudad, procurando declarar en un Romance su amor, y los zelos que le daba un Cavallero muy querido de los hermanos de Laura, y que por este respeto entraba à menudo en su casa. En fin el Musico despues de haver templado, cantò el Romance siguiente:

Si el dueño que elegiste,
altivo pensamiento,
reconoce obligado,
otro dichoso dueño.
Por què te andas perdìdo
sus pisadas siguiendo,
sus acciones notando,
su vista pretendiendo?
De què sirve que pidas,
ni su favor al Cielo,
ni al amor imposibles,
ni al tiempo sus efectos?
Por què à los zelos llamas
si sabes que los zelos,
en favor de lo amado,
imposibles han hecho?
Si à tu dueño deseas
ver ausente, eres necio,
que por matar, matarte,
no es pensamiento cuerdo.
Si à la discordia pides,
que haga lance en su pecho,
bien ves que à los disgustos,
los gustos vienen ciertos.
Si dices à los ojos
digan su sentimiento,
ya ves que alcanzan poco,
aunque mas miren tiernos.
Si quien pudiera darte
en tus males remedio,
que es amigo piadoso
siempre agradecimiento.
Tambien preso le miras
en esse, Angel sobervio,
como podia ayudarte
en tu amoroso intento?
Pues si de sus cuydados,
que tuvieras por premio,
si tu dueño dixera;
de ti lastima tengo.
Mira tu dueño, y miras
sin amor à tu dueño,
y aun este desengaño,
no te muda el intento?
A Tàntalo pareces,
que el cristal lisongero,
casi en los labios mira,
y nunca llega à ellos.
Ay Dios, si mereciera,
por tanto sentimiento,
algun fingido engaño,
porque tu muerte temo!
Fueran de Purgatorio
tus penas, pero veo
que son sin esperanza
las penas del Infierno.
Mas si eleccion hiciste,
morir es buen remedio,
que bolver las espaldas
serà cobarde hecho.

Escuchando estaba Laura la musica, desde el principio de èlla, por una menuda celosìa, y determinò à bolver por su opinion, viendo que la perdia, en que D. Diego por sospechas, como en sus versos mostraba, se la quitaba; y assi lo que el amor no

Digitized by Google

no pudo hacer, hizo este temor de perder su credito, y aunque batallando su verguenza con su amor, se resolviò à bolver por sì, como lo hizo, pues abriendo la ventana, le dixo: Milagro fuera, señor Don Diego, que siendo amante, no fuerais zeloso, pues jamàs se hallò amor sin zelos, mas son los que teneis tan falsos, que me han obligado à lo que jamàs pensè, porque siento mucho ver mi fama en lenguas de la poesia, y en las cuerdas de esse laud, y lo que peor es en boca de esse Musico, que siendo criado, serà fuerza ser enemigo: yo no os olvido por nadie, que si alguno en el mundo ha merecido mis cuydados, sois vos, y sereis el que me haveis de merecer, si por ellos aventurasse la vida. Disculpe vuestro amor mi desemboltura, y el verme ultrajar mi atrevimiento, y tenedle desde oy para llamaros mio, que yo me tengo por dichosa en ser vuestra. Y creedme, que no dixera esto, si la noche con su obscuro manto, no me escusàra la verguenza, y colores que tengo en decir estas verdades. Pidiendo licencia à su turbacion, el mas alegre de la tierra, quiso responder, y agradecer à Laura el enamorado Don Diego, quando sintiò abrir las puertas de la propria casa, y saltearle tan brevemente dos espadas, que à no estar prevenido, y sacar tambien el criado la suya, pudiera ser que no le dieran lugar para llevar sus deseos amorosos adelante. Laura que viò el sucesso, y conociò à sus dos hermanos, temerosa de ser sentida, cerrò la ventana, y se retirò à su aposento acostandose, mas por dissimular, que por desear de reposo. Fuè, pues, el caso, que como Don Alexandro, y Don Carlos oyessen la musica, se levantaron à toda priessa, y salieron como he dicho, con las espadas desnudas en las manos; las quales fueron, si no mas valientes que les de Don Diego, y su criado, à lo menos mas dichosas, pues siendo herido de la pendencia, huvo de retirarse, quexandose de su desdicha, aunque mas justo fuera llamarla ventura, pues fuè fuerza, que supiessen sus padres la causa, y viendo lo que su hija grangeaba con tan noble casamiento, sabiendo que era este su deseo, pusieron terceros que lo traxessen con el Padre de Laura. Y quando pensò la hermosa Laura que las enemistades serian causa de eternas discordias, se hallò esposa de D. Diego. Quien verà este dichoso sucesso, y considerare el amor de Don Diego, sus lagrimas, sus quexas, y los ardientes deseos de su corazon, que no tenga Laura por muy dichosa? Quien duda que diràn los que tienen en esperanzas sus pensamientos; ò quien fuera tan venturoso, que mis cosas tuvieran

tan

Digitized by Google

tan dichoso fin como el de esta noble Dama, y mas las mugeres que no miran en mas inconvenientes que su gusto? Y de la misma suerte, quien verà à D. Diego gozar en Laura un assombro de hermosura, un estremo de riqueza, un colmo de entendimiento, y un milagro de amor, que no diga, que no criò otro mas dichoso el Cielo? Pues por lo menos estando las partes iguales, no es facil de creer que este amor havia de ser eterno; y lo fuera, si Laura no fuera como hermosa desdichada; y Don Diego como hombre mudable; pues à èl no le sirviò el amor contra el olvido, ni la nobleza contra el apetito, ni à ella le valiò la riqueza contra la desgracia, la hermosura contra el remedio, la discrecion contra el desden, ni el amor contra la ingratitud, bienes que en esta edad cuestan mucho, y se estiman en poco. Fuè el caso, que D. Diego antes que amasse à Laura havia empleado sus cuydados en Nise, gallarda Dama de Napoles, sino de lo mejor de èlla, por lo menos no era de lo peor, ni sus partes tan faltas de bienes de naturaleza, y fortuna, que no la diesse muy levantados pensamientos, mas de lo que su calidad merecia; pues los tuvo de ser muger de D. Diego; y à esse titulo havia dado todos las favores que pudo, y èl quiso; pues como los primeros dias, y aun meses de casado, se descuydasse de Nise, que todo cansa à los hombres, procurò con las veras possibles saber la causa, y diòse en esso tal modo en saberla, que no faltò quien se lo dixo todo; demàs, que como la boda havia sido publica, y Don Diego no pensaba ser su marido, no se recatò de nada. Sintiò Nise con grandissimo estremo ver casado à Don Diego, mas al fin era muger, y con amor que siempre olvida agravios, aunque sea à costa de opinion. Procurò gozar de Don Diego, ya que no como marido, à lo menos como amante, pareciendole no poder vivir sin èl, y para conseguir su proposito, solicitò con palabras, y obligò con lagrimas, à que D. Diego bolviesse à su casa, que fuè la perdicion de Laura, porque Nise supo con tantos regalos enamorarle de nuevo, que ya empezò Laura à ser enfadosa como propria, cansada como zelosa, y olvidada como aborrecida, porque Don Diego amante, D. Diego solicito, D. Diego porfiado, y finalmente Don Diego que decia à los principios ser el mas dichoso del Mundo, no solo negò todo esto, mas se negò à sì mismo lo que se debia: pues los hombres que desprecian tan à las claras, estan dando alas al agravio: y llegando un hombre à esto, cerca està de perder el honor. Empezò à ser ingrato, faltando à

la

Digitized by Google

la cama, y mesa; libre en no sentir los pesares que daba à su esposa, desdeñoso en no estimar sus favores, y su desprecio en decir libertades, pues es mas cordura negar lo que se hace, que decir lo que no se piensa. Pues como Laura conocia tantas novedades en su esposo, empezò con lagrimas à mostrar sus pesares, y con palabras à sentir sus desprecios, y en dandose una muger por sentida de los desconciertos de su marido, dese por perdida; pues como era fuerza decir su sentimiento, daba causa à D. Diego para no solo tratar mal de palabras, mas à poner las manos en ella. Solo por cumplimiento iba à su casa la vez que iba, tanto la aborrecia, y desestimaba, pues le era el verla mas penosa que la muerte. Quiso Laura saber la causa de estas cosas, y no faltò quien le diò larga cuenta de ellas. Lo que remediò Laura fuè el sentirlas; mas viendolas sin remedio, pues no le hay si el amor se trueca, lo que ganò en darse por entendida de las libertades de Don Diego fuè darle ocasion para perder mas la verguenza, è irse mas desenfrenadamente tras sus deseos, que no tiene mas recato el vicioso, que hasta que es su vicio publico. Viò Laura à Nise en una Iglesia, y con lagrimas le pidiò desistiesse de su pretension, pues con ella no aventuraba mas que perder la honra, y ser causa de que ella passasse mala vida. Nise rematada de todo punto, como muger que ya no estimaba su fama, ni temia caer en mas baxeza que en la que estaba, respondiò à Laura tan desabridamente, que con lo mismo que penso la pobre Dama remediar su mal, y obligarla, con esso le dexò mas sin remedio, y mas resuelta à seguir su amor con mas publicidad. Perdiò de todo punto el respeto à Dios, y al Mundo; si hasta alli con recato embiaba à D. Diego papeles, regalos, y otras cosas; ya sin èl ella, y sus criadas le buscaban, siendo estas libertades, para Laura nuevos tormentos, y firmissimas passiones, pues ya via en su desventura menos remedio que primero: passaba sin esperanzas la mas desconsolada vida que decir se puede: Tenia zelos; què milagro! Como si dixessemos rabiosa enfermedad. Notaban su Padre, y hermanos su tristeza, y deslucimiento, y viendo la perdida hermosura de Laura, vinieron à rastrear lo que passaba, y malos passos en que andaba D. Diego, y tuvieron sobre el caso muchas rencillas, y disgustos, hasta llegar à pesadumbres declaradas. De esta suerte andaba Laura algunos dias, siendo mientras mas passaban, mas las libertades de su marido, y menos su paciencia. Como no siempre se pueden llorar desdichas, quiso una noche, que

la

Digitized by Google

la tenia desvelada sus cuydados, y la tardanza de D. Diego, cantando divertirlas, y no dudando que estaria D. Diego en los brazos de Nise, tomò una harpa, en que las Señoras Italianas son muy diestras, y unas veces llorando, y otras cantando, dissimulando el nombre de D. Diego con el de Albano, cantò assi:

Porque tyrano Albano,
si à Nise reverencias,
y à su hermosura ofreces
de tu amor las finezas.
Porque de sus ojos
està tu alma presa,
y à los suyos su cara
es imagen bella.
Porque si en sus cabellos
la voluntad enredas,
y èlla à ti agradecida,
con voluntad te premia.
Porque si de su boca
caxa de hermosas perlas,
gustos de amor escuchas,
con que tu gusto aumentas.
A mi que por quererte,
padezco immensas penas,
con desleadad, y engaños
me pagas mis finezas?
Y ya que me fingiste
amorosas ternezas,
dexàrasme vivir
en mi engaño siquiera.
No ves que no es razon
acertada, ni cuerda,
despertar à quien duerme,
y mas quando pena.
Ay de mi desdichada!
que remedio me queda,
para que el alma mia
à este su cuerpo buelva?
Dame el alma, tyrano,
mas hay no la buelvas,
que mas vale que el cuerpo
por esta causa muera.
Mal haya amen mil veces,
Celio tyrano, aquella
que en prisiones de amor,
prender su alma dexa.
Lloremos ojos mios
tantas lagrimas tiernas,
que del profundo mar
se cubran las arenas.
Y al sòn de aquestos zelos,
instrumento de quexas,
cantarèmos llorando,
lastimosas endechas.
Oìd atentamente,
nevadas, y altas peñas,
y vuestros ecos claros
me sirvan de respuesta.
Escuchad bellas aves,
y con harpadas lenguas,
ayudareis mis zelos
con dulces cantinelas.
Mi Albano adora à Nise,
y à mi penar me dexa;
estas si son passiones,
y aquestas si son penas,
Su hermosura divina
amoroso celebra,
y por Cielos adora
papeles de su letra.
Què diràs, Adriana,
què lloras, y lamentas,
de tu amante desvios,
sinrazones, y ausencias.
Y tu afligido Fenicio,
aunque tus carnes veas

con

con tal rigor comidas
por el Aguila fiera.
Y si atado el caucaſo
padeces, no lo ſientas,
que mayor es mi daño,
mas fuertes mis ſoſpechas.
Deſdichado Exion,
no ſientas de la rueda
el penoſo ruìdo,
porque mis penas ſientas.
Tantàlo, que à las agnas,
ſin que guſtar las puedas,
llegas, y no alcanzas,
pues huyen ſi te acercas.
Vueſtras penas ſon pocas,
aunque mas ſe encarezcan;
pues no hay dolor que valga,
ſino que zelos ſean.
Ingrato, plegue al Cielo,
que con zelos te veas
rabiando como rabìo,
y que qual yo padezcas.
Y eſta enemiga mia
tantos te dè, que ſeas,
un Midas de cuydados,
como el de las riquezas.

A quien no enterneciera Laura con quexas tan dulces, y bien ſentidas, ſino à Don Diego, que ſe preciaba de ingrato? El qual entrando al tiempo que èlla llegaba con ſus endechas à eſte punto, y las oyeſſe, y entendieſſe el motivo de ellas, deſobligado con lo que pudiera obligarſe, y enojado de lo que fuera juſto agradecer, y eſtimar, empezò à maltratar à Laura de palabra, diciendolas tales, y tan peſadas, que la obligò à que virtiendo criſtalinas corrientes por ſu divino roſtro le dixeſſe: què es eſto ingrato? Como das tan largas alas à la libertad de tu mala vida, que ſin temor del Cielo, ni reſpeto te enfades de lo que fuera juſto alabar? Correte de que el Mundo entienda, y la Ciudad murmure tus vicios tan ſin rienda, que parece que eſtàs deſpertando con ellos tu afrenta, y mis deſeos. Si te peſa de que me quexe de ti, quitame la cauſa que tengo para hacerlo, ò acaba con mi canſada vida, ofendida de tus maldades. Aſſi tratas mi amor? Aſſi eſtimas mis cuydados? Aſſi agradeces mi ſufrimiento? Haces bien, pues no tomo à la cauſa de eſtas coſas, y la hago entre mis manos pedazos. Que eſpera un marido que hace lo que tu, ſino que ſu muger olvidando la obligacion de ſu honor, ſe le quite, no porque yo lo he de hacer, aunque mas ocaſiones me dès, que el ſer quien ſoy, y el grande amor, que por mi dicha te tengo, no me daràn lugar, mas temo que has de darlo à los vicioſos como tu, para que pretendan lo que tu deſprecias; y à los maldicientes, y murmuradores, para que los imaginen, y digan: pues quien verà una muger como yo, y un hombre como tu, que no tengan tanto atrevimiento como tu deſcuydo? Palabras eran eſtas para que Don Diego, abriendo los

ojos

Digitized by Google

ojos del alma, y del cuerpo, viesse la razon de Laura; pero como tenia tan llena el alma de Nise, como desierta de su obligacion; acercandose mas à èlla, y encendido en una tan infernal colera, que la empezò à arrastrar por los cabellos; y maltratarla de manos; tanto, que las perlas de sus dientes, presto tomaron forma de corales bañados en la sangre que empezò à sacar en las crueles manos; y no contento con esto, sacò la daga, para salir con ella de yugo tan pesado como el suyo, à cuya accion las criadas que estaban procurando apartarle de su señora, alzaron las voces, dando gritos, llamando à su Padre, y à sus hermanos, que desatinados, y colericos, subieron al quarto de Laura, y viendo el desatino de D. Diego, y à la Dama bañada en sangre, creyendo D. Carlos que la havia herido, arremetiò à D. Diego, y quitandole la daga de la mano, se la iba à meter por el corazon, si el arriesgado mozo viendo su manifiesto peligro no se abrazàra con Don Carlos, y Laura haciendo lo mismo le pidiera que se reportasse diciendo: Ay hermano! Mira que en essa vida està la de tu triste hermana. Reportòse D. Carlos, y metiendose su Padre por medio apaciguò la pendencia, y bolviendose à sus aposentos, temiendo D. Antonio, que si cada dia havia de haver aquellas ocasiones, seria perderse, se determinò no ver por sus ojos tratar mal una hija tan querida; y assi otro dia tomando su casa, hijos, y hacienda, se fuè à Piedrablanca, dexando à Laura en su desdichada vida tan triste, y tierna de verlos ir, que le faltò poco para perderla. Causa para que oyendo decir, que en aquella tierra havia mugeres que obligaban con fuerza de hechizos à que huviesse amor, viendo cada dia el de su marido en menoscabo, pensando remediarse por este camino, encargò que le traxessen una: no fuè muy perezoso el tercero, à quien la hermosa, y afligida Laura encargò que le traxesse la embustera: y le traxo una, à quien la discreta, y cuydadosa Laura despues de obligada con dadivas (sed de semejantes mugeres) enterneciò con lagrimas, y animò con promesas, contandole sus desdichas, y en tales razones le pidiò lo que deseaba: Amiga, si tu haces que mi marido aborrezca à Nise, y buelva à tenerme el amor que al principio de mi casamiento me tuvo, quando èl era mas leal, y yo era mas dichosa, tu veràs en mi agradecimiento, y liberal satisfacion de la manera que estimo tal bien, pues pensarè que quedo corta con darte la mitad de toda mi hacienda. Y quando esto no baste, mide tu gusto con mi necessidad, y señalate tu misma la paga-

Digitized by Google

ga de este beneficio, que si lo que yo posseo es poco, me venderè para satisfacerle. La muger assegurando à Laura de su saber, contando milagros en sucessos agenos, facilitò tanto su peticion, que ya Laura se tenia por segura: à la qual la muger dixo, que havia menester (para ciertas cosas que havia de aderezar, para traher consigo en una bolsilla) barbas, cabellos, y dientes de un ahorcado; las quales reliquias, con las demàs cosas harian que Don Diego mudasse la condicion, de suerte que se espantaria: y que la paga no queria que fuesse de mas valor, que conforme à lo que le sucedièsse. Y creed señora, (decia la falsa enredadora) que no bastan hermosuras, ni riquezas à hacer dichosas: sin ayudarse de cosas semejantes à estas, que si supiessles las mugeres que tienen paz con sus maridos, por mi causa, desde luego te tendrias por dichosa, y asseguravias tus temores. Confusa estaba la hermosa Laura, viendo que le pedia una cosa tan dificil para èlla, pues no sabìa el modo como vinièsse à sus manos; y assi dandole cien escudos en oro, le dixo, que el dinero todo lo alcanzaba, que los diesse à quien la traxéssse aquellas cosas. A lo qual replicò la taymada hechicera (que con esto queria entretener la cura, para sangrar la bolsa de la afligida Dama, y encubrir su enredo) que èlla no tenia de quien fiarse; demàs que estaba la virtud que èlla lo buscasse, y se lo diesse, y con esto, dexando à Laura en la tristeza, y confusion que se puede pensar, se fuè pensando estaba Laura en como podia buscar lo que la muger pedia, y hallando por todas partes muchas dificultades, el remedio que hallò fuè hacer dos rios caudalosos sus hermosos ojos, no hallando de quien poderse fiar, porque le parecia que era afrenta que una muger como èlla, anduviesse en tan civiles cosas. Con estos pensamientos no hacia sino llorar; y hablando consigo misma, decia, asidas sus blancas manos una con otra: Desdichada de ti Laura, y como fueras mas venturosa, si como le costò tu nacimiento la vida à tu madre, fuera tambien la tuya sacrificio de la muerte. O amor enemigo de las gentes! Y que de males han venido por ti al Mundo, y mas à las mugeres, que como en todo somos las mas perdidosas, y las mas faciles de engañar, parece que solo contra ellas tienes el poder, ò por mejor decir el enojo. No sè para que el Cielo me criò hermosa, noble, y rica, si todo havia de tener tan poco valor contra la desdicha, sin que tantos dotes de naturaleza, y fortuna me quitassen la mala estrella en que naci. O ya que lo soy, para què me guarda la

I vida?

Digitized by Google

vida? Pues tenerla un desdichado, mas es agravio que ventura? A quien contarè mis penas que me las remedie? Quien oirà mis quexas, que se enternezca? Y quien verà mis lagrimas, que me las enjugue? Nadie por cierto, pues mi Padre, y hermanos por no oirlas, me han desamparado, y hasta el Cielo, consuelo de los afligidos, se hace sordo por no darmele. Ay Don Diego! Y quien pensàra, mas si debiera pensar, si miràra que eres hombre, cuyos engaños quitan el poder à los mismos demonios; y hacen ellos lo que los ministros de maldades dexan de hacer. Donde se hallarà un hombre verdadero? En qual dura la voluntad un dia? Y mas si se ven queridos. Mal haya la muger que en ellos cree, pues al cabo hallarà el pago de su amor, como yo le hallo. Quien es la necia que desea casarse, viendo tantos, y tan lastimosos exemplos? Como es mi animo tan poco, mi valor tan afeminado, y mi cobardìa tanta, que no quito la vida, no solo à la enemiga de mi sossiego, sino al ingrato que me trata con tanto rigor? Mas ay que tengo amor! Y en lo uno temo perderle, y lo otro enojarle: por què vanos legisladores del mundo atais nuestras manos para las venganzas, impossibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negais letras, y armas? El alma no es la misma que la de los hombres? Pues si èlla es la que da valor al cuerpo, quien obliga à los nuestros à tanta cobardia? Yo asseguro, que si entendierais que tambien havia en nosotras valor, y fortaleza, no os burlariais como os burlais; y assi por tenernos sujetas desde que nacemos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la verguenza; dandonos por espadas ruecas, y por libros almohadillas. Mas triste de mi! De què sirven estos pensamientos, pues ya no sirven para remediar cosas tan sin remedio? Lo que aora importa es pensar como dare à esta muger lo que pide. Diciendo esto, se ponia à pensar que haria, y luego bolvia de nuevo à sus quexas; quien oyera las que està dando Laura, dirà que la fuerza del amor està en su punto, mas aun faltaba otro estremo mayor, y fuè que viendo cerrar la noche, y viendo ser la mas escura, y tenebrosa que en todo aquel Invierno havia hecho, (respondiendo à su pretension su opinion) sin mirar à lo que se ponia, y lo que aventuraba si Don Diego venia, y la hallaba fuera, diciendo à sus criadas, que si venia, le dixessen que estaba en casa de alguna de las muchas señoras que havia en Napoles, poniendose un manto de una de èllas,

Digitized by Google

èlla, con una pequeña linternilla se puso en la calle, y fuè à buscar lo que èlla pensaba havia de ser su remedio. Ay en Napoles como una milla apartada de la Ciudad, camino de nuestra Señora del Arca, Imagen muy devota de aquel Reyno, y el mismo por donde se và à Piedrablanca, como un tiro de piedra del camino real à un lado dèl, un humilladero de cinquenta pies de largo, y otros tantos en ancho: la puerta del qual està àcia el camino, enfrente de èlla un Altar con una Imagen pintada en la misma pared. Tiene el humilladero estado y medio de alto, el suelo es una fossa de mas de quatro en hondura, que coge toda la dicha Capilla, y solo queda al rededor un poyo de media vara de ancho: por el qual se anda todo el humilladero. A estado de hombre, y menos hay puestos por las paredes unos garfios de hierro, en los quales cuelgan à los que ahorcan en la plaza; y como los tales se van deshaciendo, caen los huessos en aquel hoyo, que como està sagrado, les sirve de sepultura. Pues à esta parte tan espantosa, guiò sus passos Laura, donde à la sazon havia seis hombres, que por salteadores havian ajusticiado pocos dias havia: la qual llegando à èl con animo increible (que se lo daba amor) tan olvidado del peligro, quanto acordada de sus fortunas, pues no temia quando no la gente con quien iba à negociar el caer dentro de aquella profundidad, donde si tal fuera, jamàs se supiera de èlla.

Ya he contado como su padre, y hermanos de Laura, por no verla maltratar, y ponerse en ocasiones de perderse con su cuñado, se havian retirado à Piedrablanca, donde vivian (sino olvidados de èlla, à lo menos desviados de verla) estando D. Carlos acostado en su cama, al tiempo que llegò Laura al humilladero, despertò con riguroso, y cruel sobresalto, dando tales voces, que parecia se le acababa la vida. Alborotòse la casa, vino su Padre, y acudieron sus criados, todos confusos, y turbados, solemnizando su dolor con lagrimas, le preguntaban la causa de su mal, la qual estaba escondida, aun à el mismo que padecia. El qual buelto mas en sì, levantandose de la cama, y diciendo: en algun peligro està mi hermana, se comenzò à vestir à toda diligencia, dando orden à un criado, para que luego al punto le ensillasse un cavallo, el qual apercibido, saltò en èl, y sin querer aguardar que le acompañasse algun criado, à todo correr dèl, partiò la via de Napoles, con tanta priessa, que à la una se hallò enfrente del humilladero, donde parò el cavallo de la misma suerte que si fuera de piedra.

Digitized by Google

Procurabá D. Carlos paſſar adelante, mas era porfiar en la miſma porfia; porque atràs, ni adelante era poſſible bolver, antes como arrimandole la eſpuela queria que caminaſſe, el cavallo daba unos bufidos que eſpantaba. Viendo Don Carlos tal coſa, y acordandoſe del humilladero, bolviò à mirarle, y como viò luz que ſalia de la linterna que ſu hermana tenia, pensò que alguna hechicerìa le detenia, y deſeando ſaberlo de cierto, probò ſi el cavallo queria caminar àcia allà; y apenas hizo la accion, quando el cavallo, fin premio ninguno, hizo la voluntad de ſu dueño; y llegando à la puerta, con la eſpada en la mano, dixo: Quien quiera que ſea quien eſtà ahì dentro, ſalga luego fuera, que ſi no lo hace, por vida del Rey, que no me he de ir de aqui, haſta que con la luz del dia vea quien es, y que hace en tal lugar. Laura, que en la voz conociò à ſu hermano, penſando que ſe iria, y mudando quanto pudo la ſuya, le reſpondiò: Yo ſoy una pobre muger, que por cierto caſo eſtoy en eſte lugar; pues no os importa el ſaber quien ſoy, por amor de Dios que os vais: y creed que ſi porfiais en aguardar, me arrojarè luego al punto en eſſa ſepultura, aunque pienſe perder la vida, y el alma. No diſſimulò Laura tanto la habla, que ſu hermano, que no la tenia tan olvidada, como èlla pensò, dando una gran voz, acompañada con un ſuſpiro, dixo: Ay hermana, grande mal hay, pues tu eſtàs aqui, ſal fuera, que no en vano me decia mi corazon eſte ſuceſſo. Pues viendo Laura que ya ſu hermano la havia conocido, con el mayor tiento que pudo, por no caer en la foſſa, ſaliò arrimandoſe à las paredes, y tal vez à los miſmos ahorcados, y llegando donde ſu hermano lleno de mil peſares la aguardaba, no ſin lagrimas ſe arrojò en ſus brazos, y apartandoſe à una parte, ſupo de Laura, en breves razones, la ocaſion que havia tenido por venir allà, y èlla de èl, la que le havia trahido à tal tiempo; y el remedio que D. Carlos tomò fuè ponerla ſobre ſu cavallo, y ſubiendo, aſſimiſmo el dar la buelta à Piedrablanca, teniendo por milagroſa ſu venida, y lo miſmo ſintiò Laura, mirandoſe arrepentida de lo que havia hecho. Cerca de la mañana, llegaron à Piedrablanca, donde ſabido de ſu Padre el ſuceſſo, haciendo poner un coche, y metiendoſe en èl con ſus hijos, è hija, ſe vino à Napoles, y derecho al Palacio del Virrey, à cuyos pies arrodillado, le dixo: que para contar un caſo portentoſo que havia ſucedido, le ſuplicaba mandaſſe venir alli à Don Diego Piñatelo, ſu yerno, porque importaba à ſu autoridad, y ſoſſiego.

Digitized by Google

go. Su Excelencia lo hizo assi: y como llegasse D. Diego à la sala del Virrey, y hallasse en ella à su suegro, cuñados, y muger, quedò absorto, y mas quando Laura, en su presencia contò al Virrey lo que en este caso queda escrito, acabando la platica con decir, que ella estaba desengañada de lo que era el mundo, y los hombres; y que assi no queria mas batallar con ellos, porque quando pensaba lo que havia hecho, y donde se havia visto, no acababa de admirarse; y que supuesto esto, ella se queria entrar en un Monasterio, sagrado poderoso para valerse de las miserias à que las mugeres estan sujetas. Oyendo D. Diego esto, y negandole al alma el ser causa de tanto mal; en fin como hombre bien entendido, estimando en aquel punto à Laura mas que nunca; y temiendo que executasse su determinacion, no esperando èl por si alcanzar de èlla cosa ninguna, segun estaba agraviada, tomò por medio al Virrey, y suplicandole pidiesse à Laura, que bolviesse con èl, prometiendo la emmienda de alli adelante: hizolo el Virrey, mas Laura temerosa de lo passado, no fuè possible que lo aceptasse, antes mas firme en su proposito, dixo: que era cansarse en vano, que ella queria hacer por Dios, que era amante mas agradecido, lo que por un ingrato havia hecho; con que este mismo dia se entrò en la Concepcion, Convento noble, rico, y santo. Don Diego desesperado se fuè à su casa, y tomando las joyas, y dineros que hallò, se partiò sin despedirse de nadie de la Ciudad, donde à pocos meses se supo que en la guerra que la Magestad de Felipe Tercero tenia con el Duque de Saboya, havia acabado la vida.

Con grandes admiraciones oyeron todos la discreta maravilla, que la hermosa Nise havia referido, y haviendose sossegado el aplauso, y cantando los Musicos, comenzò la hermosa Lisis su maravilla en esta forma.

NOVELA SEXTA.

EL DESENGAñO AMADO, Y PREMIO DE LA VIRTUD.

EN la Imperial Ciudad de Toledo, Silla de Reyes, y Corona de sus Reynos, como lo publica su hermosa fundacion, agradable sitio, nobles Cavalleros, y hermosas Damas, huvo no ha muchos años un Cavallero, cuyo nombre serà Don Fernando. Naciò

Digitized by Google

cio de padres nobles, y medianamente ricos, y èl por si tan galan, alentado, y valiente, que si no desluciera estas gracias de naturaleza, con ser mucho mas inclinado à traveſſuras, y vicios, que à virtudes, pudiera ſer adorno, alabanza, y grandeza de ſu patria. Deſde ſu tierna niñez procuraron ſus padres criarle, è inſtruirle con las coſtumbres que requieren los iluſtres nacimientos, para que lleven adelante la nobleza que heredaron de ſus paſſados, mas eſtos virtuoſos eſtilos eran tan peſados para D. Fernando, como quien en todo ſeguia ſu traviеſſa inclinacion, ſin vencerla en nada, y mas que al mejor tiempo le faltò ſu padre; con que Don Fernando tuvo lugar de dar mas rienda à ſus vicios. Gaſtò en eſto alguna parte de ſu patrimonio, falta que ſe via mucho, como no era de los mas abundantes de ſu tierra. En medio de eſtos vicios, y deſtraimiento de nueſtro Cavallero, le ſujetò amor à la hermoſura, donayre, y diſcrecion de una Dama que vivia en Toledo medianamente rica, y ſin comparacion hermoſa, cuyo nombre ſerà Doña Juana: ſus padres, haviendo paſſado de eſta à mejor vida, la havian dexado encomendada à ſolo ſu valor, que en Toledo no tenia deudos, por ſer foraſteros. Era Doña Juana de veinte años, edad peligroſa para la perdicion de una muger, por eſtar entonces la bella vanidad, y locura, aconſejadas con la voluntad, cauſa, para que no eſcuchando à la razon, ni al entendimiento, ſe dexen cautivar de deſeos livianos. Dexavaſe Doña Juana ſervir, y galantear de algunos Cavalleros mozos; pareciendole tener por eſta parte mas ſeguro ſu caſamiento. De eſta Dama ſe aficionò D. Fernando con grandes veras, ſolicitòle la voluntad con papeles, muſicas, y preſentes, balas que aſſeſtan luego los hombres, para rendir las flacas fuerzas de las mugeres. Miraba bien Doña Juana à Don Fernando, y no le peſaba en verſe querida de un Cavallero tan galan, y tan noble, pareciendole, que ſi le pudieſſe obligar à ſer ſu marido, ſeria feliciſſimamente venturoſa, pueſto que no ignoraba ſus traveſſuras, y decia como dicen algunas (dicen mal) que eran coſas de mozos, porque el que no tiene aſſiento à los principios poco queda que aguardar à los fines. Era Don Fernando aſtuto, y conocia que no ſe havia de rendir Doña Juana, menos que caſandoſe, y aſſi daba mueſtras de deſearlo, diciendo à quien le parecia que ſe lo diria, en particular à las criadas, las veces que hallaba ocaſion de hablarlas. La Dama era aſſimiſmo cuerda, y para amartelarle mas ſe hacia de temer, obligandole con deſdenes

à

Digitized by Google

à enamorarse mas, pareciendole que no hay tal cebo para la voluntad como las asperezas, las quales sentia Don Fernando sobre manera, ò porque si al principio empezò de burlas, ya la queria de veras, ò por haver puesto ya la mira en rendirla, y le debia de parecer que perdia de su punto, si no vencia su desden; y mas conociendo de su talle ser poderoso para rendir qualquiera belleza; pues una noche del Verano, con otros amigos le traxo amor, como otras à su calle, les pidiò que cantassen, y obedeciendo los Musicos cantaron.

De dos premios que ha querido
dar amor à un desdichado,
mayor que ser olvidado
es el ser aborrecido:
que el que olvida, aquel olvido
en amor puede bolver,
mas quien llega à aborrecer,
quando se venga à acordar,
serà para maltratar,
que no para bien querer.
El olvido es privacion
de la memoria importuna,
consiste en mala fortuna;
pero no es mala intencion:
mas quien ciego de passion,
contra la ley natural,
aborrece en caso igual,
mas que olvido es el desden,
pues sobre no querer bien,
està deseando mal?
Y si en fin aborrecer
es agraviar, bien se sufiere,
que el que ingrato aborreciere,
està cierta de ofender:
y si hay quien quiera querer
ser antes aborrecido,
tome por suyo el partido;
que si me han de maltratar,
por no verme despreciar
quiero anegarme en olvido.

No cantò D. Fernando con tan poco acierto estas decimas, si bien dichas sin proposito, pues hasta entonces no podia juzgar de la voluntad de su Dama, si se inclinaba à quererle, si à aborrecerle, que no hallassen lugar en su pecho sus gracias, que à caer sobre menos travessuras, lucieran mucho. Mas ya determinada à favorecerle, se dexò ver, que hasta entonces havia oìdo la musica encubierta, y se diò à entender con palabras, ò que havia estimado sus versos, assistiendo al balcon mientras se cantaron.

Con el favor que Doña Juana hizo à D. Fernando aquella noche se partiò el mas contento, que imaginar se puede, pareciendole que para ser el primero, no havia negociado mal, respecto del desden con que siempre le havia tratado, y continuando sus passeos, y perseverando en su amor, acrecentando los regalos, vino à grangear de suerte la voluntad de la Dama, que ya era la enamorada, y perdida; y Don Fernando el que se dexaba amar, y servir, (condicion de hombre amado, y ventura de muger rendida) porque aunque Don Fer-

Digitized by Google

nando queria bien à Doña Juana, no de suerte que se rematasse, ni dexasse por su amistad las demàs ocasiones.

Venciò Don Fernando, y rindiòse Doña Juana, y no es maravilla, pues se viò obligar con la palabra que le diò de ser su esposo, oro con que los hombres dissimulan la pildora amarga de sus engaños. Vivia su madre de Don Fernando, y este fuè el inconveniente que puso para no casarse luego, diciendo que temia disgustarla, y que por no acabarla del todo à fuerza de disgustos era necessario dissimular hasta mejor ocasion. Creyòle Doña Juana, y de esta suerte sufria con gusto las escusas que le daba. Pareciendole, que ya lo mas estaba grangeado, que era la voluntad de Don Fernando, con la qual se asseguraba de quantos temores se le ofrecian mientras la fortuna se inclinaba à favorecerla, ò porque ya no podia vivir sin su amante, que era lo mas cierto. En esta amistad passaron seis meses, dandola Don Fernando quanto havia menester, y sustentandole la casa, como pudiera la de su misma muger, porque con tal intento era admitido. En este tiempo que Doña Juana amaba tan rendida, y Don Fernando amaba como posseedor, y ya la possession le daba enfado. Sucediò, que una amiga de Doña Juana, muger de mas de quarenta y ocho años, si bien muy trahida, y gallarda, y que aun no tenia perdida la belleza que en la mocedad havia alcanzado, de todo punto, animandolo todo con grandissima cantidad de hacienda que tenia, y havia grangeado en Roma, Italia, y otras tierras que havia corrido, siendo calificada en todas ellas por grandissima hechicera, si bien esta habilidad no era conocida en todos, porque jamàs exercitaba en favor de nadie, sino en el suyo, por cuya causa tambien Doña Juana la ignoraba, si bien por las semejanzas, no tenia entera satisfacion de Lucrecia, que esse era el nombre de esta buena señora, porque era natural de Roma, mas tan ladina, y Española, como si fuera nacida, y criada en Castilla. Esta, pues, como era muy familiar en casa de Doña Juana, con quien se daba por amiga, se enamorò de D. Fernando, tanto como puede considerar quien sabe lo que es voluntad favorecida del trato, pues no era este el primer lance que en este particular Lucrecia havia tenido. Procurò que su amante supiesse su amor, continuando las visitas à Doña Juana: y el mirar tierno à Don Fernando, del qual no era entendida, porque le parecia que ya Lucrecia no estaba en edad para tratar de galanterìa, ni amores. Ella que ya amaba à rienda suelta, viendo el poco cuy-

Digitized by Google

cuydado de Don Fernando, y el mucho de Doña Juana, que sin sospecha de su traicion, era estorvo de su deseo, porque como amaba, no se apartaba de la causa de su amor, se determinò la astuta Lucrecia à escrivir un papel, del qual prevenida, hasta hallar ocasion, aguardò tiempo, lugar, y ventura, que hallandole, se le diò, el qual decia assi:

Disparate fuera el mio, señor Don Fernando, si pretendiera apartaros del amor de Doña Juana, entendiendo que no havia de ser vuestra muger; mas viendo en vuestras acciones, y en los entretenimientos que traheis, que no se estiende vuestra voluntad, mas que à gozar de su hermosura, he determinado descubriros mi aficion; yo os quiero desde el dia que os vì, que un amor tan determinado como el mio, no es menester decirle por rodeos: hacienda tengo con que regalaros; de esta, y de mi sereis dueño: con que os digo quanto sè, y quiero.

Lucrecia.

Leyò Don Fernando el papel, y como era vario de condicion, aceptò el partido que le hacia, acudiendo desde el mismo dia à su casa, no dexando por esto de ir à la de Doña Juana, disfrazando sus visitas para con Lucrecia, que le quisiera quitar de todo punto de ellas con sus obligaciones. Doña Juana, que por las faltas que hacia su amante, y haver visto en Lucrecia acciones de serlo, y tambien en verla retirada de su casa, sospechando lo mismo que era, diò en seguirle, y escudriñar la causa: à pocos lances descubriò toda la celada, y supo con la frequencia que Lucrecia le daba hacienda para que gastasse, y destruyesse: tuvo sobre esto la Dama con su ingrato dueño muchos disgustos, mas todos sirvieron de hacerse mas pesada, mas enfadosa, y menos querida, porque Don Fernando no dexaba de hacer su gusto, ni la pobre señora de atormentarse; la qual viendo que no servian los enojos mas que de perderle, tomò por partido el dissimular, hasta ver si conseguia su amor el fin que deseaba, que no vivia sin Don Fernando, cuya tibieza le trahia sin juicio. Lucrecia se valia de mas eficaces remedios, porque acontecia estar el pobre Cavallero en casa de Doña Juana, y sacarle de ella, ya vestido, ya desnudo, como lo hallaba el engaño de sus hechizos. Viendo en fin Doña Juana, quan de caìda iban sus cosas, quiso hacerle guerra con las mismas armas, pues las de su hermosura, ya podian tan poco: y andando inquiriendo quien le ayudaria en esta ocasion, no faltò una amiga, que le diò noticia de un Estudiante, que residia en la famosa Villa de Alcalà, tan ladino en esta facultad, que solo en

Digitized by Google

en oìrlo se prometiò dichoso fin. Y para que los terceros no dilataſſen su muerte, quiso ser èlla la mensagera de sì miſma; para lo qual (fingiendo haver hecho una promeſa) alcanzada la licencia de Don Fernando, que no le fuè muy dificultoso alcanzar, para hacer una novena al glorioso San Diego, en su santo sepulcro, se metiò en un coche, y fuè à buſcar, lo que le pareciò que seria su remedio, con cartas de la perſona que le diò nuevas del Eſtudiante, del qual como llegò à Alcalà, y à su caſa, fuè recibida con mucho agrado; porque con las cartas le puſo en las manos veinte eſcudos. Contòle ſus penas la afligida ſeñora, pidiendole ſu remedio, à lo qual reſpondiò el Eſtudiante, que quanto à lo primero era meneſter ſaber ſi se caſaria con èlla, y que deſpues entraria el apremiarla à que lo hicieſſe; y para eſto le diò dos ſortijas de unas piedras verdes, y le dixo: que se bolvieſſe à Toledo, y que aquellos anillos los llevaſſe guardados, y que no los puſieſſe haſta que Don Fernando la fueſſe à ver, y en viendole entrar, los puſieſſe en los dedos, las piedras à las palmas, y tomandole las ſuyas le trataſſe de ſu caſamiento, y que advirtieſſe en la reſpueſta que le daba, que èl seria con èlla dentro de ocho dias, y le diria lo que havia de hacer en eſto, mas que le advertia que se quitaſſe luego los anillos, y los guardaſſe como los ojos, porque los eſtimaba en mas que un millon. Con eſto dexandole memoria de ſu caſa, y nombre, para que no erraſſe quando la fueſſe à buſcar; la mas contenta del Mundo se bolviò à Toledo. Aſſi como llegò, avisò à D. Fernando de ſu venida, el qual recibiò eſta nueva con mas mueſtras de peſar, que guſto, ſi bien el eſtar cargado de obligaciones le obligò à diſſimular ſu tibieza, y aſſi fuè luego à verla por no darle ocaſion para que tuvieſſe quexas. Pues viendo Doña Juana lo que le ofrecia ſu fortuna, y poniendoſe luego ſus anillos, conforme à la orden que tenia, tomò las manos à D. Fernando, y entre millares de caricias, le empezò à decir: que quando havia de ſer el dia en que pudieſſe èlla gozarle en ſervicio de Dios. A eſto reſpondiò D. Fernando, que ſi pensàra no dar diſguſto à ſu madre, aquella miſma noche la hiciera ſuya; mas que el tiempo haria lo que le parecia que eſtaba tan impoſſible. Con eſta reſpueſta, y quedarſe alli aquella noche, le pareciò à Doña Juana, que ya eſtaba la fortuna de ſu parte, y que Don Fernando era ya ſu marido; quitòſe ſus ſortijas, y diòſelas à la criada que las guardaſſe: la fragona que las viò tan lindas, y lucidas, puſoſelas en las manos, ſacò agua del pozo, fre-

Digitized by Google

fregò, y otro dia las llevo al rio, dando pabonada con estas, no solo este, mas todos los otros que faltaban, hasta venir el Estudiante, quitandolas solo para ir delante de su señora, porque no las viera. Al cabo de este tiempo, vino el Estudiante de Toledo, fuè recibido de Doña Juana; la qual despues de haverle regalado, le bolviò sus fortijas, y le dixo lo que D. Fernando havia respondido. El Estudiante agradecido à todo, se partiò otro dia, dexandole dicho, que èl miraria con atencion su negocio, y le avisaria que fin havia de tener. Mas apenas saliò el miserable una legua de Toledo, quando los demonios que estaban en las fortijas, se le pusieron delante, y derribandole de la mula, le maltrataron, dandole muchos golpes, tantos, que poco le faltaba para rendir la vida. Decianle, en medio de la fuga, vellaco, traydor, que nos entregaste à una muger, que nos puso en poder de su criada, que no ha dexado rio, ni plaza, donde no nos ha trahido, sacando agua, fregando con nosotros: de todo esto eres tu el que tienes la culpa, y assi serás el que lo has de pagar. Que respuesta piensas darle? Piensas que se ha de casar con èlla? No por cierto, porque juntos como estan acà, estan ardiendo en los infiernos, y de essa suerte acabarán, sin que ni tu, ni èlla cumplais vuestro deseo. Y diciendo esso, le dexaron ya por muerto, hasta otro dia por la mañana, que unos panaderos que venian à Toledo, le hallaron ya casi espirando, y movidos de compassion, le pusieron en una mula, y le traxeron à la Ciudad, y pusieron en la plaza, para ver si le conocia alguna persona, porque el pobre no estaba para decir quien era, ni donde lo havian de llevar. Acertò en este tiempo à ir la criada de Doña Juana à comprar de comer, y al punto le conociò, con cuyas nuevas, fuè luego à su señora, que en oyendolo, tomò su manto, y se fuè à la plaza, y como le conociò, le mandò llevar à su casa, para hacerle algunos remedios. Hizolo assi, y acostandole en su cama, y llamando los Medicos, le hicieron tal cura, que mediante èlla, fuè Dios servido que bolviesse en sì. El qual en el tiempo que durò su mal, contò à Doña Juana la causa de èl, y la respuesta, que los demonios le havian dado de su negocio. Causò en la Dama tal temor el decirle que estaba en el infierno, como en el mundo, que bastò para irla desapassionando de su amor, y desapassionada mirò su peligro, y assi procurò remediarle, tomando otro camino diferente del que hasta alli havia llevado. Sanò el Estudiante de su enfermedad, y antes de partirse à su tierra, le pidiò à Doña Juana,

Digitized by Google

na, que pues su saber era tanto, que le ayudasse à su remedio. A lo qual el mozo agradecido, le prometiò hacer quanto en su mano fuesse. Es pues el caso, que al tiempo que Don Fernando, se enamorò de èlla, la servia, y galanteaba un Cavallero Ginovès, hijo de un hombre muy rico, que assistiò en la Corte, que con sus tratos, y correspondencias en toda Italia, havia alcanzado con grandes riquezas el titulo de Cavallero para sus hijos. Era segundo, y su padre tenia otro mayor, y dos hijas, la una casada en Toledo, y la otra Monja. Pues este mancebo, cuyo nombre era Octavio, que por gozar de la vista de Doña Juana, lo mas del tiempo assistia en la Ciudad con sus hermanos, y su padre lo tenia por bien, respeto del gusto que èl as tenian con su vista; como à los principios por no haver entrado D. Fernando en la pretension se havia visto mas favorecido; y despues que Doña Juana cautivò su voluntad, le empezasse à dar de mano, y Octavio supiesse que èl era la causa de no mirarle bien su Dama, determinò de quitarle de por medio; y assi una noche que D. Fernando con otros amigos estaba en la calle de Doña Juana, saliò à ellos con otros que le ayudaron, y tuvieron unas crueles cuchilladas; de las quales salieron de la una, y otra parte algunos heridos. Octavio desafiò à D. Fernando, el qual ya en este tiempo gozaba à Doña Juana con palabra de esposo: pues como la Dama supo el desafio, temerosa de perder à Don Fernando, escriviò un papel à Octavio, diciendole, que el mayor estremo de amor que podia hacer con èlla, era guardar la vida de su esposo, mas que la suya misma; porque hiciesse cuenta que la suya no se sustentaba, sino con èlla: y otras razones tan discretas, y sentidas, de que el enamorado Octavio recibiò tanta passion, que le costò muchos dias de enfermedad. Y para guardar mas enteramente el gusto, y orden de Doña Juana, despues de responder à su papel mil ternezas, y lastimas, le diò tambien palabra de guardarle, como veria por la obra, y esta misma tarde vestido de camino, dixo à Doña Juana viendola en un balcon, casi con lagrimas en los ojos: Ingrata mia, basilisco hermoso de mi vida, à Dios para siempre. Y dexando con esto à Toledo, se fuè à Genova, donde estuvo algunos dias, y de alli se passò à servir al Rey, en el Reyno de Napoles. Pues como Doña Juana, dando credito à lo que el Estudiante le decia, y pareciendole, que si Octavio bolviera à España, serìa el que le estaria mas à proposito para ser su marido, y assi dandole cuenta al Estudiante de esto, le pidiò, obligandole con las

Digitized by Google

las dadivas, à que le hiciesse venir con sus conjuros, y enredos. El Estudiante, escarmentado de la passada burla, la respondiò, que èl no havia de hacer en esso mas de decirle lo que havia de hacer, para que consiguiesse su deseo, y que dentro de un mes bolveria à Toledo, y que conforme le sucediesse, le pagaria. Diòle con esto un papel, y ordenòle, que todas las noches se encerrasse en su aposento, è hiciesse lo que decia, con esto se bolviò à Alcalà, dexando à la Dama instruìda en lo que havia de hacer, la qual por no perder tiempo, desde esta misma noche empezò à exercer su obra. Tres serian passadas, quando (ò que las palabras del papel tuviessen la fuerza, que el Estudiante havia dicho, ò que Dios, que es lo màs cierto, quiso con esta ocasion ganar para sì à Doña Juana) estando haciendo su conjuro, con la mayor fuerza que sus deseos la obligaban, sintiendo ruìdo en la puerta, puso los ojos en la parte donde sonò el rumor, y viò entrar por ella cargado de cadenas, y cercado de llamas de fuego à Octavio, el qual le dixo con espantosa voz. Que me quieres, Doña Juana? No basta haver sido mi tormento en vida, sino en mi muerte? Cansate ya de la mala vida en que estàs, teme à Dios, y la cuenta que has de dar de tus pecados, y distraìmientos, y dexame à mi, que estoy en las mayores penas que puede pensar una miserable alma que aguarda en tan grandes dolores, la misericordia de Dios, porque quiero que sepas, que dentro de un año que salì de esta Ciudad, fuè mi muerte saliendo de una casa de juego, y quiso Dios que no fuesse eterna. Y no pienses que he venido à decirte esto por la fuerza de tus conjuros, sino por particular providencia, y voluntad de Dios, que me mandò que viniesse à visitarte, que si no miras por ti, ay de tu alma. Diciendo esto, bolviò à sus gemidos, y quexas, arrastrando sus cadenas, y se saliò de la sala, dexando à Doña Juana llena de temor, y congoxas, no de haver visto à Octavio, sino de haverle oìdo tales razones, teniendolas por avisos del Cielo, pareciendole que no estaba lexos su muerte, pues tales cosas le sucedian. Considerando pues esto, y dando voces à sus criadas, se dexò caer en el suelo, vencida de un cruel desmayo: entraron à los gritos, no solo las criadas, mas las vecinas, y aplicandole algunos remedios tornò en sì, para de nuevo bolver à su desmayo, porque apenas se le quitaba uno, quando le bolvia otro, y de esta suerte, ya sin juicio, ya con èl, passò la noche sin atreverse las que estaban con èlla à dexarla. Vino en estas confusiones el dia, sin que Doña Juana tuvies-

Digitized by Google

viesse mas alivio, aunque à pura fuerza la havian desnudado, y metido en la cama, y como era de dia, vino D. Fernando tan admirado de su mal, quanto lastimado de èl; sentandose sobre su cama, le preguntò la causa de èl, y assimismo què era lo que sentia? A lo qual la hermosa Doña Juana (siendo mares de llantos sus ojos) le contò quanto le havia sucedido, assi con el Estudiante, como con Octavio, sin que faltasse un punto en nada, dando fin à su platica con estas razones: Yo señor Don Fernando, no tengo mas de una alma, y essa perdida, no sè, que me queda mas que perder: los avisos del Cielo ya passan de uno, no serà razon aguardar à quando no haya remedio, yo conozco de vuestras tibiezas, no solo que no os casareis conmigo, mas que la palabra que me disteis, no fuè mas de por traherme à vuestra voluntad; dos años ha que me entreteneis con èlla, sin que haya mas novedad mañana, que oy, yo estoy determinada de acabar mi vida en Religion, que segun los prodigios que tengo, no durarà mucho, y no penseis, que por estar defraudada de ser vuestra muger escojo este estado, que os doy mi palabra, que aunque con gusto vuestro, y de vuestra madre, quisieredes que lo fuera, no acetàra tal, porque desde el punto que Octavio me dixo que mirasse por mi alma, propuse de ser esposa de Dios, y no vuestra, assi lo he prometido; y lo que solo quiero de vos, es, que atento à las obligaciones que me teneis, supuesto que mi hacienda es tan corta, que no bastàra à darme el dote, y lo demàs que es necessario, me ayudeis con lo que faltàre, y negocieis mi entrada en la Concepcion, que este sagrado elijo para librarme de los trabajos de este mundo. Callò Doña Juana, dexando à los oyentes admirados, y à Don Fernando tan contento, que diera la misma vida en albricias, (tal le tenian los embustes de Lucrecia) y abrazando à Doña Juana, y alabando su intento, y prometiendo hacer en esso mil finezas, se partiò à dar orden en su entrada en el Convento, la qual se consertò en mil ducados, que los diò Don Fernando con mucha liberalidad; con los demàs gastos de axuar, y propinas, porque otros mil que hizo Doña Juana de su hacienda los puso en renta para sus monjas, y pagando à sus criadas, y dandoles sus vestidos, y camisas que repartiò con ellas, junto con las demàs cosas de la casa, antes de ocho dias se hallò con el habito de Religiosa, la mas contenta que en su vida estuvo, pareciendole que havia hallado refugio à donde salvarse, y que escapando del infierno se hallaba en el Cielo. Libre ya D. Fernando de esta car-

ga,

Digitized by Google

ga, acudiò à casa de Lucrecia con mas puntualidad, y èlla viendole tan suyo, y que ya estaba libre de Doña Juana, no apretaba tanto la fuerza de sus embustes, pareciendole que bastaba lo hecho, para tenerle asido con su amistad, con lo qual D. Fernando tuvo lugar de acudir à las casas de juego, donde jugaba, y gastaba largo. De esta suerte se hallò en poco tiempo con muchos ducados de deuda, y pareciendole que con la muerte de su madre se remediaria todo, creyendo que segun su edad no duraria mucho. La qual sabiendo que ya estaba libre de Doña Juana, cuyos sucessos no se le encubrian, tratò de casarle, creyendo que esto serìa parte para sossegarle: con el parecer de D. Fernando, que como he dicho, no estaba tan apretado de los hechizos de Lucrecia, viendo que ya no tenia à quien temer, puso la mira en una Dama de las hermosas que en aquella sazon se hallaban en Toledo, cuyas virtudes corrian parejas con su entendimiento, y belleza. Esta señora, cuyo nombre es Doña Clara, era hija de un Mercader, que con su trato calificaba su riqueza, por llegar con èl, no solo à toda España, sino passar à Italia; y à las Indias. No tenia mas hijos que à Doña Clara, y para èlla, segun decian gran cantidad de dinero, si bien en esso havia mas engaño que verdad, porque el tal Mercader se havia perdìdo, aunque para casar su hija conforme su merecimiento dissimulaba su pèrdida. En esta señora, como digo, puso la madre de Don Fernando los ojos, y en èlla los tenia assimismo puestos un hijo de un Titulo, y no menos que el heredero, y mayorazgo, no con intento de casarse, sino perdìdo por su belleza, y èlla le favorecia, que ni en Toledo alcanzaba fama de liviana, ni tampoco la tenia de cruel. Dexabase passear, y dar musicas, estimar, y engrandecer su belleza, mas jamàs diò lugar à otro atrevimiento, aunque el Marquès (que por este titulo nos entenderèmos) facilitàra en mas su virtud, que su riqueza. Puso en fin la madre de D. Fernando terceros nobles, y muy cuerdos para el casamiento de su hijo, y fuè tal su suerte, que no tuvo mucha dificultad en alcanzarlo del padre de la Dama, y èlla como no estimaba al Marquès en nada, por conocer su intento, diò luego el si, con que hechos los conciertos, y procediendo las necessarias diligencias, se desposò con D. Fernando, dandole luego el padre de presente seis mil ducados en dinero, porque lo demàs dixo estar empleado: y que pues no tenia mas hijos que à Doña Clara, cosa forzosa era ser todo para èlla. Contentòse Don Fernando, por ta-

Digitized by Google

tapar con este dinero sus trampas, y ttapazas, entrando en poder del lobo la cordera, que assi lo podemos decir. Dentro de un mes de casada Doña Clara, viò su padre que era imposible cumplir la promesa que le havìa prometido à su hija, juntando lo mas que pudo despues de los seis mil ducados que diò, se ausentò de Toledo, y se fuè à Sevilla, donde se embarcò para las Indias, dexando por esta causa metida à su hija en dos mil millares de disgustos, porque como Don Fernando se havia casado con èlla por solo el interès, y los seis mil ducados se havian ido en galas, y cosas de su casa, y pagar las deudas en que sus vicios le havian puesto, à dos dias sin dinero, saliò à la plaza su poco amor, y fuè trocando el que havia mostrado, que era poco, en desabrimiento, y odio declarado, pagando la pobre señora el engaño de su padre; si bien la madre de D. Fernando, viendo su inocencia, y virtud, bolvia por èlla, y le servia de escudo. Supo Lucrecia el casamiento de D. Fernando à tiempo que no lo pudo estorvar, y por estar ya hecho, y por vengarse, usando de sus endiabladas artes, diò con èl en la cama, atormentandole de manera, que siempre le hacia estar en un ay, sin que en mas de seis meses que le durò la enfermedad se pudiesse entender de donde le procedia, ni le sirviessen los continuos remedios que se hacian. Hasta que viendo esta Circe, que el tenerle assi, mas servia de perderle, que de vengarse, dexò de atormentarle, con lo que D. Fernando empezò à mejorar: mas mudando la traydora de intento, encaminò sus cosas à que aborreciesse à su muger, y fuè de suerte, que estando ya bueno, tornò à su acostumbrada vida, passando lo mas del tiempo con Lucrecia. El Marquès desesperado de ver à Doña Clara casada, tambien havia pagado con su salud su pena, y ya mejor de sus males, aunque no de su amor, tornò de nuevo à servir, y solicitar à Doña Clara, y èlla à negarle de suerte sus favores, que ni aun verla era possible, con cuyos desdenes se aumentaba mas su fuego. En este tiempo muriò la madre de Don Fernando, perdiendo en èlla Doña Clara su escudo, y defensa, y D. Fernando el freno que tenia, para tratarla tan asperamente, como de alli adelante hizo, porque se passaban los dias, y las noches sin ir à su casa, ni aun à verla, lo qual sentìa mucho la pobre señora, con tanto estremo, que no havia consuelo para èlla, y mas quando supo la causa que trahia à su marido sin juicio. No ignoraba el Marquès lo que Doña Clara passaba, mas era tanta su virtud, y recogimiento, que jamàs podia al-

Digitized by Google

alcanzar de èlla, ni que recibiesse un papel, ni una joya, con ser su necessidad bien grande, porque las deudas de D. Fernando, los juegos, y el poco acudir à grangear su hacienda, la fuè acabando de suerte, que no havia quedado nada, tanto que ya se atrevia à sus joyas, y vestidos, sustentando dos niñas que en el discurso de quatro años que havia que se havia casado tenia, y una criada con el trabajo de sus manos, porque D. Fernando no acudia à nada: y con todo, no havia de acabar con èlla, ni algunas amigas, ni su criada, que recibiesse algunos regalos que el Marquès le embiaba con èllas, antes à quanto acerca de esto le decian, daba por respuesta, que la muger que recibia, cerca estaba de pagar. Passado todo este tiempo, la justicia de oficio, como era publico el amancebamiento de Don Fernando, y Lucrecia, diò en buscarle, siguiendole à èl los passos. No faltò quien diò de esto aviso à Lucrecia, la qual no tuvo otro remedio, sino poner tierra en medio: tomò su hacienda, acompañada de su Don Fernando, que ya havia perdido de todo punto la memoria de su muger, è hijas, se fuè à Sevilla, adonde vivian juntos, haciendo vida, como si fueran marido, y muger. Sintiò Doña Clara este trabajo, como era razon, tanto, que fuè milagro no perder la vida, si no la guardàra Dios para mayores estremos de virtud, la qual sin saber de su marido estuvo mas de año y medio, passando tantas necessidades que llegò à no tener criada, sino puesta en trage humilde, de mas de trabajar de dia, y de noche para sustentarse à sì, y à sus dos niñas à servirse su casa, è ir èlla misma à llevar, y traher la labor à una tienda. Succediò en este tiempo, hallarse velando una noche para acabar un poco de labor, que se havia de llevar à la mañana, forzada del amor, del dolor, de la tristeza, y soledad, ò lo mas cierto, por no dexarse vencer del sueño, cantò assi:

Fugitivo paxarillo,
que por el ayre te vas,
inconstante à mis finezas,
ingrato à mi voluntad.
Si estuvieras por la tuya
prendado, no hay que dudar,
que una prision tan suave
pudiera cansar jamàs.
Nunca presumì ignorancias,
porque de saber amar,
supe conocer tu amor,
agradecido no mas.
Jamàs se engaña quien ama,
aunque se dexa engañar,
que amor tambien en su Corte,
razones de estado da.
Què puede hacer el què adora,
aunque sepa que le dan
dissimulado el veneno,
sino beber, y callar?

Digitized by Google

Dexè engañar mis temores,
aunque conocì mi mal;
pero como tu fingias,
te cansaste de engañar.
Tan remontado te miro,
tan tibio, y tan desleal,
que aunque el reclamo te llama,
no le quieres escuchar.
Escucha paxaro libre,
las ternezas con que està
llamandote en tono triste,
oye las voces que da.
Paxarillo lisongero,
buelve, buelve, donde vas?
à la jaula de mi pecho,
ten de mis penas piedad.
Quando me miras cautivo,
pretendes tu libertad,
paga prision con prision,
y assi perfecto seràs.
En lagrimas de mis ojos,
que son por tu causa, un mar,
hallaràs tierna bebida,
sin que te pueda faltar.
Mi corazon por comida,
por carcel mi libertad,
y por lazos estos brazos,
que ya aguardando te estan.
Huyes sin oìr mis quexas,
plega à Dios que donde vas,
como me tratas te traten,
sin que te quieran jamàs.
Que yo llorando mi engaño,
la vida pienso acabar,
sintiendo en tus sinrazones,
mi muerte, y tu libertad.
Esto dixo à un paxarillo,
que de su prision se va,
un pecho de amor herido,
una firmeza leal.
Y al fin de sus tristes quexas,
instrumento sin templar,
cantò à su paxaro libre,
que fugitivo se va.
Paxaro libre, tu te perderàs,
q̃ el regalo que dexas, no lo hallaràs.

Era la sala en que estaba Doña Clara, baxa, y correspondia una rexa à la calle, à la qual estaba escuchando Don Sancho, que este es el nombre del Marquès su amante, y como oyesse las quexas, y en un corazon que ama, es aumentar su pena oìr la pena de otros, tan enternecido, como amante, porque le tocaban en el alma los pesares de Doña Clara, llamò à la rexa, à cuyo ruìdo la Dama, alterada, preguntò quien era? Yo soy hermosa Clara, (dixo D. Sancho) yo soy, escuchame una palabra: Quien quieres que sea, ò quien te parece que podia ser, sino el que adora tu hermosura, y estimando tus desdenes por regalados favores, anìma con esperanzas su vida? No sè de que las podeis tener, Señor Don Sancho, dixo Doña Clara, ni quien os las da, pues despues que me casè, no he dado lugar, ni à vuestros deseos, ni à quien los ha solicitado: para que vivan animados, y si os fiais en la cortesìa con que antes de tener marido me dexè servir de vos, advertid que aquella fuè galanterìa de doncella, que sin ofensa de su honor pudo, ya que no amar, de-

effarouché — tiepido — richiamo — gabbia — aspettare — forti

Digitized by Google

dexarse amar. Ya tengo dueño, justo, ò injusto, el Cielo me lo diò, mientras no me lo quitàre, le he de guardar la fé que prometì, supuesto esto, si me quereis, la mayor prueba que harè de este amor, serà que escuseis lo que la vecindad puede decir de un hombre poderoso, y galan como vos, passear las puertas de una muger moza, y sin marido, y mas no ignorando la Ciudad mi necessidad, pues creeràn que haveis comprado con èlla mi honor. Esto quiero yo remediar, hermosa Clara, dixo D. Sancho, sin otro interès, mas de haver sido el remedio de vuestros trabajos. Servios de recibir mil escudos, y no me hagais otro favor, que yo os doy palabra como quien soy, de no cansaros mas. No hay deudas, Señor D. Sancho, respondiò Doña Clara, que mejor se paguen que las de la voluntad, efecto de èlla es vuestra largueza, yo ni me tengo de fiar de mi misma, ni obligarme à lo que nunca he de poder pagar. Yo tengo marido, èl mirarà por mi, y por sus hijas, y si no lo hiciere, con morir, ni yo puedo hacer mas, ni èl me puede pedir mayor fineza. Con esto cerrò la ventana, dexando à Don Sancho, mas amante, y mas perdìdo, sin que dexasse por esto de perseverar en su amor, ni èlla en su virtud. Año y medio havia passado, desde que D. Fernando se ausentò de Toledo, sin que se supiesse donde estaba, hasta que viniendo à Toledo unos Cavalleros que havian ido à Sevilla à ciertos negocios, dixeron à Doña Clara, como le havian visto en aquella Ciudad: nuevas de tanta estima para Doña Clara, que no hay ponderacion que lo diga, y desde este punto se determinò de ir à ponerselo delante, y ver si le podia obligar à que bolviesse à su casa. Y andando à buscar donde dexar sus niñas, mientras hacia este camino; Doña Juana, que ya professa, y con muy buena renta, la mas contenta del Mundo, no ignorando estos sucessos, dando gracias à Dios, porque no havia sido èlla la desdichada: estaba en su Convento haciendo vida de una santa, supo la necessidad de Doña Clara, y como buscaba donde dexar las niñas, que en aquel tiempo tenia la una quatro años, y la otra cinco, la embiò à llamar, y despues de decirla quien era, por si no lo sabìa, y las mercedes que el Cielo la havia hecho en traherla à tal estado, lo que le pesaba de sus trabajos, y en lo que estimaba la virtud, y prudencia con que los llevaba; le dixo como estaba informada que queria ir à Sevilla, y que buscaba quien le tuviesse sus hijas, que se las traxesse, que èlla las recibiria por suyas, y como à tales en siendo de edad las daria el do-

Digitized by Google

te, para que fueſſen Religioſas en ſu compañia, y que creyeſſe que eſto no lo hacia por amor que tuvieſſe à ſu padre, ſino por laſtima que la tenia. Agradeciò Doña Clara la merced que la hacia, y por no dilatar mas ſu camino, el poco aparato de caſa que le havia quedado, como era una cama, y otras coſillas, llevò con ſus hijas à Doña Juana, la qual tenia ya licencia del Arzobiſpo, para recibirlas. Y al tiempo que abriò la porteria para que entraſſen, apretando entre los brazos à Doña Clara con los ojos llenos de lagrimas, le metiò en las manos un bolſillo con quatrocientos reales en plata. Y deſpidiendoſe de èlla, eſta miſma tarde ſe puſo en camino en un carro que iba à Sevilla, dexando à Doña Juana muy contenta con ſus nuevas hijas. Llegò Doña Clara à Sevilla; y como iba à ciegas, ſin ſaber en que parte havia de hallar à D. Fernando, y ſiendo la Ciudad tan grande, y teniendo tanta gente, fuè de ſuerte, que en tres meſes que eſtuvo en èlla, no pudo ſaber nuevas de tal hombre. En eſte tiempo ſe le acabò el dinero que llevaba, porque pagò en Toledo algunas deudas que tenia, y no le quedaron ſino cien reales. Pues viendoſe morir (como dicen de hambre) ya deſahuciada de no hallar remedio, y que bolver à Toledo, era lo miſmo, determinò de quedarſe en Sevilla, haſta ver ſi hallaba à D. Fernando: para eſto procurò una caſa donde ſervir, y encomendandolo à algunas perſonas, particularmente en la Igleſia, le dixo una ſeñora, que èlla le daria una, donde ſe hallaria muy bien, para acompañar à una ſeñora ya mayor; ſi bien temia que por tener el marido mozo, y ſer èlla de tan buena cara, no ſe havian de concertar. Doña Clara, con una verguenza honeſta, le dixo, que le dixeſſe la caſa, que probaria ſuerte. Diòle la ſeñora las ſeñas, y un recado para la tal ſeñora que era ſu amiga: con las quales Doña Clara ſe fuè à la caſa, que era junto à la Igleſia Mayor, y entrando en èlla, la viò toda muy bien aderezada (ſeñal clara de ſer los dueños ricos) como hallaſſe la puerta abierta, ſe entrò ſin llamar haſta la ſala del eſtrado, donde en uno muy rico, viò ſentada à Lucrecia, la amiga de ſu marido, que luego la conociò, por haverla viſto una vez en Toledo, y junto à èlla à Don Fernando, deſnudo, por ſer Verano, con una guitarra, cantando eſte Romance, que por no impedirle, no quiſo dar ſu recado, admirada de lo que via, y mas de ver que no la havian conocido.

Ya por el balcon de Oriente
el Alva muestra sus rizos,
ver-

Digitized by Google

vertiendo la copia hermosa
sobre los campos floridos.
Ya borda las bellas flores
de aljofarado rocìo,
de cuya embidia las fuentes
vierten sus cristales limpios.
Ya llama al querido hermano,
que està alumbrando à los Indios,
y en la carroza dorada
siembra claveles, y lirios.
Ya retozan por las peñas
los pequeños corderillos,
à la musica divina
que entonan los paxarillos.
Ya mirandose los Cielos
en los bullicioſos rios,
buelven los blancos cristales,
de turquesados zafiros.
Ya es el Invierno Verano,
y Primavera el Estio,
hermosos Cielos los valles,
y los campos Paraìsos.
Porque su frescura pisan
de Anardo los pies divinos,
dulce prision de las almas,
de la vista basilisco.
Siguiendo viene sus passos
un gallardo Pastorcillo,
que por ser Narciso en gala,
serà su nombre Narciso.
Por quien Venus olvidada
ya de su Adonis querido,
solo por verle baxàra
de sus estrados divinos.
Y por quien Salmacis bella,
tomàra por buen partido,
en su amada compañìa
ser eterno hermofrodito.
Engañando los recelos
de un sospechoso marido,
saliò Anarda de su Aldea,
à verse con su Narciso.
Llegando à una clara fuente,
que adornan fauces, y mirtos,
agradables se reciben,
amandose agradecidos.
Enternecidos se sientan
junto aquel arbol divino,
triunfo del Señor de Delo,
y de su Damne castigo.
Y sedientos de favores
en este agradable sitio,
beben de su aliento el nectar
en conchas de coral fino.
Al campo cerrò las puertas
el rapaz, de Venus hijo,
que poner puertas al campo,
solo pudiera Cupido.
Lo demàs que sucediò
vieron los altos Alisos,
haciendo sus hojas ojos,
y sus cogollos oìdos.

Como acabò de cantar D. Fernando, Lucrecia preguntò à Doña Clara, si buscaba alguna cosa, à lo qual respondiò, que la señora Doña Lorenza su amiga, le embiaba, para que su merced viesse si valia algo para el efecto que buscaba de criada. A esto puso Don Fernando los ojos en èlla, que ya Lucrecia la havia mandado sentar enfrente de èl, mas aunque hizo esta accion, no la conociò mas que si en su vida no la huviera visto, de lo qual Doña Clara estaba admirada, y daba entre sì gracias de haver por tal modo hallado lo que tan

Digitized by Google

caro le costaba el buscarlo, sintiendo en el alma el verle tan desacordado, y fuera de sì, conociendo como discreta, de la causa que procedia tal efecto, que eran los hechizos de aquella Circe que tenia delante. Preguntòle Lucrècia, agradada de su cara, y honestidad, què de donde era? De Toledo soy, respondiò Doña Clara. Pues quien os traxo à esta tierra, replicò Lucrecia? Señora (dixo Doña Clara) aunque soy de Toledo, no vivia en èl, sino en Madrid: vine con unos señores que iban à las Indias, y al tiempo de embarcarse caì muy mala, y no pude menos que quedarme, con harto sentimiento suyo: en cuya enfermedad, que me ha durado tres meses, he gastado quanto tenia, y me dexaron, y viendome con tan poco remedio, pregunte oy à la señora Doña Lorenza, que por suerte la vi en la Iglesia, si queria una criada para acompañar, como en esta tierra se usa, y su merced me encaminò aqui, y assi, si vuessa merced no ha recibido ya quien la sirva, crea de mi que sabrè dar gusto, porque soy muger noble, y honrada, y me he visto en mi casa con algun descanso. Agradòse Lucrecia con tanto estremo de Clara, viendo su honestidad, y cordura, que sin reparar la una, ni la otra en el concierto, ni mas demandas, ni respuestas, se quedò en casa, contenta por una parte, y por la otra como era razon que estuviesse, quien via lo mismo que venia à buscar, tan fuera de sì, que sin conocerla, hacia delante de sus ojos regalos, y favores à una muger que no los merecia. Entregòle Lucrecia à su nueva criada las llaves de todo, dandole el cargo del regalo de su señor, y el govierno de dos esclavas que tenia: solo un aposento que estaba en un desvàn, no le dexò ver, porque reservò solo à su persona la entrada en èl, guardando la llave, sin que ninguna persona entrasse con ella, quando iba à èl, con tanto cuydado, que aunque Clara procuraba ver lo que havia en èl, no le fuè possible; bien es verdad que siempre estaba con sospecha de que era aquel aposento la oficina de los embustes, con que tenia à Don Fernando tan ciego, que no sabìa de sì, ni cuydaba de mas que de querer, y regalar à su Lucrecia, haciendo con èlla muy buen casado, tanto, que con la mitad se diera Clara por muy contenta, y pagada. En esta vida passò mas de un año, siendo muy querida de sus amos, escriviendo cada ordinario à Doña Juana los sucessos de su vida, y èlla animandola con sus cartas, y consuelos, para que no desmayasse, ni lo dexasse, hasta ver el fin. Al cabo de este tiempo cayò Lucrecia en la cama de una muy gravissima enfer-

Digitized by Google

enfermedad, con tanto sentimiento de Don Fernando, que parecia que perdia su juicio, pues como las calenturas fuessen tan fuertes, que no la diessen lugar à levantarse poco, ni mucho, al cabo de tres, ò quatro dias que estaba en la cama, llamò à Clara, y con mucha terneza, le dixo estas palabras: Amiga Clara, un año ha que estàs conmigo, el tratamiento que te he hecho, mas ha sido de hija, que de criada, y si yo vivo, de oy adelante serà mejor, y en caso que muera, yo te dexarè con que vivas: estas son obligaciones, y mas en ti que eres agradecida, bien seràn parte para que me guardes un secreto que te quiero decir: toma hija esta llave, y ve al desvàn, donde està un aposento, que ya le havràs visto, entrando dentro, donde hallaràs un arcaz grande de estos antiguos, en èl està un gallo, echale de comer, porque alli en el mismo aposento hallaràs trigo: y mira hija mia, que no le quites los antojos que tiene puestos, porque me va en ello la vida, antes te pido que si de este mal muriere, antes que tu señor, ni nadie lo vea, hagas un hoyo en el corral, y como està con sus antojos, y la cadena con que está atado le entierres, y con èl, el costal de trigo que està en el mismo aposento, que este es el bien que me has de hacer, y pagar. Oyò Clara con atencion las razones de su ama, y en un punto rebolviò en su imaginacion mil pensamientos, y todos paraban en un mismo intento. Y porque Lucrecia no concibiesse alguna malicia de su silencio, la respondiò, agradeciendole la merced que le hacia, en fiar de èlla un secreto tan importante, y de tanto peso, prometiendo de hacer con puntualidad lo que le mandaba, y tomando la llave, con todo cuydado, y con toda diligencia, se fuè à ver su gallo. Subiò al desvàn, y abriendo el aposento entrò en èl, y llegando cerca del arcaz, como considerasse à lo que iba, y la fama que Lucrecia tenia en Toledo, la cubriò un sudor frio, y un miedo tan grande, y tan temeroso, que casi estuvo por bolverse, mas cobrando animo, y esforzandose lo mejor que pudo, abriò el arcaz, y assi como le abriò, viò un gallo con una cadena asida de una argolla que tenia à la garganta, y en otra que estaba asida al arcaz, y assimismo preso, y à los pies tenia unos grillos, y luego tenia puestos unos antojos, al modo de los de cavallo, que le tenia privada la vista. Quedòse Clara, viendo todas estas cosas, tan absorta, y embelesada, que no sabia lo que le havia sucedido; por una parte se reia, y por otra se hacia cruces, y sospechando, si acaso en aquel gallo estaban hechos los hechizos de su mari-

Digitized by Google

do, à cuya cauſa eſtaba tan ciego, que no la conocia, y lo mas cierto es, deſear las mugeres lo miſmo que les privan, le diò deſeo de quitarle los antojos, y apenas lo pensò, quando lo hizo, y haviendoſelos quitado, le puſo la comida, y cerrando, como eſtaba de primero, ſe bolviò à donde ſu ama la aguardaba, que como la viò, le dixo: Amiga mia, diſte de comer al gallo? Quitaſtele los antojos? No ſeñora (reſpondiò Clara) quien me metia à mi en hacer lo que vueſſa merced no me mandò; añadiendo à eſto, que creyeſſe que la ſervia con mucho guſto, y aſſi hacia lo que mandaba con el miſmo. Llegòſe en eſto la hora de comer, y vino Don Fernando à ſu caſa, y deſpues de haver preguntado à Lucrecia, como ſe ſentia, ſe ſentò à la meſa, que eſtaba cerca de la cama; metieron las eſclavas la comida, porque Clara eſtaba en la cocina, poniendola en orden, y embiando los platos à la meſa, haſta que al fin de èlla ſaliò adonde eſtaban ſus amos, y apenas puſo D. Fernando los ojos en èlla, quando la conociò, y con admiracion la dixo: Què haces aqui Doña Clara? Como veniſte? Quien te dixo donde yo eſtaba? Què abito es eſſe? Donde eſtan mis hijas? Porque, ò yo ſueño, ò tu eres mi muger, à quien por ſer yo deſordenado, dexè en Toledo pobre, y deſventurada. A eſto reſpondiò Doña Clara: Buen deſcuydo es el tuyo, eſpoſo mio, pues al cabo de un año que eſtoy en tu caſa ſirviendote como una miſerable eſclava, ſujeta à los engaños de eſta Circe, que eſtà en eſta cama, ſales con preguntarme, que hago aqui? Ay traydora, (dixo à eſta ſazon Lucrecia) y como le quitaſte los antojos al gallo: pues no pienſes que has de gozar de Don Fernando, ni te han de valer nada tus ſutilezas. Y diciendo eſto, ſaltò de la cama; con mas animo, que parecia tener quando eſtaba en èlla, y ſacando de un eſcritorio una figura de hombre, hecho de cera, con un alfiler grande que tenia en el miſmo eſcritorio, ſe le paſſò por la cabeza abaxo, haſta eſconderſele en el cuerpo, y ſe fuè à la chimenea, y la echò en medio del fuego, y luego llegando à la meſa, y tomando un cuchillo, con la mayor crueldad que ſe puede penſar, ſe lo metiò à sì miſma por el corazon, cayendo junto à la meſa muerta. Fuè todo eſto hecho con tanta preſteza, que ni D. Fernando, ni Doña Clara, ni las eſclavas la pudieron ſocorrer. Alzaron todos las voces, dando gritos, à cuyo rumor ſe llegò mucha gente, entre todos la Juſticia, y aſiendo de Don Fernando, y de las demàs, empezaron à hacer informacion, tomando ſu confeſſion à las eſclavas,

Digitized by Google

clavas, las quales declararon lo que havian visto, y oìdo à Don Fernando, diciendo; como Lucrecia era su amiga, y lo que con èlla le havia passado desde el dia que la conocia, hasta aquel punto. Al decir Doña Clara su dicho, dixo, que no havia de decir palabra, sino era delante del Assistente; y que importaba para la declaraciòn de aquel caso no ir èlla à su presencia, sino que viniesse el Assistente à aquella casa. Fueron à darle cuenta de todo, y decirle lo que aquella muger decia, y como lo supo, vino luego acompañado de los mas principales señores de Sevilla, que sabiendo el caso, todos le seguian, en presencia de los quales, dixo Doña Clara quien era, y lo que la havia sucedido con D. Fernando, y con la maldita Lucrecia, sin dexarse palabra por decir. Y haciendo traher alli el arca, en que estaba el gallo, abriò èlla misma con la llave que estaba debaxo de la almohada de Lucrecia, donde todos pudieron ver el pobre gallo con sus grillos, y cadenas, y los antojos que Doña Clara le havia quitado, alli junto à èl. El Assistente admirado, tomò èl mismo los antojos, y se los puso al gallo: al punto Don Fernando quedò como primero, sin conocer à Clara, mas que si en su vida la huviera visto, antes viendo à Lucrecia en el suelo, bañada en sangre, y el cuchillo atravessado por el corazon, se fuè à èlla, y tomandola en sus brazos, decia, y hacia mil lastimas, pidiendo justicia de quien tal crueldad havia hecho. Tornò el Assistente à quitar al gallo los antojos, y luego D. Fernando bolviò à cobrar su entero juicio. Tres, ò quatro veces se hizo esta prueva, y tantas sucediò lo mismo, con que el Assistente acabò de caer en la cuenta, y creyò ser verdad lo que todos decian. Y mandò echar fuera la gente, y cerrar la puerta de la casa, y mirando cofres, y escritorios, hasta los mas apartados rincones, y agujeros, hallaron en el escritorio de Lucrecia mil invenciones, y embelecos, que causaron temor, y admiracion, con que Lucrecia parecia à los ojos de Don Fernando gallarda, y hermosa. En fin satisfecho de la verdad, si bien por vèr si las esclavas eran parte en aquellas cosas, las puso en la carcel, dieron à Don Fernando, y Doña Clara por libres, confiscando la hacienda para el Rey, y publicamente quemaron todas aquellas cosas, el gallo, y lo demàs con el cuerpo de la miserable Lucrecia, cuya alma pagaba ya en el Infierno los delitos, y mala vida, siendo la muerte muy parecida à ella. Acabados de quemar los hechizos, enfermò Don Fernando, yendose poco à poco consumiendo, y acaban-

Digitized by Google

bando. Vendiò Doña Clara un veſtido, y algunas coſillas que havia grangeado en caſa de Luerecia: con eſto, y lo que por orden de la Juſticia ſe le diò, en pago de lo que havia ſervido, ſe metieron en un coche èlla, y D. Fernando, que ya eſtaba muy enfermo, y dieron la buelta à Toledo, creyendo que con ſer ſu natural, con los ayres en que havia nacido cobraria ſalud, ſegun decian los Medicos, mas fuè coſa ſin remedio, porque como llegò à Toledo, cayò en la cama, donde à pocos dias muriò, haviendo dado muchas mueſtras de arrepentimiento. Sintiò Doña Clara ſu pèrdida con tanto eſtremo, que caſi no havia conſuelo para èlla, y eſtuvo bien poco de ſeguir el miſmo camino, porque aunque le tenia enfermo, y eſtaba con tanta neceſſidad, quiſiera que viviera muchos años, ayudandola à eſte ſentimiento, el ver lo que D. Fernando la queria, y el poco tiempo que le durò la vida. Halliòſe ſobre todo eſto ſin remedio, ſino de ſolo Dios, para enterrarle; ni ſe atrevia à ir con eſta neceſſidad à Doña Juana, conſiderando, que harto hacia en tenerle, y ſuſtentarle ſus hijas. Determinòſe, pues, à vender ſu pobre cama aunque no tuvieſſe deſpues en que dormir, mas no eſtaba à eſte tiempo Dios olvidado de la virtud, y ſufrimiento de Doña Clara, y aſſi ordenò, que Don Sancho, que todo el tiempo que èlla havia eſtado fuera de Toledo, havia eſtado en ſu Eſtado (que ya le havia heredado por muerte de ſu padre, ſin haverſe querido caſar, aunque ſe le havian ofrecido muchas ocaſiones, conforme à quien era) ſupieſſe por cartas de un criado, que en Toledo eſtaba caſado, lo que paſſaba, y deſeoſo de bolver à ver al querido dueño de ſu alma, amante firme, y no fundado en el apetito, vino à la Ciudad, y entrò en ella el dia que eſtaba Doña Clara en eſta deſdicha, y como ſupieſſe lo que paſſaba, no pudo ſufrir el enamorado mozo tal coſa; y aſſi ſe entrò por las puertas de la Dama, y deſpues de haverla dado el pèſame breve, y amoroſamente, ordenò el entierro de D. Fernando, con la mayor grandeza que pudo, llevandole con tanto acompañamiento, como ſi fuera ſu padre, acompañandole èl miſmo, y à ſu imitacion los Cavalleros de Toledo. Dado ſepultura al cuerpo, y buelto con toda aqueſſa ilueſtre compañia à la pobre caſa de Doña Clara, en preſencia de todos, le dixo eſtas palabras: Hermoſa Clara yo he cumplido con lo que à caridad debo, dando ſepultura al cuerpo de tu difunto eſpoſo, la voluntad con que lo he hecho, bien ſabes tu, y ſabe eſta Ciudad, que no ha ſido fomentada, mas que con mis de-

Digitized by Google

deseos, por no haver jamàs los tuyos alargado à mas, que à un agradecimiento honesto, y esto fuè antes que tuviesses dueño, que en teniendole, ni aun tu vista merecì, no haviendome faltado à mi por diligencia todas sin provecho, respeto de tu virtud, de la qual si antes me enamoraba tu hermosura, oy me hallo mas enamorado. Ya no tengo padre que me impida, ni tu, ocasiòn para que no seas mia; justo es que pagues este amor, y deudas en que estàs à mi firmeza, con un solo si que te pido, y yo à ti, y no solo yo, sino todos los hombres del Mundo, deben à las mugeres, que à fuerza de virtudes grangean las voluntades de los que las desean. No dilates mi gloria, ni te quites à ti el premio que mereces: tus hijas tendràn padre en mi, y un esclavo, que toda la vida adore à tu hermosura. No tuvo otra respuesta que dar Doña Clara à D. Sancho, mas que echarse à sus pies, diciendo, que era su esclava, y que por tal la tuviesse. Con esto, los que havian venido à dar los pesames, dieron las norabuenas. Siguieronse las ordenes de la Iglesia en amonestaciones, y lo demàs, estando Doña Clara mientras passaban en casa del Corregidor, que era deudo de Don Sancho: donde cumplido el tiempo, se desposaron, alcanzando Don Sancho licencia del Rey, para hacer su casamiento, que todo sucediò como quien tenia el Cielo de su parte; deseoso de premiar la virtud de Doña Clara. Hicieronse en fin las bodas, dotando D. Sancho à las hijas de Doña Clara, que quisieron quedarse Monjas con Doña Juana, cuya discreta eleccion, diò motivo à esta maravilla, para darle nombre de desengaño amado, que no es poca cordura, que quien ama se desengañe. Doña Clara viviò muchos años con su Don Sancho, de quien tuvo hermosos hijos, que sucedieron en el Estado de su padre, siendo por su virtud la mas querida, y regalada que se puede imaginar, porque de esta suerte premia el Cielo la virtud.

La noche siguiente, bueltos à juntar estos Cavalleros, y todas estas Damas, viendo Don Miguel que à èl le tocaba la maravilla de aquella noche, comenzò de esta suerte.

NOVE-

Digitized by Google

NOVELA SEPTIMA.

AL FIN SE PAGA TODO.

ESTando la Corte del Catholico Rey Don Felipe Tercero, en la rica Ciudad de Valladolid, saliò de una casa de conversacion, à mas de las doce, donde fuè à entretener las largas, y pesadas noches del mes de Deciembre, un Cavallero de los mas nobles hijos que tuvo la Villa de Madrid; al atravessar por una de las principales calles de la Ciudad, para venir à su posada, al doblar de una esquina, que hacia una encrucijada, viò abrir la puerta de una casa, y à empellones, arrojar por ella un bulto blanco, que como estuviesse de la otra parte, y la calle fuesse ancha, y espaciosa, no pudo divisar que fuesse, aunque le pareciò ser persona, que de un apressurado salto, que de un escalòn que la puerta tenia, diò consigo un grandissimo golpe en el suelo, que à causa de ser fortissimamente, estaba como hecho de jaspe. Viò tras esto, que cerraron de golpe la puerta, y que aquel bulto, estaba sin menearse, solo que en baxos sollozos decia: Què es esto Cielos? A mi desdicha estais sordos, à mis quexas ingratos, y à mis lagrimas sin sentimiento? Procuraba tras esto levantarse, mas del tormento de la caìda no era possible; moviòle à Don Garcia (que este era el nombre del Cavallero) à lastima estas quexas, y llegandose mas cerca, le preguntò que tenia, y le ofreciò su persona. Ay, señor hidalgo, (respondiò el caìdo) por la Passion de Dios, si hay en vos mas piedad, que en los que me han puesto de este modo, que me ayudeis à levantar, y me pongais en alguna parte, que tenga mas segura la vida. Oyendo esto Don Garcia, espantado por parecerle muger la que hablaba, se llegò mas cerca, y à la poca luz que la Luna daba, viò como no era engañosa su sospecha, porque era muger, y desnuda en camisa, causa de mas admiracion: y deseoso de saber mas por entero el caso, le diò la mano, y luego, quitandose el ferreruelo, se le echò encima, aunque la Dama estaba tan maltratada, que casi no podia tenerse en piè. Ayudòla Don Garcia, cargandola sobre sus brazos, y animandola, la lleyò, hasta sacarle de aquella calle; y viendo la Dama que se paraba, para saber que pensaba hacer de su persona, le dixo con tiernas lagrimas: Señor Cavallero, no es tiempo de desmayar en el bien que ha-

Digitized by Google

haveis empezado à hacerme, mi vida està en muy gran peligro, si soy hallada, y à esta hora, ya havrà muchos que me busquen; si teneis alguna parte secreta, y segura adonde ampararme esta noche, hasta que mañana dè orden de entrar en un Monasterio: Señora mia, yo soy recien llegado à esta Corte, (replicò D. Garcia) que os doy mi palabra, que no ha quince dias que estoy en ella, y no conozco persona de quien fiar la vuestra, sino es de mi mismo; si gustais de venir à mi posada, y no os recelais de poneros en poder de un hombre mozo, y forastero, con èlla os podrè servir: Vamos, Señor, à vuestra posada, (replicò la Dama) que las partes donde yo puedo ir, todas son sospechosas, y sea antes que nos hallen, y pague yo sin culpa la que pensè cometer, si bien à los ojos del vulgo me lo han de dar, por haver restaurado mi honor, y vos el deseo que teneis de ayudarme: Y diciendo esto, caminaron à la posada de Don Garcia, si bien con mucho trabajo, porque la Dama no podia tenerse, aunque mas se animaba. De esta suerte, ayudandola Don Garcia, llegaron à su posada, y entraron dentro; tuvo lugar de ver al hallazgo que se havia hallado, y mirando su nueva camarada, creyò sin duda, que no era muger, sino Angel: tanta era su belleza, y la honestidad, y compostura de su rostro. Era al parecer de hasta veinte y quatro años, y tan hermosa, que sin ser parte el guardarla, le robò el alma con la belleza de sus ojos: tanto, que si no se le pusiera por delante la fee que debia guardar à quien se havia fiado de èl, casi se atreviera à ser Tarquino de tan divina Lucrecia; mas favoreciendo Don Garcia mas à su nobleza, que à su amor, à su recato, que à su deseo, y à la razon, mas que à su apetito, procurò con muchas caricias el reposo de aquella hermosissima señora, à la qual por estar maltratada, y desnuda, como Don Garcia no tenia por el presente vestidos, y ser hora de acudir mas à la quietud que al desvelo, la suplicò se acostasse en su cama. Hizolo à mas no poder la Dama, y dandole Don Garcia lugar para que reposasse, sin querer preguntarle por entonces nada de su persona, ni la causa de haverla hallado. assi, se saliò cerrando la puerta por defuera, y se fuè al aposento de otro huespede, que estaba en la misma casa, con quien havia tratado amistad, dandole à entender, que havia perdido la llave de su aposento, y que hasta otro dia que se descerrajasse, era imposible entrar dentro. De esta suerte passò lo que faltaba de la noche, que à su parecer fuè un siglo, tanto le tenia rendido la hermosa Dama, y deseaba saber la causa, que le ha-

Digitized by Google

havia puesto en tal desdicha. Y assi apenas fuè de dia quando se vistiò, y dando à entender que havia parecido la llave, entrò en su aposento, y hallò à su bella huespeda, que al parecer havia dormido muy poco, y llorado mucho. Sentòse D. Garcia sobre la cama, y despues de preguntarla como se hallaba, y ella dándole gracias, por el bien que le havia hecho, le preguntò que havia de nuevo en Valladolid, si acaso havia salido por ella. No señora, (respondiò Don Garcia) porque si os he de decir la verdad, no me ha dado lugar el deseo de veros, y saber vuestras penas; assi os suplico que no me tengais mas confuso, porque lo estoy tanto como el caso requiere. No me espanto señor D. Garcia, (replicò la Dama, que ya sabia su nombre) que mis cosas admiren à quien las vè, y mas quando sepais desde el principio mi historia, que es tal, que mas os parecerà fabula, que caso verdadero, os la contarè desde el principio de mi niñez, para que tengais que contar en vuestra tierra quando Dios fuere servido de llevaros à ella. Mi nombre, señor, es Hipolita, nacì en esta Ciudad, de padres tan ricos, como nobles, y naciò conmigo la desdicha, que siempre sigue à las hermosas, que por tenerme por tal toda esta tierra, me atrevo à hacerme yo misma esta lisonja. Apenas llegue à los años en que florece la belleza, gallardia, discrecion, y donayre de una muger, quando ya tenian mis padres infinitos pretendientes, que deseaban, por medio mio, à titulo de mi belleza, mas que al de su riqueza, emparentar con ellos, que aunque esta era mucha mas por la hermosura, que por los bienes de fortuna, deseaban mi casamiento. Entre los muchos que desearon esto, fueron los que mas se señalaron dos Cavalleros vecinos nuestros, tanto que entre su casa, y la mia, no havia mas division que la de una pared, entrambos hermanos, y entrambos con el Abito de Alcantara en los pechos, calificacion de su nobleza. Y como yo hasta entonces no sabìa de amor, ni hasta donde llegaba su poder, y jurisdicion, no me inclinaba à mas de lo que mis padres quisiessen escoger: los quales satisfechos de lo bien que me estaba qualquiera de los dos hermanos, eligieron à D. Pedro, que era el mayor, quedando D. Luis, que era el menor, y debia de ser el que me amaba mas, pues fuè el mas desdichado. Estimò esta ventura D. Pedro, como hombre que conocia quanto havia alcanzado en mi valor: y assi lo conocì en sus caricias, y regalos. Pluguiera à Dios huviera yo sido cuerda, y supiera agradecer este amor, y huviera escusado las desdi-

Digitized by Google

dichas que padezco, y las que temo me faltan por padecer. Ocho años gocè de las caricias de mi esposo, y èl de un amor muy verdadero, porque me enseñaba à quererle en las importunaciones de mi cuñado, que aun no tuvieron fin con verme casada con su hermano, el qual como me queria, las veces que hallaba ocasion me lo decia, no creo yo que con intencion de remedio, porque era Christiano, y cuerdo, si bien amor derriba qualquiera prevencion de estas; y assi pienso aora que sucedia en èl, supuesto que en ocasiones que pudo, casandose, apartarse de este amor, no lo hizo, aunque le ofrecì una prima mia, mas rica, y mas hermosa que yo. Llevaba yo esto con la mayor cordura que podia: unas veces dandole à entender que comprehendia sus intentos, y otras reportandole, y reprehendiendole, y dandole en ocasiones los mas sabios, y virtuosos consejos que mi entendimiento alcanzaba; y tal vez riñendole, y afeandole su atrevimiento, jurando decirselo à su hermano, si no se abstenia de tal maldad, y locura. Con lo qual D. Luis, unas veces triste, y otras alegre, y siempre amante, y celebrador de mi belleza, passò todo este tiempo, sustentando su vida con sola mi vista, trato, y conversacion, que por ser las casas juntas, eran muy ordinarias sus vistas, y crecia à cada passo su amor con ellas. En este tiempo se vino como veis la Corte à esta Ciudad, pluguiera à Dios huviera oìdo los gemidos, clamores, y lagrimas de los que sintiendo esta mudanza, clamaban sin ser oìdos, pues con esto se huvieran escusado mis desdichas, que fuè el principio de ellas, y el venir entre los muchos pretendientes que siguen la Corte, uno, cuyo nombre es D. Gaspar, Portuguès de Nacion, y en la profession Soldado, que deseoso de alcanzar premio de muchos servicios que havia hecho à su Rey en Flandes, y otras partes, siguiò à todos los demàs que vinieron tras los Consejos, ò por mejor decir, tras este caos de confusion, que tal es la Corte, y los que la siguen. Y como los negocios no se despachassen à gusto de los pretendientes, si es fuerza aguardar un mes, y otro mes, un año, y otro año, y los de Don Gaspar fuessen despacio, empezò travieso à buscar las casas de juego, donde destruìr su opinion, y hacienda, y ocioso algun sugeto con que entretenerse, y fuìlo yo por mi desdicha, porque viendome un dia en nuestra Señora de San Llorente, dixo, que cautivè su alma; y lo que pensaba buscar por entretenimiento, huvo de solicitar por passion de voluntad; y fuè lo cierto, porque èl me robò la voluntad, la opinion, y el sossiego, pues ya para mi acabò

en

en una hora. Era su gallardia, entendimiento, y donayre, tanto, que sin tener las demàs gracias, que el Mundo llama dones de naturaleza, como son Musica, y Poesia, bastàra à rendir, y traher à quererle qualquiera Dama que llegasse à verle, quanto, y mas la que se viò solicitada, pretendida, y alabada. Ay de mi! Y quan presentes estan en mi alma sus gracias, ya no para estimarlas, sino para sentir, que fueron ellas las que me tienen en el estado que estoy, tan fuera de parecer quien soy, quanto de bolver à verme en la vida dichosa que gocè antes de conocerle. Supe su amor por medio de una criada, (esfingue fiera, y astuta, perseguidora de mi honor) y èl supo de èlla misma mi agradecimiento, y voluntad, escriviendonos por su medio algunas veces, que imposibilitados de vernos por el recato de mi marido, entreteniamos de esta suerte nuestros amorosos deseos.

Sentia Don Gaspar sumamente el verme casada, y yo mas que èl, porque no hay mayor desdicha para quien ama, que tener dueño, y mas si le aborrece, que esto era ya fuerza en mi, supuesto que queria à D. Gaspar; y quando no fuera por esto, por lo menos por estorvo de mi amor, no havia de ser gustosa su compañia. Deciame sobre esto D. Gaspar la vez que me hablaba, que era en la Iglesia, mil lastimas, acompañadas de tantas ternezas, que ya quanto mas aprieta subìa mi amor, baxaba mi honor, y daba passos atras, y en sus papeles mas por entero, porque en ellos se habla sin el estorvo del recato, dicense las razones mas sentidas. Acuerdome que una noche que quiso que fuesse yo testigo de su divina voz, fuè con unas endechas, que si gustais de oìrlas, las dirè, para que me disculpeis de mi yerro; pues no es milagro que se rinda la fragilidad de una muger à unas quexas bien dichas. A esto respondiò Don Garcia, (ya de todo punto rendida su voluntad à la belleza, y donayre, con que la hermosa Hipolita contaba su tragedia) que antes le pedia que no passasse en silencio nada, porque la oìa con tanto gusto, que quisiera que su historia durara un siglo. Pues si es assi, respondiò la Dama, las endechas yo las aprendì de memoria, y creo no se me olvida ninguna, ellas decian assi:

Un imposible adoro,
por esto me atormento,
por èl doy mil suspiros,
por èl lagrimas vierto.
Por èl dexo los gustos,
por èl las penas quiero:
apetezco los males,
y los bienes desprecio.
Ay desdichadas quexas,
ay amor verdadero,

sus-

Digitized by Google

suspiros mal logrados,
cuydados sin efecto.
Dichoso pastorcillo,
de la ventura estremo,
por quien zeloso lloro,
y despreciado temo,
El dia que los ojos,
de mi ingrato te vieron,
ò cegarán los suyos,
ò yo naciera ciego.
Si para darme penas
crió tu gracia el Cielo,
que yo nunca naciera,
fuera piadoso intento.
Y pues hay en la Villa
otros rostros tan bellos,
exceptuando à mi ingrato,
pudieras triunfar de ellos.
Mas si nací cuytado,
sin ventura, què espero?
sin razon me lastimo,
y sin causa me quexo.
Gozala, (mas què digo!)
no la goces, que muero
solo en pensar que tuya
la llama todo el Pueblo.
Caminen mis suspiros
à mi ingrata derechos,
y en su pecho de marmol
se conviertan en fuego.
Mas si la quiero, como
tanto mal la deseo?
mejor es que yo muera,
que soy el que padezco.
Assi cantò llorando
imposibles desvelos,
passadas sinrazones,
y riguroso zelos.
Un zagalejo amante,
su ganado siguiendo,
perdido por ganarle
su ganado el deseo.

No pudo la terneza de mi pecho, ni la fuerza de mi voluntad sufrir el ver padecer à Don Gaspar, sin alentar su amor: siquiera con un dia de favor, y contento, para que pudiesse con èl llevar con gusto tantos pesares como los que havia de padecer, respecto de las pocas ocasiones que me daba mi esposo, porque aunque vivia seguro de mi (ò fuessen respecto de su honor, ò fuerza de su amor) recelòse como cuerdo, picaba tal vez en zeloso necio, mas amor que algunas veces apiadado de ver padecer à sus subditos, les trahe por los cabellos algun breve gusto, ordenò que combidasse à mi esposo un Cavallero su amigo para ir à caza, en cuyo exercicio se havian de entretener dos, ò tres dias. Aceptò Don Pedro el viage, y yo aunque me alegrè sumamente, fingì desabrimiento, estrañando la novedad. En fin èl se partiò à su caza, y aquella secretaria de mi flaqueza à dar aviso à Don Gaspar de esta venturosa suerte, à quien dixo por un papel viniesse aquella noche por la puerta falsa de un jardin que caìa à las espaldas de mi casa, que alli me hallaria, y por señas la puerta abierta, porque no me atrevì à que entrasse por la principal, respecto que mis padres,

Digitized by Google

en cuya casa yo vivia con mi esposo, no lo sintiessen. Era Verano, y para aguardar mi amante, hice sacar al jardin dos colchoncillos de raso, y ponerlos debaxo de unas parras, tomando por achaque el calor, y era la causa el retirarme de las demàs criadas, que si me vieran vestida, no se entràran à acostar, y no era esto lo que yo queria, pues mas deseaba la soledad, que la compañia, aguardando sola la de mi amante. En fin ellas dexandome desnuda, y à su parecer dormida, se entraron à recoger, solo quedò conmigo la que sabìa mis cosas, y esto con orden de irse luego, y dexarme en el lugar donde havia de combatir mi amor, y mi honor, quedando èste vencido, y aquèl triunfante, y vencedor; quando estando con la puerta abierta, que por no ser el jardin muy grande, lo podia hacer, sin que entrasse nadie que no fuesse visto, llegaron las criadas à decirme, que su señor, y mi esposo era venido, que haviendo el que iba en su compañia dado una gran caìda, y lastimandose mucho, se bolvieron, no pudiendo proseguir la caza. Pues como yo viesse à Don Pedro en casa, y la dicha de mi mano, en no haver venido D. Gaspar, y el peligro en que estaba su vida, y la mia, si acertasse à venir, mandè à mi secretaria que cerrasse la puerta, por donde havia de entrar con llave, pareciendome, que quando viniesse, y la hallasse cerrada se bolveria, y que à la mañana, avisandole lo que passaba, quedaria satisfecho, como era razon lo estuviesse, pues con el legitimo dueño no hay escusas. Hecho esto, llegò Don Pedro con los brazos abiertos, à quien huve de recibir con los mismos, aunque con animo diferente, y èl alabando el lugar, y la cama para remedio del calor, me diò cuenta de su venida, y desnudandose se acostò, ocupando el lugar que estaba para mi amante, el qual como dentro de poco tiempo que sucediò esto llegasse à la puerta, y la hallasse cerrada, cosa tan fuera de nuestro concierto, concibiendo de esta ocasion pesados, y locos zelos, no pudiendo pensar que fuesse la ocasion que le estorvaban su entrada, sino otra ocupacion amorosa, (porque siendo una muger facil hasta con los mismos que la solicitan se hace sospechosa) ayudandole un criado, saltò las tapias que no eran muy altas, y passo à passo por no ser sentido, se vino à buscar la causa de su atrevimiento. Havia à este tiempo acabado la Luna su carrera, y escondidose en su primera casa, con que estaba todo en confusas tinieblas, y nosotros rendidos al sueño, y assi tuvo lugar de rodear el jardin, y venir à dar junto à la cama en que yo, y mi esposo esta-

Digitized by Google

estabamos; y como en la vislumbre viesse que en ella havia dos personas, no creyendo fuesse D. Pedro, se baxò, y puso de rodillas, diciendo entre si, que no era su sospecha vana, y llevado de la colera, sacò una daga, y como quisiesse dar con ella à mi inocente dueño: el Cielo que mira con mas piedad las cosas, permitiò que à este punto, dando Don Pedro buelta en la cama suspirò, con lo que conociò Don Gaspar su engaño, y cobrò lo que podia ser; y dando gracias al Cielo de su aviso, se puso de mi lado, y dando lugar à esto el sueño de D. Pedro, y su atrevimiento, me dispertò: yo conociendo su temeridad en tal caso, le pedì por señas que se fuesse, lo qual hizo viendo mi temor, llevando en prendas con mis brazos, las flores de mis labios, fruto diferente de que èl pensò coger aquella noche. Con esto, tornando à saltar las tapias D. Gaspar, que por la parte de dentro eran mas baxas, se bolviò à su posada con la pena que se puede creer; y otro dia recibi este papel que me embiò, que con esto quiso hacer alarde de su gracia, y de lo que sentia el verse en tal estado, el qual hizo en mi tal efecto, que à estar tan perdìda, pudiera acabar de perderme: tan bien me parecian sus cosas.

Quien puede contra el Cielo,
tener colera, y rabia,
que si con ella escupe,
no le cayga en la cara?
Quien, si està desarmado,
contra aquel que trahe armas,
de vitoria seguro,
puede entrar en batalla?
Quien contra un poderoso,
siendo de humilde casta,
aunque viva ofendido,
podrà tomar venganza?
Què pobre contra un rico,
en banquetes, y galas,
podrà en igual fortuna
passar la vida larga?
Quien, si amor le persigue,
contra quien no le ama,
aunque de amar se precie,
tendrà cierta esperanza?
Quien, contra un venturoso,
si en possession se halla,
podrà, si es desdichado,
salir con lo que aguarda?
Ay Cielo, quando quise
gozar tu bermosa cara,
en poder de otro dueño
mi desdicha te halla.
Marchita mi ventura,
dudosa mi esperanza,
propria el dueño que tiene
possession de tus gracias.
A quien le ha sucedido
tan notable desgracia,
que entrando à poseerte,
sin possession se halla?

Como fuè tan desgraciado mi amor en la primera ocasion, temia aventurarme en la segunda; mas eran los ruegos de mi amante tantos, y con tantas veras, que

Digitized by Google

huve de determinarme; y assi aconsejandome con aquella criada, secretaria de mi amor, me respondiò, que se espantaba de una muger que decia tenerle, que tuviesse tan poco animo, y se aventurasse tan poco; que viniesse Don Gaspar, y entrasse de noche, antes de cerrarse las puertas, que èlla le tendria escondido en su aposento, y que yo (despues de acostado D. Pedro) podria, fingiendo algun achaque, levantarme de su lado. Concedi con el entrar, y verme en su estancia con èl. Avisè à Don Gaspar del concierto, ordenando el modo que havia de tener; vino la noche, y con èlla mi cuydado, porque Don Gaspar, y mi esposo casi entraron à un tiempo. Escondiò mi criada en su aposento à Don Gaspar, y yo fingiendo sueño, y alguna indisposicion, hice recoger la gente, y acostar à mi esposo, harto desconsolado de verme indispuesta. Estando, pues, aguardando que se durmiesse para levantarme, oì grandes voces en la calle, y consecutivamente llamaban à la puerta, diciendo: Que se quema esta casa, fuego, fuego, señor Don Pedro, mire que se abrasan; pongansè en salvo, que por la parte de arriba salen grandes llamas. Levantème alborotada, y apenas salì à un corredor, quando vì arder mi casa, siendo el incendio tal, que el humo, y fuego no dexaba ver el Cielo. Y como conociesse el peligro, empecè à dar gritos, llamando à Don Pedro, y èl à los criados, para que acudiessen al remedio. Y fuè el caso, que una negra que tenia à cargo la cocina, pegò una vela à un madero, junto à su cama, y quedandose dormida, se cayò la vela sobre èlla; y encendiendose la ropa, pagò con la vida el descuydo. Estas desgraciadas nuevas junto con mi peligro, me quitaron de suerte el sentido, que quando bolvì en mi, fuè cerca de la mañana, hallandome en casa de mi cuñado Don Luis, donde me passaron, para salvarme la vida. El fuego aplacado, si bien quemada gran parte de mi hacienda, embiò à saber si mi criada havia escapado de tal desdicha, por saber si le havia tocado algo de ello à D. Gaspar. En fin èlla vino adonde yo estaba, de quien supe que entre los que acudieron al fracaso, pudo D. Gaspar librarse, sin ser sentido. Passado este alboroto del fuego, como el de mi corazon era mayor, embiè à saber de D. Gaspar, el qual no acabando de encarecer su desdicha, lastimadissimo de mi indisposicion, me escribiò un papel con mil tiernas quexas; al qual respondì mil locuras, dandole palabra de que à la primera ocasion se vengaria de todas estas desventuras. Algunos dias se passaron en reparar el daño del fuego, y aderezar-

Digitized by Google

zarse la casa, estando yo en casa de mi cuñado, como he dicho; y entreteniendonos mi amante, y yo con papeles, hasta que buelta à la mia, y enternecida de sus ruegos, y olvidada de los passados estorvos que me ponia el Cielo (para escusar en lo que aora me veo) dì orden de executar el concierto passado, en cuya conformidad avisè à D. Gaspar, viniesse como la vez passada. Mas fuè la suerte, que esta noche vino D. Pedro mas temprano que D. Gaspar; y fuè la causa, que andaban por prender à un amigo de mi esposo, por una muerte, y como por ser tan principal se respetaba mi casa como la de un Embaxador, le traxo consigo; y por estar mas seguro, mandò en entrando cerrar las puertas, no dexando à ninguno el cuydado de responder, ni abrir à los que llamassen, sino tomandole para sì, de suerte, que quando Don Gaspar vino, ya la puerta estàba cerrada, y todos recogidos. Hallando tan mala suerte, hizo una contraseña, à la qual saliò mi criada à un balcon, y culpando su tardanza le contò lo que passaba, y que si por una ventanilla que estaba en un aposento baxo no entraba, era imposible abrir ya la puerta. Agradeciòselo Don Gaspar con mil palabras, y promesas, y la rogò que baxasse à abrir la ventana; la qual por caer à una callejuela sin salida, y ser pequeña, estaba sin rexa. Hizolo assi mi tercera, previniendole de que no podia entrar por ella, mas èl que con su amor lo hallaba todo facil, pareciendole bastante, se entrò por èlla, y entrando la cabeza, y ombros, se quedò atravessado en el marco por la mitad del cuerpo, de suerte, que ni atràs, ni adelante fuè possible passar. Viendose mi criada en esta tribulacion, y que si no era desencaxando el marco, era impossible salir, fuè à llamar otra compañera, dandole à entender que era requiebro suyo; y entre las dos, y el criado que trahia D. Gaspar, con las dagas, y otros hierros sacaron el marco de la pared; mas no tan sin ruìdo, que oyendolo los criados, dieron voces, pensando ser ladrones, à las quales se alborotò la casa, siendo fuerza à D. Gaspar, el correr metido en su marco, y à mis criadas recogerse.

Estaba yo descuydada que fuesse mi amante el ladron que alborotò la casa; porque como decian que un hombre havia sido hallado, quitando el marco de la ventana, no hice mas diligencia en sàberlo, hasta que saliendo de casa mi esposo, entrò mi criada à darme de vestir; la qual me diò cuenta del sucesso; y como las desdichas no empiezan por poco, creyendo que Don Pedro no vendria tan presto, ya determinada de dar à Don Gaspar el premio

Digitized by Google

mio de tantos trabajos, y fatigas, le embiè bolando à llamar con mi criada, y por ser todo cerca, vino luego, y entrando donde estaba, le recibì con los brazos, siendo este el segundo favor que en el discurso de un año que nos durò esse entretenimiento, le dì, porque el que alcanzò la noche que quiso matar à mi esposo, fuè el primero. Estando los dos solemnizando con mucho gusto la entrada de la ventana, mi criada, que estaba en una de las de mi casa, sirviendo de atalaya, y espia, entrò alborotada, diciendo: Ay, señora mia! Perdidos somos, que mi señor viene, y tan apriessa, que à esta hora està dentro de casa. Con tales nuevas, aunque pudiera enflaquecer mi animo, no lo hizo, antes abriendo un baùl grande, que estaba en un retrete mas adentro, saquè de presto quanto havia dentro, y echandolo sobre una rima de colchones, hice entrar en èl à Don Gaspar. A este punto entrò Don Pedro pidiendo à gran priessa en que hacer las necessidades ordinarias, que esse desconcierto le havia buelto à casa. En esso, y en tomar unos biscochos, por no haverse desayunado, se entretuvo mas de hora y media, y aun creo que no saliera tan presto, si no oyera tocar à Missa. Y como saliò de casa, yo con el mayor gusto del mundo, viendo que ya de aquella vez no podia la fortuna quitarme el bien de gozar de mi amante, abrì el baùl, mas fuè en vano, porque D. Gaspar estaba muerto. Viendole en fin, que no bullia pie, ni mano, le puse desatentamente la mano sobre la boca, y assegurada de mi desventura, fintiendole falto de alientos, en esto, y en verle frio, me assegurè de todo punto, que estaba ahogado. Entrò à este punto mi criada, que no con menos lastimas que yo havia cerrado el baùl, me sacò fuera, pidiendome èlla à mi, y yo à èlla, con lagrimas, y suspiros, consejo para tener modo de sacarle de alli, porque en todo hallamos mil dificultades. Estando, pues, las dos solemnizando lastimosamente, la muerte del malogrado de Don Gaspar, entrò mi cuñado Don Luis, el qual como me hallò tan ansiada, y llorosa, empezò à preguntarme la ocasion, la qual le dixe, fiada en el grande amor que siempre me havia tenido, aun antes de ser muger de su hermano; y assi rematada, y casi desesperada de la vida, le dixe: Señor D. Luis, à mi me ha sucedido la mayor desdicha, que à muger en el mundo ha sucedido, la qual es tan sin remedio de mi parte, que por esso me atrevo à daros cuenta de èlla. En fin le dixe quanto os he dicho, concluyendo con estas palabras: Cavallero sois, si me quereis socorrer, obligueos mi desdicha, supo-

Digitized by Google

poniendo que es Dios testigo, por quien os juro, que no he ofendido à mi marido de obra, si bien con el pensamiento no ha podido ser menos; y si sois tan cruel que no lo creeis, y si lo quereis decir, haced lo que quisieredes, que con una vida que tengo pagarè, sin quedar à deber mas. Admirado D. Luis me dixo, que me quietasse, y llamando un hombre, hizo cargar el baùl, y llevarlo en casa de un amigo suyo, à quien diò cuenta del caso. Abrieron el baùl, y sacando de èl à D. Gaspar, le hecharon sobre una cama, y le desnudaron; y tentandole el pulso, vieron que no estaba muerto: acostaronle en la misma cama, y poniendole paños de vino en las narices, y en los pulsos, y calentadores que ponian dentro de la cama, conocieron en èl señales de vida. Viendo esto, le cerraron con llave, dexandole solo, porque todo esto lo supe yo despues. Bolviò Don Gaspar en sì, cerca ya de la noche, y como se hallasse en aquella casa desnudo en la cama, y conociesse que no era la en que estaba la mia, acordandose, que yo le havia puesto en el baùl, empezò à discurrir, buscando la verdad, mas por mas que pensaba hallarla, no acertaba con ella. Estando en esto, sintiò abrir la puerta, y atendiendo à ver quien entraba, conociò à D. Luis, el qual sucesso le diò tal susto, que fuè milagro no morirse de veras, y mas quando llegandose Don Luis à èl, y sentandose sobre la cama, le dixo: Conoceisme, Señor D. Gaspar? Sabeis que soy hermano de D. Pedro, y cuñado de Doña Hipolita? Si por cierto, respondiò Don Gaspar. Sabeis (prosiguiò Don Luis) mi calidad, y la suya? Acordaos de lo que ha passado oy? Pues os juro por esta Cruz, (diciendo esto, puso la mano en la que trahia en el pecho) que el dia que supiere que bolveis à las pretensiones passadas, ò passais por su calle, he de hacer la venganza que aora dexo de hacer, por haverse una miserable, y loca muger fiado de mi, y estar enterado de que la ofensa de mi hermano no se ha executado de obra, si bien los deseos eran merecedores de castigo. Prometiò D. Gaspar obedecerle, assegurandole con mil juramentos, y agradeciendole con mil sumissiones el darle la vida, que havia estado, y estaba en su mano quitarle. Y vistiendose, se fuè determinado à no verme jamàs, como lo hizo, porque fuè mi nombre à sus oìdos, la cosa mas aborrecible que tuvo, como sabreis en lo que falta de este discurso. Yo cuydadosa de lo que havia sucedido, sin tener atrevimiento de preguntarle à Don Luis, que cobro havia puesto en aquel desgraciado cuerpo; viendo que èl

Digitized by Google

no me decia nada, encarguè à mi secretaria el informarse en la posada de D. Gaspar diestramente; y que se havia hecho, y fuè tan à tiempo, que le hallò passando su ropa à otra posada muy lexos de aquellas calles, por cumplir la palabra que havia dado à Don Luis. El qual apenas viò à Leonor, que assi se llama la criada secretaria de mis devaneos, quando le dixo que se fuesse con Dios, que ya bastaban mis enredos, y engaños, y sus desdichas. Y dandole cuenta en breves palabras de quanto le havia passado; y la que havia dado à Don Luis, concluyò con decir, que me dixesse, que muger tan ingrata, y traydora como yo, hiciesse cuenta que en su vida le havia visto, que bien echaba de ver que havia sido traza mia esta, y las demàs, para traherle al fin que pudiera tener à no dolerse el Cielo de su miseria. Y diciendo esto, se fuè, dexando à Leonor confusa; mas con todo le siguiò por saber la casa à que se passaba. Con estas nuevas bolviò à mi, que el contento de la vida de Don Gaspar, se me bolviò en tristeza, viendome inocente en la culpa que me daba; y aborrecida de un hombre que tanto queria, y por quien tantas veces me havia visto con la muerte al ojo, y la espada à la garganta. Con estos pensamientos di en melancolizarme, poniendo à mi esposo en gran cuydado el verme tan triste, y agena de todo gusto. Y viendome perseguida de D. Luis, que haviendole dado alas el saber mi flaqueza; empezò à atreverse à decirme su voluntad sin rebozo, pidiendo sin respecto de Dios, y de su hermano, el premio de su amor. Estas cosas me trahian tan fuera de mi, que me quitaron de todo punto las fuerzas, dando conmigo en la cama de una gravissima enfermedad, que si Dios permitiera llevarme de èlla, huviera sido mas dichosa. Mas de un mes me vide en la cama, con bien pocas esperanzas de mi vida, mas no quiso el Cielo que la perdiesse para mas atormentarme con èlla. Visitabame muy à menudo mi cuñado Don Luis; y ya con amenazas, ya con regalos, ya con caricias, procuraba traherme à su voluntad. Considerad, señor Don Garcia, mi confusion, que era en esta ocasion la mayor que muger tuvo; por una parte me via despreciada de Don Gaspar, amandole por esta causa mas que hasta entonces, si bien quebradas las alas de mis deseos; porque aunque èl me quisiera, ya en mi no havia atrevimiento para ponerme en mas peligros que los passados; por otra me via armada, y solicitada de mi cuñado, y amenazada de èl, de suerte, que me decia, viendome abrir la boca

Digitized by Google

cà para refrenarle, y reprehenderle, que pues havia querido à D. Gaspar, le havia de querer à èl; por una parte temerosa, cerrando los ojos à Dios, queria darle gusto, y por otra conssideraba la ofensa, que al Cielo, y à mi marido hacia; y de todo este no esperaba remedio, sino con la muerte. Ya os dixe, que su casa, y la mia estaban juntas, que sola una pared las dividia: pues sabreis que por un desvàn que estaba junto con otro mio, tan atrasmano, que raras veces se entraba en èl, un tabique que le dividia, abriò una pequeña puertecilla, quanto podia entrar una persona: y esta misma noche, despues de havernos recogido, entrò por la parte que digo en mi casa, y como quien tambien la sabia, tomò las llaves, y abriò la puerta de la calle, seguro de qualquier impedimento, como ladron de casa, y abierta se fuè à la cavalleriza, soltò los cavallos que havia en èlla, que eran seis, dos de rua, y quatro del coche; los quales empezaron à hacer grandissimo ruido, al qual despertò el criado que cuydaba de èllos, y à grandes voces empezò à pedir ayuda para recogerlos, que andaban sueltos corriendo por la calle. Mi marido que lo oyò, se levantò, y tomando una ropa, llamò à los demàs criados, saliò à la calle, riñendo al mozo por el descuydo que havia tenido. Don Luis que desnudo en comisa estaba, en parte que lo pudo ver salir, aguardò un poco, y luego se vino à la cama, donde yo estaba; fingiendo ser mi esposo, se entrò en èlla, llegandose à mi con muchos amores, y terneza. Pues como el tiempo es tan frio como veis, porque esto me obligò à decirle: Jesvs, señor, como venìs tan helado? Hace mucho frio (respondiò el cauteloso Don Luis) dissimulando quanto pudo la voz. Recogisteis los cavallos? Repliquè yo: Allà andan en esso, dixo mi traydor cuñado, y diciendo esto, y cogiendome en sus brazos, gozò todo quanto deseaba, deshonrando à su hermano, agraviandome à mi, y ofendiendo al Cielo. Hecho esto, viendo que ya era hora de bolver su hermano, dandome à entender, que iba à ver si acababan los criados de recoger los cavallos, se levantò sin que en en mi cayesse sospecha de malicia ninguna, y se bolviò à entrar en su casa por la parte que havia salido. No tardò mucho en venir Don Pedro, dexando ya quieto el alboroto de los cavallos, y recogidos los criados, y entrandose en la cama, como venia traspassado de yelo, se quiso llegar à mi; y assi le dixe, reportandole algo de su deseo: Valgame Dios, señor, y que travieso que estais esta noche,

Digitized by Google

che, que no ha un instante que estuvisteis aqui, y aora pretendeis lo mismo? Sueñas, Hipolita, respondiò D. Pedro, yo he buelto aqui desde que sali à recoger los cavallos? Respuesta fuè esta, que me dexò muy confusa, como quien sabia tan bien que no era sueño; y assi pensando en el caso, casi, casi sospechè la traicion, y aun me quitò el sueño pensar en èlla, si bien no me atrevi à replicar à Don Pedro. Amaneciò, aun mucho mas tarde de lo que mi desassossiego permitia; y haviendome vestido, me fuì à Missa, y al entrar en la Iglesia ayer por la mañana, porque antenoche fuè la tragedia de mi honra, hallè à Don Luis junto la pila del agua bendita, el qual como me viò, llegò tan galan como ufano à darme el agua: y como el contento no le cabia en el cuerpo, ò por mejor decir, su traicion misma, disponia los instrumentos de mi venganza, al tiempo que yo cortès, y severa tomè el agua de su mano, apretandome la mia, me dixo passo, y con mucha risa: Jesvs, señor, y como venis tan helado? Con cuya palabra acabè de caer en la cuenta de todo. Bolvì à mi casa, despues de haver oìdo Missa, con la inquietud que podeis pensar. Y en comiendo, como Don Pedro se saliò fuera, no dexè passo, ni lugar en toda mi casa por escondido que fuesse, que no busquè, ventana, y puerta que no hice prueba de èlla: y como lo hallasse todo cerrado, y sin macula, sospechando que con ayuda de alguna criada mia havia hecho tal atrevimiento, subì al desvàn, mas por acabar de enterarme, que porque creyesse hallar en èl lo que hallè, que fuè la pequeña puerta, la qual no havia cerrado, quisà por venir por èlla otras veces. Con esto ya de todo punto satisfecha, sin decir palabra, me bolvì à mi aposento, pensando el modo de mi venganza, estuve hasta que mi esposo Don Pedro vino à cenar; y como fuesse ya tarde acostòse, y yo con èl, aguardando con mucho sossiego la quietud de todos los criados. Viendo, pues, à mi esposo dormido, me levantè, y vestì, y tomando su daga, y una luz, me subì al desvàn, y entrando por la pequeña puerta, lleguè hasta el mismo aposento de Don Luis, al qual hallè dormido, no con el cuydado que su traicion pedia, sino con el descuydo que mi venganza havia menester, porque como ya havia cumplido sus deseos, dormia su apetito, sin darle cuydado; y apuntandole al corazon, de la primera herida diò el alma, sin tener lugar de pedir à Dios misericordia: y luego tras esto, le dì otras cinco puñaladas, con tanta rabia, como si con cada una le hu-

Digitized by Google

huviera de quitar la vida. Bolvime à mi aposento, y no mirando si por esto le podia venir à mi inocente esposo algun daño, porque por una parte mi furor, y por otra mi turbacion me tenia fuera de mi, puse la daga en la bayna sin limpiar la sangre, ni mirar el desacierto que hacia, pues quando la Justicia me prendiesse, la verdad havia de ser de mi parte, y la maldad de Don Luis. Abrì un escritorio, y puse en un lienza todas mis joyas, que valdrian mas de dos mil ducados; y abriendo las puertas, sin ser sentida, ni dar à ninguno cuenta de mi locura, me salì de casa, y fuì à la posada de Don Gaspar, que ya otras veces me havia informado de mi criada, donde era: llamè à la puerta, la qual me abriò un criado, que ya sabìa nuestras desdichas, como me viò, muy espantado, me dixo: que su señor no havia venido, porque estaba jugando. No importa, (dixe yo) que yo le aguardarè, y assi lo hice, sabe Dios que fue con harto temor. Vino al fin Don Gaspar, y como entrando, me viesse, haciendose mil cruces, con una colera increible, me dixo: Què libertad es esta, señora Doña Hipolita? Què buscais en mi casa? No bastan los trabajos que me costais, y los peligros en que me haveis puesto, y el mas cruel, y de mayor afrenta, el ultimo en que estuve, pues con intento traydor, y cruel, me embiaste à llamar para ponerme en poder de vuestro cuñado, y amante? Haviale yo dado cuenta al ingrato, de como D. Luis me queria, y por esta causa sospechò tal ingratitud de mi: y assi porque no passasse adelante en su dañada intencion, con un mar de lagrimas, le dixe: Ay, D. Gaspar, señor mio, y que diferente es todo lo que imaginas de lo que es, porque entregaros à mi cuñado, bien veo que fuè desconcierto de mi turbacion: mas què podia hacer una muger que se via con un hombre muerto, que tal creì que estavais, y aguardando à su marido? Bien parece que no sabeis lo que passa. A D. Luis dexo muerto por mis proprias manos, para lavar con su sangre la mancha de mi afrenta, la qual intentò, y consiguiò como amante desesperado: mi casa puesta en el peligro, que se dirà mañana, y yo no fuera dèl. Lo que importa es, que al punto me saques de Valladolid, y me lleves à Lisboa, que joyas traygo para todo Ha traydora liviana, (dixo Don Gaspar) aora confirmo mi pensamiento, que fuè entregarme à tu galan, para que me diesse la muerte, cansada de mi firme amor, enfadada de mis importunaciones; y aora que te has hartado de èl, qual otra Lamia lasciva, y adultera Flora, cruel, y desleal Pandòra,

le

Digitized by Google

le has quitado la vida, y quieres que yo tambien acabe por tu causa? Pues aora verás, que como huvo amor, havrá aborrecimiento, y como tuviste mal trato, havrá castigo. Y diciendo esto, me desnudò hasta dexarme en camisa, y con la pretina me puso como veis, (diciendo esto la hermosa Dama mostrò à D. Garcia la mas honesta, y recatadamente que pudo, los cardenales de su cuerpo; que todos, ò los mas estaban para verter sangre) sin ser bastante su criado, para que dexasse su crueldad, hasta que ya de atormentada caì en el suelo, tragandome mis proprios gemidos, por no ser descubierta; y viendome el traydor assi, abriò la puerta, y me arrojò en la calle, diciendo, que no me acababa de matar, por no ensuciar su espada en mi vil sangre, donde à no llegar vuestra piedad, à esta hora estuviera, si no muerta, à lo menos en las manos de los que ya me deben andar buscando.

Esta es, piadoso D. Garcia, mi desdichada historia, aora es menester que me aconsejeis, que podrá hacer de sì una muger, causa de tantos males? Por cierto, hermosa Hipolita, (dixo D. Garcia, tan lastimado de verla bañada en lagrimas, como enamorado de su belleza) que estoy tan ayrado contra el ingrato D. Gaspar, quanto sentido de tus desdichas. Pluguiera à Dios que estuviera en mi mano el remediarlas; aunque pusiera en cambio mi vida: no puedo yo creer, que en Don Gaspar hay noble sangre, pues usò contigo tal vileza; pues quando no miràra lo que te havia querido, y verte rendida en su poder, por muger pudiera guardarte mas cortesia; mas yo te prometo que èl no quedarà sin castigo, pues el Cielo tiene cargo de tus venganzas, como hizo la de D. Luis. Reposa aora, que quiero con tu licencia, y las señas de tu casa, ir à ella, y saber en que ha parado tu falta, y su muerte, luego tomarèmos el mejor acuerdo. Agradeciòselo la Dama con los mayores encarecimientos que pudo, con lo que Don Garcia obligado, y en algo pagado de su amor, se fuè à casa de Doña Hipolita, por ver que havia de nuevo; y apenas llegò à ella, quando viò sacar à Don Pedro, que le llevaban preso, à titulo de matador de su hermano, cuyos indicios confirmaba la puerta, que se hallò en el desvàn, la daga que estaba dentro de la bayna llena de sangre; y el decir las criadas, que su señora era amada de Don Luis, diligencias que supo muy bien hacer la Justicia, visitando la casa, y lo demàs; tomando su confession à los criados, y criadas. De todas estas cosas, estaba el pobre Caballe-

Digitized by Google

llero tan inocente, como embelesado de ver la falta de su muger, que en faltar assimismo las joyas, y el manto, y haver hallado abierta la puerta, daba mas que sospechar, y assi sin dar disculpa, ni razon, fuè llevado à la carcel, dexando guardas en las casas, tanto del muerto, como del preso, sin perdonar de ningun modo los criados, y criadas, ni aun à sus padres de Doña Hipolita. Lleno de compassion el noble Don Garcia, de ver tal espectaculo, y encendido en colera, con intento de castigar la baxeza de Don Gaspar, à cuya venganza le daba fuerza el amor, que en Hipolita havia puesto, pareciendole, que con su vida pagaria el haverla maltratado, y quitado sus joyas. Llegò à su posada, y preguntando por èl, le dixo la huespeda, que aquella misma mañana, se havia partido por la posta à Lisboa, donde le havia dicho su criado que iban, porque estaba su padre muy malo.

Pues viendo Don Garcia, el poco fruto que tenia su deseo; y que era fuerza poner cobro en aquella Dama por su peligro, y el suyo, si fuesse hallada en su poder, porque à esta hora ya se daban pregones, que à quien dixesse de èlla, darian cien escudos, y en cuyo poder se hallasse, pena de muerte; por esto, y mas por su amor, que le tenia tanto, que no se atrevia à fiarse de sì mismo, tanto, que casi disculpaba à Don Luis de su yerro, se fuè à la ropería, y tomando un gallardo, y rico vestido, y con èl los demàs aderentes que eran menester, para que Doña Hipolita pudiesse salir de alli, lo llevò èl mismo, y sin querer fiarse de nadie, se bolviò à su posada, contando à la bella Hipolita lo que passaba, y como se decia, que querian dar tormento à su marido: nuevas que sintiò tanto, que determinada, y loca se quiso ir à poner en poder de la Justicia, para que por su ocasion no padeciesse el noble Don Pedro, y tantos inocentes criados: mas Don Garcia, reprobando su determinacion, la reportò, y haciendola vestir, y comer un bocado, fuè por una silla, y en èlla la llevò à un Covento de Religiosas, pagando liberalmente quanto era menester, y estando alli le aconsejò, que negociasse la libertad de su marido, pues estaba inocente: hizolo la Dama, escriviendo un papel al Presidente, en que decia: que si queria saber el agressor de la muerte de Don Luis, viniesse à verla, que ella se lo diria. El Presidente, deseoso de saber caso semejante, como todos eran principales, y aun èlla deuda suya, vino con otros Señores del Consejo al Monasterio, à los quales contò Doña Hipolita todo lo que

que-

Digitized by Google

queda dicho, declarandose èlla por matador de su aleve cuñado: y diciendo que su marido, y criados estaban inocentes, y tambien los del muerto. Con esta relacion fuè el Presidente à hablar à su Magestad, el qual viendo quan justamente se havia vengado Doña Hipolita la perdonò, y diò por libre; y assimismo à su marido, y todos los demàs presos, que antes de quatro dias se vieron en su libertad. Sola Doña Hipolita no quiso bolver con su marido, aunque èl lo pidiò con hartos ruegos, diciendo; que honor con sospecha, no podia criar perfecto amor, ni conformes casados, no por la traicion de Don Luis, que essa, vengada por sus manos, estaba bien satisfecha, sino por la voluntad de Don Gaspar, de quien su marido, entre el si, y el no, havia de vivir receloso. Lo que se le pidiò, fueron sus alimentos, que el noble Don Pedro le concediò liberalmente. Este disgusto traxo al pobre Cavallero à tanta tristeza, que sobreviniendole una grande enfermedad, antes de un año muriò, dexando à su muger, è hija heredera de toda su hacienda, de quien no se tenia por ofendido: antes el tiempo que viviò la visitaba en todas ocasiones. Viendose Doña Hipolita libre, moza, y rica, y en deuda à D. Garcia de haverla amparado, visitado, y animado todo el tiempo que estuvo en el Convento, en el qual la regalaba con muchissima puntualidad, y mas obligada del amor que sabìa que la tenia, de que en el Convento le havia dado claras muestras, agradada de su talle, y satisfecha de su entendimiento, cierta de su nobleza, y segura de que estimaria su persona, se casò con èl, haciendole señor de su belleza, y de su gruessa hacienda, que sola esta le faltaba para ser en todo perfecto; pues aunque tenia una moderada passadia, no era bastante para suplir las faltas, que siendo tan noble, era fuerza tuviesse. El qual, agradecido al Cielo, y querido de su hermosa Doña Hipolita, vive oy con hijos, que han confirmado su voluntad, y estendido su generosa nobleza. Andando el tiempo, traxeron à Valladolid preso un hombre por salteador, y èste, estando ya al piè de la horca, confessò, que sin el delito porque moria, merecia aquel castigo, por haver muerto camino de Lisboa à su señor Don Gaspar, por quitarle gran cantidad de joyas, que èl havia quitado à una Dama, que se havia venido à valer de èl, contando el sucesso de Doña Hipolita en breves razones; por donde se vino à conocer, que el Cielo diò à D. Gaspar el merecido castigo, por la mano de su mismo criado, que era este que se castigaba.

Este

Digitized by Google

Este sucesso passò en nuestros tiempos, del qual he tenido noticia de los mismos à quien sucediò, y yo me he animado à escrivirle, para que cada uno mire lo que hace, pues al fin se paga todo.

Diò tanto gusto la maravilla referida por Don Miguel, que la celebraron con mil alabanzas, dandole las gracias con agradecidos encarecimientos. Y como Don Lope estuviesse satisfecho de que la suya no daria menos gusto que la de su compañero; se empezò à prevenir para decirla, la qual comenzò de esta suerte.

NOVELA OCTAVA.

EL IMPOSSIBLE VENCIDO.

SAlamanca, Ciudad nobilissima, y la mas bella, y amena que en Castilla se conoce, donde la nobleza compite con la hermosura, las letras con las armas, y cada una de por si piensa aventajarse, y dexar atràs à quantas hay en España: fuè madre, y progenitora de Don Rodrigo, y Doña Leonor, entrambos ricos, y nobles. Era D. Rodrigo segundo en su casa, culpa de la dicha, que quiso por esta parte quitarle los meritos, que por la gallardìa, y discrecion tenia merecidos, y que por lo menos fuesse defecto que quitasse el emprender famosas empresas, pues lo era para èl Doña Leonor, unica, y sola en la casa de sus padres, y heredera de un riquissimo mayorazgo. Vivian uno frontero de otro, y tan amigos los unos de los otros, que casi se hacia el amistad sangre, siendo la de los padres causa de que los hijos, desde sus mas tiernos años, se amassen, hasta que llegando à los de discrecion, cansado amor de las burlas, solicitò llevar plaza de veras, (y hallò en esto à favor de su paladar, quanto quiso, y pudo desear) porque los dos amantes havian nacido en la Estrella de Piramo, y Tisbe, por cuyo exemplo puesto en los ojos de sus padres de Doña Leonor, empezaron à temer, no el fin, sino el principio; y porque les parecia, que atajado este, no tendria lugar el otro, procurò estorvar en quanto les fuè possible la comunicacion de Doña Leonor, y D. Rodrigo, pues por lo menos quitaron que no fuesse con la llaneza que en la niñez. Y como amor, quando trata cosas de peso, èl mismo se recata, y recela de si mismo, empezaron estos dos amantes à recelarse, hasta de

Digitized by Google

de sus mismos pensamientos, buscando para hablarse los lugares mas escondidos, tomando amor de las niñerias, entera posseſſion de las almas, y mas viendo el estorvo que les hacian sus padres, aumentando de tal suerte la voluntad, que ya no trataban sino del efecto de su amor, y cumplimiento de sus deseos, determinandose los dos juntos, y cada uno de por sì, à morir primero, que dar passo atràs en su voluntad. Las dadivas facilitaron la fidelidad de los criados, y amor el modo de verse, supliendo tal vez los amorosos papeles las ocasiones de hablarle, hablando en ellos con tanta llaneza, que sin recato el de la verguenza, que siempre malogra muchos deseos; se declaraban los mas intimos pensamientos. Pues como à la hermosura de Doña Leonor, que cada dia iba en mayor aumento se le ofrecian à cada passo à Don Rodrigo mil competidores, que deseosos de su casamiento, se declaraban por sus pretendientes, temeroso que de alguna vez no le quitassen à fuerza de merecimientos, la prenda que mas estimaba, se determinò fiado en los suyos, que aunque menor en su casa, eran muchos, de pedirsela à sus padres, poniendo por solicitos terceros para ello, à los suyos, que satisfechos de su nobleza, y bienes de fortuna, con que demàs del mayorazgo, podian dar algunos à su hijo, se prometieron buen sucesso; mas salioles tan al revès esta confianza, que llegando al fin del negocio, se vieron de todo punto defraudados de ella, porque los de Doña Leonor, respondieron, que su hija era unica heredera de su casa, y que aunque Don Rodrigo merecia mucho, no era prenda para un menor, y que esto solo hacia estorvo à sus deseos, los quales si el mayor no fuera casado, se lograràn con mucho gusto de todos, demàs que Doña Leonor estaba prometida por muger à un Cavallero de Valladolid, cuyo nombre era Don Alonso. Sintieron esto los padres de D. Rodrigo, pareciendoles agravio preferir à ninguno mas que à su hijo: y de esto naciò entre los deudos de una parte, y otra, una grandissima enemistad, tanto, que no se trataban como primero: Quien mas lo sintiò fue Don Rodrigo, tanto, que perdia el juicio, haciendo tantos estremos como los de su amor le obligaban, y mas quando supo, que para acabar de todo punto este negocio, y que muriesse el amor à fuerza de la ausencia, trataron sus padres de embiarle à Flandes, haciendole trocar por esta ocasion los abitos de Estudiante, en galas de Soldado.

Inocente, y descuydada estaba Doña Leonor de este sucesso, que Don

Digitized by Google

Don Rodrigo no le havia querido dar parte de ſu determinacion, porque no la eſtorvaſſe, temiendo lo miſmo que havia de reſponder ſu padre, por tener mas pueſta la mira en la hacienda, que en ſu guſto, haſta que el miſmo dia que D. Rodrigo tuvo la reſpueſta deſgraciada de ſu infeliz pretenſion, y ſe determinò ſu partida, eſcriviò à Doña Leonor un papel, en que daba cuenta de la reſolucion de ſus padres, y de la brevedad de ſu viage.

El ſentimiento de Doña Leonor, con eſtas nuevas, quede à la conſideracion de los que ſaben que pena es dividirſe los que ſe quieren bien, y en lo que moſtrò mas largamente caer en la cama de una repentina enfermedad, que puſo à todos en cuydado; mas animandoſe una mañana que le diò ſu madre (con haver ſalido fuera) lugar para eſcrivir, reſpondiò à ſu amante de eſta ſuerte.

La pena de eſte ſuceſſo, os dirà mi enfermedad; el remedio no le hallo; porquè demàs de no haver en mi atrevimiento para dar à mi padre eſte diſguſto, la brevedad de vueſtra partida no da lugar à nada. No perdais el animo, pues yo no le pierdo. Dad guſto à vueſtros padres, que yo os prometo de no caſarme en tres años, aunque aventure en ello la vida: eſto determino, para que alcanceis con vueſtras valeroſas hazañas, no los meritos para merecerme, que de eſſos eſtoy pagada, y contenta, ſi los bienes de fortuna, que es en ſolo lo que repara la codicia de mi padre. El Cielo os dè vida, para que yo buelva à veros tan firme, y leal como ſiempre.

Leyò Don Rodrigo eſte papel, con tantos ſuſpiros, y lagrimas, como Doña Leonor deſpidiò al eſcrivirle, que fueron hartas, que llorar los hombres, quando los males no tienen remedio, no es flaqueza, ſino valor; y aſſi la tornò à ſuplicar en reſpueſta, que aliviandoſe algun tanto, dieſſe orden que la vieſſe, para que por lo menos no llevaſſe eſte dolor en tan largo deſtierro: Procurò Doña Leonor dar guſto à ſu amante: y aſſi engañando el mal, ò que fueſſe amor quien hizo eſte milagro, à peſar de los Medicos, y de ſus padres, ſe levantò el miſmo dia que D. Rodrigo ſe havia de partir, y para que mas pudieſſe gozarle, pidiò à ſu madre que fueſſen à oir Miſſa à una Imagen que en eſta ocaſion ſe ſeñalaba en Salamanca con muchos milagros. Cumpliòle eſte deſeo la deſdicha, que tal vez dexa que ſucedan algunas coſas bien, para que deſpues ſe ſientan mas los males, y penas que continuamente vienen tras las alegrias. Aguardaba Don Rodrigo el coche en que iba ſu Dama con ſu madre cerca de la Igleſia, tan galan, como triſte, y tan ayroſo, como deſdichado. Llegò el co-

Digitized by Google

che al lugar de la muerte (que tal se puede llamar este) pues havia de ser en el que se havian de apartar las almas de los cuerpos, siendo la despedida sola una vista; y como Doña Leonor iba con el cuydado, que es justo, luego amor le encaminò la suya à donde estaba su dueño, guisado (como dicen) para partir con botas, y espuelas, de que recibiò tanta alteracion, considerando que en el mismo instante que le via, le havia de perder, que en respuesta de la cortesia que Don Rodrigo le hizo, con una cortès, y amorosa reverencia, le diò un pesar harto grande, pues le recibiò el amante, viendole caer en los brazos de su madre sin ningun sentido. La noble señora, inocente de estos sucessos, por no haverle dado su marido parte de las pretensiones de D. Rodrigo, dando la culpa el haverse levantado, hizo que diesse la buelta el cochè para bolverse à casa: de suerte, que quando Doña Leonor bolviò de su desmayo, ya estaba en su cama, y cercada de Medicos, y criadas, que con remedios procuraban darle la vida, que creian tener perdida.

Aunque Don Rodrigo tenia prevenida su partida, no le diò lugar amor para hacerla, dexando su sol eclipsado, y assi la suspendiò, hasta que por la esclava, tercera de su amor, supo como Doña Leonor mas aliviada de su mal, aunque no de su pena, estaba reposando. Con cuyas nuevas se partiò el mismo dia, quedando la Dama al combate de las persecuciones de su padre, que como discreto no ignoraba de que podia proceder el mal, y disgusto con que siempre la via, teniendo el ausencia de D. Rodrigo por el autor de todo, mas no por esso dexaba de prevenir lo necessario, para que quando Don Alonso viniesse, no hallasse impedimento en su casamiento. Llegò Don Rodrigo à Flandes, y fuè recibido del Duque de Alva, que à este tiempo governaba aquellos Estados, con el gusto que podia tener un Cavallero tan noble como D. Rodrigo, à quien desde luego comenzò à ocupar en cargos, y oficios convenientes à su persona, y calidad, sucediendo à cada passo ocasiones, en que D. Rodrigo mostraba su valor, y hazañas, de las quales el Duque satisfecho, y contento, cada dia le hacia mil honras, y favores, siendo su gala, y persona, discrecion, y nobleza, los ojos de la Ciudad. Sucediò en este tiempo, que estando un dia con el Duque de Alva, no solo D. Rodrigo, sino todos los mas nobles, y principales Cavalleros, y valerosos Soldados del Exercito, entrò una principal señora Flamenca, y arrodillada à los pies del Duque le pidiò que oyesse un caso portentoso,

Digitized by Google

ſo, y notable, que venia à contarle. El Duque que conocia la nobleza, y calidad de Doña Blanca, ſe levantò, y la recibiò con aquella acoſtumbrada corteſia de quanto ſe preciò, y era dotado; y haciendola ſentar, le dixo, que dixeſſe el ſuceſſo que tanto encarecia. Entonces Doña Blanca contò en preſencia de los circunſtantes, como deſde à un año muerto ſu marido, ſe oyò en ſu caſa un grandiſſimo ruido, que durò muchos dias, y que havria quatro meſes que ſe via en èlla una fantaſma, tan alta, y temeroſa, que no tenia èlla, y ſus criados otro remedio mas, que en dando las once de la noche (que es la hora en que ſiempre ſe via) encerrarſe en un retrete, y aguardar alli haſta que dadas las doce ſe deſaparecia, porque nunca jamàs entraba en aquella parte donde ellas ſe retiraban. Acabò ſu platica, con pedirle que mandaſſe hacer en eſte caſo alguna diligencia. El Duque, que como ſabio conſiderò, que ſi fuera fantaſma como Doña Blanca decia, no tuviera lugar ſeparado, ni llaves, ni cerraduras que le impidieran el entrar adonde Doña Blanca ſe recogia, y diſcurriendo en eſtas imaginaciones un poco, mandò à todos los que eſtaban alli, guardar en aquel caſo ſecreto, y como en varias ocaſiones tenia experiencia del valor, animo, y prudencia de Don Rodrigo, le mandò que aſſiſtieſſe à la caſa de Doña Blanca, y vieſſe que fantaſma era aquella que la inquietaba. Besò Don Rodrigo la mano al Duque por la merced que le hacia, en elegirle à èl para aquel caſo, haviendo en la ſala perſonas mas benemeritas, y de mas valor que èl, humildades, que mas hacian lucir ſu valeroſa condicion. Bolviòſe Doña Blanca à ſu caſa, con orden que no dixeſſe en èlla, que D. Rodrigo havia de ir à verſe con aquella figura eſpantoſa, que en èlla ſe via; porque en eſto le pareciò al Duque que conſiſtia el ſaber que era. Vino la noche, y con mas eſpacio que el animoſo D. Rodrigo quiſiera, tal era el deſeo con que eſtaba de ver el fin de eſte negocio, el qual ſe fuè en caſa de Doña Blanca, bien armado, y prevenido, y deſpues de haver eſtado en converſacion haſta las diez, ſin que en eſte tiempo huvieſſe tratado de la cauſa à que iba, como viò que ya podia prevenirſe, la hablò à parte, informandoſe del modo que la fantaſma venia, y deſpues de haverla ordenado que llamaſſe un criado de los que la ſervian, para que le acompañaſſe, ſin que el tal entendieſſe para que era llamado. Concediò Doña Blanca en todo, tan aficionada à la gallardia de D. Rodrigo, que bien le hiciera dueño de ſu perſona, y de quanto tenia, di-

Digitized by Google

ciendole tales razones, que casi se lo daba à entender. Viendo el criado, ignorante de todo, le ordenò Doña Blanca, que previniesse una hacha, y creyendo que era para ir alumbrando aquel Cavallero, lo hizo, y como estuvo encendida, baxò D. Rodrigo con èl, y cerrò la puerta de la calle, guardando èl mismo las llaves. Buelto arriba, sin dexar un punto el criado, ni darle lugar à que se apartasse de èl, le dixo à Doña Blanca, que se fuesse à recoger con sus mugeres; la qual obedeciendo, se encerro con èllas en el retrete acostumbrado, que estaba consecutivo à la sala en que D. Rodrigo, con su compañia, quisò aguardar la fantasma. Todas estas cosas tenian admirado al criado de Doña Blanca: y mas se admirò, quando D. Rodrigo juntando la puerta de la sala, le mandò, que se sentasse, porque le havia de hacer compañia, de que quisiera escusarse, mas no tuvo remedio, antes con esto confirmò mas la sospecha de Don Rodrigo; si bien el mozo disculpaba su turbacion con su miedo; pero ya determinado en lo que havia de hacer, aguardò su buena, ò mala suerte. Tenia por orden de D. Rodrigo el hacha encendida en la mano, y como dieron las once, se empezaron à oìr unos grandes, y espantosos golpes, y dar unos temerosos gemidos, los quales se venian encaminando adonde estaban, de cuyo temor el mozo empezò à temblar. Don Rodrigo, que no era necio, con mas ciertas sospechas que nunca, le dixo, embrazando un broquel, y desembaynando la espada: Gentil-hombre, cuenta con la luz, que la fantasma conmigo lo ha de ver. A este tiempo, viendo entrar aquella figura, el mozo fingiendo un desmayo, se dexò caer en el suelo, con proposito de matar de esta suerte la luz, como despues se supo, mas no le sucediò tan bien, porque aunque la hacha cayò en el suelo, no se matò: lo qual visto por D. Rodrigo, acudiò con mucha presteza à èlla, y tomandola en la mano en que tenia la rodela, embistiò con la fantasma, que ya à este tiempo estaba en medio de la sala, y de la estatura de un hombre, que entrò por la puerta, se havia hecho tan alta, y disforme, que llegaba al techo, y con un baston que trahia en las manos, del qual pendia cantidad de cadenas, daba golpes, con que amedrentaba à las inocentes, y flacas mugeres. Don Rodrigo, que con la luz, y su espada se havia llegado cerca, y pudo notar, que en las manos trahia guantes, le tirò un golpe à las piernas, que no fuè menester mas para rendirle, porque como venia fundado sobre unos palos muy altos, y este cimiento era

Digitized by Google

era falso, diò el edificio en tierra una terrible caìda, à cuyo golpe Doña Blanca, y sus mugeres, que ya por el ruìdo se havian venido àcia la puerta, salieron fuera con una vela encendida, porque la hacha que tenia Don Rodrigo se havia muerto con el ayre del golpe, el qual acudiendo al caìdo, le hallò tan aturdido, y desmayado, que diò lugar à que se viesse quien era, porque en quitandole unos lienzos en que venia embuelto, fuè conocido de D. Rodrigo, porque era un Cavallero Flamenco su vecino, que enamorado de èlla, desde que muriò su marido la solicitaba, y perseguia, al qual la hermosa Doña Blanca havia despedido asperamente, por ser casado. Acudieron con agua, aplicandosela al rostro, para que bolviesse del desmayo: y buelto de èl, harto avergonzado del sucesso, viendo descubierta su malicia, le dixo Don Rodrigo: Què disfraz es esse, Señor Arnesto, tan ageno de vuestra opinion, y trato? Ay, Señor Don Rodrigo (replicò Arnesto) si sabeis que es amor, no os maravilleis de esto que hago, sino de lo que dexo de hacer, y pues ya es fuerza que lo sepais, de este embeleco, y disfraz, como vos le haveis llamado, es la causa mi Señora Doña Blanca, à la qual me inclinò à amar mi desdicha, y como el ser yo casado, y ser èlla quien es, estorva, y ataja mi ventura, harto de solicitarla, y pretenderla, y de oìr asperas palabras de su boca, me aconsejè con este criado, que està caìdo en el suelo, y entre los dos dimos esta traza, metiendome èl en su aposento desde primera noche, para que con el miedo de mis ahullidos, y golpes, se escondiessen estas criadas, y yo pudiesse haver à mi voluntad à la causa de mis desatinos, y aunque ha muchos dias que hago esta invencion sin fruto, todavia perseverè en ella, por ver si alguna vez la fortuna me daba mas lugar que hasta aqui he tenido. Esta noche vine, como las demàs, descuydado de hallar quien me descubriesse, que aunque este mozo me avisaba de todo, y lo hizo de que estavais aquì quando previno la hacha, como lo vì todo en silencio, crei que os haviais ido, y que todo estaba seguro, porque aunque èl no bolvio al aposento, pensè que era ido à sus ocupaciones, como hace otras veces, y assi me atrevì à perderme, como lo he hecho, pues descubierto este enredo, es fuerza que no tenga yo buen sucesso. Mas piadoso, que admirado, escuchaba Don Rodrigo al apassionado Flamenco, disculpando su yerro con su amor, y al uno, y al otro la hermosura de Doña Blanca; y à no ser casado el amante, hiciera todo su poder por conformar sus voluntades, y

Digitized by Google

lograr su amor. Mas esto, y ser el delito tan grave, por ser el dueño tan noble, le atajaba todos sus designios, y assi le dixo, que le tenia mucha lastima, por padecer sin remedio, como el ser quien era aquella señora, lo decia; mas que ya no era tiempo de essas consideraciones, sino de ir delante del Duque, à darle cuenta del caso, pues que por su mandado havia venido à descubrirle. Esto sintiò mas Arnesto, que la misma muerte, y assi con buenas palabras advirtiò à Don Rodrigo de su peligro, èl se escusò con decir, que no podia hacer menos, mas que le daba su palabra de hacer quanto pudiesse por librarle. Con esto abriendo D. Rodrigo una ventana, y sacando por ella una hacha encendida, hizo señas à quatro amigos que tenia prevenidos, hombres de animo, y valor, que vista la seña fueron todos à la puerta, la qual abierta por Don Rodrigo, cogiendo en medio à Arnesto, y asiendo al criado de Doña Blanca, se fueron al Palacio del Duque, que aun no estaba acostado: el qual en sabiendo la venida de Don Rodrigo, saliò à recibirle, y como le viesse tan acompañado, al punto conociò la causa, y mas viendo al Flamenco, à quien conocia, y sabìa que era vecino de Doña Blanca, y como supo por entero el caso, contandole D. Rodrigo como havia passado, coligiendo del delito, no ser merecedor de perdon, por querer un hombre casado, con tal invencion forzar una Señora tan principal, y noble como Doña Blanca, sin admitir los ruegos de Don Rodrigo, y sus amigos, mandò poner en una torre à Arnesto, y en la carcel publica à su compañero, donde estuvieron, hasta que sustanciado el processo, y verificado el delito con su confession, y declaracion de las criadas de Doña Blanca, y estando èlla firme en pedir Justicia, antes de ocho dias la hicieron de los dos, degollando al uno, y ahorcando al otro, justo premio de quien se atreve à deshonrar mugeres de tal valor, y nombre, como la hermosa Doña Blanca: la qual quedò tan enamorada de Don Rodrigo, que por prevenciones que hacia para apartarle de su memoria, era imposible, hallandose cada dia mas enamorada. Era Doña Blanca, demàs de ser tan hermosa, muy moza, muy principal, y de ricas partes, que à no estar Don Rodrigo tan prendado en Salamanca, pudiera muy bien estimar para casarse; mas las memorias de Doña Leonor, le tenian tan fuera de sì, que en lugar de vivir en su ausencia, aun era milagro tenerle, si bien por no parecer descortès, ni tan para poco, que viendose querer, estuviesse timido, tibio, y desdeñoso, procedia en la volun-

Digitized by Google

luntad de Doña Blanca, agradecido mas que amante: con lo qual la hermosa Dama, unas veces favorecida, y otras despreciada, vivia una vida triste, y ya alegre, porque las finezas de un hombre, mas cortès que amante son penas del infierno à quien las padece sin remedio, que se sienten, y no se acaban. Visitabala D. Rodrigo, unas veces obligado con ruegos, y regalos, que aunque regateaba el recibirlos, muchas veces los tomaba por no parecer ingrato, sacando de deuda à su atrevimiento, con embiar otros de mas valor, y otras por no dar motivo à quexas, y desesperaciones, que en una muger despreciada, suelen ser de mucho sentimiento: Ay de ti, Doña Blanca, què marmol conquistas, y con que enemigos peleas! Amante prendado de otro, hermosura quieres para ti? Pues un dia en que D. Rodrigo fuè à pagar las finezas que Doña Blanca con èl tenia, la hallò cantando este Romance, que à lo que en èl se vè, se havia hecho al particular de su amor, y de D. Rodrigo, de quien sin duda sospechaba què amaba en otra parte.

Oìd selvas mis desdichas,
si acaso sabeis de amor,
escuchad las sinrazones
de aqueste tirano Dios.
Un tirano dueño adoro,
si bien en mi corazon
tuve secreto este fuego,
por venganza, y por temor.
Era el sugeto que amaba,
tan sujeto à otra aficion,
que temì poner la mia
en contraria condicion.
Con solo amarle pagaba
al alma lo que perdiò,
de gusto, reposo, y sueño,
amando sin galardon.
Pluguiera al Cielo, que el alma
muda estuviera hasta oy,
que experimentar desdenes,
sirve de mayor dolor.
Declarème, selvas mias,
la voluntad se anegò,
pues he ganado tibiezas,
conquistado disfavor.
Satisfizo agradecido,
mas ay de mi! que fingiò,
que si me amàra de veras,
no estuviera como estoy.
Si adoras, tirano dueño,
à la divina Leonor,
pedir favor, es pedir
tinieblas al mismo Sol.
Lloremos, selvas amigas,
este mal logrado amor,
estos zelos sin remedio,
cantando con triste voz.
Desdichado es amor,
quando empieza con zelos su passion.

Era la hermosa Doña Blanca hija de Español, y de Flamenca, y assi tenia la belleza de la madre, y el entendimiento, y gallardia del padre, hablando, demàs de esto la lengua Española, como si fuera nacida en Castilla,

Digitized by Google

y assi cantò con tanto donayre, y destreza, que casi dexò à D. Rodrigo, rendido à quexas tan bien dichas; mas amor, que estaba entonces de parte de la hermosa Leonor, mas que de la favorecida Doña Blanca, quisà obligado de algunos sacrificios que la ausenta Dama le hacia, estorvò esta aficion, que desde este dia se empezaba à entender de esta manera. Havia en la Ciudad un Cavallero Español, cuyo nombre era Don Beltran, tan igual en nobleza, y bienes de naturaleza à la hermosa Doña Blanca, quanto corto en los de fortuna, aunque tenia un muy buen entretenimiento, y alguna buena parte de hacienda, que sus padres que havian muerto en la misma tierra, le havian dexado. Mas era tan estimado, y tan bien recibido, que quando los animos ociosos trataban de casar las Damas mozas de la Ciudad; de comun parecer empleaban la hermosa Doña Blanca en el galan D. Beltran, el qual la amaba con tanto estremo, que casi perdia por èlla el juicio. No miraba mal Doña Blanca à Don Beltran, hasta que llegò à ver à Don Rodrigo, mas en el punto que amor cautivò su voluntad, olvidò de suerte à D. Beltran, que hasta su nombre aborrecia. Pues como anduviesse deseoso de saber la causa de esta mudanza, y las dadivas puedan mas que la fidelidad de las criadas, por ser en guardar secreto poco fieles, supo de una de las que la servian, como su Dama queria à Don Rodrigo, y como èl correspondia con èlla, mas por cortesia, que por voluntad. Y fiandose en esto, quiso llevarlo por valentias, y bravatas, hasta ver si por buenas razones le obligaba, y essa noche, al tiempo que Don Rodrigo salia de casa de Doña Blanca, mas agradecido à su amor que otras veces, se llegò à èl, y le suplicò le oyesse dos palabras. Conociòle Don Rodrigo, porque los Soldados ya que no sean todos amigos, se conocen unos à otros, y con mucha cortesia le respondiò, que su posada estaba cerca, que si queria ir à ella, ò era negocio que requeria otro lugar. Vuestra posada es à proposito Señor D. Rodrigo (respondiò D. Beltran) que con los amigos no son menester essos lugares que pensais. Con cuya respuesta se fueron juntos à su posada de Don Rodrigo, y entrando en ella, y sentados juntos, D. Beltran le dixo estas razones: Bien se, Señor Don Rodrigo, que sabeis amar, y que no ignorais las penas à que està sujeto un corazon que no alcanza lo que desea, despues que con amar, servir, solicitar, y callar, ha alcanzado meritos, para que sea suya la prenda que estima, y assi me escucchareis piadoso, y os lastimareis tierno de mis desdichas,

que

Digitized by Google

que siendo vos, como sois, la causa de ellas, espero, si no remedio, à lo menos favor para vencerlas. Yo, señor D. Rodrigo, no os quiero cansar en contaros mi nobleza, pues con deciros, que soy hijo de uno de los mas calificados Cavalleros de Guadalaxara, se dice todo: solo os digo que amè desde mis tiernos años à la hermosa Doña Blanca, pues aun antes que se casasse, la adoraba. Fuì correspondido de su voluntad en todo aquello que una principal señora, sin desdorar su opinion, pudo favorecerme, si bien no debia de ser amor con las veras que yo juzgaba, pues en una ausencia que hice à España à tratar mis acrecimientos, diò la mano à su difunto esposo, con quien apenas viviò casada un año. Muriò en fin, como amor vivia aun en medio de los agravios, viendo muerto al dueño de mi prenda, empezaron à alentarse mis esperanzas, bolviendo à verme tan favorecido de mi Dama, como primero, y quando pensè verme en su compañia, atado con el yugo del Matrimonio, se trocò su voluntad de la suerte que sabeis, pues la tiene puesta en vos desde el dia que vencisteis aquella fantasma, inventada para mi desdicha, de la qual yo triunfàre, quitandoos à vos, y al Duque de cuydado, si Doña Blanca me diera de su traicion parte. Aconsejabame mi colera, que quitasse de por medio vuestra persona, y lo hiciera, no porque me confiesso mas animoso, y valiente que vos, mas porque un cuydadoso puede triunfar facilmente de un descuydado, mas puse los ojos en mi señora Doña Leonor, que segun he sabido, es, y ha de ser vuestra prenda, y assi me determinè venir à pedir por su vida, pues la estimais tanto, tengais lastima de mis desdichas, y pues Doña Blanca no ha de ser para vos, que sea para mi, haciendo cuenta, que con su belleza comprais un esclavo, que lo serè mientras yo viviere. Con esto, y algunas lagrimas diò fin Don Beltran à sus razones, dexando no menos obligado que compassivo à Don Rodrigo, que como era diestro en amar huvo menester poco para enternecerse, y menos para creerle, y despues de darle à entender que quisiera querer mucho à Doña Blanca, para hacer mas en darsela, que entonces hacia; supuesto que jamàs havia correspondido con su voluntad, sino con una discreta aficion, y prudente correspondencia, le ofreciò hacer por èl, quanto fuesse possible; mas que le parecia, que Doña Blanca estaba en estado, segun se mostraba su amante, que si no se valian de algun engaño, seria por demàs el reducirla: y assi quedaron de concier-

Digitized by Google

cierto, que Don Rodrigo proſiguieſſe con ſu amor con mueſtras de agradecimiento, haſta poner à Don Beltran en poſſeſſion de la cruel Dama, como lo hizo, viſitandola otro dia, hallandola muy ufana con los favores que la noche antes havia recibido. Don Rodrigo que ſi algun deſeo havia tenido, viendoſe obligado de Don Beltran, con haverſe ſujetado à pedirle remedio, ſe le havia olvidado, viendo à Doña Blanca tan pueſto en favorecerle, la ſuplicò, que eſſa noche le vieſſe ſin tantos teſtigos, pues amor no los ha meneſter, y que ſe atrevia à pedirle eſte favor, primero que ſe caſaſſen, porque no queria que el Duque imaginaſſe, ni ſupieſſe, que mientras duraſſe la guerra, èl mudaba eſtado: Acepto Doña Blanca el partido, por no perder ocaſion, y aſſi le dixo que vinieſſe à las once, hora en que ſus criadas, y gente dormia, y que por ſeña, ſi era muſico, cantaſſe alguna coſa, porque queria gozar de ſus gracias, y que èlla propria le abriria la puerta, para que mediante ſu palabra, tomando poſſeſſion, conocieſſe ſu amor. Pidiòle Don Rodrigo, deſpues de beſarle muchas veces las manos, licencia para que le acompañaſſe un amigo, de quien ſe fiaba, y à quien queria hacer teſtigo de ſu ventura. Concedio en todo Doña Blanca, porque como ganaba, à ſu parecer, un teſorero, deſperdiciaba à prieſſa favores. Deſpidioſe Don Rodrigo de ſu engañada Dama, y fuè à buſcar à D. Beltran, para darle cuenta de lo que eſtaba trazado, que le recibiò con el guſto que tales nuevas dan. Y aſſi juntos, à la hora ſeñalada ſe fueron à donde la Dama, ya recogida ſu gente, los aguardaba en un balcon. Entrados en la calle, empezò Don Beltran, haciendo alarde de una divina voz de que era dotado, la ſeña concertada, con un laud, y eſte Romance.

Selvas, que fuiſteis teſtigos
de mis dichas algun tiempo,
quando yo fuì mas dichoſo,
y mas conſtante mi dueño.
Si alguna vez, por ventura,
os obligò mi deſeo,
os adulò mi alabanza,
y os alabaron mis verſos.
Haced vueſtras hojas ojos,
para verme como buelvo
à obligaros con mi llanto,
à mil nuevos ſentimientos.
Segunda vez ſelvas mias,
aqueſte llanto os ofrezco,
para que aumenteis con èl
vueſtros manſos arroyuelos.
Quiero à Laura y no os eſpante,
que no diga que la quiero,
porque quiſiera obligarla,
diciendo que la aborrezco.
Deprendì à tener amor,
amandola, porque fueron
verdaderas mis finezas,
y mis cuydados immenſos.

Tra-

Digitized by Google

Tratòme como ſabeis,
que repetirlo no quiero,
mi eſtrella tuvo la culpa,
ò mi fineza à lo menos.
Que à un amor verdadero,
le ſiguen penas, y le matan zelos.

Eſtaba ya Doña Blanca tan olvidada de Don Beltran, que aunque havia oìdo otras veces ſu voz, no le conociò, y creyendo ſer el que cantaba Don Rodrigo, baxò à abrirle, y al entrar, le preguntò la Dama, ſi entraba para ſer ſu eſpoſo? El galan, que no deſeaba otra coſa, le diò un ſi con los brazos, y llamando al amigo que eſtaba en la calle, un poco apartado, prometiò ſerlo delante de èl, quedando con eſto, ſegun las coſtumbres de Flandes, tan confirmado el matrimonio, como ſi eſtuvieran caſados. Y con eſta ſeguridad, creyendo que el que entraba era Don Rodrigo, le dexò Doña Blanca gozar quanto quiſo, y havia conquiſtado con tanta perſeverancia, entreteniendo en eſto alguna parte de la noche, que como donde eſtaban no havia luz, por mas ſeguridad, pudo Doña Blanca engañarſe, creyendo que el que eſtaba con èlla, era D. Rodrigo, y no D. Beltran, el qual pareciendole, que era deſcorteſia tener tanto tiempo à ſu amigo en la calle, y viendo que caſi queria amanecer, ſe deſpidiò de ſu eſpoſa, y baxando juntos à la puerta, al ruìdo de la llave llegò Don Rodrigo, que viendo ſer tiempo de deſcubrir ſu engaño, ſe diò à conocer à la Dama, deſcubriendole quien era el que tenia por èl, ſuplicandole encarecidamente perdonaſſe ſu yerro, que las paſſiones de Don Beltran, y ſu crueldad con èl, le havia obligado à tal. Demàs que èl no ſe podia caſar ſino con la hermoſa Doña Leonor, à quien tenia hecho cedula de ſer ſu eſpoſo. Con harto ſentimiento, y lagrimas, eſcuchò la hermoſa Doña Blanca el ſuceſſo, mas viendo que era ſin remedio, ſe deſpidiò de èllos, pidiendo à Don Rodrigo, que pues havia ſido el tercero de aquel engaño hablaſſe à ſus deudos, y al Duque, para que con guſto de todos ſe hicieſſe el caſamiento con Don Beltran.

En eſte eſtado eſtaba Don Rodrigo, negociando el bien de ſu nuevo amigo, en que ſe diò tan buena maña, que antes de tres dias los tenia ya deſpoſados, con general guſto de todos, mientras Doña Leonor en Salamanca paſſaba una vida bien triſte, y ſin conſuelo, por ver, que no ſolo ſe havian paſſado los tres años pueſtos por concierto entre èlla, y Don Rodrigo, ſino que para llegar à los quatro, faltaba bien poco, entreteniendo ſu amor con algunas cartas que de tarde en tarde recibia, y à ſus padres con ſu poca edad, y menos ſalud (que

à

Digitized by Google

à fuerza de triſtezas, le tenia bien gaſtada) y èllos à ſu eſpoſo, que ya eſtaba un mes havia en la Ciudad con las miſmas eſcuſas, no atreviendoſe à diſguſtar à ſu hija, que por no tener otra, la querian tierniſſimamente. Pues un dia que la hermoſa Dama, combatida de ſus padres, apretada de ſu amor, y deſeſperada de eſta auſencia, ſe hallaſſe ſola en un retrete, no penſando que havia quien la eſcuchaſſe, ſoltando las corrientes de ſus divinos ojos, empezò à quexarſe de ſu poca dicha, de la dilacion de D. Rodrigo, y de la violencia con que ſus padres la querian caſar à ſu diſguſto, entregandola à un hombre que aborrecia, y apartandola de otro, en quien havia pueſto toda ſu felicidad. Oyò ſu madre las tiernas quexas de Doña Leonor, y conociendo la cauſa de no quererſe caſar ſu hija, determinò de remediarlo por el mejor medio que fueſſe poſſible; y para mas aſſegurarſe, eſſa miſma noche, en ſintiendola dormida, la cogiò las llaves de un eſcritorio, y en èl hallò baſtante deſengaño con las cartas de Don Rodrigo, las quales deſpues de leìdas, dexò como eſtaban, y tornando à cerrar, puſo la llave adonde la havia hallado. Hablò del caſo à ſu padre, y viendo los dos, que perſuadirla amando, era eſcuſado, ordenaron entre los dos una carta, poniendola en nombre de un criado que D. Rodrigo havia llevado, y ellos conocian, en que le aviſaba, como ſu ſeñor ſe havia caſado con una ſeñora Flamenca muy rica, y hermoſa, cuyo dote havia venido à ſu propoſito. Eſta carta ſe diò à los padres de Don Rodrigo, los quales aunque no la tuvieron por muy cierto, por no aviſarles ſu hijo de èllo; con todo eſto la divulgaron por la Ciudad, de ſuerte, que como las nuevas en ſiendo malas, no ſe encubren, llegaron à los oìdos de Doña Leonor, que midiendo la inconſtancia de los hombres, con ſu deſdicha, y viendo que el tiempo que decian havia que ſe havia caſado, era el miſmo, poco mas, ò menos, que D. Rodrigo no la eſcrivia, las creyò luego; y deſeſperada de remedio, quanto deſeoſa de venganza, pareciendole que no la podia tomar mayor de sì miſma, y de ſu amante, que con rendirſe à un tirano dueño, que aſſi llamava al eſpoſo que ſus padres le daban: ſi bien lloroſa, y triſte, en ſabiendo ſu deſdicha diò la mano à D. Alonſo, celebrandoſe en Salamanca ſus bodas. Quien viere à Doña Leonor caſada oy con diferente dueño del que ſus paſſiones prometian, parece que podrà culpar la inconſtancia de las mugeres; pues havrà quien diga que no debiera creerſe tan de ligero de la primera informacion, mas de

eſta

Digitized by Google

eſta culpa la abſuelve el haver paſſado un año mas del concierto. Pero lo que mas diſculparà, y harà verdadero ſu amor, ſerà el ſuceſſo que del caſamiento reſultò. Y aſſi en tanto que goza à ſu diſguſto los enfadoſos regalos de ſu eſpoſo, à quien aborrecia, aun antes de caſarſe, porque no tan ſolo en dandoſe la mano ſe arrepintiò, mas aun antes de haverſela dado, de cuyo diſguſto ſe dexò vencer de una tan profunda melancolia, que tenia, no ſolo à ſu marido, mas tambien enfadados à todos. Paſſela, pues creyò un engaño tan grande, que yo me paſſo à Flandes. Don Rodrigo inocente, y temeroſo de eſte ſuceſſo, deſpues de ver à Doña Blanca, y à D. Beltran en poſſeſſion de ſu amor, el galan mas enamorado, y la Dama muy contenta, ſiguiendo muy valeroſamente en ſu exercicio de la guerra, y teniendo el Duque en eſta ocaſion muy valeroſos Soldados en ſu compañia, y viendo ſer Don Rodrigo de los que mas ſeñaladamente ſe aventajaban en todas ocaſiones, le honrò con una Compañia de cavallos, en cuyo exercicio hizo valeroſas hazañas. Sucedio en eſte tiempo el Saco de Amberes, tan ſolemnizado, y ſabido de todos, y viendo Don Rodrigo, que à traher la nueva à la Catholica, y prudente Mageſtad del Rey Don Felipe Segundo, havia de venir algun Cavallero, y conſiderando que eſta ocaſion era la miſma que èl ſiempre deſeaba, fiado en ſus valeroſos hechos, pidiò por merced al Duque le honraſſe con eſte cargo. Concediòle el Duque eſta peticion, y mucho mas que pidiera, por conocer ſer merecedor de mayores acrecentamientos, con lo qual mas contento que en ſu vida eſtuvo, ſe puſo por la poſta en Eſpaña. Llegò à la Corte, diò las nuevas, y en albricias de ellas, deſpues de haverle hecho ſu Mageſtad mil honras, le hizo merced de un Abito de San-Tiago, y quatro mil ducados de renta, y con todas eſtas grandezas, fenecida la ocaſion de eſtar en la Corte, ſe fuè à deſcanſar à ſu patria, con intento de pedir por eſpoſa à ſu querida ſeñora; ò en caſo que ſe la negaſſen, moſtrando la cedula, ſacarla por el Vicario. Llegò à Salamanca, y deſpues de haver deſengañado à ſus padres de las falſas nuevas que de ſu caſamiento havian tenido, con pedirles de nuevo tornaſſen à tratar ſus bodas con la belliſſima Doña Leonor, y oido de ellos una reſpueſta tan cruel como la de haverſe caſado, el mas deſeſperado, triſte, y confuſo, que en ſu vida eſtuvo, harto de laſtimarſe, y ſentir tal deſdicha, y canſado de atormentarſe con imaginaciones, ſe ſaliò de caſa con intento de hablar à Doña

Digitized by Google

ña Leonor, y en diciendole su sentimiento, culpando su poca lealtad, dar la buelta à Flandes, y morir sirviendo al Rey. Llegò à su casa à tiempo que estaba la triste señora en un balcon de ella, mas rendida que nunca à sus tristezas, y melancolicos pensamientos, porque demàs de haverse casada como he dicho, por parecerle irritada de colera, que se vengaba de su ingrato dueño, y estos casamientos hechos con tales designios, siempre paran en aborrecimiento: era el marido zeloso, y no de mejor condicion que otro, y tras esto amigo de seguir sus apetitos, y desconciertos, sin perdonar las Damas, ni el juego, causas para que Doña Leonor le huviesse del todo aborrecido, y èl viendo su despego, no la trataba muy amorosamente, y estas cosas la trahian sin gusto; pues como D. Rodrigo la viò tan triste, se parò muy turbado à mirarla, tanto, que la Dama tuvo lugar, bolviendo de su suspension, de reparar en aquel Soldado, que tan galan, y cuydadoso la miraba, y conociendo à Don Rodrigo, dando un grandissimo grito, se cayò de espaldas en el suelo, dando con el cuerpo un grandissimo golpe, dexando à D. Rodrigo tan turbado, que le pesò mil veces de haverse puesto delante de sus ojos, por no darle tal pesar. Al ruìdo que hizo con la caìda, acudieron su madre, y criados, y hallandola à su parecer, sin ningun sentido, creyendo ser algun desmayo, la llevaron à la cama, y desnudandola, la pusieron en ella, y con toda priessa embiaron criados, unos à buscar su marido, y otros à traher los Medicos; y èstos venidos, haciendole mil diligencias, y remedios sin provecho, ya con unturas, y fomentos, ya con crueles garrotes, cansados de atormentarla, declararon que èra muerta, nueva bien rigurosa, no solo para su casa, sino para toda la Ciudad; que como se publicò su repentino fin, generalmente la lloraban, sintiendo todos como propria suya la perdida de tan hermosa Dama; pues si à los que no les tocaba esta desdicha, la sentian, què seria à quien la tenia en el alma, que era Don Rodrigo? Què aun no havia salido de la calle, esperando saber de algunos el sucesso de tan cruel desmayo, de que le desengañaron presto los gritos que en casa de la Dama se daban: mas queriendo mas por entero saber su deseo tan lastimoso, lo preguntò à un criado que salia, que como le dixo que su señora havia caìdo muerta, fuè milagro no morir tambien. Recogiòse à su casa, luego que supo que por orden de los Medicos lo guardaban treinte y seis horas, donde hacia, y decia las lastimas que en tal caso se puede pensar.

Pas-

Digitized by Google

Paſsò el termino ſeñalado, y viſto que era en vano aguardar mas, la llevaron à la Igleſia mayor, donde tenia ſu Capilla, y entierro, y poniendola en una caxa de terciopelo negro, como todos los de ſu linage, la metieron en la boveda, que era una hermoſa ſala debaxo de tierra, con unos poyos donde ponian las caxas: tenia en la teſtera un rico Altar de un devoto Crucifixo, en el qual ſe decian muchas Miſſas. Supo Don Rodrigo como ſu querida Leonor eſtaba ya en la boveda, y con las anſias amoroſas, que le apretaban el corazon, apenas fuè de noche, quando ſe fuè à la Igleſia, donde hallò al Sacriſtan, que eſtaba cerrando con llave la puerta de la boveda, porque ſubia de encender las lamparas; y deſpues de muchos ruegos le diò una cadena de valor de cien eſcudos, y pidiò que le dexaſſe ver la hermoſa Doña Leonor: no fuè muy dificultoſo el alcanzarlo del Sacriſtan, viſto el interès à quien todo es facil; y aſſi cerrando la Igleſia, ſe baxaron juntos à la funeſta boveda, y deſcubriendo la caxa, empezò el amante Cavallero à abrazar el difunto cadaver, como ſi tuviera algun ſentimiento, à quien bañado en lagrimas, empezò à decir: Quien penſàra, querida Leonor, que quando havias de eſtar en mis brazos, havia de ſer à tiempo que no tuvierais alma, ni ſentimiento para oìrme? Ay de mi! Y como has pagado bien el yerro que hiciſte en caſarte, ſiendo yo vivo. Cruel eſtuviſte en hacerlo, mas mucho mas lo has eſtado en darme tan crecida venganza: vivieras tu, hermoſo dueño mio, aunque fuera en poder ageno, que à mi me baſtàra ſola tu viſta para vivir alegre. Diciendo eſtas, y otras palabras de tanto ſentimiento, que ya el Sacriſtan que le acompañaba, le ayudaba con muchas lagrimas, bolviò los ojos al Altar en que eſtaba el devoto Crucifixo, y como, ni por amante, ni por deſdichado perdieſſe la devocion, ſe arrodillò delante de èl, y deſpues de haverle pedido perdon de haver en ſu preſencia hablado con aquella difunta de aquella ſuerte, con una devota, y fervoroſa oracion, le pidiò ſu vida, pues para darla à los muertos havia ofrecido la ſuya en la Cruz; proponiendole una promeſa de gran valor. O fuerza de la oracion, que tanto alcanzas! O piadoſo Dios, que aſſi oyes à los que de veras te llaman! Pues apenas acabò Don Rodrigo de pedir con piadoſo, y devoto afecto, quando fuè oìdo con miſericordia, porque ſintiendo ruìdo en el ataùd en que eſtaba Doña Leonor, bolviò la cabeza, y viò, que alzando la Dama las manos ſe las puſo en el roſtro

con

Digitized by Google

con un ay muy debilitado, à cuyo sentimiento acudiò Don Rodrigo, y el Sacristan, y vieron, que aunque no havia abierto los ojos, empezaba à cobrar aliento; y assi determinaron sacarla de alli, porque si bolviesse de todo punto, no se hallasse en tan temerosa parte; y con esto, dando D. Rodrigo gracias à Dios, cargò con el amable peso, mandando al Sacristan cerrasse la caxa como estaba, y subiendo con èl à la Iglesia, le puso en una alfombra, pidiendo al Sacristan que le fuesse por un poco de vino, y vizcochos, para darle algun aliento, si bolviesse del todo. Fuè el Sacristan, y apenas le viò D. Rodrigo fuera de la Iglesia, quando tomando en brazos à su Dama, se fuè con ella à su casa, donde la quitò el abito en que estaba metida, y la acostò en su cama. Quando el Sacristan bolviò, y no hallò al Cavallero, ni la Dama, y no conociesse el ladron del amoroso hurto, no hizo mas que cerrar la Iglesia, y subirse à su aposento con lo que pudo recoger de vestidos, y camisa; y dexando las llaves colgadas de un clavo, se fuè en casa de un amigo, donde estuvo retirado, hasta ver en que paraba este suceso. Don Rodrigo muy contento, por ver que Doña Leonor iba cobrando aprieſſa con el calor la vida, la empezò à llamar por su nombre, rociandole el rostro con vino, y aplicandole paños mojados, y lo mismo à las narices, con que acabò de cobrar sentido. Y como abriendo los ojos viò à Don Rodrigo, sin que otra persona estuviesse à su cabecera, sino èl, admirada de verse alli, como quien mejor sabìa donde se havia visto, como despues se dirà; le preguntò estrañando el lugar donde estaba, porque hasta entonces no sabìa donde havia estado: à lo qual D. Rodrigo satisfizo, contandole lo que queda dicho, confirmando Doña Leonor el milagro de haver buelto à este mundo, con lo que adelante se verà. Concertaron los amantes de irse otro dia à Ciudad Rodrigo, donde Don Rodrigo tenia deudos; y desde alli sacando recados para sus amonestaciones, desposarse passados los terminos de ellas: para lo qual antes de ponerlo por obra, consultò Don Rodrigo el caso con un Theologo, el qual le dixo, que lo hiciesse, haciendo leer sus amonestaciones en Salamanca, teniendo por sin duda que Dios havia buelto à Doña Leonor à este mundo, para que cumpliesse la primera palabra. Diò Don Rodrigo à entender à sus padres, que se iba à Ciudad Rodrigo à divertirse con sus deudos; y con esta licencia, y su Dama, se partiò essa noche misma, siendo la segunda de haver cobrado Doña Leonor la vida: la qual havia

Digitized by Google

via cobrado el animo, mas no la color, que essa jamàs bolviò à su rostro. En estando en Ciudad Rodrigo nuestro Cavallero, embiò à sus padres un proprio, pidiendoles que para cosas que importaban su quietud, se viniessen por ocho dias à aquella Ciudad, que venidos à ella, con lo que sabrian le disculparian de tal peticion. Ellos, que ya otras veces solian hacer este viage, quando iban à ver à sus parientes, y holgarse con èllos, se pusieron en un coche, y se fueron à ver con su hijo, que como entrassen en su posada, que era la casa de una hermana de su madre, viuda muy rica, y viessen à Doña Leonor, no dando credito à sus ojos, le preguntaron quien fuesse, satisfaciendo D. Rodrigo à su pregunta, con decirles lo que queda dicho; y todos juntos daban muy contentos gracias à Dios, que tantas mercedes les havia hecho. Sacaronse los recados para amonestarse, y embiaronlos à Salamanca al Cura de la Iglesia Mayor, que era la Parroquia de todos, el qual aunque echò menos al Sacristan, como hallò la plata, y ornamentos de la Iglesia cabal, creyò que le huviesse sucedido algun caso, que le moviò à ausentarse, mas no se echò menos la Dama. Sucediò que todas tres veces que se leyeron las amonestaciones, estaban en la Iglesia los padres, y marido de Doña Leonor; mas aunque oyeron el nombre de su hija, y los suyos mismos, estando seguros de que era muerta, y la havian enterrado, no cayeron en ello, creyendo que en una Ciudad tan grande como en Salamanca, habria otra del mismo apellido, y nombre. Pues como los terminos de las amonestaciones passaron sin ver impedimento ninguno, aunque de industria se leìan publicamente, se desposaron, gozando D. Rodrigo de su amada prenda, y quedando de concierto de alli à un mes venirse à velar à Salamanca; y porque entonces se havian de hacer unas fiestas muy grandiosas de Toros, y cañas, se bolvieron sus padres à su casa à prevenir lo necessario para las bodas. Llegado el aplazado dia, haviendo quatro que D. Rodrigo, y su esposa, con muchas Damas, y Cavalleros havian llegado de secreto à Salamanca, y aposentandose en casa de sus padres, cubiertos todos de galas, y riquezas, entraron en la Iglesia para velarse, à tiempo que sus padres, y marido de la novia estaban en ella oyendo Missa, porque D. Alonso, aficionado à una Dama, que assistia en ella, era muy puntual en galantearla: pues como viessen una boda de tanto aparato, y grandeza, pusieron los ojos en la bien aderezada, y gallarda novia, y como naturalmente la conociessen, por ser los

Digitized by Google

unos sus padres, y el otro su marido, aun no creyendo los mismos ojos, cada uno por su parte, preguntaron quien era, porque al novio ya le havian conocido: y como les dixessen el nombre, mas admirados, engañandose à sì mismos, y no pudiendo creer que fuesse la misma, por haverla visto muerta, entre el si, y el no, dieron lugar que se velassen. Havia en este tiempo Don Alonso salidose de la Iglesia à llamar algunos amigos, y avisar la Justicia, enterado de que era su muger la misma que havia visto casar. Pues como se quedassen los nuevos casados, y su acompañamiento, saliò de la Iglesia la madre de Doña Leonor, con menos sufrimiento que los demàs, se levantò, y llegandose cerca de èlla, la estuvo mirando atentamente, y como de todo punto la conociesse, con passos desatentados se fuè à abrazar con èlla, diciendo: Ay querida Leonor, hija mia, y como es possible que tu corazon pueda sufrir el no abrazarme! Doña Leonor que viò à su madre tan cerca de si, abrazandose con èlla, empezò à llorar. Llegò en esto su padre, y el de Don Rodrigo, y visto que alli era alborotar la gente, procurando saber el fin de este caso, las aportaron; y todas juntas se entraron en los coches, donde mientras tardaron de llegar à una casa, que en la Plaza tenian aderezada para comer, y ver las fiestas, supieron el caso como queda dicho: y sabiendo que Don Rodrigo, y sus padres no determinarian de hacer tal, sin acuerdo de Theologos, y Letrados; considerando los caminos que Dios tiene para efectuar su voluntad, y descubrir sus secretos, le dieron muchas gracias, disponiendose à defender por Justicia la causa, si Don Alonso, como pensaban, les pusiesse pleyto. Llegando en fin donde les esperaban las mesas, y haviendose servido la comida, se salieron à los balcones à ver las fiestas, donde en uno muy aderezado, y guarnecido, se sentaron los novios. D. Alonso, que solo esto aguardaba, cercado de sus amigos, todos à Cavallo passearon la Plaza, siendo siempre el blanco, y paradero de sus passeos, enfrente del balcon, en que estaban los recien casados, ya recelosos de lo que D. Alonso intentaba. El qual, como con sus amigos, y entre ellos el Corregidor, se acabaron de resolver de que aquella Dama era su misma muger, la que havian visto muerta, y la que havian enterrado dos meses havia; D. Alonso pidiò justicia al mismo Corregidor, dando querella de Doña Leonor, y D. Rodrigo; y con esto la gente comenzò à alborotarse. Hizo el Corregidor su embargo, à lo qual D. Rodrigo, que no aguardaba otra cosa, se puso de pechos sobre

el

Digitized by Google

el balcon, y dixo: Señores, yo no niego, que esta Dama es Doña Leonor, hija de los señores D. Francisco, y Doña Maria, que estan presentes, y muger que fuè del señor D. Alonso, mas tambien advierto, que estoy legitimamente casado con èlla. El como me casè con èlla, dirè en otro lugar, dexen passar las fiestas, que pues esto ha de constar por informacion, yo la tengo tan en mi favor, que no recelo siniestra sentencia. Daba voces D. Alonso, que depositassen à Doña Leonor en parte segura. Hizolo el Corregidor, mandando à su muger, que estaba en la Plaza, que llevasse consigo à Doña Leonor. Con esto, y quitar las espadas à D. Alonso, y D. Rodrigo, y mandarles sobre su palabra, que passadas las fiestas tuviessen por prision su casa.

Otro dia los padres de Don Rodrigo, viendo que aquel pleyto era mas de Justicia Eclesiastica, que de Seglar, pidiendo al Obispo por una peticion, que pidiesse los pressos, el qual lo hizo, y tomando su confession à Don Alonso, que ya havia hecho su pedimiento ante èl, dixo: que Doña Leonor, que era la misma que D. Rodrigo llamaba su muger, era suya, à la qual vencida de un desmayo grande, por engaño de los Medicos, havian enterrado: y que supuesto que faltaba de la boveda donde la havian puesto, y estaba viva, que èl queria que antes de todas cosas se le entregasse la Dama, y con èlla su dote de que estaba despojado, por las falsas nuevas de su muerte, presentò informacion: A lo qual respondiò D. Rodrigo, que Doña Leonor era legitimamente su muger, por una cedula la qual no havia cumplida por la fuerza que sus padres le havian hecho, engañandola, y diciendola, que èl se havia casado en Flandes. Y que quando sin engaño se huviera casado, que ya no podia el primer marido tener ningun derecho, porque la muerte disuelve el matrimonio, y respecto de esto, aquella señora era suya, y no de Don Alonso, porque èlla havia sido verdaderamente muerta, y no desmayada, como constaba de la declaracion de tres Medicos, y haverla tenido treinta y seis horas despues de muerta, doce mas de las que manda la ley, y que èl viendola enterrar, havia vencido con dineros la fidelidad del Sacristan, deseoso de ver en sus brazos muerta, la que no havia merecido viva, y que por fin havia entrado en la boveda, donde cansado de llorar, se havia buelto à un devoto Christo que alli estaba, à quien fervorosamente havia pedido su vida; y que su Divina Magestad, como el mas justo Juez, se lo havia concedido, como vian, dandole nueva vida, pa-

Digitized by Google

ra que èl como legitimo dueño, la gozaſſe; y de que era verdadero poſſeedor, lo decian ſus diligencias, ſiendo con juſto titulo ſu muger; pues para ſu caſamiento, demàs de haverſe aconſejado con Theologos, havian procedido todas las ſolemnidades que pide el Santo Concilio de Trento. Mandò el Obiſpo venir à Doña Leonor, y que hicieſſe ſu declaracion; la qual dixo, que èlla era verdadera muger de D. Rodrigo, por muchas cauſas: La primera, que èlla le havia dado palabra, la qual no havia cumplido, por haverla forzado ſus padres con amenazas, y darle à entender que ſe havia caſado; y que por eſta cauſa havia dado el ſi forzada, como lo podia decir el miſmo D. Alonſo; pues jamàs havia podido acabar con èlla que conſumaſſen el matrimonio. Demàs de eſto, que èlla naturalmente havia ſido muerta, refiriendo algunas coſas que baſtaron à hacer patente eſta verdad, que por no ſer de importancia al ſuceſſo ſe ocultan: y ultimamente, que èlla eſtaba en poder de D. Rodrigo, al qual conocia por marido, y no à otro.

Viſto eſto, y el parecer de muchos Theologos, y Letrados, mandò el Obiſpo, que la Dama ſe entregaſſe à D. Rodrigo, deſpoſſeyendo à D. Alonſo de la muger, y hacienda: con lo qual el dicho D. Rodrigo gozò de la hermoſa Doña Leonor muchos años, aunque pocos ſegun ſu amor. Muriò primero que ſu marido, dexandole un hijo que oy vive caſado, ſiendo en ſu tierra muy querido. Con que da fin la celebre maravilla de Don Lope, en que ſe vè claro el Impoſſible vencido.

NOVELA NONA.

EL JUEZ DE SU CAUSA.

TUvo entre ſus grandezas la nobiliſsima Ciudad de Valencia, por nueva, y milagroſa maravilla de tan celebrado aſſiento, la ſin par belleza de Eſtela, Dama iluſtre, rica, y de tantas partes, gracias, y virtudes, que quando no tuviera otra coſa de que preciarſe, ſino de tenerla por hija, pudiera alabarſe entre todas las Ciudades del mundo de ſu dichoſa ſuerte. Era Eſtela unica en caſa de ſus padres, y heredera de mucha riqueza, que para ſola èlla, les diò el Cielo, à quien agradecidos alababan, por haverlos dado tal prenda. Entre los muchos Cavalleros, que deſeaban honrar con la hermoſura de Eſtela ſu nobleza, fuè D. Carlos, mozo

Digitized by Google

mozo noble, y rico, y de las partes que pudiera Estela elegir un noble marido: si bien Estela, atada su voluntad à la de sus padres, como de quien sabia, que procuraban su acrecentamiento, aunque entre todos se agradaba de las virtudes, y gentileza de Don Carlos, era con tanta cordura, y recato, que ni èllos, ni èl conocian en èlla esse deseo, pues, ni despreciaba cruel sus pretensiones, ni admitia liviana sus deseos, favoreciendolos con un mirar honesto, y un agrado cuerdo, de lo qual el galan satisfecho, y contento, seguia sus passos, adoraba sus ojos, y estimaba su hermosura, procurando con su presencia, y continuos passeos, dar à entender à la Dama lo mucho que la estimaba. Havia en Valencia una Dama de mas libres costumbres, que à una muger noble, y medianamente rica convenia; la qual viendo à D. Carlos passar à menudo por su calle, por ser camino para ir à la de Estela, se aficionò de suerte, que sin mirar en mas inconvenientes que à su gusto, se determinò à darselo à entender del modo que pudiesse. Poniasele delante en todas ocasiones, procurando despertar con su hermosura su cuydado: mas como los de D. Carlos estuviessen ocupados, y cautivos de la belleza de Estela, jamàs reparaba en la solicitud con que Claudia (que este era el nombre de la Dama) vivia, que como se aconsejasse con su amor, y el descuydo de su amante, y viesse que nacia de alguna voluntad, procurò saberlo de cierto, y à pocos lances descubriò lo mismo, que quisiera encubrir à su misma alma, por no atormentarla con el rabioso mal de los zelos. Y conociendo el poco remedio que su amor tenia, viendo al galan Don Carlos tan bien empleado, procurò por la via que pudiesse estorvarlo; ò ya que no pudiesse mas, vivir con quien adoraba, para que su vista aumentasse su amor, ò su descuydo apresurasse su muerte. Para lo qual, sabiendo que à D. Carlos se le havia muerto un page, que de ordinario le iba acompañando, y le servia, fiel consejero de su honesta aficion, aconsejandose con un antiguo criado que tenia, mas codicioso de su hacienda, que de su hermosura, y quietud, le pidiò que diesse traza como èlla ocupasse la plaza del muerto siervo, dandole à entender que lo hacia por procurar apartarle de la voluntad de Estela, y traherle à la suya, ofreciendole, si lo conseguia, gran parte de su hacienda. El codicioso viejo, que vio por este camino gozaria de la hacienda de Claudia, se diò tal maña en negociarlo, que el tiempo que pudiera gastar en aconsejarla lo contrario, ocupò en negociar lo de su tra-

trage en el de varon, y en servicio de Don Carlos, y su criado con la governacion de su hacienda, y comission de hacer, y deshacer en ella: venciò la industria los imposibles; y en pocos dias se hallò Claudia page de su amante, grangeando su voluntad, de suerte, que ya era archivo de los mas escondidos pensamientos de Don Carlos; y tan valìdo con èl, que solo à èl encomendaba la solicitud de sus deseos. Ya en este tiempo se daba Don Carlos por tan favorecido de Estela, haviendo vencido su amor los imposibles del recato de la Dama, que à pesar de los ojos de Claudia, que con lagrimas solemnizaba esta dicha de los dos amantes, le hablaba algunas noches por un balcon, recibiendo con agrado sus papeles, y oyendo con gusto algunas musicas que le daba su amante algunas veces. Pues una noche que entre otras muchas quiso Don Carlos dar una musica à su querida Estela, y Claudia con su instrumento, havia de ser el tono de ella, en lugar de cantar el amor de su dueño, quiso con este Soneto desahogar el suyo, que con el lazo al cuello estaba para precipitarse.

Goce su libertad el que ha tenido
Voluntad, y sentidos en cadena;
Y el condenado en la amorosa pena,
El dudoso favor que ha pretendido.
En dulces lazos, (pues leal ha sido)
De mil gustos de amor el alma llena;
El que tuvo su bien en tierra agena
Triufe de ausencia sin temor de olvido.
Viva el amado sin favor zeloso,
Y venza su desden el despreciado,
Logre sus esperanzas el que espera.
Con su dicha alegre el venturoso,
Y con su prenda el vitorioso amado,
Y el q̃ amare imposibles qual yo muera.

En este estado estaban estos amantes, aguardando Don Carlos licencia de Estela para pedirla à sus padres por esposa, quando vino à Valencia un Conde Italiano, mozo, y galan: pues como su posada estaba cerca la de Estela, y su hermosura tuviesse jurisdicion sobre todos quantos la llegassen à ver, cautivò de suerte la voluntad del Conde, que le vino à poner en puntos de procurar remedio, y el mas conveniente que hallò, fiado en ser quien era, demàs de sus muchas partes, y gentileza, fuè pedirla à sus padres, juntandose este mismo dia, con la suya, la misma peticion por parte de Don Carlos, que acossado de los amorosos deseos de su Dama, y quizà de los zelos que le daba el Conde, viendole passear la calle, quiso darles alegre fin. Oyeron sus padres los unos, y los otros terceros; y viendo que aunque Don Carlos era digno de ser dueño de Estela, codiciosos de verla Condesa, despreciando la pretension de Don Carlos, se la prometieron

Digitized by Google

con al Conde; y quedò assentado, que de ahì à un mes fuessen las bodas. Sintiò la Dama, como era razon, esta desdicha, y procurò desbaratar estas bodas, mas todo fuè cansarse en vano; y mas quando èlla supo por un papel de D. Carlos, como havia sido despedido de ser suya. Mas como amor quando no hace imposibles, le parece que no cumple con su poder dispuso de suerte los animos de estos amantes, que viendose aquella noche, por la parte que solian, concertaron, que de ahì à ocho dias, prevenido D. Carlos lo necessario, la sacasse, y llevasse à Barcelona, donde se casarian: de suerte, que quando sus padres la hallassen, fuesse con su marido, y tan noble, y rico como pudiera desear, à no haverse puesto de por medio tan fuerte competidor como el Conde, y su codicia. Todo esto oyò Claudia, y como le llegassen tan al alma estas nuevas, recogiòse en su aposento, y pensando estar sola soltando las corrientes à sus ojos, empezò à decir: Ya desdichada Claudia, què tienes que esperar? Carlos, y Estela se casan, amor està de su parte, y tiene pronunciada contra mi cruel sentencia de perderle. Podràn mis ojos ver à mi ingrato en brazos de su esposa? No por cierto: pues lo mejor serà decirle quien soy, y luego quitarme la vida. Estas, y otras muchas razones decia Claudia, quexandose de su desdicha; quando sintiò llamar à la puerta de su estancia, y levantandose à ver quien era, viò que el que llamaba à la puerta, era un gentil, y gallardo mozo, que havia sido del padre de D. Carlos; y haviendose rescatado, no aguardaba sino passage para ir à Fez, de donde era natural, que como le viò, le dixo: Para què Amete me vienes à inquietar, ni estorvar mis quexas, si las has oido, y por èllas conoces mi grande desdicha, y aficcion? Dexamelas padecer, que ni tu eres capaz de consolarme, ni èllas admiten ningun consuelo. Era el Moro discreto, y en su tierra noble, que su padre era Baxà muy rico, y como huviesse oìdo quexar à Claudia, y conociò quien era, le dixo: Oìdo he Claudia, quanto has dicho, y como aunque Moro, soy en algun modo cuerdo, quizà el consuelo que te darè, serà mejor que el què tu tomas, porque en quitarte la vida, què agravio haces à tus enemigos, sino darles lugar à que se gocen sin estorvo? Mejor seria quitar à Carlos à Estela, y esto serà facil si tu quieres, y para animarte à ello, te quiero decir un secreto, que hasta oy no me ha salido del pecho: oyeme, y si lo que quiero decirte no te pareciere à proposito, no lo admitas; muger eres, y dispuesta à qualquier accion, como lo juzgo en haver dexado tu tra-

Digitized by Google

ge, y opinion, por seguir tu gusto. Algunas veces vì à Estela, y su hermosura cautivò mi voluntad; mira que de cosas te he dicho en estas dos palabras, quexarte que por Carlos dexaste tu reposo, dasle nombre de ingrato, y no andas acertada; porque si tu le huvieras dicho tu amor quizà Estela no triunfára del suyo, ni yo estuviera muriendo. Dices que no hay remedio, porque tienen concertada el robarla, y llevarla à Barcelona, y te engañas, porque en esso mismo si tu quieres està tu ventura, y la mia; mi rescate ya està dado, mañana he de partir de Valencia, porque para ello tengo prevenida una Galeota que à noche diò fondo en un escollo cerca del Grao, de quien yo solo tengo noticia; si tu quieres quitarle à Don Carlos su Dama, y hacerme à mi dichoso; pues èlla te da credito à quanto le dices, fiada en que eres la privanza de su amante, ve à ella, y dile, que tu señor tiene prevenida una salva en que passar à Barcelona, como tiene concertado; y que por ser segura, no quiere aguardar al plazo, que entre los dos se puso, que para mañana en la noche se prevenga, señala la hora misma, y dandola à entender que D. Carlos la aguarda en la marina, la traheràs donde yo te señalarè, y llevandomela yo à Fez, tu quedaràs sin embarazo, donde podràs persuadir, y obligarle à amarte, y yo irè rico de tanta hermosura. Atonita oyò Claudia el discurso del Moro, y como no mirasse en mas que en verse sin Estela, y con Don Carlos, aceptò luego el partido, dando al Moro las gracias, quedando de concierto de efectuar otro dia esta traicion, que no fuè dificil; porque Estela dando credito, pensando que se ponia en poder del que havia de ser su esposo, cargada de joyas, y dineros, antes de las doce de la siguiente noche, ya estaba embarcada en la Galeota, y con èlla Claudia, que Amete la pagò de esta suerte la traicion.

No sintiò Estela su desdicha, que assi como se viò rodeada de Moros, y entre ellos el esclavo de Don Carlos, y que èl no parecia; y conociò que à toda priesa se hacian à la vela, considerando su desdicha, aunque ignoraba la causa, se dexò vencer de un mortal desmayo, que le durò hasta otro dia; tal fuè la passion de verse assi, y mas quando otro dia bolviendo oyò lo que entre Claudia, y Amete passaba; porque creyendo el Moro ser muerta Estela, teniendola Claudia en sus brazos, le decia al alevoso Moro: Para què Amete, me aconsejaste que pusieste esta pobre Dama en el estado en que està, si no me haviais de conceder la amada compañia de D. Carlos, cuyo amor me obligò à hacer

Digitized by Google

cer tal traicion, como hice en ponerla en tu poder? Como te precias de noble, si has usado conmigo este rigor? Al traydor, Claudia, (respondiò Amete) pagarle en lo mismo que ofende, es el mejor acuerdo del mundo, demàs, que no es razon que ninguno se fie del que no es leal à su misma Nacion, y Patria; tu quieres à Don Carlos, y èl à Estela: por conseguir tu amor, quitas à tu amante la vida, quitandole la presencia de su Dama, pues à quien tal traicion hace, como darmela à mi por un vano antojo, como quieres que yo me asegure de que luego no avisaràs à la Ciudad, y saldràn tras mi, y me daràn la muerte? Pues con quitar este inconveniente, llevandote yo conmigo asseguro mi vida, y la de Estela, à quien adoro. Estas, y otras razones como estas, passaban entre los dos, quando Estela buelta en sì, haviendo oìdo estas razones, ò las mas, pidiò à Claudia, que le dixesse, que enigmas eran aquellas que passaban por èlla; la qual se lo contò todo como passaba, dando larga cuenta de quien era, y por la ocasion que se vian cautivas. Solemnizaba Estela su desdicha, vertiendo de sus ojos dos mil mares de hermosas lagrimas, y Amete su ventura, consolando à la Dama en quanto podia, y dandola à entender, que iba à ser señora de quanto èl poseìa, y mas en propriedad si quisiesse dexar su ley: consuelos que la Dama tenia por tormentos, y no por remedio: à los quales respondiò con las corrientes de sus hermosos ojos. Diò orden Amete à Claudia, para que mudando trage, sirviesse, y regalasse à Estela, y con esto haciendose à lo largo se engolfaron en alta mar la buelta de Fez. Dexemoslos aora hasta su tiempo, y bolvamos à Valencia, donde siendo echada menos Estela de sus padres, locos de pena, procuraron saber que se havia hecho, buscando los mas secretos rincones de su casa con un llanto sordo, y semblante muy triste. Hallaron una carta dentro de un escritorio suyo, cuya llave estaba sobre un bufete, que abierta, decia assi:

Mal se compadece amor, è interès; por ser muy contrario el uno del otro, y por esta causa, amados Padres mios, al passo que me alexo del uno, me entrego al otro: la poca estimacion que hago de las riquezas del Conde, me lleva à poder de D. Carlos, à quien solo reconozco por legitimo esposo; su nobleza es tan conocida, que à no haverse puesto de por medio tan fuerte competidor no se pudiera para darme estado, ni pedir mas, ni desear mas. Si el yerro de haverlo hecho de este modo, mereciere perdon, juntos bolverèmos à pedirle, y en tanto pedirè al Cielo las vidas de todos.

Estela.

El

Digitized by Google

El ſuſto, y peſar que causò eſta carta, podrà ſentir quien conſideràre la prenda que era Eſtela, y quanto la eſtimaban ſus padres: los quales dando orden à ſu gente, para que no hicieſſen alboroto ninguno, creyendo que aun no havrian ſalido de Valencia, porque la mayor ſeguridad era eſtarſe quedos, y que haciendo algunas diligencias ſecretas, ſabrian de ellos dando aviſo al Virrey del caſo. La primera que ſe hizo fuè, viſitar la caſa de D. Carlos, que deſcuydado del ſuceſſo, le trasladaron à un Caſtillo, à titulo de robador de la hermoſa Eſtela, y eſcalador de la nobleza de ſus padres, ſiendo las partes de ellos, y ſu eſpoſo, que aſſi ſe intitulaba el Conde. Eſtaba Don Carlos inocente de la cauſa de ſu priſion, y hacia mil inſtancias para ſaberla: y como le dixeſſen que Eſtela faltaba; y que conforme à una carta que ſe havia hallado de la Dama, èl era el autor de eſte robo, y el Jupiter de eſta bella Europa, que èl havia de dar cuenta de èlla, viva, ò muerta; penſò acabar la vida à manos de ſu peſar; y quando ſe viò puesto en el aprieto que el caſo requeria; porque ya le amenazaba la garganta el cuchillo, y à ſu inocente vida la muerte: ſi bien ſu padre, como tan rico, y noble, defendia, como era razon las partes, è inocencia de ſu hijo. Quedeſe aſſi haſta ſu tiempo, que la hiſtoria dirà el ſuceſſo; y vamos à Eſtela, y Claudia, que en compañia del cruel Amete, navegaban con proſpero viento la buelta de Fez, que como llegaſſen à ella, fueron llevadas las Damas en caſa del padre del Moro, donde la hermoſa Eſtela empezò de nuevo à llorar ſu cautiverio, y la auſencia de Don Carlos, porque como Amete vieſſe que por ruegos, ni caricias no podia vencerla, empezò à uſar de la fuerza, procurando con malos tratamientos obligarla à querer por no padecer, tratandola como à una miſerable eſclava, mal comida, y peor veſtida, ſirviendole la caſa, en la qual tenia el padre de Amete quatro mugeres, con quien eſtaba caſado, y otros dos hijos menores; de eſtos dos, el mayor ſe aficionò con grandes veras de Claudia, la qual ſegura de que ſi como Eſtela no la admitieſſe la tratarian como à èlla, y viendoſe tambien excluìda de tener libertad, ni de bolver à ver à Carlos, cerrando los ojos à Dios, renegò de ſu ſantiſſima Fè, y ſe casò con Zayde, que eſte era el nombre de ſu hermano. Con lo qual la pobre Dama paſſaba triſte, y deſeſperada vida; la qual paſsò un año, y en èl mil deſventuras, ſi bien lo que mas le atormentaba, eran las perſecuciones de Amete; porque viendoſe el Moro en ocaſion no la perdia.

Def-

Digitized by Google

Desesperado, pues, de remedio, pidiò à Claudia con muchas lastimas, diesse orden de que por lo menos, usando de la fuerza, pudiesse gozarla; prometiòselo Claudia: y assi un dia que estaban solas, porque las demàs eran idas al baño, le dixo la traydora Claudia estas razones: No sè, hermosa Estela, como te diga la tristeza, y congoxa que padece mi corazon en verme en esta tierra, y en tan mala vida como estoy, y me estan haciendo vivir, me trahe muy desconsolada; yo amiga Estela estoy determinada à huirme, que no soy tan Mora, que no me tire mas el ser Christiana; pues el haverme sujetado à esto, fuè mas de temor, que de voluntad; cinquenta Christianos tienen prevenido un baxel, en que hemos de partir esta noche à Valencia; si tu quieres, pues venimos juntas, que nos bolvamos juntas, no hay sino que te dispongas, y que nos bolvamos con Dios; que yo espero en èl, que nos llevarà en salvamento; y sino mira, que quieres que le diga à Carlos, que de oy en un mes le pienso ver; y en lo que mejor puedes conocer la voluntad que te tengo es, en que estando sin ti: puede ser ocasion de que Carlos me quiera; y para lo contrario me ha de ser estorvo tu presencia; con todo esso me obliga mas tu miseria, que mi gusto. Arrojòse Estela à los pies de Claudia, y le suplicò, que pues era esta su determinacion, que no la dexasse; y veria con las veras que la servia. Finalmente, quedaron de concierto de salir juntas esta noche, despues de todos recogidos; para lo qual juntaron sus cosas, por no ir desapercibidas. Las doce serian de la noche, quando Estela, y Claudia cargadas de dos pequeños lios, en que llevaban sus vestidos, y camisas, y otras cosas necessarias à su viage, se salieron de casa, y caminaron àcia la Marina, donde decia Claudia que estaba el vergantin, ò baxel, en que havia de escapar, y en su seguimiento Amete, que desde que salieron de casa las seguia. Y como llegassen àcia unas peñas, en que decia que havian de aguardar à los demàs, tomando un lugar el mas acomodado, y seguro, que à la cautelosa Claudia le pareciò mas à proposito para el caso, se assentò, animando à la temerosa Dama, que cada pequeño rumor le parecia que era Amete. De esta suerte estuvieron mas de una hora, que Amete, aunque estaba cerca de èllas no se havia querido dexar ver, porque estuviesse mas segura. Al cabo de esto llegò, y como las viesse, fingiendo una furia infernal, les dixo: Ha perras mal nacidas, què fuga es esta? Ya no os escapareis con las traiciones

nes

Digitized by Google

nes que teneis concertadas. No es traicion, Amete, dixo Eſtela, procurar cada uno ſu libertad, que lo miſmo hicieras tu, ſi te vieras de la ſuerte que yo, maltratada, y abatida de ti, y de todos los de tu caſa: demàs, que ſi Claudia no me animàra, no huviera en mi atrevimiento para emprender eſto, ſino que ya mi ſuerte tiene pueſta mi perdicion en ſus manos; y aſſi me ha de ſuceder ſiempre que fiàre de èlla. No lo digas burlando perra, (dixo à eſta ocaſion la renegada Claudia) porque quiero que ſepas, que el traherte eſta noche, no fuè con animo de ſalvarte, ſino deſeo de ponerte en poder del gallardo Amete, para que por fuerza, ò por grado te goce, advirtiendo, que le has de dar guſto, y con èl poſſeſſion de tu perſona, ò has de quedar aqui hecha pedazos.

Dicho eſto, ſe apartò algun tanto, dandole lugar al Moro, que tomando el ultimo acento de ſus palabras, proſiguiò con ellas, penſando perſuadirla, ya con ternezas, ya con amenazas, ya con regalos, ya con rigores. A todo lo qual Eſtela bañada en lagrimas, no reſpondia, ſino que ſe canſaba en vano, porque penſaba dexar la vida, antes que perder la honra. Acabòſe de enojar Amete, y trocando la terneza en ſaña, empezò à maltratarla, dandola muchos golpes en ſu hermoſo roſtro, amenazandola con muchos generos de muertes, ſi no ſe rendia à ſu guſto. Y viendo que nada baſtaba, quiſo uſar de la fuerza, batallando con èlla haſta rendirla. El animo de Eſtela en eſta ocaſion, era mayor que de una flaca doncella ſe podia penſar; mas como à brazo partido anduvieſſe luchando con èlla, ya rendidas las debiles fuerzas de Eſtela, ſe dexò caer en el ſuelo: y no teniendo facultad para defenderſe, acudiò al ultimo remedio, y al mas ordinario, y comun de las mugeres, que fuè dar gritos, à los quales Xacimin, hijo del Rey de Fez, que venia de caza, movido de ellos, acudiò à la parte donde le pareciò que los oìa, dexando atràs muchos criados que trahia; y como llegaſſe à la parte donde las voces ſe daban, viò patente la fuerza que à la hermoſa Dama hacia el fiero Moro. Era el Principe de haſta veinte años; y demàs de ſer muy galan, tan noble de condicion, y tan agradable en las palabras, que por eſto, y por ſer muy valiente, y dadivoſo, era muy amado de todos ſus vaſſallos; era aſſi miſmo tan aficionado à favorecer à los Chriſtianos, que ſi ſabìa que alguno los maltrataba, los caſtigaba ſeveramente.

Pues, como vieſſe lo que paſſaba entre el cruel Moro, y aquella hermoſa eſclava, que ya à eſ-

te

te tiempo se podia ver, à causa de que empezaba à romper el Alva; y la mirasse tendida en tierra, y con una liga atadas las manos, y que con un lienzo la queria tapar la boca el traydor Amete; con ayrada voz le dixo: Què haces perro? En la Corte del Rey de Fez, se ha de atrever ninguno à forzar las mugeres? Dexala al punto, sino por vida del Rey que te mato. Decir esto, y sacar la espada todo fuè uno. A estas palabras se levantò Amete, y metiò mano à la suya, y cerrando con èl, le diera la muerte, si el Principe dando un salto, no le hurtàra el golpe, y reparàra con la espada, mas no fuè con tanta presteza, que no quedasse herido en la cabeza. Conociendo, pues, el valiente Xacimin, que aquel Moro no le queria guardar el respeto, que justamente debia à su Principe, se retirò un poco, y tocando una cornetilla que trahia al cuello, todos sus Cavalleros se juntaron con èl à el mismo tiempo que Amete con otro golpe, queria dar fin à su vida. Mas siendo, como digo, socorrido de los suyos, fuè preso el traydor Amete, dando lugar à la afligida Estela, con quien ya se havia juntado la alevosa, y renegada Claudia, à que se echasse à los pies del Principe Xacimin, que como el gallardo Moro viesse mas despacio su hermosura, no agrada-

do de ella, sino compassivo de sus trabajos, la preguntò quien era, y la causa de estar en tal lugar. A lo qual Estela, despues de haverle dicho que era Christiana, con las mas breves razones que pudo, contò su historia, y la causa de estar donde la via, de lo qual el piadoso Xacimin enojado, mandò, que à todos tres los traxessen à su Palacio, donde antes de curarse, diò cuenta al Rey su padre del sucesso, pidiendole venganza del atrevimiento de Amete, que fuè condenado à muerte èl, y Claudia: y este mismo dia, fueron los dos empalados. Hecha esta Justicia, mandò el Principe traher à su presencia à Estela, y despues de haverla acariciado, y consolado, la preguntò, què queria hacer de sì? A lo qual la Dama, arrodillada ante èl, le suplicò, que la embiasse entre Christianos, para que pudiesse bolver à su patria. Concediòle el Principe esta peticion, y haviendole dado dineros, y joyas, y un esclavo Christiano, que la acompañasse, mandò à dos criados suyos la pusiessen donde èlla gustasse. Sucediò el caso referido en Fez, à tiempo que el Cesar Carlos Quinto, Emperador, y Rey de España estaba sobre Tunez contra Barbaroja.

Sabiendo, pues, Estela esto, mudando su trage mugeril en el de varon, cortandose los cabellos, acompañada solo de su cautivo

Digitized by Google

tivo Eſpañol, que el Principe de Fez le mandò dar, juramentado de que no havia de decir quien era; y haviendoſe deſpedido de los dos Cavalleros Moros, que la acompañaban, ſe fuè à Tunez, hallandoſe en ſervicio del Emperador, y ſiempre à ſu lado en todas ocaſiones, grangeando no ſolo la fama de valiente Soldado, ſino la gracia del Emperador, y con ella el honroſo cargo de Capitan de cavallos. Hallòſe, como digo, no ſolo en eſta ocaſion, ſino en otras muchas que el Emperador tuvo en Italia, y Francia, donde hallandoſe en una refriega à pie, por haverle muerto el cavallo, nueſtra valiente Dama, que con nombre de Don Fernando era tenida en diferente opinion, le diò ſu cavallo, y le acompañò, y defendiò haſta ponerle en ſalvo. Quedò el Emperador tan obligado, que empezò con muchas mercedes à honrar, y favorecer à Don Fernando; y fuè la una un Abito de Santiago, y la ſegunda una gran renta, y titulo. No havia ſabido Eſtela en todo eſte tiempo nuevas ningunas de ſu patria, y padres, haſta que un dia viò entre los Soldados del Exercito à ſu querido Don Carlos, que como le conociò, todas las llagas amoroſas ſe la renovaron, ſi acaſo eſtaban adormecidas, y empezaron de nuevo à verter ſangre: mandòle llamar, y diſſimulando la turbacion que le cauſò ſu viſta, le preguntò de donde era, y como ſe llamaba? Satisfizo Don Carlos à Eſtela con mucho guſto, obligado de las caricias que le hacia, ò por mejor decir, al roſtro, que con ſer tan parecido à Eſtela, trahia cartas de favor; y anſi la dixo ſu nombre, y patria, y la cauſa porque eſtaba en la guerra, ſin encubrirla ſus amores, y la priſion que havia tenido, diciendola, como quando penſò ſacarla de caſa de ſus padres, y caſarſe con èlla, ſe havia deſaparecido de los ojos de todos, èlla, y un page, de quien fiaba mucho ſus ſecretos, poniendo en opinion ſu credito, porque tenia para sì, que por querer mas que à èl, al page havian hecho aquella vil accion, dandole à èl motivo à no quererla tanto, y deſeſtimarla; ſi bien en una carta qne ſe havia hallado eſcrita de la miſma Dama, para ſu padre, decia, que ſe iba con Don Carlos, que era ſu legitimo eſpoſo, coſa que le tenia màs eſpantado que lo demàs, porque irſe con Claudio, y decir que ſe iba con èl, le daba que ſoſpechar, y en lo que paraban ſus ſoſpechas, era en creer que Eſtela no le trataba verdad con ſu amor, pues le havia dexado en ocaſion de perder la vida por Juſticia, porque deſpues de haver eſtado por eſtos indicios preſo dos años, pidiendole, no ſolo el robarla, y ha-

Digitized by Google

haver escalado una casa tan noble como la de sus padres, viendo que muerta, ni viva no parecia, le achacaban, que despues de haverla gozado la havia muerto, con lo qual le pusieron en grande aprieto, tanto que muriera por ello, si no huviera validose de la industria, la qual enseñò lo que havia de hacer, que fuè romper las prisiones, y quebrantar la carcel, fiandose mas de la fuga, que de la Justicia que tenia de su parte: que el otro año havia gastado en buscarla por muchas partes, mas que havia sido en vano, porque no parecia, sino que la huviesse tragado la tierra. Con grandes admiraciones escuchaba Estela à Don Carlos, como si no supiera mejor que nadie la historia, y à lo que respondiò mas apressuradamente, fuè à la sospecha que tenia de èlla, y del page, diciendole: No creas Carlos que Estela seria tan liviana, que se fuesse con Claudio por tenerle amor, ni engañarte à ti, que en las mugeres nobles no hay essos tratos, lo mas cierto seria, que ella fuè engañada, y despues quisà le havràn sucedido ocasiones en que no haya podido bolver por sì; y algun dia querrà Dios bolver por su inocencia, y tu quedaràs desengañado. Lo que yo te pido es, que mientras èstuvieres en la guerra, acudas à mi casa, que si bien quiero que seas en ella mi Secretario, de mi seràs tratado como amigo, por tal te recibo desde oy, que yo sè que con mi amparo, pues todos saben la merced que me hace el Cesar, tus contrarios no te perseguiràn, que acabada esta ocasion darèmos orden, para que quedes libre de sus persecuciones; y no quiero que me agradezcas esto con otra cosa, sino que tengas à Estela en mejor opinion que hasta aqui, siquiera por haver sido tu la causa de su perdicion, y no me mueve à esto mas de que soy muy amigo de que los Cavalleros estimen, y hablen bien de las Damas. Atento oyò Carlos à Don Fernando, que por tal tenia à Estela, pareciendole no haver visto en su vida cosa mas parecida à su Dama, mas no llegò su imaginacion à pensar que fuesse èlla: que viendo que havia dado fin à sus razones, se le humillò, pidiendole las manos, y ofreciendose por su esclavo. Alzòle Estela con sus brazos, quedando desde este dia en su servicio, y tan privado con èlla, que ya los demàs criados andaban embidiosos. De esta suerte passaron algunos meses, acudiendo Don Carlos à servir à su Dama, no solo en el oficio de Secretario, sino en la camara, y mesa, donde en todas ocasiones recibia de ella muchas, y muy grandes mercedes, tratando siempre de Estela, tanto, que algunas

Digitized by Google

nas veces llegò à penſar, que el Duque la amaba, porque ſiempre le preguntaba, ſi la queria como de antes, y ſi viera à Eſtela, ſi ſe holgaria con ſu viſta, y otras coſas con que mas aumentaba la ſoſpecha de Don Carlos, ſatisfaciendo à ellas, unas veces à guſto de Eſtela, y otras veces à ſu deſcontento. En eſte tiempo vinieron al Emperador nuevas, como el Virrey de Valencia era muerto repentinamente; y haviendo de embiar quien le ſucedieſſe en aquel cargo, por no ſaber bien, que aquel Reyno eſtuvieſſe ſin quien le governaſſe, puſo los ojos en D. Fernando, de quien ſe hallaba tan bien ſervido. Supo Eſtela la muerte del Virrey, y no queriendo perder de las manos eſta ocaſion, ſe fuè al Emperador, y pueſta de rodillas, le ſuplicò le honraſſe con eſte cargo. No le pesò al Emperador, que D. Fernando le pidieſſe eſta merced, ſi bien ſentia apartarle de si, pues por eſto no ſe havia determinado; pero viendo que con aquello le premiaba, ſe lo otorgò, y le mandò, que partieſſe luego, dandole la patente, y los deſpachos. Vè aqui à nueſtra Eſtela Virrey de Valencia, y à Don Carlos ſu Secretario, y el mas contento del mundo, pareciendole, que con el Padre Alcalde, no tenia que temer à ſu enemigo, y aſſi ſe lo diò à entender ſu ſeñor. Satisfecho iba D. Carlos de que el Virrey lo eſtaba de ſu inocencia en la cauſa de Eſtela, con lo qual ya ſe tenia por libre, y muy ſeguro de ſus promeſas. Partieron en fin, con mucho guſto, y llegaron à Valencia, donde fuè recibido el Virrey, y con mueſtras de grande alegria. Tomò ſu poſſeſſion, y el primer negocio que le puſieron para hacer juſticia, fuè el ſuyo miſmo, dando querella, contra ſu Secretario. Prometiò el Virrey de hacerla. Para eſto ſe mandò ſe hicieſſe informacion de nuevo, examinando ſegunda vez los teſtigos. Bien quieran las partes que Don Carlos eſtuviera mas ſeguro, y que el Virrey le mandàra poner en priſion. Mas à eſto los ſatisfizo, con decir, que èl le fiaba, porque para èl no havia mas priſion que ſu guſto. Tomò, como digo, eſte caſo tan à pecho, que en menos de ſeis dias eſtaba de ſuerte, que no faltaba ſino ſentenciarle. En fin, quedò para verſe otro dia. La noche antes, entrò D. Carlos à la miſma Camara donde el Virrey eſtaba en la cama, y arrodillado ante èl, le dixo: Para mañana tiene V. Excelencia determinado ver mi pleyto, y declarar mi inocencia, demàs de los teſtigos que he dado en mi deſcargo, y han jurado en mi abono, ſea el mejor, y mas verdadero, un juramento que en ſus manos hago, pena de ſer tenido

por

Digitized by Google

por perjuro, de que no solo no lleve à Estela, mas que desde el dia antes no la vì, ni sè que se hizo, ni donde està, porque si bien, yo havia de ser su robador, no tuve lugar de serlo con grande priessa, con que mi desdicha me la quitò, ò para mi perdicion, ò la suya. Basta Carlos, dixo Estela, vete à tu casa, y duerme seguro: soy tu dueño, causas para que no temas, mas seguridad tengo de ti de lo que piensas, y quando no la tuviera, el haverte trahido conmigo, y estar en mi casa, fuera razon que te valiera. Tu causa està en mis manos, tu inocencia ya la sè, mi amigo eres, no tienes que encargarme mas esto, que yo estoy bien encargado de ello. Besòle las manos D. Carlos, y assi se fuè dexando al Virrey, y pensando en lo que havia de hacer. Quien duda que desearia D. Carlos el dia que havia de ser el de su libertad, por lo qual se puede creer, que apenas el padre universal de quanto vive, descubria la encrespada madexa por los balcones del Alva, quando se levantò, y adornò de las mas ricas galas que tenia, y fuè à dar de vestir al Virrey, para tornarle à assegurar su inocencia. A poco rato saliò el Virrey de su Camara à medio vestir: mas cubierto el rostro con un gracioso seño, con el qual, y con una risa à lo falso, dixo, mirando à su Secretario: Madrugado has, amigo Carlos, algo hace sospechosa tu inocencia, y tu cuydado, porque el libre duerme seguro de qualquiera pena, y no hay mas cruel acusador que la culpa. Turbòse D. Carlos con estas razones, mas dissimulando quanto pudo, le respondiò: Es tan amada la libertad, señor Excelentissimo, que quando no tuviera tan fuertes enemigos como tengo, el alborozo de que me he de ver con ella, por mano de vuestra Excelencia, era bastante à quitarme el sueño, porque de la misma manera que mata un gran pesar, lo suele hacer un contento: de suerte, que el temor del mal, y la esperanza del bien, hace un mismo efecto. Galan vienes, (replicò el Virrey) pues el dia en que has de ver representada tu tragedia, en la boca de tantos testigos como tienes contra ti, te adornas de las mas lucidas galas que tienes? Parece que no van fuera de camino sus padres, y esposo de Estela, en decir que debiste de gozarla, y matarla, fiado en los pocos, ò ninguno que te lo vieron hacer, à fè que si pareciera Claudio, vil tercero de tus traveßuras, que no sè si probàras inocencia; y si va à decir verdad todas las veces que tratamos de Estela, muestras tan poco sentimiento, y tanta vileza, que siento que me debe mas à mi tu Dama, que no à ti, pues su pèrdida me cuesta cuy-

Digitized by Google

dado, y à ti no. O què pesados golpes eran estos para el corazon de Carlos! Ya desmayado, y desesperado de ningun buen sucesso, le iba à dar por disculpa el tiempo; pues con èl se olvida qualquiera passion amorosa, quando el Virrey, con un severo semblante, y ayrado rostro, le dixo: Calla, Carlos, no respondas. Carlos yo he mirado bien estas cosas, y hallo por cuenta, que tu no estàs muy libre en ellas, y el mayor indicio de todos es, las veras con que deseas tu libertad. Diciendo esto, hizo señas à un page, el qual saliendo fuera, bolviò con una esquadra de Soldados, los quales quitaron à D. Carlos las armas, poniendose como en custodia de su persona. Quien viera en essa ocasion à D. Carlos, no pudiera dexar de tenerle lastima; mudada la color, los ojos baxos, el semblante triste, y tan arrepentido de haverse fiado de la varia condicion de los señores, que solo à si se daba la culpa de todo. Acabòse de vestir el Virrey, y sabiendo que ya los Jueces, y las partes estaban aguardando, saliò à la Sala en que se havia de juzgar este negocio, trayendo contigo à Carlos, cercado de Soldados. Sentòse en su assiento, y los demàs Jueces en los suyos, y luego el Relator empezò à decir el pleyto, declarando las causas, è indicios que havia, de que Don Carlos era el robador de Estela, confirmando los generales que en los escritorios del uno, y del otro se havian hallado, las criadas que sabian su amor, los vecinos que los vian hablarse por las rexas, y quien mas le condenaba, era la carta de Estela, en que rematadamente decia, que se iba con èl. A todo esto los mas eficaces testigos en favor de D. Carlos, eran los criados de su casa, que dicen haverle visto acostar la noche que faltò Estela, aun mas temprano que otras veces, y su confession, que declaraba debaxo de juramento, que no la havia visto; mas nada de esto aligeraba el descargo, porque à esso alegaba la parte, que pudo acostarse à vista de sus criados; y despues bolver à vestirse, y sacarla, y que los havia muerto, asseguraba el no parecer èlla, ni el page, secretario de todo, y que seria cierto que por lo mismo le havian tambien muerto, y que en lo tocante al juramento, claro es que no se havia de condenar à sì mismo.

Viendo el Virrey, que hasta aqui estaba condenado Carlos en el robo de Estela, en el quebrantamiento de su casa, en su muerte, y la de Claudio, y que solo èl podia sacarle de tal aprieto, determinado, pues, à hacerlo, quiso ver primero à Carlos mas apretado, para que la passion le hiciesse confessar su amor, y para que despues estimasse en mas

el

Digitized by Google

el bien: y assi Estela le llamò, y como llegasse en presencia de todos, le dixo: Amigo Carlos, si supiera la poca justica que temias de tu parte en este caso, doyte mi palabra, y te juro por vida del Cesar, que no te huviera trahido conmigo, porque no puedo negar, que me pesa, y pues lo solemnizo con estas lagrimas, bien puedes creerme siento en el alma ver tu vida en el peligro en que està, pues si por los presentes cargos he de juzgar esta causa, fuerza es que por mi ocasion la pierdas, sin que yo halle remedio para ello, porque siendo las partes tan calificadas tratarles de concierto en tan gran pèrdida como la de Estela, es cosa terrible, y no acertada, y muy sin fruto: el remedio que aqui hay, es que parezca Estela, y con esto ellos quedaràn satisfechos, y yo podrè ayudarte, mas de otra manera, ni à mi està bien, ni puedo dexar de condenarte à muerte. Pasmòse con esto el afligido Don Carlos, mas como ya desesperado, arrodillado como estaba le dixo: Bien sabe V. Excelencia, que desde que en Italia me conociò, siempre que trataba de esto, lo he contado, y dicho de una misma suerte, y que si aqui como à Juez, se lo pudiera negar, alli como à señor, y amigo le dixe la verdad, y de la misma manera lo digo, y confiesso ahora. Digo, que adorè à Estela. Di, que la adoro, replicò el Virrey algo baxo, que te haces sospechoso en hablar de preterito, y no sentir de presente. Digo que la adoro, respondiò Don Carlos, admirado de lo que en el Virrey via, y que la escrivia, que la hablaba, que la prometia ser su esposo, que concertè sacarla, y llevarla à la Ciudad de Barcelona, mas si la saquè, ni la vì, aqui donde estoy me parte un rayo del Cielo. Bien puedo morir, mas morirè sin culpa ninguna, sino es que acaso lo sea haver querido una mudable, inconstante, y falsa muger, sirena engañosa que en la mitad del canto dulce, me ha trahido à esta amarga, y afrentosa muerte. Por amarla muero, no por saber de èlla. Pues què se pudieron hacer esta muger, y este page, dixo el Virrey? Subieronse al Cielo? Baxaronse al abysmo? Que sè yo, replicò el afligido Don Carlos. El page era galan, y Estela hermosa: èlla muger, y èl hombre, quizà. Ha traydor, respondiò el Virrey, y como en esse quizà trahes encubiertas tus traydoras, y falsas sospechas, que presto te has dexado llevar de tus malos pensamientos: maldita sea la muger, que con tanta facilidad os da motivo para ser tenida en menos; porque pensais que lo que hacen obligadas de vuestra assistencia, y perseguidas de vuestra falsa perseverancia, ha-

Digitized by Google

cen con otra qualquiera que paſſa por la calle, ni Eſtela era muger, ni Claudio hombre; porque Eſtela es noble, y virtuoſa, y Claudio un hombre vil, criado tuyo, y heredero de tus falſedades: Eſtela te amaba, y reſpetaba como à eſpoſo, y Claudio la aborrecia, porque te amaba à ti: y dixo ſegunda vez, que Eſtela no era muger, porque la que es honeſta, recatada, y virtuoſa, no es muger, ſino Angel; ni Claudio hombre, ſino muger, que enamorada de ti, quiſo privarte de èlla, quitandola delante de tus ojos. Yo ſoy la miſma Eſtela, que ſe ha viſto en un millon de trabajos por tu cauſa, y tu me lo gratificas en tener de mi la falſa ſoſpecha que tienes. Entonces contò quanto le havia ſucedido, deſde el dia que faltò de ſu caſa, dexando à todos admirados del ſuceſſo, y mas à D. Carlos, que corrido de no haverla conocido, y haver pueſto dolo en ſu honor, como eſtaba arrodillado, aſido de ſus hermoſas manos, ſe las beſaba, bañandoſelas con ſus lagrimas, pidiendole perdon de ſus deſaciertos: lo miſmo hacia ſu padre, y el de Carlos, los unos por los otros ſe embarazaban por llegar à darla abrazos, diciendole amoroſas ternezas. Llegò el Conde à darle la norabuena, y pedirla ſe ſirvieſſe de cumplir la palabra que ſu padre le havia dado de que ſeria ſu eſpoſa; de cuya reſpueſta colgado el animo, y corazon de Don Carlos, puſo la mano en la daga, que le havia quedado en la cinta, para que ſi no ſalieſſe en ſu favor, matar al Conde, y à quantos ſe lo defendieſſen, ò matarſe à sì, antes que verla en poder ageno. Mas la Dama que amaba, y eſtimaba à Don Carlos mas que à ſu miſma vida, con muy corteſes razones ſuplicò al Conde la perdonaſſe, porque èlla era muger de Carlos, por quien, y para quien queria quanto poſſeìa, y que le peſaba de no ſer ſeñora del mundo, para entregarſelo todo; pues ſus valeroſos hechos nacian todos del valor que el ſer ſuya le daba, ſuplicando tras eſto à ſu padre, lo tuvieſſe por bien. Y baxandoſe del aſſiento, deſpues de abrazarlos à todos ſe fuè à Carlos, y enlazandole al cuello los valientes, y hermoſos brazos, le diò en ellos la poſſeſſion de ſu perſona. Y de eſta ſuerte ſe entraron juntos en una carroza, y fueron à la caſa de ſu madre, que ya tenia nuevas del ſuceſſo, y eſtaba ayudando al regocijo, con piadoſo llanto. Saliò la fama publicando aqueſta maravilla por toda la Ciudad, cauſando à todos notable novedad, por oìr decir, que el Virrey era muger, y Eſtela. Todos acudian, unos à Palacio, y otros à ſu caſa. Deſpachòſe luego un correo al Emperador, que eſtaba ya en Va-

Digitized by Google

Valladolid, dandole cuenta del caso, el qual mas admirado que todos los demàs, como quien la havia visto hacer valerosas hazañas, no acababa de creer que fuesse assi, y respondiò à las cartas con la norabuena, y muchas joyas. Confirmò à Estela el Estado que la diò, añadiendola el de Princesa de Buñol, y à Don Carlos el Abito, y renta de Estela, y el cargo de Virrey de Valencia. Con que los nuevos amantes, ricos, y honrados, hechas todas las ceremonias, y cosas acostumbradas de la Iglesia, celebraron sus bodas, dando à la Ciudad nuevo contento, à su Estado hermosos herederos, y à los Historiadores, motivos para escrivir esta maravilla, con nuevas alabanzas al valor de la hermosa Estela, cuya prudencia, y dissimulacion, la hizo severo Juez, siendolo de su misma causa, que no es menor maravilla que las demàs, que haya quien sepa juzgarse à sì mismo, en mal, ni bien, porque todos juzgamos faltas agenas, y no las nuestras proprias.

NOVELA DECIMA.

EL JARDIN ENGAÑOSO.

NO ha muchos años que en la hermosissima, y noble Ciudad de Zaragoza, vivia un Cavallero noble, y rico, y èl por sus partes merecedor de tener por muger una gallarda Dama, igual en todo à sus virtudes, y nobleza. Diòle el Cielo por fruto de su matrimonio, dos hermosas hijas: la mayor llamada Constanza, y la menor Theodosia, tan iguales en belleza, discrecion, y donayre, que no desdecia nada la una de la otra. Eran estas dos bellissimas Damas tan acabadas, y perfectas, que eran llamadas por renombre de su riqueza, y hermosura, las dos niñas de los ojos de su patria. Llegando, pues, à los años de discrecion, quando en las doncellas campea la belleza, y donayre, se aficionò de la hermosa Constanza Don Jorge, Cavallero assimismo natural de la misma Ciudad de Zaragoza, mozo galan, y rico, unico heredero en la casa de sus padres, que aunque havia otro hermano, cuyo nombre era Federico, como D. Jorge era el mayorazgo le podemos llamar assi. Amaba Federico à Theodosia, si bien con tanto recato de su hermano, que jamàs entendiò de èl esta voluntad. No miraba Constanza mal à Don Jorge, porque agradecida à su voluntad, le pagaba en tenersela.

Digitized by Google

sela honestamente, pareciendole, que haviendo sus padres de darla esposo, ninguno en el mundo la merecia como Don Jorge: y fiada en esto, estimaba, y favorecia sus deseos, teniendo por seguro el creer, que apenas se la pediria à su padre, quando tendria alegre, y dichoso fin este amor, si bien le alentaba tan honesta, y recatadamente, que dexaba lugar à su padre, para que en caso que no fuesse su gusto el darsele por dueño, èlla pudiesse, sin ofensa de su honor, dexarse de esta pretension. No le sucediò tan felizmente à Federico con Theodosia, porque jamàs alcanzò de èlla un minimo favor, antes le aborrecia con todo estremo, y era la causa, amar perdìda à Don Jorge, tanto, que empezò à tratar, y buscar modos de apartarse de la voluntad de su hermana. Andaba con estos disfavores Federico tan triste, que ya era conocida, si no la causa, la tristeza. Reparando en ello Constanza, que por ser afable, y amar tan honesta à D. Jorge, no le cabia poca parte à su hermano: y casi sospechando, que serìa Theodosia la causa de su pena, por haver visto en los ojos de Federico algunas señales, lo procurò saber, y fuèle facil, por ser los Cavalleros muy familiares amigos de su casa, que siendolo tambien los facilitaba qualquiera inconveniente. Tuvo lugar la hermosa Constanza de hablar à Federico, sabiendo de èl à pocos lances, la voluntad que à su hermana tenia, y los despegos con que èlla le trataba, mas con apercibimiento, que no supiesse este caso Don Jorge, pues como se ha dicho se llevaban mal. Espantòse Constanza de que su hermana desestimasse à Federico, siendo por sus partes digno de ser amado: mas como Theodosia tuviesse tan oculta su aficion, jamàs creyò Constanza, que fuesse Don Jorge la causa. Estos enfados de Don Jorge, despertaron el alma à Theodosia, à dar modo, como Don Jorge aborreciesse de todo punto à su hermana, pareciendole à èlla, que el galan se contentaria con desamarla, y no buscarla mas venganza, y con esto tendria èlla el lugar que su hermana perdiesse: engaño comun en todos los que hacen mal, pues sin mirar que le procuran al aborrecido, se le dan juntamente al amado. Con este pensamiento, no temiendo el sangriento fin que podia tener tal desacierto, se determinò decir à Don Jorge, que Federico, y Constanza se amaban, y pensando, lo puso en execucion, que amor ciego, ciegamente govierna, y de ciegos se sirve: y assi quien como ciego no procede, no puede llamarse verdaderamente su cautivo. La ocasion que la fortuna diò à Theodosia, fuè hallarse solos,

Con-

Digitized by Google

Conſtanza, y Don Jorge, y el galan enfadado, y aun ſi ſe puede decir, zeloſo de haverla hallado en converſacion con ſu aborrecido hermano, dando à èl la culpa de ſu tibia voluntad, no pudiendo creer que fueſſe recato honeſto, el que la Dama con èl tenia, la dixo algunos peſares, con que obligò à la Dama, que le dixeſſe eſtas palabras: Mucho ſiento D. Jorge, que no eſtimeis mi buena voluntad, y el favor que os hago en dexarme amar, ſino que os atrevais à tenerme en tan poco, que ſoſpechando de mi lo que no es razon, entre mal advertidos penſamientos, me digais peſares zeloſos; y aun no contento con eſto, os atreveis à pedirme mas favores, que los que os he hecho, ſabiendo que no los tengo de hacer. A ſoſpecha tan mal fundada como la vueſtra, no reſpondo, porque ſi para Vos no ſoy mas tierna de lo que veis, porque haveys de creer, que lo ſoy para vueſtro hermano? A lo demàs que decìs, quexandoos de mi deſabrimiento, y tibieza, os digo, para que no os canſeis en importunarme, que mientras no fueredes mi eſpoſo, no haveis de alcanzar mas de mi. Y diciendo eſto, por no dar lugar à que Don Jorge tuvieſſe algunas deſembolturas amoroſas, le dexò, y entrò en otra ſala donde havia criados, y gente. No aguardaba Theodoſia otra ocaſion mas que la preſente, para urdir ſu enredo, y haviendo eſtado à la mira, y oìdo lo que havia paſſado, viendo quedar à D. Jorge deſabrido, y cuydadoſo de la reſolucion de Conſtanza, ſe fuè adonde eſtaba; y le dixo: No puedo ya ſufrir, ni diſſimular, ſeñor Don Jorge, la paſſion que tengo de veros tan perdìdo, y enamorado de mi hermana, y tan engañado en eſto, como amante ſuyo, y aſſi, ſi me dais palabra de no decir en ningun tiempo, que yo os he dicho lo que sè, y os importa ſaber, os dirè la cauſa de la tibia voluntad de Conſtanza. Sabed, dixo Theodoſia, que vueſtro hermano Federico, y Conſtanza ſe aman con tanta terneza, y firme voluntad, que no hay para encarecerlo, mas que decir, que tienen concertado de caſarſe, dada ſe tienen la palabra de eſpoſo, y aun creo que con algunas mas arraygadas prendas, teſtigo yo, ſin querer ellos que lo fueſſe, oì, y vì quanto os digo, cuydadoſa de lo miſmo que ha ſucedido: eſto no tiene ya remedio, lo que yo os aconſejo es, como tan bien entendido, lleveis eſte diſguſto, creyendo que Conſtanza no naciò para vueſtra, y que el Cielo os tiene guardada ſola la que os merece. Con eſto diò fin Theodoſia à ſu traìcion, no queriendo por entonces decirle nada de ſu voluntad, porque no ſoſpechaſſe ſu engaño; y

Digitized by Google

Don Jorge principiò à una zelosa, y desesperada colerada, porque en un punto ponderò el atrevimiento de su hermano, la deslealtad de Constanza, y haciendo Juez à sus zelos, y Fiscal à su amor, juntando con esto el aborrecimiento con que trataba à Federico, aun sin pensar en la ofensa, diò luego contra èl rigurosa sentencia, mas dissimulando, por no alborotar à Theodosia, le agradeciò cortesmente la merced que le hacia, prometiendo el agradecimiento de ella, y por principio, tomar su consejo, y apartarse de la voluntad de Constanza, pues se empleaba en su hermano mas acertadamente que en èl, despidiendose de èlla, y dexandola en extremo alegre, pareciendole, que defraudado Don Jorge de alcanzar à su hermana, le serìa à èlla facil de haverle por esposo. Apenas se apartò Don Jorge de Theodosia, quando se fuè à buscar à su aborrecido hermano, si bien primero llamò un page, de quien fiaba mayores secretos, y dandole cantidad de joyas, y dineros, con un cavallo, le mandò que le aguardasse fuera de la Ciudad, en un señalado puesto. Hecho esto, se fuè à Federico, y le dixo, que tenia ciertas cosas que tratar con èl, para lo qual era necessario salir àcia el campo. Hizolo Federico, no tan descuydado, que no se recelasse de su hermano, por conocer la poca amistad que le tenia; mas la fortuna, que hace sus cosas como le da gusto, sin mirar meritos, ni ignorancias, tenia ya hecha la suerte por Don Jorge contra el miserable Federico, porque apenas llegaron à un lugar à proposito, apartado de la gente, quando sacando Don Jorge la espada, llamandole robador de su mayor descanso, y bien, sin darle lugar à que sacasse la suya, le diò una estocada por el corazon, de que cayò muerto. Don Jorge acudiò adonde le aguardaba su criado con el cavallo, y subiendo en èl con su Secretario à las ancas, se fuè à Barcelona, y de alli, hallando las Galeras que se partian à Napoles, se embarcò en èllas, despidiendose para siempre de España. Fuè hallado esta misma noche el malogrado Federico, muerto, y trahido à sus padres, con tanto dolor suyo, y de toda la Ciudad, que à una lloraban su desgraciada muerte, ignorandose el agressor de ella. Sintiò mucho Constanza la ausencia de D. Jorge, mas no de suerte, que diesse que sospechar cosa que no estuviesse muy bien à su opinion. En este tiempo muriò su padre, dexando à sus hermosas hijas con gran suma de riqueza, y à su madre por su amparo: la qual ocupada en el govierno de su hacienda, no tratò de darlas estado en mas de dos años, sin que en to-

Digitized by Google

todo este tiempo se supiesse cosa alguna de D. Jorge, cuyo olvido fuè haciendo su acostumbrado efecto en la voluntad de Constanza, lo que no pudo hacer en la de Theodosia, que siempre amante, y siempre firme, deseaba ver casada à su hermana, para vivir mas segura, si Don Jorge pareciesse. Sucediò en este tiempo venir à algunos negocios à Zaragoza, un Hidalgo Montañès, mas rico de bienes de naturaleza, que de fortuna, hombre de hasta treinta, ò treinta y seis años, galan, discreto, y de muy amables partes, llamado Carlos. Tomò posada enfrente de la casa de Constanza, y à la primera vez que viò la belleza de la Dama, le diò en pago de haverla visto, la libertad, dandole assiento en el alma con tantas veras, que sola la muerte le pudo sacar de esta determinacion. Viase nuestro Carlos pobre, fuera de su patria, porque aunque le sobraba de noble, lo que le faltaba de rico, no era bastante para atreverse à pedirla por muger, seguro de que no se la havian de dar; mas no hay amor sin astucias, ni cuerdo que no sepa aprovecharse de ellas; imaginò una, que fuè bastante à darle lo mismo que deseaba, y para conseguirla, empezò à tomar amistad con Fabia, que assi se llamaba su madre de Constanza, y à regalarla con algunas cosas que procuraba para este afecto, haciendo la noble señora, en agradecimiento lo mismo. Visitabalas algunas veces, grangeando con su agrado, y linda conversacion, la voluntad de todas, tanto, que ya no se hallaban sin èl. En teniendo Carlos dispuesto este negocio tan à su gusto, descubriò su intento à una ama vieja, que le servia, prometiendole pagarselo muy bien, y de esta suerte se empezò à fingir enfermo, y no solo con achaque limitado, sino que de golpe se arrojò en la cama. Tenia ya la vieja su ama prevenido un Medico, à quien dieron un gran regalo, y assi comenzò à curarle à titulo de un cruel tabardillo. Supo la noble Fabia la enfermedad de su vecino, y con notable sentimiento le fuè luego à ver, y le acudia como si fuera un hijo. Creciò la fingida enfermedad, à dicho del Medico, y congoxas del enfermo, tanto, que se le ordenò que hiciesse testamento. Todo lo qual se hizo en presencia de Fabia, que sentia el mal de Carlos en el alma, à la qual astuto Carlos, asidas las manos, estando para hacer testamento: Ya veis, señora mia, en el estado que està mi vida, mas cerca de la muerte, que por otra cosa, no la siento tanto por haverme venido en la mitad de mis años, quanto por estorvarse con ella el deseo que siempre he tenido de serviros despues que os conocì, mas

Digitized by Google

mas para que mi alma vaya con algun consuelo de este mundo, dadme licencia para descubriros un secreto: Seis meses ha señora Fabia, dixo Carlos, que vivo enfrente de vuestra casa, y essos mismos que adoro, y deseo para mi muger mi señora Doña Constanza, vuestra hija, por su hermosura, y virtudes no he querido tratar de ello, aguardando la venida de un Cavallero, deudo mio, à quien esperaba, para que lo tratasse; mas Dios que sabe lo que mas conviene, ha sido servido de atajar mis intentos de la manera que veis, sin dexarme gozar de esse deseado bien: la licencia que aora me haveis de dar es, para que yo le dexe toda mi hacienda, y que èlla la acepte, quedando vos, señora, por testamentaria, y despues de cumplido mi testamento, todo lo demàs sea para su dote. Agradeciòle Fabia con palabras amorosas la merced que le hacia, sintiendo, y solemnizando con lagrimas el perderle. Hizo Carlos su testamento, y por decirlo de una vez, èl testò de mas de cien mil ducados, señalando en muchas partes de la montaña, muy lucida hacienda, y de todos dexò por heredera à Constanza, y à su madre tan lastimada, que pedia al Cielo con lagrimas su vida. En viendo Fabia à su hija, echandole al cuello los brazos, le dixo: Ay hija mia! En què obligacion estàs à Carlos, ya puedes desde oy llamarte desdichada, perdiendo como pierdes tal marido. No quiera el Cielo, señora, (decia la hermosa Dama, agradada de las buenas partes de Carlos, y obligada con la riqueza que le dexaba) que Carlos muera, ni que yo sea de tan corta dicha que tal vea, yo espero en Dios que le ha de dar vida, para que todas sirvamos la voluntad que nos muestra. Dentro de pocos dias empezò Carlos, como quien tenia en su mano su salud, à mejorar, y antes de un mes à estar del todo sano, y no solo sano, sino esposo de la bella Constanza; porque Fabia, viendole con salud le llevò à su casa, y desposò con su hija grangeando este bien por medio de su engaño, y Constanza tan contenta, porque su esposo sabìa grangear su voluntad con tantos regalos, y caricias, que ya muy seguro de su amor, se atreviò à descubrirle su engaño, dando la culpa à su hermosura, y al verdadero amor, que desde que la viò la tuvo. Quatro años serìan passados de la ausencia de D. Jorge, muerte de Federico, y casamiento de Constanza, en cuyo tiempo la bellissima Dama tenia por prendas de su querido esposo, dos hermosos hijos, con los quales mas alegre que primero, juzgaba perdidos los años que havia gastado en otros devaneos,

Digitized by Google

nèos, sin haver sido siempre de su Carlos. Quando D. Jorge, haviendo andado toda Italia, Piamonte, y toda Flandes, no pudiendo sufrir la ausencia de su amada señora, seguro por algunas personas que havia visto, por donde havia estado, de que no le atribuian à èl la muerte de el malogrado Federico, diò la buelta à su querida patria; y se presentò à los ojos de sus padres: y si bien su ausencia havia dado que sospechar, supo dar tal satisfacion, y color à su fuga, llorando con fingidas lagrimas, y dissimulada passion la muerte de su hermano, haciendose muy nuevo en èlla, que deslumbrò qualquiera indicio que podia haver. La que menos contento mostrò en esta venida fuè Constanza, porque casi adivinando lo que le havia de suceder, como amaba tan de veras à su esposo, se entristeciò de lo que los demàs se alegraban; porque Don Jorge aunque sintiò con las veras possibles hallarla casada, se allanò à servirla, y solicitarla de nuevo, ya que no para su esposa, que era imposible, à lo menos para gozar de su hermosura, y por malograr tantos años de amor. Los passeos, regalos, musicas, y finezas eran tantas, que casi se empezò à murmurar por la Ciudad, mas à todo la Dama estaba sorda, porque jamàs admitia, ni estimaba quanto el amante por ella hacia, antes le servia de mayor pena. La que tenia Theodosia de ver estos estremos de amor en su querido D. Jorge, era tanta, que à no alentarla los desdenes con que su hermana le trataba, mil veces perdiera la vida. No ignoraba Constanza de donde le procedia à su hermana la pena, y deseaba que D. Jorge se inclinasse à remediarla, tanto por no verla padecer, como tambien por no verse perseguida de sus importunaciones; mas cada hora lo hallaba mas imposible, por estar ya D. Jorge tan rematado, y loco en solicitar su pretension, que no sentia que en Zaragoza se murmurasse, ni que el esposo de Constanza lo sintiesse. Mas de un año passò D. Jorge en este tema, sin ser parte las veras con que Constanza escusaba su vista, quando Theodosia, agravada de su tristeza, cayò en la cama de una peligrosa enfermedad, tanto, que se llegò à tener muy poca esperanza de su vida. Constanza que la amaba tiernamente, conociendo que el remedio de su pena estaba en Don Jorge, se determinò à hablarle forzando, por la vida de su hermana, su despegada, y cruel condicion; y assi un dia que Carlos se havia ido à caza, le embiò à llamar. Loco de contento, recibiò D. Jorge el venturoso recado de su querida Dama; y por no perder esta ventura, fuè à ver lo que el dueño de su alma le queria. Con alegre rostro recibiò

Con-

Digitized by Google

Constanza à D. Jorge, y sentandose con èl en su estrado, la mas amorosa, y honestamente que pudo, por obligarle, y traherle à su voluntad, le dixo las razones siguientes: No puedo negar, señor D. Jorge, si miro desapassionadamente vuestros meritos, y la voluntad que os debo, que fui desgraciada el dia que os ausentasteis de esta Ciudad, pues con esto perdì el alcanzaros por esposo, cosa que jamàs crei de la honesta aficion con que admitia vuestros favores, y finezas; si bien el que tengo, es tan de mi gusto, que doy mil gracias al Cielo, por haverle merecido: esta voluntad deseo pagaros, sin ser à costa de mi honor, dandoos en mi lugar otra, que de mi parte, pague lo que en mi es sin remedio. En concederme este bien, me ganais, no solo por verdadera amiga, sino por perpetua esclava, y para no teneros suspenso, esta hermosura que en cambio de la mia os quiero dar, es mi hermana Theodosia, la qual desesperada de vuestro desden està en lo ultimo de su vida, sin haver otro remedio para darsela, sino vos mismo. Aora es tiempo de que yo vea lo que valgo con vos, si alcanzo que nos honreis à todos dandole la mano de esposo. Con esto quitais al mundo de murmuraciones, à mi esposo de sospechas, à vos mismo de pena, y à mi hermana de las manos de la muerte: y yo teniendoos por hermano, podrè pagar con agradecimientos lo que aora niego por mi recato. Turbado oyò D. Jorge à Constanza, y precipitado en su passion amorosa, la respondiò: Este es el premio, hermosa Constanza, que me tenias guardado al tormento que por ti passo, y al firme amor que te tengo? Pues quando entendì que obligada de èl, me llamabas para darmele, me quieres imposibilitar de todo punto de èl: pues assegurote, que conmigo no tienen lugar tus ruegos, porque otra que no fuera Constanza, no triunfarà de mi, amandote he de morir, y amandote vivirè, hasta que me assalte la muerte; mira, si quando la deseo para mi, se la escusarè à tu hermana. Levantòse Constanza, oyendo esto en pie, y en modo de burla, le dixo: Hagamos, señor Don Jorge un concierto, y sea; que como vos me hagais en esta placeta que està delante de mi casa, de aqui à la mañana, un Jardin tan adornado de quadros, y oloroſas, y vistosas flores, arboles, y fuentes, que ni en su frescura, ni belleza, ni en la diversidad de paxaros que en èl haya, desdiga de los nombrados pensiles de Babilonia, que Semiramis hizo sobre sus muros, yo me pondrè en vuestro poder, y harè por vos quanto deseais: y sino, que os haveis de dexar de esta pretension, otorgandome en pago el

ser

ser èspoſò de mi hermana, porque ſi no es à precio de eſte imposſible no han de perder Carlos, y Conſtanza ſu honor, grangeando con tanto cuydado, y ſuſtentando con tanto aumento. Con eſto ſe entrò donde eſtaba ſu hermana, bien deſcontenta del mal recado, que llevaba de ſu pretenſion, dexando à D. Jorge tan deſeſperado, que fuè milagro no quitarſe la vida. Salìoſe aſſimiſmo loco, y perdìdo de caſa de Conſtanza, y con deſconcertados paſſos, ſin mirar como, ni por donde iba, ſe fuè al campo, y alli maldiciendo ſu ſuerte, dando triſtes, y laſtimoſos ſuſpiros, y cercado de mortales penſamientos, ſe le puſo (ſin ver por donde, ni como havia venido) delante un hombre, que le dixo: Què tienes D. Jorge? Porque das voces, y ſuſpiros al viento, pudiendo remediar tu paſſion de otra ſuerte? Què lagrimas femeniles ſon eſtas? No tiene mas animo un hombre de tu valor, que el que aqui mueſtras? No echas de ver, que pues tu Dama puſo precio à tu paſſion, que no eſtà tan dificultoſo tu remedio como pienſas? Mirandole eſtaba Don Jorge, mientras decia eſto, eſpantado de oìrle decir, lo que èl apenas creìa que ſabìa nadie, y aſſi le reſpondiò. Y quien eres tu, que ſabes lo que yo miſmo no sè? Y que aſſimiſmo me prometes remedio? Què puedes tu hacer, quando aun al demonio es imposſible? Y ſi yo fueſſe el que dices (reſpondiò èl miſmo) què dirias? Ten animo, y mira que me daràs, ſi yo hago el Jardin que tu Dama pide. Pon tu el precio à lo que por mi quieres hacer, que aqui eſtoy preſto à otorgarlo. Pues mandame el alma, dixo el demonio, y hazme de ello cedula, que antes que amanezca, podràs cumplir à tu Dama ſu imposſible deſeo. Amaba el mal aconſejado mozo, y aſſi no dificultò hacer lo que el demonio le pedia. Hizole la cedula en la manera que el demonio la ordenò, y firmando, ſin mirar lo que hacia, ni que por precio de un deſordenado apetito, daba una joya tan apreciada, y que tanto le coſtò al Divino Criador de èlla. Hecho eſto, Don Jorge ſe fuè à ſu poſada, y el demonio à dar principio à ſu fabuloſa fabrica. Llegòſe la mañana, y Don Jorge creyendo que havia de ſer la de ſu gloria, ſe levantò al amanecer, y viſtiendoſe lo mas rico, y coſtoſamente que pudo, ſe fuè à la parte donde el Jardin ſe havia de hacer, y llegando à la placeta que eſtaba enfrente de la caſa de la hermoſa Conſtanza, el mas contento que en ſu vida eſtuvo, viò la mas hermoſa obra que jamàs havia viſto, que à no ſer mentira, como el autor de èlla, pudiera ſer recreacion de qualquier Monarca. Entròſe dentro,

Digitized by Google

tro, y estuvo aguardando un buen rato que saliesse su Dama à ver como havia cumplido su deseo. Carlos, que aunque la misma noche que Constanza hablò con Don Jorge, havia venido de caza cansado, madrugò aquella mañan, para acudir à un negocio que se le havia ofrecido; y como apenas fuesse de dia, abriò una ventana, que caìa sobre la placeta, poniendose à vestir en ella, y como en abriendo se le ofreciesse à los ojos la maquina, ordenada por el demonio, para derribar la fortaleza del honor de su esposa, casi como admirado, estuvo un rato creyendo que soñaba, mas viendo, que ya que los ojos se pudieran engañar, no lo hacian los oìdos, que absortos à la dulce armonìa de tantos, y tan diversos paxarillos, como en el deleytoso Jardin estaban, haviendo en el tiempo de su elevacion notado la belleza de èl, empezò à dar voces, llamando à su esposa, y à los demàs de su càsa, diciendoles, que se levantassen, y verian la mayor maravilla, que jamàs se viò. A las voces que Carlos diò, se levantò Constanza, y su madre, y quantos en su casa havia, bien seguro de tal novedad, porque la Dama ya no se acordaba de lo que le havia pedido à D. Jorge; segura de que no le havia de hacer, y como descuydada llegasse à ver que la queria su esposo, y viesse el Jardin, precio de sù honor, tan adornado de flores, y arboles, que aun le pareciò que era menos lo que èlla havia pedido, y muy poco, segun lo que le daban, pues las fuentes, y hermosos cenadores, ponian espanto à quien las via; y viesse à D. Jorge tan lleno de galas, y bizarria, passearse por èl, y en un punto considerasse lo que havia prometido, sin poderse tener en sus pies se dexò caer en el suelo, à cuyo golpe acudiò su esposo, y los demàs, pareciendoles que estaban encantados, segun los prodigios que vian. Y tomandole en sus brazos, como quien la amaba tiernamente, con gran priessa pedia, que le llamassen à los Medicos, pareciendole que estaba sin vida, por cuya causa su marido, y hermana solemnizaban con lagrimas su muerte, à cuyos llantos acudiò mucha gente, que se havia juntado à el jardin, que en la plaza estaba, y entre ellos Don Jorge, que luego imaginò lo que podia ser. Media hora estuvo la hermosa señora de esta suerte, haciendosele inumerables remedios, quando estremeciendose fuertemente, tornò en sì, y viendose en los brazos de su amado esposo, cercada de gente, y entre ellos D. Jorge, llorando amarga, y hermosamente, los ojos en Carlos, le empezò à decir: Ya señor mio, si quieres tener honra, y

que

Digitized by Google

que tus hijos la tengan, y mis nobles deudos no la pierdan, sino que tu se la dès, conviene que al punto me quites la vida, no porque à èl, ni à èllos he ofendido; mas porque puse precio à tu honor, y al suyo, sin mirar que no le tiene. Yo lo hiciera imitando à Lucrecia, y aun dexandola atras, pues si èlla se matò despues de haver hecho la ofensa, yo muriera sin cometerla, mas soy Christiana, y no es razon, que pues yo estoy sin culpa, pierda la vida, y te pierda juntamente à ti, que lo eres mia, y pierda el alma, que tanto costò à su Criador. Mas espanto dieron estas razones à Carlos, que lo demàs que havia: y assi le pidiò, que dixesse la causa porque las decia, y lloraba con tanto sentimiento. Entonces Constanza, aquietandose un poco, contò publicamente quanto con D. Jorge le havia passado, desde que la empezò à amar; hasta el punto en que estaba, añadiendo por fin, que pues èlla havia pedido à D. Jorge un imposible, y èl le havia cumplido, que en aquel caso no havia otro remedio sino su muerte, con la qual, dandosela à su marido, como el mas agraviado, tendria todo fin, y D. Jorge no podria tener quexa de èlla. Viendo Carlos un caso tan estraño, considerando, que por su esposa se via en tanto aumento de riqueza, cosa que muchas veces suele ser freno à las inclinaciones de los hombres la desigualdad, pues el que escoge muger mas rica, que èl, no lleva muger, sino señora, y assimismo mas enamorado que jamàs lo havia estado de la hermosa Constanza, le dixo: No puedo negar señora mia, que hicisteis mal en poner precio à lo que en realidad de verdad no lo tiene, ni puede tener, porque la virtud, y la castidad de la muger no hay en el mundo con que se pueda pagar pues aunque os fiasteis de un imposible, pudierais considerar, que no hay para un amante, que lo es de veras, y el premio de su amor le espera alcanzar con cometer imposibles, y hacerlos; mas esta culpa ya la pagais con la pena en que os veo, por tanto, ni yo os quitarè la vida, ni os darè mas pesadumbre de la que teneis: el que ha de morir es Carlos, que como desdichado, ya la fortuna cansada de sufrirle, le queria derribar. Y diciendo esto, sacò la espada, y fuessela à meter por los pechos, sin mirar, que con desesperada accion perdia el alma, al tiempo que D. Jorge, temiendo lo mismo que èl queria hacer, havia de un salto juntandose con èl, y asiendole el puño de la violenta espada, diciendole: Tente, Carlos, tente, se la tuvo fuertemente, y assi como estaba, prosiguiò, contando quanto con el de-

Digitized by Google

demonio le havia passado, hasta el punto que estaba, y passando adelante, dixo: No es razon, que à tan noble condicion como la tuya, yo haga ninguna ofensa, pues solo con ver que te quitas la vida, porque yo no muera (pues no hay muerte para mi mas cruel, que privarme del bien que tanto me cuesta, pues he dado por precio el alma) me ha obligado de suerte, que no una, sino mil perdiera por no ofenderte: tu esposa està ya libre de su obligacion, que yo le alzo la palabra, goce Constanza à Carlos, y Carlos à Constanza; pues el Cielo los criò tan conformes, que solo èl es el que la merece, y èlla la que es digna de ser suya; y muera Don Jorge, pues naciò tan desdichado, que no solo ha perdido gusto por amar, sino la joya que le costò à Dios morir en una Cruz. A estas ultimas palabras de Don Jorge, se les apareciò el demonio con la cedula en la mano, y dando voces, les dixo: No me haveis de vencer, aunque mas hagais, pues donde un marido, atropellando su gusto, y queriendo perder la vida, se vence à sì mismo, dando licencia à su muger para que cumpla lo que prometiò; y un loco amante obligado de esta suerte à palabra que le cuesta no menos que el alma, como en esta cedula se vè, que me hace donacion de ella, no he de hacer menos yo que èllos; y assi para que el mundo se admire de que en mi pudo haver virtud, toma Don Jorge, ves aì tu cedula, yo te suelto la obligacion, que no quiero alma de quien tan bien se sabe vencer; y diciendo esto, le arrojò la cedula, y dando un grande estallido se desapareciò, juntamente el jardin, quedando en su lugar un espeso, y hediondo humo. Al ruido que hizo, que fuè tan grande, que parecia hundirse la Ciudad: Constanza, y Theodosia, con su madre, y las demàs criadas, que como absortas, y embelesadas havian quedado con la vista del demonio: bolvieron sobre sì: y viendo à Don Jorge inchado de rodillas, dando con lagrimas gracias à Dios, por la merced que le havia hecho de librarle de tal peligro, creyendo que por secretas causas solo à su Magestad Divina reservadas, havia sucedido aquel caso, le ayudaron, haciendo lo mismo.

Acabado Don Jorge su devota Oracion, se bolviò à Constanza, y le dixo assi: Ya hermosa señora, conozco quan acertada has andado en guardar el decoro que es justo al marido que tienes; y assi para que viva seguro de mi, pues de ti lo està, y tiene tantas causas para hacerlo, despues de pedirte perdon, y de la opinion que te he quitado con mis importunas passiones, te pido lo que tu

Digitized by Google

tu ayer me dabas, deseosa de mi bien; y yo como loco desprecié, que es à la hermosa Theodosia por muger, que con esto el noble Carlos quedarà seguro, y esta Ciudad enterada de tu valor, y virtud. En oyendo esto Constanza, se fuè con los brazos abiertos à Don Jorge, y echandoselos al cuello, dixo: Tomad este favor que os doy como à mi hermano, siendo el primero qne alcanzais de mi quanto ha que me amais: Y esse mismo dia, fueron desposados D. Jorge, y la bella Theodosia, con general contento. Y otro dia, que no quisieron dilatarlo mas, hicieron las bodas, siendo padrinos, Carlos, y la bella Constanza: hicieronse muchas fiestas en la Ciudad, solemnizando el dicho de tales sucessos, en los quales D. Jorge, y Carlos se señalaron, dando muestras de su gallardia. Vivieron muchos años con hermosos hijos, sin que jamàs se supiesse que D. Jorge huviesse sido el matador de Federico, hasta que despues de muerto D. Jorge, Theodosia contò el caso, à la qual quando muriò, le hallaron escrita de su mano esta maravilla, dexando al fin de èlla por premio al que dixesse qual hizo mas de estos tres, Carlos, D. Jorge, ò el demonio, el laurel de bien entendido. Cada uno lo juzgue si le quiere ganar, que yo quiero dar aqui fin al Jardin engañoso, titulo que dà el sucesso referido à esta maravilla. Diò fin la discreta Laura à su maravilla, y todas aquellas Damas, y Cavalleros, principio à disputar, qual havia hecho mas, por quedar con la opinion de discreto; y porque la bella Lisis havia puesto una joya para el que acertasse, cada uno daba su razon: unos alegaban que el marido, y otros que el amante, y todos juntos, que el demonio, por ser en èl cosa nunca vista el hacer bien. Esta opinion sustentò divinamente Don Juan, llevando la joya prometida, no con pocos zelos de Don Diego, y gloria de Lisarda, à quien la rindiò al punto, dando à Lisis no pequeño pesar. En esto entretuvieron parte de la noche, tanto, que por no ser hora de representar la comedia, se quedò para el dia de la Circuncision, en que se havia de desposar Don Diego, y la hermosa Lisis: y assi se fueron à cenar con mucho gusto, dando fin à la quinta noche, y yo à mi entretenido sarao; prometiendo si es admitido con el favor, y gusto que espero, Segunda Parte, y en èlla el castigo de la ingratitud de Don Juan, mudanza de Lisarda, y bodas de Lisis, si como espero, es estimado mi trabajo, y agradecido mi deseo, y alabado, no mi tosco estilo, sino el deseo con que và escrito.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Digitized by Google

SARAOS
DE
Dª. MARIA DE ZAYAS.
PARTE SEGUNDA.
DIVIDESE EN DIEZ NOCHES.

INTRODUCCION.

PARA el primero dia del año quedò en la Primera Parte de mi entretenido Sarao, cõcertadas las bodas de la gallarda Lisis, con el galan Don Diego, tan dichoso en haver merecido esta suerte, como prometian las bellas partes de la hermosa Dama, y nuevas fiestas para solemnizarlas con mas aplauso: mas quando las cosas no estan otorgadas del Cielo, poco sirven que las gentes concierten, si Dios no lo otorga; que como quien mira desapassionado lo que nos està bien, dispone à su voluntad, y no à la nuestra, aunque nosotros sintamos lo contrario, y assi, ò que fuesse alguna desorden, como suele suceder en los sumptuosos banquetes, ò el pesar de considerarse Lisis ya en poder de estraño dueño, y que por solo vengarse del desprecio que le parecia haverle hecho D. Juan, amando à su prima Lisarda, usurpandole à èlla las glorias de ser suya, mal hallada con dueño estraño de su voluntad, y ya casi en poder de no apetecido, se dexò rendir à tan crueles desesperaciones, castigando con verter perlas à sus divinos ojos. Que amaneciò otro dia la hermosa Dama con una mortal calentura, y tan desalentada, y rendida à ella, que los Medicos desconfiando de su vida antes de hacerle otros remedios, le ordenaron los importantes al alma; mandandola confessar, y recibir el Sacramento, como mas cordial medicina; y luego procuraron con su ciencia hacer las importantes al cuerpo; con cuya alteracion, y nuevos cuydados cessaron las fiestas ya dichas; y bolviò el alegria de las passadas noches en llanto, y tristeza de su noble madre, y queridas

Digitized by Google

das amigas, que lo sentian tiernissimamente, y en principal D. Diego; y no hay que maravillar, pues quando se via casi en possession de su belleza, se hallaba temeroso de perderla para siempre. Bien sentia el ingrato Don Juan ser èl la causa de la enfermedad de Lisis; pues el frio de sus tibiezas, eran la mayor calentura de la Dama, y sentia faltasse del mundo una estrella que le daba sèr, tal era la belleza, y discrecion de Lisis, junto con otras mayores virtudes, de que era dotada; mas estaba tan rendido à la hermosura de Lisarda, que presto hallaba en èlla el consuelo de su pena: y aunque muchas veces proponia, para alentarla, hacerle mas caricias, y con esta intencion la visitaba, como Lisarda, jamàs se apartaba de su prima, en viendola el afectuoso amante, no se acordaba de los propositos hechos; aumentabase el mal de Lisis, faltando en todos las esperanzas de la salud, y mas à la bien entendida señora, que como era quien le sentia, y sabìa mejor las circunstancias de èl, pues unas veces se hallaba, ya entre las manos de la muerte; y otras (aunque pocas) con mas alivio, tuvo lugar su divino entendimiento de obrar en su alma nuevos propositos, si bien à nadie lo daba à entender, guardando para su tiempo la disposicion de su deseo, mostrando à D. Diego, y à la demàs familia, quando se hallaba con mejorados accidentes, un honesto agrado, con que enfrenaba qualquier deseo, y solo le tenian puesto en verla con salud. Mas de un año durò la enfermedad con caidas, y recaìdas, sin tratarse en todo este tiempo de otra cosa, mas de acudir à la presente causa, padeciendo Don Diego el achaque de desesperado; tanto, que ya quisiera de qualquiera suerte fuera suya Lisis, por estar seguro de èl: mas si alguna vez lo proponia, hallaba en la Dama un enojo agradable, y una resistencia honesta, con que le obligaba à pedir perdon de haver intentado tal. En esta ocasion le traxeron à Lisis una hermosissima Esclava, herrada en el rostro, mas no porque la S, y Clavo, que esmaltaba sus mexillas, manchaba su belleza, que antes la descubria mas; era Mora, y su nombre Zelima, de gallardo entendimiento, y muchas gracias, como era leer, escrivir, cantar, tañer, bordar, y sobre todo hacer excelentissimos versos. Este presente le hizo à Lisis una su tia, hermana de su madre, que vivia en la Ciudad de Valencia; y aunque pudiera desdorar algo de la estimacion de tal prenda, el ser Mora, sazonaba este genero de desabrimiento, con decir queria ser Christiana. Con esta hermosa Mora, se alegrò tanto

Digitized by Google

to Liſis, que gozandoſe con ſus habilidades, y agrados, caſi ſe olvidaba de la enfermedad, cobrandoſe tanto amor, que no era como ſeñora, y eſclava, ſino de dos queridas hermanas: ſabìa muy bien Zelima grangear, y atraher à sì la voluntad de Liſis, y Liſis pagarſelo en quererla tanto, que apenas ſe hallaba ſin èlla. Entretenia Zelima à ſu ſeñora, haciendo alarde de ſus habilidades, ya cantando, y tañendo, ya refiriendole verſos; y otras cantandole coſas de Argel ſu patria, y aunque muchas veces la veìa Liſis divertida, y tan trasportada, que ſin ſentir ſe le caìan las lagrimas de ſus divinos ojos, creìa Liſis ſerian memorias de ſu tierra: y tal vez que le preguntaba la cauſa, le reſpondia la diſcreta Zelima: A ſu tiempo, ſeñora mia, la ſabràs, y te admiraràs de ella, con que Liſis no la importunaba mas. Sanò Liſis, convaleciò Liſis, y bolviò el Sol de ſu hermoſura à recobrar nuevos rayos, y apenas la viò Don Diego con entera ſalud, quando bolviò de nuevo à ſus pretenſiones, hablando à Laura, y pidiendo cumpliеſſe la palabra de darle à Liſis por eſpoſa. Comunicò la diſcreta ſeñora con ſu hermoſa hija lo que Don Diego le havia propueſto; y la ſabia Dama diò à ſu madre la reſpueſta, que ſe podia eſperar de ſu obediente proceder, añadiendo, que pues ſe allegaban los alegres dias de las Carneſtolendas, y en ellos ſe havian de celebrar ſus bodas, que tenia guſto de que ſe mantuvieſſe otro entretenido recreo como el paſſado, empezando el Domingo, para que el ultimo dia ſe deſpoſaſſe, y que le dieſſe licencia para que lo diſpuſieſſe: mucho ſe alegrò ſu madre con la fieſta que queria hacer Liſis. Concedida facultad para ordenarlo, ſe diſpuſo de eſta ſuerte: En primer lugar, que havian de ſer las Damas las que no velaſſen. (y en eſto acertò con la opinion de los hombres, pues ſiempre tenian à las mugeres por noveleras. Y en ſegundo, que los que refirieſſen fueſſen caſos verdaderos; y que tuvieſſen nombre de deſengaños. (en eſto no sè ſi los ſatisfizo porque como èllos procuran ſiempre engañarlas, ſienten mucho ſe deſengañen) Fuè la pretenſion de Liſis en eſto bolver por la fama de las mugeres. (tan poſtrada, y abatida por ſu mal juìcio, que apenas hay quien hable bien de èllas) Y como ſon los hombres los que preſiden en todo, jamàs cuentan los malos pagos qua dan, ſino los que les dan: y ſi bien lo miran, èllos cometen la culpa, y èllas figuen tras ſu opinion, penſando que aciertan; que lo cierto es, que no huviera malas mugeres, ſi no huviera malos hombres. No hablo con los que no lo fueren,

que

Digitized by Google

que de la misma manera que à la muger, falsa, inconstante, liviana, y sin reputacion, no se le ha de dar nombre de muger, sino de bestia fiera; assi el hombre cuerdo, bien intencionado, y que sabe en los mismos vicios aprovecharse de la virtud, y nobleza à que està obligado, no serà comprehendido en mi reprehension: mas hablo de los que olvidados de sus obligaciones hacen diferente de lo que es justo; estos tales no seràn hombres, sino monstruos, y si todos lo son, con todos hablo, advirtiendo, que de las mugeres que hablarè en este libro, no son de las comunes, y que tienen por oficio, y grangeria el serlo, que essas passan por sabandijas, sino de las no merecedoras de desdichados sucessos.

Haviale pedido à Lisis Zelima por merced le fuesse concedido, que los versos que se cantassen, los diesse èlla, de que Lisis se holgò por escusarse de este trabajo, y que la primera que desenganasse fuesse èlla: y Lisis imaginando la peticion, no acaso lo tuvo por bien; y assi nombrò para la primera noche à Zelima, y tras èlla à su prima Lisarda; luego Nise, tras èlla Filis. Para la segunda noche puso la primera à su Madre, segunda Matilde, y tercera, y quarta à Doña Luisa, y Doña Francisca, dos Señoras hermanas, que poco havia vivian en su casa, la primera viuda, y la otra doncella, mozas, hermosas, y muy bien entendidas. Y la tercera noche puso primero à Doña Estefania, esta era una prima suya que tenia Religiosa, que havia con licencia salido del Convento à curarse de unas peligrosas quartanas, y ya sana de ellas, no aguardaba para bolverse à èl, mas de que se celebrassen las bodas de Lisis, y èlla tomò para sì el postrero desengaño, para que huviesse lugar para su desposorio. Ordenado esto, combidò à todos los Cavalleros, y Damas, citados en la Primera Parte, y muchos mas que vinieron avisados unos de otros. Con esto se sacò licencia del Nuncio, para que se desposassen sin amonestaciones, ò por mas secreto, ò por mayor grandeza. (que està ya el gusto tan empalagado de lo antiguo, que buscan lo mas moderno, y lo tienen por saynete) Se previnieron Musicos, y entoldaron las salas de ricas tapicerias, sumptuosos estrados, curiosos escritorios, vistosas sillas, y taburetes, aliñados braseros, tanto de buenas lumbres, como de diversas, y olorosas perfumaderas, claros, y resplandecientes faroles, muchas buxias; y sobre todo sabrosas, y costosas colaciones, sin que faltasse el amigo xocolate. (que en todo se halla como la mala ventura) Todo tan en su punto,

Digitized by Google

que la hermosa sala no parecia sino un abreviado Cielo, y mas quando empezaron à ocuparla tantas Gerarquias de Serafines, prefiriendo à todas la divina Lisis, de negro, con muchos botones de oro: y si bien la Dama no era mas linda que todas, por la gallardìa, y entendimiento, las passaba. Acomodados todos en sus lugares, sin que faltasse de los suyos el ingrato Don Juan, y el dichoso Don Diego, y todos los hombres mal contentos, de que por no serles concedido el novelar, no podian dar muestra de las intenciones, y quizà los que escriven deseosos de verse en ocasion de vengarse, como si à mi me importasse algo, pues no les quito el entendimiento que Dios les diò, por tenerle. Si acaso escrivir esto fuesse presumpcion, y no entretenimiento, y las Damas contentas de que les llegaba la ocasion de satisfacerse de tantos agravios como les hacen en sentir mal de ellas, y juzgar à todas por una Zelima, que junto à Lisis estaba, se levantò, y haciendo una cortès, y humilde reverencia, (haviendo prevenido los Musicos de lo que havian de hacer, como à quien tocaba dar los versos) se entrò en una quadra, y los Musicos dieron principio à la fiesta con este Romance.

Mentiroso Pastorcillo,
que à los montes de Toledo
llevaste mis alegrias,
y me dexaste mis zelos.
Dueño de quien soy esclava,
y à quien reconoce imperio,
por confrontacion de estrellas
mi cautivo pensamiento.
Deydad, à cuyos Altares,
sacrificada en deseos
el alma, victima humilde,
es holocausto, è incienso.
Que dichosa te entretiene,
que faltando al plazo puesto,
consientes que estèn mis ojos,
bañados en llanto tierno.
Si los rigores de ausencia
hicieran fuerte en tu pecho,
ni tu estuvieras sin mi,
ni yo estuviera con ellos.
Si quando te despediste
callè el dolor que padezco,
ya que no, por no sentirle,
porque tu fuesses contento.
Y con aqueste seguro,
ignorando mis tormentos,
la rienda à la ausencia alargas,
pensando que no las siento.
Buelve à mirarte en los ojos
que sueles llamar espejos,
y los veràs por tu causa
caudalosas fuentes hechos.
Buelve, y veràs que las horas
las llamo siglos eternos,
los dias eternidades,
tanto es el dolor que tengo.
Quizà à la que te detiene,
estando sin mi contento,
quitaràs de los favores
que à mis espaldas le has hecho.
Que segun sin mi te hallas,
pueao llamar mis contentos
cen-

Digitized by Google

cenſos, que ſon al quitar,
que me los quitas tan preſto.
Zelos me abraſan el alma;
ay de mi! Valedme Cielos;
dad agua aprieſſa ojos mios,
pues veis que crece el incendio.
Mas es fuego de alquitràn
eſte, en que me eſtoy ardiendo?
que mas ſe aviva la llama,
mientras mas lagrimas vierto.
Dicen algunos, que ſon
los zelos del amor yelo;
mas en mi vienen à ſer
abraſado Mongibelo.
Para què quiero la vida?
Para què el repoſo quiero?
Ay, Zagalejos del Tajo,
no Angeles, ſino Infierno!
Mirad, que Salicio es mio,
en èl vivo, y por èl muero,
y quitarmele, es ſacar
el alma à mi triſte cuerpo.
Violentamente gozais
eſſa vida que poſſeo,
porque ſus favores ſon
los bienes ſolos que tengo.
Ay, Dios! à quien me quexo,
ò à quiẽ aqueſtas lagrimas ofrezco,
ſi mi ingrato Salicio eſtà tan lexos.
Yo triſte, y èl contento,
èl gozando otros guſtos, yo cõ zelos.
Que ſoy immortal Eſeo,
pues no me acaba
eſte mortal veneno.

Largo les pareciò el Romance à los oyentes, mas como no ſabian el deſignio de Zelima, no porque èlla de propoſito lo havia prevenido aſſi para tener lugar de hacer lo que aora ſe dirà; demàs que los Muſicos de los libros ſon mas piadoſos, que los de las ſalas de los Señores, que acortan los Romances, que les quitan el sèr, y los dexan ſin pies, ni cabeza. A los ultimos acentos de los poſtreros verſos, ſaliò Zelima de la quadra, en tan diferente trage de lo que entrò, que à todos puſo en admiracion. Trahia ſobre una camiſa de tranſparente cambray, con grandes puntas, y encages: las mangas muy anchas de la parte de la mano: unas enaguas de lama à flores, azul, y plata, con tres, ò quatro relumbrones, que quitaban la viſta, tan corta, que apenas llegaba à las gargantas de los pies, y en ellos unas andalias de muchos lazos, y liſtones de ſeda muy viſtoſos: ſobre eſto un baquerillo, ò aljuba de otra telilla azul, y plata, muy viſtoſa, y aſido al ombro una almalaſa de la miſma tela. Tenia la aljuba, ò baquerillo las mangas tan anchas, que igualaban con las de la camiſa, moſtrando ſus blancos, y torneadores brazos con coſtoſos carcages, ò brazaletes: los largos, hondeados, y hermoſos cabellos, que ni eran oro, ni evano, ſino un caſtaño tirante à rubio, tendido por las eſpaldas, que le paſſaban de la cintura una vara; y cogidos por la frente con una cinta, ò apretadorcillo de diamantes, y luego prendido à la mitad de la cabeza

Digitized by Google

un velo azul, y plata, que toda la cubria la hermosura, y donayre, la magestad de sus ayrosos, y concertados passos: no mostraba sino una Princesa de Argel, una Reyna de Fez, ò Marruecos, ò una Sultana de Constantinopla.

Admirados quedaron Damàs, y Cavalleros, y mas la hermosa Lisis, de verla, y con mas arreos que èlla no havia visto, y no acertaba à dar lugar al disfraz de su Esclava, y assi no hizo mas de callar, y admirarse (como todos) de tal deydad, porque la contemplaba una Ninfa, ò Diosa de las antiguas fabulas. Passò Zelima hasta el estrado, dexando à las Damas muy embidiosas de su acabada, y linda belleza, y à los galanes rendidos à ella, pues huvo mas de dos, que con los clavos del rostro, sin reparar en ellos, la hicieran señora, y posseedora de su persona, y hacienda, y aun se juzgàra indigno de merecerla: hizo Zelima una reverencia al Auditorio, y otra à su Señora Lisis, y sentòse en dos almoadas que estaban sitiadas en medio del estrado, lugar prevenido para la que havia de desengañar; y buelta à Lisis, dixo assi:

Mandasteme, señora mia, que contasse esta noche un desengaño, para que las Damas se avisen de los engaños, y cautelas de los hombres, para que buelvan por su fama, en tiempo que la tienen tan perdìda, que en ninguna ocasion hablan, ni sienten de ellas bien; siendo su mayor entretenimiento decir mal de èllas; pues ni Comedia se representa, ni Libro se imprime, que no sea todo en ofensa de las mugeres, sin que se reserve ninguna; y si bien no tienen ellos toda la culpa, que si como buscan las malas para sus deleytes, y èstas no pueden dar mas de lo que tienen, buscàran las buenas para admitirlas, y alabarlas, las hallàran honorosas, cuerdas, firmes, y verdaderas: mas es tal nuestra desdicha, y el mal tiempo que alcanzamos, que à estas tratan mucho peor; y es, que como las otras no los han menester mas de mientras los han menester, antes que èllos tengan tiempo de tratarlas mal, èllas les dàn con la ceniza en la cara.

Muchissimos desengaños pudiera traher en apoyo de esto, de las antiguas, y modernas desdichas sucedidas à mugeres por los hombres; quiero passarlas en silencio, y contaros mis desdichados sucessos, para que escarmentando en mi, no haya tantas perdìdas como hay, y tan pocas escarmentadas: Y porque lo mismo que contarè aora, es la misma reprehension, digo de esta manera.

DESEN-

Digitized by Google

DESENGAÑO I.

LA ESCLAVA DE SU AMANTE.

NOCHE PRIMERA.

MI nombre es Doña Isabel Faxardo, no Zelima, ni Mora, como pensais, sino Christiana, è hija de Padres Catholicos, y de los mas principales de la Ciudad de Murcia, que estos hierros que veis en mi rostro, no son, sino sombras de los que ha puesto en mi calidad, y fama la ingratitud de un hombre: y para que me deis mas credito, veislos aqui quitados; assi pudiera quitar los que han puesto en mi alma mis desventuras, y poca cordura. Y diciendo esto, se los quitò, y arrojò lexos de sì, quedando el claro cristal de su divino rostro, sin mancha, sombra, ni obscuridad, descubriendo aquel sol los esplendores de su hermosura sin nube: y todos los que colgados de lo que intimaba su hermosa boca, casi sin sentido, que apenas osaban apartar la vista por no perderla, pareciendoles, que como Angel se les podia esconder: y por fin los Galanes mas enamorados, y las Damas mas embidiosas, y todos compitiendo en la imaginacion, sobre si estaba mejor con hierros, ò sin hierros; y casi se determinaban à sentir viendola sin ellos, por parecerlas mas facil la empresa; y mas Lisis, que como la queria con tanta ternura, dexò caer por sus ojos unos desperdicios, mas por no estorvarla los recogiò con sus hermosas manos. Con esto la hermosa Doña Isabel prosiguiò su discurso, viendo que todos callaban, notando la suspension de cada uno, y la de todos juntos.

Nacì en la casa de mis padres sola, para que fuesse sola la perdicion de ella: Hermosa, ya lo veis; noble, ya lo he dicho; rica, lo que bastàra à ser yo cuerda; ò à no ser desgraciada à darme un noble marido. Crième hasta llegar à los doce años entre las caricias, y regalos de mis padres; que claro es que no haviendo tenido otro de su matrimonio, serian muchos, enseñandome entre ellos las cosas mas importantes à mi calidad. Ya se entenderà tras las virtudes que forman una persona virtuosamente Christiana, los exercicios honestos de leer, escrivir, tañer, y danzar, con todo lo demas competente à una persona de mis pren-

Digitized by Google

prendas, y de todas aquellas que los padres deſean ver enriquecidas à ſus hijas; y mas los mios, que como no tenian otra, ſe aficionaban en eſtos extremos; ſalì unica en todo, y perdonadme que me alabe, que como no tengo otro teſtigo, no es juſto paſſen por deſvanecimiento mis alabanzas; bien ſe lo paguè, pero mas bien lo he pagado. Yo fui en todo extremada, y mas en hacer verſos; que era el eſpanto de aquel Reyno, y la embidia de muchos no tan peritos en eſta facultad, que hay algunos ignorantes, que como ſi las mugeres les quitàran el entendimiento por tenerle, ſe conſumen de los aciertos agenos. Barbaro, ignorante, ſi los ſabes hacer, hazlos, que no te roba nadie tu caudal: ſi ſon buenos, los que no ſon tuyos, y mas ſi ſon de Dama, adoralos, y alabalos; y ſi malos, diſculpala, conſiderando que no tiene mas caudal, y que es digna de mas aplauſo en una muger, que en un hombre, por adornarlos con menos arte.

Quando lleguè à los catorce años, ya tenian mis padres tantas pretenſiones para mis bodas, que ya enfadados, reſpondian: que me dexaſſen ſer muger; mas como, ſegun decian ellos, idolatraban en mi belleza, no ſe podian eſcuſar de importunarle. Entre los mas rendidos, ſe moſtrò apaſſionadiſſimo un Cavallero, cuyo nombre es Don Felipe, de pocos mas años que yo, tan dotado de partes, de gentileza, y nobleza, quando deſpoſſeìdo de los de fortuna, que parecia que embidioſa de las gracias que le havia dado el Cielo, le havia quitado los ſuyos. Era, en fin, pobre, y tanto, que en la Ciudad era deſconocido, deſdicha que padecen muchos. Eſte era el que mas à fuerza de ſuſpiros, y lagrimas procuraba grangear mi voluntad; mas yo ſeguia la opinion de todos; y como los criados de mi caſa me vian el poco afecto, jamàs le oyò ninguno, ni fuè mirado de mi, pues baſtò en eſto para ſer poco conocido en otra ocaſion; pluguiera al Cielo le miràra yo bien, ò fuera parte para que no me huvieran ſucedido las deſdichas que lloro, y huviera ſabido eſcuſar algunas, mas ſiendo pobre, como le havia de mirar mi deſvanecimiento, pues tenia yo hacienda para èl, y para mi; mas mirabale de modo, que jamàs pude dar ſeñas de ſu roſtro, haſta que me vì engolfada en mis deſventuras.

Sucediò en eſte tiempo el levantamiento de Cataluña, para caſtigo de nueſtros pecados, ò ſolo de los mios; que aunque han ſido las pèrdidas grandes, la mia es la mayor; que los muertos en eſta ocaſion ganaron eterna fama, y yo que quedè viva, ignominioſa infamia. Supoſe en Mur-

Digitized by Google

Murcia, como su Magestad (Dios le guarde) iba al ilustre, y leal Reyno de Aragon, para hallarse presente en estas civiles guerras; y mi padre, como quien havia gastado lo mejor de su mocedad en servicio de su Rey, conociò lo que le importaban à su Magestad los hombres de su valor, se determinò à irle à servir, para que en tal ocasion le premiasse los servicios passados, y presentes, como Catholico, y agradecido Rey; y con esto tratò de su jornada, què sentimientos mi madre, y yo terniſſimamente, y mi padre de la misma suerte: tanto, que à importunidades de mi madre, y mias, tratò llevarnos en su compañia, con que bolviò nuestra pena en gozo, y mas à mi, que como niña, deseosa de ver tierras, ò por mejor sentir mi desdichada suerte, que me guiaba à mi perdicion, me llevaba contenta. Previnose la partida; y aderezado lo que se havia de llevar, que fuesse lo mas importante, para aunque à la ligera, mostrar mi padre quien era, y que era descendiente de los antiguos Faxardos de aquel Reyno. Partimos de Murcia, dexando con mi ausencia, comun, y particular tristeza en aquel Reyno, solemnizando en versos, y prosas todos los mas divinos entendimientos, la falta que hacia à aquel Reyno. Llegamos à la nobiliſſima, y sumptuosa Ciudad de Zaragoza, y aposentados en una de sus principales casas, ya descansada del camino, salì à ver, y vì, y fuì vista. Mas no estuvo en esto mi pèrdida, que dentro en mi casa estaba el incendio, pues sin salir me havia ya visto mi desventura; y como si carecia esta noble Ciudad de hermosuras, pues hay tantas, que apenas hay plumas, ni eloquencias que basten à alabarlas; pues son tantas, que dan embidia à otros Reynos, se empezò à exagerar la mia, como si no huviera visto otra: no sè si es tanta como decian, solo sè, que fuè la que bastò à perderme; mas como dice el vulgar: lo nuevo place, ò quien no la huviera tenido para escusar tantas fortunas! Hablò mi padre à su Magestad, que informado de que havia sido en la guerra tan gran soldado, y que aun no estaban amortiguados sus brios, y valor, y la buena cuenta que siempre havia dado de lo que tenia à su cargo, le mandò assistiesse al govierno de un Tercio de cavallos, con titulo de Maestre de Campo, honrandole con un Abito de Calatrava: y assi fuè fuerza el assistir alli, y embiar à Murcia por toda la hacienda que se podia traher, dexando la demàs à deudos nobles que tenia allà. Era dueña de la casa en que viviamos una viuda principal, y rica, que tenia un hijo, y una hija; èl mozo, galan, y de buen dis-

Digitized by Google

discurso, assi no fuera falso, y traydor, llamado Don Manuel: no quiero decir su apellido, que mejor es callarle, pues no supo darle lo que merecia: Ay, y que à costa mia he hecho experiencia de todo! Ay mugeres faciles, y si supiessedes una por una, y todas juntas à lo que os poneis el dia que os dexais rendir à las falsas caricias de los hombres; y como quisierades mas haver nacido sin oidos, y sin ojos; ò si os desengañassedes en mi; de que mas vais à perder, que à ganar! Era la hija moza, y medianamente hermosa, y concertada de casar con un primo, que estaba en las Indias, y le aguardaban para celebrar sus bodas en la primera flota, cuyo nombre era Doña Eufrasia: èsta, y yo nos tomamos tanto amor, como su madre, y la mia, que de dia, ni de noche nos dividiamos, que sino era para ir à dar el comun reposo à los ojos, jamàs nos apartabamos, ò yo en su quarto, ò èlla en el mio: no hay mas que encarecerlo, sino que ya la Ciudad nos celebraba por el nombre de las dos amigas, y de la misma suerte Don Manuel diò en quererme, ò en engañarme, que todo viene à ser uno: à los principios empecè à estrañar, y resistir sus pretensiones, y porfias, teniendolos por atrevimientos contra mi autoridad, y honestidad; tanto, que por atajarlos me escusaba, y negaba la amistad de su hermana, dexando de assistirla en su quarto todas las veces que sin nota podia hacerlo, de que Don Manuel hacia tantos sentimientos, mostrando andar muy melancolico, y desesperado, que tal vez me obligaba à lastima, por ver que ya mis rigores se atrevian à su salud: no miraba yo mal las veces que podia sin darselo à entender à Don Manuel: y bien gustàra, pues era fuerza tener dueño, fuera èl à quien tocàra la suerte: mas ay, que èl iba con otro intento, pues con haver tantos que pretendian este lugar, jamàs se opuso à tal pretension, y estaba mi padre tan desvanecido en mi amor, que aunque lo intentàra no fuera admitido, por haver otros de mas partes que èl, aunque Don Manuel tenia muchas, ni yo me apartàra del gusto de mi padre por quanto vale el mundo. No havia hasta entonces llegado amor à hacer suerte en mi libertad, antes imagino que ofendido de ella hizo el estrago que tantas penas me cuesta. No havia tenido Don Manuel lugar de decirme mas de con los ojos, y descanso de su corazon, su voluntad, porque yo no se le daba, hasta que una tarde estando yo con su hermana en su quarto, saliò de su aposento, que estaba à la entrada de èl, con un instrumento en la mano, y sentan-

Digitized by Google

tandose en el mismo estrado con nosotras, le rogò mucho Doña Eufrasia cantasse alguna cosa, y èl estrañandolo, se lo suplicò tambien, por no parecer grossera; y èl que no deseaba otra cosa, cantò un Soneto, que si no os cansa mi larga historia, dirè con los demàs que se ofrecieron en el discurso de ella. Lisis, por todos, le rogò lo hiciesse assi, que les daria notable gusto, diciendo: que podreis decir, señora Doña Isabel, que no sea de mucho agrado à los que escuchamos; y assi en nombre de estas Damas, y Cavalleros, os suplico, no escuseis nada de lo que os sucediò en vuestro prodigioso sucesso, porque de lo contrario recibirèmos gran pena. Pues con esta licencia, replicò Doña Isabel, digo que Don Manuel cantò este Soneto: advirtiendo, que èl à mi, y yo à èl nos nombravamos por Belisa, y Salicio.

A un diluvio la tierra condenada,
Que toda se anegaba en sus enojos,
Rios fuera de madre eran sus ojos,
Porq̃ ya son las nubes mar ayrada.
La dulce Filomena retirada,
Como no vè del Sol los rayos roxos,
No le rinde canciones en despojos
Por verse sin luz desconsolada.
Porque lamenta, el Ruiseñor no canta;
Sin belleza, y olor estan las flores,
Y estando todo triste de este modo.
Con tanta luz, q̃ al mismo Sol espanta:
Toda donayre, discrecion y amores,
Saliò Belisa, y serenòse todo.

Arrojò, acabando de cantar, el instrumento en el estrado, diciendo: Què me importa à mi que salga el Sol de Belisa en el oriente à dar alegria à quantos la ven, si para mi està siempre convertida en triste ocaso? Diòle diciendo esto, un modo de desmayo, con que alborotadas su madre, y hermana, y criadas fuè fuerza llevarle à su cama, y yo retraerme à mi quarto; no sè si triste, ò alegre, solo sabrè assegurar, que me conocì confusa, y determinè no ponerme mas en ocasion de sus atrevimientos: si me duràra este proposito acertàra, mas ya empezaba en mi corazon à hacer fuertes amor alentando yo misma mi ingratitud, y mas quando supe de alli à dos dias, que Don Manuel estaba con un accidente, que à los Medicos havia puesto en cuydado; con todo esso estuve sin ver à Doña Eufrasia hasta otro dia, no dandome por entendida, y fingiendo precisa ocupacion con la estafeta de mi tierra, hasta que Doña Eufrasia, que hasta entonces no havia tenido lugar, assistiendo à su hermano le dexò reposando, y passò à mi aposento, dandome muchas quexas de mi descuydo, y sospechosa amistad, de que me disculpè, haciendome de nuevas, y muy pesarosa de su disgusto. Al fin acompañando à mi madre huve de passar aquella tarde à verle; y como estaba cierta que su mal procedia

Digitized by Google

cedia de mis desdenes, procurè mas cariñosa, y agradable darle la salud que le havia quitado con ellos, hablando donayres, y burlas, que en Don Manuel causaban varios efectos, ya de alegria, y ya de tristeza, que yo notaba con mas cuydado que antes, si bien lo encubria con cauta dissimulacion. Llegò la hora de despedirnos, y llegando con mi madre à hacer la debida cortesia, y esforzarle con las esperanzas de la salud, que siempre se dan à los enfermos, me puso tan impensadamente en la mano un papel, que, ò fuesse la turbacion del atrevimiento, ò recato de mi madre, y de la suya, que estaban cerca, que no pude hacer otra cosa mas de encubrirle: y como llegue à mi quarto, me entrè en mi aposento, y sentandome sobre mi cama, saquè el engañoso papel, para hacerle pedazos sin leerle; y al punto que lo iba à conseguir, me llamaron, porque havia venido mi padre, y huve de suspender por entonces su castigo; y no huvo lugar de darsele, hasta que me fuì à acostar, que haviendome desnudado una doncella que me vestia, y desnudaba, à quien yo queria mucho, por havernos criado desde niñas, me acordè del papel, y se le pedì, y que me llegasse de camino la luz, para abrasarle en ella, me dixo la cautelosa Claudia, que este era su nombre; y bien le puedo dar tambien el de cautela; pues tambien estaba prevenida contra mi, y en favor del ingrato, y desconocido Don Manuel: Y acaso señora mia, ha cometido este desdichado algun delito contra la fé, que le quieres dar tan riguroso castigo, porque si es assi, no serà por malicia, sino con inocencia: porque antes entiendo que le sobra fé, y no que le falta; con todo mi honor le està cometiendo, dixe yo, porque no haya mas complices, serà bien que este muera, pues à quien se condena sin oirle, replicò Claudia, porque à lo que miro, entero està como el dia en que naciò: oyele por tu vida, y luego si mereciere pena, se la daràs, y mas si es tan poco venturoso como su dueño. Sabes tu cuyo es, se tornè à replicar. De quien puede ser, si no es admitido, sino del mal correspondido Don Manuel, que por causa tuya està como està, sin gusto, y salud, dos males, que à no ser desdichado, ya le huvieran muerto; mas hasta la muerte huye de los que lo son. Sobornada parece que estàs, pues abogas con tanta piedad por èl. No estoy por cierto, respondiò Claudia, sino enternecida, y aun si dixera lastimada acertàra mejor. Pues de què sabes tu, que todas essas penas de que te lastimas tanto son por mi? Yo te lo dirè, dixo la astuta Claudia. Esta mañana me embiò tu madre à saber

Digitized by Google

ber como estaba, y el triste Cavallero viò los Cielos abiertos en verme: contòme sus penas, dando de todas la culpa à tus desdenes: y esto con tantas lagrimas, y suspiros, que me obligò à sentirlas como proprias, solemnizando con suspiros los suyos, y acompañando con lagrimas las suyas. Muy tierna eres Claudia, repliquè yo, presto crees à los hombres; si fueras tu la querida, presto le consolàras, y tan presto, dixo Claudia, que ya estuviera sano, y contento. Dixome mas, que en estando para poderse levantar, se ha de ir, donde à tus crueles ojos, è ingratos oìdos, no lleguen nuevas de èl, èl ya quisiera que estuviera bueno para que lo cumpliera, dixe yo. Ay Señora mia, respondiò Claudia, es possible que en cuerpo tan lindo como el tuyo, se aposente alma tan cruel? No seais assi, por Dios, pues ya se passò el tiempo de las Damas andariegas, que con corazones de diamantes deseaban morir los Cavalleros sin tener piedad de èllos: casada has de ser, que tus padres para este estado te guardan: pues si es assi, què desmerece Don Manuel, para que no gustes que sea tu esposo? Claudia, dixe yo, si D. Manuel estuviera tan enamorado, como dices, y tuviera tan castos pensamientos, ya me huviera pedido à mis padres; y pues no trata de esso, sino de que le corresponda, ò por burlarme, ò ver mi flaqueza; no me hables mas en èl, que me das notable enojo: lo mismo que tu dices, bolviò à replicar Claudia, le dixe yo, y me respondiò; que como se havia de atrever à pedirte por esposa, incierto de tu voluntad; pues podia ser, que aunque tu padre lo acepte, no gustes tu de ello: el gusto de mi padre serà el mio, dixe yo. Aora señora, tornò à decir Claudia, veamos aora el papel, pues ni hace, ni deshace el leerle, pues que lo demàs corre por cuenta del Cielo: estaba ya mi corazon mas blando que cera, pues mientras Claudia me decia lo referido, havia entre mi pecho varios discursos, y todos en abono de lo que me decia mi doncella, y en favor de Don Manuel: mas por no darla mas atrevimientos, pues ya la juzgaba mas de la parte contraria, que de la mia, despues de haverla mandado, no hablasse mas en ello, ni fuesse adonde Don Manuel estaba: porfiè à quemar el papel, y èlla à defenderle, hasta que deseando yo lo mismo que èlla queria, le abrì, amonestandola primero, que no supiesse Don Manuel, sino que le havia rompido sin leerle, y èlla prometidolo, vì que decia assi:

No sè, ingrata señora mia, de que tienes hecho el corazon, pues à ser de diamante ya le huvieran enternecido mis lagrimas, antes sin mirar

Digitized by Google

mirar los riesgos que me vienen, le tienes cada dia mas endurecido, si yo te quisiera menos que para dueño de mi, y de quanto posseo, ya parece que se hallàra disculpa à tu crueldad, mas pues gustas que muera sin remedio, yo te prometo darte gusto, ausentandome del mundo, y de tus ingratos ojos, como lo verás en levantandome de esta cama, y quizà entonces, te pesarà de no haver admitido mi voluntad.

No decia mas que esto el papel; mas que mas havia de decir: Dios nos libre de un papel escrito à tiempo, saca fruto de donde no le hay, y engendra voluntad aun sin ser visto: mirad que serìa en mi, que ya no solo aun mirado, mas miraba los meritos de Don Manuel todos juntos, y cada uno por si. Ay engañoso amante! Ay falso Cavallero! Ay verdugo de mi inocencia! Y ay mugeres faciles, y mal aconsejadas, y como os dexais vencer de mentiras bien afeytadas, y que no les dura el oro con que van cubiertas, mas mientras dura el apetito! Ay desengaño, que visto, no se podrà engañar ninguna! Ay hombres, y porque siendo hechos de la misma massa, y travazon que nosotras, no teniendo mas nuestra alma, que vuestra alma, nos tratais como si fueramos hechas de otra pasta, sin que os obliguen los beneficios, que desde el nacer al morir os hacemos! Pues si agradecierais los que recibis de vuestras madres, por èllas estimariais, y reverenciariais à las demàs; ya, ya lo tengo conocido à costa mia, que no llevais otro designio, sino perseguir nuestra inocencia, abilitar nuestro entendimiento, derribar nuestra fortaleza, y haciendonos viles, y comunes, alzaros con el imperio de la immortal fama. Abren las Damas los ojos del entendimiento, y no se dexen vencer de quien pueden temer el mal pago que à mi se me diò, para que dixessen en esta ocasion, y tiempo estos desengaños, para ver si por mi causa cobrassen las mugeres la opinion perdida, y no diessen lugar à los hombres para alabarse, ni hacer burla de èllas, ni sentir mal de sus flaquezas, y malditos intereses, por los quales hacen tantas, que en lugar de ser amadas, son aborrecidas, abilitadas, y vituperadas.

Bolvì de nuevo à mandar à Claudia, y de camino rogarle, no supiesse D. Manuel, que havia leido el papel, ni lo que havia passado entre las dos, y èlla à prometerlo; y con esto se fuè, dexandome divertida en tantos, y tan confusos pensamientos, que yo misma me aborrecia de tenerlos; ya amaba, ya me arrepentia; ya me repetia piadosa, ya me hallaba mejor. Ayrada, y final, me determinè à no favorecer à Don Manuel: de suerte, que le diesse lugar à atrevimientos; mas tampoco

Digitized by Google

poco desdeñarle de fuerte, que le obligasse à algun desesperado sucesso. Bolvì con esta determinacion à continuar la amistad de Doña Eufrasia, y à comunicarnos con la frequencia que antes hacia gala: Si èlla me llamaba cuñada, si bien no me pesaba de oirlo, escuchaba à Don Manuel mas apacible; y sino èl respondia à su gusto, à lo menos no le afeaba el decirme su amor sin rebozo; y con lo que mas le favorecia, era decirle, que me pidiesse à mi padre por esposa, que le asseguraba de mi voluntad: mas como el traydor llevaba otros intentos, jamàs lo puso en execucion.

Llegòse en este tiempo el alegre de las Carnestolendas, tan solemnizado en todas partes, y mas en aquella Ciudad, que se dice por ponderarlo mas, Carnestolendas de Zaragoza: andabamos todos de fiesta, y regocijo, sin reparar los unos en los desaciertos, ni aciertos de los otros, pues fuè assi, que passando sobre tarde al quarto de Doña Eufrasia à vestirme con èlla de disfràz para una mascara que teniamos prevenida, y èlla, y sus criadas, y otras amigas ocupadas à dentro en prevenir lo necessario; su traydor hermano, que debia de estar aguardando esta ocasion, me detuvo à la puerta de su aposento, que como he dicho, era à la entrada de los de su madre, dandome la bien venida, como hacia en toda cortesia otras veces: yo descuydada, ò por mejor incierta, de que passaria à mas atrevimiento; si bien ya havia llegado à tenerme asida por una mano: y viendome divertida, tirò de mi, y sin poder ser parte à hacerme fuerte, me entrò dentro, cerrando la puerta con llave; yo no sè lo que me sucediò, porque del susto me privò el sentido un mortal desmayo. Ah flaqueza femenil de las mugeres, acobardadas desde la infancia, y debilitadas las fuerzas, con enseñarlas primero à hacer baynicas, que à jugar las armas! O si no bolviera jamàs en mi, sino que de los brazos del mal Cavallero me traspassàran à la sepultura, mas guardabame mi mala suerte para mas desdichas, si puede haverlas mayores: pues passada poco mas de media hora bolvì en mi, y me hallè, mal digo, no me hallè, pues me hallè perdìda, que no me supe, ni pude bolver, ni podre ganarme jamàs, è infundiendo en mi agravio, una mortifera rabia, lo que en otra muger pudiera causar lagrimas, y desesperaciones, en mi fuè un furor diabolico, con el qual desasiendome de sus infames lazos, arremetì à la espada que tenia en la cabecera de la cama, y sacandola de la bayna, se la fuì à embaynar en el cuerpo: hurtòle el golpe, y no fuè milagro, que estaba diestro

Digitized by Google

tro en hurtar, y abrazandose conmigo, me quitò la espada, que me la iba à entrar por el cuerpo, por haver errado el del infame, diciendole de esta suerte: Traydor, me vengo en mi, pues no he podido en ti, que las mugeres como yo assi vengan sus agravios. Procurò el cauteloso amante amansarme, y satisfacerme, temeroso de que no diera fin à mi vida, disculpò su atrevimiento, con decir, que lo havia hecho por tenerme segura; y ya con caricias, ya con enojos, mezclados con alagos, me diò palabra de ser mi esposo. En fin à su parecer mas quieta, aunque no al mio, que estaba hecha una pisada serpiente, me dexò bolver à mi aposento tan ahogada en lagrimas, que apenas tenia aliento para vivir. Este sucesso diò conmigo en la cama de una peligrosa enfermedad, que fomentada de mis ahogos, y tristezas me vino à poner à punto de muerte; estando de verme assi, tan tristes mis padres, que lastimaban à quien los veia.

Lo que grangeò Don Manuel con este atrevimiento, fuè, que si antes me causaba algun agrado, ya aborrecia hasta su sombra; y aunque Claudia hacia instancia por saber de mi la causa de este pesar que havia en mi, no lo consiguiò, ni jamàs la quise escuchar palabra, que Don Manuel procurasse decirme, y las veces que su hermana me veìa, era para mi la misma muerte. En fin yo estaba tan aborrecida, que si no me la dì yo misma, fuè por no perder el alma: bien conocia Claudia mi mal en mis sentimientos, y por assegurarse mas, hablò à Don Manuel, de quien supo todo lo sucedido; pidiòle me aquietasse, y procurasse desenojar, prometiendole à èlla lo que à mi, que no serìa otra su esposa: permitiò el Cielo, que mejorasse de mi mal, porque aun me faltaban por passar otros mayores: y un dia que estaba Claudia sola conmigo, que mi madre, ni las demàs criadas estaban en casa, me dixo estas razones; No me espanto, señora mia, que tu sentimiento sea de la calidad que has mostrado, y muestras: mas à los casos que la fortuna encamina, y el Cielo permite para secretos suyos, que à nosotros no nos toca el saberlo, no se han de tomar tan à pechos, y por el cabo que se aventure à perder la vida, y con èlla el alma: Confiesso, que el atrevimiento del señor D. Manuel, fuè el mayor que se pueda imaginar; mas tu temeridad es mas terrible, y supuesto que en este sucesso, aunque has aventurado mucho, no has perdido nada: pues en siendo tu esposo queda puesto el reparo; si tu pèrdida se pudiera remediar con essos sentimientos, y desesperaciones, fuera razon tener-

Digitized by Google

nerlas; ya no sirven desvios para quien posee, y es dueño de tu honor, pues con ellos das motivo, para que arrepentido, y enfadado de tus sequedades te dexe burlada; pues no son las partes de tu ofensor de tan pocos meritos, que no podrà conquistar con èlla qualquiera hermosura de su patria: puesto que mas acertado es que se acuda al remedio, y no que quando le busques no le halles, oy me ha pedido, que te amanse, y te diga quan mal lo haces con èl, y contigo misma, y que està con mucha pena de tu mal; que te alientes, y procures cobrar salud, que tu voluntad es la suya, y no saldrà en esto, y en todo lo que ordenàre de tu gusto; mira, señora, que esto es lo que te està bien, y que se pongan medios con tus padres, para que sea tu esposo; con que la quiebra de tu honor quedarà soldada, y satisfecha, y todo lo demàs es locura, y acabar de perderte. Bien conocì que Claudia me aconsejaba lo cierto, supuesto que ya no se podia hallar otro remedio; mas estaba tan aborrecida de mi misma, que en muchos dias no llevò de mi buena respuesta: y aunque ya me empezaba à levantar, en mas de dos meses no me dexè ver de mi atrevido amante, ni recado que me embiaba, queria recibir, ni papel que llegaba à mis manos, llevaba otra respuesta, que hacerle pedazos: tanto, que Don Manuel, ò fuesse que en aquella ocasion me tenia alguna voluntad, ò porque picado de mis desdenes, queria llevar adelante sus traiciones, se descubriò à su hermana, y le contò lo que conmigo le havia passado, de que Doña Eufrasia admirada, y pesarosa, despues de haverle afeado accion tan grossera, y mal hecha, tomò por su cuenta quitarme el enojo. Finalmente èlla, y Claudia trabajaron tanto conmigo, que me rindieron: y como sobre las pesadumbres entre amantes, las paces aumentan el gusto, todo el aborrecimiento que tenia à D. Manuel, se bolviò en amor, y en èl, el amor en aborrecimiento; que los hombres en estando en possession, la voluntad se desvanece como humo. Un año passè en estos desvanecimientos, sin poder acabar con Don Manuel, pusiesse terceros con mi padre, para que se efectuassen nuestras bodas, y otras muchas que à mi padre le trataban no llegaban à efecto, por conocer la poca voluntad que tenia de casarme; mi amante me entretenia, diciendo; que en haciendole su Magestad merced de un Abito de San-Tiago, que le havia pedido, para que mas justamente mi padre le admitiesse por hijo, se cumplirian mis deseos, y los suyos; si bien yo sentia mucho estas dilaciones, y casi temia mal de ellas, por no disgustarle

Digitized by Google

le no apretaba mas la dificultad.

En este tiempo, en lugar de un criado que mi padre havia despedido, entrò à servir en casa un mancebo, que como despues supe, era aquel Cavallero pobre, que jamàs havia sido bien visto de mis ojos, (mas quien mira bien à un pobre) el qual no pudiendo vivir sin mi presencia, mudado abito, y nombre, hizo esta transformacion: pareciòme quando le vì la primera vez, que era el mismo que me havia antes querido, mas no hice reparo en ello, por parecerme imposible: bien conociò Luis (que assi dixo llamarse) à los primeros lances, la voluntad, que yo, y Don Manuel nos teniamos, y no creyendo de la entereza de mi condicion, que passaba à mas de honestos, y recatados deseos, dirigidos al conjugal lazo, y èl estaba cierto, que en esto havia de alcanzar aunque fuera conocido por Don Felipe, mas que los despegos que siempre callaba, porque no se privasse de verme, sufriendo como amante aborrecido, y desestimado, dandose por premiado en su amor, con poderme hablar, y ver à todas horas. De esta manera passè algunos meses, que aun Don Manuel, que segun conocì despues, no era su amor verdadero; sabìa tambien las artes de fingir, que yo me daba por contenta, y pagada de mi voluntad, assi me duràran estos engaños, mas como puede la mentira passar por verdad, sin que al cabo se descubra? Acuerdome que una tarde que estabamos en el estrado de su hermana, burlando, y diciendo burlas, y entretenidos acentos, como otras veces, le llamaron, èl al levantar del assiento me dexò caer la daga en las faldas, que se le havia quitado por el estorvo que le hacia para estar sentado en baxo, à cuyo assunto hizo este Soneto.

Toma tu acero, cortador no seas
Causa de algun excesso inadvertido,
Que puede ser Salicio que sea Dido,
Si por mi mal quisiesses ser Eneas.
Qualquiera atrevimiento es bien que creas
De un pecho amante de tu valor rendido,
Muy cerca està de ingrato, el que es querido,
Llevale ingrato si mi bien deseas.
Si à qualquiera rigor de aquellos ojos
Te lloro, Eneas, y me temo Elisa,
Quitame la ocasion de darme muerte.

Que

Digitized by Google

Que quieres la vida por despojos:
Que me matas de amor, mi amor te avisa;
Tu ganarás honor, yo dulce suerte.

Alabaron Doña Eufrasia, y su hermano, mas la presteza de hacerle, que el Soneto; si bien D. Manuel tibiamente ya parecia, que andaba su voluntad achacosa, y la mia temerosa de algun mal suceſſo en los mios, y à mis solas daban mis ojos muestra de mis temores, quexabame de mi mal pagado amor, dando al Cielo quexas de mi disdicha: y quando D. Manuel viendome triſte, y los ojos con las señales de haverles dado el castigo que no merecian, pues no tuvieron culpa en mi tragedia, me preguntaba la causa: por no perder el decoro à mi gravedad, desmentia con èl los sentimientos de èllos, que eran tantos, que apenas los podia disſimular; enamoròme, roguè, rendime; vaya, vengan penas, alcancense unas à otras; mas por una violencia estar sujeta à tantas desventuras: A quien le ha sucedido sino à mi! Ay Damas hermosas, y avisadas, y que desengaño es este si le contemplais! Ay hombres, y que afrenta para vuestros engaños! Quien pensàra, que D. Manuel hiciera burla de una muger como yo, supuesto que aunque era noble, y rico, aun para escudero de mi casa no le admitieran mis padres, que este es el mayor sentimiento que tengo, pues estaba segura de que no me merecia, y conocia que me desestimaba?

Fuè el caso, que havia mas de diez años, que Don Manuel hablaba à una Dama de la Ciudad, ni la mas hermosa, ni la mas honesta; y aunque casada no hacia ascos de ningun galanteo, porque su marido tenia buena condicion, comia sin traherlo, y por no estorvar se iba fuera quando era menester, que aunque aqui havia reprehension para los hombres, mas los comunes, y baxos que viven de esto, no son hombres, sino bestias. Quando mas engolfada estaba Alexandra, que assi tenia nombre esta Dama, en la amistad de D. Manuel, quiso el Cielo, para castigarla, ò para destruirme, darle una peligrosa enfermedad; de que viendose en peligro de muerte, prometiò à Dios apartarse de tan ilicito trato, haciendo voto de cumplirlo: sustentò esta devota promesa, viendose con la deseada salud año y medio, que fuè el tiempo en que D. Manuel buscò mi perdicion, viendose despedido de Alexandra, bien, que como despues supe, la visitaba en toda cortesia, y la regalaba por la obligacion passada. Ah! Mal hayan estas correspondencias corteses, que tan caras cuestan à muchas! Y entretenido en mi galanteo, faltò

Digitized by Google

à la assistencia de Alexandra, conociendo el poco fruto que sacaba de èlla, pues esta muger en faltar de su casa, como solia mi ingrato dueño, conociò que era la ocasion otro empleo, y buscando la causa, ò que de criadas pagadas de la casa de D. Manuel, ò mi desventura que se lo debiò de decir, supo como D. Manuel trataba su casamiento conmigo: entrò aqui alabarle mi hermosura, y su rendimiento, y como jamàs se apartaba de idolatrar en mi imagen, que quando se cuentan los sucessos, y mas si han de dañar, con menos ponderacion. En fin Alexandra zelosa, y embidiosa de mis dichas, faltò à Dios lo que havia prometido, para sobrarme à mi en penas; que si faltò à Dios, como no me havia de sobrar à mi; era atrevida, y resuelta, y lo primero à que se atreviò fuè à verme. Passemos adelante, que fuera hacer esse desengaño eterno, y no es tan corto el tormento que padezco en referirle, que me saboree tan de espacio en èl; acariciò à D. Manuel, solicitò que bolviesse à su amistad, consiguiò lo que deseò, y bolviò de nuevo à tolerar en la ofensa, faltando en lo que à Dios havia prometido, de poner enmienda. Parecerà, señores, que me deleyto en nombrar à menudo el nombre de este ingrato, pues no es, sino que como ya para mi es veneno, quisiera que trayendole en mis labios me acabàra de quitar la vida: bolviòse en fin, à adormecer, y transportar en los engañosos encantos de esta Circe, y como una division causa mayores deseos entre los que se aman, fuè con tanta puntualidad el assistencia en su casa, que fuè fuerza hiciesse falta en la mia. Tanto, que ni en los pesarosos dias del Verano, ni en las cansadas noches del Invierno no havia una hora para mi: y con esto empecè à sentir las penas, que una desvalida, y mal pagada muger puede sentir, porque si à fuerza de quexas, y sentimientos havia un instante para estar conmigo, era con tanta frialdad, y tibieza, que se apagaban en ella los encendidos fuegos de mi voluntad; no para apartarme de tenerla, sino para darle las desazones que merecia: y ultimamente empecè à temer, del temer nace el pesar; y del zelar, buscar las desdichas, y hallarlas. No le quiero prometer à un corazon amante mas perdicion, que venir à tropezar en zelos, que cierto es que la caìda serà para no levantarse mas, porque si calla los agravios, juzgando que los ignora, no se recatan de hacerlos, y si habla mas descubiertamente, pierden el respeto, como me sucediò à mi, que no pudiendo ya dissimular las sinrazones de Don Manuel, empecè à desenfadarme, y reprehenderle, y de esto passar

à

Digitized by Google

à reñirle, con que me califiquè por enfadosa, y de mala condicion, y à pocos passos que dì me hallè en los lances de aborrecida. Ofreceme à la memoria un Soneto, que hice, hallandome un dia muy apassionada; que aunque os canse, le he de decir.

No vivas no dichosa muy segura,
De que has de ser toda la vida amada;
Llegarà el tiempo, que la nieve elada
Agote de tu dicha la hermosura.

Yo, como tu gocè tambien ventura,
Y asoy, como me ves, bien desdichada;
Querida fuì, rogada, y estimada
Del que tu gusto, y mi dolor procura.

Consuela mi passion q̃ el dueño mio,
Que aora es tuyo fuè cõmigo ingrato,
Tambien contigo lo serà, dichosa.

Pagaràsme el agravio en su desvio;
No piensses q̃ has feriado muy barato,
Que tu has de ver como yo estoy zelosa.

Admitia estas finezas D. Manuel, como quien ya no las estimaba, antes con enojos queria desvanecer mis sospechas, afirmandolas por falsas, y dandose mas cada dia à sus desaciertos, venimos èl, y yo à tener tantos disgustos, y desasossiegos, que mas era muerte, que amor, el que havia entre los dos, y con esto me dispuse à averiguar la verdad de todo, porque no me desmintiesse; y de camino, por si podia hallar remedio à tan manifiesto daño, mandè à Claudia seguirle, con que se acabò de perder todo, porque una tarde que le vì algo inquieto, y que ni por ruegos, ni lagrimas mias, ni pedirselo su hermana, no se pudo estorvar que no salieSSe de casa, mandè à Claudia viesse donde iba, la qual le siguiò hasta verle entrar en casa de Alexandra; y aguardando à ver en lo que resultaba, viò, que èlla con otras amigas, y D. Manuel, se entraron en un coche, y se fueron à un jardin; y no pudiendo ya la fiel Claudia sufrir tantas libertades cometidas en ofensa mia, se fuè tras èllos, y al entrar en el vergel, dexandose ver, le dixo lo que fuè justo: si como fuè bien dicho, fuera bien admitido; porque D. Manuel, si bien corrido de ser descubierto, afeò, y tratò mal à Claudia, riñiendola, mas como dueño, que como amante mio, con lo qual la atrevida Alexandra, tomandose licencia de valida, se atreviò à Claudia con palabras, y obras, dandose por sabidora de quien era yo, como me llamaba, y en fin quanto por mi havia passado, mezclando entre estas libertades las amenazas, de que daria cuenta à mi padre de todo, y aunque no cumpliò esto, hizo otros atrevimientos, tan grandes, ò mayores, como era venir à la posada de D. Manuel à todas horas, entraba atropellando todo, y diciendo mil libertades: tanto, que en diversas ocasiones se puso Claudia con èlla à mil riesgos. En fin para no cansaros, lo dirè de una vez. Ella era mu-

Digitized by Google

ger, que no temia à Dios, ni à su marido, pues llegò su atrevimiento à tratar de quitarme la vida con sus proprias manos. De todos estos atrevimientos, no daba D. Manuel la culpa à Alexandra, sino à mi, y tenia razon, pues yo por mis peligros debia sufrir mas: estaba ya tan precipitada, que ninguno se me hacia aspero, ni peligroso; pues me entraba por todo, sin temor de ningun riesgo: todo era afligirme, todo llorar, y todo dar à D. Manuel quexas; unas veces con caricias, y otras con despegos, determinandome tal vez à dexarle, y no tratar mas de esto, aunque me quedasse perdida, y otras pidiendole hablasse à mis padres, para que siendo su muger cessassen estas reboluciones: mas como ya no queria, todas estas desdichas sentia, y temia Doña Eufrasia, porque havia de venir à parar en peligro de su hermano; mas no hallaba remedio, aunque le buscaba. A todas estas desventuras hice unas Decimas, que os quiero referir, porque en ellas vereis mis sentimientos mejor pintados, y con mas finos colores, que dicen assi:

Ya de mi dolor rendida,
con los sentidos en calma
estoy deteniendo el alma,
que ando buscando salida:
ya parece que la vida,
como la candela que arde,
y en verse morir cobarde
buelve otra vez à vivir,
porque aunque desea morir,
procura que sea mas tarde.

Llorando noches, y dias
doy à mis ojos enojos;
como si fueran mis ojos
causa de las ansias mias;
adonde estais alegrias?
Decidme donde os perdì?
Responded, que causa os dì?
Mas que causa puede haver
mayor, que no merecer
el bien que se fuè de mi.

Sol fuì de algun Cielo ingrato,
si acaso hay ingrato Cielo;
fuego fuè, bolviòse yelo,
Sol fui, Luna me retrato:
mi menguante fuè su trato:
mas si la deydad mayor
està en mi, que es el amor,
y esto no puede menguar,
dificil serà alcanzar
lo que intenta su rigor.

Zelos tuve, mas querida
de los zelos me burlaba,
antes en ellos hallaba
saynetes para la vida:
ya sola, y aborrecida
Tantalo en sus glorias soy,
rabiando de sed estoy:
ay que penas! Ay que agravios!
Pues con el agua en los labios,
mayor tormento me doy.

Què muger havrà tan loca,
que viendose aborrecer,
no le canse el padecer,
y estè como firme roca?
Yo sola, porque no toca
à mi ley de olvidar;
venga pesar à pesar,

Digitized by Google

à un rigor, otro rigor,
que ha de conocer amor,
que sè como se ha de amar.
Ingrato, que al yelo excedes;
nieve, que à la nieve yelas,
si mi muerte no recelas,
desde oy mas temerla puedes:
regatea las mercedes,
aprieta mas el cordèl,
mata esta vida con èl,
sigue tu ingrata porfia,
que te pesarà algun dia
de haver sido tan cruel.
Sigue cruel el encanto
de essa engañosa Sirena,
que por llevarte à su pena
te adormece con su canto;
huye mi amoroso llanto,
no te obligues de mi fè,
porque assi yo esperarè,
que has de ser como deseo
de aquella Harpia, Fineo,
para que vengada estè.
Preciate de tu tibieza,
no te obliguen enojos,
pon mas capote à los ojos,
cansate de mi firmeza:
ultraja mas mi nobleza,
ni sigas à la razon,
que ya en mi corazon
amor caracter ha sido.
pelearè con tu olvido
muriendo por tu ocasion.
Bien sè que tu confianza
es de mi desdicha parte,
y fuera mejor matarte
à pura desconfianza,
todo, cruel, se me alcanza,
que como te ves querido,
tratas mi amor con olvido,
porque una noble muger,
ò no llegar à querer,
ò ser lo que siempre ha sido.
Ojos llorad, pues no tiene
ya remedio vuestro mal,
ya buelve el dolor fatal,
ya el alma à la boca viene:
ya solo morir conviene,
porque triunfe el que me matò;
ya la vida se desata
del lazo que al alma diò,
y con ver que me matò,
no olvido al que me maltrata.
Alma, buscad donde estar,
que mi palabra os empeño,
que en vuestra posada hay dueño
que quiere en todo mandar:
ya que teneis que aguardar,
si vuestro dueño os despide,
y en vuestro lugar recibe
otra alma que mas estima,
no veis que en èlla se anima,
y con mas contento vive?
O quantas glorias perdidas
en essa casa dexais,
como ninguna sacais,
pues no por mal adquiridas
mal premiadas, bien servidas,
que en esso ninguna os gana;
pero si es tan inhumana
la impiedad del que os arroja,
pues veis que en veros se enoja,
idos vos de buena gana.
Sin las potencias salìs,
como essos bienes dexais,
que à qualquier parte que vais
no os querràn si lo advertis:
mas oygo, que me decìs,
que soys como el que se abrasa,
que viendo que el fuego passa

Digitized by Google

à executarle en la vida,
dexa la hacienda perdìda,
que se abrase con la casa.
Pensando en mi desventura,
casi en la muerte he llegado;
ya mi hacienda se ha abrasado,
que eran bienes sin ventura:
ò tu, que vives segura,
y contenta en casa agena
de mi fuego que la llena,
y algun dia vivirà,
y la tuya abrasarà,
como escarmiento en mi pena.
Mira, y siente qual estoy,
tu caìda, piensa en mi,
que ayer maravilla fuì,
y oy sombra mia no soy:
lo que va de ayer à oy,
podrà ser de oy à mañana;
estàs contenta, y lozana,
pues de un mudable señor
el fiarse es grande error;
no estès tan alegre, Juana.
Gloria mis ojos llamò,
mis palabras gusto, y cielos:
diòme zelos, y tomèlos
al punto que me los diè:
ha mal haya quien amò
zelosa, firme, y rendida,
que cauteloſa, y fingida
es bien sea una muger,
para no llegarse à ver
como estòy aborrecida.
O amor por lo que he servido
à tu suprema deydad,
tèn de mi vida piedad,
esto por premio te pido:
no se alegre este atrevido
en verme por èl morir;
pero muriendo vivir,
muerte serà, que no vida,
executa amor la herida,
pues yo no acierto à pedir.

Sucediò en este tiempo nombrar su Magestad por Virrey de Sicilia, al señor Almirante de Castilla, y viendose D. Manuel engolfado en estas competencias, que entre mi, y Alexandra trahiamos, y lo mas cierto, con poco gusto de casarse conmigo, considerando su peligro en todo, sin dar cuenta à su madre, y hermana, diligenciò por medio del Mayordomo, que era muy intimo amigo suyo, le recibiera el señor Almirante por Gentilhombre de su Camara; y teniendolo secreto, sin decirlo à nadie, solo à un criado que le servia, y havia de ir con èl hasta la partida del señor Almirante: dos, ò tres dias antes mandò prevenir su ropa, dandonos à entender à todos, queria ir por seis, ù ocho dias à un Lugar, donde tenia no sè que hacienda; que esta jornada la havia hecho otras veces en el tiempo que yo le conocia: llegò el dia de la partida, y despedido de todos los de su casa; al despedirse de mi, (que de proposito havia passado à èlla para despedirme, que como inocente de su engaño, aunque me pesaba, no era con el estremo, que si supiera la verdad de èl) vì mas terneza en sus ojos que otras veces, porque al tiempo de abrazarme no me pudo

Digitized by Google

pudo hablar palabra, porque se le arrasaron los ojos de agua, dexandome confusa, tierna, y sospechosa: si bien no juzguè, sino que hacia amor algun milagro en èl, y conmigo; y de esta suerte passé aquel dia, ya creyendo que me amaba, vertiendo lagrimas de alegria, ya de tristeza de verle ausente: y estando ya cerrada la noche, sentada en una silla, la mano en la mexilla, bien suspensa, y triste, aguardando à mi madre, que estaba en visita, entrò Luis el criado de mi casa, por mejor acertar, D. Felipe, aquel Cavallero pobre, que por serlo havia sido tan mal mirado de mis ojos, que no havia sido, ni antes, ni en esta ocasion conocido de èllos, y que servia por solo servirme. Y viendome, como he dicho, me dixo: Ay señora mia, y como si supiesses tu desdicha como yo la sè, essa tristeza, y confusion se bolveria en pena de muerte: assustème al oir esto, mas por no impedir saber el cabo de su confusa razon, callè, y èl prosiguiò, diciendome: Ya no hay que dissimular señora conmigo, que ha muchos dias que yo imaginaba estos sucessos, aora es diferente, que ya sè toda la verdad: Vienes loco Luis, le repliquè? No vengo loco, bolviò à decir; aunque pudiera, pues no es tan pequeño el amor, que como à señora mia te tengo; que no me pudiera haver quitado el juicio, y aun la vida la que oy he sabido; y porque no es justo encubrirte lo mas, el traydor Don Manuel, se va à Sicilia con el Almirante, con quien va acompañado por Gentilhombre suyo; y demàs de haver sabido de su criado mismo, que por no satisfacerse à la obligacion que te tiene, ha hecho esta maldad; yo le he visto por mis ojos partir esta tarde: mira que quieres que se haga en esto; que à fé de quien soy, y que soy mas de lo que tu imaginas, como sepa que tu gustas de ello, que aunque piense perder la vida, te ha de cumplir lo prometido, ò que hemos de morir èl, y yo por ello: dissimulando mi pena, le respondì, y quien eres tu, que quando aquesso fuesse verdad, tendrias valor para hacer esso que dices? Dame licencia, respondiò Luis, que despues de hecho, lo sabràs: acabè de enterarme de la sospecha que al principio dixe havia tenido de ser D. Felipe, como me havia dado el ayre; y queriendome responder, entrò mi madre con que cessó la platica, y despues de haverla recibido, porque me estaba ahogando en mis proprios suspiros, y lagrimas, me entrè en mi aposento, y arrojandome sobre la cama: no es necessario contaros las lastimas que dixe, las lagrimas que llorè, y las determinaciones que tuve; ya de quitarme la vida, ya de quitarsela à quien me la quitaba,

Digitized by Google

taba, y al fin admitia la peor, y la que aora oìreis, que eſtas eran honroſas; y la que elegì, con la qual me acabè de perder, porque al punto me levantè con mas animo, que mi pena prometia, y tomando mis joyas, y las de mi madre, y muchos dineros en plata, y en oro, porque todo eſtaba en mi poder, aguardè à que mi padre vinieſſe à cenar, que haviendo venido, me llamaron, mas yo reſpondì, que no me ſentia buena, que deſpues tomaria una conſerva: ſe ſentaron à cenar, y como vì acomodado lugar para mi loca determinacion, por eſtar los criados, y criadas divertidos en ſervir la meſa, y ſi aguardàra mas, fuera impoſſible ſurtir efecto mi deſeo, porque Luis cerraba las puertas de la calle, y ſe llevaba la llave, ſin dar parte à nadie, ni à Claudia, con ſer la ſecretaria de todo, por una que ſalia de mi apoſento à un corredor me ſalì, y puſe en la calle. A pocas de mi caſa, eſtaba la del criado, que he dicho havia deſpedido mi padre, quando recibiò à Luis, que yo ſabìa medianamente, porque laſtimada de ſu neceſſidad, por ſer anciano le ſocorria, y aun viſitaba las veces que ſin mi madre ſalia fuera; fuìme à ella, donde el buen hombre me recibiò con harto dolor de mi deſdicha, que ya ſabìa èl por mayor, haviendole dado palabra, que en haciendoſe mis bodas le traheria à mi caſa. Reprehendiò Octavio, que eſte era ſu nombre, mi determinacion: mas viſto que ya no havia remedio, huvo de obedecer, y callar, y mas viendo, que trahia dineros, y que le dì à èl parte de ellos. Alli paſſé aquella noche, cercada de penas, y temores, y otro dia le mandè fueſſe à mi caſa, y ſin darſe por entendido hablaſſe à Claudia, y le dixeſſe, que me buſcaba à mi, como hacia otras veces, y vieſſe que havia, y ſi me buſcaban: fuè Octavio, y hallò, que hallò? el remate de mi deſventura: Quando llego à acordarme de eſto, no sè como no ſe me hace pedazos el corazon! Llegò Octavio à mi deſdichada caſa, y viò entrar, y ſalir toda la gente de la Ciudad, y admirado entrò èl tambien con los demàs, buſcando à Claudia, y hallandola triſte, y lloroſa, le contò, como acabando de cenar, entrò mi madre donde yo eſtaba para ſaber que mal me afligia, y como no me hallò, preguntò por mi, à lo que todos reſpondieron, que ſobre la cama me havian dexado quando ſalieron à ſervirla; y que haviendome buſcado por toda la caſa, y fuera, como hallaſſen las llaves de los eſcritorios ſobre la cama, y la puerta que ſalia al corredor, que ſiempre eſtaba cerrada, abierta, y mirados los eſcritorios, y viſta la falta de ellos, luego vieron que no fal-

Digitized by Google

faltaba en vano, à cuyo sucesso empezò mi madre à dar gritos; acudiò mi padre à ellos, y sabiendo la causa, como era hombre mayor, con la pena, y susto que recibiò, diò una caìda de espaldas, privado de todo sentido; y que ni se sabe, si de ella, ò si del dolor havia sido el desmayo tan profundo, que no bolviò mas de èl. De todo esto fuè causa mi facilidad; dixole, como aunque los Medicos mandaban se tuviesse las horas que mandaba la ley, que era escusado, y que ya se trataba de enterrarle; que mi madre estaba poco menos, y que con estas desdichas no se hacia caso de la mia, sino era para afear mi mal acuerdo; que mi madre havia sabido lo que passaba con D. Manuel, que en bolviendo yo las espaldas todos havian dicho lo que sabian, y que no havia consentido buscarme, diciendo: que pues yo havia elegido el marido à mi gusto, que Dios me diesse mas dicha con èl, que havia dado à su casa. Bolviò Octavio con estas nuevas, bien tristes, y amargas para mi, y mas quando me dixo, que no se platicaba por la Ciudad, sino mi sucesso: doblaronse mis passiones, y assi estuve en terminos de perder la vida; mas como aun no me havia bien castigado el Cielo, ser motivo de tantos males, me la quiso guardar, para que passe los que faltaban; animème algo, con saber que no me buscaban, y despues de coser todas mis joyas, y algunos doblones, en parte donde los traxesse conmigo, sin ser vistos, y dispuesto lo necessario para nuestra jornada; passados quatro, ò seis dias, una noche nos metimos Octavio, y yo de camino, y partimos la via de Alicante, donde iba à embarcarse mi ingrato amante: llegamos à ella, y viendo, que no havian llegado las Galeras, tomamos posada hasta ver el modo que tendria en dexarme ver de Don Manuel: iba Octavio todos los dias adonde el señor Almirante posaba: veìa à mi traydor esposo, (si le puedo dar este nombre) y veniame à contar lo que passaba, y entre otras cosas me contò un dia, como el Mayordomo buscaba una esclava, y que aunque le havian trahido algunas, no le havian contentado: en oyendo esso me determinè à otra mayor fineza, ò à otra mayor locura que las demàs; y como lo pensè, lo puse por obra, y fuè: que fingiendo clavo, y esse para el rostro, me puse en abito conveniente para fingirme esclava, y Mora, poniendome por nombre Zelima, diciendo à Octavio que me llevasse, y dixera era suya, y que si agradaba, no reparasse en el precio. Mucho sintiò Octavio mi determinacion, vertiendo lagrimas en abundancia por mi, mas yo le consolè con advertirle, este

Digitized by Google

te disfraz, no era mas de proseguir mi intento, y traher à Don Manuel à mi voluntad, y ausentarme de España, y que teniendo à los ojos à mi ingrato, sin conocerme, descubriria su intento. Con esto se consolò Octavio, y mas con decirle, que el precio que le diessen por mi, se aprovechasse de èl, y me avisasse à Sicilia de lo que mi madre disponia de sì. En fin, todo se dispuso tan à gusto mio, que antes que passaron ocho dias, ya estaba vendida en cien ducados, y esclava, no de los dueños, que me havian comprado, y dado por mi la cantidad que digo, sino de mi ingrato, y alevoso amante, por quien yo me quise entregar à tan vil fortuna. En fin satisfaciendo à Octavio con el dinero que dieron por mi, y mas de lo que yo tenia, se despidiò para bolverse à su casa, con tan tierno sentimiento, que por no verle verter tiernas lagrimas, me apartè de èl, sin hablarle, quedando con mis nuevos amos, no sè si triste, ò alegre, aunque en encontrarlos buenos fuì mas dichosa, que en lo que hasta aqui he referido; demàs que yo los supe agradar, y grangear, de modo, que antes de muchos dias me hice dueño de su voluntad, y casa. Era mi señora moza, y de afable condicion, y con èlla, y otras dos doncellas que havia en casa, me llevaba tan bien, que todas me querian como si fuera hija de cada una, y hermana de todas, particularmente con la una de las doncellas, cuyo nombre era Leonisa, que me queria con tanto estremo, que comia, y dormia con èlla en su misma cama: esta me persuadia, que me bolviesse Christiana, y yo la agradaba, con decir lo haria quando llegasse la ocasion, que yo lo deseaba mas que èlla. La primera vez que me viò Don Manuel, fuè un dia, que comia con mis dueños; y aunque lo hacia muchas veces por ser amigos, no havia tenido yo ocasion de verle, porque no salia de la cocina, hasta este dia que digo, que vine à traher un plato à la mesa; que como puso en mi aleves los ojos, y me reconociò, aunque le debiò de desvanecer su vista la S, y clavo de mi rostro, tan perfectamente imitado al natural, que à nadie diera sospecha de ser fingidos, y elevados: entre el si, y el no, se olvidò de llevar el bocado à la boca, pensando que seria lo que miraba, porque por una parte creyò ser la misma que era, y por otra no se podia persuadir, que yo huviesse cometido tal delito, como ignorante de las desdichas por su causa sucedidas en mi triste casa; pues à mi no me causò menos admiracion otra novedad que vì, y fuè, que como le vì que me miraba tan suspenso, por no desengañarle tan presto, apartè

tè de èl los ojos, y puselos en los criados que estaban sirviendo: en compañia de dos que havia en casa, vì à Luis, el que servia en la mia, admirème, y vì, que Luis estaba tan admirado de verme en tal habito, como Don Manuel; y como me tenia mas fixa en su memoria que D. Manuel, à pesar de los fingidos hierros, me conociò; al tiempo de bolverme à dentro oì, que D. Manuel havia preguntado à mis dueños, si era la esclava que havian comprado? Si, dixo mi señora, y es tan bonita, y agradable, que me da el mayor desconsuelo el ver que es Mora, que diera doblado de lo que costò, porque se hiciesse Christiana, y casi me hace verter lagrimas, ver en tan linda cara aquellos hierros, y doy mil maldiciones à quien tal puso. A esto respondiò Leonisa, que estaba presente: Ella misma dice que se los puso por un pesar que tuvo, de que por su hermosura le huviessen hecho un engaño, y ya me ha prometido à mi que serà Christiana. Bien ha sido menester que los tenga, respondiò D. Manuel, para no creer que es una hermosura que yo conozco en mi patria; mas puede ser naturaleza hiciesse esta Mora en la misma estampa.

Como os he contado entrè cuydadosa de haver visto à Luis, y llamando un criado de los de casa, le preguntè, què mancebo era aquel que servia à la mesa con los demàs? Es, me respondiò, un criado que este mismo dia recibiò el señor Don Manuel, porque el suyo matò un hombre, y està ausente; yo le conozco, repliquè, de una casa, donde yo estuve un tiempo, y cierto que me holgàra hablarle, que me alegra ver acà gente de donde me he criado: luego, dixo entrarà à comer con nosotros, y podràs hablarle. Acabòse la comida, y entraron todos los criados dentro, y Luis, con ellos: sentaronse à la mesa, y cierto, que yo no podia contener la risa, à pesar de mis penas de ver à Luis, que mientras mas me miraba, mas se admiraba, y mas oyendome llamar Zelima, no porque no me havia conocido, sino de ver al estremo de baxeza, que me havia puesto por tener amor; pues como se acabò de comer, aparte à Luis, y dixele: Què fortuna te ha trahido Luis, adonde yo estoy? La misma que à ti, señora mia, querer bien, y ser mal correspondido, y deseos de hallarte, y de vengarte en teniendo lugar, y ocasion. Dissimula, y no me llames, sino Zelima, que esto importa à mis cosas, que aora no es tiempo de mas venganzas, que las que amor toma de mi; que yo he dicho que has servido en una casa donde me criè, y que te conozco de esta parte; y à tu amo no le di-

Digitized by Google

digas que me has conocido, ni hablado, que mas me fio de ti, que de èl. Con seguridad lo puedes hacer, dixo Luis, que si èl te quisiera, y estimàra como yo, no estuvieras en el estado que estàs, ni huvieras causado las desdichas sucedidas. Assi lo creo, respondì: Mas dime como has venido aqui? Buscandote; y con determinacion de quitar la vida à quien ha sido parte para que tu hagas esto, y con esta intencion entre à servirte. No trates de esso, que es perderme para siempre, que aunque Don Manuel es falso, y traydor, està mi vida en la suya, fuera de que yo trato de cobrar mi perdìda opinion, y con su muerte no se grangea sino la mia, que apenas harias tu tal, quando yo misma me matasse; esto le dixe, porque no pusiesse su intencion en execucion. Què hay de mi madre Luis? Que quieres que haya, respondiò, sino que pienso que es de diamante, pues no la han acabado las penas que tiene; quando yo partì de Zaragoza, quedaba disponiendo su partida para Murcia: lleva consigo el cuerpo de tu padre, y mi señor, por llevar mas presentes sus dolores. Y por allà què se platica de mi desacierto? Dixe yo, que te llevò Don Manuel, respondiò Luis; porque Claudia dixo lo que passaba, con que tu madre se consolò algo en tu pèrdida, pues le parece que con tu marido vas, que no hay que tenerte lastima; no como èlla, que le lleva sin alma: yo como mas interessado en haverte perdido, y como quien sabìa mas bien, que no te llevaba Don Manuel, antes iba huyendo de ti, no la quise acompañar, y assi he venido donde me vès, y con el intento que te he manifestado, el qual suspenderè hasta ver si hace lo que como Cavallero debe; y de no hacerlo, me puedes perdonar, que aunque sepa perderme, y perderte, vengarè tu agravio, y el mio, y cree, que me tengo por bien afortunado en haverte hallado, y en merecer que te fies de mi, y me hayas manifestado tu secreto antes que à èl. Yo te lo agradezco, respondì; y porque no sientan mal de conversacion tan larga, vete con Dios, que lugar havrà de vernos, y si huvieres menester algo, pidemelo, que aun no me lo ha quitado la fortuna todo, que ya tengo que darte, aunque sea poco, para lo que mereces, y yo te debo; y con esto, y darle un doblon de à quatro le despedì; y cierto que nunca mas bien me pareciò Luis que en esta ocasion: lo uno, por tener de mi parte algun arrimo; y lo otro, por verle con tan honrados, y alentados intentos.

Algunos dias tardaron las Galeras en llegar al Puerto; uno de los quales, estando mi señora fuera con las doncellas, y sola yo en

Digitized by Google

en casa, acaso Don Manuel deseoso de satisfacerse de su sospecha, vino à mi casa à buscar à mi señor, ò à mi, que es lo mas cierto; y como entrò, y me viò, con una sequedad notable, me dixo: Què disfràz es este Doña Isabel? O como las mugeres de tus obligaciones, y que han tenido deseos, y pensamientos de ser mia, se ponen en semejantes baxezas; siendolo tanto, que si alguna intencion tenia, de que fuesses mi esposa, ya la he perdìdo, por el mal nombre que has grangeado conmigo, y con quantos lo supieran? Ha traydor, engañador, y perdicion mia! Como no tienes verguenza de tomar mi nombre entre tus labios, siendo la causa de essa baxeza con que me baldonas, quando por tus traiciones, y maldades estoy puesta en ella; y no solo eres causador de esto, mas de la muerte de mi honrado padre: que porque pagues à manos del Cielo tus traiciones, y no à las suyas, le quitò la vida con el dolor de mi pèrdida: Zelima soy, no Doña Isabel; esclava soy, que no señora: Mora soy, pues tengo dentro de mi misma aposentado un Moro renegado como tu; pues quien falta à Dios la palabra que le diò de ser mio, ni es Christiano, ni noble, sino un infame Cavallero: estos hierros, y los de mi afrenta, tu me los has puesto, no solo en el rostro, sino en la fama; haz lo que te diere gusto, que si se te ha quitado la voluntad de hacerme tuya, Dios hay en el Cielo, y Rey en la tierra: y si estos no lo hicieren, hay puñales, y tengo manos, y valor para quitarte essa vida: para que deprendan de mi las mugeres nobles à castigar hombres falsos, y desagradecidos, y quitateme de delante, si no quieres que haga lo que digo. Viòme tan colerica, y apassionada, que, ò porque no hiciesse algun desacierto, ò porque no estaba contento de los agravios, y engaños que me havia hecho, y le faltaban mas que hacer: empezò à reportarme con caricias, y alhagos, que yo no quise por gran espacio admitir, prometiendome remedio à todo: queriale bien, y creìle, (perdonadme estas licencias, que tomo en decir esto; y creedme, que mas llevaba el pensamiento de restaurar mi honor, que no el achaque de la liviandad) en fin, despues de haver hecho las amistades, y dandole cuenta de lo que me havia sucedido hasta à aquel punto, me dixo; que pues ya estas cosas estaban en este estado, passassen assi, hasta que llegassemos à Sicilia, que allà se tendria modo, como mis deseos, y los suyos tuviessen dichoso fin: con esto nos apartamos, quedando yo contenta, mas no segura de sus engaños, mas para la primera vez no havia negociado muy

Digitized by Google

mal. Vinieron las Galeras, y embarcamonos en ellas con mucho gusto mio, por ir Don Manuel en compañia de mis dueños; y en la misma Galera que yo iba, donde le hablaba, y veia à todas horas, con gran pena de Luis, que como no se le negaban mis dichas, andaba muy triste; con lo que confirmaba el pensamiento que tenia de que era Don Felipe, mas no se lo daba à sentir, por no darle mayores atrevimientos: llegamos à Sicilia, y aposentamonos todos dentro de Palacio. En reconocer la tierra, y tomarla cariño, se passaron algunos meses; y quando entendi, que Don Manuel diera orden de sacarme de esclava, y cumplir lo prometido, bolvio de nuevo à matarme con tibiezas, y desayres. Tanto, que aun para mirarme le faltaba voluntad, y era, que havia dado en andar distraido con mugeres, y juegos; y lo cierto de todo, que no tenia amor; con que llegaron à ser mis ahogos, y tormentos de tanto peso, que de dia, ni de noche se enjugaban mis tristes ojos, de manera, que no fuè possible encubrirselo à Leonisa, aquella doncella con quien professaba tanta amistad; que sabidas debaxo de secreto mis tragedias, y quien era, quedò fuera de si.

Queriame tanto mi señora, que por dificultosa que era la merced que le pedia, me la otorgaba; y assi por poder hablar à Don Manuel, sin estorvos, y decirle mi sentimiento, le pedi una tarde licencia, para que con Leonisa fuera à merendar à la Marina; y concedida, pedia à Luis dixera à su amo, que unas Damas le aguardaban à la Marina, mas que no dixesse que era yo, temiendo que no iria: nos fuimos à ella, y tomamos un barco, para que nos passasse à una Isleta, que tres, ò quatro millas dentro del Mar se mostraba muy amena, y deleytosa. En esto llegaron D. Manuel, y Luis, que haviendonos conocido dissimulando el enfado, solemnizò la burla. Entramos todos quatro en el barco, con dos marineros que le governaban; y llegando à la Isleta salimos en tierra, aguardando en el mismo barquillo los marineros para bolvernos, quando fuesse hora. (que en esto fueron mas dichosos que los demàs.) Sentamonos debaxo de unos arboles, y estando hablando en la causa que alli me havia llevado, yo dando quexas, y Don Manuel disculpas falsas, y engañosas como siempre. De la otra parte de la Isleta, havia dado fondo en una quiebra, ò cala de ella una Galeota de Moros corsarios de Argel; como desde lexos nos viessen, salieron en tierra el Arraez, y otros Moros, y viniendo encubiertos hasta donde estabamos, nos salteа-

Digitized by Google

cearon de modo, que ni Don Manuel, ni Luis no pudieron ponerse en defensa, ni nosotras huir; y assi nos llevaron cautivos à su Galeota, haciendose, luego que tuvieron presa, à la Mar; que no se contentò la fortuna con haverme hecho esclava de mi amante, sino de Moros, aunque en llevarle à èl conmigo, no me penaba tanto el cautiverio. Los marineros viendo el sucesso, remando à boga arrancada, como dicen, se escaparon, llevando la nueva de nuestro desdichado sucesso. Estos corsarios Moros, como estan diestros en tratar, y hablar con Christianos, hablan, y entienden medianamente nuestra lengua: y assi me preguntò el Arraez, como me viò herrada, quien era; yo le dixe, que era Mora, y me llamaba Zelima, que me havian cautivado seis años havia, que era de Fez, y que aquel Cavallero era hijo de mi señor, y el otro su criado, y aquella doncella lo era tambien de mi casa, que los tratasse bien, y pusiesse precio en el rescate, que apenas lo sabrian sus padres, quando embiarian la estimacion: y esto lo dixe fiada en las joyas, y dineros que trahia conmigo. Todo lo dicho lo hablaba alto; porque los demàs lo oyessen, y no me sacassen mentirosa. Contento quedò el Arraez, tanto con la presa por su interès, como por parecerle havia hecho un gran servicio à su Mahoma, en sacarme, siendo Mora, de entre Christianos; y assi lo diò à entender, haciendome muchas caricias, y à los demàs buen tratamiento; y assi fuimos à Argel, y nos entregò à una hija suya hermosa, y niña llamada Zayda, que se holgò tanto conmigo, porque era Mora; como con Don Manuel, porque se enamorò de èl. Vistiòme luego de estos vestidos que veis, y tratò de que hombres diestros en quitar estos hierros, me los quitassen; no porque ellas no usen tales señales, que antes lo tienen por gala, sino porque era S, y clavo, que daba señal de lo que yo era; lo qual respondì, que yo misma me lo havia puesto por mi gusto, y que no los queria quitar: queriame Zayda tiernissimamente, ò por merecerlo yo con mi agrado, ò por parecerle podria ser parte con mi dueño, para que la quitasse: en fin yo hacia, y deshacia en su casa, como propria mia, y por mi respeto trataban à D. Manuel, y Luis, y à Leonisa muy bien, dexandolos andar libres por la Ciudad, haviendoles dado permission para tratar su rescate, haviendo avisado à Don Manuel hicieſſe el precio de todos tres, que yo les daria joyas para ello; de lo qual mostrò Don Manuel quedar agradecido; solo hallaba dificultad en sacarme à mi; porque como he dicho, cierto es,

Digitized by Google

que no se podia tratar de rescate; aguardamos los Redentores, para que se dispusiesse todo. En este tiempo me descubriò Zayda su amoroso cuydado, pidiendome hablasse à Don Manuel, que le dixesse, que si queria bolverse Moro, se casaria con èl, y le haria señor de grandes riquezas que tenia su padre, poniendome con esto en nuevos cuydados, y mayores desesperaciones, que me vi en puntos de quitarme la vida. Dabame lugar para hablar de espacio à Don Manuel; y aunque en muchos dias no le dixe nada de la passion de la Mora, temiendo su mala condicion, dandole à èlla algunas fingidas respuestas, unas de disgusto, y otras al contrario, hasta que ya la fuerza de los zelos, mas por pedirselos à mi ingrato, que por decirle la voluntad de Zayda; porque el traydor haviendole parecido bien, con los ojos, deshacia quanto hacia. Despues de reñirme mis sospechosas quimeras, me dixo, que mas acertado le parecia engañarla, que le dixesse, que èl no havia de dexar su ley, aunque le costasse no una vida que tenia, sino mil: mas si èlla queria venirse con èl à tierra de Christianos, y ser Christiana, que la prometia casarse con èlla; à esto añadiò, que yo lo sazonasse para atraherla à nuestro intento, que en saliendo de alli, estuviesse segura que cumpliria con su obligacion. Ha falso, y como me engañò en esto, como en lo demàs! En fin para no cansaros, Zayda vino en todo muy contenta, y mas quando supo que yo tambien me iria con èlla, y se concertò para de alli à dos meses la partida, que su padre havia de ir à un Lugar donde tenia hacienda, y casa, que los Moros en todas las tierras donde tienen trato tienen mugeres, è hijos. Ya la venganza mia contra Don Manuel, debia de disponer el Cielo, y assi facilitò los medios de ella, pues ido el Moro, Zayda hizo una carta, en que su padre le embiaba à llamar, porque havia caìdo de una peligrosa enfermedad, para que el Rey le diesse licencia para su jornada, por quanto los Moros no pueden ir de un Lugar à otro sin èlla: y alcanzada hizo aderezar una Galeota bien armada de remeros Christianos, à que se avisò con todo secreto el designio, y poniendo en èlla todas las riquezas de plata, oro, y vestidos, que sin hacer rumor podia llevar; y con èlla yo, y Leonisa, y otras dos Christianas que la servian, que Mora no quiso llevar ninguna: Don Manuel, y Luis caminamos por la mar la via de Cartagena, ò Alicante, donde con menos riesgo se pudiesse salir. Aqui fueron mis tormentos mayores, aqui mis ansias, sin comparacion; porque como alli no havia impedimento que lo estor-

Digitized by Google

torvasse, y Zayda iba segura, que D. Manuel havia de ser su marido, no se negaba à ningun favor que pudiesse hacerle; ya contemplaban mis tristes ojos à D. Manuel asido de las manos de Zayda; y miraba à Zayda colgada de su cuello, y aun bolverse los alientos en vasos de coral; porque como el traydor mudable la amaba, èl se buscaba las ocasiones; y si no llegò à mas, era por el cuydado con que yo andaba, siendo estorvo de sus mayores placeres. Bien conocia yo, que no gustaban de que yo fuesse tan cuydadosa, mas disimulaban su enfado: y si tal vez le decia al medio Moro alguna palabra, me daba en los ojos, con que podia hacer, que bastaban los riesgos que por mis temeridades, y locuras havia passado; que no era razon, por ellas mismas nos viessemos en otros mayores; que tuviesse sufrimiento hasta llegar à Zaragoza; que todo tendria remedio. Llegamos en fin con prospero viage à Cartagena: tomada tierra, y dada libertad à los Christianos, con que pudiessen ir à su tierra. Puesta la ropa à punto, tomamos el camino para Zaragoza; si bien Zayda descontenta, que quisiera en la primera tierra de Christianos bautizarse, y casarse, tan enamorada estaba de su nuevo esposo, y aun si no lo hizo fuè por mi, que no porque no deseaba lo mismo. Llegamos à Zaragoza, (siendo passados seis años que partimos de ella) y à su casa de Don Manuel hallò à su madre muerta, y à Doña Eufrasia viuda, que haviendose casado con el primo que esperaba de las Indias, dexandola recien parida de un hijo, havia muerto en la guerra de un caravinazo. Fuimos bien recibidos de Doña Eufrasia, con la admiracion, y gusto que se puede imaginar. Tres dias descansamos, contando los unos à los otros sucessos passados: maravillada Doña Eufrasia de ver S., y clavo en mi rostro, que por Zayda no le havia quitado, à quien consolè con decirle eran fingidos, que era fuerza tenerlos hasta cierta ocasion. Era tanta la priessa que Zayda daba que la bautizassen, que se queria casar, que me obligò una tarde, algo antes de anochecer, llamar à D. Manuel, y en presencia de Zayda, y su hermana, y demàs familia, sin que faltasse Luis, que aquellos dias andaba mas cuydadoso, le dixe estas razones: Ya señor Don Manuel, que ha querido el Cielo, obligado de mis continuos lamentos, que nuestros trabajos hayan tenido fin con tan prospero sucesso, como haveros trahido, libre de todos à vuestra casa; y Dios ha permitido, que yo os acompañasse en lo uno, y lo otro; quizà para que

Digitized by Google

viendo por vuestros ojos, con quanta perseverancia, y paciencia os he seguido en ellos, pagueis deudas tan grandes: cessen ya engaños, y cautelas, y sepa Zayda, y el mundo entero, que lo que me debeis no se paga con menos cantidad que con vuestra persona; y que de estos hierros que estan en mi rostro, como por vos solo se los podeis quitar, y que llegue el dia en que las desdichas, y afrentas que he padecido tengan premio: fuerza es, que ya mi ventura no se dilate, para que los que han sabido mis afrentas, y desaciertos, sepan mis logros, y dichas: muchas veces haveis prometido ser mio, pues no es razon que quando otras os tienen por suyo, os tema yo ageno, y os llore estraño: mi calidad ya sabeis que es mucha; mi hacienda no es corta; mi hermosura la misma que vos buscastes, y elegistes, mi amor no lo ignorais, mis finezas passan à temeridades; por ninguna parte perdeis, antes ganais, que si hasta aqui con hierros fingidos he sido vuestra esclava, desde oy sin ellos, serè verdadera: Decid, os suplico, lo que quereis que se disponga, para que lo que os pido tenga el dichoso lauro que deseo, y no me tengais mas temerosa, pues ya de justicia merezco el premio, que de tantas desdichas como he passado os estoy pidiendo. No me dexò decir mas el traydor, que sonriendose, à modo de burla, dixo: Y quien os ha dicho señora Doña Isabel, que todo esso que decis no lo tengo muy conocido, y tanto, que con lo mismo que haveis pensado obligarme, me teneis tan desobligado, que si alguna voluntad os tenia, ya ni aun pensamiento de haverla havido en mi tengo: vuestra calidad, no la niego, vuestras finezas no las desconozco, mas si no hay voluntad, no sirve todo esto nada, conocido pudierades tener en mi desde el dia que me partì de esta Ciudad, que pues os bolvì las espaldas, no os queria para esposa: y si entonces aun se me hiciera dificultoso, quanto mas serà aora, que solo por seguirme, como pudiera una muger baxa, os haveis puesto en tan civiles empeños. Esta resolucion con que aora os hablo, dias ha, que la pudierades tener conocida: y en quanto à la palabra que decis os he dado; como estas damos los hombres por alcanzar lo que deseamos; y pudieran ya las mugeres tener conocida esta treta, y no dexarse engañar, pues las avisan tantas escarmentadas; y en fin por essa parte me hallo menos obligado que por las demàs; pues si la dì alguna vez, fuè sin voluntad de cumplirla, y solo por moderar vuestra ira: yo nunca

Digitized by Google

ca os he engañado, que bien podeis haver conocido, que el dilatarlo, nunca ha sido falta de lugar, sino que no tengo, ni he tenido tal pensamiento, que vos sola sois la que os haveis querido engañar, por andaros tras mi, sin dexarme: y para que ya salgais de essa duda, y no me andeis persiguiendo, sino que viendome imposible, os aquieteis, y perdais la esperanza que en mi teneis; y bolviendoos con vuestra madre, allà entre vuestros naturales, busqueis marido que sea menos escrupuloso que yo; porque es imposible que yo me fiasse de muger que sabe hacer, y buscar tantos disfraces. Zayda es hermosa, y riquezas no le faltan; amor tiene como vos, y yo se le tengo desde el punto que la vì; y assi para en siendo Christiana, que serà en previniendose lo necessario para serlo, le doy la mano de esposo, y con esto acabarèmos; vos de atormentarme, y yo de padecerlo. De la misma suerte que la vivora pisada, me pusieron las infames palabras, y ateves obras del ingrato D. Manuel, y queriendo responder à ellas Luis, que desde el punto que èl havia empezado su platica se havia mejorado de lugar, y se puso al mismo lado de Don Manuel, sacando la espada, y diciendo: O falso, y mal Cavallero, de essa suerte pagas las obligaciones, y finezas que debes à un Angel; y viendo que à estas voces se levantaba Don Manuel, metiendo mano à la suya, le tirò una estocada, tal, que, ò fuesse cogerle desapercibido, ò que el Cielo por su mano le embiò su merecido castigo, y à mi la deseada venganza, que le passò de parte à parte, con tal presteza, que al primer ay, se le salìo el alma, dexandome à mi casi sin ella; y en dos saltos se puso à la puerta, diciendo: Ya hermosa Doña Isabel te vengò Don Felipe de los agravios que te hizo D. Manuel; quedate con Dios, que si escapo de este riesgo con la vida, yo te buscarè: y en un instante se puso en la calle. El alboroto en un fracaso como este fuè tal que es imposible contarle, porque las criadas, unas acudieron à las ventanas, dando voces, y llamando gente, y otras à Doña Eufrasia, que se havia desmayado, de suerte, que ninguna reparò en Zayda, que como siempre havia tenido cautivas Christianas, no sabìa, ni hablaba muy mal nuestra lengua: y no haviendo entendido todo el caso, y viendo à D. Manuel muerto, se arrojò sobre èl llorando, y con el dolor de haverle perdido, le quitò la daga que tenia en la cinta, y antes que nadie pudiesse, con la turbacion que todas tenian, prevenir su riesgo, se la escondiò en el corazon, ca-

Digitized by Google

yendo muerta sobre el infeliz mozo. Yo, que como mas cursada en desdichas, era la que tenia mas valor: por una parte lastimada del sucesso, y por otra satisfecha con la venganza: viendolos à todos rebueltos, y que ya empezaba à venir gente, me entrè en mi aposento, y tomando todas las joyas de Zayda, que de mas valor, y menos embarazo eran, que estaban en mi poder me salì à la calle: lo uno porque la justicia no asiesse de mi, para que dixesse quien era Don Felipe; y lo otro, por ver si le hallaba, para que entrambos nos pusiessemos en salvo, mas no le hallè. En fin, aunque havia dias que no pisaba las calles de Zaragoza, acertè la casa de Octavio, que me recibiò con mas admiracion que quando la primera vez fuì à ella, y contandole mis sucessos, reposè alli aquella noche, (si pudo tener reposo muger por quien havian passado, y passan tantas desventuras) y assi asseguro, que no sè si estaba triste, si alegre, porque por una parte el lastimoso fin de Don Manuel, como aun hasta entonces no havia tenido tiempo de aborrecerle, me lastimaba el corazon; por otra sus traiciones, y malos tratos, junto, considerandole ya no mio, sino de Zayda. Encendida en mi tal ira, que temia su muerte, y mi venganza por consuelo: luego considerar el peligro de D. Felipe, à quien tan obligada estaba, por haver hecho lo que à mi me era fuerza hacer para bolver por mi opinion perdìda. Todo esto me tenia con mortales ahogos, y desasossiegos. Otro dia saliò Octavio à ver por la Ciudad lo que passaba, y supo como havian enterrado à Don Manuel, y à Zayda: al uno, como à Christiano; y à èlla como à Mora desesperada; y como à mi, y à Don Felipe, nos llamaba la Justicia à pregones, poniendo grandes penas à quien nos encubriesse, y ocultasse; assi me fuè fuerza estarme escondida quince dias, hasta que se sossegasse el alboroto de un caso tan prodigioso: al cabo persuadì à Octavio fuesse conmigo à Valencia, que allà mas seguros le diria mi determinacion. No le iba à Octavio tan mal con mis sucessos, pues siempre grangeaba de ellos con que sustentarse, y assi lo concediò: y puesto por obra, tres, ò quatro dias estuve despues de llegar à Valencia, sin determinar lo que dispondria de mi: unas veces me determinaba à entrarme en un Convento, hasta saber nuevas de Don Felipe à quien no podia negar la obligacion que le tenia; y à costa de mis joyas sacarle libre del peligro que tenia por el delito cometido, y pagarle con mi persona, y bienes, haciendole mi es-

Digitized by Google

esposo: mas de esto me apartaba el temor, que quien una vez havia sido desdichada, no seria jamàs dichosa. Otras veces me resolvia en irme à Murcia con mi madre; y de esto me quitaba con imaginar como pareceria ante èlla, haviendo sido causa de la muerte de mi padre, y todas sus penas, y trabajos. Finalmente me resolvì à la determinacion con que empecè mis fortunas, que era ser siempre esclava herrada, pues lo era en el alma; y assi metiendo las joyas de modo que las pudiesse siempre traher conmigo, y este vestido en un lio, que no pudiesse parecer mas de ser algun pobre arreo de una esclava, dando à Octavio con que satisfice el trabajo que por mi tomaba, le hice me sacasse à la plaza, y à publica voz de pregonero me vendiesse, sin reparar en que el precio que le diessen por mi, fuesse baxo, ni subido. Con grandes veras procurò Octavio apartarme de esta determinacion, metiendome por delante quien era, lo mal que me estaba: y que si hasta entonces por reducir, y seguir à D. Manuel lo havia hecho, ya para que era seguir una vida tan vil; mas viendo que no podia reducirme, quizà por permission del Cielo, que me queria traher à esta ocasion, me sacò à la plaza, y de los primeros que llegaron à comprarme fuè el tio de mi señora Lisis, que aficionado, ò por mejor decir enamorado, como pareciò despues, me comprò, pagando por mi cien ducados, y haciendo à Octavio merced de ellos: me despedì de èl, y èl se apartò de mi llorando, viendo quan sin remedio era ya el verme en descanso, pues yo misma me buscaba los trabajos. Llevòme mi señor à su casa, y entregòme à mi señora Doña Leonor, la qual poco contenta, por conocer à su marido travieso de mugeres, quizà temiendo de mi lo que le debia de haver sucedido con otras criadas, no me admitiò con gusto, mas despues de algunos dias que me tratò satisfecha de mi proceder honesto, admirando en mi la gravedad, y estimacion que mostraba, me cobrò amor, y mas quando viendome perseguida de su marido se lo avisé, pidiendole pusiesse remedio en ello, y el que mas à proposito hallò, fuè, quitarme de sus ojos: con esto ordenò embiarme à Madrid, y à poder de mi señora Lisis, que dandome nuevas de su afable condicion, vine con grandissimo gusto en mejorar de dueño; que en esto bien le merezco ser creìda; pues por el grande amor que la tengo, y haverme importunado algunas veces, le dixesse, de que nacian las lagrimas que en varias ocasiones me via verter, y yo haverle prometido contarlo à su tiempo, como lo he hecho en esta

Digitized by Google

ta ocaſion: pues para contar un deſengaño, que mayor que el que haveis oido en mi larga, y laſtimoſa hiſtoria.

Ya ſeñores proſiguiò la hermoſa Doña Iſabel, pues he deſengañado con mi engaño à muchas, no ſerà razon que me dure toda la vida vivir engañada, fiandome en que tengo de vivir haſta que la fortuna buelva ſu rueda en mi favor; pues ya no ha de reſucitar Don Manuel, ni quando eſto fuera poſſible me fiàra de èl, ni de ningun hombre, pues à todos los contemplo en eſte, engañoſos, y taymados para con las mugeres: y lo que mas me admira es, que ni el noble, ni el honrado, ni el de obligaciones, ni el que mas ſe precia de cuerdo, hace mas con èllas, que los civiles, y de humilde eſfera; porque han tomado por oficio decir mal de èllas, deſeſtimarlas, y engañarlas, pareciendoles que en eſto no pierden nada, y ſi lo miran bien pierden mucho; porque mientras mas flaco, y debil es el ſujeto de las mugeres, mas apoyo, y amparo havian de tener en el valor de los hombres. Mas à eſto baſta lo dicho, que yo como ya no los he meneſter, porque no quiero haverlos meneſter, ni me importa que ſean fingidos, ò verdaderos; porque tengo elegido amante que no me olvidarà, y eſpoſo que no me deſpreciarà, pues le contemplo ya los brazos abiertos para recibirme. Y aſſi divina Liſis (eſto dixo poniendoſe de rodillas) te ſuplico, como Eſclava tuya, me concedas licencia para entregarme à mi divino Eſpoſo, entrandome en Religion, en compañia de mi ſeñora Doña Eſtefania, para que en eſtando alli aviſe à mi triſte madre, que en compañia de tal Eſpoſo, ya ſe holgarà hallarme, y yo no tendrè verguenza de parecer en ſu preſencia: y ya que le he dado triſte mocedad, darèle deſcanſada vejez: en mis joyas me parece tendrè para cumplir el dote, y los demàs gaſtos. Eſto no es razon me lo negueis, pues por ingrato, y deſconocido amante he paſſado tantas deſdichas, y ſiempre con los hierros, y nombre de Eſclava; quanto mejor es ſerlo de Dios, y à èl ofrecerme con el miſmo nombre, de la Eſclava de ſu Amante.

Aqui diò fin la hermoſa Doña Iſabel con un tierniſſimo llanto, dexando à todos tiernos, y laſtimados, en particular Liſis, que como acabò, y la viò de rodillas ante ſi, la echò los brazos al cuello, juntando ſu hermoſa boca con la mexilla de Doña Iſabel, le dixo, con mil hermoſas lagrimas, y tiernos ſollozos. Ay ſeñora mia, y como haveis permitido tenerme tanto tiempo engañada, teniendo por mi eſclava, à la que debia ſer, y es ſeñora mia: eſta quexa jamàs la perderè; y os

pido

Digitized by Google

pido perdoneis los yerros que he cometido en mandaros como à esclava, contra vuestro valor, y calidad. La eleccion que haveis hecho, en fin, es hija de vuestro entendimiento, y assi yo la tengo por muy justa; y escusado es pedirme licencia, pues vos la teneis para mandarme como à vuestra; y si las joyas que decis teneis no bastàren, os podeis servir de las mias, y de quanto yo valgo, y tengo. Besaba Doña Isabel las manos à Lisis, mientras le decia esto; y dando lugar à las Damas, y Cavalleros que la llegaban à abrazar, y ofrecerse, se levantò, y despues de haver recibido à todos, y satisfecho à sus ofrecimientos con increible donayre, y despejo, pidiò una harpa, y sentandose junto à los Musicos, y sossegados todos, cantò este Romance.

Dar zelos quita el honor,
la presumpcion pedir zelos,
no tenerlos no es amor,
y discrecion es tenerlos.

Quien por picar à su amante
pierde à su honor el respeto,
y finge, ò que no hace,
ò se determina à hacerlo.

Ocasionando el castigo
se pone à qualquiera riesgo,
que tambien supone culpa
la obra como el deseo.

Quien pide zelos no estima
las partes que le diò el Cielo,
y ensalzando las agenas
abate el merecimiento.

Està à peligro que elija
su mismo dueño, por dueño,
lo que por reñir su agravio
sube à la esfera del fuego.

Quien tiene amor, y no zela,
todos dicen, y lo entiendo,
que no estima lo que ama,
y finge sus devaneos.

Zelos, y amor no son dos;
uno es causa, el otro efecto;
porque efecto, y causa son
dos, pero solo un sugeto.

Naten zelos del amor,
y el mismo amor son los zelos,
y si es como dicen Dios,
uno en dos causas contemplo.

Quien vive tan lastimado
que no teme, serà necio,
pues quien mas estada alcanza,
mas cerca està de perderlo.

Seguro saliò Faeton
rigiendo el carro Febeo,
confiado en su volar
por las regiones del Cielo.

Icaro en alas de cera,
por las esferas subiendo:
y en su misma confianza
Icaro, y Faeton murieron.

Zelos, y desconfianza,
que son una cosa, es cierto:
porque el zelar es temer,
el desconfiar lo mesmo.

Luego quien zelos tuviere
es fuerza que sea discreto:
porque qualquier confiado
està cerca de ser necio.

Con aqueste he desatado
la duda que se ha propuesto;
y responderè à qualquiera
que desearè saberlo.

De

Digitized by Google

De que en razon de zelos,
es tan malo darlos
como tenerlos.
Pedirlos libertad,
darlos desprecios;
malo es tenellos;
pero aqueste quiero,
porque mal puede amor
serlo sin ellos.

DESENGAÑO II.

LA MAS INFAME VENGANZA.

NOCHE SEGUNDA.

ACabada la musica, ocupò la hermosa Lisarda el assiento situado para las que havian de desengañar, temerosa de aver de mostrarse apassionada contra los hombres, estando su amado Don Juan presente; mas pidiendole licencia con los hermosos ojos, como si dixera, mas por cumplir con la obligacion, que por ofenderte, hago esto, empezò assi:

Mandastenie, hermosa Lisis, que fuesse la segunda en dar desengaños à las Damas, de que deben escarmentar en sucessos agenos, para no dexarse engañar de los hombres; y cierto, que mas por la ley de la obediencia, me obligo à admitirlo, que por sentir que tengo de acertar. Lo primero, porque aun no he llegado à tiempo de desengañarme à mi, pues aun apenas sè si estoy engañada, y mal puede quien no sabe un arte, sea el que fuere, hablar de èl; y tengo por civilidad decir mal de quien no me ha hecho mal; y con esto mismo pudiera disculpar à los hombres, que lo cierto es, que los que se quexan estan agraviados, que no son tan menguados de juicio, que dixeran tanto mal como de las mugeres dicen: y para que, ni ellos se quexen, y yo cumpla con lo que me es mandado, sucintamente referirè un caso que sucediò à una principal Dama, con lo que me parece desengañarè à las que huvieren menester desengañarse; y sobre todo pienso que no conseguirè fruto ninguno: por donde la hermosa Doña Isabel ha salido tan bien de su empeño, escarmentando à todas con su mismo sucesso, no dexa de ser atrevimiento querer ninguna lucir, como ha lucido, y menos mi entendimiento que carece de todo acierto: Y suplicando à todo este auditorio hermoso, y noble, perdoneis las faltas de èl, digo assi:

No ha muchos años, que en la nobilissima, y populosa Ciudad de

Digitized by Google

de Milàn, havia un Cavallero dotado de todas las partes, gracias, y prerogativas, de que puede colmar naturaleza, y fortuna, si bien en mocedades, y juegos disminuyò lo mas de su hacienda. Era Espanol, y que con un honrado cargo en la guerra havia passado à aquel Pais, casò alli con una Dama igual à su calidad, aunque no rica, con que vino à ser su hacienda bastante, no mas de à passar una modesta, y descansada vida, ni sobrandole, ni faltandole para criar dos hijos que tuvo de su matrimonio. Con algun regalo naciò primero Octavia, llamandose assi por su madre: y el segundo Don Juan, de quien no dirè el apellido, que quando los hombres con sus flaquezas desdoran su linage, es mejor encubrirle, que manifestarle. Era Octavia, aunque mayor que su hermano seis años, de las hermosas mugeres de aquel Reyno; assi no lo fuera en las gracias, donayre, y entendimiento; quien sin verlà la oìa, la admiraba fea, quando la celebraba hermosa. Llegando, pues, à la edad, quando mas campea la belleza, se enamorò de ella, viendola en un festin, un hijo de un Senador, mozo galan, entendido, y rico: partes para que no tuviera Octavia mucha culpa en corresponderle, mas era cuerda, y notò, que ya no es dote la hermosura, y que Carlos, que este era el nombre, era rico, y se havia de casar con quien no fuesse; con cuyos temores se defendiò algun tiempo, assi lo hiciera siempre, que assi no fuera causa de las desdichas que despues sucedieron: pues como he dicho, viò Carlos à Octavia en un festin, regocijo usado en aquella tierra; y viendola, se perdiò, ò lo diò à entender; que para mi lo peor que siento de los hombres es, que publican mas que sienten. No mirò Octavia mal à Carlos, mas viendole imposible (aunque no para lo que merecia su hermosura) detuvo el afecto del mirar, para no llegar à sentir; porque como no estaba de parecer de hacer lo que las comunes, no tuvo por acertado empeñarse en amar, menos que à quien pudiesse ser esposo: y que ya que su desdicha la encaminasse à rendirse, fuesse obligando à serlo. O què de engaños han padecido por esta parte las mugeres, y que de desengañadas tienen los hombres, quando ya no tienen remedio! Muy cautivo se hallò Carlos de la belleza de Octavia, mas no con el pensamiento que ella tenia, que era el matrimonio, porque en tal caso no pensaba Carlos salir de la voluntad de su padre, que entendia no havia hasta entonces nacido muger que igualasse à su hijo: mas pareciòle como Octavia no estaba muy sobrada, mas de una honrada mediania, que alcanzaban

sus

Digitized by Google

sus padres, que con joyas, y dineros conquistaria este imposible de hermosura; y à no bastar, valerse de la fuerza, ò de algun empeño; que esto es echar, como dicen por el atajo; y assi empezò primero la conquista de esta suerte, despues de haver mirado con las balas de los suspiros, y con el assistencia en su calle, de noche, y de dia; mas à esto Octavia, si no descuydada, à lo menos advertida, de que con no verlo, ni oirlo se havia de defender, se negaba à todo huyendo de la vista de Carlos, aumentando en èl con estos desvios, ò el amor, ò el deseo, que tal vez los hombres suelen bolver en tema la voluntad.

No gozaba Carlos sin competidores de su amor mal correspondido; que como Octavia era hermosa, havia muchos deseosos de merecer sus divinas prendas, y con mas honestos pensamientos que Carlos, mas Octavia los hacia à todos iguales; y si de alguno se dexaba llevar su altivo desdèn, era de un deudo de su madre, que mediante el parentesco la trataba con mucho mas cariño, por visitarla algunas veces, y èl andaba buscando ocasion para pedirla à su padre por esposa: no ignoraba esto Carlos, que era rico, y criados sobornados, son descubridores de lo mas oculto que sus amos hacen, y como era imposible el decirle, ni su amor, ni sus zelos, por no darle lugar la Dama, una noche de las calurosas de Julio, sentado debaxo de los balcones, como otras veces le sucedia, al sòn de este templado instrumento de sus lastimosos suspiros, cantò este Soneto.

Apenas en amor dì el primer passo,
Quando en rabiosos zelos dì de ojos:
Ay, que crueles penas, ay que enojos:
Favor, amor, que en su rigor me abraso.
Como de gloria estàs conmigo escaso,
Que se lleva otro dueño mis despojos?
O que prados de espinas, y de abrojos
Mirando ageno el bien, llorando passo:
Mal haya quien amando, en nada fia,
Fidelidad ingrata, triste lloro,
A yugo desleal mi cuello obligo.
Ya muriò mi esperanza; era al fin mia,
Falsa me paga quando firme adoro,
Tropiezo en zelos si à Cupido sigo.
O amor dulce enemigo,
O cruel tiranìa,
Reynar, y amar no quieren compañia!

Ya

Digitized by Google

Ya parece que Octavia escuchaba à Carlos, tan bien como le havia mirado; pues estuvo en el balcon, mientras Carlos cantò el referido Soneto. Havia de ser desgraciada, y empezaba ya su desdicha à ponerla en las ocasiones de perderse; y assi diò lugar, con estarse queda en el balcon, à que Carlos, como que hablaba con sus mismos pensamientos, le afeasse lo mal que decia tanta hermosura con tanta crueldad; que aunque no tuvo respuesta, se contentò el amante con el favor de haverle escuchado, con que tuvo atrevimiento de escrivirle este papel:

No sè, que gloria consigues, divina Octavia en ser cruel, ò en que te ofende mi amoroso rendimiento, que te escuses, ya que no de premiarle de oìrle, que aun no me conceden tus hermosos ojos licencia de nombrarme suyo; pues assegurate, que, ò has de dexar de ser hermosa, ò que no he de apartarme de amarte, y pues es cada imposible de estos, imposible vencerle, permiteme que pues soy, y he de ser tuyo, mientras tuviere vida, el favor de oìrme, que con esto lo sustentarè para ser tuyo.

Què peligrosa bala, para el fuerte de la honestidad, es la porfia; todas quantas defensas se pueden poner rinde, como sucediò en Octavia; pues haviendo venido à sus manos este papel, por medio de una criada, à quien Carlos supo grangear con oro, lo que primero havia sido agrado, se convirtiò en amar. Enamoròse Octavia, dexòse vencer de suerte, que tuvo Carlos respuesta de este, y otros que le escriviò, y no solo este favor, mas el de hablarle de noche por una rexa, despues de acostados sus padres, que Don Juan su hermano no assistia en Milàn, acudiendo fuera de ella à sus estudios: era muchacho, y no muy bien inclinado; ocasion para que su padre le privasse de sus regalos. Deseaba que fuesse de la Iglesia, aunque èl no tenia esse parecer, y con esto tenia mas lugar Octavia para seguir su empresa amorosa, con intencion de ver si podia grangear à Carlos para esposo. Algunos meses entretuvo Octavia su amante con solo este favor de hablarse, sin consentirle tomarle una mano por la permission que daba la rexa, temerosa, aunque le queria bien, de algun engaño, conociendo que era imposible, si el amor no le obligaba, por ser Carlos tan rico; y èl mas enamorado con las resistencias de Octavia, deseoso de mayores favores; mas la Dama al passo que le veìa mas desearlos, se los negaba, tanto, que ya tocaba en crueldad, de lo que el Galan se quexaba, culpando su poco amor, y para mostrarselo mejor, cantò una noche à los ecos de un laud, que le trahia un criado, esta Cancion.

Ay

Digitized by Google

Ay como imito à Tantalo en la pena,
pues el agua à la boca, de ſed muero:
tengo conmigo al bien que adoro, y quiero,
y parece que el bien de mi ſe agena.
De las penas de amor el alma llena
el premio de mi amor gozar eſpero,
y quando ya le toco deſeſperado,
porque un rigor mi atrevimiento enfrena.
Què delito me uſurpan tus favores,
hermoſa ingrata, que en mi alma vives;
por ventura robete la ambroſia?
Aplaca de mi alma los ardores,
que no es razon que del criſtal me prives,
quando muere de ſed el alma mia.
Veſme ſin alegria,
y tu, cruel conmigo,
morir me dexas, y con ſer teſtigo
de las penas que paſſo,
no me ſocorres, quando mas me abraſo.
Quando morir me dexas,
y mirarme no ſientes, con fieros accidentes,
ſin remediar mis quexas:
y ſi lloran mis ojos
recibes de mis lagrimas enojos:
ò remedia la llama que me abraſo,
ò dexame llorar el mal que paſſo:
y el llanto venza el mio,
tu crueldad, tu tibieza, tu deſvio;
pues es rigor quitarme,
quando llorando eſtoy, deſahogarme.
Ay! con quantos rigores el alma ſin ti lucha,
y ſi tu voz eſcucha,
ò como ſon mayores!
cobarde no me atrevo
à bacerla de mi boca dulce cebo:
que fuera gran contento
en vaſo de rubì beber ſu acento:
ay Dios! quien me lo quita,
digo, que un miedo que en mi alma habita,
de temer que te ofendo,

quan-

Digitized by Google

quando gozar este favor pretendo.
Bien sabes que te quiero,
y que con alma ingrata,
no miras que me mata
tu recato severo;
pues si vivo en tus ojos,
y me quitan la vida sus enojos:
haces fuerte en la vida,
ò mas ingrata, mientras mas querida:
y para que concluya,
yo viva, y muera en la desgracia tuya,
si no has de ser mi dueño,
y de ser tuyo mi palabra empeño.
Pues dueño de mi vida,
goce yo tus favores,
quitame estos temores,
no seas mi homicida:
mas ay amor! que muero
ya de obligarte, ingrata, desespero:
ya mi bien no me quiere,
ya mi memoria en su memoria muere:
y pues de mi se olvida,
venga la muerte, acabese la vida,
y vivan en mis ojos
enteramente lagrimas, y enojos.
Cancion triste, si obligas
à mi dueño querido,
immortal vivirás de eterno olvido,
y sino, morirèmos
en la desdicha que los dos tenemos.

Menos que esto havia ya menester Octavia, porque ya amaba à Carlos mas que fuera razon, que en esto se vè quan flacas son las mugeres, que no saben perseverar en el buen intento; y aun por esta parte disculpo à los hombres en la poca estimacion que hacen de ellas: mas disculpemos los yerros de amor con el mismo amor: y assi abriendo la ventana le llamò, diciendo: No sè Carlos, como me tienes por tan cruel, è ingrata, como has mostrado, y das à entender en tus versos, pues has merecido llegar al favor que oy gozas, à pesar de mi recato, y nobleza, fin haverme assegurado de un dichoso fin en tu pretension; y yo por

Digitized by Google

quererte bien, aun no he reparado en esso, ni mirado lo mal que le està à mi opinion, y à la de mis padres, y hermana, galanteos, menos de quien ha de ser mi esposo, sino que aora, mal hallado con la merced que te hago, te quexas de ingratitudes, y crueldades, quando debieras mirar, que fuera tenerlas conmigo misma si hiciera lo que pides, sin resguardo de mi honor; tu si que el cruel conmigo, pues pudiendome hacer dichosa, me haces desdichada: qué claro es, que perderè esposo por tu causa, y no te ganarè à ti, como si desmereciera yo esta dicha: Pobre soy para igualarme à tu riqueza, en esto confiesso que me excedes, pero en lo demàs te igualo; y quando no lo hiciera amor, iguala baxezas con grandezas fiadoras, esta poca, ò mucha belleza que tengo, que en esto serà lo que tu quisieres, porque estàs cobarde en hacerme tuya. Y quando haciendolo me conozcas ingrata, entonces te podràs levantar por desvalido, y sino contentate con lo que alcanzas, y no te quexes; y para que en ningun tiempo lo puedas hacer justamente de mi, te digo, que menos que siendo mi esposo, no pidas mas, ni alcanzaràs mas; y aun esto lo he hecho, pareciendome à mi, que un hombre de tu entendimiento, y capacidad, el dia que se puso, y determinò à amar una muger de mi calidad, y prendas, no havia de ser con otro intento, y fin. Con esto callò, y Carlos como no lo havia de cumplir, no se le hizo dificultoso prometerlo, y assi le respondiò: Hermoso dueño mio, no quiera el Cielo, que por cosa que à mi me està bien, me quite à mi proprio la dicha de ser vuestro, y de gozar los favores que tanto deseo; y para conseguirlo, y teneros à vos segura, y que vos lo esteis de mi, con una condicion que es, que por aora estè secreto, por la avara, y civil condicion de mi padre, que piensa darme muger, aun mas rica que èl, sin mirar que la mas grande riqueza es vuestra hermosura. Yo os darè, no una vez, sino mil, la fee, y palabra de ser vuestro esposo. Que liberal promete Carlos, y que ignorante cree Octavia: liviandad me parece, mas vaya, que ella se hallarà burlada, que promesas de rico à pobre, pocas veces se cumplen, y mas en casos amorosos. Queria Carlos alcanzar, y prometia, y queria Octavia marido de las prendas de Carlos, y assi pareciendole que con el dote de la hermosura le bastaba, aceptò, dandole à Carlos las gracias, y Carlos despues de haver venido la criada, tercera en estas locuras, delante de ella le diò fee, y palabra de ser su marido. Ah Octavia, y que engaño se te previene:

en

Digitized by Google

en la hermosura te fias, sin mirar que es una flor, que en manoseandola un hombre se marchita, y en marchitandose, la arroja, y la pisa! Este es el mismo desengaño hermosas Damas, no creais que ningun hombre, lo que hace enamorado, lo harà despues arrepentido; y si alguno lo ha hecho es un milagro, aun despues lo hace padecer. Riòse Octavia: ò muger facil! Abriò à Carlos la puerta: ò loca! Entregò la joya mas rica que una muger tiene, ò hermosura desdichada! No quiero decir mas en esto, que el mismo sucesso desengañarà. Gozaron sus amores muchos dias, entrando Carlos con secreto en casa de Octavia. No se arrepintiò Carlos tan presto, que antes se hallaba muy gustoso con su amada prenda, y èlla teniendose por estremo dichosa. Ocasionaronse en este tiempo las largas, y peligrosas guerras de aquellos Reynos; que no solo lloran ellos, sino nosotros, pues de esto se originò entrarsenos en España, y costarnos à todos tanto como cuesta; y en una de las batallas que se dieron, muriò el padre de Octavia, por seguir ya anciano el exercicio de su mocedad, que eran las armas, y su madre à pocos meses muriò, tambien de pena de haver perdido su amado esposo. Dichosos en perder la vida, antes que se la acabàra ver la perdiciòn de su hija: Don Juan como supo la muerte de sus padres, y que ya no tenia freno à sus travessuras, vino luego à Milàn, mas cursado en juegos, y mugeres, que en los estudios, que como no los seguia de voluntad, mas de por la fuerza que le hacia su padre, no havia aprovechado nada en ellos, mas de un acabar parte de la hacienda que havia, y arrimando los habitos, y libros, empezò à gastar la que havia quedado, sin mirar que tenia una hermana moza, hermosa, y por tomar estado; y para que ella no gastasse nada, la tenia tan encerrada, y necessitada de todo, que aunque èl no la tuviera assi, èlla misma se quitàra de los ojos de todos por no parecer en menos porte, que el que trahia en vida de sus padres; porque aunque tenia algunas joyas de valor que Carlos le havia dado, no osaba que Don Juan se las viesse, porque tan presto llegàran à sus ojos, como las tuviera puestas con dueño. Con estos sucessos cessò el poder entrar Carlos en su casa como solia, no porque Don Juan supiesse nada, sino por temor de que no lo entendiesse, viendo que Carlos no queria, por temor de su padre, que se publicasse; de manera, que apenas se veìan sino era passando por la calle, y esso con mil temores, por conocer la arrebatada condicion de Don Juan, que con èl no havia hora segura, de que los dos amantes estaban tan impacientes,

Digitized by Google

tes, que ni Carlos vivia, ni sossegaba, ni Octavia enjugaba sus ojos: el mayor alivio que tenian era escrivirse por medio de aquella criada dicha; la qual un dia traxo un papel à su señora, que Carlos le diò, con estas decimas, haviendo tomado assunto para ellas, haver visto à Octavia en el balcon muy triste, y llorosa, como la que mas sentia el estar apartada de su esposo, que tal creìa, que era Carlos.

Triste estais, dueño querido,
y puedo decir, que al Sol
le ha faltado el esplendor,
de que siempre està vestido:
el gusto teneis perdido,
y yo no os le puedo dar;
mas si para remediar
el alegria perdìda
haveis menester mi vida,
con gusto os la quiero dàr.

Leandro serè en perdella
con voluntad animosa,
porque en mi poder no hay cosa
que no seais dueño de ella;
y si por secreta estrella
para ser vuestro nacì,
y falta el poder en mi
para alegrar vuestros ojos;
dadme à mi aquessos enojos,
hareisme dichoso assi.

Ay quien poderoso fuera
de poderos alegrar,
porque como os supe amar
daros contento supiera:
el Sol en su sacra esfera
aun no estuviera seguro;
y por vuestros ojos juro,
que son en mi sus enojos
prados de espinas, y abrojos
donde el sufrimiento apuro.

Mas señora, si mi suerte,
de mis glorias enemiga,
es la misma que os obliga
à que sufrais essa muerte:
decidle, que porque acierte
su golpe execute en mi;
y vos, mi dueño vivì,
y sino pedidle vos,
que le execute en los dos,
y serà acertado assi.

Mas en tanto que esto llega
alegraos, que vive Dios,
que à mi me matais, si vos
os matais de rabia ciega:
en mis lagrimas se anega
este papel amoroso,
en vuestras manos dichoso
quando las llegue à besar,
pues sin saber que es amar,
mas es que yo venturoso.

Muchos dias, como he dicho, se passaron, sin que estos dos amantes pudiessen dar alivio à sus penas, porque D. Juan, ò de zeloso, ò mal intencionado, el dia que iba à Missa no se quitaba de su lado, que otras visitas no se las dexaba hacer; con que Carlos estaba desesperado, y Octavia perdìda el juìcio, hasta que sucediò, que en una casa de juego, sobre juzgar una suerte, matò un Cavallero principal de la Ciudad, y queriendole prender por ella se escapò, y retirò à un Convento, vien-

Digitized by Google

viendo que si le prendian no le iria muy bien, respeto de traherle ya la Justicia, por sus travessuras, sobre ojo; y desde alli avisò, por un papel à su hermana, que deshaciendose de algunas cosas de casa, le juntasse el dinero que pudiesse para ponerse à mejor recado, porque le havian avisado trataban de sacarle de la Iglesia; que en llegando à Napoles, donde queria irse, le avisaria, ò embiaria por ello, y dandole media docena de documentos de lo que havia de hacer en su ausencia, que los pudiera tambien tomar para sì. Todo se hizo como èl pidiò, cumpliendolo todo Carlos, porque Octavia no se deshiciesse de sus joyas, y con todo secreto fuè à ver à su hermana, y despedido de èlla se passò al Reyno de Napoles quedando Carlos con ausencia de D. Juan, por dueño de la casa de Octavia, entrando, y saliendo en ella sin ningun recato, restaurando los gustos perdidos, con tanto exceso, que ya le vinieron à cansar, quando ya toda la Ciudad lo murmuraba; retirandose las señoras de ella de comunicar, ni ver à Octavia, por estar su fama tan escurecida. Mas de dos años passaron de esta suerte, que aunque Carlos se hallaba ya achacoso de la voluntad, no se atrevia à declararse de todo punto con Octavia, si èlla ya vivia menos segura, de que Carlos le cumpliesse la palabra, conociendo en su tibieza su desdicha, no la veia con tanta puntualidad, ni la tratabà con el cariño que antes; muchas noches faltaba al lecho, y à las lagrimas que Octavia vertia, y à las bien entendidas quexas que le daba, èl ponia por escusa à su padre, diciendo, que le reñia, porque salia de casa de noche; y si èlla le hablaba en razon del casamiento, la respondia, que si le queria ver destruido, y muerto à manos de su padre, y aunque Octavia le suplicaba, que por escusar la ofensa de Dios, se casassen en secreto, le decia, que si era èl persona, que quando llegasse essa ocasion se havia de casar, avivò con estas cosas, dudando Octavia de la fee de Carlos, dandose por perdìda, martirizaba sus ojos, y ajaba su hermosura, y Carlos cada dia mas desapassionado. Ha, que se les pudiera decir ahora à los hombres! Infamando à Carlos de engañador, de falso, y mal Cavallero, y que le pudiera afear à Octavia su flaqueza, para que las Damas, viendo reprehender à Octavia, mirasse lo que havian de hacer. Mas este desengaño se lo està diciendo por mi; fiense, fiense, que al cabo se hallaràn como Octavia se hallò sin esposo, sin honor, y aun sin amante, que Carlos aun de serlo estaba arrepentido; Carlos no alcanzaba, y se desesperaba; Carlos alcanzò, y se arrepiente: y es lo peor, que

Digitized by Google

este Carlos debiò de procurar muchos Carlos, que aunque en todos tiempos los ha havido, y oy lo son todos, y todas son Octavias, y ni èllos se arrepienten de serlo, ni èllas tampoco cayendo cada dia en los mismos hoyos que cayeron los passados. Ya en fin Carlos, cansado de Octavia no le parecia tan hermosa, ni le agradaba su assistencia, ni le descuydaba su cuydado; y como naturalmente se enfadaba de èlla, todo le enfadaba; la assistencia era poca, los cariños eran menos; ya se descuydaba del ordinario sustento, y si se le pedia, ponia ceño: de manera, que Octavia se hallò en el estado de aborrecida, sin saber como, y si bien conocia que los lazos, que en otro tiempo tenian preso à su desconocido dueño, ya los ponderaba dogales para el cuello, y dissimulaba quanto podia por no acabar de perderle. Ha desdichadas mugeres, que el mismo martirio conservais por no perderle! Dichosas muchas veces, las que libres de tal mal conservais la vida en quietud, sin estar agradando un tirano, que quando mas propio, le teneis mas perdìdo! Finalmente, Carlos aborreciò à Octavia, y estaba tan cansado de èlla, que se passaban los dos, y los tres dias que no la veia, y si la veia era à fuerza, y con poco aliento, y de todo tenia culpa su padre, que no la tenia de todo punto, porque aunque eran ya estos amores tan publicos, que ni nadie, ni ellos ignoraba, y le reprehendia como padre, y pudiera por esta parte no acudir à ellos, no eran tan à menudo, que le estorvassen lo que èl mismo con el poco gusto que tenia se estorvaba. Sucediò, pues, (que quando las desdichas han de venir, no faltan acasos que alienten) que en Navarra muriò un Cavallero, amigo del Senador, padre de Carlos, y le dexò por testamentario, y tutor de una sola hija que tenia, llamada Camila, de edad de veinte años, medianamente hermosa, y sumamente rica, si bien la mayor riqueza de Camila era la virtud, que sobre honesta, y santa criatura, el entendimiento, y de màs gracias eran grandes; pues como el Senador viò la ocasion, aplicò luego tal joya para su hijo, y como lo pensò lo quiso efectuar, y llamandole à solas se lo comunicò, engrandeciendo las partes de Camila, y el acierto que en que fuesse su esposa se hacia, añadiendo à esto afaerle la amistad de Octavia, y diciendole lo mal que parecia en Milan, aunque la estimasse por amiga, quanto, y mas tomarla por muger; pues una muger que se havia rendido à èl, que confianza podia tener que no se rindiesse à otro, y que la hermosura de todos era apetecida, y añadiendo à esto, que si no po-

nia

mia remedio en ello, dotandola para que se casasse, ò entrasse Religiosa, admitiendo la esposa que le proponia que con la potestad que tenia de Juez, haria en èlla un exemplar castigo, haciendola desterrar de Milan publicamente por inquietadora de su casa; que como Carlos ya no amaba à la desdichada Octavia, dando las disculpas à su padre convenientes, y assegurandole pondria en orden su vida, y haciendo que Octavia se entrasse en un Convento, aceptò el casamiento de Camila, aficionandose, como mudable de la nueva Dama que esperaba tener por suya; y porque Octavia no le impidiesse mediante la palabra, que delante de testigos le havia dado, añadiò un engaño à otro: fuè à ver à Octavia fingiendose muy triste; y la triste Dama como le queria, y siempre estaban colgados sus ojos de su semblante, y le viò algunas ternezas en ellos, ò falsedades por no mentir, y dar algunos congoxosos suspiros sintiendo mas su pena, que èl mismo, empezò à temer, y mas viendo que Carlos sin rogarselo, como muchas veces le havia sucedido; porque despues que le havia aborrecido, sino era à fuerza de lagrimas, no podia alcanzar tal favor; se desnudò, y puso en el lecho, haciendo èlla lo mismo, para que en aquel amoroso potro confessasse, apretado de los lazos que le pusiesse al cuello, que no era menester apretarlo mucho, porque èl tenia voluntad de decirlo; pues de industria se mostraba tan penado; al fin con amorosas caricias le dixo: No sè que me tema, ò Carlos, Señor mio, de lo que veo en ti esta noche; tus suspiros en el pecho, y lagrimas en los ojos, y que no paras conmigo: la pena que causa esta novedad, à la cuenta yo soy quien te la da; y si es assi, cree que serà con ignorancia, y no de malicia: y entender lo contrario, serà en ti falta de conocimiento, y aun de voluntad: porque si de mi entendiera que podia, ni aun con el pensamiento ofenderte: antes que tu llegaràs al saber mi delito, me le castigàra yo quitandome la vida, y supuesto esto, y quieres que yo mas justamente te ayude à sentir lo que sientes, comunica conmigo tu pena, y sacame de tanta confusion, que me tienes ahogada en temores, y sepultada en sospechas. No aguardaba mas el engañoso Carlos, y assi fingiendo mayores ahogos, y mas apretados sentimientos, le respondiò. Mucho me pesa Octavia mia, que juzgues, que es mi pena por desaciertos tuyos; que si alguna cosa me obliga à adorarte, y estimarte, es tu cordura, y honestidad, pues con ser tu hermosura tanta, es mas que tu hermosura, pues si èlla me enamorò, tus virtudes me cautivaron;

Digitized by Google

y cree, que aunque eres tu la causa de mi sentimiento, no eres tu, supuesto que no tienes mas culpa en èlla, mas de ser desgraciada, y no haver nacido rica; ocasion para que mi padre te aborrezca, y yo no me atrevo à decirle que eres mi esposa, y para no darte la purga en taza penada, sino que la bebas de una vez. Mi padre ha sabido de hecho todos nuestros amores, y la assistencia que tengo en tu casa, la continuacion con que te assisto; y rematadamente le han dicho, que me quiero casar contigo, que le gasto la hacienda, y otras cosas en que se adelantò la lengua traydora que se lo dixo: que à saber yo de quien era, la huviera sacado del lugar donde està. El està, como Padre, enojado, y como Juez ayrado, y como viejo avaro, sin paciencia, ha jurado te ha de prender, y por inquietadora de la Ciudad, y de su hijo, desterrarte publicamente, añadiendo, que harà buscar à tu hermano, quando esto no baste, y le obligarà con decirle tus flaquezas, à que te dè el merecido castigo. No me atrevì, segun le veìa, à declararle la verdad, ni tampoco à casarme luego, por no agravar mas el caso, ni ocasionarle à mas colera, porque si ahora, en duda, es su ira tanta, que serà si lo tuviesse por verdad; tengo por sin duda, que à entrambos nos quitàra la vida. Esta es mi confusion, y tristeza, porque sè quan aprieta se executarà lo que ha dicho; aqui estoy contigo, y te tengo en mis brazos, y te estoy llorando ausente, y desterrada con tanta afrenta, ò en poder de la ira de tu hermano, adonde corre riesgo tu vida, y la mia: ahora que lo sabes, mira si con tu divino entendimiento hallas salida à tantas desdichas como se nos aparejan; pues claro es, que passandolas tu, son tan mias, como tuyas. En gran espacio no pudo responder Octavia à Carlos, temiendo como flaca muger, el daño que le amenazaba, no sospechando de Carlos cautela ninguna, viendole con tan tiernos sentimientos, mas cobrandose de la passion que tenia, le respondiò, desperdiciando hermosas perlas: Ay Carlos, y que de dias ha, que ha temido, y teme esto mi triste corazon, y quando te rogaba con tantas ansias, que me hicieras de todo punto dichosa, no era por temer que me havias de faltar à la palabra dada, sino por escapar de esta tempestad con honor; y tu sentias, que era desconfianza de tu amor, que si estuvieras casado conmigo, à lo hecho que podia hacer tu padre, pues no aventuraba à perder mas de los bienes de fortuna, que en lo demàs no le debo nada: pedirte en el riesgo que lo hagas, es escusado, que el que no lo hizo en la bonanza de la paz, mucho menos

se

Digitized by Google

se puede esperar lo harà en la tempestad de la guerra; y assi no trato de nada mas de huir de la fortuna que me amenaza, fiada en que haràs como Christiano, y como buen Cavallero, mira tu ahora donde serà bien esconderme del rigor de tu padre, si serà à proposito salirme de Milàn por algunos meses, ù ocultarme en casa de algun deudo mio. No Octavia mia, no; dixo entonces el cauteloso Carlos, salirte de la Ciudad es muy à costa mia, que no podràn mis ojos enseñados à mirar tu belleza, vivir sin èlla, pues en casa de ningun pariente tampoco, porque yo no he de dexar de entrarte à ver, y dos veces que sea notado de las espias, que me ha de poner mi padre, no hallandote à ti, quando te busque, ha de correr el mismo peligro: lo que me parece mas à proposito es entrarte en un Convento, y que lleves à èl tu hacienda, y criadas, y te estès alli algunos meses, en tanto que à mi padre se le passe la ira, que viendote à ti en clausura, y à mi obediente, no le durarà mucho, que al fin es padre, y harà como tal, que quando yo te saque dèl para mi esposa, podrà ser estèn las cosas de otra manera: alli te verè todos los dias, y te irè dando joyas, y dineros, para que, pues, la codicia de mi padre es tanta, pues à ti la riqueza de tu hermosura te bastarà, tengas con que hartarla, y satisfacerla. Concediò Octavia en lo que ordenò Carlos; y no fuè mucho que la engañàra, segun èl lo sabìa ponderar, haciendola mil caricias, y prometiendola de nuevo ser su esposo; y despidiendose de sus brazos con caudalosos rios que vertian sus ojos. Llegò el dia, con èl se dispuso todo, de suerte, que antes de la noche, ya Octavia estaba en el Convento, y Carlos libre de su embarazo, que avisando à su padre, como ya Octavia estaba en Religion, se efectuò el casamiento con Camila, partiendose el Senador mismo à Navarra por ella. Mas de un mas se passò en disponer las cosas para la boda, visitando en este tiempo cada dia à Octavia con tantas finezas, y agassajos, que como la Dama havia visto en èl tantos despegos desde que le havia aborrecido, y ahora le juzgaba tan amante, daba por bien empleada su reclusion; regalabala mucho, y dabala joyas de valor, que èlla tomaba, creyendo que era para la causa que le havia dicho, que era aumentar su dote; mas Carlos iba con otra intencion; porque como no se havia de casar con èlla, queria con aquello satisfacer à su obligacion, porque quando Octavia supiesse que se havia casado, no lo sintiesse tanto, viendose rica para tomar otro estado, imaginando, que con el oro doraria la falta de su fama. Quien hiciera esta trai-

Digitized by Google

traicion, sino un hombre! Mas quiero callar, que el mismo sucesso dice mas que yo puedo decir. Llegòse el dia deseado de Carlos, ya nuevamente enamorado de Camila, que aunque no muy hermosa, el trato, y ser ropa nueva, le hacia el apetecerla. Tenia Camila la belleza que ha de tener la propria muger, pues mas en las virtudes, que en hermosura ha de florecer, demàs que no era tan fea, que pudiera por esto ser aborrecida, y quando lo fuera, la hiciera hermosa mas de cinquenta mil ducados que tenia de dote, y deseaba ya Carlos verse dueño de todo: Desposòse, y velòse Carlos con mucho gusto, y grandes fiestas, olvidando de todo punto la obligacion de Octavia. Passado dos, ò tres dias, que en las ocupaciones dichas entretenido, ya mas moderados los alientos de desear, con haver gozado de su esposa, y tenerla ya como suya, menos apreciada, como dixo un galan, que otro dia despues de haverse casado estaba triste. Preguntandole, si estaba arrepentido? Respondiò: Pues quien ignora, que no fuera casamiento, si no lo estuviera. En fin como digo, acordòse Carlos de Octavia, y que era fuerza desengañarla, porque èl no pensaba mas verla, la escriviò un papel, que decia assi:

Quando las aventuras estan otorgadas del Cielo, ni sirve desearlas, ni pretenderlas, la que fuesses, hermosissima Octavia mia, y yo tuyo, sè que no lo estaba, pues permitiò otra cosa. Sabe Dios lo que siento el desengañarte, mas pues no puede ser menos, mayor crueldad serà tenerte engañada, que haverte trocado por otra; mi padre me ha casado con una señora de la calidad, y nobleza que sabràs que alcanza mi esposa Camila, demàs de haver juntado à mi hacienda cinquenta mil ducados, de que soy yo dueño; y tu, si quisieres tambien serlo pues todo estarà à tu voluntad, si quieres usar de ella como de tu entendimiento espero, ya no sirven lagrimas, ni desesperaciones, porque lo hecho no tiene remedio, el tuyo deseo, como quien te ha querido tanto, y assi te suplico pongas la mira en el estado que gustas elegir: y es cierto, que por mi gusto, el de Religiosa, te suplico que admitas, y te ayudaré con mi persona, y hacienda, y escusaràsme con esto la pena que recibirè en ver la belleza, que ha sido mia, en poder de otro dueño.

Havia passado los dias que Carlos havia faltado Octavia muy penada, no pudiendo imaginar la causa, y mas no atreviendose à embiar à saber de Carlos, por el peligro que temia, que como recibiò el papel, bien assustada le abriò, leyò, y viendo en èl la sentencia de su muerte en la burlada fee de Carlos, se cayò amortecida, que por remedios, que se le hicieron no bol-

viò

Digitized by Google

viò en sì en muchas horas; y ya que fue restaurada en su sentimiento, porque hacia tales estremos, y cosas, como pudiera hacer una muger loca, y sin duda se quitàra la vida, si las criadas, y Religiosas la dexàran sola, tan aborrecida la tenia. En fin, algo mas quieta, de alli à dos dias despachò à Napoles un proprio, con una carta à su hermano, diciendole en ella, que sin temor de ningun peligro se viniesse luego à Milàn, que tenia necessidad dèl, para cosas tocantes à su honor, avisandole donde estaba, para que se viniesse alli derecho. Leìda la carta por Don Juan, al punto se puso en camino.

Licencia me dareis señores, para que me admire en este desengaño, en que pondero los engaños de los hombres, de la ira de una muger, mas tambien me la daràn estos mismos, para conocer que de cautelas de los hombres nacen las iras de las mugeres, y que por una que procuraba venganza, hay mil que no la toman de sì misma, que yo asseguro, que si todas vengàran las ofensas que reciben, como Octavia hizo, no huviera tantas burladas, y ofendidas, mas hay tantas mugeres de tan comun estilo, que la venganza que toman, es si las engaña uno, engañarse ellas con otro, con que dan lugar à aquel que pudiera temer ultrage, y salga de qualquiera obligacion. O què mal tiempo que alcanzamos, donde tienen por venganza la deshonestidad, y el vicio; quanto mas acierto fuera, que à la que le faltan manos para vengarse, dexàra al Cielo su causa, que èl bolverà por ella! Ay hombres, y como sois causa de tantos males, porque yo no hallados con las comunes, buscais, y solicitais las recatadas, y recogidas, y si las venceis, las dais ocasion, ò para que sean tan comunes como las demàs, ò que hagan lo que Octavia hizo. No se dexàra vencer Octavia, si Carlos no la combatiera à todo riesgo; no se engañàra Octavia, si Carlos la desengañàra; ni Octavia buscàra venganza, si no la burlàra Carlos: pues tenga Octavia ira, y pague Carlos tan mal trato, que todo lo merece, pues no faltando en Milàn mugeres sin obligaciones con quien pudiera entretenerse, se puso à solicitar, vencer, y engañar la que las tenia. Pareceme que esse desengaño, tanto es para los hombres, como para las mugeres, pero quedese aqui, que me parece, que ya D. Juan ha venido, y hay mucho que decir.

Llegò Don Juan al Convento donde estaba su hermana, y despues de los recibimientos de ausencia tan larga, que ella aplaudiò con lagrimas: La preguntò

la

Digitized by Google

la cauſa de eſtar alli, y no en ſu caſa como la havia dexado, à que ſatisfizo Octavia, contando ſu deſdicha, y metiendole el papel de Carlos en las manos, pidiendole, demàs à mas venganza de ſus agravios. Ya he dicho la inclinacion de D. Juan, mas ajuſtada à traveſſuras, y deſgarros, que à prudencia: mas en eſta ocaſion pareciò que denegrò algo de ſu miſmo sèr, porque reportando el furor, que tal ſuceſſo era fuerza le cauſaſſe; con palabras entre ayradas, y cariñoſas reſpondiò à ſu hermana: que trataſſe, pues havia ſido loca, y liviana, de tomar el abito, y ſer Religioſa, pues no havia otro remedio, ſi no queria perder la vida à ſus manos, que lo demàs lo dexaſſe à èl, que no ſe quedaria Carlos alabando de la burla: y luego tratò por medios de amigos, y deudos de ſu padre, y de joyas de valor, que le diò ſu hermana, pues ya no las havia meneſter, porque otro dia tomò el abito de Religioſa, de ajuſtar la muerte que havia hecho, por lo que ſe auſentò de Milàn: que haviendo dineros, y favores, no fuè dificultoſo; de manera, que antes de un mes ſe viò libre, paſſeando por la Ciudad. No ſe aſſegurò mucho Carlos, quando ſupo la repentina venida de D. Juan, y mas viendole libre, y mas ſabiendo que Octavia era ya Monja, que por medio de algunos amigos havia procurado aquietarla, ofreciendole lo que huvieſſe meneſter para el nuevo eſtado. Mas Octavia jamàs ſe dexò ver de ninguno, con que Carlos quedò menos ſeguro: mas como veìa à D. Juan con el deſcuydo que andaba, y que le hablaba, y trataba con familiaridad de amigo, ſe ſoſſegò; mas aunque no de traher ſiempre dos piſtolas en ſus faltriqueras, y los criados que andaban con èl de la miſma ſuerte; mas pareciale que Octavia no le debia de haver dicho nada, fiandoſe en el amor que le tenia: èl penſaba eſto, y Don Juan ſu venganza, que ſi la tomàra, como era razon en quien le havia hecho el agravio, nadie le culpàra; mas vengòſe de la culpa de Carlos, en quien no tenia: de ſuerte que haſta en la ſatisfaccion del honor de ſu hermana, fingiò ſus traveſſas inclinaciones, y aſſi penſò una traicion, que ſolo ſe pudiera hallar en un baxo, y comun hombre, y no de la calidad que D. Juan era; y fuè, que propuſo quitarle à Carlos el honor con Camila, como èl ſe le havia quitado à èl con Octavia. Miren que culpa tenia la inocente, ſerà para vengarſe en ella de ſu marido; pues ſi Octavia quedò burlada de Carlos, ya Octavia no eſtaba ſin culpa, pues ſe dexò vencer del amor de Carlos, fiada ſolo de una palabra falſa que le diò. Mas Camila honeſ-

ta,

Digitized by Google

ta, Camila cuerda, Camila recogida, y no tratando sino de servir à su marido, se quiere vengar en Camila: ò pobre Dama, y como tu sola pagaràs los yerros de Octavia, los engaños de Carlos, y las traiciones de D. Juan.

Ya he dicho el uso, y costumbre de aquellos Reynos, que son los festines, que unos dias se celebran en unas casas, y otros en otras, y que es permitido à las Damas, casadas, y doncellas, y aun à las viudas el ir à ellos, y à los Cavalleros con mascaras, y sin ellas, entrar, y sacar à danzar la Dama que les parece, y en los assientos, si caen junto à èllas, hablalla, y èllas no estrañar el agassajar con ellos. Pues como Camila era recien casada, si bien su condicion no era de las mas esparcidas, à peticion de parientas, y amigas, y à ruego de su esposo iba à muchos, ò à todos; y Don Juan que no se descuydaba, avisado de los en que podia ver à Camila, entraba en ellos con galas, y trages costosos, que para todo havia, en lo que Carlos havia dado à Octavia, luciendo en èl, mas que en otro, por tener gallardo talle, y buen rostro, no faltandole lo entendido, y ayroso: assi se supiera aprovechar, para obrar bien de ellos: empezò à enamorar à Camila, con aquello de lo rendido, y afectuoso, y tierno, acreditandose de amante con suspiros, y elevaciones, de que saben muy bien los señores hombres el arancel, que para tales engaños son muy diestros; y la vez que podia tomar lugar donde pudiesse hablar à Camila, celebraba su talle, y hermosura; en agradeciendo la dicha de haver merecido verla, y la que no podia ser, esto le causaba à danzar, y en tal ocasion la requebraba, y galanteaba: no le respondia Camila palabra, gustando mas de acreditarse de necia, que de deshonesta, si bien no se atrevia à negar el salir à danzar, porque no la sacrificassen por melindrosa: lo que hacia era escusarse de ir à ellos la vez que sin nota podia hacerlo: mas quando los ruegos de las amigas, y parientas passan à importunacion, y por este caso à mandarselo su esposo, era fuerza no negarse à ellos, y de esta suerte vino D. Juan en varias ocasiones, à ponerle en la mano quatro, ò seis papeles bien notados, y no mal escritos, que la Dama recibiò, no por gusto, sino por no dar nota, de los quales no se puede decir lo que contenian, porque la discreta Camila, por lo dicho, los recibia; no los leìa, antes sin abrirlos los hacia pedazos, y al ultimo ya cansada, le reprehendiò de su atrevimiento, con palabras severas, y crueles amenazas; y viendo que no era possible que se aquietasse, desistiendo de tal locura, se escusò

de

Digitized by Google

de todo punto de ellos, y aun de ſalir de ſu caſa, ſino era que fueſſe con ella Carlos, à quien no diò cuenta del caſo por eſcuſarle el rieſgo, pues viendo el mal aconſejado Don Juan que por via de amor no podia ſalir con ſu intencion, mudò ſu intento, y procurò con engaño aprovecharſe de la fuerza, y conſiguiòlo del modo que aora dirè. Un dia que ſupo que Carlos era ido à caza con ſus criados, y algunos amigos, ſe viſtiò un veſtido de los mejores que tenia ſu hermana, y tocandoſe, y componiendoſe de ſuerte, que pudieſſe parecer muger, ſe entrò, cubierto con ſu manto en una ſilla, y ſe hizo llevar en caſa de Camila, llevando conſigo dos amigos de ſu parcialidad, que le hiçieſſen reſguardo; y llegando à la puerta del quarto en que la Dama vivia, baxo, y diſtinto del Senador, que poſaba: Preguntò por ella, diciendo la queria hablar para un negocio de importancia, y le reſpondiò una criada, que eſtaba en otro quarto en la miſma caſa à viſitar una amiga que vivia en èl: à lo que replicò Don Juan, le dixeſſen, que eſtaba alli una ſeñora principal, que neceſſitaba de hablarla para un caſo de mucho rieſgo; ſi bien rehusò la criada lo huvo de hacer, y dicho el tal recado à Camila, reſpondiò que eſtaba en viſita, y que ſeria deſcorteſia dexarla, que bolvieſſe otro dia: à lo que replicò Don Juan, que no ſufria dilacion ſu neceſſidad, que aquella ſeñora con quien eſtaba, daria licencia, que ella ſeria breve, y ſe podria bolver, que convencida Camila de eſto, y de los ruegos de la amiga con quien eſtaba: paſſò à ſu caſa, y viendo la Dama que tenia echado el manto en el roſtro, pareciendole de calidad en el trage, y que era recato neceſſario tener cubierta la cara, creyendo ſer ſu venida à pedirle favor para con ſu ſuegro: ſin reparar en mas, la tomò por la mano, y ſe fuè à ſentar con ella en un eſtrado, à lo qual el engañoſo Don Juan, le dixo, que ſe ſirvieſſe de oìrla en parte mas oculta, para que ſupieſſe à lo que venia, que era caſo de honor, y ſe pudieſſe deſcubrir el roſtro; y viendo eſto Camila ſe entrò con ella haſta la quadra donde tenia la cama, y ſentados en el eſtrado que eſtaba delante: aſſi como D. Juan viò ſentada à Camila, ſe levantò, y cerrò la puerta con la miſma llave que eſtaba en la cerradura, y ſacando una daga, la dixo: A la primera voz que dès, Camila, te tengo de eſconder eſta daga en el pecho, y los que quedan allà fuera à tus criadas, pues sè bien, que hombres no los hay en tu caſa, que ſon idos à caza con Carlos, tu traydor eſpoſo: mirame, y conoceme por D. Juan de tal: paſſe aſſi por no nom-

Digitized by Google

nombrarle, que es muy conocido, no el que te enamoraba, como tu juzgabas quando te hablaba, y escrivia en los festines, sino el que deseaba vencerte, para que publicando tu flaqueza, quedàra vengada mi desdichada hermana Octavia, à quien Carlos tu marido burlò, y deshonrò debaxo de la palabra de esposo, que faltò por casarse contigo, y con su afrenta vengarme de la mia, y despues matalle; mas pues fuè tan dichoso, que tiene muger que sabe guardar su honor, mas que mi liviana hermana el mio; haga la fuerza, lo que no ha podido la astucia, que como esto dixo, teniendole la daga puesta al pecho, tan junta, que aun matizò la punta con la inocente sangre de la desdichada Dama, que medio muerta, del temor de ver la muerte tan cerca, y de lo que estaba escuchando, conociendo à su traydor amante, que ya tenia el rostro descubierto, no tuvo fuerzas para defenderse, y si lo hiciera, estaba ya tan resuelto, y vencido del demonio, que la matàra. Cumplido Don Juan su infame deseo, y viendo que Camila se havia desmayado, la dexò; y abriendo la puerta saliò, no cubierto como entrò, sino echado el manto atràs, diciendo: Decidle à Carlos vuestro dueño, que como haviendo burlado à Octavia, y deshonradome à mi, no vivia con mas cuydado, que ya yo me he vengado, quitandole el honor con su muger, como èl me lo quitò à mi con mi hermana: que yo soy Don Juan, hermano de Octavia, y ahora que se guarde de mi, porque aun me falta tomar venganza en su vida, ya que la tengo en su honor; y como dixo esto, sin atreverse las criadas à hablar, por verle la daga, y una pistola en las manos, se entrò en la silla, y à los lados los dos que venian con èl, caminaron à un Convento de Religiosos Descalzos, donde se ocultaron: acudieron las criadas à su señora, y hallaronla mal compuesta, y sin sentido, y corriendo sangre del piquete, que la daga del traydor D. Juan le havia hecho en los pechos, empezaron à dar voces, à las quales acudiò la amiga, que vivia en casa; que el Senador no estaba en ella, que sabido el caso, haciendola remedios bolviò en si, tan desconsolada, y llorosa, que daba lastima à quien la miraba; y no hallandose segura, aunque sin culpa, por no haver avisado à Carlos de la pretension del traydor Don Juan, y dandole los papeles que le havia escrito de la ira de su esposo, aconsejada de la amiga, y criadas, todas mugeres sin animo. Antes que Carlos, y el Senador viniessen, tomò algunos dineros, y joyas que fuessen bastantes à alimentarla algunos meses, y una criada de las que tenia, y

se

Digitized by Google

se fuè à un Convento, debiendole en esto mas la vida que la inocencia, porque encubrirselo à Carlos era imposible, por quanto el infame Don Juan, como no lo havia hecho con otro fin, que deshonrar à Carlos, lo iba publicando à voces por la casa, y la calle: vino Carlos de su desdichada caza, y hallò en su quarto à su padre, haciendo estremos de loco, que sabiendo ser la causa del desdichado sucesso de su casa, quedò peor que su padre: si bien el viejo Senador hablaba, ya dislates, mas Carlos callaba, como el que tenia la culpa, y la pena en haverse assegurado de la dissimulacion de Don Juan, culpando à Camila, de lo que ella por escusarle algun riesgo havia callado. Divulgòse el caso por la Ciudad, andando en opiniones la opinion de Camila: unos decian, que no quedaba Carlos con honor si no la mataba; otros, que seria mal hecho, supuesto que la Dama no tenia culpa, y cada uno apoyaba su parecer. Mas de un año estuvo Camila en el Convento, y Carlos sin salir de su casa, si bien trahia espias para saber si D. Juan estaba en la Ciudad, mas èl se debiò poner en tal parte, que era escusado el buscarle; y si bien todos los que le visitaban le consolaban con la poca culpa de su esposa, y su padre hacia lo mismo, ya mas reportado por no perderse, mas Carlos no tenia consuelo. Visitò el Senador à Camila en el Convento; y este dia, fuè de juicio, segun las lastimas que la Dama hizo con èl, que assegurado de su inocencia, y viendo la disculpa que daba de no, no haver avisado à su esposo de la pretension de D. Juan, pareciendole seria su recato, y retiro, y aspereza bastantes defensas, y no poner à Carlos en ocasion de perderse, tratò con Carlos, que hiciesse vida con su muger, pues por parte de ella no havia fido su agravio, y metiendose por medio el Governador, y toda la nobleza de Milan, lo aceptò, y Camila saliò del Convento, bien temerosa, aunque no culpada, y se vino à su casa tan honestamente vestida, que en lo que viviò no se puso mas galas que las que sacò del Convento, que era un habito de picote; pareciò delante de Carlos con tanta verguenza, que apenas alzò los ojos à mirarle, y èl la recibiò tan severo, que no diò indicios de seguridad ninguna. Desconsuelo bien grande para Camila, y mas quando viò, que Carlos no consintiò que comiesse, ni durmiesse con èl, ni hablaba con ella mas de para lo que no se podia escusar, con que Camila vivia martir, sus ojos continuamente no enjutos de lagrimas, y como quien no tenia segura la vida: confessaba muy à menudo en su Oratorio, sin salir mas à ver, ni ser vista de na-

Digitized by Google

nadie, ni Carlos lo consintiera. De esta suerte, y con esta vida, bien arrepentida de haver salido del Convento, viviò poco mas de un año, al cabo del qual, reynò en Carlos el demonio, y la diò un veneno para matarla; mas no le sucediò assi, porque debia de querer Dios que esta desdichada, y santa señora padeciesse mas martirios, para darle en el Cielo el premio de ellos; y fuè el caso, que no la quitò el veneno luego la vida, mas inchòse toda con tanta monstruosidad, que sus brazos, y piernas parecian unas gordissimas colunas, y el vientre se apartaba una gran vara de las cinturas, solo el rostro no tenia hinchado, nunca se levantaba de la cama, y en ella estaba como un Apostol, diciendo mil exemplos, y dando buenos consejos à sus criadas. De esta suerte viviò seis meses, al cabo de los quales estando sola en su cama, oyò una voz que decia: Camila, ya es llegada tu hora. Diò gracias à Dios, porque la queria sacar de tan penosa vida. Recibiò los Sacramentos, y otro dia en la noche muriò para vivir eternamente. Enterrada Camila, con gran pesar de su muerte en todos los que conocian su virtud. Carlos tomando dineros, y otras joyas de valor, sin dar parte à nadie, ni à su padre, ni llevar consigo ningun criado, se desapareciò una noche, con que diò à su padre bien desconsolada vejez, porque no tenia otro hijo, ni hija: tanto, que le obligò à casarse por tenerlos: sospechòse que Carlos havia partido à buscar à su enemigo Don Juan, si acaso supo parte segura donde estaba, mas de ninguno de los dos se supo jamàs nueva ninguna. Octavia professò, siendo la mas dichosa, pues trocò por el verdadero Esposo, èl falso, y traydor que la engañò, y dexò burlada. Este caso me refiriò quien le viò por sus ojos, y que no ha muchos años que sucediò, y me lo afirmò por muy cierto, y mas os digo, que no se ha dissimulado en èl, mas que la patria, y nombre, porque aun viven algunas de las partes en èl citadas, como son Octavia, y el Senador, padre de Carlos, casado, y con hijos, que ha tenido de su segundo matrimonio, porque de Don Juan, y Carlos no se supo que se hicieron.

No tengo que decir à las Damas otro desengaño mayor, que haver oìdo el que he contado mas de que ni las con culpa, ni las sin culpa estàn seguras de la desdicha, que à todas se estiende su jurisdiccion; y si esta desdicha la causan los engaños de los hombres, ò su flaqueza, èllas mismas lo podràn decir; que yo, como he dicho, si hasta aora no conozco los engaños, mal podrè avisar con los desengaños.

Congojada, y sonrojada aca-

Digitized by Google

bò la hermosa Lisarda el passado sucesso, no por faltarle caudal à su entendimiento, que le sobraba para mayores desempeños, por ir huyendo de culpar de todo punto à los hombres en las desdichas que suceden à las mugeres, por no enojar à D. Juan, el qual, por no alentar, la dixo: Cierto, bellissima Lisarda, que haveis tenido tanta gracia, y donayre, tanto en el desengaño, que haveis dicho, como en las reprehensiones, que à las Damàs, y Cavalleros haveis dado; que se puede desear, sin tenerle por mal, que digais mal, y tenerlo todos por favor. Lo cierto es, dixo Doña Isabel, que si como es este Sarao entretenido, fuera Certamen, la hermosa Lisarda merecia el premio. Mas de mi voto digo, que soy del parecer de Carlos, que no dexò Camila de tener alguna culpa, en callarle à Carlos la pretension de Don Juan à los principios, que con esso se avisàra à Carlos, que sabìa el agravio de su hermana. Esso fuera, replicò Lisis, si Camila supiera el amor de Carlos, y Octavia: pues aunque se murmuraba en la Ciudad, Camila, como forastera, no lo sabria; y no sè que muger huviera en el mundo tan necia, que se atreva à decirle à su marido, que ningun galan la pretendia, pues se puede seguir de esso muchos riesgos, y el mayor es, à un hombre seguro de zelos, despertarle, para que los tenga, y no viva seguro de su muger; supuesto que la fineza del amor es la confianza; que aunque algunos ignorantes dicen, que no es, sino los zelos, lo tengo por engaño, que el zeloso, no porque ama mas, guarda la Dama, sino por temor de perderla, embidioso de lo que es suyo, ande en venta para ser de otro; y assi no matò à Camila esso, que siento que hizo como cuerda, y honesta, pareciendole, como lo hiciera, si el falso Don Juan no buscàra aquella invencion diabolica para su venganza, que su resistencia, y recato la libràran del deshoaesto amor de D. Juan. No la matò, como digo, sino la crueldad de Carlos, que como se cansò de Octavia, siendo hermosa, y no teniendola por propria, hastio que empalaga à muchos, ò à todos, tambien le cansaria Camila, y para esso mejor fuera dexarla en el Convento, ò divorciarse de èlla, y no despues de haverle dado tan triste vida, quitarsela. El desengaño le dà, y le darà à muchas, pues como dice el señor D. Juan, mi prima Lisarda ha dado à todos documentos tan cuerdos, que por ello le doy las gracias. Con esto que dixo la hermosa Lisis, cessaron de ventilar la culpa, y disculpa de Camila, dando lugar à la linda Doña Isabel, que acompañando à los Musicos, cantaron este Romance.

Adon-

Digitized by Google

Adonde vas dueño mio,
que aquessos passos que das,
es dar heridas al alma,
con que la dexes mortal.
Si eres tu mi propria vida,
como es possible que vas
à ser mi proprio cuchillo,
sin mirar que es impiedad.
Como viviré sin ti!
Dime, quien alegrarà
mis ojos, quando sin verte
llenos de penas estàn?
Que dias serán los mios,
llegando à considerar
agena toda el Aldea
de tu suprema deydad.
Pues las noches, ay de mi!
amparame voluntad,
que solo en su valentia
tiene defensa mi mal.
Detente mi amado dueño:
mas no me quiero quexar,
que no quiero detenerte,
si con tu gusto te vas.
Mas con todo, tu partida
muy apriessa es, bueno està:
si te vas, vete despacio,
detente un poquito mas.
Dame un dia mas de vida;
ay ojos, quales estais!
pero si os falta la luz,
gozad de la obscuridad.
Esto cantaba un amante
à su dueño, que se va,
sino à perderle, à dexarle,
que todo viene à ser mal.
Pues de todas suertes queda
con un dolor immortal,
siendo su vista, su vida,
y su muerte, lo demàs.
Y assi cantaba llorando;
donde vas:
mira, que cada passo
es un puñal,
con que à mi triste vida
muerte das.

DESENGAÑO III.

LA INOCENCIA CASTIGADA.

NOCHE TERCERA.

A La ultima hora de su jornada iba por las cristalinas esferas, el rubicundo Apolo, recogiendo sus flamigeros cavallos por llegar ya con su carro cerca del Occidente, para dar lugar à su mudable hermana à visitar la tierra, quando los Cavalleros, y Damas de la passada noche se havian hallado en casa de la bien entendida Lisis, honrando la fiesta de su honesto, y entretenido Sarao. Estaban ya juntos en la misma sala; y no era pequeño favor haver acudido tan temprano, porque desengañar, y decir verdades, està oy tan mal aplaudido, por pagarse todos

Digitized by Google

mas de la lisonja bien vestida, que de la verdad desnuda, que havia bien que agradecerles; mas esso tienen las novedades, que aunque no sean muy sabrosas, todos gustan de comerlas, y por esta causa huvo esta noche mas gente que la passada; que unos à la fama de la hermosa Esclava, que ya se havia transformado en señora; y otros por la hermosura de las Damas combidadas, por gozar de la novedad, venian, aunque no sè si muy gustosos, por estar prevenidos de que las desengañadoras, armadas de comparaciones, y casos portentosos, tenian publicada la guerra contra los hombres; si bien èllos viven tan essentos de leyes, que no las conocen, si no son à sabor de su gusto. Tenian duda, de que las segundas que havian de desengañar à las Damas de los engaños en que viven, igualassen à las primeras, y deseaban ver como salian de su empeño, aunque tengo por cierto, que si bien estaban estas como las passadas, determinadas à tratar con rigor las costumbres de los hombres, no era por aborrecerlos, sino por emmendarlos, para que si les tocaba alguno, no llevassen el pago que llevan las Damas; y no me espanto, que suele haver engaños tan bien sazonados, que aunque se conoce que lo son, no empalagan; y aun creo, que quando mas desengañan las mugeres, entonces se engañan mas; demàs que mis desengaños son para los que engañan, y para las que se dexan engañar; pues aunque en general se dice por todos, no es para todos, pues las que no se engañan, no hay necessidad de desengañarlas; ni los que engañan, no les tocarà el documento. Quien ignora, que havria esta noche algunos, no muy bien intencionados; y aun me parece que los oygo decir: quien las pone à estas mugeres en estos disparates, emmendar à los hombres, lindo desacierto: vamos aora à estas bachilleras, que no faltarà ocasion de venganza; y como no era fiesta en que se podia pagar un silvo à un mosquetero, dexarian en casa doblado el papel, y cortadas las plumas para vengarse, mas tambien imagino, que à las desengañadoras no se les daba mucho, que diciendo verdades, no hay que temer, pues pueden poner falta en lo hablado, tanto en verso, como en prosa; mas en la misma verdad no puede haver falta; como lo dixo Christo nuestro Señor, quando dixo: Si verdad os digo.

Que trabajos del entendimiento, el que sabe lo que es estimar, y el que no lo sabe, su ignorancia le disculpa, como sucediò en la Primera Parte de este Sarao, que si unos le desestimaron, ciento le aplaudieron, y todos le buscaron, y le buscan. Y ha

ha gozado de tres impressiones, dos naturales, y una hurtada; que los bien intencionados son como el abeja, que de las flores silvestres, y sin sabor, ni olor, hacen dulce miel; y los malos, como el escarabajo, que de las olorosas hace vasura: pues crean, que aunque las mugeres no son Omeros con basquiñas, y enaguas, y Virgilios con moño; por lo menos tienen el alma, las potencias, y los sentidos como los hombres. No quiero decir el entendimiento, que aunque muchas pudieran competir en èl con èllos, faltales el arte de que èllos se valen en los estudios; y como lo que hacen no es mas que una natural fuerza, es que no salga tan acendrado; mas esta noche no les valiò las malas intenciones; pues en lugar de vengarse se rindieron, que aqui se viò la fuerza de la verdad.

Salieron las desengañadoras siguiendo à Lisis, que trahia de la mano à Doña Isabel, muy ricamente vestidas, y aderezadas, y muy bien prendidas, y con tantas joyas, que parecia cada una un Sol con muchos Soles, y mas Doña Isabel, que haviendo renunciado el habito Morisco; pues ya no era necessario su aderezo, era costosissimo: tanto, que no se podia juzgar, que daba mas resplandores su hermoso rostro, ò sus ricas joyas, que esta noche hizo alarde de las que la passada havia dicho tenia reservadas para los gastos de su Religion. Doña Isabel se passò al lado de los Musicos, y las demàs con Lisis al estrado; y la discreta Laura su madre, que era la primera que havia de desengañar, al assiento del desengaño. Admirados quedaron todos de tanta hermosura, y gallardia: los que las havian visto la noche antes juzgaron, que en esto se havian armado de nueva belleza, y los que no las havian visto, juzgando què el Cielo se havia trasladado à la tierra, y todos los Angeles en aquella sala, pareciendoles, que con las deydades no se puede tener rencor. Perdieron el enojo que trahian, y decian: Aunque mas mal digais de nosotros, os lo perdonamos, por el bien de haver visto tanta hermosura: pues sentadas las Damas, y sossegados todos, la hermosa Doña Isabel cantò sola este Romance, que se hizo estando ausente el Excelentissimo Señor Conde de Lemos, que oy vive, y viva muchos años, y mi Señora la Condesa su esposa.

Los bellos ojos de Atandra,
claros, y hermosos luceros,
cuyo resplandor da al Sol
las luces con que le vemos.
De quien aprendiò el amor
à matar con rayos negros,
quitando à las flechas de oro
valor, y merecimiento.

Digitized by Google

Vertiendo sartas de perlas,
que Manzanares risueño
coge para que sus Ninfas
adornan sus blancos cuellos.
Al tiempo el Alva hermosa
dexa de Titon el lecho,
la vì yo, y la viò el amor,
por la ausencia de Fileno.
Aquel galan mayoral,
dixo de aquel Sol, que siendo
Sol de este presente siglo,
se passò à ser Sol del Cielo.
Dexando purpura, y oro,
por el paño tosco, y negro
del Patriarca Benito,
cuyos passos và siguiendo.
Tras aquestos resplandores
se fuè su amante discreto:
que à los rayos de tal Sol
serán los suyos eternos.
Mirando al Aurora, dice:
la Aurora de nuestro Pueblo:
no goces Alva tu esposa,
quando sin mi esposo quedo.
Llore la Tortola triste
la pèrdida de su dueño;
pues yo sin mi dueño amado
ausente, y sola padezco.
Adonde vas sin tu Atandra?
como te cansò tan presto?
Eres hombre, no me espanto;
mas no eres hombre, que miento.
Si eres deydad necia soy,
quando de un Angel me quexo:
no me castigues amor,
pues ya ves que me arrepiento.
Buelve, Fileno, à mis brazos,
mira las penas que tengo,
dexa al Sol, que tu eres Sol,
en su claro Firmamento.
Si como Luna recibo
de tu esplandor rayos bellos,
ò buelve à darme tu luz,
ò tu luz irè siguiendo.
Dixo, y corriendo el Aurora
la cortina el claro Febo,
porque entraron sus zagales
puso à sus quexas silencio.
Las Ninfas de Manzanares,
que escuchandola estuvieron,
al sòn de acordadas lyras
la cantaron estos versos.
Enjugad Atandra
vuestros Soles negros,
que señala tristeza
si llora el Cielo.
Sol es vuestro amante,
ya venir le vemos,
pues vos sois su Oriente
al Oriente vuestro.
Si de essa belleza
el divino extremo
le cautivò el alma,
y aprisionò el cuerpo.
No juzgueis su amor
tan corto, y pequeño,
que no alargue el passo
acortando el tiempo.
No deis à essos Soles
tantos desconsuelos,
que señala tristeza
si llora el Cielo.

Con graves, y dulces ecos se acabò la musica, admirando los que no havian visto à la linda Doña Isabel la hermosura, y el donayre, dexandolos tan enamorados, como suspensos, no sabiendo que lugar le podian dar sino

Digitized by Google

sino Decima Musa; y si havian entrado con animo de murmurar; y censurar este Sarao, por atreverse en èl las Damas à ser contra los hombres, se les olvidò lo dañado de la intencion, con la dulce armonia de su voz, y la hermosa vista de su belleza, perdonando, por haverla visto, qualquiera ofensa que recibiessen de las demàs en sus desengaños: y viendo Laura la suspension de todos, diò principio de esta suerte.

Vivì tan dulcemente engañada, el tiempo que fui amada, y amè, de que me pudiesse dar la amable condicion de mi esposo, causa para saber, y especificar aora desengaños; que no sè si acertarè à darlos à nadie. Mas que por ciencia alcanzo, que de experiencia estoy muy agena; me parece que oy hay de todo, engañadas, y engañados, y pocos, ò ningunos, que acierten à desengañarse; y assi las mugeres se quexan de sus engaños, y los hombres de los suyos; y esto es porque no quieren dexar de estarlo, porque paladea tanto el gusto esto de amar, y ser amados, que aunque los desengaños se vean à los ojos, se dan por desentendidos, y hacen que no los conocen: si bien es verdad, que los que mas se cobran en ellos son los hombres, que como el ser mudables no es duelo, y se dexan llevar tanto de esta falta, que dan motivo à las mugeres, para que se quexen, y aun para que se venguen, sino que han elegido una venganza civil; y que fuera tanto mejor vengarse en las vidas, que no en las honras, como de quedar èllas con nombre de valerosas, y èllos con el castigo que su mudable condicion merece: porque no puedo imaginar, sino que el demonio las ha propuesto este modo de venganza, de que usan las que lo usan: porque barbara, si tu amante, ò marido te agravia, no ves, que en hacer tu lo mismo te agravias à ti misma, y das motivo para que si es marido, te quite la vida, y si es amante, diga mal de ti, no seas liviana, y si lo fuiste, mata à quien te hizo serlo, y no mates tu honra. De esto me parece que nace el tener los hombres motivo para decir mal de las mugeres, demàs, que como ya los hombres se precian de mudables, fuerza es que para seguir su condicion busquen las comunes, y creo que lo hacen de proposito por hallar ocasion para dexarlas: pues claro està que las hallaràn à cada passo, porque no quieren seguir otro exercicio, y les sabe mejor passear, que no hilar. Quien duda que à cada passo les daràn ocasion para que varien; y assi por esta parte à todos los culpo, y à todos los disculpo; por lo que no tienen los hombres disculpa, es por el hablar licenciosamente de èllas, pues les bas-

Digitized by Google

ta su delito, sin que èllos se le saquen à plaza; y lo peor es, que se descuydan, y las llevan à todas por un camino, sin mirar quanto se desdoran à si mismos, pues hallarèmos pocos, que no tengan muger, ò parienta, ò conocida à quien guardar decoro, ni de lo malo se puede decir bien, ni de lo bueno mal, mas la cortesìa harà mas que todo, diciendo bien de todas; à unas, porque son buenas, y à otras, por no ser descorteses. Quien duda, señores Cavalleros, que hay mugeres muy virtuosas, muy encerradas, y muy honestas. Direisme: Adonde estan? Y direis bien; porque como no las buscais, no las hallais, ni èllas se dexan buscar, ni hallar, y hablan de las que tratan, y dicen como les va con èlla: y assi en lugar de desengañar quisiera aconsejar, y pedirles, que aunque sean malas no las ultragen, y podrà ser, que assi las hagan buenas: y en verdad hermosas Damas, que fuera cosa bien parecida, que no huviera hombres muy nobles, muy sabios, muy cuerdos, y muy virtuosos: cierto es que los hay, y que no todos tratan engaños, ni hablan desenfrenadamente contra las mugeres, y los que lo hacen, digo que no le està à un hombre tan mal, obrar mal, como hablar mal; que hay cosas que son mejores para hechas, que para dichas. De suerte, que honrando, y alabando à las Damas, restauran la opinion perdida; pues tanto cuesta lo uno, como lo otro; y lo demàs es baxeza, y las Damas sean cuerdas, y recogidas, que con esto no havràn menester desengaños: que quien no se engaña, no tiene necessidad de desengañarse. Los rios, los prados, las Comedias, no son para cada dia, que se rompen muchos mantos, y vale cara la seda, vendanse à deseo, y veràn como èllas mismas hacen buenos à los hombres. En quanto à la crueldad, no hay duda, de que està assentada en el corazon del hombre, y esto nace de la dureza de èl, y pues ya este Sarao se empezò con dictamen de probar esto, y avisar à las mugeres para que teman, y escarmienten; pues conocen que todo cae sobre èllas, como se verà en el desengaño que aora dirè.

En una Ciudad cerca de la gran Sevilla, que no quiero nombrarla, porque aun viven oy deudos muy cercanos de Don Francisco, Cavallero principal, y rico, casado con una Dama su igual, hasta en la condicion. Este tenia una hermana de las hermosas mugeres que en toda la Andalucia se hallaba, cuya edad aun no llegaba à diez y ocho años. Pidiòsela por muger un Cavallero de la misma Ciudad no inferior à su calidad, ni menos rico, antes entiendo que le aventajaba en todo: pareciòle como era ra-

zon

zon à Don Francisco, que aquella dicha solo venia del Cielo, y muy contento con ella lo comunicò con su muger, y con Doña Inès su hermana; que como no tenia mas voluntad que la suya, y en quanto à la obediencia, y amor reverencial, le tuviesse en lugar de padre. Aceptò el casamiento, quizà no tanto por èl, quanto por salir de la rigurosa condicion de su cuñada, de lo cruel que imaginar se puede; de manera, que antes de dos meses se hallò, por salir de un cautiverio, puesta en otro martyrio: si bien con la dulzura de las caricias de su esposo, que hasta en esso à los principios no hay quien se la gane à los hombres, antes se dan tan buena maña, que tengo para mi, que las gastan todas al primer año, y despues como se hallan fallidos del caudal del agassajo, hacen morir à puras necessidades de èl à sus esposas, y quizà, y sin quizà, es lo cierto ser esto la causa, por donde èllas aborrecidas se empeñan en baxezas, con que èllos pierden el honor, y èllas la vida. Què espera un marido, ni un padre, ni un hermano; y hablando mas comunmente, un Galan de una Dama, si se vè aborrecida, y falta de lo que ha menester; y tras esso, poco agassajada, y estimada, sino una desdicha? O valgame Dios! Y que confiados son oy los hombres, pues no temen que lo que una muger desesperada harà, no lo harà el demonio: piensan que por velarlas, y zelarlas, se libran, y las apartan de travessuras, y se engañan; quieranlas, acaricienlas, y denlas lo que falta, y no las guarden, ni zelen, que èllas se guardaràn, y zelaràn, quando no sea de virtud, de obligacion: y valgame otra vez Dios, y que moneda tan falsa es ya la voluntad, que no passa, ni vale, sino el primer dia, y luego no hay quien sepa su valor. No le sucediò por esta parte à Doña Inès la desdicha, porque su esposo hacia la estimacion de èlla que merecia su valor, y hermosura, por èsta le vino la desgracia, porque siempre la belleza anda en passos de ella. Gozaba la bella Dama una vida gustosa, y descansada, como quien entrò en tan florida hacienda; con un marido lindo de talle, y mejor condicion, si le duràra; mas quando sigue à uno una adversa suerte, por mas que haga se librarà de ella; y fuè, que siendo doncella, jamàs fuè vista, por la terrible condicion de su hermano, y cuñada; mas ya casada, ò ya acompañada de su esposo, ò ya con las parientas, y amigas, salia à las holguras, visitas, y fiestas de la Ciudad; fuè vista de todos; unos alabando su hermosura, y la dicha de su marido en merecerla; y otros embidiandola, y sintiendo no haverla escogido para sì, y otros amandola inclita, deshonestamente,

pa-

Digitized by Google

pareciendoles que con sus dineros, y galanterìas la grangearian para gozarla: uno de estos fuè D. Diego, Cavallero mozo, rico, y libre, que à costa de su gruessa hacienda, no solo havia grangeado el nombre, y lugar de Cavallero, mas que no se le iban por alto, ni por remontadas las mas hermosas garzas de la Ciudad. Este de ver la peligrosa ocasion, se admirò, y de admirarse se enamorò, y debiò por lo presente de ser de veras, que hay hombres que se enamoran de burlas, pues con tan loca desesperacion, mostraba, y daba à entender su amor en la continua assistencia en su calle, en Iglesias, y en todas las partes que podia seguirla: amaba en fin sin juìcio, pues no atendia à la pèrdida que podia resultar al honor de Doña Inès, con tan publicos galanteos: no reparaba la inocente Dama en ellos; lo uno por parecerla, que con su honestidad podia vencer qualesquiera deseos lascivos de quantos le veìan: y lo otro, porque en su calle vivian sujetos, no solo hermosos, mas hermosissimos, à quien imaginaba dirigia D. Diego su assistencia; solo amaba à su marido, y con este descuydo, ni se escondia si estaba en el balcon, ni dexaba de assistir à las musicas, y demàs finezas de D. Diego, pareciendole iban dirigidos à una de dos Damas, que vivian mas abaxo de su casa, doncellas, y hermosas, mas con libertad. Don Diego cantaba, y tenia otras habilidades, que ocasiona la ociosidad de los mozos ricos, y sin padres que los sujeten; y las veces que se ofrecia, daba muestras de ella en la calle de Doña Inès, y èlla, y sus criadas, y su mismo marido salian à oirlas, como he dicho, creyendo se dirigian à diferente sugeto, que à imaginar otra cosa; de creer es, que pusiera estorvo al dexarse ver: en fin con esta buena fee passaban todos, haciendo gala del boveamiento de Don Diego, que cantò: quando su esposo de Doña Inès, ò sus criados se vian, daba à entender lo mismo que ellos pensaban, y con este cuydado, descuydado, cantò una noche, sentado à la puerta de las dichas Damas este Romance.

Como la madre à quien falte
el tierno, y amado hijo,
assi estoy quando no os veo,
dulcissimo dueño mio.

Los ojos en vuestra ausencia
son dos caudalosos rios,
y el pensamiento sin vos
un confuso laberinto.

Adonde estais, que no os veo,
prendas, que en el alma estimo;
què Oriente goza essos rayos,
ò què venturosos Indios?

Si en los brazos del Aurora
està el Sol alegre, y rico,
decid, siendo vos mi Aurora,
como no estais en los mios?

Salìs,

Digitized by Google

Salìs, y os poneis sin mi,
Ocaso triste me pinto,
triste Noruega parezco,
tormento en que muero, y vivo.
Amaros, no es culpa, no,
adoraros, no es delito,
si el amor dora los yerros,
que dorados son los mios.
No viva yo si ha llegado
à los amorosas quicios
de las puertas de mi alma
pesar de haveros querido.
Aora, que no me oìs
habla mi amor atrevido;
y quando os veo, enmudezco,
sin poder mi amor deciros.
Quisiera que vuestros ojos,
conocieran de los mios,
lo que no dice la lengua,
que està para hablar sin brios.
Y luego que os escondeis
atormento los sentidos,
por haver callado tanto,
diciendo lo que os estimo.
Mas porque no lo ignoreis,
siempre vuestro me eternizo;
siglos durarà mi amor,
pues para vuestro he nacido.

Alabò Doña Inès, y su esposo el Romance, porque como no entendia que èlla era la causa de las bien cantadas, y lloradas penas de Don Diego, no se sentia agraviada, que à imaginarlo, es de creer que no lo consintiera: pues viendose el mal correspondido Cavallero cada dia peor, y que no daba un passo adelante en su pretension, andaba confuso, y triste, no sabiendo como descubrirse à la Dama, temiendo de su indignacion alguna aspera, y cruel respuesta: pues andando, como digo, una muger que vivia en la misma calle, en un aposento, enfrente de la casa de la Dama, algo mas abaxo; no el cuydado de Don Diego, con mas sentimiento que Doña Inès, y luego conociò el juego, y un dia que le viò passar le llamò, y con cariñosas razones le procurò sacar la causa de sus desvelos. Al principio negò Don Diego su amor, por no fiarse de la muger, mas èlla como astuta, y que no debia de ser la primera que havia hecho, le dixo, que no se lo negasse, que èlla conocia mediatamente su pena; y que si alguna en el mundo le podia dar remedio, era èlla, porque su señora Doña Inès le hacia mucha merced, dandole entrada en su casa, y comunicando con èlla sus mas escondidos secretos, porque la conocia desde antes de casarse, estando en casa de su hermano. Finalmente èlla lo pintò tan bien, y con tan finos colores que D. Diego casi pensò si era echada por parte de la Dama, por haver notado su cuydado; y con este loco pensamiento, à pocas bueltas que este astuto verdugo le diò, confessò de plano toda su voluntad, pidiendola diesse à entender à la Dama su amor, ofreciendole si se via admitido gran-

Digitized by Google

grande interès; y para engolosinarla mas, quitandose una cadena que trahia puesta, se la diò: era rico, y deseaba alcanzar; y assi no reparaba en nada: èlla la recibiò, y le dixo descuydasse, y que anduviesse por alli, que èlla le avisaria en teniendo negociado; que no queria que nadie le viesse hablar con èlla, porque no cayessen en alguna malicia; pues ido Don Diego, muy contenta la mala muger, se fuè en casa de unas mugeres de obscura vida, que èlla conocia, y escogiendo entre èllas una la mas hermosa, y que assi en el cuerpo, y garbo pareciesse à Doña Inès, y llevòla à su casa, comunicando con èlla el engaño que queria hacer, y escondiendola donde de nadie fuesse vista, passò en casa de Doña Inès, y diciendo à las criadas dixessen à su señora, que una vecina de enfrente la queria hablar, que sabido por Doña Inès, la mandò entrar, y èlla con la arenga, y labia necessaria, de que la mugercilla no carecia. Despues de haverle besado la mano le suplicò le hiciesse merced de prestarle por dos dias, aquel vestido que trahia puesto, y que se quedasse en prenda de èl aquella cadena, que era la misma que le havia dado D. Diego, porque casaba una sobrina. No anduvo muy descaminada en pedir aquel que trahia puesto, porque como era el que Doña Inès ordinariamente trahia, que era de damasco pardo, pudiesse Don Diego dexarse llevar de su engaño. Doña Inès era afable, y como la conociò por vecina de la calle, le respondiò, que aquel vestido estaba ya ajado de traherle continuo, que otro mejor le daria. No mi señora, dixo la engañosa muger, este basta, que no quiero que sea demasiadamente costoso, que parecerà (lo que es) que no es suyo, y los pobres tambien tenemos reputacion; y quiero yo que los que se hallàren à la boda, piensen que es suyo, y no prestado. Riòse Doña Inès, alabando el pensamiento de la muger, y mandando traher otro se le puso, desnudandose aquel, y dandosele à la dicha, que le tomò contentissima, dexando en prendas la cadena, que Doña Inès tomò por quedar segura, pues apenas conociò à la que le llevaba, que fuè con èl mas contenta, que si llevàra un tesoro. Con esto aguardò à que viniesse Don Diego, que no fuè nada descuydado, y èlla con alegre rostro le recibiò, diciendo: Esto si que es saber negociar Cavallerito, bovillo, si no fuera por mi, toda tu vida te pudieras andar tragando saliva sin remedio; ya hablè à tu Dama, y la dexè mas blanda que una madexa de seda floxa; y para que veas lo que me debes, y en la obligacion que me estàs, esta noche à la Oracion aguarda à la puerta de tu casa,

que

Digitized by Google

que èlla, y yo te irèmos à hacer una visita, porque es quando su marido se va à jugar à una casa de conversacion, donde està hasta las diez; mas dice, que por el decoro de una muger de su calidad, y casada, no quiere ser vista, que no haya criados, ni luz, sino muy apartada, ò que no la haya, mas yo que soy muy apretada de corazon me morirè si estoy à escuras, y assi podràs apercibir un farolillo que dè luz, y estè sin ella la parte donde huvieres de hablarla. Todo esto hacia porque pudiesse Don Diego reconocer el vestido, y no el rostro, y se engañasse; mas bolviase loco el enamorado mozo, abrazaba à la falsa, y cautelosa tercera, ofreciendola de nuevo suma de interès, dandole quanto consigo trahia. En fin, èl se fuè à aguardar su dicha, y èlla, èl ido, vistiò à la moza, que tenia apercibida el vestido de la desdichada Doña Inès, tocandola, y aderezandola al modo que la Dama andaba; y pusola de modo, que mirado algo à lo escuro, parecia la misma Doña Inès, muy contenta de haverse salido tan bien la invencion, que èlla misma, con saber la verdad, se engañaba. Poco antes de anochecer se fueron en casa de Don Diego, que las estaba aguardando à la puerta, haciendosele los instantes siglos; que viendolas, y reconociendo el vestido, por haversele visto ordinariamente à Doña Inès, como en el talle le parecia, y venia tapada, y era ya quando cerraba la noche, la tuvo por èlla; loco de contento las recibiò, y entrò en un quarto baxo, donde no havia mas luz que la de un farol que estaba en el antesala, y à esta, y à una alcoba que en ella havia, no se comunicaba mas que el resplandor que entraba por la puerta. Quedòse la vil tercera en la sala de afuera, y Don Diego, tomando por la mano à su fingida Doña Inès, se fueron à sentar sobre una cama de damasco, que estaba en el alcoba. Gran rato se passò en engrandecer D. Diego la dicha de haver merecido tal favor, y la fingida Doña Inès bien instruìda en lo que havia de hacer en responderle à proposito, encareciendole el haver venido, y vencido los inconvenientes de su honor, marido, y casa, con otras cosas que mas gusto les estaba, donde Don Diego, bien ciego en su engaño, llegò al colmo de los favores, que tantos desvelos le havian costado el desearlos, y alcanzarlos, quedando muy mas enamorado de su Doña Inès, que antes; entendida era la que hacia el papel de Doña Inès, y representabale tan al proprio, que en D. Diego puso mayores obligaciones; y assi cargandola de joyas de valor, y à la tercera de dinero, viendo ser la hora conveniente para llevar adelante su inven-

Digitized by Google

vencion, se despidieron, rogando el galan à su amada señora, que le viesse presto, y èlla prometiendole, que sin salir de casa la aguardasse cada noche desde la hora que havia dicho, hasta las diez, que si huviesse lugar, no le perderia: èl se quedò gozosissimo, y èllas se fueron à su casa contentas, y aprovechadas à costa de la opinion de la inocente, y descuydada Doña Inès. De esta suerte le visitaron algunas veces, en quince dias que tuvieron el vestido; que con quanto supieron, ò fuesse, que Dios, porque se descubriesse un caso como este, ò que temor de que D. Diego no reconociesse con el tiempo, que no era la verdadera Doña Inès la que gozaba, no se previnieron de otro vestido, como con el que les servia de disfraz; y viendo era tiempo de bolver à su dueño, la ultima noche que se vieron con Don Diego, le dieron à entender, que su marido havia dado en recogerse temprano, y era fuerza por algunos dias recatarse, por parecerles andaba algo cuydadoso, y que era fuerza asseguarle, que en haviendo ocasion de verle no la perderian; se despidieron, quedando D. Diego tan triste, como alegre quando la primera vez la viò. Con esto se bolviò el vestido à Doña Inès; y la fingida, y la tercera partieron la ganancia, muy contentas con la burla. Don Diego muy triste, passeaba la calle de Doña Inès, y muchas veces que la via, aunque notaba el descuydo de la Dama, juzgavalo à recato, y sufrialo sin atreverse à mas que à mirarla, otras hablaba con la tercera, que havia sido de su gloria; y èlla unas veces le decia, que no tenia lugar, por andar su marido cuydadoso; otras, que buscaria ocasion para verle, hasta que un dia, viendose importunada de Don Diego, y que le pedia llevasse à Doña Inès un papel, le dixo, no se cansasse, porque la Dama, ò por miedo de su esposo, ò que se havia arrepentido, porque no consentia la hablasse en essas cosas; y aun llegaba à mas, que la negaba la entrada en su casa, mandando à las criadas no la dexassen entrar. En esto se ve quan mal la mentira se puede disfrazar en trage de verdad; y si lo hace es por poco tiempo. Quedò el triste D. Diego con esso tal, que fuè milagro no perder el juicio; y en mitad de sus penas, por ver si podia hallar alivio en ellas, se determinò en hablar à Doña Inès, y saber de èlla misma la causa del tal desamor, y tan repentino; y assi no faltaba de dia, ni de noche de la calle, hasta hallar ocasion de hacerlo, pues un dia que la viò ir à Missa sin su esposo (novedad grande, porque siempre la acompañaba) la siguiò hasta la Iglesia; y arrodillandose junto à èlla, lo mas passo que pudo, si bien con gran-

Digitized by Google

grande turbacion, le dixo: Es possible, señora mia, que vuestro amor fuesse tan corto, y mis meritos tan pequeños, que apenas naciò, quando muriò; como es possible, que mi agassajo fuesse de tan poco valor, y vuestra voluntad tan mudable, que siquiera bien hallada en mis cariños, no huviera echado algunas raices, para siquiera tener en la memoria quantas veces os nombrasteis mia, y yo me ofrecì por esclavo vuestro: si las mugeres de calidad dan mal pago, què se puede esperar de las comunes? Si acaso este desden nace de haver andado corto en serviros, y regalaros, vos haveis tenido la culpa, que quien os rindiò lo poco, os huviera hecho dueño de lo mucho, si no os huviessedes retirado tan cruel, que aun quando os miro no os dignais de favorecerme con vuestros hermosos ojos, como si quando os tuve en mis brazos, no juraràis mil veces por ellos, que no me olvidariais. Mirole Doña Inès, admirada de lo que decia, y dixo: Què decis, señor, delirais, ò teneisme por otra? Quando estuve en vuestros brazos, ni jurè de no olvidaros, ni recibì agassajos, ni me hicisteis cariños; porque mal puedo olvidar lo que jamàs me ha acordado, ni como puedo amar, ni aborrecer lo que nunca amè? Pues como, replicò Don Diego, aun quereis negar, que no me haveis visto, ni hablado; decid que estais arrepentida de haver ido à mi casa, y no lo negueis, porque no lo podrà negar el vestido que traheis puesto, que es el mismo que llevasteis, ni lo negarà fulana, vecina de enfrente de vuestra casa, que fuè con vos: (cuerda, y discreta era Doña Inès) y oyendo del vestido, y muger, aunque turbada, y medio muerta de un caso tan grave, cayò en lo que podia ser; y bolviendo à D. Diego le dixo: Quanto havrà esso que decis? Poco mas de un mes, replicò èl; con lo qual Doña Inès acabò de todo punto de creer, que el tiempo que el vestido estuvo prestado à la misma muger la havian hecho algun otro; y por averiguarlo mejor, dixo: Aora, señor, no es tiempo de hablar mas en esto, mi marido ha de partir mañana à Sevilla à la cobranza de unos pesos que le han venido de las Indias; de manera, que à la tarde estad en mi calle, que yo os harè llamar, y hablaremos largo sobre esto que me haveis dicho, y no digais nada de essa muger, que importa encubrirlo de ella. Con esto Don Diego se fuè muy gustoso, por haver negociado tan bien quanto Doña Ines quedò triste, y confusa. Finalmente, su marido se fuè otro dia, como ella dixo, y luego Doña Inès embiò à llamar al Corregidor, y venido le puso en parte donde pudiesse oir lo

que

Digitized by Google

que passaba, diciendole convenia à su honor que fuesse testigo, y Juez de un caso de mucha gravedad; y llamando à D. Diego, que no se havia descuydado, le dixo estas razones. Cierto, señor Don Diego, que me dexasteis ayer puesta en tanta confusion, que si no huviera permitido Dios la ausencia de mi esposo en esta ocasion, que con ella he de averiguar la verdad, y sacaros del engaño, y error en que estais, que pienso que huviera perdìdo el juicio, ò yo misma me huviera quitado la vida; y puesto que tenemos ocasion tan oportuna, os suplico me digais muy por entero, y de espacio, lo que ayer me dixisteis de passo en la Iglesia. Admirado Don Diego de sus razones, le contò quanto con aquella muger le havia passado, las veces que havia estado en su casa, las palabras que le havia dicho, las joyas que le havia dado; à que Doña Inès admirada, satisfizo, y contò, como esse tiempo havia estado el vestido en poder de essa muger, y como le havia dexado en prenda una cadena, atestiguando con sus criadas la verdad; y como ella no havia faltado de su casa, ni su marido iba à ninguna casa de conversacion, antes se recogia con el dia, y que ni conocia tal muger, sino de verla à la puerta de su casa, ni la havia hablado, ni entrado en ella en su vida, con lo qual D. Diego quedò embelesado, como los que han visto visiones, y corrido de la burla que de èl se hizo, y aun mas enamorado de Doña Inès que antes. A esto saliò el Corregidor, y juntos fueron en casa de la desdichada tercera, que al punto confessò la verdad de todo, entregando algunas de las joyas que le havian tocado de la particion, y la cadena que se bolviò à Don Diego, grangeando de la burla ducientos azotes, por infamadora de mugeres principales, y honradas, y mas desterrada por seis años de la Ciudad, no declarandose mas el caso por la opinion de Doña Inès, con que la Dama quedò satisfecha en parte, y Don Diego mas perdìdo que antes, bolviendo de nuevo à sus pretensiones, passeos, y musicas; y esto con mas confianza, pareciendole, que ya havia menos que hacer, supuesto que la Dama sabìa su amor, no desesperando de la conquista, pues tenia caminado lo mas; y lo que mas le diò de animar fuè; no creer, que no havia sido Doña Inès la que havia gozado, pues aunque se averiguò la verdad con tan fieles testigos, y que la misma tercera lo confessò; con todo debiò de entender havia sido fraude, y que arrepentida Doña Inès lo havia negado, y la muger de miedo se havia sujetado à la pena. Con este pensamiento la galanteaba muy atrevido, siguiendola si

sa-

Digitized by Google

salia fuera, hablandola si hallaba ocasion; con lo que Doña Inès aborrecida, ni aun à Missa, ni se dexaba ver del atrevido mozo, que con la ausencia de su marido se tomaba mas licencia que era menester; de suerte que la perseguida señora aun la puerta no consentia que se abriesse, porque no llegasse su descomedimiento à entrarse en su casa; mas ya desesperada, y resuelta à vengarse por este Soneto, que una noche cantò en su calle, sucediò lo que luego se dirà.

Dueño querido, si en el alma mia
alguna parte libre se ha quedado,
oy de nuevo à tu imperio la he postrado,
rendido à tu hermosura, y gallardia.
Dichoso soy desde aquel dulce dia,
que con tantos favores quedè honrado,
instantes à mis ojos he juzgado
las horas que gocè tu compañia.
O si fueran verdad los fingimientos
de los encantos, que en la edad primera
han dado tanta fuerza à los engaños.
Ya se vieran logrados mis intentos,
si de los Dioses merecer pudiera
encantado gozarte muchos años.

Sintiò tanto Doña Inès entender, que aun no estaba D. Diego cierto de la burla que aquella engañosa muger le havia hecho en desdoro de su honor, que al punto le embiò à decir con una criada, que supuesto que ya sus atrevimientos passaban à desverguenzas, que se fuesse con Dios, sin andar haciendo escandalos, ni publicando locuras, sino que le prometia, como quien era, de hacerle matar. Sintiò tanto el mal aconsejado mozo esto, que como desesperado, con mortales basças, se fuè à su casa, donde estuvo muchos dias en la cama con una peligrosa enfermedad, acompañada de tan cruel melancolia, que parecia quererse le acabar la vida, y viendose morir de pena, haviendo oìdo decir, que en la Ciudad havia un Moro gran hechicero, y nigromantico, le hizo buscar, y que se le traxessen, para obligar con encantos, y hechicerias à que le quisiesse Doña Inès. Hallado el Moro, y trahido, se encerrò con èl, dandole larga cuenta de sus amores, tan desdichados, como atrevidos, pidiendole remedio contra el desamor, y desprecio que hacia de èl su Dama, tan hermosa, como ingrata. El Nigromantico Agareno le prometiò, que dentro de

Digitized by Google

tres dias se haria con que la misma Dama se le viniesse à su poder, como lo hizo; que como agenos de nuestra Catholica Fè, nò les es dificultoso, con aprenios que hacen al demonio, aun en cosas de mas calidad, porque passados los tres dias, vino, y le traxo una imagen de la misma figura, y rostro de Doña Inès, que por sus arras la havia copiado al natural, como si la tuviera presente. Tenia en el remate del tocado una vela de la medida, y proporcion de una buxia de un quarteron de cera verde, la figura de Doña Inès estaba desnuda, y las manos puestas sobre el corazon que tenia descubierto, clavado por èl un alfiler grande dorado à modo de saeta: porque en lugar de la cabeza tenia una forma de plumas del mismo metal, y parecia que la Dama queria sacarle con las manos que tenia encaminadas à èl. Dixole el Moro, que en estando solo pusiesse aquella figura sobre un bufete, y que encendiesse la vela que estaba sobre la cabeza, que sin falta ninguna vendria luego la Dama, y que estaria el tiempo que èl quisiesse, mientras èl no le dixesse que se fuesse, que quando la embiasse no matasse la vela, que en estando la Dama en su casa se moriria por sì misma, que si la mataba antes que ella se apagasse, correria riesgo la vida de la Dama; y assimismo, que no tuviesse miedo de que la vela se acabasse, aunque ardiesse un año entero; porque estaba formada por tal arte, que duraria eternamente, mientras que en la noche del Bautista no la echasse en una hoguera bien encendida, que D. Diego, aunque no muy seguro de que serìa verdad lo que el Moro le asseguraba, contentissimo, quando no por las esperanzas que tenia, por ver en la figura el natural retrato de su natural enemiga, con tanta perfeccion, y naturales colores, que si como no era de mas del alto de media vara, fuera de la altura de una muger, creo que con ella olvidàra el natural original de Doña Inès, à imitacion del que se enamorò de otra pintura, y de un arbol. Pagòle al Moro bien à su gusto el trabajo; y despedido de èl, aguardaba la noche, como si esperàra la vida; y todo el tiempo que venia se dilatò en tanto, que se recogia la gente, y una hermana suya viuda que tenia en casa, y le assistia à su regalo, se le hacia una eternidad; tal era el deseo que tenia de experimentar el encanto, pues recogida la gente, èl se desnudò para acostarse, y dexando la puerta de la sala no mas de apretada, que assi se lo advirtiò el Moro, porque las de la calle nunca se cerraban por havèr en la casa mas vecindad: encendiò la vela, y poniendola sobre el bufete se acostò,

Digitized by Google

tò, contemplando à la luz que daba la belleza del retrato, que como la vela empezò à arder, la descuydada Doña Inès, que estaba ya acostada, y su casa, y gente recogida, porque su marido aun no havia buelto de Sevilla, por haverse recrecido à sus cobranzas algunos pleytos, privada con la fuerza del encanto, y de la vela que ardia, de su juicio; y en fin forzada de algun espiritu diabolico que governaba aquello, se levantò de su cama, y poniendose unos zapatos que tenia junto à ella, y un fandellin que estaba con sus vestidos sobre un taburete, tomò la llave que tenia debaxo de su cabecera, y saliendo fuera abriò la puerta de su quarto, y juntandola en saliendo, y mal torciendo la llave, se saliò à la calle, y fuè en casa de Don Diego, que aunque ella no sabìa quien la guiaba, la supo llevar, y como hallò la puerta abierta, se entrò, sin hablar palabra, ni mirar en nada, se puso dentro de la cama donde estaba Don Diego, que viendo un caso tan maravilloso, quedò fuera de sì, mas levantandose, y cerrando la puerta se bolviò à la cama, diciendo: Quando, hermosa señora mia, merecì yo tal favor? Aora si que doy mis penas por bien empleadas: Decidme, por Dios, si estoy durmiendo, y sueño este bien, ò si tan dichoso, que despierto, y en mi juicio os tengo en mis brazos! A esto, y otras muchas cosas que Don Diego le decia, Doña Inès no respondia palabra, que viendo esto el amante algo pesaroso, por parecerle que Doña Inès estaba fuera de su sentido, con el maldito encanto, y que no tenia facultad para hablar, teniendo aquellos, aunque favores, por muertos, conociendo claro, que si la Dama estuviera en su juicio no se los hiciera: como era la verdad, que antes passàra por la muerte, quiso gozar el tiempo, y la ocasion, remitiendo à las obras las palabras. De esta suerte la tuvo gran parte de la noche, hasta que viendo ser hora se levantò, y abriendo la puerta, la dixo: Señora mia, mirad, que es ya hora de que os vais; y en diciendo esto, la Dama se levantò, y poniendose su faldellin, y calzandose, sin hablar palabra, se saliò por la puerta, y bolviò à su casa, y llegando à ella abriò, y buelto à cerrar, sin haverla sentido nadie, ò por estar vencidos del sueño, ò porque participaban todos del encanto, se echò en su cama, que luego de estar en ella, la vela que estaba en casa de Don Diego ardiendo, se apagò, como si con un soplo la matàran, dexando à Don Diego mucho mas admirado, que no acababa de santiguarse, aunque lo hacia muchas veces, y si el acedio de ver todo aquello era violento, y no le templàra, se bolviera loco de

Digitized by Google

alegria: eſtèſe con ella lo que le durare, y vamos à Doña Inès, que como eſtuvo en ſu cama, y la vela ſe apagò, le pareciò, cobrando el perdido ſentido, que deſpertaba de un profundo ſueño; ſi bien acordandoſe de lo que le havia ſucedido, juzgaba que todo le havia paſſado ſoñando, y muy afligida de tan deſcompueſtos ſueños ſe reprehendia à ſi miſma, diciendo: Què es eſto, deſdichada de mi! Pues quando he dado yo lugar à mi imaginacion, para que me repreſente coſas tan agenas de mi, ò que penſamientos ilicitos he tenido yo con eſte hombre, para que de ellos hayan nacido tan enormes, y deshoneſtos efectos? Ay de mi! Què es eſto, ò què remedio tendrè para olvidar coſas ſemejantes! Con eſto, llorando, y con gran deſconſuelo paſſò la noche, y el dia que ya ſobre tarde ſe ſaliò à un balcon por divertir algo ſu enmarañada memoria. Al tiempo que Don Diego, aun no creyendo fueſſe verdad lo ſucedido, paſſò por la calle para ver ſi la veia, y fuè al tiempo, como he dicho, eſtaba en el balcon; y viendola el galan quebrada de color, y triſte, conociendo de que procedia el tal accidente, ſe perſuadiò à dar credito à lo ſucedido; mas Doña Inès en el punto que le viò, quitandoſe del balcon, lo cerrò con mucho enojo, en cuya faccion conociò D. Diego, que Doña Inès iba à ſu caſa privada de todo ſentido, y que ſu triſteza procedia ſi acaſo como en ſueños ſe acordaba de lo que con èl havia paſſado, ſi bien viendolo con la colera que ſe quitò del balcon, ſe puede creer que la diria: Cerrad ſeñora, que à la noche yo os obligarè à que me buſqueis. De eſta ſuerte paſſò Don Diego mas de un mes llevando à ſu Dama la noche que le daba guſto à ſu caſa, con lo que la pobre ſeñora andaba tan triſte, y caſi aſſombrada de ver que no ſe podia librar de tan deſcompueſtos ſueños, que tal creìa que eran, ni por encomendarſe à Dios, como lo hacia, ni por acudir à menudo à ſu Confeſſor, que la conſolaba quanto era poſſible, y deſeaba que vinieſſe ſu marido, por ver ſi con èl podia remediar ſu triſteza, y ya determinada, ò à embiarle à llamar, ò à perſuadirle la dieſſe licencia para irſe con èl. Le ſucediò lo que abra oìreis, y fuè: que una noche, que por ſer de las caluroſas del Verano, muy ſerena, y apacible con la Luna hermoſa, y clara, Don Diego encendiò ſu encantada vela, y Doña Inès, que por ſer ya tarde eſtaba acoſtada, aunque dilataba el ſujetarſe al ſueño, por no rendirſe à los malignos ſueños, que ella creìa ſer, lo que no era ſino la pura verdad. Canſada de deſvelarſe ſe adormeciò, y obrando en ella

Digitized by Google

ella el encanto, despertò despavorida, y levantandose, fuè à buscar el faldellin, que no hallandole, por haver las criadas llevado los vestidos para limpiarlos; assi en camisa, como estaba, se saliò à la calle, è yendo encaminada à la casa de Don Diego, encontrò con ella el Corregidor, que con todos sus Ministros de Justicia venia de ronda, y con èl D. Francisco su hermano, que haviendole encontrado, gustò de acompañarle, por ser su amigo, y como viessen aquella muger en camisa, tan à passo tirado, la dieron voces, que se detuviesse, mas ella callaba, y andaba à toda diligencia, como quien era llevada del espiritu maligno: Tanto, que los obligò à ellos à alargar el passo por diligenciar el alcanzarla, mas quando lo hicieron, fuè quando Doña Inès estaba ya en la sala, que entrando los unos, y los otros, ella se fuè à la cama donde estaba D. Diego, y ellos à la figura que estaba en la mesa con la vela encendida en la cabeza, que como D. Diego viò el fracaso, y desdicha, temeroso de que si mataban la vela Doña Inès padeceria el mismo riesgo; saltando de la cama, les diò voces, que no matassen la vela, que se quedaria muerta aquella muger, y buelto à ella, le dixo: Idos, señora, con Dios, que ya tuvo fin este encanto; y vos, y yo el castigo de nuestro delito, por vos me pesa, que inocente padecereis: y esto lo decia por haver visto à su hermano al lado del Corregidor. Levantòse, dicho esto, Doña Inès, y como havia venido se bolviò à ir, haviendola al salir todos reconocido, y tambien su hermano, que fuè bien menester la autoridad, y presencia del Corregidor, para que en ella, y en D. Diego no tomasse la justa venganza, que à su parecer merecian: mandò el Corregidor, que fuessen la mitad de sus Ministros con Doña Inès, y que viendo en que paraba su embelezamiento, no se apartassen de ella, hasta que èl mandasse otra cosa, sino que bolviesse uno à darle cuenta de todo; y viendo que de alli à poco la vela se matò repentinamente, le dixo al infelice Don Diego: Ah señor! Y como pudierades haver escarmentado en la burla passada, y no poneros en tan costosas veras. Con esto aguardaron el aviso de los que havian ido con Doña Inès, que como llegò à su casa, y abriò la puerta, que no estaba mas de apretada, y entrò, y todos con ella, bolviò à cerrar, y se fuè à su cama, echandose en ella, y como à este mismo punto se apagasse la vela, ella despertò del embelesamiento, y dando un grande grito, como se viò cercada de aquellos hombres, y conociendo ser Ministros de Justicia, les dixo: Que, què buscaban en

Digitized by Google

ſu caſa, ò por donde havian entrado, ſupueſto que ella tenia la llave? Ay deſdichada ſeñora, dixo uno de ellos, y como haveis eſtado ſin ſentido, pues eſſo preguntais. A eſto, y al grito de Doña Inès havian ya ſalido las criadas alborotadas, tanto de oìr dar voces à ſu ſeñora, como de ver alli tanta gente; proſiguiendo el que havia empezado, le contò à Doña Inès quanto havia ſucedido deſde que la havian encontrado, haſta el punto en que eſtaba, y como à todo ſe havia hallado ſu hermano preſente, que oìdo por la triſte, y deſdichada Dama, fuè milagro no perder la vida. En fin, porque no ſe deſeſperaſſe, ſegun las coſas que hacia, y decia, y las hermoſas lagrimas que derramaba, ſacandoſe à manojos ſus cabellos. Embiaron à aviſar al Corregidor de todo, diciendole ordenaſſe lo que ſe havia de hacer, el qual haviendo tomado ſu confeſſion à D. Diego, èl dixo la verdad del caſo, declarando como Doña Inès eſtaba inocente, pues privado ſu entendimiento, y ſentido con la fuerza del encanto, venia, como havian viſto, con que ſu hermano moſtrò aſſegurar ſu paſſion, aunque otra coſa le quedò en el penſamiento. Con eſto mandò el Corregidor poner à Don Diego en la carcel à buen recaudo, y tomando la encantada figura, ſe fueron à caſa de Doña Inès, à la qual hallaron haciendo las laſtimas dichas, ſin que ſus criadas, ni los demàs fueſſen parte para conſolarla, que à haver quedado ſola ſe huviera quitado la vida. Eſtaba ya veſtida, y arrojada ſobre un eſtrado, alcanzandoſe un deſmayo à otro, y una congoxa à otra, que como viò al Corregidor, y à ſu hermano, ſe arrojò à ſus pies, pidiendole que la mataſſe, pues havia ſido tan mala, que aunque ſin ſu voluntad havia manchado ſu honor. D. Franciſco, moſtrando en ſu exterior piedad, ſi bien en lo interior eſtaba vertiendo ponzoña, y crueldad, la levantò, y abrazò, teniendoſelo todos à nobleza, y el Corregidor le dixo: Soſſegaos ſeñora, que vueſtro delito no merece la pena que vos pedìs, pues no lo es, ſupueſto que vos no erais parte para no hacerlo; y algo mas quieta la deſdichada Dama mandò el Corregidor, ſin que ella lo ſupiera, ſe ſalieſſen fuera, y encendieſſen la vela, que apenas fuè hecho, quando ſe levantò, y ſe ſaliò adonde la vela eſtaba encendida, y en diciendole, que ya era hora de irſe, ſe bolvia à ſu aſſiento, y la vela ſe apagaba, y ella bolvia como de ſueño. Eſto hicieron muchas veces, mudando la vela à diferentes partes, haſta bolver con ella en caſa de Don Diego, y encenderla alli, y luego Doña Inès ſe iba allà de la manera que eſtaba, y aunque la hablaban no reſ-

Digitized by Google

respondia, con que averiguado el caso, assegurandola, y acabando de aquietar à su hermano, que estaba mas sin juicio que ella, mas por entonces dissimulò, antes èl era el que mas la disculpaba, dexandola el Corregidor dos guardas, mas por amparo, que por prision, pues ella no la merecia, se fuè cada uno à su casa admirados del sucesso. Don Francisco se recogiò à la suya, loco de pena, contando à su muger lo que passaba, que como al fin cuñada, decia, que Doña Inès debia de fingir el embelesamiento por quedar libre de culpa; su marido, que havia pensado lo mismo, fuè de su parecer, y al punto despachò un criado à Sevilla, con una carta à su cuñado, diciendole en ella, dexasse todas sus ocupaciones, y se viniesse al punto, que importaba al honor de entrambos, y que fuesse tan secreto, que no supiesse nadie su venida, ni en su casa hasta que se viesse con el: el Corregidor otro dia buscò al Moro que havia hecho el hechizo, mas no pareciò. Divulgòse el caso por la Ciudad, y sabido por la Inquisicion, pidiò el preso, que le fuè entregado con el processo ya sustanciado, y puesto como havia de estar, que llevado à su carcel, y de ella à la Suprema, no pareciò mas, y no fuè pequeña piedad, castigarle en secreto, pues al fin èl havia de morir à manos del marido, y hermano de Doña Inès, supuesto que el delito cometido, no merecia menor castigo. Llegò el Correo à Sevilla, y diò la carta à Don Alonso, que como viò lo que en ella se le ordenaba, bien confuso, y temeroso de que serìan flaquezas de de Doña Inès, se puso en camino, y à largas jornadas llegò à casa de su cuñado, con tanto secreto, que nadie supo su venida, y sabido todo el caso como havia sucedido, entre todos tres havia diferentes pareceres, sobre que genero de muerte darian à la inocente, y desdichada Doña Inès, que aun quando de voluntad fuera culpada la bastàra por pena de su delito la que tenia, quanto, y mas haviendole cometido como estaba averiguado; y de quien mas pondero la crueldad, es de la traydora cuñada, que siquiera por ser muger podria tener piedad de ella. Acordado en fin el modo, Don Alonso dissimulando su dañada intencion, se fuè à su casa, y con caricias, y halagos le asseguròs haciendo èl mismo de modo, que la triste Doña Inès ya mas quieta, viendo que su marido havia creìdo la verdad, y estaba seguro de su inocencia; porque haverselo encubierto era imposible, segun estaba el caso publico, se recobrò de su pèrdida, y si bien avergonzada de su desdicha, apenas ossaba mirarle, se moderò

Digitized by Google

en sus sentimientos, y lagrimas. Con esto passó algunos dias donde un dia, con mucha afabilidad, le dixo el cautaloso marido, como su hermano, y èl estaban determinados, y resueltos à irse à vivir con sus casas, y familias à Sevilla. Lo uno por quitar de los que havian sabido aquella desdicha, que la señalaban con el dedo; y lo otro, por assistir à sus pleytos, que havian quedado empantanados; à lo qual Doña Inès dixo, que en ella no havia mas gusto que el suyo. Puesta por obra la determinacion propuesta, vendiendo quantas possessiones, y hacienda tenian alli, como quien no pensaba bolver mas à la Ciudad, se partieron todos con mucho, y Doña Inès mas contenta que todos, porque vivia afrentada de un suceso tan escandaloso. Llegados à Sevilla, tomaron casa à su comodo, sin mas vecindad que ellos dos, y luego despidieron todos los criados, y criadas que havian trahido para hacer sin testigos la crueldad que aora dirè. En un aposento, el ultimo de toda la casa, donde aunque huviessa gente de servicio, ninguno tuviesse modo, ni ocasion de entrar en èl, en el hueco de una chimenea que alli havia, ò ellos la hicieron, porque para este caso no huvo mas oficiales, que el hermano, marido, y cuñada, haviendo trahido yesso, y cascotes, y lo demàs que era menester, pusieron à la pobre desdichada Doña Inès, no dexandole mas lugar, que quanto pudiesse estar en pie, porque si se queria sentar no podia, sino como ordinariamente se dice, encuclillas, y la tabicaron, dexando solo una ventanilla como medio pliego de papel, por donde respirasse, y le pudiessen dar una miserable comida, porque no muriesse tan presto, sin que sus lagrimas, ni protestas los enternecicsse. Hecho esto cerraron el aposento, y la llave la tenia la mala, y cruel cuñada, y ella misma le iba à dar la comida, y un jarro de agua, de manera, que aunque despues recibieron criados, y criadas, ninguno sabìa el secreto de aquel cercado aposento. Aqui estuvo Doña Inès seis años, que permitiò la Divina Magestad en tanto tormento conservarle la vida, ò para castigo de los que se le daban, ò para merito suyo, passando lo que imaginar se puede, supuesto que he dicho de la manera que estaba, y que las inmundicias, y vasuras que de su cuerpo echaba, le servian de cama, y estrado para sus pies; siempre llorando, y pidiendo à Dios la aliviasse de tan penoso martirio, sin que en todos ellos viesse luz, ni recostasse su triste cuerpo, agena, y apartada de las gentes, tiranizada à los Divinos Sacramentos, y à oìr Missa, padeciendo mas, que los que martirizan los Tiranos,

Digitized by Google

nos, sin que ninguno de sus tres verdugos tuviesse piedad de ella, ni se enternecieſſe, antes la traydora cuñada cada vez que la llevaba la comida le decia mil oprobrios, y afrentas, hasta que ya nuestro Señor cansado de sufrir tales delitos, permitiò que fuesse sacada esta triste muger de tan desdichada vida, siquiera para que no murieſſe desesperada: Y fuè el caso, que à las espaldas de esta casa en que estaba, havia otra principal de un Cavallero de mucha calidad, la muger del que digo havia tenido una doncella, que la havia casado años havia, la qual enviudò, quedando necessitada, y la señora por caridad, y haverla servido, porque no tuviesse en la pobreza que tenia, que pagar casa, le diò dos aposentos, que estaban arrimados al emparedamiento, en que la cuytada Doña Inès estaba, que nunca havia habitado gente en ellos, porque no havian servido sino de guardar cevada; pues passada à ellos esta buena viuda, acomodò su cama à la parte que digo, donde estaba Doña Inès, la qual como siempre estaba lamentando su desdicha, y llamando à Dios, que la socorrieſſe; la otra que estaba en su cama, como con el sossiego de la noche todo estaba en quietud, oìa los ayes, y suspiros, y al principio es de creer, que entendi era alguna alma de la otra vida, y tuvo tanto miedo, como estaba sola, que apenas ossaba estar alli: tanto, que la obligò à pedir à una hermana suya le dieſſe una muchacha de hasta diez años, hija suya, para que estuvieſſe con ella, con cuya compañia, mas alentada assistia mas alli, y como se reparasse mas, y oyesse, que entre los gemidos que Doña Inès daba, llamaba à Dios, y à la Virgen Maria Señora nuestra, juzgò seria alguna persona enferma, que los dolores que padecia la obligaban à quexarse de aquella forma; y una noche, que mas atenta tuvo arrimado el oìdo à la pared, pudo percibir que decia, quien estaba de la otra parte, estas razones: Hasta quando, poderoso, y misericordioso Dios, ha de durar esta triste vida! Quando, Señor, daràs lugar à la ayrada muerte, que execute en mi el golpe de su cruel guadaña, y hasta quando estos crueles, y carniceros verdugos de mi inocencia les ha de durar el poder de tratarme assi! Como, Señor, permites, que te usurpen tu justicia, castigando con su crueldad, lo que tu, Señor, no castigàras; pues quando tu embias el castigo, es à quien tiene culpa, y aun entonces con piedad; mas estos tiranos castigan en mi lo que no hice, como lo sabeis vos, que no fui parte en el yerro, porque padezco tan crueles tormentos; y el mayor de todos, y que mas siento es,

Digitized by Google

es, carecer de vivir, y morir como Christiana, pues ha tanto tiempo que no oygò Missa, ni confiesso mis pecados, ni recibo tu Santissimo Cuerpo; en que tierra de Moros pudiera estar cautiva, que me tratàran como me tratan? Ay de mi! que no deseo salir de aqui por vivir, sino solo por morir catholica, y christianamente, que ya la vida la tengo tan aborrecida, que si como el triste sustento que me dan, no es por vivir, sino por no morir desesperada. Acabò estas razones con tan doloroso llanto, que la que escuchaba, movida à lastima, alzando la voz, para que la oyesse, le dixo: Muger, ò quien eres, què tienes, ò por què te lamentas tan dolorosamente? Dimelo por Dios, y si soy parte para sacarte de donde estàs, lo harè aunque aventure, y arriesgue la vida. Quien eres tu, respondiò Doña Inès, que ha permitido Dios que me tengas lastima? Soy, replicò la otra muger, una vecina de esta otra parte, que ha poco que vine aqui, y en esse corto tiempo me has ocasionado muchos temores, tantos, quantas aora compassiones, y assi dime que podrè hacer, y no me ocultes nada, que yo no escusarè ningun trabajo, por sacarte del que padeces? Pues si es assi, señora mia, respondiò Doña Inès, que no eres de la parte de mis crueles verdugos: no te puedo decir mas por aora, porque temo que me escuchen, sino que soy una triste, y desdichada muger, à quien la crueldad de un hermano, un marido, y una cuñada me tienen puesta en tal desventura, que aun no tengo lugar de poder estender este triste cuerpo, tan estrecho es en el que estoy, que si no es en piè, ò mal sentada, no hay otro descanso, sin otros dolores, y desdichas que estoy padeciendo, pues quando no la huviera mayor que la obscuridad en que estoy, bastaba; y esso no ha un dia, ni dos, porque aunque aqui no sè quando es de dia, ni de noche; ni Domingo, ni Sabado, ni Pasqua, ni año, bien sè, que ha una eternidad de tiempo; y si esto lo padeciera con culpa, ya me consolàra, mas sabe Dios que no la tengo, y lo que temo no es la muerte, que antes la deseo, perder el alma, es mi mayor temor, porque muchas veces me dà imaginacion de con mis proprias manos hacer cuerda à mi garganta para acabarme, mas luego considero que es el demonio, y pido ayuda à Dios para librarme de èl. Què hiciste, que los obligò à tal, dixo la muger? Ya te he dicho, dixo Doña Inès, que no tengo culpa, mas son cosas muy largas, y no se pueden contar. Aora lo que has de hacer, si deseas hacerme bien, es, irte al Arzobispo, ò al Assistente, y contarle lo que te he dicho,

Digitized by Google

cho, y pedirles vengan à sacarme de aqui antes que muera, si quiera para que haga las obras de Christiana, que te asseguro que està ya tal mi triste cuerpo, que pienso no vivirè mucho, y pidote por Dios que sea luego, que le importa mucho à mi alma. Aora es de noche, dixo la muger, ten paciencia, y ofrecele à Dios esso que padeces, que yo te prometo, que siendo de dia, yo harè lo que pides: Dios te lo pague, replicò Doña Inès, que assi lo harè, y reposa aora, que yo procurarè, si puedo, hacer lo mismo con las esperanzas de que has de ser mi remedio, despues de Dios: creolo assi, respondiò la buena muger, y con esto callaron. Venida la mañana, la viuda baxò à su señora, y le contò todo lo que le havia passado, de que la señora se admirò, y lastimò, y si bien quisiera aguardar la noche para hablar ella misma à Doña Inès, temiendo el daño que podia recrecer si aquella pobre muger se muriesse, assi no lo dilatò mas, antes mandò poner el coche, y porque con su autoridad se diesse mas credito al caso, se fuè ella, y la viuda al Arzobispo, dandole cuenta de todo lo que en esta parte se ha dicho: el qual admirado, avisò al Assistente, y juntos con todos sus Ministros Seculares, y Eclesiasticos, se fueron à la casa de Don Francisco, y Don Alonso, y cercandola por todas partes, porque no se escapassen, entraron dentro, y prendieron à los dichos, y à la muger de Don Francisco, sin reservar criados, ni criadas, y tomadas sus confessiones, estos no supieron decir nada; porque no lo sabian, mas los traydores, hermano, y marido, y la cruel cuñada al principio negaban, mas viendo que era por demàs, porque el Arzobispo, y Assistente venian bien instruìdos, confessaron la verdad, y dando la cuñada la llave subieron donde estaba la desdichada Doña Inès, que como sintiò tropel de gente, imaginando lo que seria, diò voces, en fin derribando el tabique la sacaron. Aqui entra la piedad, porque quando la encerraron alli, no tenia mas de veinte y quatro años, y seis que havia estado eran treinte, que era la flor de su edad.

En primer lugar, aunque tenia los ojos claros, estaba ciega, ò de la obscuridad, (porque es cosa assentada, que si una persona estuviesse mucho tiempo sin ver luz, cegaria) ò fuesse de esto, ò de llorar, ella no tenia vista; sus hermosos cabellos, que quando entrò alli, eran como hebras de oro, estaban como la misma nieve, enredados, y llenos de animalejos, que de no peynarlos se crian, en tanta cantidad, que por encima hervoneaban: el color, de la color de la muerte, tan flaca, y consumida, que se le

Digitized by Google

le señalaban los hueſſos, como ſi el pellejo eſtaba encima, fuera un delgado cendal; deſde los ojos haſta la barba, dos ſurcos cavados de las lagrimas, que ſe le eſcondia en ellas un bramante grueſſo; los veſtidos hechos cenizas, que ſe le veian las mas partes de ſu cuerpo, deſcalza de pie, y pierna, que de los eſcramentos de ſu cuerpo, como no tenia donde echarlos, no ſolo ſe havian conſumido, mas la propria carne comida haſta los muslos de llagas, y guſanos, de que eſtaba lleno el hediondo lugar. No hay mas que decir, ſino que causò à todos tanta laſtima, que lloraban como ſi fuera hija de cada uno. Aſſi como la ſacaron, pidiò, que ſi eſtaba alli el ſeñor Arzobiſpo, la llevaſſen à èl, como fuè hecho, haviendola por la indecencia que eſtar deſnuda cauſaba, cubierto con una capa. En fin, en brazos la llevaron junto à èl, y ella echada por el ſuelo le besò los pies, y pidiò la bendicion, contando en ſucintas razones toda ſu deſdichada hiſtoria, de que ſe indignò tanto el Aſſiſtente, que al punto los mandò à todos tres poner en la carcel con grillos, y cadenas, de ſuerte, que no ſe vieſſen los unos à los otros, afeando à la cuñada, mas que à los otros la crueldad, à lo que ella reſpondiò, que hacia lo que le mandaba ſu marido. La ſeñora què diò el aviſo, junto con la buena dueña que lo deſcubriò, que eſtaban preſentes à todo, rompiendo la pared por la parte que eſtaba Doña Inès, por no paſſarla por la calle, la llevaron à ſu caſa, y haciendo la noble ſeñora prevenir una regalada cama, puſo à Doña Inès en ella, llamando Medicos, y Cirujanos para curarla, haciendola tomar ſuſtancias, porque era tanta ſu flaqueza, que temia no ſe murieſſe, mas Doña Inès no quiſo tomar coſa haſta dar la Divina Suſtancia à ſu alma, confeſſando, y recibiendo el Santiſſimo Sacramento, que le fuè luego trahido. Ultimamente, con tanto cuydado mirò la ſeñora por ella, que ſanò, ſolo de la viſta, que eſſa no fuè poſſible reſtaurarſela. El Aſſiſtente ſuſtanciò luego el proceſſo à los reos, y averiguado todo, los condenò à todos tres à muerte, que fuè executada en un cadahalſo, por ſer Nobles, y Cavalleros, ſin que les valieſſen ſus dineros para alcanzar perdon, por ſer el delito de tal calidad: à Doña Inès puſieron, ya ſana, y reſtituìda en ſu hermoſura, aunque ciega, en un Convento, con dos criadas que cuydaban de ſu regalo, ſuſtentandoſe de la grueſſa hacienda de ſu hermano, y marido, donde oy vive, haciendo vida de una ſanta, afirmandome quien la viò quando la ſacaron de la pared, y deſpues, que es de las mas hermoſas mugeres que hay en el Reyno de

An-

Digitized by Google

Andalucia, porque aunque està ciega, como tiene los ojos claros, y hermosos, como ella los tenia, no se le echa de ver que no tiene vista.

Todo este caso es tan verdadero como la misma verdad, que ya digo me lo contò quien se hallò presente. Ved aora si puede servir de buen desengaño à las Damas, pues si à las inocentes les sucede esto, que esperan las culpadas: pues en quanto à la crueldad, para con las desdichadas mugeres, no hay que fiar en hermanos, ni maridos, que todos son hombres. Y como dixo el Rey Don Alonso el Sabio: que el corazon del hombre, es bosque de espessura, que nadie le puede hallar senda, donde la crueldad, bestia fiera, è indomable tiene su morada, y habitacion. Este sucesso havrà que passò veinte años, y vive oy Doña Inès, y muchos de los que la vieron, y se hallaron en el sucesso; que quiso Dios darle sufrimiento, y guardarle la vida, porque no muriesse alli desesperada, y para que tan rabioso lobo como su hermano, y tan cruel basilisco como su marido, y tan rigurosa leona como su cuñada, ocasionassen èllos mismos su castigo.

Deseando estaban las Damas, y Cavalleros, que la discreta Laura diesse fin à su desengaño, tan lastimados, y enternecidos los tenian los prodigiosos sucessos de la hermosa, quanto desdichada, Doña Inès, que todos de oirlos derramaban rios de lagrimas, y no ponderaban tanto la crueldad del marido, como del hermano; pues parecia que no era sangre suya quien tal havia permitido, pues quando Doña Inès de malicia huviera cometido el yerro que le obligò à tal castigo, no merecia mas que una muerte breve, como se ha dado à otras que han pecado de malicia, y no darle tantas, y tan dilatadas como la dieron; y la que mas culpaban era à la cuñada, pues èlla como muger pudiera ser mas piadosa, estando cierta, como se averiguò, que privada de sentido con el endemoniado encanto havia caìdo en tal yerro, y la primera que rompiò el silencio fuè Doña Estefania, que dando un lastimoso suspiro, dixo: Ay Divino Esposo mio, y si Vos todas las veces que os ofendemos nos castigàrais assi, què fuera de nosotros! Mas soy necia en hacer comparacion de Vos, piadoso Dios, à los esposos del mundo: jamàs me arrepentì, quanto ha que me consagrè à Vos de ser esposa vuestra, y oy menos lo hago, ni lo harè, pues aunque os agraviasse, que à la mas minima lagrima me haveis de perdonar, y recibirme con los brazos abiertos! Y buelta à las Damas, les dixo: Cierto señoras, que no

sè

Digitized by Google

sè como teneis animo para entregaros, con nombre de marido, à un enemigo, que no solo se ofende de las obras, sino de los pensamientos: que ni con el bien, ni el mal acertais à darles gusto: y si acaso soys comprehendidas en algun delito contra èllos, porque os fiais, y confiais de sus dissimuladas maldades, que hasta que consiguen su venganza, y es lo seguro, no sossiegan. Con solo este desengaño que ha dicho la señora Laura mi tia, podeis quedar bien desengañadas: y concluida la opinion que se sustenta en este Sarao, y los Cavalleros podràn tambien conocer, que engañados andan en dar toda la culpa à las mugeres, acumulandolas todos los delitos, flaquezas, crueldades, y malos tratos; pues no siempre tienen la culpa, y es el caso, que por la mayor parte las de mas aventajada calidad, son las mas desgraciadas, y desvalìdas, no solo en sucederles las desdichas que en los desengaños referidos hemos visto, sino que tambien las comprehenden en la opinion en que tienen à las vulgares, y es genero de passion, ò tema, los divinos entendimientos que escriven Libros, y componen Comedias, alcanzandolo todo en seguir la opinion del vulgacho, que en comun dà la culpa de todos los malos sucessos à las mugeres; pues hay tanto en que culpar à los hombres, y escriviendo de unos, y de otros huvieran escusado à estas Damas el trabajo que han tomado por bolver por el honor de las mugeres, y defenderlas, viendo que no hay quien las defienda à desengañar los casos mas ocultos, para probar que no son todas las mugeres las malas, ni todos los hombres los buenos. Lo cierto es, replicò D. Juan, que verdaderamente parece que todos hemos dado en el vicio de no decir bien de las mugeres, como en el tomar tabaco, que ya tanto le gasta el ilustre, como el plebeyo: y diciendo mal de los otros que le toman, trahen su tabaquera mas à mano, y en mas custodia que el Rosario, y las Horas; como si porque anda en caxas de oro, y plata, y cristal, dexasse de ser tabaco. Y si preguntan porque lo toman, dicen, que porque se usa. Lo mismo es culpar à las Damas en todo, que llegando à ponderar, pregunten al mas apassionado, porque dice mal de las mugeres, siendo el mas deleytable vergel de quantos criò la naturaleza; responderà, porque se usa. Todos rieron la comparacion del tabaco, al decir mal de las mugeres, que havia hecho D. Juan; y si se mira bien, dixo bien, porque si el vicio mas abominable que puede haver, que es no estimar, alabar, y honrar à las Damas,

Digitized by Google

mas, à las buenas por buenas, y à las malas por las buenas. Pues viendo la hermosa Doña Isabel, que la linda Matilde se prevenia para passarse al assiento del desengaño, hizo señal à los Musicos, que cantaron este Romance.

Quando te mirarè Atandra,
no mires ingrato dueño
los engaños de sus ojos,
porque me mates con zelos.
No esfuerces sus libertades,
que si vè en tus ojos ceño,
tendràn los livianos suyos
en los tuyos escarmiento.
No desdores tu valor
con tal civil pensamiento,
que serás causa que yo
me arrepienta de mi empleo.
Dueño tiene, en èl se goce,
sino le saliò à contento,
reparàra al elegirle,
ò su locura, ò su acierto.
Obliguete à no admitir
sus livianos devaneos,
las lagrimas de mis ojos,
de mi alma los tormentos.
Que si procuro sufrir
las congoxas que padezco,
si es possible à mi valor,
no lo es à mi sufrimiento.
De que me sirven, Salicio,
los cuydados con que velo,
sin sueño las largas noches,
y los dias sin sossiego.
Si tu gustas de matarme
dando à essa tyrana el premio,
que me cuesta tantas penas,
que me cuesta tanto sueño.
Oy al salir de tu alvergue
mostrò con rostro risueño,
tyrana de mis favores
quanto se alegra en tenerlos.
Si miràras que son mios,
no se los dieras tan presto;
cometiste este lionato,
porque vendiste lo ageno.
Si te viera desabrido,
si te mirára severo,
no te ofreciera atrevida
señas de que yo te ofendo.
Esto cantò una casada
à solas en su instrumento,
viendo en Salicio, y Atandra
averiguados los zelos.

DESENGAÑO IV.

EL VERDUGO DE SU ESPOSA.

NOCHE TERCERA.

A Los ultimos ecos del estrivillo, se levantò la hermosa Nise de su assiento, y haciendo una cortès reverencia, se passò al desengaño, y con mucho donayre, y despejo dixo: Por decreto de la hermosa, y discreta Lisis, me toca esta noche el quarto desen-

Digitized by Google

ſengaño; aunque pudiera eſta audiencia cerrarſe con los referidos, pues ſon baſtantes, para que las Damas de eſtos tiempos eſtèmos, prevenidas con el exemplo de las paſſadas, à guardarnos de no caèr en las deſdichas que èllas cayeron, por dexarſe vencer de los engaños disfrazados en amor de los hombres, porque no me tengais por alguna de las engañadas; que ſi mi corto entendimiento me ayuda, eſpero no ſerlo, aunque mi deſengaño no ſea de tanta erudicion como los referidos: ocupo eſte lugar, advirtiendo, que ſupueſto que la hermoſa Liſis manda que ſean caſos verdaderos los que ſe digan, ſi acaſo pareciere que los deſengaños haſta aqui referidos, y los que faltan los haveis oìdo en otras partes, ſerà haverle contado quien como yo, y las demàs deſengañadotas los ſupo por mayor, mas no con las circunſtancias que aquì tàn hermoſeados, y no ſacados de una parte à otra, como huvo algun lego, ò embidioſo, que lo dixo de la Primera Parte de nueſtro Sarao. Diferente coſa es novelar ſolo con la inventiva un caſo, que ni fuè, ni pudo ſer; y eſte no ſirve de deſengaño; ſino de entretenimiento, à contar un caſo verdadero, que no ſolo ſirva de entretener, ſino de aviſar; y como nueſtra intencion no es de ſolo divertir, ſino de aconſejar à las mugeres que miren por ſu opinion, y teman con tantas libertades, como el dia de oy profeſſan, no les ſuceda lo que à las que han oìdo, y oìràn les han ſucedido, y tambien por defenderlas, que han dado los hombres en una opinion, por no decir flaqueza, en ſer contra èllas, hablando, y eſcriviendo, como ſi en todos tiempos no huviera avido de todo, buenas mugeres, y buenos hombres, y al contrario malas, y malos, que ſe verà un Libro, y ſe oìrà una Comedia, y no hallaràn en èl, ni èlla una muger inocente, ni un hombre falto. Toda la carga de las culpas es al ſexo femenil, como ſi no fueſſe mayor la del hombre, ſupueſto que èllos quieren ſer la perfeccion de la naturaleza. Luego mayor delito ſerà el que hiciere el perfecto, que el imperfecto: mas peſada es la necedad del diſcreto, que del necio; y aſſi es bien ſe ſepa, como hay mugeres livianas, hay hombres mudables, y como intereſſadas, engañoſos, y como libres, crueles; y ſi ſe mira bien la culpa de las mugeres la cauſan los hombres. Cavallero que ſolicitas la doncella, dexala, no la inquietes, y veràs como èlla aunque no ſea mas de por verguenza, y recato; no te buſcatà à ti, y el que buſca, y deſaſoſſiega la caſada, no lo haga, y verà quando no la obligue la honeſtidad, el reſpeto, y temor de ſu marido la harà que no te ſolicite, ni buſque; y el que inquieta la viu-

Digitized by Google

viuda, no lo haga, que no serà èlla tan atrevida, que aventure su recaro, ni te busque, ni pretenda; y si las buscas, y las solicitas, y las haces caer, ya con ruegos, ya con regalos, ya con dadivas, no digas mal de èllas, pues tu tuviste la culpa de que èllas caygan en èllas. Esto es quanto à las mugeres de honor, que las que tratan de vivir con libertad, que quieres sacar de èllas, sino lo que pretendes, que es entretenerte, y quitarte tus dineros, que para esso te admite, y pues ya lo sabes, para què las culpas, que hacen su hacienda, y destruyen la tuya, y luego te quexas, que te engañan, que vosotros os quereis engañar, y la causa de todo esto yo la dirè aora. Encuentras una muger en la calle, dicesle quatro palabras, oyelas, sin averiguar si tu las dices de veras, ò burlando; pintasete honrada, y que no la ve el Sol; creeslo necio, combidasla con tu posada, acepta, va à ella pues la gozas ignorante; porque de una muger que se te rindiò luego, crees que en apartandosete de ti, no harà lo mismo con otro? Y si piensas diferente, tu eres el que te engañas, que èlla con su misma facilidad avisa; pues para què te quexas de èlla, ni la ultrajas? Que èlla hace su oficio: si te ruega, y busca, no la admites, que su misma deshonestidad te avisa muy claramente, que no eres tu el primero, y si te agradò algo, la sigues; no te quexes de nadie, pues sabes muy bien, que cada uno ha de hacer como quien es. Ves como no tienen la culpa las mugeres, sino los hombres: en quien ha de estar la cordura, el buen lenguage, la modestia, y entendimiento, y no se hallaràn ya estas virtudes, sino todo al contrario. Ay que de buenas huviera, si los hombres las dexàran, mas èllos hablan, y èllas escuchan, si de mentiras bien alajadas quien no se dexa vencer, y mas si convertida la pretension en tema se las està diciendo en todas horas. Esto basta, y pluguiera à Dios bastàra para enmienda; y porque se vea que si Camila perdiò con su esposo, por callar las pretensiones de D. Juan en el desengaño que aora dirè. No le sirviò à otra Dama para assegurar su credito con su marido avisarle de las pretensiones de otro Don Juan, aunque el Cielo abonò su causa, y con estas prevenciones, prosiguiò de esta suerte.

En la Ciudad de Palermo, en el Reyno de Sicilia, huvo en tiempos passados dos Cavalleros nobles, ricos, galanes, discretos, y sobre todo para que fuessen estas gracias de naturaleza, y fortuna mas lucidas, eran hijos de Españoles, que haviendo sus padres passado à aquel Reyno à exercer cargos que su Rey les encomendò, se casaron, y avecindaron alli, como sucede cada dia à

Digitized by Google

los Eſpañoles, que allà paſſan. Eran ſobre lo dicho, Don Juan, y Don Pedro (que eſtos ſon ſus proprios nombres) tan grandes amigos, por haverſe deſde niños criado juntos, mediante la amiſtad de los padres, que en diciendo los dos amigos, ya ſe conocia que eran Don Pedro, y Don Juan: juntos paſſeaban, de una miſma forma veſtian, y en no eſtando Don Pedro en ſu caſa, le hallaban en la de Don Juan, y ſi faltaba èſte de la ſuya, era ſeguro que eſtaria en la de Don Pedro, porque un inſtante no ſe hallaban divididos, aunque vivian en caſas diſtintas; todo lo mas del tiempo eſtaban juntos. Sucediò, pues, en medio de eſte eſtremo de amiſtad tratar à Don Pedro un caſamiento con una rica, y principal ſeñora de la Ciudad, con tanto eſtremo de hermoſura, que ninguno la nombraba, que no fueſſe con el aplauſo de la bella Roſeleta, que eſte era ſu nombre. Efectuòſe el caſamiento, porque fueſſe eſta ſeñora, como bella, deſgraciada, que por la mayor parte ſe apetece lo miſmo que viene à ſer cuchillo de nueſtras vidas; y aunque Don Juan ſe hallò à las bodas de ſu amigo, que ſe celebraron con mucha fieſta, y aparato, no debiò de mirar la belleza, gracia, y donayre de Roſeleta, y ſi la mirò, fuè como à muger de ſu amigo; freno que ſi le duràra el tenerle, fuera tenido por verdadero. Ya caſado D. Pedro, y en ſu caſa ſu eſpoſa, D. Juan como acordò, no por temor de sì, que haſta entonces no havia, ni aun imaginado cupiera en èl la menor ofenſa de D. Pedro, fino por eſcuſar murmuraciones, que eſto es lo que ha de mirar la verdadera amiſtad, conſiderando no parecerle bien aſſiſtir tanto como ſolia à la caſa de D. Pedro, eſcuſando quanto podia ir à èlla; y como Don Pedro tan recien caſado, y con tan linda Dama, enamorado, como amante, y cuydadoſo, como marido; aſſiſtiendo en ſu eſpoſa, no podia ir tan à menudo como antes à la caſa de ſu amigo, y èl no venia ſino de tarde en tarde à la ſuya. Sentialo terniſſimamente, y con eſte ſentimiento, la vez que veìa à Don Juan le daba ſentidas quexas, diciendole: que ſi entendiera que por caſarſe le havia de perder, aunque los meritos de ſu eſpoſa eran tantos, lo huviera eſcuſado, y con eſto le rogaba mudaſſe el propoſito, acudiendo à ſu caſa de la miſma ſuerte que antes; que èl eſtaba cierto que Roſeleta tendria con èl el miſmo guſto, que conocia que èl tenia. Con palabras cuerdas, y afables ſe eſcusò D. Juan muchas veces de la peticion de ſu amigo, mas viendo era impoſſible el reportarle, huvo de conceder en darle guſto, entrando en caſa de D. Pedro con la familiaridad que an-

Digitized by Google

antes, comiendo, y cenando los mas dias con èl, y su esposa: la qual viendo lo mucho que su marido amaba à D. Juan, le recibia con un honesto agrado. Ya he dicho que Don Juan no havia mirado à la bella Roseleta, aunque se hallò à sus bodas, y aqui se conoce, que una cosa es mirar, y otra ver: viòla Don Juan en estas ocasiones, y admirò en èlla una tan sin igual belleza, que sin querer llevaba, y atrahia la vista de quantos la miraban, y juzgò à Don Pedro por el hombre mas dichoso del mundo. De aqui le renaciò una embidia de nò haver èl merecido tal prenda, no faltando en èl partes para haverla alcanzado; y de todo esto enamorarse de todo punto de la muger de su amigo, tan loco, y perdìdo, que aunque se queria retener de mirarla, no le era possible, que en llegando à mirar una muger humana, con assomos de divinidad, quedaba otra vez perdìdo; pues que si contemplaba debaxo de una honesta brevedad, tal donayre, y gracia, mezclado con un divino entendimiento, no solo aventuraba à perder sus honrados designios, mas la misma vida; de suerte estaba Don Juan, que por mas que lo intentaba, no podia enfrenar con el freno de la razon el desenfrenado cavallo de su voluntad. Con grandes desasossiegos se hallaba el triste Cavallero, y en viendose à solas èl mismo se reprehendia, diciendo: Què es esto, traydor Don Juan? Què viles pensamientos son estos? Què enemigo mortal de mi amigo Don Pedro los tuviera? O de quien supieras tu que intentaba el agravio de tu amigo, que no le hicieras pedazos? Pues què dirà de ti el mundo, si llegasse à saberlo? Sino, ò que no eres de sangre noble, ò has perdìdo el juìcio? O amigo Don Pedro, y què engañado vives en el amor que tienes à este desleal amigo, que ha dado lugar à tan viles, è infames pensamientos! Mejor fuera decirtelo, para que tomàras venganza de tan desleal, y traydor amigo. Ay Roseleta, nunca mis desdichados ojos vieran tu mas que celestial hermosura, acompañada de tan inumerables gracias! O si nacieras fea! O si no fueras muger de Don Pedro! No, no me ha de vencer tu hermosura; viva el honor de amigo, y muera yo, pues suy tan liviano, que he tenido tan ruines deseos. Con este proposito se determinaba à no amar à Roseleta, mas que servir, que en bolviendola à ver toda su fortaleza daba en tierra, y rindiendo con èlla sus potencias, lo ponia todo à los pies de Roseleta. Con estos combates andaba tan triste, y divertido, que si comia, se le olvidaba el bocado de la mano à la boca, y si le hablaban, parecia que no entendia, ò respondia à desproposito.

Digitized by Google

Notaba Don Pedro la triſteza de ſu amigo à ſolas, y delante de ſu eſpoſa le preguntaba la cauſa de ſu triſteza, mas èl ſe eſcuſaba con decir, que èl miſmo la ignoraba. Muchos dias paſsò Don Juan con eſtas imaginaciones, ya perdiendoſe, y ya bolviendoſe à cobrar, haſta que rendido à èllas, cayò en la cama de una peligroſa enfermedad, en que llegò muy al cabo, aſſiſtiendole D. Pedro, y viſitandole algunas veces Roſeleta. En fin, ya con ſalud, y bolviendo à la caſa de ſu amigo, como antes, reſuelto, aunque aventuraſſe quanto havia, y el honor, que era lo mas, à decir à Roſeleta ſu amor en hallando ocaſion: y vinole à propoſito, que un dia comiendo con Don Pedro, y ſu eſpoſa, eſtando tan triſte, y divertido como ſiempre, le dixo Don Pedro: Cierto, amigo Don Juan, que puedo eſtar verdaderamente quexoſo, y agraviado de vueſtra amiſtad, pues no ſe compadece tenerla los dos deſde nueſtra primera edad, como todos ſaben, y que me calleis la cauſa de vueſtra triſteza, haciendome ſoſpechar muchas coſas de èlla, que agravian vueſtra calidad, y la mia; porque què coſa os puede obligar à eſtar como os veo, y he viſto tambien en terminos de perder la vida, que no ſe pueda comunicar conmigo, aunque fuera contra vueſtro honor? Por Dios os pido, que me ſaqueis de eſta confuſion; que viendo D. Juan, que de callar podia imaginar alguna coſa, y tambien por empezar à poner la primera piedra en el cimiento de ſu pretenſion, le dixo: Cierto, amigo Don Pedro, que el haverme recatado de haveros dicho mi pena, ni ha ſido falta de voluntad, ni menos el tener por ſoſpechoſa vueſtra amiſtad, ſino de verguenza, de que ninguno ſepa de mi flaqueza, que es bien grande, el que yo me haya rendido à un penſamiento, que me cueſte lo que veis, y haveis viſto; y aſſi, para ſacaros de eſſe cuydado, con licencia de vueſtra eſpoſa, os lo dirè: Sabed, que deſde que vì la hermoſura de Angeliana, una Dama de eſta Ciudad à quien pienſo conoceis, eſtoy de la manera que veis, porque es tanta ſu ſeveridad, y deſvìo para conmigo, que aunque he procurado que ſepa mi paſſion, no ha querido oir, ni recibir papel, ni recado de mi parte; y eſto me trahe tan triſte, y deſeſperado, que ſi no es quitarme la vida, no me queda otra coſa. Eſta es la ocaſion, y no otra, ved ſi hacia bien en callarla, pues es vileza que el corazon de un hombre ſe rinda à una muger, con tanto extremo, que le ponga en el que yo me veo. No era aſſi como D. Juan decia, que en eſta ocaſion havia ya gozado à Angeliana, ſi bien deſde que viò à Roſeleta, ſe le havia entibiado la voluntad.

Digitized by Google

tad. Consolaban D. Pedro, y su esposa à Don Juan, lastimados de su pena, aconsejandole, que pues Angeliana era de la calidad que todos sabian, y no tenia padres, que la pidiesse por esposa à sus deudos, que todos estimarian tenerle por tal. A esto respondiò Don Juan, que era lo cierto lo que le aconsejaban; mas aunque la queria terniſſimamente, que no tenia voluntad de casarse, hasta que entrasse en mas edad. De esta manera passò mas de dos meses, sin tener lugar de declararle à Roseleta su amor, sino era con los ojos, y ansiosos suspiros, que èlla no entendia, ni creìa que fuessen, sino por Angeliana, hasta que un dia estando comiendo con Roseleta, y Don Pedro, le vino à buscar un Cavallero, con quien havia de averiguar unas cuentas; y porque no entrasse dentro donde estaban comiendo èl, y su esposa con Don Juan, se levantò de la mesa, y saliò fuera, que viendo Don Juan tan buena ocasion, no la quiso perder, como su amorosa voluntad estaba ya resuelta, y determinada, temblandole la voz, y con un suspiro, que parecia rendir entre èl el alma, la dixo: Ay hermosa Roseleta! Y què desdichado, y dichoso fuè el dia en que te conocì, y vì tu realzada hermosura; dichoso por haver gozado mis ojos de tu celestial vista; y desdichado en contemplarte agena, pues quedè privado del bien de merecerte. No es Angeliana la causa de mi tristeza, sino tu, hermosa señora, que eres el Angel en que idolatra mi voluntad: no te digo esto, porque me dès remedio, que morir por ti, es mi apetecida vida, y amando pienso llegar al fin de èlla, sino para que si me ves triste, tu eres la causa, y no Angeliana: que assi me favorecieras tu como èlla me favorece, y por ti no la estimo. Mas quisiera decir Don Juan, y aun pienso que se alargàra mas su atrevimiento, porque Roselete estaba fuera de su sentido de enojo, si à este tiempo no entràra Don Pedro, y estorvò que D. Juan fuera mas atrevido. Acabòse la comida, y Roseleta se retirò rabiando de colera, y Don Pedro, y su amigo se salieron à passear, D. Juan bien contento por haver declarado su amor à la Dama. Muchos dias passaron, que no pudo Don Juan tornar à decir mas palabra à la Dama, porque èlla se recataba tanto, y huìa de no darle mas atrevimiento, que ya le pesaba de haverle tenido, por no perder su vista, porque Roseleta muchas veces por no salir à comer con D. Juan, fingia repentinos accidentes, y otras, que no lo podia escusar, no alzaba los ojos à mirarle, y un dia que ya todos tres havian acabado de comer, y estaban sobre mesa platicando, no haviendo podido

Digitized by Google

Roseleta escusar el no hallarse presente; Don Pedro preguntò à Don Juan, como le iba con los amores de Angeliana. Muy mal, dixo Don Juan, pues porque los dias passados tuve lugar de intimarla mi passion, y los desvelos que me cuesta su hermosura, se me ha negado, de suerte, que apenas se dexa ver, y si la veo, es con un ceño con que me quita la vida; à cuyos enfados le he hechounos versos, que si gustais os los quiero leer. Mucho gusto me hareis, dixo Don Pedro; aunque à Roseleta le pesò, como quien ya sabia à quien dirigia D. Juan todas aquellas cosas; y si no fuera por su esposo se levantàra, y se fuera. Y sacando Don Juan el papel, leyò, que decia assi:

Si es impossible vivir,
amado dueño sin vos,
que pida al tiempo que buele
no serà muy grande error?
La gloria que tengo en veros,
de que al amor gracias doy,
en faltando vos es pena,
porque vos mi gloria soys.
Si sin el Sol no vivimos,
y vos mi bien, soys el Sol,
fuerza es que sin vos no viva:
mirad vuestra obligacion.
No por interès que tiene
el Sol de nuestro favor
acuda à darnos la vida,
esta es sabida question.
Sabe que necessitamos,
assi el Cielo lo ordenò:
de que dè aliento à la vida
con su luz, y su calor.
Pues si el Sol hace este efecto,
y sin vos muriendo estoy,
no por vos, sino por mi,
dad remedio à mi passion.
Faltame la confianza,
mis meritos pocos son,
assi como yo sè amaros
supiera si amado soy.
A estos ojos, que os adoran
no los cerceneis por Dios,
el bien que en veros reciben,
que es darles mortal dolor.
No soy mio, bella ingrata;
vuestro soy, si ingrata soys,
muy presto vereis mi vida
perdìda por tal rigor.
Quien podrà si os escondeis,
sufrir el estar sin vos;
ojos llorad, pues soys nubes,
y se os ha escondido el Sol.
Si en otro Oriente salis,
y yo me quedo sin vos,
noche serè de Noruega,
pues vuestra luz me faltò.
En teniendote ausente
muerto soy,
la vida se me acaba;
ay que rigor!

Acabò Don Pedro el Romance, y no me espanto, que era apassionado de las cosas de Don Juan su amigo, que aunque fuera peor le pareciera bien; mas su esposa, que desde que le empezò à decir estaba reprimiendo la colera, porque viò al blanco que tiraba, y con èlla dexaba, y tomaba

Digitized by Google

maba su rostro mil alexandrinas rosas, con semblante entre risueño, y altivo, le dixo: Cierto, señor Don Juan, que ya vuestro amor dexa de serlo, y toca en locura, ò temeridad; si conoceis que essa Dama no gusta de que la ameis, ò por su honestidad, ò porque no se agrada de vuestras pretensiones, porque no le estàn bien à su honor, que es lo mas cierto, pues no, porque una muger sepa que un hombre la ama, si es en menoscabo de su opinion, està obligada à amarle; ya os pudiera cansar de querer vencer un imposible, sino que los hombres empiezan amando, y acaban venciendo, y salen despreciando; porque en viendo que una muger se les resiste, ya no por amarla, sino por vencerla, trocando el amor en tema, perseveran para vengarse de los desprecios que le ha hecho; y quieren que una muger aunque no quiera, los quiera, y no sè que ley hay, que si la tal es cuerda, y tiene honra, se aborrezca à sì, por querer à otro, y mas si sabe que el tal amor no es para darle honor, sino para quitarsele. Si no os quiere dexadla, y amad à otra que os amarà, y os costarà menos cuydados, y os escusareis de riesgos; que de mi digo, que si entendiera que havia en ningun hombre arrevimiento para poner en mi el pensamiento: que es pensamiento, à mirarme con ojos de quitarme la opinion, si diciendoselo à mi esposo no le quitàra la vida, lo hiciera yo por mis manos. No sintiò bien D. Juan la reprehension que Roseleta le diò, porque con èlla le amenazaba; mas Don Pedro riò mucho el enojo de su esposa por bolver por Angeliana: y llevando à Don Juan consigo se saliò de casa muy descontento Don Juan del desden de su Dama, mas no por esso se apartò de su pretension; antes mientras mas imposible la miraba, mas se perdia, y se determinò à no dexar de amar, y porfiar, hasta vencer, ò morir: y con esta bien desleal intencion para lo que via à la verdadera amistad de su amigo; y assi sin temer ponerse al riesgo que Roseleta le havia intimado, la escriviò en diferentes ocasiones quatro papeles, que hizo que llegassen à sus manos por cautela, y con apoyo de una criada, mas de ninguno tuvo respuesta, ni aun pudo saber de la tercera, que con engaño se los daba, si los havia leìdo, hasta que al quinto, Roseleta despues de haver reñido à la criada su atrevimiento, le embiò à decir con èlla misma, que se quitasse de tal locura, porque si passaba adelante su infame pretension, se lo diria à su esposo. No temiò D. Juan el amenaza de la Dama, por parecerle imposible, que ninguna muger tuviesse atrevimiento de dar parte à su marido de caso semejante, por lo

Digitized by Google

que podria perder con èl, supuesto que le advertia del daño à que estaba puesta, y de la quietud que debe tener un casado, en razon de la confianza que es justo tener, y le despertaba à zeloso; enfermedad en el casado muy peligrosa, y assi pensò que no lo haria, aunque lo proponia, pues era mas porque se escusasse de molestarla; y con esto le embiò el sexto papel, que decia assi:

Que poco sientes mis penas
tu corazon de diamante;
que ingrata miras mi amor,
poco te obligan mis males.
Un volcàn tengo en el pecho,
pero como el tuyo es Alpe,
huye el fuego de la nieve,
y en mi muere como nace.
Quien pensára que mi amor
en guerras, tan desiguales,
como es mi fuego, y tu yelo,
no huviera muerto cobarde?
Quien le ve escapar rendido
de ingratitudes tan grandes,
que piense que ha de bolver
otra vez à aventurarse?
Si no soy yo, bella ingrata,
que soy quien su fuerza sabe,
y conozco que si huye
es para mas animarse.
No porque jamàs se aparta
de quererte, y adorarte,
que antes faltarà la vida,
que en mi aquesta fee me falte.
Temblando à tus ojos llego,
que amor tiene tretas tales,
en las burlas atrevido,
temeroso en las verdades.
Quien ama, cobarde estima,
que el mismo amor al amante
el atrevimiento acorta,
y la sobervia deshace.
Quando te hablo en mi pecho,
mil cosas digo à tu imagen,
que à escucharlas, bella ingrata,
fuerza es que las estimasses.
Triste estoy, mil penas siento,
todas de tu rigor nacen,
aunque digas que mi amor
intenta temeridades.
Ponesme pena de muerte;
mas que importa que me mates,
pues morir à causa tuya,
muerte es que puede embidiarse.
Es tanto lo que te quiero,
que amarè lo que tu ames,
estimarè lo que estimas,
solo porque tu lo mandes.
Alguna secreta causa
que el alma profeta sabe,
que en adivinar desdichas
no hay sabio que mas alcance.
Señora mia, me obliga
amargamente à quexarme;
quiera el Cielo que èlla mienta,
quiera el amor que me engañe.
Si mi pena no te obliga,
bien sabes tu lo que haces;
no merezco mas favor,
pues no te animas à darle.
Sabe Dios si como èl solo
se obliga de voluntades,
te obligàras de la mia
conociendo lo que vale.
Que aunque cruel me maltratas
tu vinieras à obligarte
de la vida que aborreces,
y acabàran tus crueldades.

Ay

Ay de mi! como diré
mi amor, mas mi lengua calle,
que si no le has de pagar
mas justo será ignorarle.

Fuè tan grande el enojo que Roseleta recibiò con este ultimo papel, que sin mirar riesgos; ni temer peligros, con una crueldad de basilisco, tomando èste, y los demàs que tenia guardados, se fuè à su marido, y poniendoselos todos en las manos, le dixo: Para que veais el amigo que teneis, y de quien os fiais, y traheis à vuestra casa. Vuestro amigo D. Juan, trata de quitaros la honra, y solicitando con las muestras que en èl haveis visto, vuestra muger: y advertid, que la Angeliana, por quien publica desvelos, soy yo, y à mi es à quien dirige todas sus palabras, y versos; que si le dixe el otro dia lo que delante de vos passò, fuè por reñirle sus atrevimientos; y ni esto, ni amenazarle que os lo diria me ha servido de nada, pues se ha atrevido à escrivirme tan descaradamente como en èlla vereis. Aora ved que remedio se ha de poner, porque yo no hallo otro, sino quitarle la vida; yo he cumplido con lo que me toca, aora cumplid con lo que os conviene à vos.

En el discurso de este desengaño vereis, señores, como à las que nacieron desgraciadas, nada les quita de que no lo sean, hasta el fin; pues si Camila muriò por no haver notificado à su esposo las pretensiones de D. Juan; Roseleta, por avisar al suyo de los atrevimientos, y desvelos de su amante, no està fuera de padecer lo mismo; porque en la estimacion de los hombres, el mismo lugar tiene la que habla, como la que calla. Dios nos libre, si dan en desacreditarnos, que por una medida passan todas. Como quedaria D. Pedro oyendo à Roseleta, no hay lengua que lo diga; juzguelo el que lo oye, pues sobre el agravio, se le ofrecia ser su mayor amigo quien se le hacia: leyò los papeles, y bolviòlos à repassar; ya la colera no le daba lugar à aguardar tiempo para su venganza, y ya el amor que à Don Juan tenia le atajaba el tomarla; mas al fin ya resuelto à que tal agravio no quedasse sin castigo, se resolviò à darsele de modo, que no se supiesse por la Ciudad, porque no quedasse su honor en opiniones; y assi le mandò à Roseleta, que respondiesse à D. Juan un papel muy tierno, disculpandose de su ingratitud, y dandole à entender que estaba arrepentida del desdèn que hasta alli le havia mostrado; y que para darle mas seguras satisfaciones, le aguardaba otro dia en la noche en su Quinta, que èl muy bien sabìa, porque su marido iba otro dia fuera de Palermo, à un negocio, donde havia de estar dos dias;

Digitized by Google

dias; y que no entraſſe por la puerta de la Quinta, ſino por un portillo que eſtaba en la huerta, por eſcuſar que no le vieſſen los Labradores que en la Quinta havia, que en la miſma huerta le aguardaba ſola con aquella criada, que era teſtigo de ſus penſamientos. Finalmente el papel le notò Don Pedro, y le eſcriviò Roſeleta. Llevòle la criada, ignorando que era ordenado por ſu Señor, ſino creyendo que Roſeleta, ya vencida de Don Juan, le reſpondia: recibiò el papel el enamorado mozo, haciendo, y diciendo mil locuras de gozo, ſatisfaciendo à la menſagera ſu cuydado, y embiando à decir à ſu Señora que ſeria obedecida, la deſpidiò. O ceguedad de amante, que no advirtiò el peligro, ni admirò la liviandad de Roſeleta, al primer favor, ſobre tanta crueldad, darle lugar para hablarle, antes alabando ſu dicha, dando gracias al amor; porque tras tantas penas le havia dado tal gloria! Llegò la mañana del aplazado dia, y Don Pedro con dos criados, apercebido ſu camino, ſe partiò, hallandoſe D. Juan preſente, que de falſo ſe ofreciò à ir con èl, mas Don Pedro no aceptando, ſaliò de Palermo por diferente puerta de la que iba à la Quinta, y luego torciendo el camino, èl, y ſus criados, ſe ocultaron en èlla, como la Quinta no eſtaba mas de tres millas de la Ciudad, que es una legua Eſpañola. En acabando de comer Roſeleta, ſe entrò en ſu coche con la criada, tercera de los amores. A viſta del miſmo Don Juan, que no ſe deſcuydaba, partiò camino de la Quinta, y entreteniendoſe por el campo, haſta que fuè de noche, diò la buelta por otra parte, y ſe bolviò à ſu caſa, admirada la criada de lo que veia. Poco antes de anochecer ſubiò Don Juan en un cavallo, y ſolo caminò àcia la Quinta, con tanto contento de ir à verſe con no mas que la hermoſa Roſeleta, que no llevaba penſamiento de azar ninguno, y al ſalir de la Ciudad tocaron al Ave Maria, que oyendolo Don Juan, aunque divertido de ſus amoroſos cuydados, pudo mas la devocion: y parando adonde oyò la campana, ſe puſo à razar, pidiendo à la Virgen Maria nueſtra Puriſſima Señora, que no mirando la ofenſa que iba à hacerle, le libraſſe de peligro, y le alcanzaſſe perdon de ſu precioſo Hijo; y acabada ſu devota Oracion ſiguiò ſu camino.

Uſaſe en toda la Italia ajuſticiar los delinquentes en la miſma parte que cometen el delito: y aquel miſmo dia havian, una milla de la Ciudad, ahorcado tres hombres, y à un lado del camino por donde Don Juan iba, porque alli havian muerto unos caminantes por robarlos; y como por

allà,

Digitized by Google

allà, y aun en muchas partes de España, los dexan en la horca, estos tres que digo se estaban en ella: al llegar Don Juan casi en frente del funesto madero, oyò una voz que dixo: D. Juan, que como se oyò nombrar, mirò à todas partes, y no viendo persona ninguna, porque aunque ya havia cerrado la noche, hacia Luna, aunque algo turbia: passò adelante, pareciendole que se havia engañado, y à pocos mas passos oyò otra vez la misma voz, que bolviò à decir: Don Juan. Bolviò espantado à todas partes, y no viendo persona ninguna, santiguandose, bolviò à seguir su camino, y llegando ya enfrente de la horca, oyò tercera vez la misma voz que le dixo: Ah Don Juan. A este ultimo acento, y ya casi enfadado de la burla que hacian dèl, se llegò à la horca, y viendo los tres hombres en ella, con animo increible, les dixo: Llamame alguno de vosotros? Si Don Juan, respondiò el que parecia mas mozo, yo te llamo. Pues que es lo que me quieres, le respondiò D. Juan; quieres que te haga algun bien, ò que te haga decir algunas Missas: No, respondiò el hombre, que por aora no las he menester. Para lo que te llamo, es para que me quites de aqui. Pues, estàs vivo? dixo Don Juan. Pues, si no lo estuviera, replicò el hombre, que necessidad tenia de pedirte, que me quitasses. Quando te ahorcaron, dixo D. Juan? Oy replicò el hombre. Pues como has podido vivir hasta aora? Ay para Dios impossible, que lo sea, quando quiere librar una vida, y aun enterrado lo puede hacer, como sea su voluntad. Pues como lo harèmos, dixo Don Juan, que no hay con que subir alla arriba, y si corto la soga podràs caer, y hacerte daño. Buelve las ancas al cavallo, y como con la espada cortes la soga, yo me quedarè despues de pies en èl. Hizolo assi el admirado Cavallero, como cortò la soga, se quedò el hombre sentado en las ancas del cavallo. Hecho esto bolvieron à su camino, pareciendole à D. Juan siglos lo que se havia detenido, tanto deseo tenia de llegar donde esperaba gozar toda su gloria en los brazos de Roseleta: è yendo por èl, le dixo: Dime aora, como ha sido esto, que haviendote ahorcado estès vivo? Yo estaba inocente del delito que me levantaron, confessè de miedo del tormento, y assi fuè Dios servido de guardarme la vida. La cosa mas rara, y milagrosa que se ha visto es esta. Si es, dixo el hombre; mas ya ha sucedido en otros, como se vè en el milagro de Santo Domingo de la Calzada en España, que hasta oy se guardan las memorias en el gallo, y la gallina que resucitaron para credito, de que el mozo que ha-

Digitized by Google

havian ahorcado quince dias havia, estaba vivo; que Dios como Padre de Misericordia, acude con èllas à quien le ha menester, como ha hecho à mi, y aun à ti, pues quiso traherte por esta parte à tiempo que me pudiesses socorrer, y fuesse la mano por donde se cumpliesse la voluntad divina. Bendito sea, dixo Don Juan, que lo ordenò assi, que quando no fuera mi venida para el gusto que espero gozar de ella, por haverte socorrido à tal tiempo, la doy, y por bien empleada; y te prometo, como Cavallero, no desampararte mientras vivirè, porque la necessidad no te obligue à hacer por donde te veas otra vez en tan desventurado lugar, como te has visto. Yo te beso, señor, la mano, dixo el hombre, y doy gracias al Cielo, que te encaminò por esta parte. Al fin, tratando en esto, y en otras cosas, descubrieron la Quinta que estaba en medio de una deleytosa arboleda, por haver en aquella tierra muy hermosos jardines, y la Quinta la tenia de las mejores de quantas por aquel prado havia; y à tiro de arco de ella, dixo Don Juan al hombre, baxandose del cavallo, y èl de la misma suerte: Quedate aqui con esse cavallo, y aguardame, que yo voy à un negocio precisso, que es el que me sacò esta noche de mi casa, que presto darè la buelta para que nos bolvamos à la Ciudad, ò te avisarè de lo que has de hacer. No, Don Juan, replicò el hombre, no andas acertado en esso que me mandas, que en esse negocio à que vas, que importa tanto, yo lo tengo de hacer, y tu eres el que te has de quedar aqui con el cavallo. Riòse Don Juan de voluntad, y respondiòle: pues sabes tu lo que yo vengo à hacer, ò como puedes tu suplir la falta que yo harè? Essa es la gracia, respondiò, que sè à lo que vienes, y he de hacer lo que tu vienes à hacer. Acaba, dixo Don Juan, que estàs porfiando en vano, y perdemos tiempo. Ya yo lo veo, dixo el ahorcado, que perdemos, no solo tiempo, mas palabra, y tu eres el porfiador: toma el cavallo, que esto ha de ser, yo he de ir, y tu te has de quedar. Cansado eres, y à saber esto, no te huviera trahido conmigo, que si supiesses los ratos de gusto que me quitas en detenerme, no me pagarias descortès el beneficio que esta noche te he hecho. No sabes bien como te lo pago, dixo el hombre, y los gustos que te estorvo, y para que no nos cansemos, que quieras, que no quieras, he de ir yo donde tu vas, y mas, que no has de quedar aqui donde estamos, que el cavallo lo has de atar à aquel arbol que està alli desviado, y tu te has de subir en otro apartado dèl, que no puedas ser visto; y

ten

Digitized by Google

ten atencion à lo que vieres, y oyeres, entonces conocerás à qual de los dos importa mas el ir tu, ò yo. Embelesado estaba Don Juan oyendole, con mil assustadas palpitaciones que el corazon le daba, que le hacia temblar todo el cuerpo, sin poder aquietarle, aunque se aprovechaba de todo su valor, y animo, pareciendole todo prodigios lo que veia, y sin replicar mas tomò su cavallo, y atandole al arbol que el hombre le havia señalado, se subiò en otro no muy lexos de èl, aguardando à ver en que paraba la porfia de aquel hombre, el qual en viendole puesto en parte segura, caminò à la Quinta; y de lo que mas se maravillò Don Juan, fuè de ver que no encaminò à la puerta, antes dando buelta por junto à las tapias, se fuè à un portillo que en la huerta havia, que era por donde èl estaba avisado, que havia de entrar, porque no fuesse visto de la gente que en la Quinta havia, acordandose muy bien, que èl no le havia dicho por la parte que havia de entrar. Llegò el ahorcado al portillo, y apenas saltò por èl, que era, como de algo menos que un estado de hombre, quando D. Pedro, y sus criados que estaban en centinela, pareciendoles ser D. Juan, à una disparando las pistolas, le derribaron en tierra, y luego que le vieron tendido, fueron sobre èl, y dandole muchas puñaladas, le cogieron, y echaron en un pozo, bastantemente hondo, echando sobre èl cantidad de piedras que tenian apercebidas. Sin sentido quedò Don Juan, oyendo desde el sitio en que estaba el ruido de las bocas de fuego, sin poder imaginar que fuesse, y no hacia sino santiguarse; y mas le creciò la admiracion, quando de alli à un quarto de hora viò abrir las puertas de la Quinta, y salir por ellas tres hombres à cavallo, que como llegaron à emparejar con el de Don Juan, y los sintiò, relinchò, à lo que uno de los tres dixo: El cavallo del señor, no subirà mas en èl, y pareciòle en la voz, y en el talle à su amigo Don Pedro. Valgame el Cielo, (que es esto decia el espantado Cavallero) que es lo que me ha sucedido, y sucede? Don Pedro, y sus criados en la Quinta? No dexarme ir aquel hombre que quitè de la horca? Oìr ruido de pistolas? Decir Don Pedro, que no sè que sienta; y diciendo esto, como los perdiò de vista, y que havian tomado el camino de la Ciudad, se baxò del arbol, y queriendo ir àcia la Quinta, llegò el hombre todo bañado en sangre, y mojado, dando con su venida à D. Juan nuevas admiraciones, que le dixo: Pidote, por Dios, que me desates de tantas dudas, y saques del cuydado en que estoy con las cosas que esta noche

me

Digitized by Google

me han ſucedido; que, ò pienſo que ſueño, ò que eſtoy encantado. No ſueñas, ni eſtàs encantado, reſpondiò èl, que tengo de decir: No viſte à Don Pedro, tu amigo, y à ſus criados? No oiſte lo que dixeron? Pues tan ignorante eres, que no ſacas de eſſo lo que puede ſer? Veſme como vengo: Pues todas eſtas heridas me han dado, creyendo ſer tu, y luego me echaron en un pozo, y muchas piedras ſobre mi, y aun pienſo que Don Pedro no quedò vengado de tu traicion, y falſa amiſtad, de que Roſeleta, ſu muger, le diò cuenta, poniendole en la mano tus papeles, y por orden ſuya te eſcriviò ella, para que viniendo aqui ſu marido, te dieſſe el caſtigo que merecen tus atrevimientos; y mira lo que los Chriſtianos pecadores debemos à la Virgen Maria, Madre de Dios, y Señora nueſtra, que con venir, como venias, à ofender à ſu precioſo Hijo, y à ella, ſe obligo de aquella Ave Maria que la rezaſte, quando ſaliendo de la Ciudad tocaron à la Oracion, y de una Miſſa que todos los Sabados le haces decir en tu Capilla, donde tienes tu entierro, y el de tus padres, y le pidiò à ſu precioſo Hijo te libraſſe de eſte peligro que tu miſmo ibas à buſcar, y ſu Divina Mageſtad por ſu voluntad (quizà para que ſiendo eſte caſo tan prodigioſo, y de admiracion, tu, y los demàs que lo ſupieran, ſean con mas veras devotos de ſu Madre) me mandò vinieſſe de la manera que has viſto, para que tomando à los ojos de D. Pedro, y ſus criados tu forma, lleven creido que te dexan muerto, y ſepultado en aquel pozo, y tu tengas lugar de arrepentirte, y enmendarte: ya te he librado, y dicho lo que tan admirado te tiene: quedate con Dios, y mira lo que haces, y que tienes alma, y que eſta noche has eſtado cerca de perderla con la vida; y que me voy à donde eſtaba, quando Dios me mandò que viniera à librarte, que yo muerto eſtoy, y no vivo, y acuerdate de mi para hacerme algun bien; diciendo eſto, dexando à Don Juan mas confuſo, y aſſombrado que haſta alli, ſe le deſapareciò de delante; y es cierto, que à no valerſe de todo ſu animo, cayera alli ſin ſentido, mas haciendoſe mil veces la Cruz en ſu frente, y dando muchas gracias à Dios, y à ſu bendita Madre, deſatò ſu cavallo, y ſubiendo en èl, tomò el camino de la Ciudad, con nuevos penſamientos, bien diferentes de los que haſta alli havia tenido, que como llegò enfrente de la horca, mirò àcia allà, y viò en ella los tres hombres, como antes eſtaban: Entrò en la Ciudad, encomendandolos à Dios, y llegando à ſu caſa ſe acoſtò, ſin hablar à ninguno de ſus criados, que eſtaban admirados de ſu tardanza,

por

Digitized by Google

por ser ya passado de media noche, la qual passò hasta que fuè de dia con mucha inquietud, y como viesse la luz se vistiò, y se fuè à casa de su amigo D. Pedro, que estaba durmiendo con su muger, contento con haverse vengado, y de modo, que nadie sabìa que se havia hecho D. Juan, y entrando en la calle, como le viessen los criados de D. Pedro, que havian assistido à su muerte, mas admirados que D. Juan havia estado la noche antes, fueron à D. Pedro, y despertandole, le dixeron: Señor, la mayor maravilla que ha sucedido en el mundo. Y què es, replicò D. Pedro? Que D. Juan està vivo, y viene acà, respondieron ellos. Estais en vuestro juicio, dixo D. Pedro, ò le haveis perdido? Como puede D. Juan vivir, ni estar vivo? Pues si no muriera de las heridas que le dimos, era imposible salir del pozo con las piedras que le echamos encima? En mi juicio estoy, que no le he perdìdo; y digo, que viene sano, y bueno, dixo el uno de ellos, y vesle sube por la escalera; y vive Dios, dixo el otro, que està ya en la antesala, que no las tengo todas conmigo, estè vivo, ò muerto. Quando esto se acabò de decir, ya Don Juan estaba en la quadra, dexandolos à todos, como los que han visto visiones, y mas à D. Pedro, que no podia creer, sino que era cuerpo fantastico; pues entrando D. Juan, se echò à los pies de D. Pedro, pidiendole perdon de los agravios, que no havia cometido, aunque los havia intentado, y à Roseleta de sus atrevidas, y locas pretensiones, contando, sin que faltasse nada de lo que le havia passado, dexando à todos tan confusos, que apenas acertaban à responderle, y hecho esto, despidiendose de todos; haciendo primero quitar los cuerpos de los ahorcados de la horca, y haciendoles un honroso entierro, mandandoles decir muchas Missas, se fuè à un Convento de Religiosos Carmelitas Descalzos, y se entrò Frayle, tomando el Abito de aquella Purissima Señora, que le havia librado de tan manifiesto peligro.

Bien pensareis, señores, que estos prodigiosos sucessos, serian causa para que Don Pedro estimasse, y quisiesse mas su esposa, conociendo quan honesta, y honrada era, pues no solo havia defendido su honor de las persuasiones de Don Juan, sino avisandole de ellas, para que pusiesse remedio, y se vengasse: pues no fuè assi, que con los crueles, y endurecidos corazones de los hombres, no valen, ni las buenas obras, ni las malas, que de la misma suerte, como no sea à su gusto, estiman lo uno, que lo otro, pues en ellos no es durable la voluntad, y por esto se cansan, hasta de las proprias muge-

res

Digitized by Google

res, que si no las arrojan de si, como las que no lo son, no es porque las aman, sino por su opinion. Assi le sucedió à D. Pedro, que, ò fuesse que se cansò de la belleza de Roseleta (por tenerla por plato ordinario, y quisiera mudar, y ver diferente cara) ò por hallarse corrido de lo que havia sucedido con D. Juan, viendo que se havia divulgado por la Ciudad, pues no se hablaba de otra cosa, y como el vulgo es novelero, y no todos bien entendidos, cada uno daba su parecer; unos, si D. Pedro havia satisfecho su honor con lo que havia hecho; pues aunque se suponia no haver tenido efecto la culpa, para el honor del casado, solo el amago basta, sin que dè el golpe: otros, poniendolo en la honestidad de Roseleta, diciendo: si havia sido, ò no, juzgando si la moviò diferentes accidentes, que la honestidad, à avisar à su marido de las pretensiones de Don Juan, y à esto anteponian el entrar tan de ordinario en su casa: otros decian, que havia andado atrevida en dar parte à su marido de estas cosas, pudiendo ella atajarlas: otros, que no cumplia con la ley de honrada, si no lo hiciera; de manera, que en todas partes se hallaba, y havia corrillos sobre el caso, señalando à D. Pedro con el dedo. Este, decian, es el que tornò à matar el ahorcado: otros respondian, buen lance echò, bien desagraviado quedò. Todo esto trahia à Don Pedro avergonzado, y con tal descontento, que sin mirar como el Cielo havia sido autor de la defensa de Don Juan, y que èl estaba ya puesto al amparo de la misma que se le havia dado, para que èl no executasse su venganza, se lo vino à pagar todo su inocente esposa, aborreciendola de modo, que ante sus ojos era un monstruo, y una bestia fiera; opusose à la hermosa, y desdichada Dama, para que lo fuesse de todo punto, si ya no bastaba verse aborrecida de su esposo. Angeliana, aquella Dama que al principio dixo, que D. Juan amaba, quando se enamorò de Roseleta, y que la havia gozado con palabra de esposo, que como supo el sucesso, rabiosa de haver perdido à Don Juan por causa de Roseleta, se quiso vengar de entrambos: de la Dama, quitandole su marido, y de Don Juan, agraviandole con su amigo. Era libre, y havia errado, causa para que algunas se dèn mas à la libertad; que esto havian de mirar los hombres quando desafiegan las doncellas, que và sobre èllos el enseñarlas à ser malas. Poniase en las partes mas ocasionadas, para que Don Pedro la viesse; y aunque no era tan hermosa como Roseleta, los ademanes libres, con otras señas que con lascivos ojos le hacia, como ya èl aborre-

Digitized by Google

recia à su esposa, le atrayeron de suerte, que vino à conseguir su intento, de modo, que Don Pedro se enamorò de èlla, entrando en su casa, no como recatado amante, sino con mas libertad que si fuera su marido; porque como amor nuevo le assistia mas, faltando en su casa, no solo el regalo, y agasajo de su esposa, sino tambien al sustento de su familia, no bastandole su hacienda, y la de su muger, para que Angeliana destruyesse; que siempre para las cosas del diablo sobra, y para las de Dios falta. Vino à ser tan publica esta amistad, que la Ciudad la murmuraba, y Roseleta no lo ignoraba, por donde impaciente se quexaba, viniendo à tener entre èlla, y Don Pedro los disgustos acostumbrados, que sobre tales casos hay entre casados; y por esto, y vèr que se disminuìa su hacienda, no gozando èlla de èlla, se determinò escrivir un papel à Angeliana, amenazandola, si no se apartaba de la amistad de su marido, la haria quitar la vida. Este papel diò Angeliana à Don Pedro, con grandes sentimientos, y lagrimas, y para dañarlo mas le dixo: que èlla sabìa por cierto, que Don Juan havia gozado à Roseleta; que el darle los papeles, y cuenta de las pretensiones que tenia, fuè zelosa por vengarse de èl, porque se queria casar con èlla, y que aquellos papeles eran de los primeros que D. Juan le havia escrito, que los que despues escrivian el uno al otro llenos de amores, y caricias como èlla havia visto algunos, por haverselos quitado à D. Juan, que de essos no le havia dado parte. Finalmente la traydora Angeliana lo dispuso de modo, pidiendole la vengasse de los atrevimientos de su esposa, y de haver sido causa, de que èlla no lo fuesse de D. Juan; que D. Pedro dandole credito, se lo prometiò, y para executarlo, porque no le diessen à èl, ni à Angeliana la culpa, se concertaron los dos en lo que havian de hacer, y fuè, que D. Pedro se retirò de industria, de no ir en casa de su Dama, y assistir con mas puntualidad, y cuydado à la suya, y al regalo de Roseleta; con que la pobre señora, sossegados sus zelos empezò à tener mas gusto que hasta alli havia tenido, viendo que su marido se havia aquietado, y quitadose de la ocasion de Angeliana. Mas de dos meses aguardò el falso D. Pedro la ocasion que deseaba, no viendo à su Dama sino con gran cautela, y recato. En este tiempo Roseleta cayò mala de achaque de un mal, ò aprieto de garganta, de que fuè necessario sangrarla, como se hizo, y essa misma noche el ingrato, y cruel marido, despues de recogida la familia, viendo que Roseleta dormia, le qui-

Digitized by Google

tò la venda de la sangria, y la destapò la vena por donde se desangrò, hasta que rindiò la hermosa vida à la fiera, y rigurosa muerte, y como viò que ya havia executado el golpe, que estaba muerta, dando grande voces, llamando criados, y criadas que traxessen luz: alborotò la casa, y vecindad, y entrando con la luz, que èl de proposito havia muerto, quando hizo el buen hecho, hallaron la hermosa Dama muerta, que como se havia desangrado, estaba la mas bella cosa, que los ojos humanos havian visto. Llorabala toda su familia; y tambien la Ciudad lamentaba tal desgracia, ayudando à todos el cruel D. Pedro, que dando gritos, y llorando lagrimas falsas, hacia, y decia tales estremos, que en muchos acreditaba sentimientos, mas en otros cautela. Adonde te has ido, decia, amada esposa mia? Como has dexado el triste cuerpo de tu D. Pedro, sin alma? Presto seguirà tras ti, la de este despreciado hombre! Ay Angel mio! Como vivirè sin ti! Quien alegrarà mis ojos, faltandoles la hermosura de mi querida, y amada Roseleta! Arrojabase sobre èlla, besabale las manos, no queria que nadie le consolasse, que èl se estaba consolando. Enterraron à Roseleta con general sentimiento de todos, y essa misma noche vino Angeliana à consolar à D. Pedro; è hizolo tan bien, que se quedò en casa, porque no se bolviesse à desconsolar, con que empezaron todos à conocer que èl la havia muerta, mas como no se podia averiguar, parò solo en murmurarlo, y mas quando dentro de tres meses se casò con Angeliana, con quien viviò en paz, aunque no seguros del castigo de Dios, que si no se les diò en esta vida, no les reservaria de èl en la otra. Buscò D. Pedro à D. Juan ya professo, para matarle, mas no lo permitiò Dios, que la que le havia guardado una vez, le guardò siempre, porque con licencia de sus mayores passò à mas estrecha vida, donde acabò en paz.

Vean aora las Damas de estos tiempos, si con el exemplo de los passados se hallan con animo para fiarse de los hombres, aunque sean maridos, y no desengañarse, de que el que mas dice amarlas, las aborrece; y el que mas las alaba, mas las vende; y el que mas muestra estimarlas, mas las desprecia; y que el que mas perdido se muestra por èllas, al fin las da muerte, y que para con las mugeres todos son unos; y esto se vè en que si es honrada, es aborrecida, porque lo es: y si es libre, cansa: si es honesta, es melindrosa: si atrevida, deshonesta: ni les agradan sus trages, ni sus costumbres, como se vè en Roseleta, y Camila, que ninguna acertò; ni la una callando, ni

la

Digitized by Google

la otra hablando. Pues señoras desengañemonos, bolvamos por nuestra opinion, mueran los hombres en nuestras memorias, pues mas obligadas que à ellos, estamos à nosotras mismas.

Con mucho desenfado, desahogo, y donayre diò fin la hermosa Nise à su desengaño, dando à las Damas con su bien entendido documento, que temer, y advertir lo que era justo que todas miren. Libre vivia Nise de amor, que aunque era hermosa, y deseada de muchos para merecerla por esposa, jamàs havia rendido à ninguno su libre voluntad, y por esso con menos embarazo que Lisarda havia hablado, y como vieron que ya havia dado fin, empezaron las Damas, y Cavalleros à dar sus pareceres sobre el desengaño dicho, alegando si D. Pedro fuè facil en creer lo que Angeliana le dixo, contra el decoro de su esposa, pues debia conocer, que siendo su amiga, y estando rabiosa del papel que havia recibido, lo cierto es, que no podia hablar bien de èlla: los Cavalleros le disculpaban, alegando que un marido no està obligado, si quiere ser honrado, à averiguar nada; pues quando con los cuerdos quedasse sin culpa, los ignorantes no le disculparian; y quando quisiera dissimular, por ser caso secreto, lo que Angeliana le decia, le bastaba pensar, que èlla lo sabìa, y mas afirmando haver visto papeles diferentes de los que à èl le havian dado; y quando estuviera muy cierto de la inocencia de Roseleta, ya parecia que Angeliana la ponia, aunque mintiesse, dexaba escurecido su honor. Las Damas decian lo contrario, afirmando, que no por la honra la havia muerto; pues que mas deshonrado, y escurecido queria vèr su honor, que con haverse casado con muger ajada de D. Juan, y despues gozada de èl, sino que por quedar desembarazado por casarse con la culpada, havia muerto la sin culpa; que lo que mas se podia admirar era, de que huviesse Dios librado à D. Juan por tan cauteloso modo, y permitido que padeciesse Roseleta. A lo qual Lisis respondiò, que esso no havia que sentir, mas de que à Dios no se le puede preguntar, porque hace essos milagros, supuesto que sus secretos son incomprehensibles; y assi à unos libra, y à otros dexa padecer, que à èlla le parecia con el corto caudal de su ingenio, que à Roseleta le havia dado Dios el Cielo padeciendo aquel martyrio, porque la debiò de hallar en tiempo de merecerle, y que à D. Juan le guardò, hasta que le mereciesse con la penitencia, y que tuviesse mas la vida, y tantos desengaños para emmendarla, con que sujetandose todos à su parecer, dieron lugar à la linda Doña Isabel, y à los demàs Musicos, que estaban

Digitized by Google

ban aguardando silencio, para que cantassen este Romance.

A pesar de la fortuna,
que su vista me quitò,
sin ser Aurora en mis brazos
ayer Febo amaneciò.
Vertiendo risa en las flores
con su divino esplendor,
dando perlas à las fuentes,
lustre, sèr, y admiracion.
Quien viò entre zelajes rojos
salir governando el Sol
los flamigeros cavallos,
que descompuso Faeton.
Quien viò decretar à Jove
el castigo que se diò,
al mozo mal entendido,
que por sobervio cayò.
Y quien viò al sabio Mercurio
adormecer al Pastor,
que velaba con cien ojos
à la desdichada Jo.
Quien viò sujetando à Marte
con su estremado valor
las belicosas esquadras,
de quien es dueño, y señor.
Quien le viò rendir à Venus
la sobervia condicion;
animoso entre Soldados,
tierno tratando de amor.
Quien viò conquistando al Mũdo
aquel Magno Emperador,
que alcanzò en èl, tanto monta,
glorias, titulo, y blason.
Quien viò vencer imposibles,
aquel mozo que abrasò
por castigar su flaqueza,
su brazo con tal valor.
Assi selvas à mis ojos
un bello Sol ofreciò,
y de haverle visto selvas
mi dicha alabando estoy.
Embidieme la fortuna,
si oriente soy de tal Sol,
siendo diamante que alcanzo
à sus rayos mas valor.
Mas ay que tal favor,
en sueños la fortuna me ofreciò;
porque nunca mi amor
sino es durmiendo aquesto mereciò.

DESENGAÑO V.

TARDE LLEGA EL DESENGAÑO.

NOCHE QUINTA.

ACabada la musica, ocupò la hermosa Filis el assiento que havia ya dexado desembarazado, bien temerosa de salir del empeño, tan ayrosa como las demàs que havian desengañado; y congoxada de esto, cubriendo el hermoso rostro de nuevas, y alexandrinas rosas, que el ahogo le causaron, dixo: Cierto, hermosas Damas, y discretos cavalleros, y tu divina Lisis, à cuyo govierno estamos todas sujetas, que cediera de voluntad à qualquiera que

Digitized by Google

que me quisiera sacar de este empeño en que estoy puesta, este lugar: porque haver de desengañar en tiempo que se usan tantos engaños, que ya todos viven de ellos, de qualesquiera estado, ò calidad que sean; y assi dudo, que ni las mugeres son engañadas, que una cosa es dexarse engañar, y otra es engañarse; ni los hombres deben de tener la culpa de todo lo que se les imputa, y assi las mugeres vemos oy, sin los casos passados, ver en los presentes llorar, y gemir tantas burladas. Que mejor desengaño havemos menester; (mas diràn lo que dixo una vez una bachillera, oyendo contar una desdicha que havia sucedido à una Dama casada con su marido.) Bueno fuera, que por una nave que se anega, no navegassen las demàs. Y cierto, que aunque se dice, que el libre albedrio no està sujeto à las estrellas; pues aprovechandonos de la razon las podemos vencer: que soy de parecer, que si nacimos sujetos à desdichas, es imposible apartarnos de èllas. Bien se advierte en Camila, y Roselera, que ni la una con su prudencia, pudo librarse aunque callò, ni la otra con su arrojamiento, hablando se librò tampoco; y aunque miro en Carlos, y Don Pedro dos animos bien crueles, no me puedo persuadir à que todos los hombres sean de una misma manera, pues juzgo, que ni los hombres deben ser culpados en todo, ni las mugeres tampoco. Ellos nacieron con libertad de hombres, y èllas con recato de mugeres, y assi por lo que deben ser mas culpadas, dexando à parte, que son mas desgraciadas, es, que como son las que pierden mas, luce en èllas mas el delito; y por esto como los hombres se juzgan los mas ofendidos, quexanse, y condenanlas en todo, y assi estàn oy mas abatidas que nunca, porque deben de ser los excessos mayores; demàs de esto, como los hombres con el imperio que naturaleza les otorgò en serlo temerosos, quizà de que las mugeres no se les quiten; pues no hay duda, que si no se dieran tanto à la compostura, afeminandose mas que naturaleza las afeminò; y como en lugar de aplicarse à jugar las armas, y à estudiar las ciencias, èstudian en criar el cabello, y matizar el rostro, ya pudiera ser que passàran en todo à los hombres: luego el culparlas de faciles, y de poco valor, y menos provecho, es, porque no se les alcen con la potestad, y assi en empezando à tener discurso las niñas, ponenlas à lavar, y hacer baynillas, y si las enseñan à leer, es por milagro; que hay padre que tiene por cosa de menos valor, que sepan leer, y escrivir sus hijas, dando por causa, que de saberlo, son malas, como si no huviera muchas

Digitized by Google

mas que no lo saben, y lo son, y esta es natural embidia, y temor que tienen de los que han de passar en todo. Bueno fuera, que si una muger ciñera espada, sufriera que la agraviàra un hombre en ninguna ocasion; harta gracia fuera que si una muger professára las letras, no se opusiera con los hombres, tanto à las dudas, como à los puestos, segun esto, temor es el abatirlas, y obligarlas à que exerzan las cosas caseras. Esto prueba bien el valor de las hermanas del Emperador Carlos Quinto, que no quiero asir de las passadas, sino de las presentes; pues el entendimiento de la Sereniſſima Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, pues con ser el Catholico Rey D. Felipe Segundo de tanto saber, que adquiriò el nombre de Prudente, no hacia, ni intentaba faccion ninguna, que no tomasse consejo con èlla, en tanto estimaba el entendimiento de su hija, pues en el govierno de Flandes bien mostrò quan grande era su saber, y valor. Pues la Excelentiſſima Condesa de Lemos, Camarera Mayor de la Sereniſſima Reyna Margarita, y Aya de la Emperatriz de Alemania, Abuela del Excelentiſſimo Conde de Lemos, que oy vive, y viva muchos años, que fuè de tan excelentiſſimo entendimiento, demàs de haver estudiado la lengua Latina, que no havia Letrado que la igualasse. La señora Doña Eugenia de Contreras, Religiosa en el Convento de Santa Juana de la Cruz, hablaba la lengua Latina, y tenia tanta promptitud en la Gramatica, y Theologia, por haverla estudiado, que admiraba à los mas eloquentes en èlla. Pues si todas estas, y otras muchas de que oy goza el mundo, excelentes en Prosa, y Verso, como se ve en la señora Doña Maria Varaona, Religiosa en el Convento de la Concepcion Geronyma, y la señora Doña Ana Caro, natural de Sevilla; ya Madrid ha visto, y hecho experiencia de su entendimiento, y excelentiſſimos versos, pues los Teatros la han hecho estimada, y los grandes entendimientos le han dado laureles, y vitores, rotulando su nombre por las calles, y no serà justo olvidar à la señora Doña Isabel de Ribadeneyra, Dama de mi señora la Condesa de Galvez, tan excelente, y unica en hacer versos, que de justicia merece el aplauso entre las passadas, y presentes, pues escrive con tanto acierto, que arrebata, no solo à las mugeres, mas à los hombres, el laurel de la frente, y otras muchas que no nombro, por no ser prolixa. Puedese creer, que si como à estas que estudiaron les concediò el Cielo tan divinos entendimientos, si todas hicieran lo mismo, unas mas, y otras menos, todas supieran, y fueran famosas. De ma-

Digitized by Google

manera, que no voy fuera de camino, en que los hombres de temor, y embidia las privan de las letras, y las armas, como hacen los Moros à los Christianos que han de servir donde hay mugeres, que los hacen eunucos, por estar seguros de èllos. Ah Damas hermosas, y que os pudiera decir, si supiera, que como soy oìda, no havia de ser murmurada! Ea, dexemos las galas, rosas, y rizos, y bolvamos por nosotras; unas con el entendimiento, y otras con las armas; y serà el mejor desengaño para las que oy son, y las que han de venir; y supuesto, que he dicho lo que siento, y ya que estoy en este assiento, he de desengañar; y es fuerza que cumpliendo el mandamiento de la divina Lisis, ha de ser mi desengaño contra los Cavalleros, por si algun dia los huviere menester, les pido perdon, y licencia.

Con gran gusto escucharon todos à la hermosa Filis, que despues de haverla dado las gracias, y concedido lo que tan justamente pedia, empezò assi:

Si mis penas pudieran ser medidas,
no fueran penas, no, que glorias fueran;
con mas facilidad contar pudieran
Las aves que en el ayre estan perdìdas.
Las estrellas à cuenta reducidas,
mas cierto que ellas, numero tuvieran
por imposibles, faciles se vieran
contadas las arenas esparcidas.
Sin ti dulce, y ausente, dueño mio,
La noche passo, deseando el dia,
y en viendo el dia, por la noche lloro.
Lagrimas dòde estais, cò gusto embio,
gloria siento por ti en la pena mia,
cierta señal, que lo que pierdo adoro.
Espero, desespero, gimo, y lloro,
que sin ti, dueño amado,
me cansa el rio, y entristece el prado.
Quando llegarà el dia
en que te buelva à ver, señora mia.
Que hasta que yo te vea,
no hay gusto para mi, que gusto sea.

Assi cantaba para divertir su pena, siendo tan grande, como quien sabe que es ausencia. Don Martin, Cavallero mozo, noble, galan, y bien entendido, natural de la Imperial Ciudad de Toledo, à quien deseos de acrecentamientos de honor havian ausentado de su patria, y apartado de una gallarda, y hermosa Dama, prima suya, à quien amaba para esposa. Navegando la buelta de España, honrado de valerosos hechos, y acrecentado de grandes servicios en Flandes, donde havia servido con valeroso animo, y heroyco valor à su Catholico Rey, y de quien esperaba, llegando à la Corte, honrosos premios, ligando de camino el libre cuello al yugo del matrimonio, lazo amable, y suave, para quien le toma con gusto, como èl esperaba gozar con su hermosa prima, juzgando el camino eterno, por impedirle llegar à gozar, y poseer sus amorosos brazos, pareciendole el prospero viento, con que la nave bolaba, pere-

Digitized by Google

zosa calma, quando la fortuna (cruel enemiga del descanso, que jamàs hace cosa à gusto del deseo) haviendo cerrado la noche obscura, tenebrosa, y rebuelta de espantosos truenos, y relampagos, con furiosa lluvia, trocandose el viento apacible, en rigurosa tormenta. Los Marineros temerosos de perderse, queriendo amaynar las velas, porque la nave no diesse contra alguna peña, y se hiciesse pedazos, mas no les fuè possible, antes empezò à correr, sin orden, ni camino por donde el furioso viento la quiso llevar, con tanta pena de todos, que viendo no tenian otro remedio, puestos de rodillas, llamando à Dios, que tuviesse misericordia de las almas, ya que los cuerpos se perdiessen, y assi poniendo el timòn la via de Cerdeña, pareciendoles no medrarian muy mal, si llegassen à ella, perdidas las esperanzas de quedar con las vidas. Con grandes llantos se encomendaban cada uno al Santo con quien mas devocion tenian; y es lo cierto, que sino fuera por el valor con que Don Martin los animaba, el mismo miedo los acabàra: Mas era Toledano, cuyos pechos no le conocen, y assi haciendo la misma cara al bien, que al mal, poniendo las esperanzas en Dios, esperaban con valor lo que sucediesse. Tres dias fueron de esta suerte, sin darles lugar la obscuridad, y el ir engolfados en alta mar à conocer por donde iban; y ya que esto les asseguraba el temor de hacerse pedazos la nave, no lo hacia de dar en tierra de Moros, quando al quarto dia descubrieron tierra, poco antes de anochecer, mas fuè para acrecentarles el temor, porque eran unas montañas tan altas, que antes de sucederles el mal, ya le tenian previsto, y procurando amaynar, fuè imposible, que la triste nave venia tan furiosa, que antes que tuviessen lugar de hacer lo que intentaban, diò contra las peñas, y se hizo pedazos, que viendose perdidos, acudiò cada uno como pudo à salvar la vida, y aun essa tenian por imposible el librarla. D. Martin, que siguiendo el exercicio de las armas, no era esta la primera fortuna en que se haviz visto; animosamente asiò una tabla, haciendo cada uno lo mismo, con cuyo amparo, y el del Cielo pudieron, à pesar de las furiosas olas, tomar tierra, en la parte donde mas comodamente pudieron, que como en èlla se vieron, aunque conociendo su manifiesto peligro por llegar las olas à batir en las mismas peñas por no estar furiosas, y fuera de madre. Dieron gracias à Dios por las mercedes que les havia hecho, y buscando, como pudiessen donde ampararse, D. Martin, y otro Cavallero passagero, que los demàs enderezaron àcia otras partes,

Digitized by Google

tes, se acogieron à un hueco, ò quiebra que en la peña havia: donde por estar bien concavo, y cavado no llegaba el agua. Estuvieron hasta la mañana, que haviendose sossegado el ayre, y quitadose al Cielo el ceño, saliò el Sol, y diò lugar, à que las olas, retiradas à su ceruleo alvergue, descubriò una arenosa playa, de ancho hasta dos varas, de modo, que podia muy bien andar al rededor de las peñas: que viendo esto D. Martin, y su compañero, temerosos de que no les hallasse alli la venidera noche, y deseosos de saber donde estaban, y menesterosos de sustento, por no haver comido desde la mañana del dia passado: salieron de aquel peligroso alvergue, y caminando por aquella vereda, iban buscando, si hallaban alguna parte por donde subir à lo alto, con harto cuydado de que no fuesse tierra de Moros, donde perdiessen la libertad que el Cielo les havia concedido, aunque les parecia mas civil muerte acabar la vida à manos de la hambre. (no sè que dulzura tiene esta triste vida, que aunque sea con trabajos, y desdichas la apetecemos) Dabales à Don Martin, y su camarada mas guerra la hambre, que el esperar verse cautivos: y sentian mas la pèrdida de los mantenimientos, que con la nave se havian perdìdo, que los vestidos, y ropa que se havian anegado con èlla: si bien à D. Martin no le hacian falta los dineros, porque en un bolsillo que trahia en la faltriquera havia escapado buena cantidad de doblones, y una cadena. Mas de medio dia seria passado, quando caminando orilla del mar, descubrieron una mal usada senda, que à lo alto de la peña subia, y entrando por èlla, no con poca fatiga, y à cosa de las quatro de la tarde llegaron à lo alto, desde donde descubrieron la tierra llana, y deleytosa, muchas arboledas muy frescas, y en èllas huertas de agradable vista, y muchas tierras sembradas, y en èllas, ò cerca algunas hermosas caserìas, mas no vieron ninguna gente, con que no pudieron apelar de su pensamiento, de que si estaban entre enemigos, mas al fin, sujetos à lo que la fortuna quisiesse hacer de èllos, como hallassen que comer. Siguieron su camino, y à poco mas de una legua, ya que queria anochecer, descubrieron un grande, y hermoso Castillo, y vieron delante de èl andarse passeando un Cavallero, que en su talle, vestido, y buena presencia parecia serlo. Tenia sobre un vestido costoso, y rico, un gavàn de terciopelo carmesì, con muchos passamanos de oro, y al uso Espanol, de que no se alegraron poco nuestros mojados, y hambrientos caminantes, dando mil gracias à Dios, de que ya que con tanto trabajo los havia guia-

Digitized by Google

guiado hasta alli, fuesse tierra de Christianos, porque hasta aquel punto havian temido lo contrario, è yendose para el Cavallero, que se parò à esperarlos, juzgando en verlos venir à si, lo que podia ser, que como llegassen mas cerca, pudieron ver que era un hombre de hasta quarenta años, y algo moreno, mas de hermoso rostro, el vigote, y cabello negro, y algo encrespado. Llegando, pues, mas cerca, con semblante severo, y alegre nos saludò con mucha cortesia, y prosiguiò, diciendo: No tengo necessidad, señores, de preguntaros, que ventura os ha trahido aqui, que ya juzgo, en el modo que venìs, à piè, y mal enjutos, parece, que haveis escapado de alguna derrotada nave, que en la tempestad passada se ha perdido, haciendose pedazos en estas peñas; y no ha sido pequeña merced del Cielo en haver escapado con las vidas, que ya otros muchos han perecido, sin haver podido tomar tierra. Assi es, respondiò Don Martin, (despues de haverle buelto las corteses saludes) y suplicoos, señor Cavallero, me hagais merced de decirme, que tierra es esta, y si hallarèmos cerca algun Lugar donde poder repararnos del trabajo passado, y del que nos fatiga, que es, no haver comido dos dias ha? Estais, señores, respondiò el Cavallero, en la gran Canaria; si bien por donde la fortuna os la hizo tomar, es muy dificultoso el conocerla, y de aqui à la Ciudad hay dos leguas, y supuesto, que ya el dia va à la ultima jornada, serà imposible llegar à ella à tiempo que os podais acomodar de lo que os falta, y mas siendo forasteros, que es fuerza ignoreis el modo, y supuesto la necessidad que teneis de sustento, y descanso, porque me pareceis en la lengua Españoles, y tener yo gran parte de esta dichosa tierra, que es de lo que mas me honro: os suplico, aceptando mi casa para descansar esta noche, y todo el tiempo que mas os diere gusto, que en todo podeis mandar como propria; y yo lo tendrè por muy gran favor, que despues yo irè con vosotros à la Ciudad, donde voy algunas veces, y os podreis acomodar de lo que os faltàre para vuestro viage. Agradecieron al noble Cavallero, Don Martin, y su camarada con corteses razones, lo que les ofrecia, aceptando, por la necessidad que teñian, su piadoso ofrecimiento; y con esto todos tres, y algunos criados que havian salido del Castillo, se entraron en èl; y cerrando, y echando el puente, por ser ya tarde, y aquellos campos mal seguros de salteadores, y vandoleros, subieron à lo alto, è iban notando nuestros Heroes, que el Cavallero debia de ser muy principal, y rico, porque todas las salas estaban muy aliñadas de ri-

cas

Digitized by Google

cas colgaduras, y excelentes pinturas, y otras cosas curiosas, que decian el valor de el dueño, sin faltar mugeres; que acudieron à poner luces, y ver que se les mandaba, tocante al regalo de los huespedes que su señor tenia, porque salieron, llamando dos doncellas, y quatro esclavas blancas herradas en los rostros, à quien el Cavallero dixo, que fuessen à su señora, y le dixessen, mandasse apercibir dos buenas camas para aquellos Cavalleros, juntas en una quadra, y que se aderezasse presto la cena, porque necessitaban de comer, y descansar; y mientras esto se hacia, D. Martin, y el compañero, se quedaron con el Cavallero, contando de su viage, y del modo que havian llegado alli, juzgando, por lo que à las criadas havia dicho, dixessen à su señora, que el Cavallero era casado. Aderezada la cena, y puestas las mesas, ya que se querian sentar, se les ofreciò à la vista dos cosas, de que quedaron bien admirados, sin saber que les havia sucedido; y fuè, que diciendoles el Cavallero, que se sentassen, y haciendo èl lo mismo, sacò una llave de la faltriquera, y dandola à un criado, abriò con èlla una pequeña puerta que en la sala havia, por donde vieron salir, quando esperaban, ò que saliessen algunos perros de caza, ù otra cosa semejante, saliò, como digo, una muger al mismo tiempo, que por la otra donde entraban, y salian las criadas otra, que la vista de qualquiera de ella causò à D. Martin, y su compañero tan grande admiracion, que suspendidos, no se les acordò de lo que iban à hacer, ni entendieron, à que el Cavallero les daba priessa, que se sentassen: La muger, que por la pequeña puerta saliò, parecia tener hasta veinte y seis años, tan hermosissima, con tan grande estremo, que juzgò Don Martin, con haverlas visto muy lindas en Flandes, y España, que esta las excedia à todas, mas tan flaca, y sin color, que parecia mas muerta, que viva, ò que daba muestras de su cercana muerte. No trahia sobre sus blanquissimas, y delicadas carnes, sino un saco de una gerga muy basta, y èste le servia de camisa, faldellin, y vestido, ceñido con un pedazo de soga. Los cabellos, que mas eran madejas de Arabia, que otra cosa, partidos en trensa, como se dice al estilo aldeano, y puestos detràs de sus orejas, y sobre ellos arrojada una toca de lino muy basto. Trahia en sus hermosas manos (que parecian copos de nieve) una calavera: juzgò Don Martin, harto enternecido de verla destilar de sus hermosos ojos sartas de cristalinas perlas, que si en aquel trage se descubrian tanto los quilates de su belleza, que en otro mas precioso fuera assombro del mundo; y como

Digitized by Google

mo llegò cerca de la mesa, se entrò debaxo de èlla. La otra, que por la otra puerta saliò, era una negra, tan tinta, que el azabache era blanco en su comparacion, y sobre esto tan fiera, que juzgò Don Martin, que si no era el demonio, que debia de ser retrato suyo; porque las narices tan romas, que imitaban los perros bracos, que aora estàn tan validos, y la boca con tan grande ozico, y vezos tan gruessos, que parecia boca de leon, y lo demàs à esta proporcion. Pudo muy bien D. Martin notar su rostro, y costosos aderezos, en lo que tardò en llegar à la mesa, por venir delante de èlla las dos doncellas con dos candeleros de plata en las manos, y en èllos dos bugias de cera encendidas. Trahia la fiera, y abominable negra, vestida una saya entera, con manga en punta, de un raso de oro encarnado, tan resplandeciente, y rica, que una Reyna no lo podia tener mejor; collar de ombros, y cintura de resplandecientes diamantes; en su garganta, y muñecas, gruessas, y albissimas perlas, como lo eran las arracadas, que colgaban de sus orejas; en la cabeza muchas flores, y piedras de valor, como lo eran las sortijas que trahia en sus manos; que como llegò el Cavallero con alegre rostro, la tomò por la mano, y la hizo sentar à la mesa, diciendo: Seais bien venida, señora mia, y con esto se sentaron todos, la negra à su lado, y Don Martin, y su camarada enfrente tan admirados, y divertidos en mirarla, que casi no se acordaban de comer, notando el Cavallero la suspension, mas no porque dexasse de regalar, y acariciar à su negra, y endemoniada Dama, dandole los mejores bocados de su plato; y la desdichada belleza, que estaba debaxo de la mesa, los huessos, y mendrugos, que aun para los perros no eran buenos, que como tan necessitada de sustento, los roìa, como si fuera uno de èllos. Acabada la cena, la negra se despidiò de los Cavalleros, y de su amante, ò marido, que èllos no podian adivinar que fuesse, y se bolviò por donde havia venido, con la misma solemnidad de salir las doncellas con las luces, y saliendo de debaxo de la mesa la maltratada hermosura, un criado de los que assistian à servir, en la calavera que trahia en las manos, le echaron agua, y bolviendose à su estrecho alvergue, cerrò el criado la puerta con llave, y se la diò à su señor. Pues passado esto, y los criados idos à cenar, viendo el Cavallero à sus huespedes tan suspensos, pensando en las cosas que en aquella casa veìan, sin atreverse à preguntar la causa, les hablò de esta suerte: Si bien, buenos amigos, el trabajo passado en la mar os necessita mas de

def-

Digitized by Google

descanso, y reposo, que de oir sucessos: veoos tan admirados de lo que en esta casa veis, que estoy seguro, que no os pesarà el oir el mio, y la causa de los estremos que veis, que los juzgareis encantamientos de los que se cuentan havia en la primera edad del mundo; y porque salgais de la admiracion en que os veo, si gustais de sabarla, con vuestra licencia, os contarè mi prodigiosa historia, assegurandoos, que soys los primeros à quien la he dicho, y han visto lo que en este Castillo passa, porque desde que me retirè à èl de la Ciudad, no he consentido, que ninguno de mis deudos, ò amigos que me vienen à ver, passen de la primera sala, ni mis criados se atreverán à contar à nadie lo que aqui passa, pena de que les costarà la vida. Antes, amigo, y señor, respondiò Don Martin, te suplico, que lo digas, y me saques de la confusion en que estoy, que no puedo tener con èl descanso, que dices, que mi fatiga ha menester mas gusto, y alivio, que oir la historia, que encierra tan prodigiosos mysterios. Pues supuesto esso, os la dirè, dixo el Cavallero, estadme atentos, que passa assi.

Mi nombre es Don Jayme de Aragon, que este mismo fuè el de mi padre, que fuè natural de Barcelona en el Reyno de Cataluña, y de nobles Cavalleros de èlla, como lo dice mi apellido: Tuvo mi padre, con otros Cavalleros de su patria unas competencias sobre el galanteo de una Dama, y fuè de suerte, que llegaron à sacar las espadas; donde mi padre, ò por mas valiente, ò mas bien afortunado, dexando uno de sus contrarios en el ultimo vale, se escapò en un cavallo al Reyno de Valencia, y embarcandose alli, passò à Italia, donde estuvo algunos años en la Ciudad de Napoles, sirviendo al Rey como valeroso Cavallero, donde llegò à ser Capitàn: y ya cansado de andar fuera de su patria, bolviendose à èlla, con tormenta derrotado, como vosotros en essas peñas, y salvando la vida por el mismo modo; estandose reparando en la Ciudad, del trabajo passado, vio à mi madre, que haviendo muerto sus padres, la havian dexado niña, y rica. Finalmente, al cabo de dos años que la galanteò, vino à casarse con èlla: Tuvieronme à mi solo por fruto de su matrimonio, que llegando debaxo de su educacion, à la edad floreciente de diez y ocho años, era tan inclinado à las armas, que pedì à mis padres licencia para passar à Flandes à emplear algunos años en èllas, y ver tierras. Tuvieronlo por bien mis padres, porque no perdiesse el honor que por tan noble exercicio podia ganar, aunque con paternal sentimiento me acomodaron de lo necessario, y tomando su bendicion

Digitized by Google

cion me embarquè para Flandes, que llegando à ella, assentè mi plaza, y acudì à lo que era necessario en el exercicio que professaba, y en esto gastè seis años; y pienso que estuviera hasta aora, si no me huviera sucedido un caso, el mas espantoso que havreis oìdo. Tenia yo à esta sazon veinte y quatro años, el talle conforme à la floreciente edad, que tenia, las galas como de soldado, y las gracias como de mozo, acompañando à esto con el valor de la noble sangre que tengo; pues estando un dia en el Cuerpo de Guardia con otros camaradas, y amigos, llegò à mi un hombre anciano, que al parecer professaba ser escudero; y llamandome aparte, me dixo, que le oyesse una palabra, y despidiendome de mis amigos me apartè con èl, que en viendome solo, me puso en la mano un papel, diciendo que le leyesse, y de palabra le diesse la respuesta; leìle, y contenia estas razones.

Tu talle, Español, junto con las demàs gracias que te diò el Cielo, me fuerzan à desear hablarte, si te atreves à venir en mi casa con las condiciones que te dirà esse criado, no te pesarà de haverme conocido. Dios te guarde.

Viendo que el papel no decia mas, y que se remitia à lo que dixesse el criado: le preguntè el modo de poder obedecer, lo que en aquel papel se me mandaba, y me respondiò, que no havia que advertirme, mas de que si me resolvia à ir, que le aguardasse en dando las diez en aquel mismo puesto, que èl vendria por mi, y me llevaria. Yo, que con la juventud que tenia, y la facultad que professaba, ayudado de mi noble sangre, no miraba en riesgos, ni temia peligros, pareciendome, que aunque fuesse à los abysmos, no aventuraba nada, porque no conocia la cara al temor. Aceptè la ida, respondiendo, que le aguardaria. Advirtiòme el sagàz mensagero, que en este caso no havia riesgo ninguno, mas de el de comunicarlo con nadie; y que assi me suplicaba, que ni à camarada, ni à amigo no lo dixesse, que importava à mi, y à la persona que le embiaba; assegurado de todo, y yo sin sossiego, hasta vèr el fondo à un caso con tantas cautelas governado; apenas vì, que serian las diez, quando hurtandome à mis camaradas, me fuì al señalado puesto, y dando el relox las diez, llegò èl en un valiente cavallo, que por hacer la noche entre clara, se dexaba ver, y baxando de èl; lo primero que hizo fuè vendarme los ojos con un tafetàn, de que venia apercibido; de cuya faccion, unas veces dudaba fuesse segura, y otras me rela de semejantes transformaciones, y diciendo, que subiesse en el cavallo, subiò èl à las ancas, y empezamos à caminar, pareciendome en

Digitized by Google

en el tiempo que caminamos, que havian sido dos millas, porque cruzando calles, y callejuelas, como por ir tapados los ojos, no podia ver por donde iba; muchas veces creì que bolviamos à caminar lo que ya haviamos caminado. En fin, llegamos al cabo de mas de una hora, à una casa, y entrando en el zaguan, nos apeamos, y assi tapados los ojos, como estaba me assiò de la mano, y me subiò por unas escaleras: Yo os confiesso, que en esta ocasion tuve algun temor, y me pesò de haverme puesto en una ocasion, que ella misma, pues iba fundada en tanta cautela, estaba amenazando algun grave peligro; mas considerando, que ya no podia bolver atràs, y que no era lo peor haverme dexado mi daga, y espada, y una pistola pequeña que llevaba en la faltriquera, me bolvì à cobrar, pues juzguè, que teniendo con que defenderme, ya que muriesse, podia matar. Acabamos de subir, y en medio de un corredor, à lo que me pareciò, por haver tentado las varandas; con una llave que trahia abriò una puerta, y trasladando al entrar por èlla mi mano, que en la suya llevaba otra, que al parecer del tacto, juzguè mejor. Sin hablar palabra bolviò à cerrar, y se fuè dexandome mas encantado que antes; porque la Dama à quien me entregò, segun juzguè, por el rugir de la seda, fuè conmigo, caminando otras tres salas, y en la ultima llegando à un estrado se sentò, y me dixo, que me sentasse: animème quando la oì hablar, y dixele: Gracias à Dios, señora mia, que ya sè que estoy en el Cielo, y no como he creìdo que me llevaban à los infernales abysmos. Pues en què conoceis, que aqui es el Cielo, me replicò? En la gloria que siento en el alma, y en el olor, y dulzura de este alvergue; y que aunque ciego, ò yo soy de mal conocimiento, ò esta mano que tengo en la mia, no puede ser sino de algun Angel. Ay Don Jayme, me bolviò à replicar, no juzgues à desemboltura èsto que has visto, sino à fuerza de amor de que he querido muchas veces librarme, y no he podido, aunque he procurado armarme de la honestidad, y de la calidad que tengo; mas tu gala, y bizarrìa han podido mas, y assi han salido vencedoras, rindiendo todas quantas defensas he procurado poner à los pies de tu valor, con lo qual atropellando inconvenientes te he trahido de la manera que ves; porque tanto à ti, como à mi nos importa vivir con este secreto, y recato; y assi para conseguir este amoroso empleo, te ruego que no lo comuniques con ninguno; que si alguna cosa mala teneis los Españoles, es el no saber guardar secreto. Con esto me desvendò los

Digitized by Google

los ojos, aunque fuè, como si no lo hiciera, porque todo estaba à escuras; y no agradeciendole tan soberanos favores, con el atrevimiento de estar solos, y sin luz, empecè à procurar por el aliento à conocer lo que la vista no podia, brujulando partes tan realzadas, que la juzguè en mi imaginacion por alguna deydad. Hasta dada la una estuve con ella, gozando regaladissimos favores, quantos la ocasion daba lugar; y pareciendole hora, como me huviesse dado un bolsillo grande, y con buen bulto, pues estaba tan lleno, que apenas se podia cerrar, se despidiò de mi con amorosos sentimientos, y bolviendome à vendar los ojos, diciendo, que la noche siguiente no me descuydasse de estar en el mismo puesto, saliò conmigo hasta la puerta por donde entrè, y entregandome al mismo que me havia trahido, bolviendo à cerrar, baxamos donde estaba el cavallo, y subiendo en èl, caminamos otro tanto tiempo como à la ida, hasta ponerme en el mismo puesto, de donde me havia sacado. Llegue, en yendose el criado à mi posada, y hallando en ella ya acostados, y durmiendo à mis camaradas, me entrè à mi aposento, y haciendome millares de cruces, del sucesso que por mi passaba, abrì el bolsillo, y havia en èl una cadena de peso de doscientos escudos de oro, quatro sortijas de diamantes, y cien doblones de à quatro: quedè absorto, juzgando, que debia de ser muger poderosa, y dando gracias à mi buena dicha, passè la noche, dando otro dia cadena al cuello, y à las manos relumbrones, jugando largo, y gastando liberal con los amigos: tanto, que ellos me decian, que de que Indias havia venido, à quienes satisfacia con decir, que mi padre me lo havia embiado: y à la noche siguiente aguardando en el puesto à mi guia, que fuè muy cierta à la misma hora à quien recibì con los brazos, y con darle lo que merecia si cuydado; y con esto de la misma suerte que la noche passada fuì recibido, y agassajado, y bien premiado mi trabajo, pues aquella noche me proveyò las faltriqueras de tantos doblones, que serà imposible el creerlo. De esta suerte passè mas de un mes, sin faltar noche ninguna mi guia, ni yo de gozar mi Dama encantada, ni ella de colmarme de dineros, y preciosas joyas, que en el tiempo que digo, largamente me diò, mas de seis mil ducados, con que yo me trataba como un Principe, sin que en todo este tiempo que he dicho, permitiesse dexarse ver, y si la importunaba para ello, me respondia, que no nos convenia; porque verla, y perderla havia de ser uno: mas como las venturas fundadas en vicios, y deleytes pere-

Digitized by Google

perecederos, no pueden durar, cansòse la fortuna de mi dicha, y bolviò su rueda contra mi; y fuè, que como mis amigos, y camaradas me veìan tan medrado, y poderoso, sospecharon mal, y empezaron à hablar peor; porque echando juicios, y haciendo discursos de donde podia tener yo tantas joyas, y dineros, dieron en el mas infame, diciendo, que era ladron, ò salteador, y esto lo hablaban en mis espaldas, tan descaradamente, que vino à oìdos de un camarada mio, llamado Don Balthasar; y si bien en varias ocasiones havia buelto por mi, y puestose en muchos riesgos, enfadado de verme en tan mala opinion, y quizà temiendo no fuesse verdad lo que le decian, me apartò una tarde de todos, sacandome al campo, me dixo: Cierto, amigo Don Jayme, que ya es imposible el poder escusar de deciros mi sentimiento, para lo que aqui os he trahido; y creedme, que el quereros bien lo ocasiona, porque siento tanto el oìr hablar mal de vos, como se hace entre todos los que os conocen, y os han visto, no tan sobrado como estais; y para decirlo de una vez. Sabed, que despues que os ven con tantos aumentos, y mejorado de galas, y joyas, como haceis alarde de unos dias à esta parte, entre los soldados, todos juntos, y cada uno de por sì, haciendo conjeturas, y juìcios, de donde os puede venir; dicen publicamente, que lo teneis, de donde aun yo me averguenzo de decirlo; mas ya no es tiempo de que se os encubra. Dicen, en fin, que debeis de hurtar, y capear; y sacanlo, de que os ven faltar todas las noches, yo he tenido por bolver por vos, muchos enfados; mas es caso dificultoso, poder uno solo ser contra tantos. Ruegoos, por la amistad que entre los dos hay, que es mas que parentesco, me saqueis de esta duda, para que ya que los demàs esten engañados, no lo estè yo, que soy tambien hombre; y puede ser, que viendo que os guardais, y cautelais de mi, crea el mismo engaño que los demàs creen, y sabiendo yo lo contrario, pueda seguramente bolver por vuestra perdida opinion, y sustentar la mia. Reìme muy de voluntad, oyendo à Don Balthasar lo que me decia, y quise disculparme, dando diferente color al caso, por no descubrir el secreto de mi amada prenda, que ya à este tiempo, con las cargas de las obligaciones que la tenia, aunque no la veìa, la queria; mas al fin, Don Balthasar apretò tanto la dificultad, que pidiendole por la amistad que havia entre los dos me guardasse el secreto, avisandole el riesgo que me corria, le contè todo lo que me havia sucedido, y sucedia. Admiròse, y tornòse à admirar Don Balthasar,

Digitized by Google

y despues de haver dado, y tomado sobre el caso, me dixo: Es possible amigo, que no hemos de saber esta casa donde es, siquiera para seguridad de vuestra vida? Dudoso lo hallo, dixe yo, por el modo con que me llevan. No muy dudoso, dixo D. Balthasar, pues se puede llevar una esponja empapada en sangre, y esta acomodada en un vaso, y haciendo con ella al entrar, ò salir, una señal en la puerta, serà facil otro dia que hallemos por ella la casa. En fin para abreviar, aquella misma noche llevè la esponja, y señalè la puerta, y otro dia Don Balthasar, y yo no dexamos en toda la Ciudad, calle; ni plaza, rincon, ni callejuela, que no buscamos, mas nunca tal señal pudimos descubrir, y bolviendonos ya à la posada, cansados, y admirados del caso, no à veinte casas de ella, en unas muy principalissimas, vimos la señal de la sangre, de que quedamos confusos, y atonitos, y juzgamos que el rodear, quando me llevaban tanto, era por deslumbrarme, para que juzgasse que era muy lexos. Informamonos cuyas eran las dichas casas, y supimos ser de un Principe, y gran Potentado de aquel Reyno, ya muy viejo, y que solo tenia una hija heredera de todo su Estado, y riqueza, viuda, mas muy moza, por haverla casado niña, de las mas bellas Damas de aquel Pais. Miramoslo todo muy bien, y notamos, que aunque havia muchas rexas, y balcones, todas estaban con muy espessas zelosias, por donde se podia ver, sin ser vistos. Recogimonos à la posada hablando en el caso, y despues de haver cenado nos salimos, yo à mi puesto, para aguardar mi guia, y Don Balthasar à ocultarse en la misma casa, hasta satisfacerse; y al fin nos enteramos de todo, porque venido mi viejo norte, yo me fuì à mis obscuras glorias, y Don Balthasar aguardò, hasta que me viò entrar, con que se bolviò à la posada, y yo me quedè con mi Dama, con la qual, haciendole nuevas caricias, y mostrandole mayores rendimientos, pude alcanzar, aunque contra su voluntad, dexarse ver, assi ella misma fuè por la luz, y saliendo entre sus hermosos dedos con una buxia de cera encendida: vi, no una muger, sino un serafin, y sentandose junto à mi, me dixo: Ya me vès, Don Jayme, quiera el Cielo no sea para perderme: Madama Lucrecia soy, Princesa de Erne; no diràs, que no has alcanzado conmigo quanto has querido, mira lo que haces. Ay què desordenes hace la mocedad! Si yo tuviera en la memoria estas palabras, no huviera llegado al estado en que estoy, y le tuviera mayor, porque matando la luz, prosiguiò, diciendo: Mi padre es muy viejo, no tiene otro hijo, sino

Digitized by Google

ſino à mi, y aunque me ſalen muchos caſamientos, ninguno acepto, ni aceptarè haſta que el Cielo me dè lugar para hacerte mi eſpoſo. Besèle las manos por las mercedes que me hacia, y las que de nuevo me ofrecia; y ſiendo hora, colmado de dichas, y dineros, y muy enamorado de la linda Lucrecia, me vine à mi poſada, dando cuenta à Don Balthaſar de lo que havia paſſado, ſi bien cuydaſo de que conocì en Lucrecia quedar triſte, y confuſa. Otro dia por la mañana me veſtì aun con mas gala, y cuydado, que otras veces, y con mi camarada ſalimos à la calle como otras veces, y como mozo mal regido, y enamorado, empezamos à dar bueltas por la calle ya àcia arriba, y ya abaxo, mirando à las ventanas, porque ya los ojos no podian eſcuſarſe en buſcar la hermoſura que havian viſto, y deſpues de comer gaſtamos la tarde en lo miſmo. Ay de mi! Y como ya mi deſdicha me eſtaba perſiguiendo, y mis venturas, canſadas de acompañarme, me querian dexar: porque no haviendo en todo el dia viſto, ni aun ſombra de muger en aquella caſa, llegamos à la mia, y mientras Don Balthaſar ſuè al Cuerpo de Guardia, yo me quedè à la puerta. Era poquito antes de anochecer, como ſe dice, entre dos luces, quando llegò à mi una muger, en trage de Flamenco, con una maſcarilla en el roſtro, y me dixo en lengua Eſpañola, que ya la ſaben todos en aquel Reyno, por la comunicacion que hay con Eſpañoles. Mal aconſejado mozo, ſalte de la Ciudad al punto, mira que no te và menos que la vida, porque eſta noche te han de matar, por mandado de quien mas te quiere, que la laſtima que te tengo à tu juventud, y gallardia, con harto rieſgo mio, te aviſo; y diciendo eſto, ſe fuè como el miſmo viento, ſin aguardar reſpueſta mia, ni yo poder ſeguirla, porque al miſmo punto llegò Don Balthaſar con otros amigos que poſaban con noſotros; y ſi os he de decir la verdad, aunque no vinieran, no la pudiera ſeguir, ſegun cortado, y deſmayado me dexaron ſus palabras, ſi bien me colegì que fueſſe mi amada ſeñora el Juez, que me condenaba à tan preciſa, y cercana muerte; con todo eſſo, como llegaron los amigos, me cobrè algo, y deſpues de haver cenado apartè à D. Balthaſar, y le contè lo que me havia paſſado, que echando mil juicios, unas veces temiendo, y otras con el valor que requerian tales caſos, eſtuvimos haſta los tres quartos de las diez, que ya canſado de penſar que ſeria, con la ſobervia que mi valor me daba, dixe: Las diez daràn: vamos amigo, y venga el mundo, que aunque me cueſte la vi-

Digitized by Google

da, no dexarè la empresa comenzada: salimos, llegùe al puesto, dieron las diez, y no vino el que esperaba; aguardè hasta las once; y viendo que no venia, dixe à Don Balthasar: Puede ser, que si acaso os han visto, no lleguen por esso: Apartaos, y encubrios en esta callejuela, veamos si es esta la ocasion, y apenas Don Balthasar se desviò donde le dixe, quando salieron de una casa mas abaxo de donde yo estaba, seis hombres armados, y con mascaras, y disparando los dos de ellos dos pistolas, y los otros metiendo mano à las espadas, me acometieron, cercandome por todas partes, de las pistolas, la una fuè por alto, mas la otra me acertò en un brazo, que si bien no encarnò para hacerme pedazos, bastò à herirme muy mal: metì mano, y quise defenderme, mas fuè imposible, porque à cuchilladas, y estocadas, como eran seis contra mi, me derribaron, herido mortalmente: Al ruìdo bolviò mi camarada, y salieron de las casas vecinas gente, y de mi posada los amigos, que aun no estaban acostados, por haverse puesto à jugar, y los traydores, viendo lo que les importaba, se pusieron en fuga, que sino, tengo por sin duda, que no se fueran hasta acabarme. Llevaronme à la posada medio muerto; traxeron à un tiempo los Medicos, para el alma, y para el cuerpo, que no fuè pequeña misericordia de Dios quedar para poderme aprovechar de ellos. En fin, llegùe à punto de muerte; mas no quiso el Cielo que se executasse entonces esta sentencia: Pusose tanto cuydado en mi cura, como me hallè con dinero para hacerlo, que vine à mejorar de mis heridas, y à estar ya para poderme levantar, y quando lo empezaba à hacer, me embiò el General à decir con el Sargento Mayor, que tratasse de salir luego de aquel Pais, y me bolviesse à mi patria, porque me hacia cierto de que quien me havia puesto en el estado que estaba, aun no estaba vengado, que assi se lo avisaban por un papel que le havian dado, sin saber quien, y que le decian en èl, que por loco, y mal zelador de secretos havia sido, que no hiciesse juicios, que de mano de una muger se havia todo originado. En esto conocì de que parte havia procedido mi daño: y assi, sin aguardar à estar mas convalecido, me puse en camino, y con harto trabajo, por mi poca salud, llegùe à mi patria, donde hallè que ya la ayrada parca havia cortado el hilo de la vida à mi madre, y mi padre viejo, y muy enfermo, con que dentro de un año siguiò à su amada consorte: quedè rico, y en lo mejor de mi edad, pues tenia à la sazon de treinta y tres

à

Digitized by Google

à treinta y quatro años: ofrecieronseme luego muchos casamientos de señoras de mucha calidad, y hacienda, mas yo no tenia ninguna voluntad de casarme, porque aun vivia en mi alma la imagen adorada de Madama Lucrecia, perdìda el mismo dia que la vì; pues aunque havia sido causa de tanto mal, como padecì, no la podia olvidar, ni aborrecer, hasta que una Semana Santa, acudiendo à la Iglesia Mayor à assistir à los Divinos Oficios, vì un sol, poco digo, un Angel: vì en fin un retrato de Lucrecia, tan parecido à ella, que mil veces me quise persuadir, à que arrepentida de haverme puesto en la ocasion que he dicho, se havia venido tras mi. Vì en fin à Elena, que este es el nombre de aquella desventurada muger, que haveis visto comer los huessos, y migajas de mi mesa: y assi como la vì no la amè, porque ya la amaba; la adorè, y luego propuse, si no havia causa que lo estorvasse à hacerla mi esposa; seguila, informeme de su calidad, y estado; supe que era noble, mas tan pobre, que aun para una medianìa le faltaba; era doncella, y sus virtudes las mismas que puede desear, pues el dote de la hermosura se allegaba al de honestà, recogida, y bien entendida, no tenia padre, que havia muerto un año havia, y su madre era una honrada, y santa señora. Contenta de todo, haciendo cuenta que la virtud, y hermosura era la mayor riqueza, y que en tener à Elena, tenia mas riquezas que tuvo Midas: me casè con èlla, quedando madre, è hija tan agradecidas, que siempre lo estaban repitiendo, y yo como mas amante, me tuve en merecerla por el mas dichoso de los hombres. Saquè à Elena de la mayor miseria, à la mayor grandeza, como haveis visto en esta negra, que ha estado à mi mesa esta noche, dando embidia à las mas nobles Damas de toda la gran Canaria, tanto con la hermosura, como con la grandeza en que la vian, luciendo tanto la belleza de Elena, con los atavios, y ricas joyas, que se quedaban embelezados quantos la veian, y yo cada dia mas, y mas enamorado, buscando nuevos rendimientos para mas obligar: amabala tan terniſſimamente, que las horas sin èlla, juzgaba siglos, y los años en su compañia instantes. Elena era mi Cielo, Elena era mi gloria, Elena era mi jardin, Elena mis holguras, y Elena mi recreo. Ay de mi, y como me tendreis por loco, viendome recrear con el nombre de Elena, y maltratarla, como esta noche haveis visto. Pues ya es Elena mi assombro, mi horror, mi aborrecimiento; fuè muger Elena, y como muger ocasionò sus desdichas, y las mias:

somigliante, mediocrità

ornamento, passatempo

Digitized by Google

murió su madre à los seis años de casada Elena, y sentilo yo mas que ella; pluguiera al Cielo viviera, que quizà à su sombra fuera su hija la que debia ser. Tenia Elena un primo hermano, hijo de una hermana de su padre, mozo galan, y bien entendido, mas tan pobre, que no tenia para sustentar el seguir sus estudios, para ser de la Iglesia; y yo, que todas las cosas de Elena las estimaba mias, para que pudiera conseguir los estudios, le traxe à mi casa, comiendo, vistiendo, y triunfando à costa mia, y se lo daba yo con mucho gusto, porque le tenia en lugar de hijo. Ya havia ocho años que eramos casados, pareciendome à mi que no havia una hora; viviamos en la Ciudad, si bien los Veranos nos veniamos à este Castillo à recoger la hacienda del campo, como todos hacen, y aquel Verano, que fuè en el que empezò mi desdicha, sucediò no estar Elena buena, y creyendo que fuessen achaques de preñada, como yo lo deseaba, no la consentì venir aqui, vine yo solo, y como el vivir sin ella era imposible, à los ocho dias, dexandome el deseo de verla, bolvi à la Ciudad con el mayor contento que puede imaginarse; llegue à sus brazos, y fui recibido con el mismo, que quando considero las traiciones de una muger, se me acaba la vida; con que dissimulacion me acariciò, pidiendome, que si havia de bolver al Castillo, no la dexasse, que estando apartada de mi no vivia: pues apenas sossegado en mi casa, me apartò aparto esta negra que aqui veis, que naciò en mi casa, de otra negra, y un negro, que siendo los dos esclavos de mis padres, los casaron, y me dixo llorando: Ya, señor, no fuera razon encubrirte la maldad que passa, que fuera negarme la crianza que tus padres, y tu hicisteis à los mios, y à mi, y al pan; que como sabe Dios la pena que tengo en llegar à decirte esto, mas no es justo, que pudiendo remediarlo, por callar yo, vivas tu engañado, y sin honra, y por no detenerme, que temo no serà mas mi vida, de quanto me vean hablar contigo, porque assi me han amenazado: Mi señora, y su primo tratan en tu ofensa, è ilicito amor, y en faltando tu, en tu lugar, ocupa su primo tu lecho: yo lo havia sospechado, y cuydadosa lo mirè, y es el mal que lo sintieron. Yo te he avisado de la traicion que te hacen, agora pon en ello el remedio, como queden buenos amigos, el Cielo solo lo sabe, y vosotros lo podeis juzgar. Mil veces quise sacar la lengua à la vil mensagera, y otras, no dexar en toda la casa nada vivo; mas viendo que era espantar la casa si lo hacia, me reportè, y dissimulando mi desventurada pena, tratè otro dia,

Digitized by Google

dia, no teniendo ya paciencia para aguardar à ver mi agravio à vista de mis ojos, de que nos viniessemos aqui, y dando à entender que me importaba estar aqui mas de espacio que otras veces, embiè todo el homenage de casa, criados, y esclavos primero, y luego partimos nosotros; Elena con gusto de lo que yo le tenia, que yo tuve cautela, y dissimulacion, que ya para mi es, aunque pudiera ser que no fuera, que al honor de un marido, solo que èl lo sospeche basta: quanto, y mas, haviendo testigo de vista. Lo primero que hice, ciego de furiosa colera, en llegando aqui, fuè quemar vivo al traydor primo de Elena, reservando su cabeza para lo que haveis visto, que es la que trahia en las manos, para que le sirva de vaso en que beba los acibares, como bebiò en su boca las dulzuras. Luego llamando à la negra, que me havia descubierto la traicion, le dì todas las joyas, y galas de Elena, delante de ella misma, y le dixe, por darle mas dolor, que ella havia de ser mi muger, y como à tal se sirviesse, y mandasse de la hacienda, criadas, y criados, durmiendo en mi misma cama, aunque esto no lo executo, que antes que Elena acabe la he de quitar à ella tambien la vida. Queriase disculpar Elena, mas no se lo consentì: No la matè luego, porque una muerte breve, es pequeño castigo, para quien hizo tal maldad contra un hombre, que sacandola de su miseria, la puso en el alteza que os he contado. En fin de la suerte que veis, ha dos años que la tengo, no comiendo mas de lo que oy ha comido, y bebido, ni teniendo mas de unas pajas para cama, ni aquel rincon donde està es mayor que lo que cabe su cuerpo echado, que aun en pie no se puede poner; su compañia es la calavera de su traydor, y amado primo, y assi ha de estar hasta que muera, viendo cada dia la esclava que ella mas aborrecia, adornada de sus galas, y en el lugar que ella perdiò en mi mesa, y à mi lado. Esto es lo que heveis visto, que os tiene tan admirados. Consejo no os lo pido, que no le tengo de tomar, aunque me le deis, y assi podeis escusaros de esse trabajo, porque si me decis que es crueldad, que viva muriendo, ya lo sè, y por esso lo hago. Si dixeredes, que fuera mas piedad matarla, digo, que es la verdad, que por esso no la mato; porque pague los agravios con la pena, los gustos que perdiò, y me quitò, con los disgustos que passas con esto idos à reposar, sin decirme nada, porque de haver trahido à la memoria estas cosas, estoy con tan mortal rabia, que quisiera que fuere oy el dia en que supe mi agravio, para poder de nuevo executar el castigo. Ma-

Digitized by Google

ñana nos verèmos, y podrà ser que estè mas humana mi passion, y os oirè todo lo que me quisieredes decir, no porque he de mudar de proposito, sino por no ser descortès con vosotros. Con esto se levantò de la silla, haciendo Don Martin, y su compañero lo mismo, y mandando à un criado los llevasse à donde tenian sus lechos, dandoles las buenas noches, se retirò D. Jayme à donde tenia el suyo. Espantados iban D. Martin, y el compañero del suceso de D. Jayme, admirandose, como un Cavallero de tan noble sangre, Christiano, y bien entendido, tenia animo para dilatar tanto tiempo tan cruel venganza en una miserable, y triste muger, que tanto havia querido, juzgando, como discretos, que tambien podia ser testimonio, que la maldita esclava huviesse levantado à su señora, supuesto que D. Jayme no se assegurò de ello; y resuelto D. Martin en darselo à entender otro dia, se empezaron à desnudar, y D. Jayme ya retirado à otra quadra en donde dormia, con la passion, como èl havia dicho, que de traher à la memoria los naufragios de su vida, se empezò à passear por ella, dando suspiros, y golpes una mano con otra, que parecia que estaba sin juicio. Quando Dios, que no se olvida de sus criaturas, y queria, que ya havia dado (como luego se verà) el premio à Elena, de tanto padecer, no quedasse el cuerpo sin honor, ordenò lo que aora oireis, y fuè: Que apenas se havian recogidos todos, quando la negra, que acostada estaba, empezò à dar grandes gritos, diciendo: Jesus, que me muero, confession, y llamando à las criadas por sus nombres, à cada una decia, que le llamassen à su señor. Alborotaronse todas, y entrando donde la negra estaba, la hallaron batallando con la cercana muerte. Tenia el rostro, y cuerpo cubierto de un mortal sudor, y tràs esto con un temblor, que la cama estremecia, y de rato en rato se quedaba amortecida, que parecia, que ya havia dado el alma, y luego bolvia con los mismos dolores, y congoxas à temblar, y sudar à un tiempo; pues viendo que decia, que le llamassen à su señor, que le importaba hablarle antes de partir de este mundo, le llamaron, que assi èl, como D. Martin, y su compañero, havian al alboroto de la casa salido fuera, y entrando todos tres, y algunos de los criados, que vestidos se hallaron, adonde la negra estaba, notando D. Martin la riqueza de la cama en que la abominable figura dormia, que era de damasco azul, goteras de terciopelo, con franjas, y flueços de plata, que à la cuenta juzgò ser la cama misma de Elena, que hasta de aquello la havia hecho due-

Digitized by Google

dueño el mal aconsejado marido; y como la negra viò à su señor, le dixo: Señor mio, en este passo en que estoy, no han de valer mentiras, ni engaños; yo me muero, porque à mucha priessa siento que se me acaba la vida, yo cenè, y me acostè buena, y sana, y ya estoy acabando, soy Christiana, aunque mala, y conozco, aunque negra, con el discurso que tengo, que ya estoy en tiempo de decir verdades, porque siento que me està amenazando el juicio de Dios: y ya que en la vida no le he temido, en la muerte no ha de ser de esse modo; y assi te juro, por el passo riguroso en que estoy, que mi señora està inocente, y no debe la culpa por donde la teneis condenada à tan rigurosa pena, que no me perdone Dios, si quanto dixe no fuè testimonio que la levante, que jamàs yo le vì cosa que desdixesse de lo que siempre fuè santa, honrada, y honesta; y que su primo muriò sin culpa, porque lo cierto del caso es, que yo me enamorè de èl, y le andaba persuadiendo fuesse mi amante, y como yo veìa que siempre hablaba con mi señora, y que à mi no me queria, di en aquella mala sospecha que se debian de amar, pues aquel dia mismo que tu venitte, riñendo mi señora conmigo, le dixe, no sè que libertades en razon de esto, que indignada de mi libertad, me maltratò de palabra, y obra, y estandome castigando entrò su primo, que sabido el caso ayudò tambien à maltratarme, jurando entrambos, que te lo havian de decir, y yo temiendo tu castigo, me adelantè con aquellas mentiras, para que tu me vengasses de entrambos, como lo hiciste; mas ya no quiere Dios que este mas encubierta mi maldad; ya no tiene remedio lo hecho, lo que aora te pido es, que me perdones, y alcances de mi señora lo mismo, para que me perdone Dios, y buelvela à su estado; porque por èl te juro, que es sin culpa lo que està padeciendo. Si harè, dixo à esta ultima razon, D. Jayme, los ojos vermejos de furor; este es el perdon que tu mereces, engañadora, y mala hembra, y pluguiera à Dios tuvieras mas vidas que essa que tienes, para quitartelas todas; y diciendo esto, se acercò de un salto à la cama, y sacando la daga, le diò tres, ò quatro puñaladas, ò las bastantes para llegar mas presto la muerte: fuè hecho el caso con tanta presteza, que ninguno lo pudo prevenir, ni estorvar, ni creo lo hicieran, porque juzgaron bien merecido aquel castigo. Salìose hecho esto D. Jayme fuera, y muy pensativo se passeaba por la sala, dando de rato en rato unos profundos suspiros A este tiempo llegò Don Martin, y muy contento le dixo: Pues como,

Digitized by Google

mo, señor Don Jayme, en dia de tanta alegria, en que haveis ganado honor, y muger, pudiendo hacer cuenta, que oy os casais de nuevo con la hermosa Elena, haceis extremos; y el tiempo que haveis de gozaros en sus brazos, le dexais perder: no teneis razon, bolved en vos, y alegraos, como todos nos alegramos, dad acà essa llave, y saquemos esta triste, è inocente señora. Aquietòse algo el pobre Cavallero, y sacando la llave, la diò à Don Martin qual abriendo la estrecha puerta, llamò à la Dama, diciendo: Salid, señora Elena, que ya llegò el dia de vuestro descanso, y viendo que no respondia, pidiò le acercassen la luz, y decia bien, que ya Elena le tenia, y entrando dentro, viò à la desgraciada Dama muerta, estar echada sobre unas pobres pajas, los brazos en cruz sobre el pecho, la una mano tendida, que era la izquierda, y con la derecha, hecha con sus hermosos dedos una bien formada Cruz; el rostro, si bien flaco, y macilento, pero tan hermoso, como un Angel, y la calavera del desdichado, è inocente primo, junto à la cabecera à un lado. Fuè tan grande la compassion que le sobrevino al noble D. Martin, que se le arrasaron los ojos de lagrimas, y mas quando llegò, y tentandola la mano, viò que estaba fria, que à la cuenta, assi como desde su penosa carcel debiò de oir à su marido contar su lastimosa historia, fuè su dolor tan grande, que bastò, lo que nunca pudo alcanzar la penosa vida que passaba, viendo el credito que daba à un engaño, à acabarle la vida. Y viendo, pues, que ya no havia remedio, despues de haverle dicho con lagrimas el buen Don Martin: Dichosa tu, Elena, que ya acabaste con tu desgraciada suerte, y desdichada, en que siquiera no supieras, como ya el Cielo bolviò por tu inocencia, para que partieras de este mundo con algun consuelo, llamò à Don Jayme, diciendo: Entrad, señor, y ved de lo que ha sido causa vuestro cruel engaño: Entrad, os suplico, que para aora son las lagrimas, y los sentimientos, que ya Elena no tiene necessidad de que vos le deis el premio de su martyrio, pues ya Dios se le ha dado en el Cielo: Entrò D. Jayme alborotado, y con passos descompuestos, y como viò à Elena de la suerte que estaba, llorando como flaca muger, el que havia tenido corazon de fiera, se arrojò sobre ella, y besandole la mano, decia: Ay, Elena mia, y como me has dexado! Por què, Señora, no aguardabas à tomar venganza de este traydor, que diò mas credito à una falsedad, que à tus virtudes! Pidesela à Dios, que qualquiera castigo merezco: Don Martin, viendole con tanta passion, acudiò advertido

Digitized by Google

tido à quitarle la daga, que tenia en la pretina, temiendo no hiciesse alguna desesperacion, y es lo cierto que la hiciera, pues echando la mano à buscarla, y no hallandola, se empezò à dar puñadas, y arrancarse las barbas, y cabellos, y à decir algunos desaciertos. Acudieron todos llorando, y casi por fuerza le sacaron fuera, mas por cosas que hacian no le pudieron aquietar, hasta que rematadamente perdiò el juicio, que sobre las demàs lastimas vistas, èsta echò el sello, para que quantos estaban presentes, soltando las riendas al dolor, daban gritos, como si à cada uno le faltàra la prenda mas amada de su alma, en particular las doncellas, y esclavas de la difunta Elena, que cercadas la tenian, llorando, y diciendo mil lastimosas razones, abonandola, y publicando su virtuosa vida, que por no haverlas querido su señor oìr, no lo havian hecho antes. Viendo Don Martin la confusion, mandò que las mugeres se retirassen adentro, y por fuerza, entre èl, y los criados llevaron à Don Jayme à su cama, y le acostaron, atandole, porque no se levantasse, y se arrojasse por alguna ventana, que essa era su tema, que le dexasse quitarse la vida, para ir donde estaba Elena, mandando à dos criados no se apartaran de èl, ni le dexàran solo. Informòse si Don Jayme tenia algun pariente en la Ciudad; y diciendole tenia un primo hermano, hijo de una hermana de su madre, Cavallero rico, y de mucha calidad, y nobleza, despachò luego uno de los criados, con una carta, para que viniesse à disponer lo necessario en tantos fracasos; que sabido el caso por D. Alexandro, è informado de todo èl, y su muger, con mucha gente de su casa, assi criados, como criadas, con otros Cavalleros, que supieron el caso, vinieron al Castillo de Don Jayme, donde hallando tantas lastimas, todos juntos lloraban de ternura, y mas de vèr à Elena, que cada hora parecia estàr mas hermosa. Sacaronla de donde estaba, que hasta entonces no havia consentido D. Martin tocar à èlla, y puesta en una caxa, que se mandò traher de la Ciudad. Despues de haver enterrado à la negra, que parecia un retrato de Lucifer, alli en la Capilla del Castillo, con D. Jayme, y el cuerpo de Elena, y todo lo demàs de hacienda, y gente, se vinieron à la Ciudad en casa de D. Alexandro, y D. Martin, y su camarada con èllos, que les hacian todos mucha honra, y despues de sepultada Elena, con igual sentimiento de todos, se tratò con Medicos afamados dàr remedio à D. Jayme, mas no fuè possible. Alli estuvo D. Martin un

mes

Digitized by Google

mes aguardando si D. Jayme mejoraba; y visto que no tenia remedio, despedido de D. Alexandro, se embarcò para España, y tomando prospero puerto, llegò à la Corte, y visto por su Magestad las ocasiones en que le havia servido, se lo premiò, como merecian, donde en llegando à Toledo se casò con su amada prima, con quien vive oy contento, y escarmentado en el sucesso que viò por sus ojos, para no engañarse de enredos de malas criadas, y criados; y en las partes que se hallaba, contaba el sucesso que haveis oìdo, de la misma manera que yo lo he dicho, donde con èl queda bien claramente probada la opinion, de que en lo que toca à la crueldad, son los hombres terribles, pues èlla misma los arrastra de manera, que no aguardan à segunda informacion: y se vè assimismo, que hay mugeres que padecen inocentes, pues no todas han de ser culpadas, como en la comun opinion lo son. Vean aora las Damas, si es buen desengaño considerar, que si las que no ofenden pagan, como pagò Elena, que haràn las que siguiendo sus locos devaneos, no solo dàn lugar al castigo, mas son causa de que infaman à todas, no mereciendolo; y es bien mirar, que en la era, que corre, estamos en tan adversa opinion con los hombres, que ni con el sufrimiento los vencemos, ni con la inocencia los obligamos.

Aqui diò fin la hermosa Filis à su desengaño, enterneciendo à quantos le oyeron, con quanta paciencia havia Elena llevado su dilatado martyrio, y los galanes agradecidos à la cortesìa, que Filis havia tenido con èllos, le dieron corteses agradecimientos, y todos, dando cada uno su parecer, gastaron alguna parte de la noche, que ya iba caminando con apressurado passo à su alvergue, para dar lugar al dia, que assimismo venia caminando à toda diligencia; y esto fuè en tanto, que sacaban una costosa, y bien dispuesta colacion, que por ser tan tarde, no quiso Lisis que fuera cena, quedando avisados, que se juntassen el dia siguiente mas temprano, porque tuviessen lugar despues de dichos los quatro desengaños, recibir un sumptuoso banquete, que estaba prevenido. Con esto se diò fin à la noche, cantando Doña Isabel, y los Musicos estas Canciones.

Como Tàntalo muero,
el cristal à la boca,
y quando al labio toca,
y que gustarla quiero,
de mi se và apartando,
sin mirar, que de sed estoy rabiando.
Hurtè yo la Ambrosia,
ò Jupiter ayrado;
porque me has castigado
con tanta tyranìa:
Ay que rigor tan fiero,
q̃ estãdo junto al bien por el biẽ muero!

Ay

Digitized by Google

Ay pensamiento mio,
que te han hecho mis ojos,
que colmados de enojos
es cada qual un rio;
y tu sordo à mis quexas,
sin dolerte su mal, llorar los dexas!

DESENGAÑO VI.

AMAR SOLO POR VENCER.

NOCHE SEXTA.

QUando diò fin la musica, ya la hermosa Matilde estaba prevenida para referir su desengaño; bien incierta de que lucieſſe, como los que ya quedaban dichos; mas èlla era tan linda, y donayrosa, que solo sus gracias bastaban à desengañar à quantos la miraban, de que ninguno la merecia; y assi quando no fuera su desengaño de los mas realzados, la falta de èl supliera su donayre; y viendo que todos suspensos, callaban; dixo assi: Cierto, hermosas Damas, y bien entendidos Cavalleros, que quando me dispuse à ocupar este assiento, dexè à la puerta prevenida una posta, y yo traygo las espuelas calzadas; porque el decir verdad, es lo mismo que desengañar: y en el tiempo que oy alcanzamos, quien ha de decir verdades, ha de estàr resuelto à irse del mundo, porque si nos han de desterrar de èl los que las escuchan, mas vale irnos nosotros; pues la mayor suerte es vencerse uno à sì mismo, que no dexarse vencer de otros. De esto naciò el matarse los Gentiles, porque como no alcanzaban la immortalidad del alma en cambio de no verse abatidos, y ultrajados de sus enemigos, no estimaban la vida, y tenian por mas honrosa victoria morir à sus mismas manos, que no à las de sus enemigos; y de esta misma causa nacè oy el decir mal los hombres de las mugeres, porque los desengañan, si no con palabras, con las obras. Hablo de las que tratan de engañar, y de desengañar; los hombres fueron los autores de los desengaños, historias divinas, y humanas nos lo dicen, que aunque pudiera citar algunas no quiero, porque quiero grangear nombre de desengañadora, mas no de escolastica; que ya que los hombres nos han usurpado este titulo, con afeminarnos mas que naturaleza nos afeminò, que èlla, si nos diò flacas fuerzas, y corazones tiernos, por lo menos nos infundiò el alma tan capàz para todo, como la de los

Digitized by Google

los varones; y supuesto esto, gocen su imperio, aunque tiranamente adquirido, que yo, por lo menos me escusarè de questiones de Escuelas. Digo en fin, que como las mugeres vieron que los hombres havian de mas à mas inventado contra èllas los engaños, hurtaronles, no el arte, sino el modo. Entra un hombre engañando, (como es la verdad, que todos lo saben hacer bien) la muger finge engañarse, pues quando vè, que ya el hombre trata de deshacer el engaño, adelantase à ser primera. Quien es tu enemigo? (El adagio lo dice) Ellos, por no declararse por engañadores, dissimulan, y querellanse de que no hay que fiar de èllas, porque todas engañan. Veis como la verdad està mal recibida; èllas por no morir à manos de los engaños de los hombres, desengañan, y quieren mas morir à las suyas, que bien cruelmente es la mala opinion en que las tienen, porque, que mayor desengaño, que quitarles su dinero, y ponerlos en la calle? El daño es, que los hombres, como estàn tan hechos à engañar, que ya se hereda como mayorazgo, hacen lo mismo la vez que pueden con la buena, como con la que no lo es. Ellos dicen, que de escarmentados, y este es el mayor engaño suyo, que no es, sino que pueden mas. Miren las que no tratan de los deleytes vulgares, lo que les sucede à otras, y serà el verdadero acierto. Mas el mal, que como las que digo no vàn con el dictamen de las demàs, que es engañar, y desengañar, entran en el engaño, y se estàn en èl toda la vida, y aun de esto se les ha seguido à muchas la muerte, como se verà en mi desengaño, pues si oy las que estamos señaladas para desengañar, hemos de decir verdades, y queremos ser nuestras de èllas: que esperamos, sino odios, y rencillas que asegurarè hay mas de dos que estàn deseando salir de este lugar, para verter de palabra, y escrito la ponzoña, que le ha ocasionado nuestro Sarao; luego bien prevenido està la posta, y bien dispuesto el traher puestas las espuelas, y con todo esto no he de morir de miedo, ya estoy en este assiento, desengañar tengo à todas, y guardarme de no ser engañada. Paciencia Cavalleros, que todo viene à ser una Satirilla mas, ò menos, y esso no harà novedad, porque ya sè que no puede faltar, mas en esto me la ganen, porque jamàs dixe mal de las obras agenas, que hay Poetas, y Escritores que se pudren de que los otros escrivan. Todo lo alabo, todo lo estimo, si es levantadissimo lo embidio, no que lo haya trabajado su dueño, sino no haver sido yo la que lo haya alcanzado, y juzgo, en siendo obra del entendimiento, que quando no se estime de èlla otra co-

Digitized by Google

cosa, sino el desvelo de quien la hizo, hay mucho que estimar, y supuesto, que yo no atropello, ni digo mal de los trabajos agenos, merecerè de cortesìa, que se diga viendo los mios. Y en esta conformidad, digo assi:

En la Babilonia de España, en la nueva maravilla de Europa, en la madre de la nobleza, en el jardin de los divinos entendimientos, en el amparo de todas las Naciones, en la progenitora de la belleza, en el retrato de la Gloria, en el archivo de todas las gracias, en la escuela de las ciencias, en el Cielo tan parecido al Cielo, que es locura dexarle, sino es para irse al Cielo: Y para decirlo todo de una vez, en la Ilustre Villa de Madrid, Babilonia, madre, maravilla, jardin, archivo, escuela, progenitora, retrato, y Cielo; en fin retiro de todas las grandezas del mundo: nacìo la hermosissima Laurela, no en estos tiempos, que en ellos no fuera admiracion el ser tan desgraciada como èlla, por haver tantas bellas, y desgraciadas de padres ilustres, y ricos, siendo la tercera en su casa, por haverse adelantado la primera, y segunda hermana, no en hermosura, sino en nacer antes que Laurela: ya se entiende que siendo sus padres nobles, y ricos, la criarian, y doctrinarian bien, enseñandola todos los exercicios, y habilidades convenientes, pues sobre los aseros, labrar, bordar, y lo demàs, que es bien que una muger sepa para no estàr ociosa, fuè leer, y escrivir, tañer, y cantar à una harpa, en que saliò tan unica, que oìda sin ser vista, parecia un Angel, y vista, y oìda un Serafin. Aun no tenia Laurela doce años, quando ya tenia doce mil gracias: tanto, que ya las gastaba como desperdicios, y la llamaban, el milagro de naturaleza; y si bien criada con el recogimiento, y recato que era justo, ni se pudo esconder de los ojos de la desdicha, ni de los de D. Estevan, mozo libre, galàn, musico, poeta, y como dicen baldio. Pues su mas conocida renta era, servir, y en faltando esto, faltaba todo: no se le conocia tierra, ni pariente, porque èl encubria en la que havia nacido, quizà para dissimular algunos defectos de baxeza. Servia à un Cavallero de Abito, y era de èl bien querido por sus habilidades, y solicitud. Tendria D. Estevan al tiempo que viò à Laurela, de diez y nueve à veinte años, edad floreciente, y en la que mejor assesta sus tiros el amor, y assi fuè, pues viendo un dia à la hermosa niña en un coche en compañia de su madre, y hermanas, se enamorò tan locamente, (si se puede decir assi) que perdiò el entendimiento, y la razon, que no pudo ser menos, pues informado de quien era Laurela, no desistiò de su proposito;

Digitized by Google

sito, conociendole tan imposible, pues ni aun para escudero le estimàran sus padres. Andaba loco, y desesperado, y tan divertido en sus pensamientos, que faltaba à la assistencia de su dueño; si bien como havia otros criados, no se conocia de todo punto su falta. En fin, viendose naturalmente morir, se determinò à solicitar, y servir à Laurela, y probar, si por esta parte podia alcanzar lo que no conseguia por otra, supuesto, que no alcanzaba mas bienes que los de su talle, y gracias, que en quanto à esto no havia que desperdiciar en èl, passeaba la calle, dabale musicas de noche, componiendo èl mismo los versos, alabando su hermosura, y gentileza, porque en esto era tan prompto, que si quanto hablaba, lo queria decir en versos, tenia caudal para todo, mas de nada de esto hacia caso, ni lo sentia Laurela, porque era tan niña, que no reparaba en èllo, ni aunque à esta sazon tenia catorce años, porque todo este tiempo passò D. Estevan en sus necios desvelos, no havia llegado à su noticia, que era amar, ni ser amada, antes su desvelo era en dexando la labor acudir al harpa, junto con criadas, que tenia buscadas à posta, que sabian cantar, y con èllas entretener, y passar el tiempo, aunque no sè para que buscamos ocasiones de passarle, que èl se passa bien por la posta. Todo el tiempo que he dicho passò D. Estevan en esta suspensa, y triste vida, sin hallar modo, ni manera para descubrir à Laurela su amor; unas veces por falta de atrevimiento, y las mas por no hallar ocasion, porque las veces que salìa de casa era con su madre, y hermanas, y quando no fuera esto, èlla atendia tan poco à sus criados, que los pagaba con un descuydado descuydo. Pues considerando el atrevido mozo lo poco que grangeaba aguardando que por milagro supiera Laurela su amor, intentò uno de los mayores atrevimientos que se puede imaginar, y que no se pusiera en èl, sino un hombre que no estimàra la vida; y fuè, que hallandose un dia en casa de un amigo casado, estaba alli una muger que havia sido criada de la casa de Laurela, à quien èl reconociò, como quien medianamente, por su assistencia, conocia de vista à todas, que haciendose algo desentendido, dixo: Pareceme, señora, haveros visto, mas no me puedo acordar donde: La moza, reconociendo haverle visto algunas veces en aquella calle, le respondiò: Avreisme visto, señor àcia el Carmen, que alli cerca he servido algunos meses en casa de Don Bernardo. Assi es, dixo èl, que en essa misma casa os he visto, y no me acordaba. Y yo à vos, dixo la moza, os he visto algu-

nas

Digitized by Google

nas veces passar por essa misma calle. Tengo en èlla, dixo Don Estevan, un galantèo, y por esso la passo à menudo. Mas por què os salisteis de essa casa, que tengo noticia ser buena? Y como que lo es, mas en haviendo muchas criadas, facil cosa es encontrarse unas con otras, y assi me sucediò à mi. Yo servia en la cocina: hay en casa otras tres doncellas, reñimos una de èllas, y yo, y la una por la otra nos despedimos, y cierto, que me ha pesado, porque los señores son unos Angeles, en particular mi señora Laurela, que es la menor de tres hijas que hay, que solò por èlla se puede servir de valde, porque como es muchacha, todo el dia anda jugando con las criadas. Hermosa es essa Dama, respondiò D. Estevan, mas que sus hermanas. Que tiene que hacer, hay señor mio, vale mas la gracia, el donayre, y el agrado de mi señora Laurela, que todas las demàs, y mas quando toma el harpa, y canta, que no parece sino un Angel. Tan bien canta? dixo D. Estevan. Excelentissimamente, respondiò la moza; y es tan aficionada à la musica, que quantas criadas recibe, gusta que sepan cantar, y tañer, y si no lo saben, y tienen voz, las hace enseñar, y como lo sepan, no se les da à nada à sus padres, que no sepan otra labor; porque aman tan tiernamente à esta hija, que no tratan sino de agradar, y servirla, y en siendo musicas no regatean con èllas el salario. Y yo asseguro, que havrà sentido harto, mi señora Laurela, la ida de la que riñò conmigo, porque cantaba muy bien; y aun yo con no saber como se entona, si mucho estuviera allà saliera cantora, que como la oìa à todas horas, tambien yo en la cocina, al sòn de mis platos entonaba, y decia mil letrillas. Oìdo esto por D. Estevan, al punto fundò en ello su remedio, porque despedido de alli, se fuè à la Plateria, y vendiendo algunas cosillas que tenia grangeadas, comprò todo lo necessario para transformarse en doncella, y no teniendo necessidad de buscar cabelleras postizas, porque en todos tiempos han sido los hombres aficionados à melenas, aunque no tanto como aora, apercibiendose una navaja, para quando el tierno vello del rostro le desmintiesse su trage, dexando sus golillas à guardar à un amigo, sin darle parte de su intento, se vistiò, y aderezò de modo, que nadie juzgàra, sino que era muger, ayudando mas al engaño tener muy buena cara, que con el trage que digo, daba mucho que desear à quantos la veìan. Hecho esto, se fuè en casa de Laurela, y dixo à un criadò, que avisasse à su señora, si queria recibir una doncella, porque venia avisada

Digitized by Google

que se havia despedido una. Los criados, como su exercicio es murmurar de los amos, que les parece que solo para esso los sustentan, le dixeron burlando de la condicion de Laurela, que si no sabìa tañer, y cantar, que bien se podia bolver por donde havia venido, porque en aquella casa no se pedia otra labor, y que siendo musica la recibirian al punto. Siempre oì, dixo D. Estevan, que tañer, y cantar, no es ajuar: mas si en esta casa gustan de esso, les ha venido lo que desean, que à Dios gracias, mis padres como me criaron para Monja, casi no me enseñaron otro exercicio: faltaronme al mejor tiempo: con que he venido de ser señora à servir, y me acomodo mejor à esto, que no à hacer otra flaqueza. En verdad, dixo el uno de los criados, que teneis cara mas para esso, que para lo que pretendeis, y que gastàra yo de mejor gana con vos mi jornalejo, que con el Guardian de San Francisco. En lo uno, ni en lo otro le embidio la ganancia, hidalgo, dixo D. Estevan, y ahorremos de chanzas, y entre à decir si me han menester, porque sino, tengo otras dos casas en venta, y me irè à la que mas me diere gusto: Yo le tendrè muy grande, en que quedeis en casa, señora hermosa, porque me haveis parecido un pino de oro, y assi entrarè à decirlo, mas ha de ser con una condicion, que me haveis de tener por muy vuestro. Entre galàn, y digalo, que se verà su pleyto, respondiò Don Estevan, y con este el criado entrò donde estaban sus señores, y les dixo, como afuera estaba una doncella, que preguntaba, si la querian recibir para servir en lugar de la que se despidiò, y os prometo, señoras, (ah, medio el amartelado escudero) que su cara, despejo, y donayre, mas merece que la sirvan, que no que sirva: y demàs de esto dice, que sabe tañer, y cantar. Sonòle bien à Laurela està habilidad, como quien era tan llevada de èlla, y à las demàs no desagradò, que luego mandaron que entrasse, que como madre, y hermanas querian terniſſimas à Laurela, todas le seguian la inclinacion, no juzgandola viciosa, no advirtiendo, que el demonio texe sus telas, tomando para hacerlo de cada uno la inclinacion que tiene. Dada, pues, la licencia entrò la doncella, y vista, è informadas de lo que sabìa hacer, agradadas de su brio, y desemboltura, à pocos lances quedò en casa; porque si à todas agradò, à Laurela enamorò, tanto era el agrado de la doncella. No fuè este amor de calidad de D. Estevan, porque Laurela, sin advertir engaño, creyò que era muger: Preguntaronle el nombre, y dixo, que se llamaba Estefania, sin Don, que entonces no debìa de ser la va-

Digitized by Google

vanidad de las señoras tanto como la de aora; que si tiene picaza, la llaman Doña Urraca, y si papagayo Don Loro, hasta à una perrita llamò una Dama Doña Marquesa, y à una gata Doña Miza. Pues Estefania, dixo Laurela, yo quiero oir tu voz, para vèr si me agrada tanto como tu cara. Ay, señora mia, respondiò Estefania, si la voz no es mejor que la cara, buena medra sacarè. Y haviendole dado una guitarra, templò, sin enfadar, y cantò sin ser rogada. Falta tan grande de los Cantores, quando vienen à conceder, ya tienen enfadado al genero humano de rogarlos, mas Estefania cantò assi:

Despues que passò
de la edad dorada
las cosas que cuentan
las viejas honradas.
Y despues que al Cielo
fueron desterradas
la verdad hermosa,
la inocencia santa.
Porque acà las gentes
ya las maltrataban,
ò por ser mugeres,
ò por no imitarlas.
Quando las encinas
la miel destilaban,
y daba el ganado
bilos de oro, y plata.
Ofrecian los prados
finas esmeraldas,
y la gente entonces
sin malicia estaba.
Quando no trahian
fragones, ni Damas
guardainfantes, moños,
guardapies, y enaguas.
Quando los galanes
calzaban abarcas,
no medias de pelo,
que estèn abrasadas.
La de plata vino,
donde ya empezaban
à saber malicias,
y à maquinar trazas.
Esta passò, y luego
la de alambre falsa
mostrò en sus engaños
malicioſas trazas.
Llegò la de hierro,
tan pobre, y tan falta
de amistad, que en èlla
no hay mas que marañas.
Son tantos los males,
tantas las desgracias,
que se teme el mundo
de que ya se acaba.
Al tiempo embiò
con su blanca barba
de Jupiter santo
à la audiencia sacra.
Para que le advierta,
que repare, y haga
contra tantos vicios
Jueces de fama.
Jupiter le dixo,
que diga la causa,
que à pedir justicia
obliga à sus canas.
Lo primero, pido,
dixo en voces altas,
que los lisongeros
desterrados vayan.

Digitized by Google

Porque solo aquestos
oro, y seda arrastran,
y de los señores
son pulgas que abrasan.
Y que à la mentira
descubran la cara,
que verdad se nombra,
como anda tapada.
Iten, que declare,
como, ò donde halla
los diversos trages
con que se disfraza.
Que las viejas muestren
sus cabezas canas,
las Damas sus pelos,
los hombres sus calvas.
Porque hay mil achaques,
postillas, y agallas,
reumas, y jaquecas,
y otras cosas malas.
Despues que se usa
vender en la plaza
caballeras, moños,
que à los muertos sacan.
Si son pelicortas,
que manden que traygan
las cofias de pabos
de la Infanta Urraca.
Que à los hombres manden,
que vistan botargas,
como en otros tiempos
los Godos usaban.
Que nuestros Abuelos
era gente honrada,
y siempre vistieron
una martingala.
Las medias de pelo
mueran abrasadas,
y las que las hacen
sean leña, y asquas.
Porque no hay haciendas,
que todas se gastan
en ponerse unas
todas las semanas.
Demàs que parecen,
que descalzos andan
quitando el valor
à las Toledanas.
Que à sus trages buelvan,
y buelvan à Francia
los que le han hurtado,
que parece infamia.
Que Francia el valor
le ha robado à España,
y los Españoles
al Frances las galas.
Que en la ropería
acortan las faldas,
aquestos jubones,
ya medio sotanas.
Y que se recojan
aquestas que andan
pelando atrevidas
las bolsas, y el alma.
Y porque trabajen
las señalen casa,
donde recogidas
coman, si lo ganan.
Que gastando mantos,
y rompiendo sayas,
como vemos vale
la seda muy cara.
Que à los coches pongan
corozas muy altas,
por encubridores
de baxezas tantas.
Y que à ciertas viejas,
que en forma de santas
voluntades juntan,
à los montes vayan.

Por-

Digitized by Google

Porque solo sirven
de enseñar muchachas
à chupar las bolsas,
y hacer carabanas.
Que algunos maridos
manden que en sus casas,
miren por si hay
varas encantadas.
Con que sus mugeres
oro, y tela arrastran,
y èllos passeando
comen, visten, calzan.
Que à mil maldicientes,
que atrevidos hablan
contra las mugeres,
à la guerra vayan.
Que sobre los dones,
echen alcavalas,
y la cantidad
à pobres repartan.
Que si cada uno
ofrece una blanca,
el uno por ciento
no harà suma tanta.
Esto pidiò el tiempo,
y Jupiter manda,
que se vea su pleyto,
que fuè no hacer nada.

Cantò esta satira Estefania con tanto donayre, y desemboltura, que dexò à todas embelesadas, creyendo que tenian en èlla una preciosa joya, que à saber que era el Cavallo Troyano, pudiera ser no les diera tanto gusto. Pues como Laurela era niña, y tan inclinada à la musica, fuera de sì de gozo, se levantò dèl estrado, y cruzando los brazos al cuello de Estefania, juntando su hermosa boca con la mexilla; favor que no entendiò èlla llegar à merecerle, le dixo: Ay amiga! y que alegre estoy de tenerte conmigo, y como no te tengo de tener por criada, sino por hermana, y amiga. Tomòle Estefania una de sus hermosas manos, y besandosela, por el favor que le hacia, diò por bien empleado su disfraz, que la hacia merecedora de tantos favores, y dixole: Señora mia, yo sè que te merezco, y merecerè toda la merced que me hicieres, como lo conoceràs con el tiempo: porque te asseguro, que desde el punto que vì tu hermosura, estoy tan enamorada, (poco digo) tan perdida, que maldigo mi mala suerte, en no haverme hecho hombre: Y à serlo, dixo Laurela, què hicieras? Amarte, y servirte hasta merecerte, como lo harè mientras viviere, que el poder de amor tambien se estiende de muger à muger, como de galan à dama. Diòlas à todas gran risa oìr à Estefania decir esto, dando un lastimoso suspiro, juzgando que se havia enamorado de Laurela. Pregutò Estefania, si havia mas doncellas en casa? Otras dos, dixo Laurela, y una criada que guisa de comer: y oìdo esto pidiò à sus señoras, se sirviessen de darle cama aparte, porque no estaba enseñada à dormir acompañada, y demàs de esto era apassionada de

Digitized by Google

melancolia, cosa usada de los versistas, y se hallaba mejor con la soledad. Luego tambien tienes essa habilidad? dixo Laurela. Por mis pecados, respondiò Estefania, para que estuviesse condenada à eterna pobreza. Cada dia me parece has de descubrir nuevas habilidades, respondiò Laurela, mas en quanto à tu pobreza vencido has à tu fortuna en haver venido à mi poder, pues yo te harè rica, para que te casès como tu mereces. Ya soy la mas rica del mundo, pues estoy en tu poder, que yo no quiero mas bienes, que gozar de tu hermosa vista, y en lo que toca à casarme, no tienes que tratarme tal cosa, pues la divina imagen que oy ha tomado assiento en mi corazon, no darà lugar para que se aposente en èl otra ninguna. Bolvieronse à reir todas, confirmando el pensamiento hecho, de haverse Estefania enamorado de Laurela: y en fin, para mas agradarla, le dieron su aposento, y cama dividido de las demàs, quedando Estefania muy contenta, por poder al desnudarse, y vestirse no dar alguna sospecha, y remediar quando las flores del rostro empezassen à descubrir lo contrario de su abito, pues aunque hasta entonces no le havian apuntado, se temia no tardarian mucho. Gran fiesta hicieron las demàs criadas à Estefania, ofreciendosele todas por amigas, si bien embidiosas de los favores que le hacia Laurela. Vino su padre à cenar, que era un Cavallero de hasta quarenta años, discreto, y no de gusto melancolico, sino jovial, y agradable, y dandole cuenta de la nueva doncella que havia trahido à casa, y de sus gracias, y habilidades; y diciendo la queria ver, vino Estefania, y con mucha desemboltura, y agrado besò à su señor la mano, y èl muy pagado de èlla, lo mas que ponderò fuè la hermosura, con tal afecto, que al punto conociò Estefania que se havia enamorado, y no le pesò, aunque temiò verse perseguida de èl. Mandòla que cantasse, y no lo rehusò, pues como no era muger, sino en el abito, no la ocupò la verguenza; y assi pidiendo una guitarra, con la promptitud del ingenio, y la facilidad que tenia en hacer versos, pues era maravillosa, cantò assi:

Ausentòse mi Sol, y en negro luto
me dexò triste, y de dolor cercada,
bolviò à salir la Aurora alsofarada,
y dile en feudo lagrimas por fruto.
Nũca mi rostro de este llãto enjuto,
le dà la enorabuena à su llegada,
que si èlla vè su Sol, yo desdichada,
al mio doy querellas por tributo.
Sale Febo tras èlla, dando al suelo
oro, si le diò perlas el Aurora,
plata à las fuentes, y cristal al rio.
Sola yo con eterno desconsuelo.

no

Digitized by Google

aun me alegro aunq̃ miro alegre à Flora
que aunque sale su Sol, no sale el mio.
Amo, temo, y porfio,
à vencer con mi amor fieros temores:
mas ay, que por instantes son mayores!
En mi es amor gigante,
en mi es infante tierno,
para que sea mi tormento eterno.
Ama gigante,
y teme como infante,
y yo padezco como firme amante.

Competencia puede haver Estefania, sobre qual ha de llevar el laurel, entre tu voz, y tu hermosura, dixo D. Bernardo; que assi se llamaba el padre de Laurela. Y mas dixo Doña Leonor, que este es el nombre de su madre, que lo que canta ella misma, es lo que compone; y en este Soneto parece debia estar enamorada Estefania quando le hizo. Señora mia, respondiò ella, lo estaba, lo estoy, y estarè hasta morir, y aun ruego à Dios no passe mi amor mas allà del sepulchro; y en verdad, que como se iban cantando los versos, se iban haciendo, que à todo esto obliga la belleza de mi señora Laurela, que como se saliò acà fuera, y me dexò à escuras, y yo la tengo por mi, soltòme este assumpto aora, que me mandò D. Bernardo mi señor que cantasse. Empezaron todas à reirse, y D. Bernardo preguntò, què enigmas eran aquellas? Què enigmas han de ser, dixo Doña Leonor? Sino que Estefania està enamorada de Laurela desde el punto que la viò, y lamenta su ausencia, celebrando su amor, como haveis visto. Bien me parece, respondiò Don Bernardo, pues de tan castos amores, bien podemos esperar hermosos nietos. No quiso mi dicha, señor mio, dixo Estefania, que yo fuera hombre, pues à serlo, sirviera como Jacob por tan linda Raquel. Mas te estimo yo muger, que no hombre, dixo Don Bernardo. Cada uno busca, y desea lo que ha menester, respondiò Estefania. Con estas, y otras burlas, que pararon en amargas veras, se llegò la hora de acostarse, diciendo Laurela à Estefania, la viniesse à desnudar, porque desde luego la hacia favor de Camarera; se fueron, y Estefania con su señora, assistiendola hasta que se puso en la cama gozando sus ojos, en virtud de su engaño, lo que no se les permitiera, à no ser su engañoso disfràz, enamorandose mas, juzgando à Laurela aun mas linda desnuda, que vestida. Mas de un año passò en esta vida Estefania, sin hallar modo como descubrir à Laurela quien era, temiendo su indignacion, y perder los favores que gozaba: pues es de creer, que à entender Laurela, que era hombre, no passàra por tal atrevimiento, que aunque en todas ocasiones le daba à entender su amor, ella, y todas las

Digitized by Google

demàs lo juzgaban à locura, y le ſervia de entretenimiento, y motivo de riſa, ſiempre que le veian hacer eſtremos, y finezas de amante, llorar zelos, y ſentir deſdenes; admirando que una muger eſtuvieſſe enamorada de otra, ſin llegar à ſu imaginacion, que pudieſſe ſer lo contrario, y muchas veces Laurela ſe enfadaba de tanto querer, y zelar, porque ſi ſalia fuera, aunque fueſſe con ſu madre, y hermanas, quando venia la pedia zelos: y tal vez ſalia con ellas, le pedia ſe echaſſe el manto en el roſtro, porque no la vieſſen, diciendo, que à nadie era bien fueſſe permitido ver ſu hermoſura. Si eſtaba à la ventana, la hacia quitar, y ſi no ſe entraba, ſe enojaba, y lloraba, y le decia tan ſentidas palabras, que Laurela ſe enojaba, y la decia, que la dexaſſe, pues ya ſe canſaba de amor tan impertinente. Pero en tratando algun caſamiento, como era ſu belleza tanta, antes la deſeaban à ella, que à ſus hermanas, aunque eran mayores, y no feas. Alli eran las anſias, las congoxas, las lagrimas, y los deſmayos, que la terneza de ſu amor, vencia la fiereza de hombre: y ſe tenia entendido, que Eſtefania ſe havia de morir el dia que ſe caſaſſe Laurela. No le faltaban à Eſtefania, ſin las penas de ſu amor otros tormentos que la tenian bien diſguſtada, y era la perſecucion de ſu amo, pues en todas ocaſiones la perſeguia, prometiendo caſarla muy bien, ſi hacia por èl lo que deſeaba: y ſi bien ſe eſcuſaba con decirle era doncella, no ſe atrevia à eſtar un punto ſola en eſtando en caſa, porque no fueſſe con ella atrevido, y ſe le deſcubrieſſe la maraña. Abrazabaſe Eſtefania en zelos, de un Cavallero que havia en la miſma caſa, mozo, y galan, con cuya madre, y hermanas tenia Laurela, y ſu madre, y las demàs grande amiſtad, y ſe comunicaban muy familiarmente, paſſando por momentos los unos al quarto de los otros, porque ſabia que eſtaba muy enamorado de Laurela, y la deſeaba eſpoſa, y la havia pedido à ſu padre, ſi bien no ſe havia efectuado, por ſer Laurela muy niña, y ſu padre quiſiera primero acomodar à las mayores; y era de modo lo que Eſtefania ſentia el ir allà Laurela, que no le faltaba ſino perder el juicio, y lo diò bien à entender una tarde que eſtaba Laurela con las amigas que digo en ſu quarto, pues haviendo eſtado algun eſpacio de tiempo allà, la mandò llamar ſu madre, y viniendo, las hallò à todas en una ſala ſentadas à los baſtidores, y Eſtefania con ellas bordando, pues aunque no era muy curſada en aquel exercicio, con ſu buen entendimiento ſe aplicaba à todo. Llegò Laurela, y ſentandoſe con las demàs, mirò

Digitized by Google

rò à Estefania, que estaba muy melancolica, y ceñuda, y empezòse à reìr, y sus hermanas, y las demàs doncellas de la misma suerte, de que Estefania con mucho enojo enfadada dixo: Graciosa cosa es, el reìrse de mi llorar. Pues no llores, respondiò Laurela, riendose, sino canta un poco, pues me parece, segun estàs de melancolia, que un tono grave le cantaràs del Cielo. Por esto te llamè yo, dixo su madre, para que mandandoselo tu, no se escusasse, pues aunque se lo hemos rogado, no ha querido, y me ha admirado, pues nunca la he visto hacerse rogar sino oy. En verdad, me tiene mi señora Laurela muy sazonada, para hacer lo que su merced me mande. Ay amiga, dixo Laurela, y en què te he ofendido, que tan enojada estàs? En el alma, respondiò Estefania. Dexa essas locuras, replicò Laurela, y canta un poco, que es disparate, creer, que yo te tengo de agraviar en el alma, ni en el cuerpo, solamente por ser verdad lo que mi madre dice, que cantaràs mandandolo yo, y de no hacerlo te desdices de lo que tantas veces has dicho, que eres mia. No me desdigo, ni buelvo atràs de lo que he dicho, dixo Estefania, que una cosa es ser de cuya soy, y otra estar enojada, y sè, que no estoy cantando, y hablando, sino para decir desaciertos; mas algun dia me vengarè de todo. Reìan todas. Canta aora, dixo Laurela, lo que te gustàre, que despues yo llevarè con gusto tu castigo, como no sea perderte, pues lo sentiria mucho. Assi supiera yo, dixo Estefania, que esto se havia de sentir, como no estuviera un instante mas en casa. Dios me libre de tal, respondiò Laurela. Mas dime, queriendome tanto, tuvieras corazon para dexarme? Soy tan vengativa, que por matarme matàra, y mas estando rabiosa como aora. Canta por tu vida, dixo Laurela, que despues averiguarèmos este enojo. Y como Estefania fuesse de tan presto ingenio, y mas en hacer versos, en un instante apercibiò cantando, decirle su zelosa passion, en estas Canciones.

O soberana Diosa,
assi à tu Indimion goces segura,
sin que vivas zelosa,
ni desprecies por otra tu hermosura,
que te duela mi llanto,
pues sabes que es amor, y amaste tanto,
ya ves que mis desvelos
nacen de fieros, y rabiosos zelos.

Fues-

Digitized by Google

Fueſſe mi dueño ingrato,
à no sè que concierto de ſu guſto:
Ay Dios, y que mal trato
caſtigue amor un caſo tan injuſto:
y tu, Diana bella,
mira mi llanto, eſcucha mi querella,
y ſus veredas ſigue,
y con tu luz divina le perſigue.
Para muchos ha ſido
cauſada ſacra Dea, y enfadoſa,
y muchos han perdido
por deſcubrirlos ocaſion dichoſa,
haslo aſſi con mi amante,
ſigue ſus paſſos, vela vigilante,
y dale mil diſguſtos,
impidele ſus amoroſos guſtos.
Darète el blanco toro,
de quien Europa enamorada goza,
de Midas el teſoro,
y de Febo, tu hermano, la carroza,
el bellocino hermoſo,
que de Jaſon fuè premio venturoſo,
y por bella, y lozana
juzgarè que mereces la manzana.
Solo, porque me digas,
ſi fuè à gozar algunos dulces brazos,
ſi dices, no proſigas,
hechos los vea quartos mil pedazos,
y dì: Quiereslos mucho?
que ſi me dices, tal ſentencia eſcucha:
ea pues, ojos mios
Bolveos con llantos caudaloſos rios.
Como, dì ingrato fiero,
tan mal pagas mi amor, tan mal mi pena,
mas ay de mi, que quiero
contar del mar la mas menuda arena,
ver en el ſuelo eſtrellas,
y en el hermoſo Cielo plantas bellas:
pues ſi lo conſideras,
es lo miſmo pedirte que me quieras.

Del

Digitized by Google

Del amor dixo el Sabio,
que solo con amor pagar se puede,
no es pequeño mi agravio,
no quiera amor que sin castigo quede,
pues quando mas te adoro,
si lo entiendes assi, confusa ignoro,
y es mi mal tan estraño,
que mientras mas te quiero, mas me engaño.
Confiesso que en ti sola
extremò su poder naturaleza,
y en la tierra Española
eres monstruo de gala, y gentileza;
mas de una piedra helada
tienes el alma por mi mal formada;
y la mia en tu yelo
es Etna, es un Bolcàn, es Mongibelo.
Essos ojos que adoras,
acaso son mas dulces que los mios?
si pues en ellos moras,
y por su causa tratas con desvios
los ojos, que en tus ojos
adoran por favores los enojos,
por gloria los desdenes,
y los pesares por dichosos bienes.
Ojos, no la mirasteis?
pues pagad el mirar con estas penas;
corazon no la amasteis?
pues sufrid con paciencia estas cadenas.
Razon, no te rendiste?
pues di, porquè razon estàs tan triste?
pues es mayor fineza
amar en lo que amais esta fineza.
No sabes que te adoro?
pues como finges, que mi amor ignoras?
mas que mayor tesoro,
que quando tu nueva belleza adoras,
halles el pecho mio
tan abrasado, quando el tuyo frio
y tèn en la memoria,
que amar sin premio es la mayor victoria.

Assi

Digitized by Google

Assi seas oìda
de tu Narciso, Ninfa desdichada,
que en Eco convertida
fuè tu amor, y belleza malograda;
que si contigo acaso
habla la causa en quien de amor me abraso,
le digan tus acentos
mis tiernos, y amorosos sentimientos.
Y tu, Venus divina,
assi tu Adonis en tus brazos veas:
y à ti gran Proserpina,
assi de tu Pluton amada seas,
y que tus gustos goce
los seis meses que faltan à los doce,
que à Cupido le pidas
restituya mis glorias ya perdidas.
Assi de la Corona
goces de Baco, ò Adriana bella,
y al lado de la Tona
assiento alcances, como pura estrella:
y al ingrato Teseo
veas preso, y rendido à tu deseo,
à que le impidos el gusto
à quien me mata con cruel disgusto.
Y tu Calixta hermosa
assi en las aguas de la mar te bañes,
y que à Juno celosa
para gozar à Jupiter engañes;
que si desde tu esfera
vieras que esta fee tan verdadera
se paga con engaño,
castigues sus mentiras, y mi daño.
O tu Diosa suprema,
de Jupiter hermana, y dulce esposa,
assi tu amor no tema
agravios de tu fee, ni estès celosa,
que mires mis desvelos,
pues sabes que es amor, agravio, y zelos,
y como Reyna altiva,
seas con quien me agravia!

Dile

Digitized by Google

Dile al Pastor, que tiene
para velar à Jole los cien ojos,
que à tu gusto conviene
velar de aqueste Sol los rayos rojos,
que solian ser mios,
y son aora de otros desvarios;
pero tengo advertencia,
que es vara de Mercurio su eloquencia;
Y tu, triste Teseo,
refiere la pena que padeces
en el cancaso feo,
que las entrañas al rigor ofreces
de aquella Aguila hambrienta,
porque padezca con dolor, y afrenta,
y assi en cabeza agena
tendrà escarmiento, y sentirà mi pena.
Dile, Tàntalo triste,
por faltarte lealtad, la pena tuya,
la gloria que perdiste,
del nectar sacro, y para que concluya,
cuentale tu fatiga;
y como amor tu ingratitud castiga;
habla, no estès tan mudo,
podrà el temor, lo que amor no pudo.
No goce de su amante
la verda yedra, de su cuello asida,
pues que la fee inconstante
de aquel dueño querido de mi vida,
ya se passa à otro dueño,
con que de morirme palabra empeño,
por ser de amores,
porque sean mas dulces mis dolores.
Deshaganse los lazos
del leal, y dichoso Hermafrodito,
pues en agenos brazos
à mi hermoso desden estar permito,
sin que mi mano airada
no tome la venganza deseada.
que con zelos bien puedo,
ni respetar deidad, ni tener miedo.

Tan-

Digitized by Google

Cancion, si de mi dueño
bien recibida fuesses,
pues de mi pena fiel testigo eres,
qual sabia mensagera,
dile me escuse esta pena fiera;
y para no matarme,
si desea mi vida, quiera amarme.

Admiradas estaban Doña Leonor, y sus hijas, con todas las Damas, de oir à Estefania, y Laurela, que de rato en rato ponia en ella sus hermosos ojos, amando los sentimientos con que cantaba, tomando, y dexando los colores en el rostro, conforme lo que sentia, y ella de industria en su cancion ya parecia que hablaba con Dama, ya con galan, por divertir à las Damas: y viendo havia dado fin con un ternissimo suspiro, Laurela, riendose, le dixo: Cierto, Estefania, que si fueras, como eres muger, hombre, que dichosa se pudiera llamar, la que tu amàras. Y aun assi como assi, dixo Estefania: pues para amar, supuesto que el alma es toda una en varon, y hembra, no se me dà mas ser hombre, que muger, pues las almas no son hombres, ni mugeres, y el verdadero amor en el alma està, y no en el cuerpo, y el que amàre el cuerpo con el cuerpo, no puede decir que es amor, sino apetito, y de esto nace arrepentirse en poseyendo, porque como no estaba el amor en el alma, el cuerpo como mortal se cansa siempre de un manjar: y el alma, como espiritu, no se puede enfastiar de nada. Si, mas es amor sin provecho, amar una muger à otra, dixo una de las criadas. Esse, dixo Estefania, es mas el verdadero amor, pues amar sin premio, es mayor fineza. Pues como los hombres, dixo una de las hermanas de Laurela, à quatro dias de amar, le piden, y si no se le dan, no perseveran? Porque no aman, respondiò Estefania, que si amàran, aunque no los premiàran, no olvidarian, que amor verdadero es el caracter del alma, y mientras el alma no muriere, no morirà el amor. Luego siendo el alma inmortal, tambien lo serà el amor, y como amando solo con el cuerpo, el cuerpo, no le alcanzan, aborrecen, ù olvidan luego, por tener lugar para buscar alimento en otra parte, y si alcanzan, aitos buscan lo mismo. Pues segun esso, dixo otra doncella, los hombres de aora, todos deben de amar solo con el cuerpo, y no con el alma, pues luego olvidan, y atràs esso dicen mal de las mugeres, sin reservar à las buenas, ni à las malas. Amiga,

Digitized by Google

ga, respondio Estefania, de las buenas dicen mal, porque no las pueden alcanzar, y de las malas, porque estàn àitos de ellas. Pues porque las buscan, dixo la otra hermana de Laurela? Porque las han menester, dixo Estefania, y por escusar un buen dia à los muchachos, porque los Maestros no los suelten temprano. Pues si solo por necessidad aman, y son tan malas por ellos, las unas como las otras, mas vale, respondiò Laurela, ser buena, y no admitirlos. Todo es malo, dixo Estefania, que ni han de ser las Damas tan desdeñosas, que tropiecen en crueles, ni tan desembueltas, que caygan en desestimacion. Si, mas yo quisiera saber, replicò la otra doncella, què piensa sacar Estefania de amar à mi señora Laurela, que muchas veces à no ver su hermosura, y haverla visto algunas veces desnuda, me dà una buelta el corazon, pensando que es hombre. Pluguiera à Dios, aunque en mi amiga, dieras quatro en los infiernos, mas esso es vivir de esperanza; que sè yo, si algun dia harà viendome morir de imposible, algun milagro conmigo. El Cielo escuse esse milagro, por darme à mi gusto, dixo Laurela, porque no soy amiga de prodigios, y de esso no pudieras ganar mas de perderme para siempre. Con esto passaban, teniendo todas chacota, y risa, con los amores de Estefania, que aunque dissimulaba, no la trahia poco penada, ver que ya las compañeras, entre burlas, y veras, jugando unas con otras, procuraban ver si era muger, ò hombre, demàs que havia menester andar con demasiada cuenta con las barbas que empezaba à hacer, y no sabìa como declararse con Laurela, ni menos librarse con su padre, que perdido por ella, era sombra suya en todas las ocasiones que podia. Pues sucediò, porque la fatal ruìna de Laurela venia à toda diligencia, que aquel Cavallero que vivia en casa, y amaba à Laurela con mortales zelos de Estefania, tornò à pedirsela por esposa à su padre, diciendo, porque no se la negasse: Que no queria otro dote con ella, mas que el de su hermosura, y virtudes, que Don Bernardo codicioso, aceptò luego, y tratandolo con su muger, è hija, la hermosa Laurela obedeciò à su padre, diciendo, no tenia mas gusto que el suyo: y con esto, muy contenta, entrò donde estaba Estefania, y las demàs criadas, y le dixo: Ya, Estefania, ha llegado la ocasion en que podrè hacer por ti, y pagarte el amor que me tienes. En què forma, señora mia, respondiò èlla? En què me caso, tornò à responder Laurela, que aora me lo acaba de decir mi padre, que me ha prometido por esposa à D. Enrique. Apenas oyò estas ultimas palabras,

Digitized by Google

bras, Eſtefania, quando con un mortal deſmayo cayò en el ſuelo, con que todas ſe alborotaron, y mas Laurela, que ſentandoſe, y tomandole la cabeza en ſu regazo, empezò à deſabrocharle el pecho, apretarle las manos, y pedir aprieſſa agua, confuſa, ſin ſaber que decir de tal amor, y ſentimiento. Al cabo de un rato, con los remedios que ſe le hicieron, Eſtefania bolviò en ſi, con que ya conſoladas todas, las mandò Laurela ir à acoſtar, ſin preguntarle nada, èlla lo dixera, porque eſtaba tal, que parecia que ya ſe le acababa la vida. Laurela mientras las demàs fueron à que ſe acoſtaſſe, quedò rebolviendo en ſu penſamiento mil quimeras, no ſabiendo dar color de lo que veìa hacer à aquella muger: mas que fueſſe hombre, jamàs llegò à ſu imaginacion, que ſi tal penſàra, no hay duda, ſino que reſueltamente la apartàra de ſi, ſin tornarla à vèr, y no le valiera menos que la vida. Acoſtada Eſtefania, y las criadas ocupadas en prevenir la cena, Laurela entrò donde eſtaba, y ſentadoſe ſobre la cama, la dixo: Cierto, Eſtefania, que me tienes fuera de mi, y que no sè à que atribuya las coſas que te veo hacer deſpues que eſtàs en caſa? Y acaſo penſar, à no ſer coſa impoſſible, y que pudiera ocaſionar muchos rieſgos, ò que no eres lo que pareces, ò que no tienes juìcio? Què perjuìcio te viene de que yo tome eſtado, para que hagas los eſtremos, que eſta noche he viſto? El de mi muerte, reſpondiò Eſtefania: y pues morir viendote caſada, ò morir à tus manos, todo es morir: matame, ò haz lo que quiſieres, que ya no puedo callar, ni quiero: tan aborrecida tengo la vida, que por no verte en poder de otro dueño, la quiero de una vez perder. No ſoy Eſtefania, no, Don Eſtevan ſoy, un Cavallero de Burgos, que enamorado de la eſtremada belleza que te diò el Cielo, tomè eſte habito, por vèr ſi te podia obligar con eſtas finezas à que fueſſes mia, porque aunque tengo nobleza con que igualarte, ſoy tan pobre, que no he tenido atrevimiento de pedirte à tu padre, teniendo por ſeguro, que el grangear ſu voluntad, era lo mas eſſencial; pues una vez caſado contigo, tu padre havia de tenerſe por contento, pues no me excede mas que en los bienes de fortuna, que el Cielo los da, y los quita. Ya te he ſacado de confuſion, cuerda eres, obligada eſtàs de mi amor, mira lo que quieres diſponer, porque apenas havràs pronunciado la ſentencia de mi muerte, con negarme el premio que merezco, quando yo me la darè con eſta daga que tengo debaxo de eſta almohada para eſte efecto. Figura de marmol parecia Laurela tan helada, y eleva-

da

Digitized by Google

da estaba oyendo à Estefania, que apenas se ossaba apartar de èlla los ojos, pareciendola que en aquel breve instante que la perdiesse de vista, se la havia de transformar, como lo havia hecho de Estefania en D. Estevan, en algun monstruo, ò serpiente: y visto que callaba, no sabiendo si eran burlas, ò veras sus razones, le dixo: (ya mas cobrada del susto que le havia dado con èllas,) Si no imaginàra, Estefania, que te estàs burlando conmigo, la misma daga con que estàs amenazando tu vida, fuera verdugo de la mia, y castigo de tu atrevimiento. No son burlas, Laurela, no son burlas, respondiò Estefania, ya no es tiempo de burlarme; que si hasta aqui lo han sido, y he podido vivir de èllas, era con las esperanzas, de que havian de llegar las veras, y havias de ser mia, y si esto no llegàra à merecer, me consolàra, con que si no lo fueras, por lo menos no te hicieras agena, entregandote à otro dueño; mas ya casada, ò concertada, què tengo que esperar, sino morir? Es possible, que has estado tan ciega, que en mi amor, en mis zelos, en mis suspiros, y lagrimas, en los sentimientos de mis versos, y canciones, no has conocido que soy lo que digo, y no lo que parezco; porque quien ha visto, que una Dama se enamore de otra; y supuesto esto, ò determinarte à ser mia, dandome la mano de esposa, ò que apenas saldràs con intento contrario por aquella puerta, quando yo me haya quitado la vida; y veremos luego que haràs, ò como cumpliràs con tu honor para entregarle à tu esposo, y para disculparte con tus padres, y con todo el Mundo? Que claro es, que hallandome sin vida, y que violentamente me la he quitado, y viendo que no soy muger, si primero creyendo que lo era, solemnizaban por burlas mis amores, conociendo las veras de èllos, no han de creer que tu estabas ignorante, sino que con tu voluntad me transformè contigo? Quien podrà ponderar la turbacion, y enojo de Laurela, oyendo lo que Don Estevan con tanta resolucion decia: ninguno por cierto. Mas en lo que hizo se conocerà; que fuè casi fuera de juicio, asir la daga que en la mano tenia, diciendo: Matandome yo, escusarè todas estas afrentas, y escusarè, que lo hagan mis padres; mas Don Estevan, que estaba con el mismo cuydado, la tuvo tan firme, que las flacas fuerzas de la tierna Dama no bastaron à sacarla de sus manos: y viendola tan rematada, la suplicò se quietasse, que todo era burla; que lo que era la verdad, era ser Estefania, y no mas, y que se mirasse muy bien en todo, que no se precipitasse, que Estefania seria, mientras èlla gustasse que no fuesse D. Estevan.

Digitized by Google

Con esto Laurela, sin hablarle palabra, con muy grande enojo se saliò, y la dexò contenta, con haver vencido la mayor dificultad, pues ya por lo menos sabìa quien era Laurela, la qual, ni segura de que fuesse Estefania, ni cierta de que era D. Estevan, se fuè à su aposento, con grandissima passion, y sin llamar à nadie se desnudò, y acostò, mandando, dixessen à sus padres, que no salìa à cenar por no sentirse buena. Dormian todas tres hermanas, aunque en camas distintas, en una misma quadra, con lo que Laurela se asseguròo, de que Estefania, no se pondria en ningun atrevimiento, caso que fuesse D. Estevan, y ya todos recogidos, y aun dormidos, sola Laurela desvelada, y sin sossiego, dando buel-tas por la cama, empezò à pensar que salida tendria de un caso tan escandaloso como el que le estaba sucediendo. Unas veces se determinaba à avisar à su padre de ello; otras, si serìa mejor decir à su madre que despidiesse à Estefania: y otras miraba los inconvenientes que podrian resultar, si su padre creeria que èlla de tal atrevimiento estaba inocente: ya se asseguraba en lo mucho que la querian sus padres, y quan ciertos estaban de su virtuosa, y honesta vida: ya reparaba, que quando sus padres se asseguraffen, no lo havia de quedar, el que havia de ser su esposo; pues comunicacion de tanto tiempo con Estefania, havia de criar en èl zelosos pensamientos; y que, ò havia de ser para perderle, ò para vivir siempre mal casada, que no se podia esperar menos de marido que entraba à serlo por la puerta del agravio, y no de la confianza: considerabà luego las bellas partes de Don Estevan, y pareciale que no le aventajaba Don Enrique, mas que en la hacienda: y para esta falta (que no era pequeña) echaba en la balanza de su corazon por contrapeso, para que igualasse el amor de D. Estevan, la fineza de haverse puesto por èlla en un caso tan arduo, las lagrimas que le havia visto verter, los suspiros que le havia oìdo desperdiciar, las palabras que le havia dicho aquella noche, que con estas cosas, y otras, tocantes à su talle, y gracias igualaba el peso, y aun hacia ventaja. Ya se alegraba, pareciendole, que si le tuviera por esposo, todas podian embidiar su dicha: ya se entristecia, pareciendole que su padre no le estimaria, aunque mas noble fuesse, siendo pobre. En estos pensamientos, y otros muchos, vertiendo lagrimas, y dando suspiros, sin haver dormido sueño, la hallò la mañana; y lo que peor es, que se hallò enamorada de Don Estevan, que como era niña, mal leìda en desengaños, aquel rapàz, enemigo comun de la vida, del sossiego, de la

Digitized by Google

la honestidad, y del honor, el que tiene tantas vidas à cargo como la muerte; el que pintandole ciego ve adonde, como, y quando ha de dar la herida, assestò el dorado harpon al blanco pecho de la delicada niña, y la hiriò con tanto rigor, que ya quantos inconvenientes hallaba, antes de amar, los hallaba facilidades. Ya le pesára, que fuera Estefania, y no Don Estevan; ya se reprehendia de haverle hablado con aspereza; ya temia si se havia muerto, como lo havia de hacer, y al menor ruìdo sentia fuera, le parecia que eran las nuevas de la muerte. Todas estas penas la ocasionaron un accidente de calentura, que puso à todos en gran cuydado, como tan amada de todos, y mas Estefania, que como lo supo, conociendo procedia de la pena que havia recibido con lo que le havia dicho, se vistiò, y fuè à ver à su señora, muy triste, y los ojos muy rojos de llorar, que notò muy bien Laurela, como quien ya no la miraba como à Estefania, sino como à Don Estevan. Vino el Medico que havian ido à llamar, y mandò sangrar à Laurela, que executado esse remedio, y haviendose ido todos de alli, juzgando, que donde Estefania assistia, todos sobraban en el servir à Laurela. En fin por ir dando fin à este discurso, tanto hizo Estefania puesta de rodillas delante de la cama, tanto rogò, y tanto llorò, y todo con tan ternissimos afectos, y sentimientos, que ya cierta Laurela de ser Don Estevan, perdiò el enojo, y perdonò el atrevimiento del disfràz, y prometiendose el uno al otro palabra de esposo, concertaron se dissimulasse, hasta que èlla estuviesse buena, que entonces determinarian lo que se havia de hacer, para que no tuviessen tragico fin tan estraños, y prodigiosos amores. Ay, Laurela, y si supieras, quan tragicos serán! No hay duda, sino que antes te dexàras morir, que aceptar tal, mas escusado es querer escusar lo que ha de ser: y assi le sucediò à esta mal aconsejada niña. O traydor D. Estevan, en què te ofendiò la candidez de esta inocencia, que tan apriessa le vas diligenciando su perdicion! Mas de un mes estuvo Laurela en la cama, bien apretada de su mal, que valiera mas que la acabàra: mas ya sana, y convalecida, concertaron èlla, y su amante, viendo con la priessa que se le facilitaba su matrimonio con D. Enrique, que hechas las Capitulaciones, y corridas dos amonestaciones, no aguardaban à mas que passasse la tercera para desposarlos, y quan imposible era estorvarlos, ni persuadir à sus padres que trocassen à Don Enrique por D. Estevan, ni era lance ajustado do descubrir en tal ocasion el engaño de Estefania, menos que estando

Digitized by Google

tando los dos seguros de la indignacion de D. Bernardo, y D. Enrique, que ya como hijo era admitido, que se ausentassen una noche, que puestos en cobro, y ya casados, sería fuerza aprovecharse del sufrimiento, pues no havia otro remedio, que pondrian personas, que con su autoridad alcanzassen el perdon de su padre, y suspendiendo la execucion para de alli à tres dias. Estefania, con licencia de su señora, diciendo, iba à ver una amiga, ò parienta; saliò à prevenir la parte adonde havia de llevar à Laurela, como quien no tenia mas casa, ni bienes, que su persona, y en essa havia mas males, que bienes, que fuè en casa de un amigo, que aunque era mancebo, por casar, no tenia mal alhajado un quartico de casa en que vivia, que era el mismo donde D. Estevan havia dexado à guardar un vestido, y otras cosillas, no de mucho valor, que quando el tal amigo le viò con el habito de Dama, que èl creìa no estaba en el Lugar, santiguandose, le preguntò: Què embeleco era aquel? A quien Don Estevan satisfizo contandole todo lo que queda dicho, si bien no le dixo quien era la Dama. En fin, le pidiò lugar para traherla alli, que el amigo le concediò voluntariamente, no solo por una noche, sino por todas las que gustasse, y le diò una de dos llaves que tenia el quarto, quedando advertido, que de alli à dos noches èl se iria à dormir fuera, porque con mas comodidad gozasse amores, que le costaban tantas invenciones, con que se bolviò muy alegre en casa de Laurela, la qual aquellos dias juntò todas las joyas, y dineros que pudo, que serian de valor de dos mil ducados, por tener mientras su padre se desenojasse, con que passar. Llegada la desdichada noche, escriviò Laurela un papel à su padre, dandole cuenta de quien era Estefania, y como èlla se iba con su esposo, que por dudar que no le admitiria por pobre, aunque en nobleza no le debia nada, y otras muchas razones en disculpa de su atrevimiento, pidiendole perdon, con tierno sentimiento, aguardò à que todos estuviessen acostados, y dormidos, haviendo de nuevo D. Estevan prometido ser su esposo, que con menos seguridad no se arrojàra Laurela à tan atrevida accion, dexando el papel sobre las almohadas de su cama, y Estefania el vestido de muger en su aposento, y tomando la llave se salieron, cerrando por defuera la puerta, se llevaron la llave, porque si fuessen sentidos no pudiessen salir tras èllos, hasta que estuviessen en salvo; se fueron à la casa que Don Estevan tenia apercebida, dando el traydor à entender à la desdichada Laurela, que era suya, donde se acostaron con

Digitized by Google

con mucho reposo, Laurela, creyendo que con su esposo, y èl imaginando lo que havia de hacer, que fuè lo que aora se dirà. Apenas se empezò à reir la mañana, quando se levantò, è hizo vestir à Laurela, pareciendole, que à esta hora no havia riesgo que temer, como quien sabìa que en casa de Laurela las criadas no se levantaban hasta las ocho, y los señores à las diez, sino era el criado que iba à comprar; vestido èl, y Laurela bien temerosa, que serìa tanto madrugar, faccion bien diferente de la que èlla esperaba, la hizo cubrir el manto, y tomando las joyas, y dineros, salieron de casa, y la llevò à Santa Maria, Iglesia Mayor de esta Corte, y en estando alli, le dixo estas razones: Las cosas, hermosa Laurela, que se hacen sin mas acuerdo, que por cumplir con la sensualidad del apetito, no pueden durar, y mas quando hay tanto riesgo, como el que à mi me corre, sujeto al rigor de tu padre, y esposo, y de la justicia, que no me amenaza menos que la horca: yo te amè desde que te vì, è hice lo que has visto, y te amo por cierto, mas no con aquella locura que antes, que no miraba en riesgo ninguno, mas ya los veo todos, y à todos los temo, con que es fuerza desengañarte. Yo, Laurela, no soy de Burgos, ni Cavallero, porque soy hijo de un pobre Oficial de Carpinterìa, que por no inclinarme al trabajo, me vine à este Lugar, donde sirviendo he passado, fingiendo nobleza, y cavallerìa: te vì, y te amè, y busquè la invencion que has visto, hasta conseguir mi deseo: y si bien no fueras la primera en el mundo, que casandose humildemente ha venido de alto à baxo estado, y trocando la seda en sayal, ha vivido con su marido contenta. Quando yo quisiera hacer esto, es imposible, porque soy casado en mi tierra, què no es veinte leguas de aqui, y mi muger la tienen mis padres en su casa, sustentandola con su pobre trabajo. Esto soy, que no hay tal potro como el miedo, que en èl se confiessan verdades. Tu puedes considerar como me atreverè à ser hallado de tu padre, que à este punto ya serè buscado, donde no puedo esperar, sino la muerte, que tan merecida tengo por la traicion que en su casa he cometido. Nada miraba con el deseo de alcanzar tu hermosura, mas ya es fuerza que lo mire, y assi vengo determinado à dexarte aqui, y ponerme en salvo, y para hacerlo tengo necessidad de estas joyas, que tu no has menester, pues te quedas en tu tierra, donde tienes deudos que te ampararàn, y èllos reportaràn el enojo de tu padre, que al fin eres su hija, y considerarà la poca culpa que tienes, pues has sido

Digitized by Google

engañada. Aqui no hay que gaſtar palabras, ni verter lagrimas, pues con nada de eſto me has de enternecer, porque primero es mi vida, que todo; antes tu miſma, ſi me tienes voluntad, me aconſejaràs lo miſmo: pues no remedias nada de tu pèrdida, con verme morir delante de tus ojos, y todo lo que me detengo aqui contigo, pierdo de tiempo para ſalvarme. Sabe Dios, que ſi no fuera caſado, no te deſamparàra, aunque fuera echarme una eſportilla al ombro para ſuſtentarte, que ya pudiera ſer que tu padre, por no deshonrarſe, guſtàra de tenerme por hijo: mas ſi tengo muger, mal lo puedo hacer, y mas que cada dia hay aqui gente de mi tierra, que me conocen, y luego han de llevar allà las nuevas, y de todas maneras tengo de perecer. Dicho te he lo que importa, con eſto quedate à Dios, que yo me voy à poner al punto à cavallo, para en partiendome de Madrid, eſcuſarme el peligro que me amenaza. Dicho eſto, ſin aguardar reſpueſta de la deſdichada Laurela, ſin obligarſe de ſu lindeza, ſin enternecerſe de ſus lagrimas, ſin apiadarſe de ſus tiernos ſuſpiros, ſin dolerſe del rieſgo, y deſamparo en que la dexaba, como vil, y ruin, que quiſo mas la vida infame, que la muerte honroſa, pues muriendo à ſu lado cumplia con ſu obligacion, la dexò tan deſconſolada, como ſe puede imaginar, vertiendo perlas, y pidiendo à Dios la embiaſſe la muerte, y ſe fuè donde haſta oy no ſe ſabe nuevas de èl, ſi bien, piadoſamente podemos creer, que no lo dexaria Dios ſin caſtigo. Dexemos à Laurela en la parte dicha adonde la traxo ſu ingrato amante, ò donde ſe traxo ella miſma, por dexarſe tan facilmente engañar, implorando juſticias contra el traydor, y temiendo las iras de ſu padre, ſin ſaber què hacer, ni donde irſe. Y vamos à ſu caſa, que hay bien que contar en lo que paſſaba en èlla, que como fuè à hora que el criado, que tenia à cargo de ir à comprar lo neceſſario, ſe viſtiò, fuè à tomar la llave, (que ſiempre para eſte efecto quedaba en la puerta por la parte de adentro, porque no inquietaſſen à los ſeñores que dormian) y no la hallò, penſò que Eſtefania, que era la que cerraba, la havria llevado, huvo de aguardar, haſta que ya las criadas veſtidas, ſalieron à aliñar la caſa, y dicholes fueſſen à pedir la llave à Eſtefania, de que enfadadas, como embidioſas, de ver que èlla lo mandaba todo; deſpues de haver murmurado un rato, como ſe acoſtumbra entre eſte genero de gente, entraron à ſu apoſento, y como no la hallaron, ſino ſolos los veſtidos ſobre la cama, creyeron ſe havria ido à dormir con Laurela, de quien no ſe apar-

Digitized by Google

apartaba de noche, ni de dia, mas como vieron que todas reposaban, no se atrevieron à entrar, y bolviendose à fuera, empezaron à decir bellezas sobre la curiosidad de quitar la llave; y assi estuvieron hasta que fuè hora, que entrando en la camara, y abriendo las ventanas, para que sus señoras despertassen, viendo las cortinas de la cama tiradas, fueron, y abriendolas, diciendo: Estefania, donde puso à noche la llave de la puerta? Ni hallaron à Estefania, ni à Laurela, ni otra cosa mas del papel sobre las almohadas: y viendo un caso como este, dieron voces, à las quales las hermanas, que durmiendo, con el descuydo que su inocencia pedia, estaban despertando despavoridas, y sabido el caso, saltaron de las camas, y fueron à la de Laurela, entendiendo era burla que les hacian las doncellas, y mirando, no solo en èlla, mas debaxo, y hasta los mas queños dobleces, creyendo en alguno las havian de hallar, con que desengañadas tomaron el papel, que visto, decia el sobrescrito à su padre, llorando, viendo por esta seña, que no havia que buscar à Laurela, se le fueron à llevar, contandole lo que passaba, se le dieron, que por no ser cansada, no refiero lo que decia, mas de que, como he dicho le contaba quien era Estefania, y la causa porque se havia transformado de Cavallero, en Dama, como era Don Estevan de Fei, Cavallero de Burgos, y como à su esposo le havia dado possession de su persona, y se iban hasta que se moderasse la ira, y otras cosas à este modo, parando en pedirle perdon, pues el yerro solo tocaba en la hacienda, que en la calidad no havia ninguno. La pena que D. Bernardo sintiò, leìdo el papel, no hay para que ponderarla, mas era cuerdo, y tenia honor, y considerò, que con voces, y sentimientos, no se remediaba nada, antes era espantar la caza para que no se viniesse à su poder. Considerò esto en un instante, pareciendole mejor modo para cogerlos, y vengarse, ir risueño, viendo à Doña Leonor, y sus hijas deshacerse en llanto, las mandò callar, y que no alborotassen la casa, ni D. Enrique entendiesse el caso, hasta que con mas acuerdo se le dixesse, que para que havian èllas de llorarle el gusto à Laurela, que pues èlla havia escogido esposo, y le parecia, que era mejor que el que le daba, que Dios la hiciesse bien casada, quando quisiesse venir à èl, claro està que la havia de recibir, y amparar como à hija. Con esta dissimulacion, pareciendole, que no se le encubririan para darles el merecido castigo; mandò à los criados, que pena de su indignacion, no dixessen à nadie nada, y à su muger, è hijas

Digitized by Google

que callaſſen; ya que no los eſcusò la pena, moderò los llantos, y eſcandalo, juzgando todos, que pues no moſtraba rigor, que preſto ſe le paſſaria el enojo, ſi tenia alguno, y los perdonaria, y bolveria à ſu caſa, ſi bien ſu madre, y hermanas, à lo ſordo, ſe deſhacian en lagrimas, ponderando entre èllas las palabras, y acciones de la engañoſa Eſtefania, advirtiendo entonces, lo que valiera mas que hicieran antes. Tenia Don Bernardo una hermana caſada, cuya caſa era cerca de Santa Maria, y ſu marido oia todos los dias Miſſa en la dicha Igleſia, pues èſte, como los demàs dias, llevado de ſu devocion, entrò caſi à las once en èlla, donde hallò à Laurela, que aunque le viò, y pudiera encubrirſe, eſtaba tan deſeſperada, y aborrecida de la vida, que no lo quiſo hacer, que como la viò tan lexos de ſu caſa, ſola, ſin ſu madre, ni hermanas, ni criada ninguna, y ſobre todo tan llorosa, le preguntò la cauſa, y èlla, con el dolor de ſu deſdicha, ſe la contò, pareciendole, que era impoſſible encubrirlo, ſupueſto que ya por el papel que havia dexado à ſu padre, eſtaria publico. Algunos havrà que digan, fuè ignorancia, mas bien mirado, que podia hacer, ſupueſto que ſu deſdicha era tan ſin remedio, porque como creyò que ſu atrevimiento no tenia de yerro mas de caſarſe ſin guſto de ſu padre, con eſſa ſeguridad ſe hàvia declarado tanto en el papel; y aſſi en eſta ocaſion no le encubriò à ſu tio nada, antes le pidiò ſu amparo, y el que le diò fuè, que diciendole palabras bien peſadas, la llevò à ſu caſa, y la entregò à ſu tia, diciendole lo que paſſaba, que aun con mas riguridad que ſu marido la tratò, poniendo en èlla violentamente las manos, con que la deſdichada Laurela, demàs de ſus penas, ſe hallò bien deſconſolada, y afligida. Fuè el tio al punto en caſa de ſu cuñado, dandole cuenta de lo que paſſaba. Con eſta ſegunda pena ſe renovò la primera en las que aun no tenian los ojos enjutos de èlla. En fin por guſto de ſu padre, Laurela quedò en caſa de ſu tia, haſta que ſe determinaſſe lo que ſe havia de hacer, y por vèr ſi ſe podia coger el engañador, y los dos juntos contaron à D. Enrique lo que havia ſucedido, del qual fuè tan tierno el ſentimiento, que fuè milagro no perder la vida, ademàs que le pidiò, que paſſaſſen adelante los conciertos, ſin que ſus padres ſupieſſen lo que paſſaba, que ſi Laurela havia ſido engañada, el miſmo engaño le ſervia de diſculpa, tan enamorado eſtaba D. Enrique; à quien ſu padre reſpondiò, que no trataſſe de eſſo, que ya Laurela no eſtaba mas que para un Convento. Mas de un año eſtuvo Laurela con ſus tios,

Digitized by Google

dos, sin vèr à sus padres, ni hermanas, porque su padre no consintiò que la viessen, ni èl, aunque iba algunas veces à casa de su hermana, no la veìa, ni èlla se atrevia à ponerselo delante, antes se escondia temerosa de su indignacion, passando una triste, y desconsolada vida, sin que huviesse persona que la viesse, ni en ventana, ni en la calle, porque no salìa sino era muy de mañana à Missa, ni aun reir, ni cantar, como solìa, hasta que al cabo de este tiempo, un dia de Nuestra Señora de Agosto, con su tia, y criadas, madrugaron, y se fueron à Nuestra Señora de Atocha, donde para ganar el Jubileo, que en este dia hay en aquella Santa Iglesia, confessaron, y comulgaron: Laurela con buena intencion, (quien lo duda) mas la cruel tia, no sè como la llevaba, pues no ignoraba la sentencia que estaba dada contra Laurela, antes havia sido uno de los Jueces de èlla. Mucho nos sufre Dios, y nosotros por el mismo caso le ofendemos mas. Cruel muger por cierto, que ya que su marido, y hermano eran complices en la muerte de la Dama, èlla que la pudiera librar, llevandola à un Convento, no lo hizo: mas era tia, que es lo mismo que suegra, cuñada, ò madrastra. Con esto lo he dicho todo. Mientras èllas estaban en Atocha, entrò el padre, y el tio por un aposento que servia de despensa, donde no entraban sino à sacar lo necessario de èlla, cuyas espaldas calan à la parte donde su tia tenia el estrado, desencajaron todo el tabique, y puestolo de modo, que no se hechasse de vèr. Venidas de Atocha se sentaron en el estrado, pidiendo las diessen de almorzar con mucho sossiego, y à la mitad de el almuerzo, fingiendo la tia una necessidad precisa, se levantò, y entrò en otra quadra desviada de la sala, quedando Laurela, y una doncella que havia recibido para que la sirviesse, bien descuydadas de la desdicha que les estaba amenazando: y si bien pudieron salvar à la doncella, no lo hicieron, por hacer mejor su hecho; pues apenas se apartò la tia, quando los que estaban de la otra parte derribaron la pared sobre las dos, y saliendose fuera cerraron la puerta, y el padre se fuè à su casa, y el tio diò la buelta por otra parte, para venir à su tiempo à la suya: pues como la pared cayò, y cogiò las pobres Damas, à los gritos que dieron las desdichadas, acudieron todas dando voces, las criadas con inocencia, mas la tia con malicia, al mismo tiempo que el tio entrò con los vecinos, que acudieron al golpe, y alboroto, que hallando el fracaso, y ponderando la desgracia, llamaron gente, que apartasse la tierra, y cascotes, que no se pudo hacer tan aprietta, que quan-

Digitized by Google

quando surtiò efecto, hallaron à la sin ventura Laurela, de todo punto muerta, porque la pared la havia abierto la cabeza, y con la tierra se acabò de ahogar. La doncella estaba viva, mas tan maltratada, que no viviò mas de dos dias. La gente que acudiò se lastimaba de tal desgracia, y su tia, y tio la lloraban por cumplir con todos, mas à una desdicha de fortuna, que se podia hacer sino darles pesames, y consolarlos. En fin passò por desgracia, la que era malicia: y aquella noche llevaron la malograda hermosura à San Martin, donde tenia su padre entierro. Fueron las nuevas à su padre, que no era necessario darselas, que las recibiò con severidad, y èl mismo las llevò à su madre, y hermanas, diciendo, que ya la fortuna havia hecho de Laurela, lo que èl havia de hacer en castigo de su atrevimiento, en cuyas palabras conocieron que no havia sido acaso el suceso, que los tiernos sentimientos que hacian, lastimaban à quantos la miraban; y para que su dolor fuesse mayor, una criada de los tios de Laurela, que servia en la cocina, y se quedò en casa quando fueron à Atocha, oyò los golpes que daban para desencaxar la pared en la despensa, y saliendo à vèr que era, assechò por la llave, y viò à su amo, y cuñado que lo hacian, y decian: Paguelo la traydora que se dexò engañar, y vencer, pues no hemos podido hallar al engañador, para que lo pagàran juntos. La moza como oyò esto, y sabìa el caso de Laurela, luego viò que lo decian por èlla, y con gran miedo, temiendo no la matassen, porque lo havia visto, sin hablar palabra se bolviò à la cocina, ni menos, ò no se atreviò, ò no pudo avisar à Laurela, antes aquella misma noche, mientras se andaba previniendo el entierro, cogiò su atillo, y se fuè, sin atreverse à descubrir el caso à nadie, y aguardando tiempo, pudo hablar en secreto à la hermana mayor de Laurela, y le contò lo que havia visto, y oido, y èlla à su madre, y à la otra hermana, que fuè causa de que su sentimiento, y dolor se renovasse, que les durò mientras vivieron, sin poder jamàs consolarse. Las hermanas de Laurela entraron à pocos meses Monjas, que no se pudo acabar con èllas se casassen, diciendo, que su desdichada hermana las havia dexado buen desengaño de lo que havia que fiar de los hombres, y su madre despues que enviudò con èllas, las quales contaban este suceso, como yo le he dicho, para que sirva à las Damas de desengaño, para no fiarse de los bien fingidos engaños de los cautelosos amantes, que no les dura de voluntad mas de hasta vencerlas.

Diràn aora los Cavalleros presentes, dixo la hermosa Lisis, vien-

Digitized by Google

viendo que Matilde havia dado fin à su Desengaño, quantos males causamos nosotros; y si bien hablàran ironicamẽte diràn bien, pues en lo que acabamos de oìr se prueba bastantemente la cautela con que se goviernan las desdichadas mugeres, no llevando la mira à mas que vencerlas, y luego darles el pago que diò D. Estevan à Laurela, sin perdonar el engaño de transformarse en Estefania, y que huviesse en èl perseverancia, para que en tanto tiempo no se cansasse de engañar, ò no se reduxesse à querer de veras, quien le viò tan enamorado, tan fino, tan zeloso, tan firme, tan hecho petrarca de Laurela, como el mismo petrarca de Laurela, que no tuviera entre tantas desdichadas, y engañadas, como en las edades passadas, y presentes ha havido, y hay, como lo hemos ventilado en nuestros Desengaños, que havia de ser Laurela la mas dichosa de quantas han nacido, y que havia de quitarnos à todos con su dicha, la acedia de tantas desdichas. Ha señores Cavalleros, no digo yo que todos seais malos, mas que no sè como se ha de conocer el bueno; demàs que yo no os culpo, de otros vicios, que esso fuera disparate, solo para con las mugeres no hallo con que disculparos. Conocida cosa es, que haveis dado todos en este vicio, y hallarèis mas transformaciones que Proteo por traher una muger à vuestra voluntad: y si esto fuesse para perseverar, amandola, y estimandola, no fuera culpable; mas para engañarla, y deshonrarla, què disculpa havrà que lo sea? Vosotros haceis à las mugeres malas, y os poneis à mil riesgos, porque sean malas, y no mirais, que si las quitais el ser buenas, como quereis que lo sean, si inquietais la casada, y èlla persuadida de las finezas que haceis, pues no son las mugeres marmoles, la derribais, y haceis violar la fee que prometiò à su esposo; como serà èsta buena, direis, siendolo, que no se hallan ya à cada passo Santas Theodoras Alexandrinas, que por solo un yerro que cometiò contra su esposo, hizo tantos años de penitencia; antes oy en haciendo uno, procuran hacer otro, por vèr si les sale mejor, que no le hicieran, si no huvieran caido en el primero. Dexase vencer la viuda honesta de vuestros ruegos: respondereis, no se rinda, que no hay mugeres Tortolas, que siempre lamentan el muerto esposo; ni Artemisas que mueran llorandole sobre el sepulcro. Como quereis que esta sea buena, si la hicisteis mala, y la enseñasteis à serlo? Veisla siempre doncella, criada al abrigo de sus padres, y traheis ya el gusto tan desenfadado, que no haceis caso de nada: lo mismo es que sea doncella, que

Digitized by Google

que no lo ſea; dixeras linda, y deſahogadamente qualquiera yerro por peſado, y fuerte que ſea, ſolicitaisla, regalaisla: y aun ſi eſtos tiros no baſtan, la amagais con caſamiento. Cae, que no ſon las murallas de Babilonia, que tan acoſta labrò Semiramis. Daiſla mal pago, faltando lo que prometiſteis; y lo peor es, que faltais à Dios, à quien haveis hecho la promeſa. Què quereis que haga èſta? Proſeguir con el oficio que la enſeñaſteis, ſi ſe libra del caſtigo à que eſtà condenada ſi lo ſaben ſus padres, y deudos, luego cierto es, que voſotros las haceis malas: y no ſolo eſſo, mas decìs que lo ſon. Pues ya que ſoys los hombres el inſtrumento de que lo ſean, dexadlas, no las deshonreis, que ſus delitos, y el caſtigo de èllos à cuenta del Cielo eſtàn, mas no sè ſi voſotros os librarèis tambien de èllos, pues lo haveis cauſado, como ſe vè cada dia en tantos como pagan con la vida. Pues lo cierto es, que à ninguno matan que no lo merezca, y ſi en la preſente juſticia no lo debia, de atrás tendria hecho por donde pagaſſe, que como à Dios no hay nada encubierto, y ſon ſus ſecretos tan incomprehenſibles, caſtiga quando mas es ſu voluntad, ò quizà canſado, de que apenas ſalìs de una, quando os entrais en otra: y es, que como no amais de verdad en ninguna parte, para todas os hallais deſembarazados. Oì preguntar una vez à un deſembarazado de amor, (porque aunque dicen que le tiene, es engaño, ſupueſto que en èl la lealtad eſtà tan achacoſa como en todos) què de que color es el amor? Y reſpondìle, que el que mis padres, y abuelos, y las hiſtorias que ſon mas antiguas, dicen ſe uſaba en otros tiempos, no tenia color, ni el verdadero amor le ha de tener: porque ni ha de tener el alegre carmeſì, porque no ha de eſperar el alegria de alcanzar: ni el negro, porque no ſe ha de entriſtecer, de que no alcance; ni el verde, porque ha de vivir ſin eſperanzas; ni el amarillo, porque no ha de tener deſeſperaciones; ni el pardo, porque no ha de darle nada de eſto pena. Solas dos le competen, que es el blanco, puro, candido, y caſto; y el dorado por la firmeza, que en eſto ha de tener. Eſte es el verdadero amor, el que no es delito tenerle, ni merecer caſtigo. Hay otro modo de amar; unos, que no manchan jamàs la lealtad. Eſte es el amor imitador de la pureza. Otro, que tal vez violado, arrepentido de haver quebrado la lealtad, buelve por eſte merito à grangear lugar en amor; mas no por puro, ſino por continente. El amor de aora, que uſais, ſeñores Cavalleros, tiene muchas colores, ya es rubio, ya pelinegro, ya moreno, ya blanco, ya caſado, ya ſoltero, ya civil,

Digitized by Google

vil, ya mecanico, y ya ilustre, y alto: y Dios os tenga de su mano; no le busqueis barbado, que andais tan de mescla, que ya no sabeis de que color vestirle. Para conseguir esto, es fuerza que hagais muchas mugeres malas, y ya muchas que lo son por desdicha, y no por accidente, ni gusto; y à estas no es razon que las deis esse nombre, que si es culpa sin perdon darsele, aun las mas comunes. Pues el honrar à las mugeres comunes, es deuda. Què serà en las que no lo son, que entre tantos como oy las vituperan, y ultrajan, no se halle ninguno que las defienda? Puede ser mayor desdicha, que ni aun los Cavalleros, que quando señalan por tales, prometen la defensa de las mugeres, se dexen tambien llevar de la vulgaridad, sin mirar que faltan à lo mismo que son; y la fé que prometieron? No hay mas que ponderar, y que ya que las haceis malas, y estudiais astucias para que lo sean, ocasionando sus desdichas, deshonradas, y muertas, que gusteis de castigarlas con las obras, y afrentarlas con las palabras; y que no os corrais de que sea assi! Decid bien de èllas, y ya os perdonarèmos el mal que las haceis. Esto es lo que os pido, que si lo mirais con passion, en favor vuestro es mas que en el suyo, y los mas nobles, mas afectuosos, hareis que los que no lo son, por imitarlos hagan lo mismo; y creed, que aunque os parece que hay muchas, hay muchas mas inculpables: y que no todas las que han sido muertas violentamente lo debian, que si muchas padecen con causa, hay tantas mas que no la han dado, y si la dieron, fue por haver sido engañadas.

Mas dixera Lisis, y aun creo, que no fuera mal escuchada, porque los nobles, y cuerdos presto se sujetan à la razon, como se vió en esta ocasion, que estaban los Cavalleros tan colgados de sus palabras, que no huvo ahi tal, que quisiesse, ni contradecirla, ni estorvarla. Mas viendo la linda Doña Isabel, que era tarde, y faltaban dos Desengaños para dar fin à la noche, y tambien, que Doña Luisa se prevenia para dar principio al que le tocaba, haciendo señas à los Musicos, cantò assi:

Si amados pagan mal los hombres, Gila,
dime què harán si son aborrecidos,
si no se obligan quando son queridos,
porquè tu lengua su traicion perfila?
Su pecho es Caribdis, y una Scila,
donde nuestros deseos van perdidos,
no te engañen, que no han de ser creidos

quan-

Digitized by Google

quando su boca mas dulzor destila.
Si la que adoran tienen oy consigo,
que mejor es llamarla la engañada,
pues engañada està quien de èllos fia.
A la que encuentran, como soy testigo,
dentro de una hora dicen que es la amada:
concluyasse con esto tu porfia,
Su cruel tyranìa,
huir pienso animosa,
no he de ser de sus giros mariposa.
En solo un hombre creo,
cuya verdad estimo por empleo.
Y èste no esta en la tierra,
porque es un hombre Dios, que el Cielo encierra.
Este sì que no engaña,
èste es hermoso, y sabio,
y que jamàs hizo à ninguno agravio.

DESENGAÑO VII.

MAL PRESAGIO CASAR LEXOS.

NOCHE SEPTIMA.

QUando la hermosa Doña Isabel acabò de cantar, ya Doña Luisa tenia ocupado el assiento del desengaño, y con mucha gracia, dixo assi: Por mi vida, que no sè que mayor desengaño, hermosas Damas, quereis oìr, que este Soneto, que la hermosa Doña Isabel acabò aora de decir, pues en èl ha dicho el hombre que solo hay que no se engañe, y el que merece solo ser amado. Mas ya que no puedo escusar de decir lo que me toca, dexarè à una parte, muchas que pudiera detener. Si supierades los penosos desasossiegos que tuve con mi esposo, tan opuesto à mi voluntad, que jamàs le conocì agradecido à èlla, antes con muchos desabrimientos en las palabras, y un pedazo en los ojos, me satisfacia, quando mas le grangeaba, y lisongeaba con caricias: mas porque para sì, nadie es buen Juez, à los ojos agenos dexarè muchas fortunas mias: y contarè desdichas agenas, contando una historia tan verdadera, que aun oy hay quien no tiene, acordandose

Digitized by Google

dose de èlla, enjutas las lagrimas, no dando mas reprehension à los Cavalleros, de la que el mismo desengaño les ofrece: porque fuì tan amante de los despejos, y tibiezas de mi esposo, que en èl respeto à todos, y con esta advertencia digo assi:

Por muerte de un gran Señor de España, quedaron sin el amparo que tenian en su padre, por haverles faltado su madre dias antes, un hijo, y quatro hijas de la hermosura, y virtudes que se puede creer tendrian tan grandes señoras: y si bien entrado su hermano en la herencia de los Estados, les previno à sus hermanas el amparo de padre, no les pudo prevenir el librarlas de la desdichada estrella en que nacieron, que puedo assegurar, que de cada una se pudiera contar un desengaño, pues, ni les sirviò la hermosura, la virtud, el entendimiento, la Real sangre, ni la inocencia, para que no fuessen victimas sacrificadas en las aras de la desgracia. La primera, llamada Doña Mayor, casò en Portugal, esta señora se llevò consigo, quando se fuè con su esposo, à la menor de todas. Su nombre es Doña Maria, con intencion de darla en aquel Reyno marido igual à su grandeza; mas à la una, y otra siguiò su mala fortuna; porque no siendo Doña Mayor amada de su esposo, por la simpatia que la Nacion Portuguesa tiene con las Damas Castellanas, en no hacer confianza de èllas, y assi, ò por probarla, ò lo mas cierto, por tener achaque para librarse de èlla, con color de agravio, escriviò una carta en nombre de un Cavallero Castellano, dandosela à un page, que se la llevasse à la señora, que hecho, assi estandola leyendo, admirada de que à èlla se escriviesse tal, entrò el marido, que aguardaba esta ocasion, y sacando la espada para matarla, porque el triste page à voces empezò à decir la traicion, le matò, y luego à su inocente esposa: la hermana viendo el fracaso, y haviendo muy bien oìdo èlla, y las criadas lo que el page havia dicho, temiendo la muerte (que le diera sin duda) se arrojò por una ventana, y de las criadas Castellanas, se escaparon algunas, y otras acompañaron à su señora en el eterno viage. Doña Maria fuè tan desgraciada, que se rompiò todas las piernas, de modo, que algunos años que vivìo estuvo siempre en la cama, porque al caer pudo ser vista de algunos Cavalleros Castellanos que assistian à su malograda hermana, los quales la salvaron, y traxeron à Castilla; que sabido el caso por su Magestad, castigò al reo, como hasta oy hay memoria de su castigo.

La segunda hermana, cuyo nombre es Doña Leonor, casò en

Digitized by Google

en Italia; esta señora, teniendo ya de su matrimonio un niño de quatro años, porque alabò de muy galàn un Capitàn Español, no con mal intento, sino que de verdad lo era, estandose lavando la cabeza, entrò el marido por una puerta escusada de un retrete, y con sus proprios cabellos, que los tenia muy hermosos, la hizo lazo à la garganta, con que la ahogò, y despues matò al niño con un veneno, diciendo: que no havia de heredar su Estado hijo dudoso; y si al Capitàn avisado por una Dama de la misma señora, no se escapàra, corriera la misma fortuna. Quedò por casar Doña Blanca, que era tercera hermana, y la primera, no solo de las demàs en hermosura, entendimiento, y valor, mas de todas las demàs de aquel tiempo, porque assi lucìa Doña Blanca entre las mas solemnizadas de la Corte, como el lucero entre las demàs estrellas. Por conveniencias à la Real Corona, y gusto de su hermano, se concertò su matrimonio con un Principe de Flandes, cuyo padre, que aun vivia, era gran Potentado de aquel Reyno. No havia sucedido, ni sucediò tan presto la desdicha de sus hermanas, porque puedese creer, que si sucediera antes de casarse Doña Blanca, por sin duda tengo, que no lo acceptàra, antes se entràra Religiosa, mas havia de seguir por lo que las demàs, y assi la suerte cruel no executò su deseo, hasta que ya Doña Blanca estuvo cautiva en el lazo, que solo la muerte le rompe. Con poco gusto aceptò la hermosa señora el casarse, sin conocer, ni saber con quien, porque decia, y decia bien, que era grande animo el de una muger quando se casaba solo por conveniencias, y ageno gusto, con un hombre de quien ignoraba la condicion, y costumbre; por cuya causa embidiaba à las que se casaban precediendo primero las finezas de enamorados; pues quando sobre voluntad no aceptasse, no se podia quexar de nadie, sino de sì misma, y viendo que no podia conseguir este modo de casarse, al tiempo de firmar las Capitulaciones, sacò por condicion antes de otorgarlas, que el Principe havia de venir à España, y antes de casarse la havia de galantear, y servir un año, de la misma manera, y con las mismas finezas que sino estuviera otorgada por su esposa, sino que la enamorasse con passeos, musicas, villetes, y regalos, como si la pretendiera à escusas, y à fuerza de finezas: porque queria amar por el trato, y conocer en èl el entendimiento, condicion, y gracias de su esposo. Mucho rieron su hermano, y todos quantos supieron las condiciones, con que Doña Blanca aceptò el casamiento, que aun en Palacio se contaba,

Digitized by Google

ba, y reia; mas su hermano que la queria ternissimamente, por darla gusto, porque se dilatasse el perderla, vino en todo quanto Doña Blanca pedia, y assi se avisò al Principe, que hizo lo mismo con mucho gusto, que como era de poca mas edad que Doña Blanca, por vèr à España, si bien à descontento de su padre, puso luego en execucion su partida. Tenia Doña Blanca, entre las Damas que la assistian, una, que se havia criado con èlla desde niña, y à quien amaba mas que ninguna, con quien comunicaba lo mas secreto de sus penfamientos; pues un dia que Doña Blanca, se estaba tocando, y todas sus Damas assistiendola, les preguntò: (como era tan afable) Què haveis oìdo de lo que se platica en la Corte, de las condiciones con que aceptè este casamiento? Doña Maria (que se llamaba la Dama tan querida suya) le respondiò como la que fiada en su amor hablaba con mas libertad: Si te he de decir verdad, señora mia, à todos oygo decir, que es locura; porque pudiendo gozar gustos descansados con tu esposo, le quieres condenar, y te condenas à la pena de la dilacion, y à los desasossiegos de amar, con esperanzas de posseer lo mismo que es tuyo. Y quien son los necios Doña Maria, (preguntò Doña Blanca) que llaman locura à una razon fundada en buen discurso? De manera, que sienten mejor de casarse una muger con un hombre, que jamàs viò, ni hablò, y que suceda ser feo, ò necio, ò desabrido, ò mal compuesto, y se halle despues aborrecida, y desesperada de haverse empleado mal, que no avisarse del caudal que lleva en su esposo? Todas quantas cosas se compran se procuran vèr, y que vistas agraden al gusto, como es un vestido, una joya, y un marido, que no se puede deshacer de èl como de la joya, y del vestido, ha de ser por el gusto ageno, quanto mas acertado es, que galàn la grangee la voluntad, y èlla bien hallada con èlla se la pague; que no como hemos visto à muchas que se casan sin gusto, y viviendo sin èl se passan de la vida à la muerte, sin haver vivido el tiempo que durò el casamiento, ò que viendose galanteadas de otros que supieron con finezas grangearles la voluntad, como no se la tenian à sus esposos, caer en muchas livianda des, que no cayeran si los amàran? No hay, Doña Maria, mas firme amor, que el trato, con èl se descubren los defectos, ò gracias del que ha de tener por compañero toda la vida. Y à los que se valen del adagio vulgar: Que quien se casa por amor, vive con dolor, tengo por ignorante, pues su misma ignorancia le desmiente, porque ja-

Digitized by Google

màs ſe puede olvidar lo que de veras ſe amò, y amando, no ſienten, ni las penas, ni las neceſſidades, ni las incomodidades: todo lo dora, y endulzura el amor; y ſi tal vez hay deſabrimiento, lo cauſan las deſigualdades que en los caſamientos por amores hay; mas ſi ſon iguales en la nobleza, y en los bienes de fortuna; que deſabrimientos, ni dolor puede haver, que no lo ſupla todo el amor? Es como decir muchos, que el marido no ha de ſer zeloſo: Es engaño notable; pues no ſiendolo, tanto, que peque de necio, y èl no falte por zeloſo al cariño, y regalo de ſu eſpoſa, antes con eſſo la eſcuſa, de que no ſea facil; pues mas preſto ſe arroja à qualquiera traveſſura la que tiene el marido deſcuydado, que no la que le tiene cuydadoſo, pues ſabe, que tiene, ò no tiene lugar. Yo, por lo menos, quiero conocer en mi eſpoſo, en las finezas de galan, lo cariñoſo, quando ſea marido, y en los aciertos de puntual, ſin poſſeſſion, lo que obrarà pueſto en ella. Eſtoy bien con eſſo, dixo Doña Maria: Mas, tu ſeñora, no puedes, aunque conozcas diferentes condiciones en el Principe, de las que en tu idea te prometes? Puedes ya dexar de ſer ſuya? En eſſo hay mucho que averiguar, porque yo no ſoy la que me le he prometido, que à ſer eſſo aſſi, no procuràra aviſarme de lo que cobro en èl: hanmele prometido galan, bien entendido, afable, liberal, con otras mil prerogativas, de que vienen llenas las cartas; tantos hiperboles, como dicen los retratos que ſe ha viſto infinitas veces ſer engañoſos. Averiguo otra coſa. Luego no tendrè obligacion de cumplir lo firmado, pues no me dan lo que prometieron; y para eſſo hay Conventos, pues no me tengo yo de cautivar con otro, diferente del que me dixeron; y me puedo llamar engaño, diciendo, que yo me prometì à un hombre perfecto, y que ſupueſto que me le dan imperfecto, que no es el que me ha de merecer. Venga el Principe, y empieceſſe la labor amoroſa, que no permitirà el Cielo, que ſea menos que como yo deſeo, y ſepa ſer buen galan, para que deſpues no ſea deſcuydado marido, que ſi no fuere tal como le han pintado, el tiempo me dirà lo que tengo de hacer, y cada uno ſiga ſu opinion, que yo no pienſo apartarme de la mia. Con eſtos, y otros coloquios entretenia Doña Blanca, y ſus Damas, el tiempo que tardò en llegar el Principe, que venido, y viſto, en quanto à la preſencia, talle, y gala, con la hermoſura del roſtro, no huvo que deſpreciar, y aun à Doña Blanca le pareciò muy bien, y no sè ſi le peſò del concierto, en quanto à la dila-

Digitized by Google

dilacion, segun lo diò à entender quando lo viò por entre unas menudas celosias, y despues oyendole hablar con su hermano, por lo que la podia cubrir una ante puerta. Tenianle prevenida posada en la misma calle donde vivia Doña Blanca, que de industria, para conseguir lo concertado, no se aposentaron en su misma casa. Entre las demàs gracias que tenia el Principe, era hablar muy bien nuestra lengua, porque los señores siempre tienen Maestros que los habilitan en todas. No quiso Doña Blanca, que la viera aquel dia el Principe, dando por escusa el no hallarse apercibida, escusando la visita, que de cortesìa se debia hacer, quizà por tenerle mas deseoso de su vista, ò porque naturalmente no se casaba con gusto; y quedando citada para otro dia, el Principe, y su gente se fueron à descansar. Venida la mañana, Doña Blanca se levantò muy melancolica, tanto, que à fuerza, parecia que estaba deteniendo las lagrimas, que por sus hermosissimos ojos estaban reventando por salir, temiendo à sus criadas confusas, y mas à Doña Maria, estrañando el no darle parte de su pena, y assi en burlas le dixo: Què severidad, ò tristeza es esta, señora? En tiempo de tanta alegria, como es justo tener por la venida del Principe mi señor? A esto respondiò Doña Blanca, aun hasta aora, no es razon darle este titulo, que aun hay de plazo un año hasta que lo sea. Y aun esso debe de ser, replicò Doña Maria, lo que te tiene triste, sino es que no te ha parecido bien el novio. Dinoslo, assi el Cielo te haga con èl muy dichosa. Por tu vida Doña Maria, respondiò Doña Blanca, y por la mia tambien, que ni es lo uno, ni lo otro; porque en quanto haverme parecido bien, te puedo jurar que yo soy la apassionada; y en quanto à desear que el año del concierto estuviesse cumplido, te doy mi palabra, que quisiera que duràra una eternidad, y assimismo te prometo, que no sè de que me procede este disgusto, si ya no es de pensar que tengo de ausentarme de mi natural, y de mi hermano, è irme à tierras tan remotas, como son donde he de ir; mas tampoco me parece es la causa esta, ni la puedo dàr alcance, aunque mas lo procuro. Hablando en esto, y otras cosas, con que sus Damas la procuraban divertir, se aderezò, y prendiò con tanto cuydado suyo, y de todas, que parecia un Angel, y salìo donde su hermano, y el Principe la aguardaban, que se enamorò tanto de la hermosa Doña Blanca, ò lo fingiò, que el corazon del hombre para todo tiene astucias, que diò bien à entender con los ojos, y las palabras quanto le pesaba de la dilacion, que

Digitized by Google

para gozar tal belleza havia; y comenzandose desde este punto el galanteo en las alabanzas, y en la vista, tuvo fin la visita, y Doña Blanca se retirò à su quarto, tan triste, que ya no tan solo procuraba detener las perlas que à las ventanas de sus ojos se assomaban, mas dexaba caer hasta el suelo quantas desperdiciaban sus pestañas. O què profeta es el corazon, pocas veces se olvida de avisar las desdichas que han de venir, si nosotros le creyessemos! Porque confessar que le agradaba el Principe, no negar que le amaba; haverle parecido bien, y no desear la possession, antes pesarle, de que para llegar à tenerla, era corto plazo el de un año, y que quisiera fuera mas dilatado; cosas son que admiran. Acostòse al punto, sin querer responder à quanto sus Damas le decian, y estuvo sin levantarse de la cama quatro dias, admirando à todos, y mas à su hermano que la entrò à vèr, tan diferentes efectos como en èlla veian; en los quales dias de indisposicion informado el Principe, qual era la Dama mas querida de Doña Blanca, y sabido que era Doña Maria la hablò, y diò un papel, y un rico presente de cosas muy sazonadas de su pais, y para èlla una joya de mucho valor, con otras que repartiesse con las otras Damas, que Doña Maria recibiò, y haviendolo llevado à su señora, despues de dàr à las Damas sus joyas, y Doña Blanca vistiò las suyas, muy agradada de ellas, leyò el papel, que decia de esta manera:

No debe ser admitido galan, el que no sanea su atrevimiento con el deseo de ser esposo, ni tampoco serà buen marido el que no fuere finissimo galan; pues es fuerza que lo sea todo para ser perfecto en todo. Luceseo bien vuestro entendimiento hermosissima señora mia, en disponer que la gloria de mereceros se conquiste con la pena de desearos: que soy vuestro, ya lo sabeis: que soys mia ignoro, pues aun no he llegado à estado de tal bien, y assi os suplico ordeneis lo que bè de hacer para mereceros mia; pues ya sè lo que he de hacer para no morir hasta que lo seais, y pues à los golpes de vuestra belleza no tengo otro reparo, sino la esperanza, me alenteis con èlla, para que no muera con la dilacion de vuestra glorioso possession. El Cielo os guarde.

Leìdo el papel alabò Doña Blanca el entendimiento, y solemnizò el buen gusto del presente, mas no respondiò por escrito, mas de mandar à Doña Maria, le dixesse, como lo havia recibido con la estimacion que se debia. Passados los quatro dias, se levantò Doña Blanca ya quanto moderada la tristeza, y oìa con mas gusto, como le decian, que el Principe pas-

Digitized by Google

passaba la calle, y que havia salido muy galan de sus colores, y essa noche saliò à oìr una musica que le diò, cantando excelentissimamente à seis voces este Soneto:

No quiere, dueño amado, el dolor mio
Tan aspero remedio, como ausencia,
Que ni hay valor, cordura, ni paciencia
Para sufrir, aunque sufrir porfio.
Tratadme con desdenes, con desvio,
Con zelos, aunque es tanta su violencia,
Haveis de un firme amor clara experiencia,
Aunque me buelva con mi llanto un rio.
Que como yo me vea en vuestros ojos,
Dulces nortes de amor, estrellas mias
En quien las desdichas de mi suerte espero.
Alegres, tristes, con mil enojos,
Daràn aliento à mis cansados brios,
Pero quando no os veo desespero.
Si mas que à mi no os quiero,
Si veros me dà vida,
Tenedla, fino os veo por perdìda.

Bien conociò el Principe, que estaban las rexas ocupadas, y no dudò de que estaria en èllas Doña Blanca, y con mucho desenfado, y donayre, como quien galanteaba con fee de amante, y seguridad de esposo, dixo, llegandose mas cerca: Ser tan dichoso, que entre tantas Estrellas estè el Sol, y entre tantos nortes la blanca, y plateada Cintia? Si, respondiò una de las Damas, que como estos amores iban con las conveniencias ya dichas, y à lo publico, no le querian regatear los favores, ni se temia las murmuraciones. Pues, como, señora mia prosiguiò, cubris vuestros divinos rayos, y lustrosos candores con la obscuridad del silencio? Merezca yo un favor vuestro, aunque sea mandarme morir? Que vivais muchos años, respondiò Doña Blanca; y que prosiga la musica es lo que mando. Y con esto, avisando à los Musicos, bolvieron à cantar este Romance:

Contaros quiero mis dichas,
dulces, y amorosas selvas,
en cambio de que escuchasteis,
con grato oìdo mis penas.
Saliò à mis ojos el Sol,
de una divina belleza
tal, que deydad le adoràra
à no conocer la eterna.

Digitized by Google

A sus acentos el alma,
con tanta dulzura atenta,
instantes juzgò las horas,
millares, contò las quexas.
Amor desterrando dudas,
aunque niño cobrò fuerzas;
miente quien dice que amor
es mayor con las ofensas.
Con las ternezas se cria,
si con la vista se engendra,
con las firmezas se anima,
las finezas le alimentan.
Los agravios le desmayan,
las sinrazones le yelan,
enferma con los temores,
y muere con las ofensas.
Y siendo assi que el amor
con los favores se aumenta;
quien tantos ha recibido
fuerza es querer con mas veras.
Quien verà, Blanca divina,
tu hermosura, y gentileza,
que no te dè por tributo
mil almas si las tuviera?
Tal empirio tu hermosura
ha puesto en mi que quisiera
de nuevo entregarte el alma;
à no ser tuya esta prenda.
A tener tantos que darte,
como son las hojas vuestras,
ninguna libre quedàra
que todas se las rindiera.
Ay dueño del alma mia,
si las estimais como vuestra,
maltratadlo con amor
no la mateis con su ausencia.
Si mas que à mi no os estimo,
ruego à Dios que no me vea,
en possession de essos ojos,
siempre estè en desgracia vuestra.
Selvas si veis de Blãca la belleza;
contadle mi firmeza,
referidle mi pena;
rogadle selvas, que de mi se duela.

Acabando de cantar se retirò Doña Blanca, y quedò Doña Maria para decir al Principe, que su señora se daba por muy bien servida de sus finezas, con que el Principe muy gustoso se fuè à su posada. No se acabàra jamàs este desengaño, si se huvieran de contar por menudo las cosas que sucedieron en este entretenimiento de amor, y prueba de entendimiento, que assi le llama Doña Blanca, porque llegò à escrivirse el uno al otro bien entendidos, y tiernos papeles, à hablarle Doña Blanca por una rexa, no concediendole mas favor que el de sus hermosas manos; deseando las Damas, y mas Doña Maria, que duràra tantos años, como dias tenia el del concierto; porque demàs de gozar las mas noches de musicas, los dias de passeos, toros, cañas, y encamisadas, mascaras, y otras fiestas que el Principe hacia en servicio de Doña Blanca, estaban muy medradas de galas, y otras dadivas, absueltas de esto gozaban tambien de sus galanteos; y assi èllas deseaban, que el año no se acabàra. Doña Blanca le deseaba mas, porque cada dia que passaba de èl le costaba à èlla el haver passado muchos desperdicios de perlas,

tan-

Digitized by Google

tanto era lo que sentia imaginar que se havia de casar, y demàs de esto amaba al Principe tan ternissimamente, que quando la venia à vèr, la Dama, ò paje que le daba la nueva, daba en albricias una joya. Quien viò jamàs tan diferentes efectos de amor, y desamor? Contabanse en la Corte estos amores por cosa de admiracion, unos decian, que Doña Blanca tenia buen gusto en hacer que le costasse al Principe tan cara su hermosura, que la comprasse à precio de dilaciones. Otros, que era locura, lo que era verdaderamente suyo, y que podia poseer sin embarazos enagenarse de èllo; de suerte, que cada uno hablaba como sentia del caso; tal vez, que las criadas hablaban con los criados del Principe, procurando saber de ellos, como llevaba su dueño estas dilaciones. Ellos les decian, que estaba desesperado, y que si bien queria de veras à Doña Blanca, sino fuera por su hermano, huviera deshecho los conciertos, y bueltòse à su tierra, y que assi se lo escrivia su padre, que lo hiciesse, y quando Doña Maria le decia esto à Doña Blanca, arrasandose los ojos de lagrimas, respondia: Mas desesperada estoy yo, de que se cumpla tan presto el plazo, que si à èllos se les hace tarde, yo le juzgo temprano. En fin llegò, (que no hay ninguno que no llegue, y mas el que trahe por padrino à las desdichas, que parece que le espolean, para que se cumpla mas presto) desposòse Doña Blanca con igual regocijo de toda la Corte, y quando pensaron que la tornaboda havia de ser con el mismo regocijado aplauso, fuè con llantos, y lutos; porque casi una tràs otra llegò la triste nueva del desdichado fin de sus hermanas, trayendole à sus ojos: la mas pequeña, impossibilitada de poder andar, porque de las rodillas abaxo no tenia piernas, ni pies, haviendo de ser la cama el teatro donde mientras viviò representaba à todas horas la adversa estrella con que havia nacido, con lo qual Doña Blanca quedò tan temerosa, y desabrida, que se tiene por seguro, que si no se huviera desposado, por ningun temor, interès, ni conveniencia se casàre, y assi lo decia à sus Damas con muchos sentimientos, antes se huviera entrado Religiosa. En fin llenos de luto, y pesares se acabaron de celebrar las bodas, y luego se empezò à tratar de la partida. Doña Maria trataba de casarse con el Camarero de su hermano de Doña Blanca, que quando supo que queria quedarse, como la queria tanto, y se havian criado juntas, y la tenia por alivio en sus mayores penas, lo sintiò tanto, que por moderarle el desconsuelo se diò orden, que

Digitized by Google

D. Jorge (que este era el nombre del Camarero de su hermano de Doña Blanca) fuesse en su servicio con otros criados que llevaba Españoles, con promesa, de que en llegando allà los casaria, y haria merced, con que dentro de dos meses casada, dexò Doña Blanca à España, con tan tierno sentimiento de apartarse de su hermano, y hermana, y de su amada patria, que el Principe mostraba gran enfado de èllo, porque como ya estaba en posses-sion se iba cansando de los gustos que en esperanza le havian agradado, mas dissimulaba à la cuenta, hasta sacarle del poder de su hermano, y al tiempo que Doña Blanca partiò de Madrid, se havia averiguado la inocencia de su hermana Doña Mayor, y el Rey havia severamente castigado à su marido, con lo qual se moderò en parte el dolor de su muerte, juzgandola gozaba en el Cielo la corona de Martyr. Partida en fin con el sentimiento que digo, agassajada, los dias que durò el camino por tierra, de su marido, mas no con tanto cariño como quando estaba en la Corte, de que èlla, con estrañas admiraciones, daba parte à su querida Doña Maria, que como cuerda la alentaba, y aconsejaba, y entretenia la tristeza que llevaba de haver dexado su paternal alvergue, è irse à yivir desterrada para siempre de èl, y mas con los despegos que empezò à vèr en su esposo; porque apenas se embarcaron, y le pareciò que tenia la inocente palomilla fuera de todo punto de su nido, quando se despegò de èlla con tanta demostracion de tibieza, ò enfado, que muchas veces llegaban à tener rencillas sobre ello, y à las quexas que èlla le daba, respondia: No seas viciosa Española, ni te lamentes tanto, por lo que aora se empieza: què quieres verme siempre junto à ti? Y algun dia desearàs verme lexos. No sè que desdichas tienen las Españolas, con los estrangeros, que jamàs las estiman, antes se cansan à dos dias, y las tratan con desprecio, y esto por haverlo visto en muchas lo digo. Tuvo fin el viage, y llegados à sus Estados, se hallò Doña Blanca con menos gusto que antes, porque el suegro era hombre severo, y que tocaba mas en cruel, que en piadoso; y enfadado del largo tiempo que su hijo se havia detenido en el galanteo, aun el mismo dia que llegaron à su presencia, no dissimulò el enfado, y la recibiò, diciendo: Quando havia de ser esta venida? Basta, que las Españolas sois locas: No sè que estrangeros os apetece, sino es que estè desesperado; y otras razones, de que Doña Blanca corrida no acertò à responder, conociendo claramente que estaba en poder de sus enemigos; y si con alguna cosa

tuvo

Digitized by Google

tuvo alivio su pena, fuè con una hermana de su esposo, llamada la señora Marieta, que en aquellos Paises, ni en Italia, ninguno se llama Don, sino son los Clerigos, porque nadie hace ostentacion de los Dones como en España, y mas el dia de oy, que han dado en una vanidad tan grande, que hasta los Cocheros, Lacayos, y Mozas de cocina le tienen, estando ya los negros Dones tan abatidos, que las Taberneras, y Fruteras son Doña Serpiente; y Doña Tigre; que de mi voto, aunque no el de mas acierto, ninguna persona principal se le havia de poner, que no ha muchos dias que oì llamar à una perrilla de falda, Doña Xarifa, y à un gato Don Morro, que si Su Magestad (Dios le guarde) echàra alcavala sobre los Dones, le havia de aprovechar mas que el uno por ciento; porque casas hay en Madrid, y las conozco yo, que yerven de Dones, como los sepulcros de gusanos; que me contaron por muy cierto, que una Labradora socarrona de Ballecas, vendiendo pan el otro dia en la Plaza, à qualquier bayven que daba el burro, decia: Està quedo Don Rucio; y queriendo partirse empezò à decir, Don Arre, y queriendose parar, Don Jò.

Era la señora Marieta muy hermosa, y niña, aunque casada con un primo suyo, y lo que mejor tenia, era ser muy virtuosa, y posaba con su padre. Con esta señora travò Doña Blanca grande amistad, cobrandose las dos tanto amor, que si no era para dormir, no se dividia la una de la otra, comunicando entre èllas sus penas, qu gustos tenian tan pocos, que no la cansaba mucho el contarlos, porque tan poco estimaba su esposo à la señora Marieta, como el Principe à Doña Blanca. Tenia el Principe un page, mozo, galàn, y que los años no passaban de diez y seis, tan querido suyo, que trocàra su esposa el agasajo suyo por el del page, y èl tan sobervio con la privanza, que mas parecia señor, que criado: èl tenia quanto el Principe estimaba, con èl comunicaba sus mas intimos secretos, por èl se governaba todo, y èl tan desabrido con todos, que mas trataban de agradarle, que al Principe. Pues como Doña Blanca, muchas veces que preguntaba: que hacia su esposo, y le respondian, que estaba con Arnesto, que este era su nombre, y algunas, que, ò por burlas, ò veras le decian, que mas queria à su page, que no à ella, fuè causa para que Arnesto aborreciesse à Doña Blanca, de suerte que lo mostraba no solo en el desagrado con que siempre la assistia, si era necessario, mas en responderle en varias ocasiones algunas libertades, y Doña Blanca, assimismo le aborrecia,

por

Digitized by Google

por tener por seguro le debia de servir de tercero en algunos amores que debia de tener el Principe, y que desto nacia la libertad, y sobervia del page. Con este pensamiento diò en ser zelosa, con que se acabò de perder, porque èlla se desagradaba declaradamente de las cosas de Arnesto, hablandole con sequedad, y despego, y èl con libertad, y desemboltura, llegando Doña Blanca, y el Principe à tener sobre esta causa muchos disgustos, y todo para hallarse menos querida de su esposo, y mas odiada de Arnesto, y aun de su suegro, que muchas veces oìa de èl palabras muy desadas, porque no la llamaban por su nombre, sino la Española; y aunque Doña Blanca bolvia por sì, no consintiendose perder el respeto, le valia poco, porque todos eran sus declarados enemigos, sin que tuviesse ninguna de su parte, supuesto que los criados que tenia Españoles, estaban tan oprimidos, y mal queridos como ella. Era Doña Blanca excelentissima musica, y cantaba divinamente, no teniendo necessidad de buscar los tonos que havia de cantar, porque el Cielo le havia dado la gracia de saberlos hacer, y mas en esta ocasion, que como tenia caudal de zelos, lo hacia con mas sentimiento; pues con ellos alentaba su natural. Y assi, un dia que la Señora Marieta pidiò cantasse alguna cosa de las que hacian à su zelosa passion, cantò este Romance que havia hecho, y te dirè aqui, porque fuè causa de un gran disgusto que tuvo con su esposo.

Que gusto tienen tus ojos,
de ver los ojos que un tiempo
dueños llamaron los tuyos
dos copiosas fuentes hechos.
Que gusto te dà saber,
quan poco ocupan el sueño,
pues ellos estan llorando,
quando los tuyos durmiendo.
Muy à mi costa les quitas
el imperio que tuvieron;
mas tu te llevas la gloria,
y ellos passan los tormentos.
No sè como es este enigma,
que la nieve està en tu pecho,
y sin que en èl se deshaga,
ya se destila por ellos.
Mas ya llego à conocer
de aquesta duda el secreto,
que otro fuego se deshace,
y resulta el daño en ellos.
Que entre las muertas cenizas,
de aquel tu passado incendio,
no guardasses una brasa,
que reviviesse algun tiempo.
Si tienes el corazon
hecho para mi de yelo;
acercate, ingrato, al mio,
que presto serà deshecho.
Mira que al fuego que ardes
es un aparente fuego;
el mio no, que es amor,
y es su calor verdadero.
No sè como un pecho noble
puede vivir satisfecho,

quan-

Digitized by Google

quando vè un alma rendida
tirar los golpes violentos.
No te acabo de entender,
ni à mi misma no me entiendo;
solo entiendo que te adoro,
solo entiendo que padezco.
Mis lagrimas te endurecen,
y viene à ser caso nuevo
caer sobre el yelo el agua,
y no dexarle desbecho.
Solo en ti, porque yo muera,
permite amor tal extremo,
pues debieras conocer,
que me pierdes, si te pierdo.
Seguro estoy que tendràs,
quien te quiera, pero advierto,
que quien te quiera hallaràs,
mas no mas que yo te quiero.
Muy avaro estàs conmigo,
muy pocos gustos te debo,
que aun por negarme el cariño
siempre estàs fingiendo sueño.
Frio me dixiste ayer,
que tenias, alto cuento;
pues quando tienes calor
para darme à mi consuelo.
No me mates tan apriessa,
hasta que me maten zelos;
penas, que quando hay amor,
son mas que las del infierno.
Dissimula las tibiezas,
que sino amor, es respeto;
no te aprecies de cruel,
quando de tuya me precio.
Dì à la Circe, que te encanta
algo de lo que merezco,
y pidese facultad,
para no ser tan grossero.
Quien me dixera algun dia,
esta ingratitud que veo;
ah finezas de hombre ingrato,
y como en humo se fueron!
Yo me acuerdo quando el Sol
te hallò en la calle, viniendo,
mas de alguna vez à ver
lo que estàs aborreciendo.
Y veo que aora estàs
tu reposando en el lecho,
y yo sintiendo, y llorando
tu tibieza, y mi desprecio.
Pues espero, que algun dia
te ha de castigar el Cielo,
y que la misma que estimas,
ha de ser el instrumento.
Y entonces conocerà,
lo que tienes en mi pecho
que qual Pelicano està
para regalarte abierto.
Y aun estàs tan riguroso,
tan ingrato, y tan severo,
que no conservas mis brazos
por si te faltan aquellos.
Mis penas me han de matar,
porque ya mi sufrimiento
està tan alto de fuerzas,
que casi à vivir no acierto.
No es gran vitoria matarme,
quando ves que estoy muriendo
à manos de tu rigor,
y à la fuerza de mis zelos.
Preciate de tu crueldad,
cantaràs como otro Neron,
viendo que se abrasa el alma
adonde tienes tu imperio.
O si estuviera en mi mano
aborrecerte, aunque pienso,
que en lugar de castigarte,
lisonja te huviera hecho!
Mas es caracter del alma
el amor con que te quiero,

pues

Digitized by Google

pues quien deſea impoſſibles
no podrà lograr ſu intento.
Mas ſi pienſas oſtentar
el rigor de que me quexo,
morir à fuerza de agravios
ſerà el vltimo remedio.
Aſſi canta, y llora Blanca,
mas no la eſcucha ſu dueño,
que lagrimas en auſencia
ſon de muy poco provecho.
Y mas
con un ingrato,
que en otra mas dichoſa
eſtà adorando.
Y aunq̃ la vè llorar no ſe enternece,
porq̃ es cruel, y lagrimas no ſiente.

No acertaba en nada Doña Blanca, aunque fueſſe la mas acertada, porque como era mal recibida, enfadaba de todas maneras, y aſſi entrando à eſte punto el Principe, y ſu Padre, que venian de fuera, como à los ultimos verſos decia, que ſeria el ultimo remedio, el morir: Reſpondiò: Aſſi ſerà, que de otra manera no me puedo librar de ſus enfados, y proſiguiendo con grandiſſimo enojo, dixo: Què locuras, ò què mentiras ſon eſtas, Blanca, que aſſi en verſo, y proſa, con achaque, y color de lamentarte, eſtàs diciendo contra mi? Que no baſta en ſecreto canſarme, y atormentarme con ellas, ſino que cantando las publicas? Canſadiſſimas mugeres ſois las Eſpañolas, gran caſtigo merece el Eſtrangero que mezcla ſu ſangre con la vueſtra. A eſto como Doña Blanca eſtaba cierta, de que havia ſido como quien la tenia tan ilueſtre, que era mayor ſu engaño, que no el del Principe, reſpondiò con brio. Mayor le merèce la Eſpañola, que entendiendo viene à ſer ſeñora, dexa ſu patria, donde lo es, por hacerſe eſclava de quien no la merece. No ſeais atrevida, Doña Blanca, (reſpondiò el ſuegro) que os cortarè yo las alas: con que ſobervia os remontais, que no sè yo quando penſaſteis vos, ni vueſtro linage llegar à merecer ſer eſpoſa de mi hijo. Finalmente, por no canſar, diciendo los unos, y reſpondiendo los otros, ſe encendiò el ſuegro de ſuerte, que el Principe ſe deſcompuſo con Doña Blanca; no ſolo de palabras, mas de obras, maltratandola tanto, que fuè milagro ſalir de ſus manos con la vida, y eſſa ſe la pudo deber, deſpues de Dios à la ſeñora Marieta, que con ſu autoridad puſo treguas, aunque no paces al diſguſto de eſte dia, paſſandoſe muchos que ni el Principe la viò, ni Doña Blanca ſe levantò de la cama, mas al fin tuvieron fin eſtos enojos, haciendoſe las amiſtades, no sè ſi para mayor enemiſtad, porque Doña Blanca quedò, como tan gran ſeñora, deſcontenta con el deſprecio paſſado, ni el Principe mas cariñoſo que antes, ſino mucho menos, porque en-

Digitized by Google

entre la vulgaridad estas rencillas de entre casados, en llegando à acabarse los enojos, no se acuerdan mas de ellas; mas en la grandeza de los señores, es diferente, que aunque sean casados, tienen duelo, y assi se lo decia Doña Blanca à Doña Maria, que aunque amaba terniſſimamente à su esposo, todas las veces que le via, le salian al rostro las colores que le havian puesto en èl sus atrevidas manos. Sucedió dentro de pocos meses un caso, el mas atròs que se puede imaginar; y fuè en primer lugar, amanecer dentro del mismo Palacio una mañana, muerto à puñaladas, un Gentil hombre de la señora Marieta, que le daba la mano quando salia fuera, mozo de mucha gala, y nobleza; y luego passados dos dias, que aun no estaba moderado el sentimiento de la señora Marieta, y Doña Blanca tuvieron de esta violenta, y desaliñada muerte, y mas viendo que el Principe viejo no havia consentido hacer las diligencias, que fuera muy justo hacer en un sucesso tan desastrado, antes mandò, que no se hablasse mas en ello, por donde se passò que havia sido hecho por gusto suyo. Como digo, dentro de dos dias embiò su padre à llamar à su quarto à la señora Marieta, que fuè al punto, y entrando donde estaba, la hallò con su esposo, y primo, no se pudo saber lo que entre ellos passò, mas de que se cerraron las puertas del quarto, y se oyò, por un espacio llorar à la señora Marieta, y despues de esto llamar à Dios, y despues quedar todo en silencio; y fuè, que à lo que despues se viò, tenian atado al espaldar de una silla, un palo, y haciendola sentar en ella, su proprio marido, delante de su padre la diò garrote; que esta tan cruel sentencia contra la hermosa, y desgraciada señora, saliò de acuerdo de los dos, suegro, è yerno, de mas de una hora que havian estado hablando à solas, no se pudo saber, porque à mas de la sospecha, por haver muerto à su Gentil-hombre, que se pudo conseguir seria algun testimonio, porque la señora Marieta era tan noble, y tan honesta, que no se podia pensar de ella liviandad ninguna, si ya no la dañò el ser tan noble, y el amar tanto à Doña Blanca, que en todas ocasiones bolvia por ella. En fin muriò apenas de veinte y quatro años, siendo el juez su padre, y el verdugo su mismo esposo. Estaba Doña Blanca cuydadosa, que haria allà dentro la señora Marieta, que ya sabia de sus Damas, que havia sido llamada por su padre, no haviendose hasta medio dia abierto la puerta de la sala donde se havia executado la cruel maldad, que era en la que comia: entraron, y como se abriò, los criados pusieron las mesas,

mas

mas aunque vieron el triſte eſpectaculo, ninguno hablaba, porque ſe lo havian mandado, ò porque todos eran unos. Vino el Principe de fuera, que no ſe hallò al laſtimoſo caſo, ni le ſabìa, que fuera cierto no lo conſintiera, ò la ſalvàra, porque amaba mucho à ſu hermana, y no ſabìa, ſi del, que havia ſentido menos la muerte del Gentil-hombre, pues venido aviſaron à Doña Blanca, ſalieſſe à comer, como lo hizo, bien aprieſſa, por ver ſi via à la ſeñora Marieta, y ſaber que enigmas eran, las que en aquella caſa paſſaban; y ſucediò aſſi, que à un miſmo tiempo entraba el Principe por una puerta, y Doña Blanca ſalia por otra, que correſpondia à ſu quarto, que tambien havia eſtado cerrada, haſta entonces, eſta, y otras dos mas adentro; que como viò el triſte cadaver, diciendo: Jeſus ſea conmigo! Cayò de un mortal deſmayo. Sus Damas, que con ella havian ſalido, aunque bien deſmayadas de lo que preſente vian, acudieron, y el Principe, que como digo, havia entrado al miſmo tiempo, viendo por una parte à ſu hermana muerta, por otra à Doña Blanca deſmayada, à ſu padre, y cuñado ſentados à la meſa, no hay duda, ſino que traſpaſſado de dolor, y aſſuſtado de un caſo tal, con la color mortal acudiò à Doña Blanca, diciendo à ſu padre: Què crueldades ſon eſtas, Señor, ò que pretendes de eſte triſte Eſpañola, que la has llamado para que vea tan laſtimoſo caſo? A lo que reſpondiò el padre: Calla cobarde, que mas pareces hijo de algun Eſpañol, que no mio, que luego te dexas vencer de hazañerias Eſpañolas. Retiraron las Damas à Doña Blanca à ſu camara, acompañandola el Principe, que no quiſo ſentarſe à comer con ſu padre, antes moſtrando tierno ſentimiento de la muerte de ſu hermana, y mal de ſu eſpoſa, aſſiſtiendo à los remedios que ſe le hacian para tornarla en sì, que al cabo de una hora, creyendo todos era muerta, y llorandola por tal, cobrò el ſentido, con tantos ſuſpiros, y lagrimas, que enterneciera à un marmol, y viendo al Principe que la tenia por una de ſus hermoſas manos, alentandoſe lo mas que pudo, le dixo: Què quiere, ſeñor de mi vueſtro padre, ò que es ſu penſamiento, que ya que hizo una crueldad, como la que oy ha hecho en ſu hija, ſiendo tan ſanta, honeſta, y virtuoſa, me mandaſſe llamar, para que la vieſſe? Si es que me quiſo dar exemplo, no hay para què, ſupueſto que mi real ſangre, y mi honor, no le han meneſter, por ſer todo como mi nombre, demàs, que en el de la ſeñora Marieta vueſtra hermana, por ſer mas puro

Digitized by Google

ro que el sol, no hay que poner dolo, que para mi mas la ha muerto la malicia, que no la razon. Si es, que ni vos, ni èl os hallais bien conmigo, embiadme à España con mi hermano, que yo os doy palabra, que en deshaciendo su Santidad el matrimonio, y llegando à ella, entrarme Religiosa, pues no serà muy dificultoso, romper un lazo, que tan dulcemente nos aprieta. No la dexò la pena decir mas, de lo qual el Principe enternecido, la consolò, assegurandola, estar èl tan ageno de lo que havia passado con su hermana, como èlla; mas que creyesse, que pues su padre, y esposo se havian determinado à tal crueldad, que alguna secreta, y bastante causa los obligaria, y con algunas tibias caricias comiò con ella, y dexandola mas quieta, à su parecer, se fuè, porque le llamò Arnesto su Privado. Ido el Principe, llamò Doña Blanca à Doña Maria, y le mandò traxesse un escritorio, donde ella tenia sus mas ricas, y preciosas joyas, y que llamasse à todas sus Damas las que havian venido con ella de España, que eran seis, que todas las demàs eran Flamencas, y haviendoles mandado cerrar la puerta, llorando con mucha terneza, les dixo: Ya he visto, queridas amigas mias, en el cruel, y desastrado sucesso de la señora Marieta, que mi muerte no se dilatarà mucho, que quien con su hija ha sido tan cruel, mejor lo serà conmigo, y mas con el poco amparo que tengo en mi esposo; y por si me cogiere de susto como à ella, no quiero que quedeis sin algun premio del trabajo que haveis tomado por acompañarme, dexando vuestra patria, padres, y deudos, y assi estas joyas que aora os dare, trahedlas siempre con vosotras, en parte donde no os las vea nadie, para que si Dios os bolviere à España, sacandoos de entre estos enemigos, tengais con que tomar estado: Toma tu Doña Maria, esta cadena, y collar de diamantes, y esta sarta de perlas, que era de mi madre, que bien vale todo, dos mil escudos, y casate con Don Gabriel, pues yo hasta aora, por mis desdichas, no he podido cumplir lo que te prometì, y dichosa tu, que tendràs marido de tu natural, y no como yo, que me entreguè à un enemigo; y vosotras, estas que quedan, las podreis repartir entre todas, y perdonadme, que no vale mas mi caudal, que de otra suerte os pensè yo pagar lo que me haveis servido. Dicho esto dandole todas mil agradecimientos, llorando, como si ya la vieran muerta, pidiò recado de escrivir, y escriviò una carta à su hermano, dandole cuenta de lo que passaba, y despues de cerrada la diò à Doña

Digitized by Google

ña Maria, para que de su parte, dandola à Don Gabriel, le mandasse la despachasse à España con persona confidente, y abrazandolas à todas les diò su bendicion, besandole èllas las manos. Quatro dias estuvo Doña Blanca en la cama, mientras se diò sepultura à la señora Marieta, al cabo de los quales se levantò tan cubierta el alma de luto, como el cuerpo, porque apenas se le enjugaban los ojos, ni se alegraba de nada, ni aun con la vista de su esposo, mas esto no era mucho, porque èl estaba tan seco, y despegado con èlla, que daba gracias à Dios el dia que no le via. De esta suerte passò mas de quatro meses, estando ya las cosas mas quietas, y que parecia que los disgustos estaban mas moderados, y Doña Blanca mas aconsolada, mas aunque èlla estaba con algun descuydo, no lo hacia assi su fatal desdicha, y estrella rigurosa de su nacimiento, que no le prometia mas alegre fin que à sus hermanas, porque en el tiempo que parecia havia mas quietud, quiso executar su sangriento golpe; y assi dispuso, que una tarde despues de comer, no haviendo el Principe entrado como solia otras, à dormir la siesta al estrado, estrañando Doña Blanca, que de la mesa se havia retirado à su quarto, que era en baxo; preguntò à una de las Damas Flamencas, si havia salido el Principe fuera, y respondiendole, que no, que con Arnesto se havia ido à su quarto, sospechando que tenia en èl la Dama, causa de sus zelos, sacando de un escritorio una llave, de que estaba apercibida, que un corazon zeloso de todo està prevenido; baxò por una escalera de caracol, que de su quarto correspondia al del Principe, y que jamàs se abria, y abriendo passo, y entrando con mucho sossiego, por no ser sentida, llegò hasta la cama del Principe, en que dormia ordinariamente, que con èlla por gran milagro, y hallò, que hallaria?

Quisiera hermosas Damas, y discretos Cavalleros, ser tan entendida, que sin darme à entender me entendierades, por ser cosa tan enorme, y fea lo que hallò. Viò, acostados en la cama à su esposo, y Arnesto, en deleytes tan torpes, y abominables, que es baxeza, no solo decirlo, mas pensarlo que Doña Blanca à la vista de tan horrendo, y sucio espectaculo, quedò mas difunta, que quando viò el cadaver de la señora Marieta, mas con mas valor, pues apenas lo viò, quando mas apriessa que havia ido, se bolviò à salir, quedando èllos no vergonzosos, ni pesarosos, de que los huviesse visto, sino mas descompuestos de alegria, pues con gran risa dixeron: Mosca lleva

va la Española. Llegò Doña Blanca à su quarto, y sentandose en su estrado, puesta la mano en la mexilla, se estuvo gran espacio de tiempo, tan embelesada, como si huviera vista visiones de la otra vida: llegò viendola assi su Dama Doña Maria, y puesta ante ella de rodillas, le dixo: Què hallaste, señora mia, que tan cuydadosa te veo? Mi muerte hallè, Doña Maria, respondiò Doña Blanca; y si hasta aqui la via en sombras, la veo ya clara, y sin èllas: bien sè, que lo que he visto me ha de costar la vida; y supuesto, que ya no se me escusa el morir, ya que esto ha de ser, serà con alguna causa, ò dexarè de ser quien soy. Ha señora mia! Dixo Doña Maria, y como es bueno vivir, aunque sea padeciendo, siquiera hasta que tu hermano ponga el remedio à estos trabajos: y pues desde que le escriviste, dandole cuenta de èllos, tenian tu remedio puesto en èl, porque le quieres aventurar todo, mejor es dissimular, haciendote desentendida, hasta que venga, como te avisò, à estos Estados, y entonces con su amparo podràs mejor sujetar tu venganza. Muchas veces te he suplicado con muchos ruegos, que dissimules tu passion con esta cruel gente, tan poderosos, con ser tan grandes señores, que ni temen à Dios, ni al Mundo, y aora te lo buelvo à pedir con mas veras, ya que no quieras hacer por ti, que no me espanto que tengas en tanto padecer aborrecida la vida, por tus tristes criados, que quedarèmos sin tu amparo, en perpetuo cautiverio, si ya no hacen con èllos lo mismo que tu dices esperas, haràn contigo. Ya no puede ser, dixo Doña Blanca, que si bien juzgo, que es verdad lo que dices, lo que yo he visto, sin haver mas delito que verlo, me han condenado à muerte, y supuesto, que ya no hay que aguardar, era degenerar de quien soy, si entendiesse esta infame gente, que passo por un mal tan grande. Yo tengo de morir vengada, ya que no en los reos, que essos quedan reservados para ser mis verdugos, hasta que la justicia de Dios lo sea suyo, à lo menos en el teatro donde se comete su ofensa, y la mia, con tan torpes, y abominables pecados, que aun el demonio se averguenza de verlos; y pues el delito que èllos hacen me condena à mi muerte, no hay que aconsejarme, que servirà de darme enfado, y no conseguirà fruto. Diciendo esto, sin querer declararse mas, dexando à Doña Maria tan confusa, como descontenta, sabiendo que el Principe havia salido fuera con su padre, y que Arnesto se havia quedado escriviendo en el mismo quarto de su señor, unos despachos, que le havian mandado, baxò abaxo, y llamando èlla misma los criados,

Digitized by Google

mas humildes, que no quiso que ninguna de sus criadas quedasse comprehendida en la execucion de su venganza, mandò sacar la cama al patio, y quemarla. Preguntòle el atrevido page; que por què causa se hacia aquel excesso? A quien respondiò Doña Blanca, que la causa era su gusto, y que agradeciesse, no hacia en èl otro tanto, mas que algun dia lo haria, ò no seria Doña Blanca. Recogiòse con esto à su quarto, à disponerse para morir, que bien seria cierto, porque quando bolviò las espaldas, haviendole dicho à Arnesto lo que se ha contado, le oyò decir entre dientes. Bien haràs Española, si puedes, mas no te darè yo lugar para ello, como lo hizo, pues apenas vinieron los Principes, padre, è hijo, quando Arnesto les contò, quanto havia passado, ponderandolo con tales razones, que hincho de venenosa furia los pechos dañados de sus señores, y mas el del viejo, que ardiendo en ira respondiò: No temas esso, que antes de mañana à estas horas, pagarà la Española atrevida estos excessos. En fin, se resolvieron à quitarle la vida, antes que su hermano llegasse, que ya tenian aviso, venia à governar las armas de aquellos Reynos: essa misma noche, hablò Doña Maria à Don Gabriel, por una rexa; por donde otras veces le hablaba, dandole cuenta de lo que passaba, le dixo: Como si Dios no la remediaba, no tenia otro remedio, que Doña Blanca dexasse de morir; y porque no executassen tambien en èl, como en quien sabian, que Doña Blanca, estimaba tanto, se escondiesse en parte que estuviesse seguro, hasta vèr en que paraba, pues sus fuerzas, ni las de los demàs criados Españoles, no eran poderosas contra tan sobervios, y poderosos enemigos, y mas estando dentro de su Estado, y dandole las joyas que Doña Blanca le havia dado, se despidiò de èl con muchas lagrimas, pidiendo à Dios, los librasse; y assi Don Gabriel al punto, tomando un cavallo, se partiò sin avisar à nadie, por no alborotar, la buelta de Amberes, donde si no havia llegado, llegaria muy presto su hermano de Doña Blanca. Aquella noche, no viò Doña Blanca à su esposo, ni la llamaron, como las demàs para cenar, en que se conociò la ira, que con èlla tenian; y por estàr mas apercibida, no se acostò; antes en siendo de dia, como quien tan cierta tenia su muerte, embiò à llamar à su Confessor, y se confessò, recibiendo con mucha devocion el Santissimo Sacramento: y dandole al Confessor una cadena, y las sortijas que trahia en las manos, le dixo; se saliesse luego de aquel lugar, porque por ser Español, no le iria en èl mejor que à èlla, y le pidiò, que

Digitized by Google

que si via à su hermano, le dixesse, por lo que moria. Hecho esto, se fuè à su estrado, y sentandose en èl, empezò à platicar con sus Damas, como si no estuviera esperando la partida de esta vida, pareciendoles à todas mas linda, que jamàs le havian visto, porque el luto que trahia por la señora Marieta, la hacia mas hermosa. Assi estuvo, hasta cerca de medio dia, que como los Principes, padre, è hijo se vistieron, luego quisieron executar la sentencia contra la inocente corderilla, como yà lo tenian determinado, y entrando los dos con su sangrador, y Arnesto, que trahia dos bacias grandes de plata, que quisieron, que hasta en el ser èl tambien ministro en su muerte, darsela con mas crueldad, mandando salir fuera todas las demàs, y cerrando las puertas, mandaron al sangrador exercer su oficio, sin hablar à Doña Blanca palabra, ni èlla à èllos, mas de llamar à Dios la ayudasse en tan riguroso passo, la abrieron las venas de entrambos brazos, para que por tan pequeñas heridas salieste el alma embuelta en sangre, de aquella inocente victima, sacrificada en el rigor de tan crueles enemigos. Doña Maria por el hueco de la llave miraba, en lagrimas bañada, tan triste espectaculo. A poco rato que la sangre comenzò à salir, Doña Blanca se desmayò tan hermosamente, que diera lastima à quien mas la aborreciera, y quedò tan linda, que el Principe su esposo, que la estaba mirando, ò enternecido de vèr la despojada azucena, ò enamorado de tan bella muerte; bolviendose à su padre, con algunas señales piadosas en los ojos, le dixo: Ay señor! por Dios que no passe adelante esta crueldad! Satisfecha puede estar con lo padecido vuestra ira, y mi enojo. Porque os doy palabra, que quanto ha que conozco à Blanca, no me ha parecido mas linda que aora: por esta hermosura merece perdon de su atrevimiento! A lo que respondiò el cruel, y riguroso viejo, con voz alterada, y riguroso: Calla cobarde, traydor, medio muger, que te vences de la hermosura, y tiene mas poder en ti, que los agravios. Calla, otra vez, te digo, muera, que de tus enemigos los menos: y si no tienes valor, repara tu flaqueza, con quitarte de delante: salte fuera, y no la veas, que mal defenderà, ni ofenderà à los hombres, quien desmaya de vèr morir una muger: assi tuviera à todas las de su Nacion, como tengo à esta; y diciendo esto, le abriò la puerta, y lo hizo salir fuera, à lo que el Principe con lagrimas en los ojos no replicò: en que se conociò, que el despego que tenia con Doña Blanca, le debia de ocasionar su padre, y Arnesto, pues ido

Digitized by Google

el Principe, se bolviò à cerrar la puerta, y se prosiguiò con la crueldad, assistiendo los dos con animo de tiranos à èlla, hasta que desangrada, como Seneca, rindiò la vida à la crueldad de los tiranos, y el alma al Cielo. Muerta la hermosa Doña Blanca tan desgraciadamente, porque no embidiasse la desdicha de sus hermanas, si es dòn para ser embidiado, dexando bien que llorar en aquellos Estados, pues los estragos que tocàren en crueldades que el Duque de Alvá hizo en èllos, fuè en venganza de esta muerte, dexandola en el estrado, como estaba, y abriendo las puertas que corresponden al quarto de sus Damas, y cerrando las de la otra parte, se salieron fuera los ministros de esta crueldad, que como Doña Maria, y las demàs pudieron salir donde estaba, no lo reüsaron, antes llorando se cercaron todas à èlla, Españolas, y Flamencas, que en el sentimiento, tanto lo mostraban las unas como las otras, que como era tan afable de todas, igualmente era amada; unas le besaban las manos; otras la extremecian, pensando que no estaba muarta, y todas hacian lastimoso duelo sobre el difunto, y hermoso cuerpo, en particular Doña Maria, que se arrancaba los cabellos, y se sacaba con sus mismos dientes pedazos de sus manos, diciendo lastimosas ternezas, que es de creer se matàra, si no fuera por no perder el alma. Assi estuvieron hasta la noche, que llevaron el cuerpo de Doña Blanca à la boveda de la Capilla del Principe, para que acompañasse el de la señora Marieta; y à Doña Maria, y las otras Damas Españolas à una torre, teniendo à esta hora, en otra à los criados Españoles con el Confessor, que no havia tenido lugar de irse, menos D. Gabriel que la noche antes se havia partido, donde estuvieron muchos dias, y estuvieran hasta que acabàran, si D. Gabriel no diligenciàra el modo de su libertad, que como llegò à Amberes, hallò alli al hermano de Doña Blanca, que havia llegado aquel dia, y dandole cuenta de lo que passaba, loco de dolor, juntando la gente de guerra, vino contra el Principe, pensando llegar à tiempo, porque como todos los criados estaban presos, no sabian si se havia executado la muerte de Doña Blanca, hasta que cerca del Estado cogieron uno de la misma Ciudad, que les dixo lo que passaba, que ya estaba publico; y tambien como los Principes, padre, è hijo, siendo avisados de su venida, estaban puestos en defensa, mas no les valiò, que èllos, y muchos de sus valedores, pagaron con las vidas la muerte de la inocente Doña Blanca, siendo su hermano para èllos fiero Leon, tal era la mor-

Digitized by Google

mor al rabia que renia; mas todo esto no fuè hecho tan presto, que los pobres criados, y criadas no estuviessen mas de quatro años presos, passando mil lacerias, y trabajos, mas Dios les guardò en tantas penas la vida, para que saliessen à gozar su amada libertad. Tambien sacaron el cuerpo de Doña Blanca para traherle à Espaňa, que estaba tan linda como si entonces acabàra de morir, (señal de la gloria que goza el alma) que las cosas que su hermano hacia, y decia, enterneciera un marmol. D. Gabriel, y Doña Maria y criados, con las demàs Damas, y criados, vinieron à traher el hermoso cadaver, donde ya sossegados en su amada patria, tuvieron una hija, cuyo nombre fuè el mismo de su madre; y esta hija, llegando à edad de tomar estado, por su hermosura, casò con un deudo muy cercano de Doña Blanca, que fueron mis padres, à quien juntamente con mis abuelos, oì contar esta tan lastimosa historia, y verdadero desengaño que haveis oìdo, que os doy tan larga cuenta de èllo, porque creais su verdad, como la contaban los que la vieron con sus mismos ojos.

Vean aora las Damas, si hay en este desengaño bien en que desengañarse, y los Cavalleros en que retratarse de su mala opinion, de que todas las mugeres padecen culpadas.

Eran à esta ocasion que dio fin Doña Luisa, tan tiernos los sentimientos de las Damas, y la admiracion de los Cavalleros, que aunque vian que havia dado fin, todos callaban, sino era con los ojos, lenguas del alma; hasta que D. Juan, viendo la suspension de todo el auditorio, bolviendose à la hermosa Doña Isabel, la dixo: Cantad, señora, alguna cosa que divierta esta passion, para que la señora Doña Francisca empiece con otra à renovar nuestra terneza, que yo en nombre de todos estos Cavalleros, y mio, digo que queda tambien ventilada, y concluìda la opinion de las Damas desengañadoras, y que con justa causa han tomado la defensa de las mugeres; y por conocerlo assi nos damos por vencidos, y confessamos, que hay hombres, que con sus crueldades, y engaños, condenandose à sì, disculpan à las mugeres, que oyendo todos los Cavalleros lo que Don Juan decia, respondieron, que tenia razon; con lo qual, sin dar lugar à las Damas, que moralizassen sobre lo referido; pues vian que los Cavalleros, rendidas las armas de su opinion, se daban por rendidos à la suya, la hermosa Doña Isabel, y los Musicos, cantaron assi:

Lastima tengo ojos mios,
que estais ciegos, y cansados
à puro sentir desprecios,

Digitized by Google

y à puro llorar agravios.
Si ya vivìs satisfechos
que servìs à dueño ingrato,
que el oro de vuestro amor
le paga con plomo falso.
Y que quando le aguardais,
con caricias, y regalos,
à pesar de vuestras penas
reposa en agenos brazos.
Para que os atormentais,
para que os estais cansando,
si en taza de amargos zelos,
os dà à beber desengaños.
Si es que llorais, ojos mios,
venturas, que ya passaron,
advertid, que de essas glorias,
no hallarèis senda, ni rastro:
Y si pensais restaurar
lo perdido con el llanto,
sabed, que en agua escrivìs
los gustos que ya passaron.
Quando mas os vè rendidos,
de vosotros no hace caso?
que tratar mal al humilde
es condicion de tiranos.
Si veis que no se lastìma,
aunque escucha vuestro llanto,
decidme ya que esperais,
ò de què sirve cansaros?
Mas seguro serà huìr,
mas respondereis llorando:
como he de huìr de la vida,
quando la tengo en sus manos?
Mas pues veis, que no medrais,
ojos buscad nuevo amo;
con lagrimas respondeis,
no quereis executarlo.
Pues advertid, que si amor
se rinde à nuevos cuydados,
con quien mas le sirve, tiene
la condicion de villano.
Pues no os podeis engañar
aunque querais disculparos,
que bien conoceis el dueño
de quien es el vuestro esclavo.
Pues sufrir, y padecer,
sujetos à un ciego engaño,
esso es quitaros la vida,
con tormento dilatado.
Gloriosa vive Castalia,
vosotros moris rabiando,
pues como no echais de vèr,
que es grande hechicero el trato.
Ay cuytados de vosotros,
que poco remedio os hallo,
si no os vais à retraher
al templo del desengaño.
Pues si esperais à que el tiempo
haga en vosotros milagro,
passa en los bienes apriessa,
como en los males despacio,
Decid, què pensais hacer?
mas ya respondeis callando,
que presos por voluntad,
jamàs la prision dexaron.
Morir amando,
que el valiente en la lid,
no dexa el campo.

DE-

Digitized by Google

DESENGAÑO VIII.

EL TRAYDOR CONTRA SU SANGRE.

NOCHE OCTAVA.

EN tanto que durò la musica, que todos escucharon con gran gusto, oyendo en este Romance trocados los ultimos versos, de uno que hizo aquel Principe del Parnaso, Lope de Vega Carpio, cuya memoria no faltarà mientras el mundo no tuviere fin, havian trocado assiento Doña Luisa, y Doña Francisca su hermana, que era à quien le tocaba el ultimo desengaño de esta octava noche, no muy segura de salir victoriosa, como las demàs; pero viendo era fuerza, se alentò, encomendandose à la ventura, empezo de esta suerte:

Que los hombres siempre llevan la mira à engañar à las mugeres, no me persuado à creerlo, que algunos havrà, que con la primera intencion, ò aficionados à la hermosura, ò rendidos al agrado, ò engolosinados de la comodidad aman, tengolo por certissimo, que se cansan presto, y cansados, ò se entibian, ò aborrecen, y olvidan, es seguro; mas que hay muchos que engañan, quien lo puede dudar, pues todas las veces que yo dixere, que deseo una cosa, teniendola; engaño, que lo que posseo no lo puedo desear: pues como el casado teniendo à su muger busca otra? No es respuesta el decir, haràlo, porque es mas hermosa, mas graciosa, ò mas agradable, porque le responderè: Quando amaste essa, no la hallaste con todas essas gracias? Si: Pues mirala siempre con èllas, y serà siempre una, y no engañes à otra, diciendo, que la quieres amar, y servir: no amas, ni sirves à la que tienes en casa, y lo haràs à la que buscas fuera? y lo mismo es el galan con la Dama; y de estos engaños que èllos hacen, las mugeres dàn la causa pues los creen; y assi no me maravillo que los hombres las condenen. No quieren los hombres confessar que engañan, que esso fuera preciarse de un mal oficio, antes publicando buen trato, culpan à las mugeres, de que no le tienen bueno, y si los apuran, dicen, para que se dexan èllas engañar, y tienen razon, que hay muger, que es como el ladron obstinado, que aunque vè que estàn ahorcando al compañero, està èl hurtando. Vèn à las

Digitized by Google

otras lamentarse de engañadas, y mal pagadas, y sin tomar escarmiento se engañan èllas mismas: porque yo me hè de engañar de quatro mentiras bien afectadas que me dice el otro, asseurandome, que seguardò para mi intacto, y puro, sin tener otras ciento, à quien dice otro tanto? Y luego me engañò. Bueno està el engaño. Anda bova que tu te engañaste, que à los hombres no se les ha de creer, sino es quando dicen: *Domine non sum dignus.* Aficionòse un galàn por las nuevas que havia oido, de una Dama, ò lo fingia, (que era lo mas seguro) tratò de vèr à èlla, no lo consintiò, diò en escrivirla, y èlla por lo galante, le respondia de lo acendrado, de lo cariñoso, de lo retorico; y èl siempre hacia sus fuerzas, por verla, mas èlla lo escusò, hasta que el tal huvo de hacer una jornada. Partiò con su deseo, prometiendo la correspondencia, porque èl amaba, segun decia, el alma, y no el cuerpo, à dos leguas no se le acordò mas de tal amor: mas èlla que cuerda conocia el achaque, no havia caminado una, quando ya lo tenia olvidado; porque à la treta, amar la contratreta, que de cossario à cossario no hay que temer. Esto es, señoras mias, no dexarse engañar; y mientras no lo hicierades assi, os hallarèis à cada passo en las desdichas en que oy se hallan todas las que tratan de estos misterios, mas dolorosos, que gozosos. Lo que siento mal de los hombres, es el decir mal de èllas; porque si son buenas, no cumplen con las leyes divinas, y humanas, en culpar al que no tiene culpa; y si son malas, que es menester decir mas mal que el que èllas mismas dicen de si, con sus malas obras; y con esto èllos mostraràn su nobleza, y èllas su civilidad: mas ya me parece, que no havrà en esso enmienda, y assi tratarèmos de salir con nuestra intencion, que es probar, que hay, y ha havido muchas buenas, y que han padecido, y padecen en la crueldad de los hombres, sin culpa, y dexemos lo demàs, porque tengo por sin duda, que estàn ya tan obstinados los animos de los hombres contra las mugeres, que ha de ser trabajo sin fruto, porque como no encuentran con las buenas, no se quieren persuadir que las hay; y essa es su mayor ignorancia, que si las que hallan à cada passo, y à cada ocasion en las calles, por los prados, y rios, de noche, y de dia, pidiendo, y recibiendo, y muchas dando su opinion à precio del vicio, fueran buenas, no las hallàran; y crean que esto es lo cierto, y conociendo en la libertad de su trato lo que son, no se quexen, sino vayan con advertimiento que la que busca es, para en passando aquello que halla, buscarà

otro

Digitized by Google

otro tanto; y en dando en buscar, lo irán à buscar à los infiernos, quando no hallen en el mundo; y de las que buscan à todos no esperen sacar mas que agravios, si lo son; porque yo tengo por seguro, que el mayor es el que les hicieren en las bolsas, que los demàs no lo son; pues saben que aquel es su oficio. Con esto he dicho lo que siento, lo dirè en mi desengaño, en razon de la crueldad de los hombres, è inocencia de muchas mugeres que han padecido sin culpa.

No ha mucho mas de veinte y seis años, que en una Ciudad de las nobles, y populosas del Andalucia, que à lo que he podido alcanzar, es la insigne de Jaen, vivia un Cavallero de los nobles, y ricos de èlla, cuyo nombre es D. Pedro, hombre sobervio, y de condicion cruel: A èste le diò Dios, no sè si para sus desdichas: (un hijo, y una hija) y digo, que no sè si fuè ventura, ò desgracia el tenerlos, porque quando los trabajos no se sienten, no son trabajos, que el mal no es mal, quando no se estima por mal, que hay corazones tan duros, ò tan ignorantes, que de la misma suerte reciben el trabajo, que el gusto; y si bien dicen, que es valor, yo le tengo por crueldad. El hijo tenia por nombre Don Alonso, y la hija Doña Mencia; hermosa es fuerza que lo sea, porque havia de ser desgraciada, demàs que parece, que compadece mas la desdicha en la hermosa, que en la fea virtuosa, era fuerza, siendo noble, amada, èlla misma con la afabilidad, y noble condicion se lo grangearia, deseada, y apetecida: què muger rica de naturaleza, y fortuna no lo es? Pues parece, que por lo admirable de vèr juntas en una muger, nobleza, hermosura, riqueza, y virtud, no solo admira, mas es imàn, que se lleva trás si las voluntades, y tenialas Doña Mencia tan grangeadas, que no solo en su misma tierra, mas en las apartadas, y cercanas tenia su fama jurisdicion, por lo qual havia muchos que la deseaban por esposa, y se la havian pedido à su padre, mas èl deseoso de que toda la hacienda la gozasse Don Alonso, teniendo intento de que Doña Mencia fuesse Religiosa, la negaba à todos quantos le trataban de merecerla dueño. A quien mas apretò el deseo, ò el amor de Doña Mencia, fuè un Cavallero, natural de la Ciudad de Granada, que assistia en la de Jaen algunos años havia, por haverse venido sus padres à vivir à èlla, trayendole muy pequeño, la causa se ignora, solo se sabia, que era abastecido de riquezas, en tanta suma que siendo su padre de los mas poderosos de la Ciudad, qualquiera de los Cavalleros de èlla, quando en Don Enrique no huviera las partes de gala, bizarria,

Digitized by Google

ria, y noble condicion, por solo la hacienda tuviera à su suerte emparentar con èl, y la tenian por muy buena en tenerle por amigo, porque hallaban en su libertad muchos desahogos para algunas ocasiones de necessidad, y Don Pedro, y su hijo la professaban con èl, aunque como la sobervia de D. Pedro predominaba en èl, mas que su nobleza, no hacia dentro de sì mismo la estimacion que à Don Enrique se le debia, efecto de desearle, como los demàs para emparentar con èl, y esto nacia de saber, no sè que mancha en la sangre de Don Enrique, que Don Pedro ignoraba, que à la cuenta era haver sido sus abuelos Labradores, falta, que supuesto que se cubria con ser Christianos viejos, y con tanta maquina de hacienda, lo fuera mucho dissimularla. Enamorado de la hermosura, y contento con la buena fama de Doña Mencia, se atreviò D. Enrique à pedirsela à su padre, y hermano por esposa, que haviendole respondido, que Doña Mencia queria ser Monja, se hallò defraudado de merecerla, y desesperado por amarla; mas como los amantes siempre viven de esperanzas, no la perdiò del todo Don Enrique, pareciendole, que si llegasse à alcanzar lugar en la voluntad de la Dama, importaba poco no tener la de su padre; pues à todo riesgo, como èlla quisiesse ser su esposa, todo el daño podia resultar en sacarla de su poder, aunque no le diessen dote con èlla, pues tenia bastantes bienes, para no sentir la falta, de que Doña Mencia no los tuviesse, mas que los de su belleza, y virtud; y con esse pensamiento se determinò à servir à Doña Mencia, y grangearle la voluntad, hasta conseguir su deseo, y salir con su intencion, y para esto grangeò la voluntad de un criado de Doña Mencia, que la acompañaba ordinariamente quando salia fuera, aunque era pocas veces, por la condicion escrupulosa de su padre, y hermano, los quales ya la huvieran encerrado en un Convento, temerosos de que èlla no se casasse, viendo que no trataban de casarla, à no haver visto en Doña Mencia poca voluntad à tal estado, y aguardaban à que viendose encerrada, y no muy querida de los dos la obligasse el aprieto de sus condiciones, à elegir el estado que èllos deseaban darle; y si bien Don Enrique no ignoraba, que Doña Mencia tenia otros pretensores, que con el mismo intento que èl la solicitaban, fiado en su gentileza, y riqueza, y en el ayuda que el criado que havia atrahido à si con dadivas, le prometia, diò principio à su pretension con este papel:

Mi atrevimiento es grande, mas no mayor que vuestra hermosura, que

con

Digitized by Google

con essa no hay comparacion, sino solo mi amor, forzado de èl os he pedido à vuestro padre por esposa, mas he sido tan desgraciado, que no le he merecido este bien, diciendome, que os tiene para Religiosa. Viendome morir sin vos, me ha parecido, que si vuestra voluntad me admite, importa poco, que me falte la suya, pues no me hizo el Cielo tan pobre, que tenga necessidad de su hacienda, si acaso por esto desea poneros en el eterno cautiverio de la Religion, quitando al mundo el sol de vuestra hermosura, y à mi la dicha de merecerla; mi intento es, que seais mi dueño, aunque sea à disgusto suyo. Ya os he dicho quanto os puedo decir, y si os pareciere atrevimiento, tomad un espejo, mirad vuestra belleza, y me perdonareis. Suplicoos, señora mia, por ser ingrata conmigo, que no seais cruel con vos, ni aguardeis à que vuestro padre quitandoos la libertad me quite à mi la vida.

No se descuydò el mensagero en dar el papel à su señora, la qual haviendole leido, y considerando quan tiranamente su padre, y hermano, por despossecerla de la hacienda, le querian privar de la libertad, desesperada con la passion, y persuadida del criado, que puso todas las fuerzas en su astucia, diciendole lo que ignoraba en ser esposa de D. Enrique, su riqueza, y partes, aconsejandola no dexasse perder la ventura que le ofrecia el Cielo, diciendole, que si no se casaba assi, no esperasse serlo de mano de su padre, porque èl sabia bien su intencion, que era quitarla de ocasion, en que la hacienda, que toda la queria para su hermano, se desmembrasse, y otras cosas à este modo, pareciendole à Doña Mencia, que el yerro de casarse sin gusto de su padre, con el tiempo se doraria. Agradada de las partes amables de Don Enrique, à quien havia visto muchas veces, y tenia particular inclinacion, y que havia de ser (que es lo mas cierto, porque aunque se dice, que el sabio es dueño de las estrellas, librenos Dios de las que inclinan desgracias, que aunque se tema, y aparten de èllas, es necessaria mucha atencion para que no executen su poder) se rindiò al gusto de su amante, al consejo de su criado, y lo mas cierto à su inclinacion; y à pesar de esta fuerte, al gusto de su padre, por ser tan contrario al suyo: de manera, que hallando el amor entradas bastantes en el pecho tierno de la Dama, se apoderò de èl, empezando desde aquel mismo punto à amar à D. Enrique, y à desearle, y admitirle esposo, respondiendo al papel tan à gusto de su amante, que desde esse mismo dia se juzgò en possession del bien que deseaba; pues viendose favorecido, empezò à galantear, y servir à Doña Mencia con passeos, si bien recatados, por no al-

Digitized by Google

alborotar à su padre, y hermano, con regalos, y joyas, que mostraban su amor, y riqueza, con musicas, y versos, en que era, si no muy acertado, por lo menos, no los pedia prestados à otros, todo dispuesto por la orden de Gonzalo (que este era el nombre del criado) tercero de esta voluntad, hablandose algunas noches, despues de recogidos todos por unas rexas baxas, que caìan à las espaldas de la casa de Doña Mencia, y eran de su misma estancia, que por menos passada aquella calle la tenia su padre en èlla, por donde una noche, que Doña Mencia le escuchaba, cantò Don Enrique al sòn de un laud estas decimas.

De la memoria los ojos
se quexan, y con razon
porque èlla, ni el corazon
no gozan de sus enojos:
À la pena dàn despojos,
los ojos pues en no vèr
con eterno padecer
estàn, pero la memoria
gozando el bien està en gloria
porque llega à posseer.
Vieron los ojos el bien,
mas la memoria ligera
se le usurpò de manera
que hace que sin èl estèn:
Ellos vieron, y no vèn;
èlla no viò, y el bien tiene,
èlla quando el bien no viene,
en sì le goza, y los ojos
gozan lagrimas, y enojos,
hasta que el vèr los despene.
La tabla, que al huesped llama
le aposenta, y fuera queda,
son los ojos, sin que pueda
amor reparar su llama:
Es la memoria la cama
en que vos, señora, estais,
mas si à los ojos no dais
parte del bien, que soys vos,
yo os juro, mi bien, por Dios,
de que un esclavo perdais.
No hay cosa que satisfaga
al mal, que sin veros tienen,
y si los dexais que penen,
no les dais segura paga:
No permitais los deshaga
su continuo padecer,
pues supieron escoger
tan divino dueño en vos,
pagad señora à los dos
lo bien que os saben querer.
Vuestro valor, sin segundo,
zelòso, mi bien me tiene,
temiendo, que havrà quien pene
por vos como yo en el mundo:
Los zelos que tengo fundo,
señora en vuestro valor,
porque si yo os tuve amor
el dia que os llegue à vèr,
qualquiera os podrà querer,
que os llegue à vèr en rigor.
De justicia, amor pudiera
pretender esta victoria,
mas haga misericordia
lo que justicia pudiera:
De que hallarèis quien os quiera
yo no lo puedo dudar,
pero quièn os pueda amar,
dulce dueño, mas que yo,
no le hay en el mundo, no,
ni se ha de poder hallar.

Dey-

Digitized by Google

Deydad ſoys en quien mis ojos
adoran de Dios el sèr,
pues que ſe vè ſu poder
en tan divinos deſpojos:
A vueſtras plantas de inojos
os ofrezco quanto ſoy,
por eſclavo vueſtro eſtoy
en el reſtro ſeñalado,
el alma, que ya os he dado,
dos mil veces os la doy.

Causò la muſica (aunque ſin oſtentacion de voces, ni inſtrumentos, mas de la que alcanzò del Cielo el que la daba por novedad) admiracion en la vecindad, y que temia à ſu padre de Doña Mencia, que ſu hermano no eſtaba en caſa, que como mozo ſe recogia tarde, ocupado en ſus juegos, y galanteos, mas por la primera vez no hizo eſtremo ninguno, conſiderando en medio de ſu ſoſpechoſo recelo, que podia ocaſionarla alguna Dama de las que havia en la vecindad, viendo que ſu hija parecia vivir deſcuydada de galanteos, y amores: en fin, paſsò por eſta vez en ſu duda, porque aunque Doña Mencia eſtaba junto à la rexa no la abriò, oyendo que ſu padre no dormia, antes muy paſſo ſe acoſtò, y no negociò mal en hacerlo, porque deſde que Don Enrique empezò à cantar, eſtaba D. Alonſo en la calle, que venia à acoſtarſe, mas como en ninguna ventana de ſu caſa viò gente, aunque enfadado, entrandoſe en ella, no ſe diò por entendido de ſu enfado. Vinoſe à eſlabonar de ſuerte la voluntad de Don Enrique, y Doña Mencia, que ayudados de los conſejos, y ſolicitudes de Gonzalo, y de una doncella ſuya, à quien Doña Mencia, diò parte de ſu amor, que por la miſma rexa ſe hablaban, delante de los criados ſe dieron fee, y palabra de eſpoſos, con que Don Enrique ſe juzgò dichoſo, y Doña Mencia ſegura de que ſu padre la hicieſſe fuerza, para que tomaſſe el eſtado que deſeaba; ſi bien temiendo la Dama la ira de ſu padre, pidiò à ſu amante que por entonces no ſe hicieſſe novedad ninguna, haſta ver ſi ſu padre mudaba de intencion, que ſe le concediò bien contra ſu voluntad, porque como amaba, quiſiera verſe en la poſſeſſion de ſu amada prenda, ſiendo impoſſible, por la condicion dicha de ſu padre, y hermano, ſino era ſacandola de ſu caſa, tanta era la cuſtodia con que la tenian; y aunque cauſaba algun eſcandalo en los vecinos de la miſma calle, verlos hablar de noche por la rexa, no ſe atrevieron à eſtorvarlo por la ſobervia que en padre, è hijo conocian, diſculpando en parte à la Dama, por la vida tan eſtrecha en que la tenian, no ſaliendo ſino à Miſſa, y eſſo acompañandola ſu padre, ò ſu hermano. Quando Don Enrique ſu enamorò de Doña Mencia, tenia una

Da-

Digitized by Google

Dama casada, mas libre, y desembuelta; y como el verdadero amor no permite en el pecho donde se apodera compañia, al punto que amò à Doña Mencia para hacerla su esposa, se olvidò del de Clavela, en tanto estremo, que ni verla, ni aun passar por su calle, fuè possible acabarlo con èl. Clavela sentida del desprecio, y de la falta que le hacian las dadivas, y regalos de Don Enrique, diò en inquirir, y saber la causa, sospechando, que nuevos empleos le apartaban de ella, y encomendando el averiguarlo à la solicitud de una criada, no le fuè dificultoso, porque siguiendole de dia, y de noche, vino à saber como hablaba con Doña Mencia todas las mas noches por aquella rexa; y conociendo las partes de la Dama, bien conociò, que era casamiento, porque por otra via no se podia entender, que caminasse aquel amor, y se resolviò à estorvarlo, aunque pusiesse à peligro su vida, y la de los dos amantes. Què no intentarà una muger libre, y zelosa? Pues como tal buscò à D. Enrique, viendo que èl no la buscaba à ella; y sobre muchos disgustos, que sobre el caso tuvieron, viendo, que ni con lagrimas, ni ruegos, ni con amenazas, le podia bolver à su amistad, se determinò à llevarlo por camino mas violento: pues aunque Don Enrique se lo negò, como ella estaba bien cierta de la verdad, no tuvo atencion à mas que à vengarse, y la desdicha le diò modo para hacerlo. Tenia esta Dama amistad con unas señoras, madre, è hija, de la Ciudad, de lo bueno, y calificado de ella, aunque en su modo de vida no se portaban con la atencion competente à su sangre, porque recibian visitas con gran desdoro de su opinion, en cuya casa entraba familiarmente D. Alonso, y aun ellas visitaban algunas veces à su hermana, porque aunque por su modo de vida, las mas principales de la Ciudad se negaban à su casa, no les podian impedir venir à las suyas. En esta casa havia visto Don Alonso à Clavela, y aun no le havia parecido mal, sino que se le havia ofrecido por muy suyo: Dicho à las dichas señoras la hablassen de su parte.

No ignoraba Clavela ser Don Alonso hermano de Doña Mencia, y si bien à los principios, creyendo D. Enrique bolveria à su amistad, se havia negado à su pretension, ya desvalida de todo punto de Don Enrique, admitiò à Don Alonso, no tanto por estar aficionada à èl, quanto por entablar su venganza. Veiase por causa de su marido con D. Alonso, en casa de sus amigas, y un dia, que todas juntas estaban con Don Alonso en conversacion, le dixo Clavela: Que porque no casaba su hermana, que si aguarda-

ba

Digitized by Google

ba à que ella ſe caſaſſe ſin ſu guſto, ni el de ſu padre? No harà Mencia tal, dixo Don Alonſo, porque demàs de que ſu virtud, y obediencia le aſſiſtia ſiempre, era muy niña, y aun no havian llegado à ſu imaginacion eſſos deſeos, que à ſer de mas edad, ya eſtuviera en Religion. Què bueno es eſſo, reſpondiò Clavela, para lo que sè: Bien dicen, que el poſtrero que lo ſabe, es el ofendido; pues advierta, Don Alonſo, que ſi no eſtà caſada, ya anda en eſſo; y digolo aſſi, porque no es de creer, que una Dama de la calidad, y partes de la ſeñora Doña Mencia, ſe atreviera contra ſu opinion, y la de ſu padre, y hermano, à hablar todas las noches por una rexa con Don Enrique, ſi no fuera para caſarſe. Mira lo que dices, Clavela, dixo Don Alonſo, que ſi ſon zelos de Don Enrique, porque entra algunas veces en mi caſa, bien puedes tenerlos, y darmelos à mi, con ſaber, que aun no eſtàs olvidada de eſſa voluntad, mas no, que pongas dolo en el honor de mi hermana, porque deſde mi quarto al ſuyo hay mucho, y jurarè, que las veces que D. Enrique entra à buſcarme à mi, ni vè à mi hermana, ni ella eſtà en tan poca cuſtodia, que le vea à èl, porque es mi madre quien la vela. Rioſe Clavela, y las demàs, que ya todas eſtaban pueſtas en hacer eſte mal à Doña Mencia, y dixo: Ni ſon zelos, ni à mi me importa nada, D. Enrique, que no es ſino ſentimiento, de que ſe hable mal en la vecindad, y otras partes, contra el honor de eſta ſeñora; las muſicas, los paſſeos, el hablar de noche, es tan publico, que antes dicen, que Don Alonſo, y ſu padre, ſe dan por deſentendidos, por caſarla ſin dote, con un hombre tan poderoſo, como Don Enrique. Eſto lo ſaben muy bien eſtas ſeñoras, y es muy buen modo de tener yo zelos, y ſupueſto, que ſi ſe toma mi voto, le darè aora, aconſejando, que ſeria mejor caſarlos, que no dar motivo à murmuraciones. La ira y colera que al inſtante ſe excitò en D. Alonſo, con eſto que oyò, fuè tan grande, que apenas acertò à reſponderle, y ciego de enojo, tanto de la liviandad de ſu hermana, como del atrevimiento de Don Enrique, ſin poder diſſimular ſu paſſion, ni las mal aconſejadas mugeres, reportarle en ella, pues ellas no pretendian, ſino incitarle à ella; ſe deſpidiò, y fuè à ſu caſa, y apartando à ſu padre, le diò cuenta de lo que paſſaba, y deſpues de varios acuerdos, ſe determinaron à diſſimular, haſta vengarſe, teniendo por afrenta, que la ſangre de D. Enrique, ſe mezclaſſe con la ſuya. Mas de un mes ſe paſsò, ſin tratarſe de nada, en razon de la venganza, porque como Don Pedro era hombre mayor, no qui-

Digitized by Google

quiso hallarse à los riesgos de ella, y assi haviendo venido la Flota, donde le trahian cantidad de dineros, diciendo, que queria hallarse presente al despacho de ellos en las Aduanas de Sevilla, se partiò de Jaen, llevando consigo à Gonzalo, y otros dos criados que havia en casa, no quedandole à D. Alonso mas de un page, que le acompañaba en este tiempo. Dissimuladamente se havia Don Alonso enterado del galanteo de su hermana, y vistola por sus ojos hablar con Don Enrique, que si bien no se asseguraba mucho de las amenazas que Clavela le havia hecho, amaba tanto à Doña Mencia, que sin temer riesgos, ni peligros, continuaba el verla, pareciendole, que quando Clavela intentàra hacer algun mal, todo podia parar en sacar la cara, y decir que era Doña Mencia su muger, y aun à no impedirsela èlla, temerosa de la ira de su padre, ya se lo huviera hecho. En teniendo cartas D. Alonso, de que su padre havia llegado à Sevilla, al punto diò orden de lo que entre ellos havia quedado dispuesto. Mal segura se hallaba Doña Mencia, y temerosa, por ver à su hermano andar desabrido con ella; y no queriendo ya guardar à algun lance peligroso, un dia acabando de comer, viendo à su hermano, que se havia ido à su quarto, se entrò en aquella quadra por donde hablaba à D. Enrique, cuya reja caia à las espaldas de la casa, que era donde ella se tocaba, por detràs de la en que ella tenia su cama, y se puso à escrivir un papel à su esposo, pidiendole, se viesse aquella noche con ella, para disponer sus cosas, y acabando de escrivirla, D. Alonso, que no se descuydaba, y havia estado acechando lo que hacia, haviendo embiado al page de proposito fuera, y dexando cerradas en su mismo quarto dos doncellas, y una criada de cocina que havia, amenazandolas con la muerte, si chistaban. Entrò en el aposento de su hermana, tan passo, que sin poder prevenir guardar el papel, la cogiò, cerrandole, y como se le quitò, y le leyò, aunque la triste Dama quiso disculparse, no le bastò ninguna cosa, que en abono suyo intentasse decir: saliòse D. Alonso fuera, y cerrandola con llave, se saliò à la puerta de la calle, donde se estuvo hasta que viò passar un Clerigo, al qual llamò, diciendo, entrasse à confessar una muger, que estaba en grande peligro de muerte; hizolo assi el Sacerdote, y entrando dentro, y D. Alonso con èl, harto espantado, de no ver en toda la casa persona. Llegaron al retrete, y abriendo Don Alonso la puerta, le dixo: que entrasse, y confessasse aquella muger que estaba alli, porque al punto havia de morir. Assustòse el Sacerdote,

y

Digitized by Google

y dixo: que por què causa queria hacer crueldad semejante? Padre, respondiò Don Alonso, esso no le toca à vuessa merced, ni à mi el darle cuenta, por que la tengo de matar: confessarla es lo que le piden, y si no lo quiere hacer, vayasse con Dios, que sin confessar la matarè. Viendo, pues, el Clerigo la determinacion de D. Alonso, entrò, y confessò à Doña Mencia, la qual con muchas lagrimas lo hizo, deteniendo al Clerigo por entretener algun poco mas la vida, como lo contò èl mismo despues. Acabada de confessar la Dama, el Sacerdote saliò, y con palabras muy cuerdas, y christianas, quiso reducir à Don Alonso, diciendole, que mirasse, que aquella señora no debia aquella muerte, por quanto su delito no passaba à ofensa, supuesto, que no era mas de deseo de casarse, sin haver havido agravio ninguno de por medio; que temiesse la ofensa de Dios, y su castigo. Bien estoy en esso, Padre, respondiò el ayrado mozo: yo sè lo que tengo de hacer, y nunca dè consejo à quien no se lo pide. Lo que yo le pido es, que en estos ocho dias, no diga à nadie esto que aqui ha visto, porque si lo contrario hace, le he de hacer menudas piezas. Temiò tanto el Clerigo, que no dudando, que estaba tan en peligro como la Dama, haviendoselo prometido, no viò la hora, que vese fuera de aquella casa, y aun despues no acababa de assegurarse, si estaba en salvo; por lo qual, no se atreviò à dar cuenta del caso, hasta que estuvo publico. Ido el Sacerdote, Don Alonso tornò à entrar, donde estaba la desdichada Dama, y dandola tantas puñaladas, quantas bastaron à privarla de la vida, se saliò, y cerrando el retrete, se dexò la llave en la misma puerta, y luego aguardando à que viniesse el page le diò el papel de Doña Mencia, y le mandò, se le llevasse à Don Enrique, diciendole, que dixesse se le havia dado su señora, y que luego le fuesse à buscar en casa de aquellos señores donde solia ir, y que le aguardasse alli, hasta que èl fuesse. Con esto cerrando la puerta de la calle, se fuè en casa de un amigo, que debia ser de las mismas mañas que èl, à quien pidiò le acompañasse aquella noche en un caso que se le havia ofrecido, y hallando en èl, el ayuda que buscaba, se estuvo en la misma casa del amigo retirado, hasta que fuesse hora de ir à èl. Diò el papel de Doña Mencia à Don Enrique, el page, y haviendole respondido de palabra, dixesse à su señora, haria lo que le mandaba, se fuè donde su amo le havia dicho le esperasse. Mucho estrañò D. Enrique el llevar el page de Don Alonso el papel, porque desde que se havia ido D. Gonzalo à Se-

Digitized by Google

villa, Doña Mencia no le escrivia, sino por una criada, y à no conocer la letra de la Dama, casi le pusiera en confusion de algun engaño; mas pensò, que alguna gran novedad debia de haver, pues le escrivia con diferente mensagero, y no veìa la hora de ir à saberla, que como vio que havian dado las once, que era en la que la Dama le hablaba, por ser en la que su casa estaba sossegada, solo, porque siempre iba assi, aunque apercebido de armas bastantes, se fuè à la calle de su Dama, y llegando à su rexa, la viò cerrada, porque Don Alonso la havia dexado assi: y haciendo la seña por donde se entendian, como viò, que ni à una vez, ni à dos, ni à tres salia, llegò à la rexa, y passo tocò en ella, y apenas puso en ella la mano, quando las puertas de todo punto se le abrieron con un grandissimo estruendo, y alborotado con èl, mirò por vèr que en el pequeño retrete havia gran claridad, no de hachas, ni buxias, sino de una luz, que solo alumbraba en la parte de adentro, sin que tocasse à la de afuera; y mas admirado que antes, miro à ver, de que salia la luz, y viò al resplandor de ella, à la hermosa Dama rendida en el estrado, mal compuesta, y bañada en sangre, que con estar muerta desde medio dia, corria entonces de las heridas, como si se las acabaran de dar, y junto à ella un lago de sangriento humor. A vista tan lastimosa, quedò Don Enrique casi sin pulsos, que à su parecer juzgò, que ya el alma se le apartaba del cuerpo, sin tener valor para apartarse, ni allegarse, porque todo el cuerpo le temblaba, como si tuviera un gran accidente de quartana; y mas fuè quando oyò, que de donde estaba el sangriento cadaver, salia una voz muy debil, y delicada, que le dixo: Ya esposo, no tienes que buscarme en este mundo, porque ha mas de nueve horas, que estoy fuera de èl, porque aqui no està mas de este triste cuerpo, sin alma, de la suerte que le miras. Por tu causa me han muerto, mas no quiero que tu mueras por la mia, que quiero me debas esta fineza, y assi te aviso, que te pongas en salvo, y mires por tu vida que estàs en muy grande peligro, y quedate à Dios para siempre. Y acabando de decir esto, se tornaron las puertas de la ventana à cerrar con el mismo ruìdo que quando se abrieron. Quedò de lo que havia oìdo, sobre lo que havia visto, tal Don Enrique, casi tan difunto, como su mal lograda esposa, faltandole de todo punto el animo, y el valor; y no es maravilla, pues por una parte el dolor, y por otra el temor, le dexaron poco menos que mortal; tanto, que ni moverse de alli, ni aun

alen-

Digitized by Google

alentarle era possible. Ya quando esto sucediò, Don Alonso, y su amigo estaban en la calle, aunque no sintieron el ruìdo, ni vieron abrir la ventana, mas seguros de que era D. Enrique, pensando, como le vian parado, que estaba aguardando que le abriessen; el uno por la una parte, y el otra por la otra, le vinieron cercando, y cogido en medio, sin poder el pobre Cavallero defenderse, con la turbacion que tenia, aunque viò acometerse, ni se pudo aprovechar de una pistola que trahia, ni meter mano à la espada; de dos estocadas que à un tiempo le dieron, le tendieron en el suelo, y caìdo le dieron veinte y dos puñaladas, y dexandole casi muerto, se pusieron en fuga, porque à las voces que diò, pidiendo confession, empezò à salir gente, y sacar luces. En fin, vieron, que Don Alonso se fuè en casa de las ya dichas, y el amigo à un Convento: la gente que se juntò, llegaron à D. Enrique, y le hallaron sin sentido; y estando trazando el llevarle à su casa, porque de todos era bien conocido, llegò la Justicia, y haciendo su oficio, no pudieron averiguar mas, de que à las voces que aquel Cavallero havia dado, pidiendo confession, havian salido, y hallandole en el estado que le vian, y rebolviendole, conocieron que no estaba muerto. En fin le llevaron à su casa, dando con su vista la pena à sus padres, que era razon tener, quien no tenia otro, y llamando quien le tomasse la sangre, le desnudaron, y pusieron en la cama, donde estuvo assi, hasta la mañana, que bolviò en sì, permitiendolo Dios nuestro Señor, para que se supiesse el lastimoso fin de Doña Mencia; porque aunque la Justicia, haviendo llamado à las puertas de D. Pedro, y no respondiendo nadie, admirados, y confusos de ver tanto silencio como en la casa havia, quisieron dar orden de romper las puertas, mas no lo hicieron, hasta que Don Enrique, si bolvia, diesse su declaracion; porque como Don Pedro era tan principal, y poderoso, todos le guardaban en la Ciudad su debido respeto.

Buelto en sì Don Enrique, y dandole una sustancia, cobrando algo de el animo perdido, pidiò que luego juntamente llamassen al Confessor, y al Corregidor tambien, y venidos delante del que le havia de confessar, contò al Corregidor todo lo que aquella noche le havia sucedido, pidiendo se fuesse à casa de D. Pedro, y rompiendo, si no abrian, la puerta, viessen si havia sido verdad, ò alguna ilusion fantastica, si bien por aquel papel, que de su esposa havia recibido, y las heridas que le havian dado, lo tenia por verdad; luego mientras el Corregidor fuè à averiguar el

Digitized by Google

caso, admirado de lo que contaba el herido, se confessò, y recibiò el Santissimo Sacramento, los Cirujanos, le hallaban muy de peligro. El Corregidor, y sus Ministros fueron à casa de Don Pedro, llamando, mas como no respondiesse nadie, derribaron la puerta, y entrando no hallaron à nadie, è yendo de una sala en otra, hasta llegar al retrete, que como he dicho, estaba la llave en la puerta, y abriendo, hallaron à la hermosa, y desdichada Doña Mencia, de la misma suerte, que decia Don Enrique haverla visto: las heridas, y sangre que de ella corria como si entonces se acabàran de dar. Junto à ellas estaba un bufetillo con recado de escrivir, y en unos pliegos de papel que havia encima, estaba escrito: Yo le quitè la vida, porque no mezclàra mi noble sangre, con la de un villano. Don Alonso.

Visto esto, anduvieron toda la casa, por ver si havia alguna gente, y en un aposento, el ultimo de otro quarto, que estaba enfrente del que acababan de mirar, y donde estaba la difunta Dama, oyeron dar gritos; abriendo con la llave, que assimismo estaba en la cerradura, hallaron las dos doncellas, y la criada de Doña Mencia, de quien no pudieron saber mas, de que Don Alonso, el dia antes, haviendolas llamado, las havia encerrado alli, amenazandolas, que si daban voces las havia de matar. Diòse orden de depositar el cuerpo de Doña Mencia en la Parroquia, hasta que se determinasse otra cosa, y haciendo la Justicia sus embargos, como de oficio le tocaba, llamaron à Don Alonso à pregones, avisando à Sevilla, para que prendiessen à Don Pedro, mas èl probando la quarta de presto le dieron por libre, y tomando por escusa no ver la parte en que havia sucedido el fracaso de su amada hija, se quedò à vivir en Sevilla: Divulgòse por la Ciudad el sucesso, assi acudiò el Clerigo que havia confessado à Doña Mencia, à contar lo que le havia sucedido. Don Enrique llegò muy al cabo, mas Dios, por intercession de su Madre Santissima, à quien prometiò, si le daba vida, ser Religioso, se la otorgò, y assi lo hizo, que se entrò Frayle en un Convento del Serafico Padre San Francisco, y con mucha parte de su hacienda labrò el Convento, que era pobre, y una Capilla, con una asseada boveda, donde passò el cuerpo de su esposa, haviendo muchos testigos que se hallaron verle passar, que con haver passado un año, que durò la obra, estaban las heridas corriendo sangre como el mismo dia que la mataron, y ella tan hermosa, que parecia no haver tenido jurisdiccion la muerte en su hermosura.

Don

Don Alonso, haviendo estado ocho dias, èl, y su page escondidos en casa de aquellas Damas con Clavela, al cabo de ellos, como estaba bien prevenido de joyas, y dineros, que antes de salir de su casa havia tomado, dexando el page durmiendo, se partiò una noche la buelta de Sevilla, para despedirse de su padre, y caminar à Barcelona, donde tenia determinacion de embarcarse para passar à Italia; el page quando despertò, y supo que su amo le havia dexado, se saliò del encierro, contando, por la Ciudad, como su amo havia estado en aquella casa ocho dias, y como los havia oìdo hablar de la muerte de su señora, y heridas de Don Enrique, por lo qual las tales Damas estuvieron presas, y à pique de darlas tormentos; mas donde hay dineros todo se negocia bien. El amigo de D. Alonso, como contra èl no havia indicio ninguno, por estar el secreto entre los dos, en viendo sossegados estos alborotos se passeò. D. Alonso estuvo con su padre en Sevilla, solos dos dias, porque como sabia que estaba llamado à pregones, y sentenciado en ausencia à cortar la cabeza, no parò alli mas, antes se partiò para Barcelona, donde se embarcò, y con prospero viage llegò à la Ciudad de Napoles, donde assentò plaza de soldado, por no dar que decir, de que estaba alli sin ocupacion ninguna, y socorrido largamente de su padre, passaba una vida ociosa, jugando, y visitando Damas. Ayudòle à darse tanto al vicio, tomar amistad con un Genizaro, hijo de Español, y Napolitano, hombre perdìdo, y vicioso, tanto de glotonerias, como en lo demàs; y como Don Alonso tenia dineros, hallabase bien con èl, ganandole la voluntad con lisonjas. Este era Clerigo Salvage, y porque no se estrañe este nombre, digo, que hay en Italia unos hombres, que sin letras, ni Ordenes, tienen renta por la Iglesia, solo con andar vestidos de Clerigos, y llamanlos, Preveres Salvages, y assi lo era Marco Antonio, que este era su nombre. En teniendo aviso Don Pedro de que su hijo estaba en Napoles, y tenia assentada plaza, le diligenciò muchas cartas de favor, por las quales el Excelentissimo Señor Conde de Lemos, D. Pedro Fernandes de Castro, que era Virrey en aquel Reyno, le diò una Vandera, con la qual estaba Don Alonso tan contento, y olvidado de la Justicia Divina, y de la inocente sangre de su hermana, que havia derramado tan sin causa, como se ha visto, que diò en enamorarse, cosa que hasta entonces no havia hecho, aunque havia tenido amistad con Clavela, mas havia sido apetito de amor, y aun en esta ocasion lo pudiera escusar. Estaba en la Ciu-

Digitized by Google

dad un Cavallero entretenido, como hay en ella muchos, cuyo nombre es D. Fernando de Añasco, Español, y Cavallero de calidad, y que havia sido Capitan de Infanteria; èste tuvo un hijo, que casò alli con una señora de prendas, aunque no muy rica, y dexandola cinco hijas muriò, que visto por Don Fernando, que la nuera, y nietas estaban necessitadas, las traxo à su casa, las dos mayores se entraron Religiosas en el Convento de la Concepcion de la misma Ciudad, porque estando velando juntas una noche, cayò entre las dos un rayo, y no las hizo mal, y ellas asombradas de esto, no quisieron estar mas en el siglo. Las otras dos casaron por su hermosura, sin dote, con dos Capitanes. Quedò la menor, mas hermosa, llamada Doña Ana, y tan niña, que apenas llegaba à quince años; mas como su madre, y abuelo havian gastado tanto con las dos Monjas, no tenian que darla, ni aun para traherla, sino con un moderado asseo, y con todo esso salia tanto su belleza, que ninguna de la Ciudad (con haver muchas) no la igualaba, y ella passaba à todas: mas no se havia llegado su ventura como à sus hermanas, porque le estaba aguardando su desventura. Viòla Don Alonso, y enamorose de ella, y enamorado, diò en galantearla con las tretas, que todos los hombres galantean, ò por mejor decir, engañan, que este arancel todos le saben de memoria. Ay de aquellas, que los creen! Y hay de Doña Ana, que se dexò ver de Don Alonso, que le fuè para ella amante, sino el hado fatal que la ocasionò su desgracia! Noble, honesta, recogida, y hermosa era Doña Ana; mas de que le sirviò, si naciò desgraciada? Haciale, como dicen, rostro; lo uno, porque sabìa quien era, y su rico mayorazgo, despues de la vida de su padre: lo otro, porque quanto al talle, bien merecia ser querido, y quiso probar la suerte, por ver si acertaba como sus hermanas, mas no porque se alargasse mas en los favores que le hacia, que à dexarse ver en la ventana, y oìr con gusto alguna musica que le daba, que en esto aun con mas estremos se adelantan en Italia, que en otras partes, porque son todos muy inclinados à ella. Diòle una D. Alonso una noche, cantando èl mismo à una vihuela, este Romance, tomando por assumpto, no haver ido Doña Ana à un jardin, por llover mucho, donde havian de ir à holgarse su madre, y hermanas, con otras amigas, que como D. Alonso estaba enamorado, siempre andaba inquiriendo las salidas de la Dama, por mostrarle su cuydado en ellas, y esto se lo havia dicho un criado de su casa. En fin el Romance era este:

Llo-

Digitized by Google

Llorad ojos, pues las nubes
han hecho conjuracion,
por quitar que no goceis
los rayos de vueſtro ſol.
Si para los deſdichados
haſta la muerte faltò,
como quereis ver la vida,
pues tan deſdichada ſoys?
Eſclavos ſoys de buen dueño;
no os quexareis, que no os diò
todo quanto pudo daros
la fortuna de favor.
Solo con eſte conſuelo
vivo alegre en mi paſſion,
que es gloria por tal belleza
paſſar penas, y dolor.
Detened nubes el agua,
pues con mis ojos les doy
baſtante cenſo à los rios,
que ya por mi mares ſon.
Y tu, Anarda de mi vida,
no te dè agua el temor;
mas agua vierten mis ojos,
y con mas juſta razon.
En el fuego que me abraſe,
como la fragua es amor,
con agua nunca ſe apaga,
antes crece con ſu ardor.
Muerto de mis proprias penas,
y en ellas penando eſtoy:
que es purgatorio tu auſencia,
tu viſta gloria mayor.
En el infierno las almas
penan, que los cuerpos no;
aquì penan alma, y cuerpo
juntos por una razon.
Quando en la gloria de verte,
ſe acabarà mi dolor?
Y quando he de verte mia,
que es el premio de mi amor?
Y a la eſperanza me alienta,
ya me deſmaya el temor,
ya fio en tu corteſia,
y ya temo tu rigor.
Mas en mirando eſtas nubes,
me falta todo el valor,
que baſta las nubes perſiguen
los que deſdichados ſon.
Sal à alumbrarme Sol,
que ſe me anega el alma de dolor.

Con eſtos, y otros engaños (que aſſi los quiero llamar) andaba Don Alonſo ſolicitando la tierna, y deſcuydada corderilla, haſta cogerla para llevarla al matadero, no acordandoſe de que havia trahido al miſmo à la hermoſa Doña Mencia, ſu hermana, y ſe paſſaron en ſolicitudes amoroſas muchos dias, que como con èlla, no grangeaba mas favores de los ya dichos, andaba deſeſperado, de lo qual ſu amigo Marco Antonio, havia eſtado ignorante, haſta ya à los ultimos dias, que viendole melancolico, y deſeſperado, le dixo: Cierto D. Alonſo, que aunque pudiera quexarme de vueſtra amiſtad; no teniendola por muy ſegura, pues encubrìs de mi vueſtra paſſion amoroſa, dando lugar à que la ſepa de otra parte primero, y no de vueſtra boca; no me quiero ſentir agraviado de èllo, antes compadecido de vueſtra pena, me quiero ofrecer para el remedio de èlla; que tengo por ſeguro, no havrà en todo el Reyno de

Digitized by Google

Napoles, quien mejor que yo os dè la prenda que deseais: mas he menester saber què intento es el vuestro en este galanteo à Doña Ana de Añasco; porque si la pretendeis, menos, que para esposa, os certifico, que perdereis tiempo, porque en Doña Ana hay mas partes de las que admirais en su hermosura: pues demàs de ser muy virtuosa, y honesta, en calidad no os debe nada, porque su padre tuvo el Abito de Santiago por claro timbre de su nobleza: no es èlla rica, que la fortuna hace essos desaciertos, à quien no los merece da muchas prosperidades, negandosela, à los que con justa causa debian darse: de modo, que si la amais para Dama, os aconsejo os aparteis de essa locura, porque no sacarèis de èlla, al cabo de muchos mas que haveis sacado hasta oy; y si la deseais esposa, que lo cierto es, que os merece tal, dexadme à mi el cargo, que antes de seis dias la tendreis en vuestro poder. No me tengais amigo Marco Antonio, respondiò Don Alonso, por tan ignorante, que havia de pretender à Doña Ana para menos que mi esposa; que no ignoro, que de otra suerte no he de ser admitido, y siempre pudiera retirarme de este pensamiento la poca hacienda, que tiene, que estoy bien informado: no reparo en esso, aunque la condicion avarienta de mi padre me pudiera dar temor, pues yo tengo bienes, gracias al Cielo, para los dos; y mi padre no tiene otro hijo sino à mi: su hermosura, y nobleza, junto con su virtud, es lo que yo en Doña Ana estimo, y assi perdiendo el enojo de no haveros dado parte de este amor, desde el principio, os suplico, pues assegurais que teneis poder para èllo, que me hagais dueño de tal belleza, que con esso me juzgarè dichosissimo. Prometiòselo Marco Antonio, y tomando la mano en èllo, lo supo negociar tan bien, dandole à entender à Don Fernando lo que grangeaba en tener por yerno à D. Alonso, contandole quan gran Cavallero, y rico era D. Alonso, que antes de un mes estaba desposado con Doña Ana, tan contenta ella, y su madre, y abuelo, con el venturoso acierto, que les parecia tenia toda la ventura del mundo por suya. Havia poco que D. Pedro havia embiado à su hijo, letras de cantidad, con que èl puso su casa, que fuè en la misma de D. Fernando, eligiendo D. Alonso para si un quarto enfrente del suyo, que no tenia mas division que un corredor. Sacò galas à Doña Ana, con que hacia mas su hermosura, mostrando Don Alonso el primer año en su alegria su acierto. A los nueve meses le diò el Cielo un hijo, que llamaron como à su abuelo paterno, Don Pedro, el qual Doña

Ana

Ana muy madre, quiso criar à sus pechos. Bien quisiera D. Alonso, que no supiera su padre que se havia casado, temeroso de lo mal que lo havia de recibir; y por no perder el socorro, que todos los mas ordinarios le embiaba, mas como nunca falta quien por meterse en duelos agenos, haga mas mal que bien; se lo escrivieron à su padre, el qual como lo supo, loco de enojo, le escrivió una carta muy pesada, diciendole en èlla, que ni se nombrasse su hijo, ni le tuviesse por padre; pues quando entendió, que le diera por nuera una gran señora de aquel Reyno, que engrandeciera su casa de calidad, y riqueza, añadiendo renta à su renta, se havia casado con una pobre muger, que antes servia de afrenta à su linage, que de honor; y que si le tuviera presente hiciera de èl, lo que èl havia hecho de su hermana: mas pues estaba tan contento con su bella esposa, que sin comer se podia passar, ò que lo ganasse como quisiesse, que no le pensaba embiar un maravedì; antes pensaba dar tan buen cabo de su hacienda, que quando èl muriesse, no hallasse ni una sombra de èlla; que mas queria jugarlo à las pintas, que no la gozasse la señora Doña Ana de Añasco. Mucho sintió D. Alonso el enojo de su padre, y fuè de modo, que bastò à templarle el amor, de suerte, que lo que hasta alli no le havia sucedido, que era arrepentirse de haverse casado, en un instante le llegò el arrepentimiento, y se le empezò à sentir en el desagrado con que trataba à su esposa. No sabìa Doña Ana la causa de ver la novedad en su esposo, lloraba sus despegos, bien lastimosamente; mas al fin lo supo, porque vencido D. Alonso de sus importunaciones, le enseñò la carta de su padre; pues como se quitò la mascara, y viò que ya Doña Ana lo sabia, lo que antes eran despegos, se convirtiò en aborrecimiento; le daba à cada passo en la cara con su pobreza; y mas fuè quando gastado el dinero que tenia, empezò à dàr tras las galas de su esposa, vendiendo unas para el sustento, y jugando otras: vino à tal estado de miseria, que despidiendo las criadas, se humillò à servir su casa, ò si tal vez la criada de su madre la escusaba con acudir à servir, y lo peor de todo era, que muchos dias no comiera, si no la socorrieran su madre, y abuelo. Con estas cosas se rematò Don Alonso, de suerte, que no havia cosa mas aborrecida de èl, que la hermosa Dama, y de aborrecerla naciò el desear verse sin èlla, creyendo, que assi tornaria à la amistad, y gracia de su padre; y luego con los buenos consejos de su amigo Marco Antonio, se resolviò à salir de todo de una vez, y concertando los dos, como havia

de

Digitized by Google

de ser, lo dilataron hasta la partida del Excelentissimo Señor Conde de Lemos, que ya se trataba su buelta à España, quedando en su lugar, hasta que de Sicilia viniesse el Señor Duque de Ossuna, el Señor Don Francisco de Castro, Conde de Castro, y Duque de Taurisano. Ah, mozo mal aconsejado, y como la sangre de tu hermana clama contra ti, y no harto de èlla quieres verter la de tu inocente esposa! Llegòse el plazo, y mas apriessa el que ha de ser mas desgraciado, y como el embarcarse havia de ser de noche, fuè D. Alonso à su casa con su amigo, y dixole à Doña Ana, que acababa de dormir à su niño, y le havia echado en la cama, que viniesse, y veria embarcar al Virrey, que antes que el niño se despertasse se bolverian: pareciòle à Doña Ana, que era nuevo favor en medio de tantos disgustos como con èlla tenia: y assi cerrando la puerta del quarto, y echandose la llave en la manga para quando bolviesse, y no desasossegar à su madre, ni abuelo; llegò à su quarto, diciendoles, dexassen la puerta de la calle abierta, porque iba con D. Alonso, y Marco Antonio à vèr embarcar al Virrey; y se fuè con èllos. Acabada Doña Ana de salir, le dixo la criada à su madre: por què señora, dexa V. S. ir à mi señora Doña Ana de noche fuera, no usandose en esta tierra salir assi las señoras? A lo que respondiò: Amiga, con su marido và, ahi que hay que temer, que nadie lo murmure. Con esto haviendose recogido, se acostaron bien inocentes, y descuydados del mal que havia de suceder. Llegò Doña Ana à la marina, acompañada de sus dos enemigos, y haviendo estado en ella hasta las diez; embarcado ya el Virrey, y partidas las Galeras, aunque no todas, que algunas quedaban para la demàs gente: ya que se queria bolver à su casa, con muy grandissimo cuydado de su niño; les rogò à ella, y à Don Alonso, Marco Antonio, llegassen à su posada, à tomar un refresco, que aunque lo escusaron, Doña Ana con su cuydado, y Don Alonso con su falsedad, como despues se supo de èl, y Marco Antonio, lo huvo de aceptar. En fin feron, y llegando à èlla, abriendoles la puerta una criada de Marco Antonio, ya muger mayor, se entraron à un jardinico donde estaba la mesa, y en èlla una empanada, y otras cosas: sentaronse à èlla, y repartiendo Marco Antonio, diò al ama su parte, y le dixo, pusiesse alli lo que era menester, y se fuesse à su aposento, cenasse, y se acostasse, que èl cerraria la puerta, y se llevaria la llave, para que quando bolviesse de acompañar aquellos Señores, pudiesse entrar à acostarse. Hecho como èl lo ordenò, y re-

Digitized by Google

y recogida el ama, estando la descuydada Doña Ana comiendo de la empanada, fingiendo Don Alonso levantarse por algo que le faltaba, se llegò por detràs, con un cuchillon grande, que èl trahia apercibido, y aquel dia havia hecho emolar, y la diò en la garganta tan cruel golpe que la derribò la cabeza sobre la misma mesa. Hecho el sacrificio la echaron en un pozo que havia en el mismo jardin, y el cuchillo con èlla, y tomando la cabeza se salieron, y cerrando la puerta, echaron la llave por debaxo, y se fueron à la marina, y en una cueva, que estaba en ella, haciendo un hoyo, la metieron, y al punto se embarcaron en una Galera que iba apriessa, en seguimiento del Virrey. (vayan que la Justicia de Dios, và tràs èllos.) Como passò de media noche, el niño que Doña Ana havia dexado dormido, despertò, que ya tenia un año, y como se hallò sin el abrigo, y cariño de su madre, empezò à llorar, à cuyo llanto despertò su abuela, mas no pudiendose persuadir que su madre no estaba ya con el, juzgando, que el sueño la tenia rendida, decia entre sì: Valgame Dios! Tan dormida està Doña Ana, que no siente llorar su hijo? Callò el niño un rato, con lo que la buena señora se bolviò à dormir, y quando empezò à amanecer, despertò bien alborotada à los gritos que el niño daba, y levantandose se vistiò, y saliò à vèr que era la causa de estàr su nieto tan sin sossiego; mas como llamando muy recio, no le respondieron, casi sospechando el mal sucedido, llamando à Don Fernando, y à un criado, abrieron la puerta, y entraron, que como no hallassen mas que el angelito solo, no sintiendo bien del caso: la señora tomò el nieto, y llamando à una vecina que le diesse de mamar, le aquietò, y adormeciò: en tanto se vistiò D. Fernando, y saliendo fuera para hacer diligencias por saber de Don Alonso; mas todos decian, no haverle visto. En tanto que esto passaba en casa de Doña Ana, en la de Marco Antonio havia otra tragedia, y fuè: Que el ama se levantò, y como fuesse adonde su amo dormia; mas aunque no le hallò, no hizo novedad de ello, porque otras veces se quedaba fuera; mas hizola quando saliò al jardin, y viò la mesa puesta, toda llena de sangre, y tambien la silla en que se havia sentado aquella muger: que si bien conocia à Don Alonso, por ser amigo de su amo, no sabìa que fuesse casado, ni conocia à su esposa; y no bien contenta de vèr tales señales, quitò la mesa, y saliendo fuera, hallò la llave. En fin, tomò un caldero, y empezò à entrarle en el pozo para sacar agua para regar la casa: aun no ha-

Digitized by Google

havia entrado la mitad de la soga, quando el caldero se detuvo en el malogrado cuerpo, que se havia quedado atrevessado en el angosto del pozo, y no havia llegado al agua: porfiando, pues, para que entrasse, y siendo imposible, sacòle fuera, y encendiò un candil, y le atò en la soga, y como le baxò, mirò que era lo que no dexaba passar el caldero; bien medrosa viò el bulto, que aunque le pareciò de persona, no pudo percibir quien fuesse: con grandissimo susto soltò la soga, fuè corriendo à la calle, dando descompassados gritos, à los quales acudiò la vecindad, y la gente que passaba, y buscando quien baxasse à baxo, sacaron el triste cuerpo sin cabeza. Tenia vestido un faldellin Francès, con su justillo de damasco verde, con passamanos de plata, que como era Verano no havia salido con otro arreo, y rebociño negro que llevaba cubierto; unas medias de seda nacarada, con el zapatillo negro, que apenas era de seis puntos. Conociò el ama, por los vestidos, era la muger que havia visto cenar con su amo, y Don Alonso, mas no supo decir quien era. Avisaron à la Justicia, que venida, prendieron al ama, hasta hallar mas noticia del caso, y secrestando los bienes de Marco Antonio, que no debian de ser muchos, llevaron el cuerpo à la plaza de Palacio, para vèr si havia alguno que le conociesse, haviendo mirado primero en el pozo si estaba la cabeza, mas no hallaron mas del cuchillo. Llegados con el cuerpo de Doña Ana, à la dicha plaza, y poniendole en medio de èlla en unas andas, acudieron todos los Soldados à vèr el cuerpo, y entre los demàs Don Fernando de Añasco, que al punto conociò à su nieta; y dando una gran voz dixo: Ay hija mia, y como ha muchos dias que me decia el corazon de este desastrado suceso, y no le queria creer! Hizole llevar à su casa, donde no hay que decir, como le recibiria su madre, los oyentes lo juzguen, que yo no me atrevo à contarlo. Fuèse à pedir justicia al Virrey, el qual lastimado de sus lagrimas despachò tràs las Galeras, en un barcòn grande, una esquadra de Soldados, y por cabo al Sargento Don Antonio de Lerma, con cartas, pidiendo al Marquès de Santa Cruz, como General de las Galeras, los reos, si bien esso no pudo ser tan breve, que no passàran cinco, ò seis dias, en los quales se hicieron diligencias buscando la cabeza de Doña Ana, mas no pareciò. Al fin dieron al cuerpo, sin èlla, sepultura, dexando en su abuelo, madre, y hermanas, gran dolor de su muerte, y aun en quantos la conocian. Partidos los Soldados, y con èllos un sobrino de Don Fernando, por

Digitized by Google

por preſſa que dieron en la navegacion, no alcanzaron las Galeras haſta Genova, donde quando llegaron havia ſucedido un caſo, en que ſe viò, que Dios, ofendido, y canſado de aguardar tan enormes delitos como Don Alonſo cometia, para que pagaſſe con ſu ſangre culpada, la inocente que havia derramado, en las muertes de ſu hermana, y eſpoſa; y fuè: Que haviendo dado fondo las Galeras en el Puerto, ſalieron de èllas todos, ò los mas que iban embarcados, por deſcanſar en tierra de las fatigas de la mar, ſabiendo que havian de eſtàr alli tres, ò quatro dias, y con los demàs Don Alonſo, y ſu mal amigo Marco Antonio: llegaron à comprar unas medias de ſeda en caſa de un Mercader; y haviendoles ſacado el dicho una caxa en que havia muchos pares de todas colores, para que eſcogieſſen; Don Alonſo perſuadido del demonio, ò que Dios lo permitiò aſſi, eſcondiò unas azules, y el amigo otras leonadas; que como el Mercader las echò menos, apellidandolos ladrones, llamando amigos, y criados, aſsiò de èllos, ſacandoſelas à viſta de todos, y no contento con eſto, llamò la Juſticia, que los llevò à la carcel, haciendoles cauſa de ladrones; y ſi bien D. Alonſo, y Marco Antonio ſe defendieran, y no ſe dexàran prender: no llevaban armas, que en Genova no las trahe ninguno, ni dexan paſſar à nadie en la puerta con èllas, y aſſi havian dexado las ſuyas donde las dexaban los demàs, ſin valerles el ſer Soldados; y aſſi los llevaron à la carcel, donde eſtaban quando llegaron los que iban por èllos, y dando las cartas al Marquès de Santa Cruz, mandò ſe buſcaſſen, y los entregaſſen à quien venia por èllos, que ſiendo buſcados en la carcel, los ſacaron, y entregaron, y bolvieron con èllos à Napoles, y apenas les tomaron la confeſſion, quando dixeron lo que ſabian, y mas de lo que les preguntaron: diciendo D. Alonſo, que ya era tiempo de pagar con la vida, no ſolo la muerte de ſu eſpoſa, mas tambien la de ſu hermana; y que aſſi havia permitido Dios que hicieſſe en Genova aquel delito, para que pagaſſe lo uno, y lo otro, mas que no le perdonaſſe Dios, ſi èl tuviera animo para matar à Doña Ana, ſi Marco Antonio ſu amigo no le perſuadiera à èllo; diciendole, que con eſſo quitaria el enojo à ſu padre, y que èl le havia dado el modo, y diſpueſto el caſo; y que haverſe dexado vencer de ſu conſejo, era permiſſion divina, para que pagaſſe por lo uno, y lo otro: dixo mas, havia mas de dos meſes que apenas ſe dormia, quando le parecia vèr à ſu hermana, que le amenazaba con un cuchillo. Sentenciaronle à degollar, y à Marco Antonio à ahor-

Digitized by Google

ahorcar; y otro dia salieron à morir. Iba D. Alonso quando saliò, ya tan desmayado, que casi no se podia tener en la mula, y fuè fuerza que se pusiesse cerca quien le tuviesse; y viendose assi Marco Antonio, dando una voz grande, le dixo: Què es esto señor Don Alonso, tuvisteis animo para matar, y no le teneis para morir? A lo que respondiò Don Alonso: Ay Marco Antonio, y como que si supiera que era morir, no matàra. En llegando al cadahalso, pidiò por merced à la Justicia se suspendiesse la execucion de su muerte por un poco de tiempo, y diciendo donde estaba la cabeza de Doña Ana enterrada, suplicò, que fuessen por èlla, como se hizo, sacandola tan fresca, y hermosa, como si no huviera seis meses que estaba debaxo de tierra: llevaronsela, y tomandola en la mano, llorando, dixo: Ya, Doña Ana, pago con una vida culpada, la que te quitè sin culpa: no te puedo dàr mas satisfacion de la que te doy, y diciendo esto se quedò desmayado, en que se conociò, que no la queria mal, sino que los despegos de su padre, y consejo de Marco Antonio, fueron causa de que le quitasse la vida. En fin, Don Alonso satisfizo con una muerte dos muertes, y con una vida dos vidas. Muriò tambien Marco Antonio, tan desahogadamente, (si se puede decir de quien moria ahorcado) que como estaba en la plaza, y no entendiò que havia pedido D. Alonso quando mandò ir por la cabeza de Doña Ana; preguntò, que à què aguardaba? Y diciendoselo, respondiò: Buen despacho tiene mi amigo, ya no falta, sino que embie tambien por la de su hermana à Jaen: acabemos, señores, que no tengo condicion para aguardar, y hasta morir quiero que sea sin dilacion. Fueron estas nuevas à Sevilla à su padre, y quando llegaron las cartas estaba jugando con otros amigos, y acabando de leerlas, tomò para sì, y poniendoselas muy de espacio à brujulearlas, dixo: Mas quiero tener un hijo degollado, que mal casado, y se bolviò à jugar, como si tales nuevas no huviera tenido. Mas Dios, que no se sirve de sobervios, le embiò el castigo de su crueldad: pues antes de un mes, una mañana entrando los criados à darle de vestir, le hallaron en la cama muerto, dexando una muy gruessa hacienda, à quien, sino al nieto, cuya madre tanto aborreciò, que como los criados le vieron muerto, dando cuenta à la Justicia, que puso la hacienda en administracion, sabiendo como tenia aquel nieto, se avisò la muerte de D. Pedro à D. Fernando, y sabida, èl, su nuera con el niño, dexando à Italia, se vinieron à Sevilla, donde oy à lo que entiendo vive: serà D. Pedro Por-

to-

Digitized by Google

tocarrero, y Añasco, de algunos veinte y ocho años. Caso tan verdadero es este, que hay muchos que le vieron de la suerte que le he contado.

Acabando Doña Francisca su desengaño, no se moralizò sobre èl, por ser muy tarde. Sonò la musica, y levantandose Lisis, lo hicieron assi los demàs; y passandose todos à otra sala, tan bien aderezada como la que desocuparon, se sentaron à las mesas, que estaban puestas con riços, y ostentosos aparadores, donde fueron servidos de una suntuosa, y sazonada cena, porque al otro dia, despues de referir los desengaños que faltaban, se havia de celebrar el desposorio de Lisis, y D. Diego. De industria por si faltaba lugar, les hizo esta noche la bien entendida Lisis el banquete, como quien sabìa, que otro dia no havria tiempo. Mientras durò la cena, las Damas, y Cavalleros tuvieron sobre su opinion diversas, y sabias disputas; si bien los Cavalleros, ò rendidos à la verdad, ò agradecidos à la cortesia, dieron el voto por las Damas, confessando haver havido, y haver muchas mugeres buenas, y que han padecido, y padecen inocentes en la crueldad de los engaños de los hombres, y que la opinion comun, y vulgar, por lega, y descortès, no era justo guardarla los que son nobles, y honrosos, y bien entendidos, pues no lo es, ni lo puede ser, el que no hace estimacion de las mugeres. Viendo que era hora de irse à reposar, la hermosa Doña Isabel diò fin à la fiesta de la octava noche, cantando sola este Romance.

Parece amor, que me has dado
à beber algun hechizo,
con que de mi libertad
vencedor triunfante has sido.
En què te ofendiò tirano,
la paz en que mis sentidos,
jamàs sujetos à penas,
sin prisiones han venido?
Apenas ya me conozco,
diferente soy que he sido;
por los imposibles muero,
y à èllos me sacrifico.
Deseando estoy el dia,
y quando el dia ha venido,
à solo aguardar la noche
estos deseos aplico.
Ya de los gustos me canso,
ya por las penas suspiro,
porque pienso que en penar
nuevos meritos consigo.
No vivo con su esperanza
quando à temores me rindo;
que es muy cierto en el amor
ser cobarde como niño.
Agenas prendas me quitan
con deseos el juicio,
y antes de tener el bien,
le lloro ya por perdido.
Mares de lagrimas vierto,
y sin saber como ha sido
me veo vivir sin alma,
que es otro nuevo prodigio.

No

Digitized by Google

No he visto lo que idolatro,
y rendimientos publico,
que es deydad que no se vè,
sino por fé en el sentido.
No quise vèr lo que adoro,
y adoro lo que no he visto,
porque amar lo que se goza,
comodidad la imagino.
Yo me quitè la ventura,
y lloro haverla perdido,
mi voluntad es enigma,
mi deseo un laberynto.
El cautiverio apetezco,
de la libertad me privo,
y negandome à las dichas,
ya por las dichas suspiro.
No conozco lo que amo,
y pudo ser conocido,
y de todas mis finezas
esta la mayor ha sido.
Temì perder si me viera,
no viendole le he perdido,
y si de pèrdida estoy,
mejor es no haverle visto.

Ay tesoro perdido,
grande debe de ser, pues yo te estimo.
Mas ay, que si le viera,
tambien pudiera ser, que le perdiera.
Y para no perderle
quando se estima el bien, es bien no verle.
Mas ay de mi, que de una, y otra suerte,
el remedio que espero, es en la muerte!

DESENGAÑO IX.

LA PERSEGUIDA TRIUNFANTE.

NOCHE NONA.

CON aplauso de nuevos oyentes, se empezò à celebrar la novena noche del honesto, y entretenido Sarao; porque Don Diego combidò para testigos de sus deseadas dichas (como esperaba tener con la possession de su amada Lisis) muchos señores, y señoras de la Corte. Sin estos, de parte de Lisis, vinieron muchas Damas, y Cavalleros, no faltando por la de los demàs, que en las noches passadas havian assistido nuevos combidados. Estando la casa de la divina Lisis, desde las tres de la tarde, que no cabia de Cavalleros, y Damas, toda noble, toda ilustre, y toda bien entendida; que como la fama con su sonora trompa havia estendido la nueva, de que las desengañadoras probaban bien su opinion, y à los cuerdos poco es menester para sacarlos de un error, que en

esto

Digitized by Google

esto mas que en otra cosa ninguna, se diferencia de los necios, viendo que los demàs no los tachaban de otro vicio, sino en que engañan à las mugeres, y luego dicen mal de èllas, no sujetandose à creer, que hay mugeres buenas, honestas, y virtuosas; y que assimismo hay, y ha havido muchas, que han padecido, y padecen sin culpa en sus engaños, y crueldades, y esto èllos mismos lo saben, y confiessan: pues el decir mal, no es (à lo que entiendo) porque lo sienten assi, sino por seguir la variedad de los muchos; como quando hay una pendencia, ò una fiesta, que acudiendo al tumulto de todas suertes de gentes, ilustres, y plebeyos: si les preguntassen, donde van, responderian, que adonde van todos, y lo mismo les sucede en el decir mal de las mugeres: y como he dicho, ya los nobles reducidos à no seguir en esto la vulgaridad, se havian engolosinado con los desengaños, que aunque tragicos, por verdaderos apetecidos. Acudieron esta penultima noche, mas, y mas temprano; con proposito de no seguir mas la opinion de los necios, que bien necio es el que no dice bien, ni estima las mugeres, à la buena, porque lo es, y à la mala, por no parecer descortès, y necio; pues por decir bien, aunque de lo que se diga sea malo, no sacan prendas, ni castigan, antes se apoyan de animos nobles en hacerlo, y lo demàs es vulgaridad, y grosseria. Todos, ya acomodados en sus assientos no vian la hora de oir nuevamente apoyos, para que fuesse disculpado su rendimiento, y mas ultrajado el vando descortès, y comun de los vulgares.

Las quatro de la tarde serian, quando empezaron à salir las demas desengañadoras, tan vistosas, y aderezadas, y con tanta bizarria, que solo en verlas se tuvieron por satisfechos de lo que havian aguardado. Venian delante, Laura, y Doña Luisa, que como viudas, no pudieron mudar trage, con sus vestidos negros, y tocas albissimas, y en sus cabezas dos coronas de laurel, y tras ellas las otras Damas, todas vestidas de encarnado, con muchas joyas; las cabezas muy asseadas, y encima de los tocados las mismas coronas, como vencedoras triunfantes, y detràs de todas saliò la discreta Lisis. Trahia à Doña Isabel de la mano, y de la otra à Doña Estefania, èsta con sus habitos blancos, y escapulario azul, como Religiosa de la Concepcion, y sobre el velo su corona como las demàs; que aunque no havia hasta entonces desengañado, segura venia de ser tan valiente como las demàs. Lisis, y Doña Isabel venian de una misma suerte, dando su vista à Don Diego no poca turbacion, porque haviendo embiado aquel mis-

Digitized by Google

mo dia à su esposa, el vestido, y joyas con que adornarse, viò que Lisis no trahia, ni una flor de las que èl havia embiado, juzgando à disfavor, ò desprecio el no haverse puesto ninguna cosa de ello. Venian las hermosas Damas con sayas enteras de raso blanco, con muchos botones de diamantes que hacian hermosos visos, verdugados, y abanicos; los cabellos en lugar de cintas trenzados con albissimas perlas, y en lo alto de los tocados, por remate de èllos, dos coronas de azucenas de diamantes, cuyas verdes hojas eran de esmeraldas, hechas èllas, y los vestidos con cuydado, desde antes que se empezàra la fiesta; cinta, y collar de los mismos diamantes; y en las mangas de punta de las sayas enteras, muchas azucenas de la misma forma, que las que trahian en la cabeza, y en lo alto de las coronas en forma de ayrones, muchos mazos de garzotes, y martinetes, mas albos que la no pisada nieve. Finalmente, salieron tan bizarras, y bien prendidas, y tan sumamente hermosas, que en la belleza imitaban à Venus, y en lo blanco la castidad de Diana. Dieron tal muestra de sì, que quando los Cavalleros no miràran mas de su hermosura, fuera el arrepentimiento de sus engaños, pues en èlla yeian el mayor desengaño de sus cautelas; y perdonar quanto les havia reprehendido, y lo que esperaban en esta penultima noche, y las mas poco atentas al decoro de su honestidad; deprender à saberla guardar de los engaños de los hombres, para no verse abatidas, y ultrajadas de sus lenguas, y conversaciones. Llegando, pues, al estrado, y hecha su cortesìa à todos, en piè las aguardaban, y todas las desengañadoras se fueron con su presidente Lisis, al estrado; Doña Estefania al assiento del desengaño, y la hermosa Doña Isabel con los Musicos, y sentada en medio de èllos, tomò una harpa, y con su estremada voz, cantò assi:

A la desdeñosa Anarda,
de la Corte nuevo Sol,
de las vidas Basilisco,
y de las almas prision.
De unas sospechas zelosas,
Jacinto pide perdon;
nueva humildad de ofendido,
y nuevo estremo de amor.
Donde ruega el ofendido,
y castiga el agressor,
humillado el agraviado,
y severo el ofensor.
Mas no es milagro muy nuevo,
ni por tal le juzgo yo;
porque la ley de Cupido,
ya leyes sin leyes son.
Bien sabe que està agraviado,
su cuydado le avisò;
mas el dexarse engañar
de amor, es nueva razon.
Muere por su amada ingrata,
y aunque fingido el favor,

le

Digitized by Google

le admite, por no morir
à manos de sinrazon.
Y assi postrado à sus pies
està mirando el pastor,
en sus ojos, sus engaños,
y en su boca su traicion.
Dice à sus traviessas niñas,
no me negaréis que soys,
quanto bellas engañosas,
quanto amados sin amor.
Soys para todos suaves,
que no teneis el rigor,
sino con las tristes mias,
que ya esclavas vuestras son.
Pluguiera al Cielo, que quiso
daros del Sol su esplendor,
porque mateis rayo à rayo,
alma, vida, y corazon.
Anduviera mas escasso,
negandoles perfeccion,
pues preciada de hermosura,
no ostentaredes rigor.
O que no vieran las mias
en vuestro negro color
el luto, que por mi muerte,
naturaleza os vistiò.
Ladrona soys de mi gusto;
ay, rapazas quien os diò
jurisdiccion de prender,
de matar jurisdiccion.
En los efectos que miro,
os contemplo à mi, y à vos;
yo abrasado en vuestro yelo,
y eladas en mi calor.
Ethna ardiente son mis llamas,
Volcan abrasado soy,
pero solo à mi me quemo,
que el fuego nunca os tocò.
Soy Icaro en el subir
à mirar vuestro arrebol,
mas en llegando à la cumbre,
soy derribado Faeton.
Ay, mi bellissima Anarda!
Deydad en quien adorò
la triste voluntad mia
dulces milagros de amor.
No te pido que me quieras,
que era pedir sin razon,
sino que no me maltrates
con tal crueldad, y rigor.
Dixo; mas Anarda ingrata
de sus penas se riò,
que ha jurado de no amar
en tiempo que no hay amor.
Porque ya no se usa, si se usò,
que amor, como era viejo, se muriò.
No ama ninguno, no,
que vestirse à lo antiguo, ya passò.

Cierto, hermosa Doña Isabel, (dixo acabada la musica Doña Estefania) que procuramos muy bien los engaños de los hombres, quando vos estais notificando en vuestros versos, rendimiento de un Galan, y desdenes de una Dama. No todos los versos tienen Heroes, (respondiò Doña Isabel) y advertid, señora Doña Estefania, que yo he contado lo que ha de ser, y no lo que es; y tengo por sin duda, que no todos los Poetas sienten lo que escriven, antes imagino, que escriven lo que no sienten; demàs, que de industria he querido consolar à estos Cavalleros, con mostrar un hombre firme, para que tengan animo, y esperen en la sentencia de esta penultima noche buen su-

Digitized by Google

ceſſo de ſu parte: pues pudieramos, ſi por milagro ſe pudiera hallar uno que amaſſe firme, y perſeveraſſe deſdeñoſo, perdonar por èl à los demàs, que me parece que os han temido deſpues que os ſentaſteis à deſengañar, admirandoos deydad, y que no ſolo los caſtigueis con las palabras, mas los executarèis con las obras. Pues ſi aſſi es, reſpondiò Doña Eſtefania, vaya de deſengaño; advirtiendo, que no he de caminar por lo popular, ſino por lo mageſtuoſo, que tambien hay Reynas deſdichadas, y Reyes, y Principes crueles, que la ley del rigor à todos comprehende.

La mayor novedad, que mas ha de admirar, (hermoſas Damas, y gallardos Cavalleros) es, que perſona de mi abito, y eſtado, deſengañe, ſiendo la hacienda que primero aprendemos, el engañar, como ſe vè en tantos ignorantes, como aſidos à las rexas de los Conventos, ſin poderſe apartar de ellas, bebiendo, como Uliſes, los engaños de Circe, viven, y mueren en eſte encantamiento, ſin conſiderar que los engañamos con las dulces palabras, y que no han de llegar à conſeguir las obras: que ſi las del ſiglo fueran cuerdas, à noſotras nos havian de eſtimar, y aun dar gages por vengadoras de los engaños que los hombres reciben; mas à eſto digo, que el diablo tal vez, con ſer el padre del engaño, deſengaña, y aſſi harè yo aora, que ſiendo de la profeſſion de los que engañan deſengañarè; ſi bien voy ſegura, de que no ſervirà, porque ſon por impoſſibles tan apetecidos nueſtros engaños, que mientras mas lo rumean, y golo-ſean, mas ſe enredan en ellos: y lo miſmo fuera con las Damas del ſiglo, ſi no vendieran tan barato los favores, que los dan à precio de engaños. Y ſi por ſer mueſtra de engañar, como he dicho, no ſupiera ſer buena deſengañadora, me conſolarè con ſaber, que no he ſido engañada, y que no hablarè por experiencia, ſino porque me ſacrifiquè deſde muy niña à eſpoſo que jamàs me ha engañado, ni engañarà. En la fuerza de mi deſengaño pondrè lo moral de el intento, para lo que eſtoy aqui conſolando à las Damas, de que ſi no las ſupiera bien deſengañar, las ſabrè bien vengar; y à los Cavalleros, que ſi de mi deſengaño no quedàren bien caſtigados, lo quedaràn, ſi me buſcan en eſtando en mi caſa; porque los entregarè à una docena de compañeras, que ſerà como echarlos à los leones.

En Ungria, por muerte del Rey Ladislao, entrò à gozar la Corona un hijo ſuyo, llamado aſſimiſmo Ladislao, como el padre, (que entonces venia el Reyno de padres à hijos, no como aora, por votos de los Potentados.) Era Ladislao, Princi-

pe

Digitized by Google

pe generoso, gallardo, de afable condicion, y bien entendido, y de todas maneras amable, y assi desde que entrò à reynar fuè muy querido de sus vassallos; al qual amandole Principe, no le olvidaron Rey: solo en el caso que voy contando, fuè notado de facil, (mas hay lances, aunque mentirosos, con tantas apariencias de verdad, y mas si los apoyan zelos, que tienen mas disculpa, que castigo.) Siendo forzoso el tomar estado, para dar herederos à su Reyno, pidiò por esposa al Rey de Inglaterra, à la bellissima Infanta Beatriz su hija, que era de las mas perfectissimas Damas, en hermosura, entendimiento, virtud, y santidad, que en todos aquellos Reynos se hallaba en aquella sazon. Pues siendole concedida esposa, y hechos los conciertos, y puesto en orden lo necessario, mandò el Rey, que fuesse por la Reyna el Infante Federico su hermano, mozo galan, y discreto. No cansemos con esto à los oyentes, pues se dice todo con decir, que con ser Ladislao tan perfecto, havia opiniones de que con Federico havia sido mas prodiga la naturaleza, aunque lo desdoraba con ser tan inclinado à los engaños, y travessuras, con que los mozos escurecen la virtud, y que passan por achaques de la mocedad. Era Federico de un año menos que el Rey, y tan amado de èl, que muchas veces estuvo determinado (si no fuera por la importunacion de sus vassallos) à no casarse, porque quedàra despues de sus dias Federico Rey. Puesto en execucion el viage, y conseguido con prospero sucesso, fuè recibido Federico en Inglaterra con el contento, y aplauso que era justo à un hermano de Ladislao. Aplazadas muy solemnes fiestas, para quando, en virtud de los poderes del Rey su hermano, havia de dar la mano à la hermosa Infanta, la qual hasta este dia, que fuè al segundo que llegò Federico, no se havia dexado ver por su grande honestidad. Llegò el ya señalado dia, en que se havian de efectuar los desposorios; que quando à los ojos de Federico se mostrò la bella Infanta Beatriz, tan adornada de belleza, como de ricas galas, al punto que puso en ella los ojos, quedò sin vida. Poco digo. Sin potencias. No es nada. Sin sentidos. Levantemoslo mas. Quedò sin alma; porque todo lo rindiò, y humillò à la vista de tal hermosura. Fuè de suerte, que à no serle à la Infanta dificultoso de creer, que en un hermano de su esposo pudiera tener lugar tal locura, en su turbacion conociera el achaque de que havia enfermado con su vista. Diòle la mano, en fin, Federico, en nombre de su hermano, quedando célebrado el matrimonio, y en su corazon una mortal basca, de ver ya

Digitized by Google

imposſible ſu amor, no fuè parte para que deſiſtiera del ver, que ya no tenia remedio, ni el conſiderarla muger de Ladislao, ni conocer ſu honeſtidad, el poco remedio que podia tener ſu deſatinado amor; y con eſte deſdichado tormento aſſiſtiò en compañia de los Reyes de Inglaterra, y de la Reyna Beatriz ſu cuñada, à las fieſtas, con tanta triſteza, que daba que ſoſpechar à quantos le veìan tan melancolico, y mas à la Reyna quantas veces le miraba, le hallaba divertido en contemplar ſu hermoſura, y como era bien entendida, no dexò de imaginar la enfermedad de Federico, y ſus melancolicos accidentes de que procedian, y ſe determinò à no preguntarle la cauſa, por no oìr alguna atrevida reſpueſta. No era Federico tan falto de diſcurſo, que no conſideraſſe, quan mal cumplia con la obligacion de quien era, y las que debia à Ladislao; y entre sì ſe reprehendia, y decia: Què locuras ſon eſtas, mal aconſejado Principe? Es poſſible, que te dexes llevar de tan mal nacidos, è infames deſeos! No digo yo, no ſiendo hermano, y tan amado de Ladislao, ſino un vaſſallo! Es juſto que tu imagines en ſu ofenſa, amandole, y deſeando ſu eſpoſa! Delito tan abominable, y feo, que aun entre barbaros era para cauſar eſcandalos, y ſediciones, quanto, y mas entre Principes Chriſtianos. En que me tendrà el mundo! Que dirà Beatriz! Si los unos, y los otros llegaſſen à ſaber mi locura! No, no ha de ſer aſſi, mal nacidos deſeos, yo os he de vencer, que no tengo de quedar vencido de voſotros. Con eſto le parecia cobrar fuerzas, y valor, para reſiſtir la violencia de ſu apetito; mas apenas bolvia à mirar la perficionada belleza de la Reyna, quando ſe le bolvia à enredar la voluntad entre las doradas hebras de ſus cabellos, y tornaba de nuevo à laſtimarſe, diciendo: Deſdichado fuè el dia en que yo partì de Ungria, y entrè en Inglaterra; y mas deſdichado en el que vì Beatriz, tu acabada belleza. O Ladislao, ya no hermano, ſino enemigo! Es poſſible, que he venido por tu ocaſion à darme la muerte, y llenarte à ti mi vida! Como conſentirè que goces el bien, que ſolo me puede hacer dichoſo! Ay! que no sè que conſejo tome, ni que vando ſiga, ſi el de mis abraſados deſeos, ò el de la razon: porque ſi à ellos he de ſeguir, me aconſejan que te quite la vida para tenerla; y ſi à ella, me dice, que muera yo, y que vivas tu. Con eſto eſtaba tan de veras penando, que parecia à los que han viſto viſiones de la otra vida. Ya ſe determinaba à deſcubrir ſu paſſion à la Reyna, y ya ſe reducia à morir callando, ſi bien, no le pesàra de que ella enten-

Digitized by Google

tendiendole por los contingentes del rostro, le saliera al camino, preguntandole la causa de su tristeza, mas como he dicho, la sabia, y honesta señora, no ignorando el intento con que Federico la miraba, escusaba darle motivo para atreverse. De esta suerte passaron, Federico muriendo, y la Reyna dissimulando, sin darse por entendida, juzgando, que el dia que Federico se atreviesse à perderle el decoro à ella, y à su esposo, no cumplia, menos que con matarle, lo que debia à su honestidad, y grandeza. Los dias que estuvieron en Inglaterra, y despues los que durò la jornada, hasta Ungria, no consintiendo la Reyna, que jamàs la dexassen sus Damas un punto sola, y assi lo tenia ordenado à todas. Llegados à Ungria, y celebradas las bodas de Ladislao, y Beatriz, con tanta alegria, y satisfaccion de los dos, pues à la Reyna le pareciò corta la fama en contar los meritos de su esposo, y al Rey, que no era Beatriz muger, sino deydad, ò espiritu angelico: tal era la virtud, santidad, y hermosura de la bella Reyna, amandole con tanta terneza, que no havia mas que pedir, ni desear. No por ver Federico à su hermano ya en possession de la que le havia robado el alma, cessaron sus libidinosos apetitos, y sus viles, y desordenados deseos, antes viendose de todo punto privado del bien, creciò con mas fuerzas el deseo de alcanzarle, y ardiendo en rabiosos zelos, de ver la terneza con que se amaban todas las veces, pues como à hermano, y tan querido, no se le negaba el ver los mas recatados amores, que el uno con el otro passaban, los veia juntos con mortales bascas: no le faltaba mas de declararse con palabras, que con las señales del rostro bien claro lo decia, mas como en el pensamiento del Rey no podia entrar tal malicia, no entendia sino que aquellos desasossegados accidentes le procedian de alguna enfermedad que padecia, y confirmabalo con haverle dicho Federico algunas veces que le havia preguntado, que tenia, que havia muchos dias antes, que fuera à Inglaterra, que padecia una mortal melancolia, que quando le apretaba, le hacia, olvidado de su prudencia, hacer semejantes estremos: y si bien havia tratado, compadecido del mal de su hermano, que famosos Medicos le curassen, havia sido sin fruto, porque males del alma, pocas veces, ò ninguna se sanan con hacer remedios al cuerpo. No lo sentia assi la hermosa Reyna, que como mas acertado Medico havia entendido de que accidentes nacia la enfermedad de Federico, y hallando sin remedio la cura, pedia à Dios le abrieffe los ojos del entendimiento, para que conocido su error

Digitized by Google

ſalieſſe de èl. Muchas veces rendido à ſu hermoſa paſſion, ſe echaba Federico en la cama, y ſe ſujetaba à que obraſſe en èl la medicina, hallandoſe tan flaco, y rendido, que quiſiera, que las errradas curas acabàran con ſu vida; y otras con furia deſeſperado ſe levantaba, y como loco decia, que le mataban. En fin, con vida tan poco ſoſſegada, y animo tan inquieto, ſe vino à poner flaco, deſcolorido, negandoſe à quantos guſtos, y entretenimientos, ſu hermano, y los Grandes del Reyno le procuraban, haſta à la compañia de los Cavalleros mozos que le ſeguian, y ayudaban en ſus paſſadas traveſſuras; porque tratarle de guſtos, ni entretenimientos, era darle mil dilatadas muertes. Un año podria haver, que eſtos dos amantes, y eſpoſos gozaban las glorias de ſu amoroſa compañia, y bien pagado amor, y Federico las penas infernales de verſelas tener, quando otro Principe comarcano, deſeoſo de engrandecer, y aumentar ſu Reyno, y dilatar ſu ſeñorio con el de Ladislao, y para conſeguirlo, le empezò à hacer guerra por los confines de ſu Reyno, de ſuerte, que fuè fuerza acudir à la defenſa de èl, porque le deſtruìa todo quanto podia alcanzar; pues viendo Ladislao, que Federico por ſu larga, y prolixa, no entendida enfermedad, no eſtaba para aſſiſtir à la guerra, diſpuſo èl ir en perſona à defender ſu tierra, de que no le pesò à Federico, fortaleciendole con algunas eſperanzas de remedio; faltando el Rey ſu hermano, del lado de ſu eſpoſa, que eſtaba ya tal eſte deſventurado amante, que ſi hallàra ocaſion para aprovecharſe de la fuerza, no la dexàra, ni por la ofenſa de Dios, ni de ſu hermano. Ah, riguroſo deſacierto de un hombre mal aconſejado con ſu miſmo apetito, que ni mira la Juſticia Divina, ni la ofenſa Divina, y humana! Diſpuſo Ladislao ſu partida, bien contra la voluntad de la Reyna, y mas quando ſupo, que à ella, y à Federico les quedaba la governacion del Reyno, con orden, de que el uno, ſin el otro, diſpuſieſſen ninguna coſa, temiendo, que en la auſencia del Rey no la puſieſſen ſus atrevimientos en algun cuydado; mas huvo de obedecer en todo, por no inquietar con nuevos cuydados el corazon de ſu eſpoſo, ni hacerſe ſabidora de los de Federico. Juntò el Exercito, y partido el Rey con gran ſentimiento de la hermoſa Reyna; tanto, que en mas de un mes no ſe dexò ver de nadie, ni ſe deſpachò negocio ninguno, por no ſalir en publico en la mitad del mar de ſus lagrimas, haſta que viendo era ya fuerza acudir al cargo que le quedaba ordenado: ſaliò à comunicar con ſu traydor cuñado, el deſpacho de

las

Digitized by Google

las cosas tocantes al Reyno; mas con tanta honestidad, que apenas se podia hallar en ella causa para tenerla por menos que deydad. Otras veces entraba Federico à consultar los papeles, con que si antes estaba perdido, aora se rematò, con tanto estremo, que casi se declaraba con palabras equivocas, y decia su passion con señas bien claras, de modo, que las Damas que assistian siempre à la Reyna, por orden suya, ya conocian de que causa procedia el mal de Federico, y lo platicaban unas con otras à escusas de la Reyna. Determinado estaba Federico, de descubrir à la Reyna su amor, y andaba buscando modo para hacerlo; si bien unas veces temia, y otras se animaba, y muchas passeandose por las salas decia: Es possible, que sea mi atrevimiento tan cobarde, que tema decir mi pena à la causa de èlla? Què es esto que me acobarda? Què importa, que Beatriz sea honesta? Què me tiene el que sea virtuosa? Porque me acobarda, en que sea muger de mi hermano, si tras todo esto es muger, y puede ser, que por ignorar que ella es la causa de mi mal, no le haya dado el remedio? Pues sabemos, que las mugeres en viendose amadas, aman, y en amando, todo quanto hay aventuran. Tan poco merezco yo, que no conseguirè que me ame Beatriz? Mas ay de mi! Come me ha de amar, si està adorando en su esposo, y jamàs la veo enjutos los ojos en su ausencia; pues à una muger que ama à otro dueño, no es locura intimarle nuevo amor? Claro està, que si à tal me atrevo, ayrada me ha de dar la muerte; mas, què mas muerte que la que padezco? Mas rigurosa por ser dilatada, que ya que se muera, comodidad es morir presto; mas ya puede ser que me engañe, y yo mismo me quite la gloria, que por el purgatorio que padezco me es debida, pues podria ser que la Reyna no sintiesse tan mal de mi atrevimiento, que es muger, y en siendolo, todo està dicho. Animo, cobarde corazon, y determinate à declarar tu pena; que lo cierto es, que si Beatriz no sabe que la amo, como me ha de amar? Si ignora, que padezco por su causa, como me ha de remediar? Pues si es assi, como lo es, y el proverbio moral dice: que à los animosos ayuda la fortuna, en ella fio, y con esta confianza declararè à Beatriz mi passion amorosa, y si muriere por atrevido, mas honor serà, que morir de cobarde, y si muriesse por su gusto, à buenas manos muero. Con esto se entrò en su aposento, y escriviendo un papel con varios acuerdos que primero tuvo, le puso entre unos memoriales, que aquel dia havia de consultar à la Reyna, y con ellos fuè donde estaba con

sus

Digitized by Google

sus Damas, tan turbado, que de verle la Reyna temblar la voz, y los passos, se assustò, temiendo, que Federico se queria declarar con ella, mas por no darse por entendida, ni temerosa, le recibiò con amable, y honesto semblante; mandòle sentar, que èl lo quisiera escusar, porque en su presencia, mirando la Reyna los memoriales no leyera el suyo, mas al fin lo hizo, y despues de haver hablado de la ausencia del Rey, y estado de la guerra, y otras cosas de que mas gusto podian tener, le dixo Federico: (no porque huviesse sucedido, sino por ver que hallaba en ella) Cierto, señora, que oy me han contado un caso, que passa ante la Justicia ordinaria de esta Corte, que es bien para admirar, y es: Que dos hermanos que hay en ella amaban una muger, y el mayor, ò por mas rico, ò mas dichoso la mereciò esposa, con que el menor quedò tan desesperado, que viendose morir, hallando ocasion, por fuerza gozò à su cuñada. Hase sabido, y està preso por ello, y no se atreve à publicar sentencia contra èl, porque el marido, que està inocente del hecho, no lo entienda; y no saben que medio tomar en el caso. Pues què medio puede haver, respondiò la Reyna, sino castigar al culpado; pues quando el marido lo sepa, sabrà que queda vengado su agravio. Pues por amar han de quitar la vida à un triste hombre? Si, dixo la Reyna, que amar lo ageno, y mas siendo el dueño su hermano, no es delito capaz de perdon: y esse hombre no amaba, sino apetecia el deleyte, ni ofendiera lo que amaba en el honor, y mas por fuerza. No falta quien dice, respondiò Federico, que si bien ella sintiò la fuerza, ya le pesa de no haver callado: siente que haya de morir quien la ame; y bien mirado, es cierto, que por amar no debe morir. Quando el amor es deshonesto, respondiò la Reyna, què privilegio le puede defender del castigo? Y si este caso passàra por mi, no aguardàra yo à que mi esposo, ni la Justicia vengàra mi agravio, que yo por mi misma le vengàra: y assi desde aqui condeno à èl, y èlla à muerte. A èl por el delito, y à ella porque no lo vengò. Diciendo esto, puso el rostro severo, y con alguna ira dixo: Veamos los memoriales que trahes Federico, y no se hable mas en esto; que ofensas del honor, y del marido, las aborrezco tanto, que estoy ofendida aun en haver oìdo que haya muger que lo consienta, ni hermano tan traydor, que lo piense, quanto, y mas que lo execute. Los memoriales, señora, dixo Federico, no son para aora: con mas espacio los podràs ver, y con esto no muy contenta se despidiò, y se fuè

Digitized by Google

fuè à su quarto, maldiciendo la hora, y el dia en que havia visto à Beatriz, la qual tomando los memoriales, los fuè passando, y al tercero que abriò, viò que decia assi:

Federico Infante, à Beatriz Reyna de Ungria, pide la vida, que por sentencia de su desdicha, en el Tribunal de la crueldad està mandando que la pierda, y sola lo puede dar la misma causa, por quien muere, que es la misma à quien pide la vida. Ya hermosissima Beatriz, (que no te quiero llamar Reyna, por olvidarme de la ofensa que hago al Rey tu esposo) no puede mi sufrimiento tener mi mal oculto, pues hasta un año de silencio, ni es tan poco amada vida, que sin buscar à algun remedio, la dexe acabar, ya que haya de morir, muera, sabiendo tu, que muero por tu causa, y por este atrevimiento conoceràs la calidad de mi dolor, pues no me dexa mirar à quien eres, y à quien soy; pues anteponiendose mi pena à tu decoro, mi atrevimiento à tu honestidad, y mi amor à todos los inconvenientes, me fuerza à que publique, que tu hermosura es causa de mi muerte. Yo te adoro, ya lo dixe; si no merezco perdon, dame castigo, que lo sufrirè gustoso, con saber que por ti muero.

Quien podrà ponderar el enojo, y turbacion de la Reyna, haviendo leìdo el atrevido papel: no hay mas que decir, de que la turbacion sacò à hilos las perlas de sus ojos, y con el enojo hizo el papel menudos pedazos, que no fuè pequeño desacierto, para lo que despues la sucediò. En sì misma pensaba, que haria, sin saber determinarse à nada; pues si le mandaba matar, no se asseguraba de la ira de su esposo, ni de sus vassallos, pues aun no tenia Ungria otro heredero: y si le daba al Rey cuenta del caso, y mas haviendo rompido èl papel, no asseguraba su inocencia: pues no pensando en ella mas liviandad, que haver hallado en ella causa para el atrevimiento de Federico, bastaba para quedar su honor en opinion, pues era dificultoso de creer, que contra su mismo hermano podia haver intentado tal traìcion, demàs, que podia Federico facilmente culparla por disculparse; ya le pesaba de no haver guardado el atrevido memorial, y ya se satisfacia de ver vengado en èl su ira; y entre todos estos pensamientos se resolviò à lo mismo que antes, que era dissimular, y que mientras Federico no se atreviesse à mas, dexarlo assi, pidiendo à Dios la amparasse, y defendiesse de èl, y como no podia retirarse de su vista, siendo fuerza, como lo havia ordenado el Rey para los despachos, y negocios, verle cada dia, ordenò à la Aya que la havia criado, y havia venido de Inglaterra assistiendola, que ni de dia, ni de noche se apartasse de ella. Mandò, que durmiesse en su mis-

Digitized by Google

misma camara, haciendo poner en las puertas de ella, y las demàs quadras, por la parte de adento, fuertes cerrojos, porque si Federico se quisiesse aprovechar de la fuerza, como havia propuesto en el caso que le havia contado; y con esto, juzgando estar segura, passò como antes, aunque con menos gusto, tanto, que bien le mostraba en la severidad de su rostro, lo mal contenta que estaba con èl. Tretas fueron estas, que al punto las conociò el traydor cuñado, mas no fuè nada parte para que desistiesse de su amorosa porfia; antes muy contento, de que ya que no huviesse grangeado mas, de que la Reyna supiesse, que la amaba, le parecia, que antes havia ganado que perdido; y ya se atrevia quando la veìa à decirle sentimientos de amor, ya à vestir de sus colores, y ya darla musicas en el terrero, con lo qual la Santa Reyna andaba tan desabrida, y triste, que en ninguna cosa hallaba alivio, y solo le tuviera en la venida del Rey, mas esta se dilataba, porque los casos de la guerra son buenos de empezar, y malos de acabar. Pues, sucediò, que estando una tarde con sus Damas en el jardin de Palacio, tan melancolica, como se ha dicho; las Damas por alegrarla, ò divertirla, mandaron venir los Musicos, à quien Federico tenia prevenidos de unas endechas, al proposito de su amor, para si fuessen llamados en alguna ocasion, las cantassen, dandoles à entender, que eran dirigidos à una Dama de Palacio à quien amaba, que como entraron, y hallaron la ocasion, cantaron assi:

Què gustes, que mis ojos,
idolo de mi pecho,
estèn por tus crueldades
copiosas fuentes hechos?
Que no te dè cuidado,
ver que llorando peno,
sin que al seño conozca,
quando tu estàs durmiendo?
Con què crueldad me quitas
la vida que posseo,
pues quando tu la gloria,
tengo yo los tormentos?
No entiendo aqueste enigma,
pues en tu pecho el yelo,
sin que en èl se deshaga,
se destila por ellos.
Mas ay! que ya conozco,
de aqueste mal el riesgo,
porque el tuyo es de marmol,
quando el mio es de fuego.
Què las ardientes llamas,
de mi abrasado incendio,
à deshacer no bastan,
la nieve de tu pecho?
Tienes el corazon
de algun diamantes hecho,
que aun no basta ablandarlo,
la sangre de un cordero?
Calientale à las llamas,
que amor està encendiendo,
y veràs quan suaves,
son para tu regreo.

Dan-

Digitized by Google

Dueño eres de mi vida,
y aunque muera, has de serlo;
pues despues de la muerte
te he de aclamar por dueño.
No porque me faltàra
quien me rindiera feudo,
que bellezas me aman,
quando à la tuya quiero.
Antes aborrecidas
de que à todos me niego,
se alegran que me trates
con rigor tan severo.
Eres Anagarte,
si en la hermosura Venus,
Dafne, que à Febo ultraja,
porque la sigue Febo.
Sin ventura cultivo,
en tierra estèril siembro,
abrojos dà por granos,
perderè mis empleos.
Triunfa ya de mi vida,
triunfa Neron sobervio:
y si gustas que muera,
yo tambien lo deseo.
Que avara estàs conmigo,
poco favor te debo,
poco cuestan agrados,
y siempre estàs sin ellos.
Si te miro, es sin gusto,
siempre cruel te veo,
siempre estàs desdeñosa,
y yo siempre muriendo.
Pagame las finezas
con que te adoro, y quiero,
siquiera con mirarme
con semblante halagueño.
No quiero mas favores,
pues que no los merezco,
de que tu boca diga:
de ti, lastima tengo.
Salid lagrimas mias,
salid, que no os detengo;
suspiros, ya os embio
à vuestro amado centro.
No temo por amarte
el castigo del Cielo,
aunque sè que le irrito
con este pensamiento.
Ya me acaban las penas
mi triste vida veo,
cercana ya à la muerte,
y no le hallo remedio.
Ya con tantas desdichas
se acaba el sufrimiento,
el alma està sin gusto,
y sin salud el cuerpo.
Ya me niego à los ojos
de los que me tuvieron
por asylo en las gracias,
por deydad en lo cuerdo.
Assi gasta llorando
su bien perdìdo tiempo,
que amar tanta belleza,
gloria es, que no tormento.
Un amante sin dicha,
que adora un marmol bello,
que aunque oye, no escucha,
por no darle remedio.
Y nunca se enternece,
porque es cruel, y su dolor no siente.

Con ayrado rostro escuchò la Reyna las referidas endechas, si bien por no dar que sospechar à los que las cantaron, y à las que las oìan, haviendo conocido en èllas mismas de la parte que venian; dissimulò su enojo, mas no quiso que cantassen mas, y ardiendose en ira, que estuvo en pun-

Digitized by Google

puntos da mandarle matar por librarse de sus atrevimientos, y cansadas quimeras, y pedia à Dios traxesse presto al Rey, imaginando, que su presencia refrenaria su desbocada locura; mas viendo que la venida se dilataba, y que en Federico se alargaba la desemboltura, desenfadandose con libertades, de que podia resultar algun mal sucesso, se determinò à lo que aora dirè, y fuè, que llamando con gran secreto Maestros que fuessen à proposito juramentados, de que no dixessen à nadie la obra, que havian de hacer una gran quadra, que estaba en el jardin, con muchas rexas, que por todas partes calan al hermoso vergel, donde muchas noches del verano el Rey, y èlla cenaban, y dormian en medio de èlla, porque era muy grande, y hermosa, y tenia capacidad para todo. Mandò à los dichos Maestros, le hiciecen una jaula de varas de hierro, doradas, gruessas, fuertes, y menudas, de tal calidad, que no pudiessen ser rompidas, ni arrancadas de su lugar, y que desde el suelo al techo estuviessen bien fixadas, de tanto espacio, que cupiesse dentro una cama pequeña, un bufete, y una silla, y que quedasse algun espacio para passearse por èlla, en su puerta, en que huviesse un fuerte cerrojo, con una grande, y segura llave, con otra cerradura, sin èsta, que cerrandola de golpe, quedasse segura, y hecha muy à su gusto. Mandò colgar la sala de à fuera de ricas colgaduras, y dentro de la jaula poner una cama, y lo demàs; y como estuvo aderezado, mandò llamar à su traydor cuñado, y con mas agradable semblante que otras veces le dixo: Hermano mio, vamos al jardin, que quiero que V. Alteza vea una obra que en èl tengo hecha, muy de mi gusto, para quando venga el Rey: Federico, seguro, y alegre de vèr, que la Reyna le hacia aquel favor (no de los menores que èl podia desear) la tomò de la mano, diciendo: Quien podrà Reyna, y Señora, contradecir à lo que mandas, ni imaginar, que siendo de tu gusto, no serà muy honrosa, y con esto caminaron al jardin; la Reyna tan falsa contra Federico, quanto èl lozano, y alegre de ir con èlla tan cerca, que le podia manifestar su sentimiento, como lo hizo; pues à escusas de las Damas, le iba diciendo amorosas, y sentidas razones; la Reyna sufriò por tener tan cerca su venganza, y llegar à conseguirla, siendo su atrevimiento tan grande, que llegò à besarle la hermosa mano que llevaba asida con la suya; no poco contento, de vèr que la Reyna tenia tanto sufrimiento, pareciendole obraba en èlla amor; que como llegaron à la sala dicha, entrando en èlla se acer-

Digitized by Google

acercaron à la jaula que en èlla estaba hecha, admiradas las Damas de verla; porque mientras se havia hecho no havia consentido la Reyna, que ninguna baxasse al jardin, y estando à la puerta le dixo la Reyna à Federico, que entrasse, y la mirasse bien, que luego le declaria su designio, que èl no maliciando el caso entrò, mas apenas puso los pies dentro, quando la Reyna, dando de mano à la puerta, la cerrò con un gran golpe, y echando el cerrojo, y torciendo la llave, dixo à Federico, que al ruìdo de la puerta havia buelto: Ahì estaràs, Principe, hasta que venga el Rey, tu hermano; porque de otra suerte, ni tu dexaràs de ser traydor, ni yo perseguida, ni el honor de mi esposo puede estàr seguro, y dando orden, de que por la parte que hacia espaldas la jaula, detràs de èlla, se pusiessen camas, para quatro pages, que le assistiessen de noche, y de dia, y à todos sus Cavalleros, para que entrassen en la sala, y le divertiessen, y que llevassen libros, y tablas de agedrez, naypes, y dados, y dinero, para que se entretuviesse con sus criados, y à sus Damas, que quando les diesse gusto baxassen à divertirle: la mas contenta muger del mundo se retirò à su Palacio, dando gracias à Dios de tenerle donde pudiesse vivir segura de sus traiciones, y quimeras. Con tanto enojo quedò Federico de vèr lo que la Reyna havia hecho con èl, que rayos parecian salirle por los ojos, y fuè bastante este desprecio, (que por tal le tenia) que todo el amor se le bolviò en aborrecimiento, y mortal rabia, y de colera que tenia, en tres dias no quiso comer bocado, aunque se le llevaba su comida con la grandeza, y puntualidad que siempre, ni acostarse, ni hablar palabra à ninguno de quantos le assistian, ni à las Damas que baxaban à divertirle; mas viendo que la Reyna no mudaba proposito en sacarle de alli, huvo de comer por no morir, mas tan limitado, que solo era bastante à sustentarle; mas desnudarse, ni hacerse la barba, ni mudar camisa, ni vestido, ni acostarse, no se pudo acabar con èl, ni aun la misma Reyna, que fuè à pedirselo, diciendole con muy bien entendidas razones, que aquella faccion èl mismo se la havia de agradecer, pues con èlla le quitaba de cometer un delito tan feo, como el que intentaba contra su hermano, y èlla tenia seguro su honor: mas Federico à cosa ninguna le quiso responder, ni hacer lo que le pedia; con que la Reyna ya resuelta, en que le havia de tener alli hasta que el Rey viniesse, le dexò, sin querer verle, mas aunque baxaba muchas veces al jardin, y para mas seguridad, porque ninguno de

sus

Digitized by Google

ſus criados le dixeſſe modo con que pudieſſe ſalir de alli, mandò à ſus criados (los que havia trahido de Inglaterra) que velaſſen, y tuvieſſen en cuſtodia à Federico, el qual à pocos meſes que eſtuvo en eſta vida, ſe puſo tan flaco, y deſemejado, que no parecia èl, ni ſu figura. Algun eſcandalo causò en la Ciudad, entre los Grandes, la priſion de Federico, y acudieron à la Reyna, à ſaber la cauſa, à lo qual ſatisfizo la Reyna, con que importaba al honor, y quietud del Rey, y ſuya, que eſtuvieſſe aſſi, haſta que ſu hermano vinieſſe; mandando que pena de la vida, ninguno aviſaſſe al Rey de eſte caſo, con que èllos mas deſeoſos, de criados confidentes de Federico, ſupieron como amaba à la Reyna, (que eſtas coſas, y mas en los ſeñores que ſe fian de criados, jamàs eſtàn ſecretas) con que todos los Grandes juzgaron, que la Reyna por la ſeguridad de ſu honor le tenia alli, y todos la daban muchas alabanzas, amandola mas por ſu virtud que antes. Eſtaba Federico tan emponzoñado, y colerico, como de ſu natural era ſobervio, y tenia ya trazada en ſu imaginacion ſu venganza, que aunque el Rey le eſcrivia, jamàs le quiſo reſponder; y ſi bien el Rey havia embiado à ſaber de la Reyna la cauſa, èlla le havia reſpondido, que ya ſabria la enfermedad que Federico padecia, y que aora mas apretado de èlla, le obligaba à no eſcrivirle.

Mas de un año paſsò en eſta vida, deſpachando la Reyna con gran valor, las coſas del Reyno, ſin que hicieſſe falta en èllas Federico, teniendo tan contentos los vaſſallos, que no echaban menos, ni al Rey, ni à èl: quando fenecida la guerra, y aſſentadas las coſas de èllá, muy à guſto de Ladislao, que como ſe viò libre de eſte embarazo, diò la buelta à Ungria, que ſabida ſu venida por la Reyna; haviendo hecho un rico veſtido para Federico, ya que ſupo que no eſtaba el Rey mas de una jornada de la Ciudad, y que los ſeñores ſe querian partir à recibirle, ſe fuè à la priſion en que eſtaba, y abriendo la puerta, le dixo: Ya Principe, es fenecida tu priſion, tu hermano viene, que eſta noche eſtarà aqui: la cauſa de tenerte, como te he tenido, mejor que yo la ſabes tu, pues no fuè para caſtigarte, ſino por vivir ſegura, y que lo eſtuvieſſe el honor de tu hermano. Ya no es tiempo que en dia de tanta alegria haya enemiſtades: ſuplicote, que me perdones, y que perdiendo el enojo que tienes contra mi, te viſtas, y adereces con eſtas galas, que de mi guſto, para ti ſe han hecho, y ſalgas con los Cavalleros que te eſtàn aguardando à recibir el Rey. Baſtantes eran eſtas palabras para amanſar otro qualquier animo menos obſtinado,

Digitized by Google

nado, que el de Federico; mas èl apoderado de todo punto de su ira, sin responder palabra à su Reyna, ni querer mudar camisa, ni vestido, ni cortarse, ni aun peynarse los cabellos, ni hacerse la barba, sino de la manera en que estaba, pidiendo un cavallo, y subiendo en èl se partiò con los Cavalleros que le aguardaban por orden de la Reyna, dexandola mal segura, y bien cuydadosa de alguna traicion, pesandole de haverle dado libertad, hasta que èlla huviera informado al Rey de todo, y mas de haver rompido el papel, que pudiera ser mejor testigo de su abono; mas viendo que ya estas cosas no ténian remedio, se encomendò à Dios, poniendose en sus manos, y resignando su voluntad en la suya. Llegò Federico adonde estaba su hermano, no en forma de Señor, ni Principe, sino de un salvage, de un esqueleto vivo, de una vision fantastica; que como baxando del cavallo le pidiò las manos, puesto ante èl de rodillas, y el Rey le viesse de tal manera, admirado le dixo: Como hermano mio, y en dia de tanta alegria, como yo traygo, por haverme Dios buelto vitorioso à mi tierra, vos que la haviades de solemnizar mas que todos, os poneis delante de mi de la suerte que os veo? Què os ha sucedido, ò como estais de esta suerte? Decidmelo por Dios, no me tengais mas confuso, que aun quando fuera muerta Beatriz, que es la prenda que en esta vida mas estimo, aun no os pudiera obligar à tanto sentimiento. Rey, y Señor, pluguiera al Cielo, que el verme como me veis, fuera la causa de la Reyna muerta, que no es pèrdida, de que os podeis apassionar mucho, pues por lo menos viviera, muriendo èlla, vuestro honor, yo vengo de la manera que la liviandad, de vuestra muger me tiene quanto ha que partistes de Ungria, y porque no son casos que puedan estàr secretos, ni lo han estado. Sabed, que desde que os fuistes, me ha tenido en una jaula de hierro, como leon, ò tigre, ù otra bestia fiera, dandome de comer por tassa, no dexandome cortar la barba, ni cabellos, ni mudar vestido, ni camisa, porque enamorada de mi, descubriò su lascivo amor, pidiendome remedio à èl, prometiendome con vuestra muerte, hacerme dueño de su hermosura, y de vuestro Reyno, y porque yo cumpliendo con la deuda, que à mi Rey, y hermano soy obligado, me ha hecho passar la vida que òis, y en mi persona veis, baxando cada dia à persuadirme, cumpliesse con su liviano, y lascivo amor, ò que alli me havia de dexar morir hasta oy; que como supo, que ya estavades tan cerca, me llevò vestidos, y diò libertad, pidiendome

Digitized by Google

con lagrimas, y ruegos, que no dixeſſe lo que havia paſſado, mas yo, que eſtimo mas vueſtro honor, y vida, que la mia, no quiſe oirla, ni hacer lo que pedia, ſino venir aſſi à daros cuenta de lo que paſſa, y del peligro en que eſtà vueſtra vida, ſi la liviana, y traydora Reyna no muere, porque ſi bien, por mi parte, y por guardar el decoro que os debo, no ha tenido efecto la ofenſa, para un Rey, y marido, baſta haverla intentado, y quien ha hecho una, no dexarà de hacer otras muchas, pues podrà ſer, acuda à otro de menos obligaciones que yo, que ſiguiendo ſu parecer os ponga en las manos de la muerte: eſta es la ſanta, la virtuoſa, la cuerda, y honeſta Beatriz, que tanto amais, y eſtimais? Ya delante de vueſtros Vaſſallos, y Cavalleros, os he dicho lo que me preguntais, y tanto deſeais ſaber, porque ſi ſe diſculpàre con vos, contando eſtas coſas de otra manera, culpandome en èllas para diſculparſe à sì, como puede ſer que lo haga, que las aſtucias de las mugeres, quando quieren apoyar ſu inocencia, y encubrir ſus traiciones, y mentiras, ſon grandes. Creed, ſeñor, que eſta es la verdad, y no la que la Reyna dixere, que ni yo le levantàra eſte teſtimonio, ſi fuera mentira lo que digo, ò pudiera ſin hacerme acuſador publico, advertiros de ſu vicioſa vida de otro modo, ò procuràra decirla con menos teſtigos de los que eſtàn preſentes: y ſi à vos ſeñor, ò à qualquiera de eſtos Cavalleros, les parece, que lo que digo, no es la verdad miſma, aqui eſtoy para ſuſtentarla, à qualquiera que en el campo quiſiere defender la parte de la Reyna, porque ſe crea, que quando yo me diſpuſe à ſacar la cara, en coſas tan peſadas, y donde eſtà de por medio el honor de un Rey, y hermano mio, ya fuy diſpueſto à ponerme à todo rieſgo: mas ſi vos, ſeñor, forzado del amor que la teneis, diſſimulando vueſtra afrenta, la quiſierades perdonar, vueſtra voluntad es ley; mas yo no tengo de eſtàr donde vea con mis ojos una muger, que ſin conſiderar, que ſoy hijo del Rey Ladislao (que Dios tiene) me quiſo hacer inſtrumento de la afrenta, y agravio de ſu eſpoſo, ſiendo mi Rey, y mi hermano, y aſſi deſde aqui os pido licencia para irme, ſin bolver mas à la Ciudad, à las Villas que me dexò el Rey mi padre, y vueſtro, à reparar del mal eſtado en que me han pueſto ſus deshoneſtas crueldades. Eſto es lo que paſſa en vueſtra auſencia, y con lo que he cumplido con la obligacion que à mi grandeza, y lealtad debo. Callò con eſto Federico, poniendoſe la mano en los ojos; que hay traydores, que haſta con lagrimas, ſaben apoyar ſus traiciones; y como el Rey aten-

Digitized by Google

atento à lo què le decia, viò demàs de lo que su presencia, tan flaca, astrosa, y mal parada le intimaba en apoyo de su agravio, y que con las lagrimas sellaba la verdad de lo que decia; creyò como facil, gran falta en un Rey, que si ha de guardar justicia, si dà un oido à la acusacion, ha de dàr otro à la defensa de èlla; mas era el acusador su hermano, y la acusada su esposa, el traydor un hombre, y la comprehendida en èlla, una muger, que aunque mas inocente estè, ninguno cree su inocencia, y mas un marido, que con este nombre, se califica de enemigo, y assi sin responder palabra, si bien, con los ojos unas veces arrojando rayos de furor, y otras veces vertiendo el humor amoroso, se dexaba sin poderle resistir, porque de verdad, amaba à la Reyna ternissimamente, mandando à su hermano le siguiesse, mandò proseguir la jornada à la Ciudad. Gran rumor se levantò entre los Cavalleros, platicando unos con otros sobre el caso; si bien huvo algunos que defendian la parte de la Reyna, diciendo, ser testimonio, porque su virtud, y honestidad la acreditaba, los mas eran de parecer contrario, y todos se resumian, en que no se atreviera Federico à manifestar publicamente un caso de tanto peso, si no fuera verdad; sin esto veìan, que hasta entonces, no tenian otro Principe, y que à falta de su hermano, le tocaba por derecho la embestidura del Reyno, y no quisieron, por bolver por la Reyna (aunque estuviesse inocente) enemistarse con èl. Con esto caminaron todos, y el Rey tan triste, que en todo lo que durò el camino, no le oyeron mas, que penosos suspiros, sacados de su apassionado corazon, batallando en èl, el honor, y el amor, el agravio, y la terneza de su hermano, y su esposa, que al cabo de la lid, èlla, como mas flaca, ò mas desdichada, quedò vencida. Antes de entrar en la Ciudad, donde llegò casi de noche, mandò, que una esquadra de soldados, se adelantasse, y cercassen el Palacio, sin que dexassen entrar, ni salir persona en èl, porque no avisassen à la Reyna, y se escapasse; y que de camino llevassen para que las fiestas prevenidas à su entrada cessassen, y si havia luminarias encendidas, se quitassen todas, que hecho como lo mandaba, ya cerrada la noche, entrò en Palacio, despidiendo à la puerta de èl, todo el acompañamiento, y demàs gente, y subiendo con solo su hermano, Guardia, y algunos Monteros de su Camara, à los corredores, adonde à la puerta de la sala estaba la santa, y hermosissima Reyna Beatriz, con sus Damas, bizarramente aderezada, que aunque cercada de temores,

Digitized by Google

y pesares, se havia compuesto con gran cuydado para recibir al Rey, como le viò con los brazos abiertos fuè à recibirle. Quien podrà en este passo ponderar el enojo del Rey; digalo el entendimiento de los que le escuchan; pues ciego de ira, retirandose atràs, por no llegar à sus brazos, alzò la mano, y la diò un bofetòn, con tan grande crueldad, y fuerza, que bañada en su inocente sangre, diò con èlla à sus pies, y luego, sin mas aguardar, ni oìrla, llamando à quatro Monteros, que en todo el Reyno no se hallaban hombres mas crueles, y desalmados, pues por su sobervia, y mala vida eran de todos aborrecidos, les mandò tomassen à la Reyna, y la llevassen à los mas espessos, y fragosos montes que huviesse en el Reyno, y que en parte donde mas aspero, è inhabitable sitio hallassen, la sacassen los ojos, con que por mirar deshonesta havia causado su deshonor, y que hecho esto se la dexassen alli viva, para que siendo su muerte dilatada, sintiesse mas pena por el delito que havia cometido contra èl, y su amado hermano, y diciendole que se viniesse con èl, se entrò en su quarto, mandando retirar al suyo todas las Damas, que llorando amargamente tenian cercada à la Reyna, que con lagrimas se despedia de todas, diciendo, que pues Dios queria que padeciesse assi, que no la llorassen, que èlla estaba muy conforme con su voluntad. Al entrarse Federico con el Rey, le dixo: Ana Beatriz, muere, pues me matas, que pagarme tenias el tenerme enjaulado como leon; à lo que la santa señora respondiò: Ah, traydor! Y como te tiene ciego el demonio, que no juzgas, que es mejor morir inocente, que no vivir culpada! Y mas quiero morir en las garras de los brutos animales, que no vivir en tus deshonestos brazos, ofendiendo à Dios, y à mi esposo; lo que siento es, que haya sido tan grande su engaño, que haya dado credito à tus traiciones, sin averiguar la verdad. Con esto se entraron todos, como el Rey havia mandado, y los Monteros tomaron à la Reyna, y partieron con èlla à executar la orden que llevaban. Que hay que moralizar aqui en la crueldad de este hombre, pues lo que tanto havia amado, como decian sus tristezas, y furores, segun publicaba, porque no consintiò en sus lascivos apetitos, ofendiendo à Dios, y à su marido, lo puso en el estado que oìs: cierto, señores Cavalleros, que aqui no hay disculpa en apoyo de los hombres, ni razon que os acredite, ni aun vosotros mismos, que tantas hallais contra las mugeres, la hallarèis en vuestro favor. Y vosotras, hermosas Damas, que mayor desengaño quereis, ni buscais,

Digitized by Google

cais, ni le podreis hallar, si deseais tener alguno que os estorve de ser faciles; mas temo que os pesa de saberlos, porque pecar de inocencia, parece que tiene disculpa, mas de malicia, es quiebra que no se puede soldar, y quisierades no oìr tantos desengaños, porque vosotros os quereis dexar engañar; pues en los tiempos passados, y presentes hallareis que los hombres son unos.

Los que llevaban à Beatriz, caminaron con ella toda la noche, y otro dia siguiente, y al medio del tercero llegaron con èlla à un monte de espessas matas, y arboledas, distante de la Corte mas de diez leguas, y en una quiebra de las peñas, que parecia en la profundidad, que baxaban à los abismos, sin tener piedad de su hermosura, y mocedad, ni de sus lagrimas, ni enternecerse de las lastimosas palabras que decia, con que les asseguraba su inocencia, y les pedia, que ya que la havian de dexar alli no executassen del todo la rigurosa orden del Rey, privandole la luz, siquiera porque viesse su muerte, quando las fieras la executassen. Le sacaron los mas bellos ojos que se havian visto en aquel Reyno. Estaba en poder de hombres, que maravilla: cegar, y engañar, parece assi en el modo, que es todo uno, pues el que està engañado, se dice, que està ciego de su engaño: luego hasta en sacarle los ojos cumplieron estos con el oficio de hombres contra esta muger, como hacen aora todos con todas. Hecha esta crueldad, pareciendoles que no havia de vivir, supuesto, que quando no la matassen las fieras, moriria del dolor de las heridas, ù de hambre; pues no tenia vista para buscar el necessario sustento, le quitaron las ricas joyas que llevaba, y no sè como no hicieron lo mismo del vestido; pues competia en riqueza con las joyas: debiò de ser por no embarazarse con èl, ò porque Dios lo ordenò assi, y hecho esto, dexandosela alli, se partieron. Como quedaria la hermosa Reyna, ya se vè puesta en los filos de la guadaña de la ayrada muerte, que como la sentia tan cerca no hacia mas de llamar à Dios, y su divina, y piadosa Madre, tuviessen misericordia de su alma, que ya de el cuerpo no hacia caso, ofreciendoles aquel martirio; quando à poco mas de media hora que assi estaba, sintiò passos, y creyendo seria algun osso, ò leon, que la venia à despedazar, llamando con mas veras à Dios se dispuso à morir, mas ya que mas cerca sintiò los passos, oyò una voz de muger, que le dixo: Què tienes, Beatriz, de què te afliges, y lamentas? Ay señora! respondiò la afligida Dama, quien quiera que seais, que como no tengo ojos, no os veo; pues vos los teneis,

Digitized by Google

neis, y me veis, y conoceis, pues me llamais de mi proprio nombre, por què me preguntais de què me lamento? No me vès, respondiò la muger, pues aora me veràs; que aunque Dios ha permitido darte este martirio, aun no es llegado tu fin, te faltan otros que padecer: que à los que su divina Magestad ama, regàla assi; y diciendo esto, y tocandole con la mano los lastimados ojos, luego quedaron tan sanos, como antes de sacarselos los tenia, y aun muy mas hermosos, que como Beatriz se viò con èllos, mirò por quien le havia hecho tan gran bien, y viò junto à sì una Muger muy hermosa, y con ser à su parecer muy moza, tan grave, y venerable, que obligaba à tenerla respeto: y pareciòle assimismo que la havia visto otras veces, mas que no pudiesse acordarse en donde. Pusose de rodillas la hermosa Reyna, no porque la tuviesse por deydad, aunque su grave rostro daba indicios de ello, sino por agradecida al beneficio recibido; y tomandole las manos, se las empezò à besar, bañandoselas en tiernas lagrimas, diciendo: Quien soys señora mia, que tanto bien me haveis hecho, que aunque me parece, que os he visto, no me acuerdo donde? Soy una amiga tuya, respondiò la Señora, y la verdad es, que me has visto muchas veces, mas por aora no conviene que sepas mas de mi, que lo que vès; y tomandola por la mano la levantò, y abrazò, y luego sacando una pequeña cestica, con pan, y algunas frutas, y una calabacita con agua, porque en la parte que estaban no la havia, que hasta de este bien la privaron sus rigurosos verdugos, buscando el lugar, donde como havia de morir de hambre, muriesse tambien de sed: mandò que comiesse, y Beatriz lo hizo, que como tenia necessidad de èllo, rogando à la Señora comiesse tambien; à lo que respondiò, que no tenia necessidad de comer, que comiesse, porque havian de partir de alli luego; y mientras Beatriz comia, se sentò junto à èlla, y la hermosa Reyna no hacia, sino mirarla, porfiando con su memoria, para traher à èlla adonde la havia visto, de que la Señora se sonria. Acabada la comida, que à Beatriz le pareciò, que estaba mas contenta con èlla, que con los varios, y ostentosos manjares del Real Palacio, siendo dos horas antes de anochecer, la tomò la hermosa Señora por la mano, y dando bueltas por las peñas, unas veces baxando, y otras subiendo, la sacò de entre ellas à un agradable, y deleytoso prado, cercado de espessos alamos, chopos, y sauces, de que se formaba una hermosa alameda; y en medio de la qual havia una clara, y cristali-

na

Digitized by Google

na fuente, donde parando junto à èlla, le dixo: Aqui, Beatriz, te has de quedar, que no tardarà en venir, quien te lleve donde descances por algunos dias: sigue tu virtud con animo, y paciencia, que es de la que mas se agrada Dios, que haciendolo assi, te amparará en muchos trabajosos lances, en que te has de vèr, donde has menester, que muestres la alta sangre de donde desciendes: quedate con Dios, à quien ruego, y rogarè, que te ayude, y socorra en èllos, y confia en èl, que con esto le hallaràs en los mayores aprietos, y tornandola à abrazar, no aguardò respuesta, ni Beatriz se la pudiera dàr, tan ahogada la tenia el sentimiento de verla partir, solo le respondiò con un diluvio de lagrimas que empezò à verter de sus lindos ojos, y bolviendo à mirar por donde iba, la viò, que largo passo caminaba, hasta que se encubriò con la espessura de los arboles, dexando con su ausencia tan embelesada à Beatriz, que le pareciò quedar sin alma, ni vida, porque la vida, y alma se le iba, siguiendo las pisadas de aquella señora, reparo de sus desdichas, no pudiendo enjugar los lloroso ojos que à rios se descolgaban las perlas de èllos. Sentòse, ya que la huvo perdido de vista, junto à la fuente, y lavandose la cara, y las manos, que estaban manchadas del fino rosicler, que havian vertido sus ojos, quando se los sacaron sus crueles, y carniceros verdugos. Estuvo assi hasta poco antes de anochecer, trayendo à la memoria los sucessos que havian passado por èlla, y pensando à bueltas de èllos, en quien seria tan sabia muger, que no solo le havia restituìdo las perdidas luces, mas profetizandole lo que havia de passar por èlla, quando sintiendo venir tropel de cavallos, y gente, muy temerosa mirò à la parte donde havia sentido el ruìdo, y viò salir de entre los arboles hasta diez, ò doce hombres en forma de cazadores, con halcones, y perros, y entre èllos uno, que parecia ser el señor de los demàs, en el costoso vestido, y magestad de su rostro. Era de mediana edad, galàn, y de afable cara, y amable presencia, que como llegaron à la fuente se apearon todos de los cavallos, llegando à tener el del Cavallero, para que hiciesse lo mismo, que como el Cavallero llegasse donde Beatriz estaba, juzgò de verla, lo que èlla de verle à èl, que era persona de porte, segun mostraba en su aderezo, y hermosura, que no sè que se tiene la nobleza, que al punto se dà à conocer, y assi le hizo una cortès reverencia, à lo que Beatriz, respondiò con lo mismo. Llegò el Cavallero, y en la cristalina agua matò la sed, y se lavò las manos, y rostro del polvo, y

Digitized by Google

ſudor, que ocaſiona el guſtoſo exercicio de la caza, ſentandoſe junto à Beatriz, en lenguage Aleman, que ella bien entendia, le dixo: Hermoſiſſima ſeñora, admirado eſtoy de ver en una parte tan lexos de poblado, y ſola à una muger de tanta belleza, y rico adorno, pudiendo eſta ſoledad, y aſpereza ocaſionar algun daño contra vueſtro honor, y vida; ſi vinieran por eſta parte muchos ſaltaedores, y vandoleros que hay por eſtas montañas. Suplicoos, para que yo por ignorar quien ſoys, no cayga en alguna deſcorteſia, me ſaqueis de eſte cuydado, diciendome quien ſois, y que fortuna os ha trahido por aqui? No quiſo Beatriz, que aquel Cavallero, ya que la veia tan ſin compañia, en tal lugar, por encubrir ſu grandeza, que le perdieſſe el decoro, teniendola en menos, y aſſi en la miſma lengua Alemana le dixo: Señor Cavallero, yo ſoy una muger de calidad, que por varios accidentes deſgraciados ſalì de mi tierra, y ellos miſmos (que quando la fortuna empieza à perſeguir no ſe contenta con poco) han ocaſionado el apartarme de mi compañia: y ſuplicoos, por lo que à corteſia debeis, que no querais ſaber mas de mi, porque no me và en callar menos que la vida; ſolo os pido me digais quien ſois, y en que tierra eſtoy, y ſi eſtà muy lexos de Ungria: Señora hermoſa, mas que quantas he viſto; yo os beſo la mano por la merced que me haveis hecho, en lo que me haveis dicho; y para ſatisfaceros à lo que deſeais ſaber: Os digo, que eſtais en el Imperio de Alemania: Ungria, aunque no eſtà muy lexos, es otro Reyno diſtinto de eſte; y yo me llamo el Duque Octavio, ſoy ſeñor de toda eſta tierra, y mi Eſtado, por la miſericordia de Dios, de los mayores del Imperio, por ſer Potentado de èl: dos leguas de aqui eſtà una Villa mia, de donde ſalì oy à cazar, ſi ſois ſervida (porque ſentirè mucho que os quedeis en tan peligroſa parte eſta noche, y aſſimiſmo, porque no es decente, ni bien parecido, que tanta hermoſura eſtè ſola en el campo) de veniros conmigo, yo sè, que ſereis muy bien recibida, y regalada de la Duqueſa mi muger, por darme guſto, y porque vos lo mereceis. Nuevamente agradecida, reſpondiò Beatriz al Duque, aceptando la merced que le ofrecia; y finalmente el Duque la llevò conſigo, tan contento, como ſi huviera hallado un teſoro, no porque la apeteciò con amor laſcivo, ſino forzado de una ſecreta eſtrella, le cobrò tanto amor, como ſi fuera ſu hermana. Llegados à ſu Palacio, la entregò à ſu muger, que era una hermoſa ſeñora, aunque ya caſi de la edad del Duque, contandole como la havia hallado;

que

Digitized by Google

que si bien al principio la Duquesa no se assegurò de que viniesse con el Duque tan hermosa Dama, dentro de poco tiempo se assegurò de la inocencia con que el Duque la havia trahido, viendo la honestidad, y virtud de Rosimunda, que assi dixo que se llamaba, porque otro dia, quitandose los ricos vestidos que llevaba, los guardò, vistiendose de otros que le diò la Duquesa, mas honestos, con lo qual la Duquesa, y el Duque la amaban ternissimamente, alabando, y bendiciendo el dia en que la havian hallado. Dexemos aqui à Beatriz, siendo el govierno de la casa del Duque, y el idolo de èl, y de la Duquesa, que importa bolver à Ungria, donde dexamos al traydor Federico, y al engañado Rey Ladislao, el qual con la precipitacion de la ira que le causò la relacion de su hermano contra la Reyna le havia dado, la mandò llevar, sin haver mas averiguacion de la verdad, ni oirla. Entrando en su camara se acostò, y passando algun espacio de tiempo, ya algo mas sossegado, le diò un pensamiento, si seria verdad lo que su hermano le havia dicho, acordandose con la honestidad, y amor que la Reyna le havia salido à recibir, no pudiendo partir de los ojos de su hermosura, pareciendole, que si la Reyna le huviera hecho ofensa, que no se atreviera à ponerse delante de èl, supuesto que se podia temer de Federico, pues no havia querido hacer lo que le havia pedido, en razon de mudar de trage, y con este pensamiento, mandò llamar las Damas mas queridas de la Reyna, de las quales se informò, que havian entendido en aquel caso, las quales le dixeron; que jamàs havian visto en la Reyna assomo de tal pensamiento, antes tenian orden suya para no dexarla sola, quando estuviesse alli el Infante: y que de la prision no sabian mas, de que despues de haverla hecho con gran secreto, le havia llevado à ella por engaño, donde si el Infante no estuviera tan enojado de verse assi, no le havia faltado su regalo, como si estuviera en su libertad, que ellas no sabian otra cosa, ni jamàs la Reyna havia comunicado con ellas su intencion, y esto lo decian con tantas lagrimas, que obligaron à que el Rey las ayudasse, y mas se aumentò quando vinieron los que la havian llevado, y le contaron todo lo sucedido, que fuè tanta la pena que le causò, que llegò casi à los fines de la vida, sin que fuesse parte el traydor hermano à consolarle, aunque mas consuelos le procuraba: tanto, que le pidiò licencia para ir à buscar à la Reyna, no siendo la intencion del traydor hallarla para su hermano, sino de gozarla, y luego quitarle la vida. Al fin, aunque el Rey le negò la licencia, se la

tomò

Digitized by Google

tomò èl, llevando consigo uno de aquellos que le havian llevado, para que le enseñasse la parte donde havia quedado; mas quando llegaron, ya la Reyna estaba muchas leguas de alli, como se ha dicho. Cansados de buscarla, y no hallando rastro de ella, ni un hilo de los vestidos, que si la huvieran muerto las fieras, estuvieran esparcidos por el campo; desesperado de ver quan mal se le lograban sus deseos, se sentò en una dè aquellas peñas, mientras el Montero todavia la buscaba, y ardiendose en ira de no hallarla para cumplir sus deshonestos apetitos, tomando en esto, y en matarla venganza del desprecio que havia hecho de èl, pensando quan desacordado havia sido de no irse con los que la havian llevado, viò baxar por una senda, que entre las peñas se mostraba, aunque mal usada, y aspera, un hombre vestido à modo de Escolastico, de horrible rostro, y que parecia de hasta quarenta años. Trahia un libro en la mano, dando con èl muestra, de que professaba ciencia, que como llegò à èl, le dixo: Norabuena estè el noble Federico, Principe de Ungria. En la misma vengais Maestro, respondiò Federico, admirado de que aquel hombre le conociesse, no conociendole èl; y prosiguiendo el Doctor, que assi le llamarèmos, dixo: Que estàs pensando Principe, en quien soy, ò como te conozco? Pues mas sè yo de ti, que tu de mi; pues solo por saber con el cuydado en que estàs, y à remediartele vengo de muy estrañas, y remotas tierras, no haviendo un quarto de hora, que estaba de essa parte de los montes Rifeos, donde tengo mi morada, y habitacion, por ser la mas conveniente para exercitar mis artes. Soy, para que no estès suspenso, un hombre, que he estudiado todas las ciencias; y sè lo passado, y por venir, he andado quantas Provincias, y tierras hay del uno al otro Polo; porque soy Magico, que es la facultad de que mas me precio, pues con ella alcanzo, y sè quanto passa en el mundo; y soyte tan aficionado, que sin que tu me hayas visto, te he visto yo à ti muchas veces sin mas interès que el de tenerte por amigo, y que tu me tengas à mi por tal, como lo veràs en el modo con que ayudo en el cumplimiento de tus deseos; mas ha de ser con una condicion, que este secreto que passa entre los dos, me has de dar palabra, como quien eres, de jamàs decirle à nadie, ni aun al Confessor, aunque te veas en peligro de la muerte, porque solo en esto estriva la fuerza de mi ciencia; y como esto hagas, no solo te dirè cosas que te admires, mas te pondrè en tu poder lo que deseas, para que cumplas tu voluntad: Mira si te determinas à esto, y hagamos

la

Digitized by Google

la pleyresía, para que yo estè seguro, y sino me irè por donde he venido. Que le pidieran en esta ocasion à Federico, y mas prometiendole el Dotor lo que le prometia, pues con lo que le respondiò fuè con los brazos, y luego con prometerle guardar tan inviolablemente el secreto, que aun en la hora de la muerte no le descubriria, ni aun al Confessor. Hecho, pues, el pleyto omenage, se sentaron juntos, y el Dotor le dixo: En primer lugar te digo, que por aora no hallaràs lo que buscas, ni es bien que lo halles, porque el dia que tu hermano llegue à ver à Beatriz, que viva es, y con ojos, aunque se los sacaron, el como los tiene, no he podido alcanzar, porque ha sido por una secreta ciencia, reservada al Cielo, y està en parte donde es muy estimada, y querida, pero te advierto, que el dia que Ladislao llegue à verla, ten por segura tu muerte, porque apenas se dirà la verdad del caso, quando el Rey la ha de creer; y bien ves en esto tu peligro, y assi lo que hemos de procurar es que salga de donde està, y despues de haverla violado el honor, y la castidad conjugal, de que ella tanto se precia, la quites la vida, pues de esto conseguiràs dos cosas de mucha utilidad. La una, que no se descubra tu traicion, pues muriendo ella, no se sabrà, y quitaràs de contra ti uno de los mayores enemigos que tienes; porque te advierto que lo es, y muy grande. Y la otra, que si ella muere, tu hermano no se casarà jamàs, porque la ama (aun con lo que le has dicho) tan tiernamente, que no le ha de agradar muger ninguna, como no sea su Beatriz, y tu has de ser Rey de Ungria: Supuesto esto, y que yo vengo à assistirte, y ayudarte, desecha tristezas, y el amor que la tienes, y buelvele en venganzas, que es lo que te importa, que quando sea tiempo yo te avisarè; mas mira que te buelvo à requerir el secreto, porque si otra persona en el mundo sabe estas cosas, ni yo te podrè ayudar, ni tu conseguiràs lo que deseas. Embelezado estaba Federico escuchando al Dotor, viendo, como le decia sus mas intimos pensamientos, y mucho mas, de que la Reyna fuesse viva, y tuviesse vista, mas no quiso apurar en esto la dificultad, antes tornandole à abrazar, y prometiendole de nuevo el secreto, y muchas mercedes, y jurando, que el dia que cogiesse à la Reyna en su poder no se contentaria con darle una muerte, sino dos mil si pudiesse ser. Venido el Montero, dieron la buelta à la Ciudad, y llegados à ella hallaron al Rey muy malo, y tanto, que temian el peligro de su vida; que como las Damas de la Reyna le informaron tan diferente de lo que Federico le

havia

Digitized by Google

havia dicho de su virtud, indeciso de la verdad, ò mentira, como el amor, por su parte hacia lo que le tocaba, se indignaba mas à creer, que la Reyna havia padecido inocente, que culpada, y se afeaba à si mismo la ira con que la havia embiado à dar la muerte, sin hacer primero averiguacion del agravio, porque la havia condenado, pues como Federico viò al Rey en este estado, temiendo, que si averiguaba lo contrario, de lo que èl havia dicho, corria su vida à opinion, y peligro; fuè con proposito à su Dotor de advertirselo, mas no tenia necessidad de ello, que èl estaba bien advertido, y para acreditarse mas de su sabiduria, antes que Federico le hablasse sobre ello, le dixo: Quando no fuera de mas importancia mi venida à servirte, ò Principe valeroso, que de salvar tu vida, como en esta ocasion lo harè, la doy por bien empleada. Tu hermano està muy sospechoso, de que la Reyna estè culpada, y si se desengaña ha de correr riesgo tu vida: toma este anillo, y pontele en el dedo del corazon, y entra à hablarle, y buelvele à indignar contra la Reyna, que en virtud de èl te creerà de quanto le dixeres, porque hallo por mi sabiduria, que el Rey no ha de morir de este mal; y assimismo, que èl de su voluntad te ha de heredar en el Reyno, y es mejor, que no alcanzarle violento, porque con esto no ganarias la voluntad de los vassallos, y dandotele el Rey, si. Tomò Federico el anillo en que havia estampados algunos caracteres, y cifras, admirado de como el Dotor le adivinaba la imaginacion, teniendose por el hombre mas dichoso del mundo, en tenerle por amigo, y poniendosele en el dedo, entrò donde el Rey estaba, que como le viò, obrando en èl la fuerza del encanto, le dixo: que fuesse bien venido, alegrandose mucho con èl, y preguntandole, si havia hallado lo que iba à buscar, Federico le dixo, que no, porque no havia hallado mas de los vestidos, indicio de que alguna fiera havia comido otra fiera; y viendo que el Rey havia suspirado, le dixo: Y como, señor, en esso estimas tu honor, y el mio, que haces sentimiento, por haver muerto, quien à ti, y à mi nos quita la vida? A ti ofendiendote en el honor, y à mi por no querer ser el verdugo de èl, en tenerme, como me tuvo tanto tiempo. Consuelate, por Dios, y ten por seguro, que si no estuviera culpada, el Cielo la huviera defendido, que es amparo de inocentes; mas ya que ha permitido que pague su culpa, no ha sido sin ocasion. No puede mas el amor que à aquella muger engañosa tenias, que tu honor; tratemos de tu salud, que es lo que importa, que no ha sido acaso

Digitized by Google

so lo sucedido. Estas, y otras cosas que Federico dixo à su hermano, dandole credito en virtud del encantado anillo, fueron parte para que en algo se aquietasse, mas no para alegrarle, que en esto no tuvo remedio, porque en mucho tiempo no le vieron reir. Sano ya Ladislao de su enfermedad, en cuya cura se mostrò el gran saber del Dotor de Federico, que assi le llamaban, le pidieron los vassallos, que se casasse, à lo qual dandoles bastantes causas para no hacerlo, les dixo, por ultima resolucion: Que si pedirle cosa tan fuera de su gusto, como sujetarse segunda vez à un yugo tan peligroso, y con tantos azares, como el del matrimonio; lo hacian por tener herederos, que alli estaba Federico su hermano, à quien desde aquel punto juraba, y nombraba por Principe heredero; y les rogaba, que ellos hiciessen lo mismo, y con esto que el Rey hizo, fuè Federico jurado por Principe de Ungria, que aunque no era muy afecto al Reyno, por conocerle sobervio, y travieso, y mas desde que havia sucedido el suceso infeliz de la Reyna, viendo que era voluntad del Rey, y que por muerte suya le venia derechamente el Reyno, huvieron de obedecer. Todas estas cosas llegaron en lenguas de la parlera fama, al Reyno de Inglaterra, con las quales, los Reyes padres de Beatriz, recibieron tanta pena, qual era justo: Unas veces no creyendo que en la virtud que de su hija havian conocido que fuesse verdad, y otras juzgandola muger, de quien por nuestra desdicha, se cree mas presto lo malo, que lo bueno, y para assegurarse mas del caso, embiaron Embaxadores al Rey Ladislao, que llegados à Ungria, è informados del caso, se bolvieron tristes, y mal satisfechos, assegurando à sus Reyes, quan justamente Ladislao havia castigado su culpa, con que se escusaron las guerras que sobre esto se pudieran causar.

Poco menos de un año havia passado, que Beatriz estaba en casa del Duque con nombre de Rosimunda, tan amada de todos, que si los hijos que tenia el Duque no tuuieran estado, la casàra el Duque con uno de ellos, tan aficionados estaban èl, y la Duquesa de su virtud, y honestidad; y el mal Dotor en la Corte de Ungria, tan amado de su Rey, y Principe, que no hacia mas de lo que èl ordenaba, tan sujetos los tenia à su voluntad, quando un dia le dixo à Federico, que ya era tiempo que se empezasse la guerra contra Beatriz, que havia mucho que gozaba de la amada paz; y que para esto era fuerza partir juntos de la Corte; que pidiesse licencia al Rey, dandole à entender que iban à vèr unos Torneos que en la Corte de Polonia

Digitized by Google

lonia se hacian. Supolo tan bien negociar el Principe, que aunque contra su voluntad, alcanzò licencia por un mes, y diciendo, que queria ir encubierto, partiò de la Corte con el Dotor, y dos criados, que era el modo con que podia ir à menos costa, y mas seguro, que con las artes del Dotor, fuè muy breve el camino, en el qual avisò el Dotor à Federico, que quando quisiesse no ser conocido, estaba solo en su voluntad, porque el anillo que le havia dado tenia essa virtud, como la de ser creìdo, de mudarle el rostro, quando fuesse su gusto, y desconocerle, que pareciera otro. Con este advertimiento llegaron una noche à la Villa (donde el Duque, en cuya casa estaba Beatriz) y entrando en el Palacio Federico seguro con su anillo, de no ser conocido, y el Dotor en sus Artes, de no ser visto: lo que hizo el Dotor fuè, llegar sin que le viessen, y poner à la inocente Beatriz en su manga una carta cerrada, y sellada con el sobre escrito à otro gran Potentado de Alemania, por quien el Duque se havia retirado de la Corte à sus Estados, que sobre cosas tocantes à la Corona, havian tenido palabras delante del Emperador, ocasionado de esto haver salido los dos à campaña, y quedar de esta faccion muy enemistados. Tanto, que se procuraban el uno al otro la muerte; y otra abierta, dando muestra de haver sido leìda, con la sobre cubierta à Rosimunda: y hecha esta prevencion diabolica, acompañado de Federico, que en virtud de su anillo no podia ser conocido, sino de quien era su voluntad, se fueron otro dia al Palacio, à tiempo que el Duque, y la Duquesa, y con ellos Beatriz, que nunca los dexaba, estaban oyendo cantar los musicos, que assistian al Duque, y entrados dentro de la misma sala, Federico se quedò junto à la puerta, y el Dotor passando adelante, llegò al Duque, y le dixo: Poderoso Señor, la descortesìa de entrarme sin licencia, bien sè que me la perdonaràs, quando sepas à lo que vengo: no te quiero decir quien soy, pues mis obras en tu servicio daràn testimonio de mi persona, y la facultad que professo. Estando poco ha en los montes Rifeos, donde cerca de ellos tengo mi habitacion, me puse à mirar las cosas que en el mundo han de suceder desde oy à mañana, y entre otras muchas hallè, que en este señalado tiempo que digo, has de morir à traicion à manos de un enemigo tuyo, à quien ha de dar entrada en tu camara una persona de tu Palacio de las que mas amas: quien sea, no està otorgado del Cielo que yo lo sepa: y viendo quan gran daño se seguiria si tu faltasses del mundo, por ser como eres

un

Digitized by Google

un Principe tan magnanimo, y de tanto valor, y prudencia, y que por tus muchas virtudes te soy muy aficionado, he venido à toda diligencia, ayudado, y acompañado de mis familiares confidentes, à darte aviso de que mires por ti: y para que consigas, y sepas lo que à mi me ha negado la poderosa mano, mira quantos al presente se hallan en tu Palacio, que en su poder hallaràs quien te assegure de la verdad, y el Cielo te guarde, que no me puedo mas detener. Dicho esto, sin aguardar mas respuesta, se saliò con su compañia, y se fueron à emboscar en aquellas arboledas cerca de la fuente donde el Duque hallò à Beatriz, que alli los aguardaban los dos criados de Federico.

Alborotòse el Duque, y la Duquesa con tales nuevas, y mandando cerrar las puertas de Palacio por su misma persona, no dexò el Duque ninguna posada, cofre, arca, ni escritorio, ni aun los mas secretos rincones de las posadas de los criados, tanto de los oficios mayores, como de los inferiores, sin exceptuar las mismas personas: y viendo que por aquella parte no hallaba lo que aquel sabio hombre le havia dicho, subiò donde estaba la Duquesa bañada en lagrimas, è hizo lo mismo con las criadas, sin que quedasse cosa por mirar; de modo que ya no faltaba sino Beatriz, y los escritorios de la Duquesa, y casi por burla la dixo: Y tu Rosimunda, seràs acaso la que guardas el secreto de mi muerte? Señor, respondiò la inocente Dama, con mi vida quisiera yo alargar la tuya, como quien tantos beneficios ha recibido, y recibo de èlla. Mas porque no es justo, que me reserves à mi entre todos, te suplico hagas conmigo lo que con los demàs, que yo creo tan poco en estas fabulas, ni encantos, que tengo por sin duda, que es algun mentiroso engaño, para darte este susto. Assi me parece, dixo el Duque, mas como dices, por no hacer agravio à los demàs, quiero tambien mirarte à ti, y riendose le entrò la mano en la manga, donde hallando las cartas, y mirando los sobrescritos, viò que el uno de la que estaba abierta, era la letra misma de su enemigo el Conde Fabio, y leyendole, decia de esta suerte: A la hermosissima Rosimunda. La cerrada era de letra de Beatriz, y esta decia: Al Excelentissimo, y poderoso Conde Fabio. Abriò la que no tenia sello, y leyendola en alto, que de todos fuè oìda, decia assi:

Los agravios, y deshonores recibidos del Duque Filiberto, hermosa Rosimunda, estàn pidiendo venganza, pues como sabràs del tiempo que assististe en su casa, llegaron à dexarme señalado en el rostro, y en el mundo,

por

Digitized by Google

por hombre ſin honra: y aunque he procurado con todas veras ſatisfacerme, no me ha ſido poſſible, que los cobardes miran mucho por ſu vida, y aſſi es fuerza valerme de la induſtria, ſi para quitarſela en deſagravio de mi afrenta me la dàs, y lugar para hacerlo, como quien en ſu caſa lo puede todo: con lo que te pagarè eſte beneficio ſerà con hacerte dueño mio, que por las nuevas que tengo de tu hermoſura lo deſeo, y ſeñora de mi Eſtado. La reſpueſta, y reſolucion de eſte caſo daràs à quien te diere eſta, que es leal confidente mio.

El Conde Fabio.

Eſtaba la letra tan parecida, y la firma tan bien contrahecha, que no havia que poner duda, que la carta era del Conde. Abriò el Duque la cerrada, que decia aſſi:

Tienenme tan laſtimada, Conde Excelentiſſimo, los agravios que del Duque has recibido deſde el dia que lo ſupe, que qualquiera encarecimiento que diga ſerà corto, y aunque los beneficios de el Duque recibidos me pudieran tener obligada, mas debo al ſentimiento de tu agravio como lo veràs en la ocaſiòn que me has pueſto, que dar lugar à que las perſonas como tu ſe deſagravien, no lo tengo por traìcion, y ſupueſto que es aſſi, y que de tu confidente sè quan cerca eſtàs de eſta Villa, entra con èlla, y ven mañana ya paſſada de media noche, à la puerta traſera de eſte Palacio, que es adonde caen las ventanas de mi poſada, trayendo por ſeña en el ſombrero una vanda blanca, para que no padezca engaño, por donde te arrojarè la llave, con que podràs tu, y los que te acompañaren entrar. Y dete el Cielo valor para lo demàs, que en razon de la merced que me prometes, no la acepto haſta que me veas, que podrà ſer que entonces te parezca la fama que de mi hermoſura tienes, mas mentiroſa que verdadera. El Cielo te guarde.

Roſimunda.

Tan aſſombrado quedò el Duque de vèr las cartas, y conocer la letra, y firmas, como Beatriz de que ſe huvieſſen hallado en ſu poder: era de modo, que ni el Duque hablaba para culparla, ni èlla para defenderſe, ſino con las hermoſas lagrimas, que hilo à hilo caìan de ſus lindos ojos: y no hay duda, de que ſi no ſe acordàra de las razones que la hermoſa Señora, le dixo quando ſe apartò de ella en la fuente, de lo que le faltaba, por padecer, ſe quitàra la vida para ſalir de una vez de tantas penas: y aun del Duque ſe cree, que le pesò mas de hallar las cartas en ſu poder, que de la traìcion, que veìa armada contra ſu vida, y que diera la mitad de ſu Eſtado, porque no fuera hallada en èlla, y mas la Duqueſa como muger, que veìa la vida de ſu marido en balanzas, y la maldad de una

mu-

Digitized by Google

muger que tanto amaban, y à quien tantos beneficios havian hecho: como muger sin juicio daba voces que la matassen, diciendole mil afrentas; à lo que la inocente señora no respondia mas que con su amargo llanto, no pudiendo imaginar por donde le havian venido à su poder aquellas cartas que no havia visto ni pensado, si bien se persuadia eran puestas por algun embidioso de su privanza, que contrahaciendo su letra, y firma, ordenò tal traicion: y viendo que para èlla no havia mas disculpa que la de Dios, como quien sabia la verdad podia ordenar, callaba, y lloraba, de que el Duque compadecido, la mandò retirar à su camara, con orden, que no salieffe de ella, bien contra la voluntad de la Duquesa, que no queria sino que muriesse. Idà Beatriz, lo primero que el Duque hizo, fuè poner buena guardia en su Palacio, y luego sin dexar casa, ni posada en toda la Villa que no se mirasse, mandò buscar el tal confidente del Conde Fabio, mas no fuè hallado, aunque para mas satisfacion, le truxeron quantos forasteros en ella havia: y assimismo informado de todos quantos en su Palacio estaban, si havian visto à Rosimunda hablar con algun forastero, y diciendo todos que no, creyendo que era mas la traicion contra Rosimunda, que no contra èl, por descomponerla, y lastimado de ello, y movido à piedad de su hermosura, honestidad, y virtud, y la paciencia con que llevaba aquel trabajo, y lo que mas es, guiado por Dios, que no queria que Beatriz muriesse, haviendole dicho que la Duquesa viendole remisso en darla muerte, estaba determinada à darla veneno, sin que la Duquesa lo supiesse, ni el querer verla, porque no le diesse mas lastima de la que tenia, la mandò sacar una noche, al cabo de dos dias que estaba presa, y que dos criados suyos la llevassen, y la pusiessen junto à la fuente donde la havian hallado, sin hacerla mas daño que dexarla alli, y assi fuè hecho, que como la fuente no estaba mas de dos leguas de la Ciudad, y partiessen con èlla al primer quarto de la noche, quando llegaron à èlla, aun no havia amanecido, y dexandosela alli, como llevaban la orden de su dueño, se bolvieron. Quien podrà decir el tierno sentimiento de la afligida Reyna, quando se viò alli de noche, sola, y sin amparo, y haviendo perdido el sossiego con que en casa del Duque estaba, y mas, por una causa tan afrentosa, y mas, que no se hallaba con prenda de valor para poder remediarse, que como se ha dicho en casa del Duque andaba vestida muy honestamente, no hacia sino llorar, y à

Digitized by Google

cada rumor que oìa, ya le parecian, ò bestias fieras que la venian à sepultar en su vientre, ò salteadores que la violassen su honra; y esto temia mas que el morir, que estaba tal, que casi tenia aborrecida la vida. En esta congoxa estaba quando empezò el Aurora à tirar las cortinas de la noche, desterrando los nublados de ella, para que Febo saliesse, quando mirando Beatriz por sì, con los entreclaros crepusculos del Alva, se viò con los ricos vestidos que havia sacado de Ungria, quando la llevaron, por mandado del Rey su esposo à sacar los ojos: y pareciendole todas sus cosas prodigios, estando cierta de que aquellos vestidos havian quedado en casa del Duque, y èlla con la pena que saliò de èlla, no se havia acordado de èllos. Considerando, pues, estas cosas, juzgò, que quien la ponia en tales ocasiones no la desampararia; aguardò algo mas consolada, en que pararian sus fortunas, llamando à Dios, que la socorriesse, y ofreciendole aquellos trabajos, quando siendo ya mas dia, viò salir de entre los arboles, no un leon, ni un osso, ni un salteador, porque èstos no le dieran tanto assombro, como vèr salir à Federico, que si se os acuerda, con su falso Dotor, y criados, se fueron à la Floresta, quando dexaron urdida la traìcion. No hay duda, sino que quisiera mas Beatriz verse despedazada de qualquiera de los dichos, antes que verle, y queriendose poner en huìda, se levantò, mas Federico abrazandose con èlla, le dixo: Aora ingrata, y desconocida Beatriz, no te librarán de mis manos tus encantos, ni echizos, ni la jaula de hierro en que me tuviste tanto tiempo, que yo te gozarè en venganza de tus desvios, y luego te darè la muerte, para escusar la que tu tratas de darme. Antes traydor, à Dios, à tu hermano, y à mi, verás la mia, respondiò Beatriz, que yo tal consienta. Matame, traydor enemigo, matame aora, si lo has de hacer despues, diciendo esto, trabajaba por defenderse, y Federico por rendirla, pareciendole al traydor, que luchaba con un gigante; y à Beatriz, que sus fuerzas en aquel punto no eran de flaca muger, sino de robusto, y fuerte varon, y andando como digo, en esta lucha, dixo Federico, viendo su resistencia: Que te cansas, desconocida de mi merecimiento, y valor, en quererte librar de mi poder, que aun el Cielo no es poderoso para librarte. Apenas acabò el blasfemo Federico de decir esto, quando de entre los arboles saliò la hermosa señora, que en las passadas angustias la havia socorrido, que à passo tirado venia caminando àcia ellos, que como llegò

Digitized by Google

gò sin hablar palabra, asiò de la mano à Beatriz, y tirando de èlla, la sacò de entre los brazos del lascivo Principe, y se la llevò, quedando Federico abrazado, en lugar de la hermosa presa que se le iba, con un fiero, y espantoso leon que con sus uñas, y dientes le heria, y maltrataba; que viendose assi, empezò à dar tristes, y lastimosas voces, à las quales acudieron el Dotor, y criados, que viendole en tal estado, sacando las espadas, de las quales el leon temeroso le soltò, entrando por lo mas espesso de la alameda; porque no era tiempo, ni que la vida de Federico, ni los trabajos de Beatriz tuviessen fin. Quedò Federico tendido en el suelo, mal herido, tanto, que los criados, y el Dotor, les fuè forzoso llevarle al primer Lugar, donde se estuvo curando muchos dias de sus heridas; no pudiendo alcanzar, ni Federico con su entendimiento, ni el Dotor con sus artes, como havia sido aquella transformacion, ni adonde se havia ido Beatriz, que esso estaba por entonces reservado à quien la llevaba; la qual con la hermosa señora que la llevò, se hallò libre de la fuerza, que esperaba recibir. Daba muchas gracias à su verdadera amiga, y defensora de su vida, y honor, y èlla la animaba, y regalaba con amorosas caricias, caminando todo aquel dia, hasta poco antes de anochecer (à lo que Beatriz le parecia) fuera de camino; porque unas veces le parecia que iban àcia adelante, y otras, que daban buelta, y bolvian à caminar lo ya andado, que llegaron à unas cabañas de Pastores donde la dexò su guia, diciendole: Quedate aqui, Beatriz, que aqui hallaràs lo que por agora has menester; y sin aguardar, ni dàr lugar à que la respondiesse, ni le diesse agradecimiento del bien que le hacia: la viò ir por el campo con ligerissima velocidad, dexandola tan desconsolada en su ausencia, como la vez primera; porque quanta alegria recibia su corazon, mientras la tenia junto à sì, sentia de pena quando se apartaba. En fin, viendo que ya se havia encubierto, se llegò à las cabañas, donde hallò cantidad de Pastores, y Pastoras, que tenian sobre unas pellejas de las reses muertas, tendidos unos blancos, aunque toscos manteles; y todos sentados al rededor, querian cenar una olla, que estaba sacando una de las Pastoras de tassajos cecinados; que como vieron aquella muger, que en lengua Alemana les diò las buenas noches, tan hermosa, y ricamente aderezada, como simples rusticos, se quedaron mirandola embelesados, hasta que èlla, viendo la suspension, prosiguiò diciendo: Amigos, por la Passion de Dios os pido, que si

Digitized by Google

ſois Chriſtianos (como me parece que lo ſois) me admitais, y ampareis en vueſtra compañia, ſiquiera por ſer muger, que me he eſcapado de un gran peligro, y vengo huyendo de un cruel enemigo, que anda procurando quitarme la vida. Ellos, haviendo entendido bien la lengua, porque era la miſma que hablaban, pues de alli à la Corte de Alemania apenas havia media legua; le reſpondieron, que entraſſe, que de buena voluntad harian lo que les pedia. Con eſte beneplacito de la pobre gente entrò la perſeguida Reyna, y haciendola ſentar à la pobre meſa, cenò, comiò, y almorzò con èllos, porque deſde que ſaliò de caſa del Duque no havia comido bocado, haciendola todos tanto agaſſajo, y buena acogida, que aquella noche, no pudiendo dormir, penſando en ſus fortunas, ſe reſolviò à embiar à vender à la Ciudad aquellos ricos veſtidos, y trocandolos à los paſtoriles, quedarſe alli con aquella buena gente. Mas no le ſucediò aſſi como èlla penſaba, y fuè el caſo, que cerca de aquellas majadas de Paſtores havia un ſoto donde ſe criaba gran cantidad de caza, y donde el Emperador iba muchas veces à cazar, y à divertirſe de la penſion que trahe conſigo la carga del govierno, y havia ſeis, ù ocho dias que eſtaba en èl con la Emperatriz, y toda ſu gente, y un niño que tenian de ſeis años, Principe heredero de todo aquel Imperio, que no tenian otro; y otro dia, bolviendoſe todos à la Ciudad, era fuerza paſſar por delante de las cabañas, que como los Paſtores, y Paſtoras ſintieron que venia, ſalieron todos à verle paſſar, y Beatriz con èllos, que como la carroza èn que el Emperador, y Emperatriz, y ſu hijo llegaron cerca, y entre la gente ruſtica vieſſen aquella Dama tan hermoſa, y bien aderezada, con veſtido de tanta riqueza, eſtrañando la novedad, y el trage, que bien conocieron ſer Ungaron, mandando parar la carroza, embiaron con un criado à llamarla, que ſabido por Beatriz ſe llegò, y con una cortès reverencia (como èlla bien ſabia, ſe havian de tratar tan Reales Perſonas) los ſaludò, à la qual el Emperador correſpondiò con otra no menos cortès reverencia, contemplando en ſu roſtro la magestad, que en si encerraba; y con alegre, y afable ſemblante le preguntò: Què de donde era, y què hacia entre aquella gente? Poderoſo ſeñor, reſpondiò Beatriz, yo ſoy de tierras muy eſtrañas de eſta, aunque he aſſiſtido algun tiempo en Ungria, ſacaronme de mi patria, y caſa por un engaño, y deſpues de haverme trahido à unos montes, que allà detràs quedan, queriendome matar en èllos, el Cielo que ſabe para que me guarda, me librò de

las

Digitized by Google

las crueles manos de mis enemigos, y hurtandome de èllos, llegùe à noche à estas cabañas, donde esta piadosa gente me amparò: esto es lo que puedo deciros à V. Magestad; lo demàs es mas para sentido, que para contado. Mirandola estaba el Emperador, y Emperatriz mientras èlla hablaba, maravillados de su gracia, y belleza, quando sucediò una maravilla bien grande, y fuè que el niño, que junto à su padre estaba, acercandose al estrivo de la carroza, como Beatriz estaba tan junto, que tenia las manos puestas en èl, le echò los brazos al cuello, y juntando su rostro con el suyo, la empezò à besar con tan grande amor, como si toda su vida se huviera criado en su compañia; que visto esto por Beatriz, le sacò de la carroza, apretandole entre sus brazos, le pagò en amoroso cariño lo que el Principe havia hecho con èlla. Admirados todos de lo que el niño hacia con aquella Dama, juzgando à prerogativa de la hermosura, agradarse todos de quien la possee, dexando à mas de quatro el niño embidiosos de los favores que gozaba, y queriendo restituirsele à sus padres, no fuè possible, porque daba gritos llorando por bolverse con èlla, sin bastar los alhagos de su madre, ni reñirle el Emperador, que era tan grande el sentimiento que el Principe hacia, y tan tiernas, y lastimosas las lagrimas que lloraba, que los padres como no tenian otro, compadecidos de èl, rogaron à Beatriz entrasse en el coche, diciendole, que supuesto que no tenia parte segura donde ampararse de los que la perseguian, que donde mejor que en su Palacio, donde el Principe su hijo le serviria de guardia, pues los que le guardaban à èl, le velarian à èlla. No le pareciò à Beatriz ser acaso este sucesso, sino encaminado por Dios, y su guardadora; y assi besando la mano al Emperador, y Emperatriz, y despidiendose de los Pastores, prometiendoles satisfacerles el bien que de èllos havia recibido en alvergarla aquella noche, se fuè con el Emperador, tan contentos èl, y la Emperatriz de llevarla, que si huvieran ganado un Reyno no fueran mas contentos, à tanto obligaba el sereno, honesto, y hermoso rostro de Beatriz, que quantos la miraban se le aficionaban. Las alegrias que el niño hacia admiraban à todos, que no hacia sino apartar su cara de la de Beatriz, y mirarla, y luego riendose, bolver à juntarse con èlla, quedando desde este dia à su cargo la crianza del Principe, porque no havia que intentar apartarle de èlla, con èlla comia, y dormia, y en tratando de dividirle de su compañia, lloraba, y hacia tales ansias, que temian su muerte. Querianla tanto

Digitized by Google

por esto los Emperadores, que no es possible ponderarlo; y èlla amaba al Principe, mas que si fuera su hijo. En fin, la dexarèmos en esta paz, y quietud tan amada, respetada, y servida, como si estuviera en el Reyno de Ungria, y vamos à Federico, y su Dotor, que ya sano de sus heridas, y tan enojado contra la Reyna, por parecerle, que por magicas artes le havia puesto en tal peligro, que si la tuviera en su poder (como quando la tuvo à la fuente) no aguardàra à gozarla, como entonces intentò, sino que la diera la muerte; bien pesaroso de no haverlo hecho entonces. Preguntò un dia à su Dotor, què le parecia de tales sucessos? Que quieres, Principe, que me parezca, respondiò el Dotor, sino que tu, y yo tenemos fuerte enemiga; porque no puedo, por mas que lo procuro alcanzar, que deydad defiende esta muger, que no valen nada mis artes, y astucias contra èlla? Solo alcanzo, que si dentro de un año no muere, nos hemos de vèr tu, y yo en la mayor afrenta, que hombres en el mundo se han visto; y no puedo entender, sino que es grandissima hechicera, y maga, porque aunque he procurado saber despues que estamos aqui, donde, ò quien la ha escondido, no lo he podido alcanzar hasta oy, que me ha dicho un familiar mio, que està en el Palacio del Emperador de Alemania, muy querida, y estimada de todos; porque un niño de seis años, hijo del Emperador, que la quiere mas que à su madre, à cuya causa los padres la aman terniissimamente, y lo que se ha de temer es, no descubra al Emperador quien es, y lo que le ha passado contigo: no hay duda, que darà cuenta al Rey tu hermano, el qual desengañado, y sabida la verdad, tu moriràs, y yo no quedarè libre por haverte ayudado. Diràs, como sabiendo tanto no acabo con èlla? Y à esso te respondo, que contra esta muger, ni tu acero puede cortar, ni mis artes tienen fuerza, por una sombra que la ampara, que no puedo alcanzar quien se la hace, ni mis familiares tampoco; porque hay cosas, que hasta à los demonios las oculta Dios por secretos juicios, y es el amparo tan grande que tiene en èlla, que aunque aora quisiera llegar à èlla (como llegue quando en casa del Duque le puse en las mangas las cartas, con que la saquè de alli, la puse en su poder) no fuera possible: y esto es desde el dia que à la fuente te la sacaron de las manos, y en su lugar dexaron el leon, que te ha tenido en el estado que te has visto: pues dexarla que viva, es peligroso para nosotros, que tarde, ò temprano se ha de venir à descubrir, y corremos el mismo riesgo: lo mas acer-

Digitized by Google

acertado es, procurar que muera por agenas manos, y el como ha de ser, que yo te pondrè dentro del Palacio del Emperador, y en la misma camara donde duerme con el niño Principe, quando yà el sueño los tenga à todos rendidos, (que entrar yo es imposible, por esta sombra que digo que la defiende) y pondràsle debaxo de una almohada una yerva que yo te darè, que provoca à sueño, que mientras no la despertàren dormirà seis dias: y como estè assi, matale el niño, y luego ponle la daga en la mano, para que viendola assi, juzguen que èlla le ha muerto, que con esto acabarèmos con èlla: pues claro es, que le han de mandar degollar en venganz de la muerte del Principe con que quedarèmos libres, y si esto no se hace, no hay que aguardar, mira si te parece à proposito, y si te determinas à ello, y sino sigue tu parecer, y gusto, que yo me quiero bolver à mi morada, porque estoy dudoso si me guardaràs el secreto prometido, de que me seguirà mucha pèrdida, quando no sea en mi vida, en mi saber, que en èl està la fuerza de mis artes, y quiero, si lo hicieras, estar lexos del peligro, porque el dia que (aunque sea confessandote) lo descubrieres, esse dia morirèmos tu, y yo, y no es la vida tan poco amable, que se desee perder: que serà sobre haverte bien servido, llevar mal galardon. Que es irte à tu morada, respondio Federico, abrazando al Dotor, mientras yo viva no consentirè tal: y para que con mas seguridad estès, dame la mano, y palabra, de que de dia, ni de noche te has de apartar de mi, que yo te la doy de lo mismo: y en quanto al secreto, te buelvo à prometer como hijo de Rey, y Principe que soy (y Rey que espero ser) de guardartelo de modo, que aunque me confiesse, no confessarè lo que entre los dos passa, ha passado, y passarà, antes no me confessarè, porque pierdas el temor. No confessarte, dixo el Dotor, fuera causar mucho escandalo, que al fin eres Christiano, y lo has de hacer, aunque no sea sino por cumplir con el mundo. Calla lo que importa, y dì lo demàs, que mas de dos hay que lo hacen. Assi, assi serà, dixo Federico, y vamos luego à matar esse niño, para que muera esta enemiga, ya que no puede mi acero executar en èlla la rabia de mi pecho. Con esto dando orden à los criados los aguardassen alli, sin que por accidente ninguno se apartassen de aquel lugar hasta que èllos bolviessen, se salieron passeando por el campo, donde aquella misma noche puso el Dotor à Federico dentro del Palacio del Emperador, y aguardando à que todos se sossegassen, ya que fuè tiempo le llevo à la puer-

Digitized by Google

ta de la camara donde Beatriz con el niño dormian, descuydada de esta maldad; y dandole la yerva que havia dicho, le dixo: EntraPrincipe,que aqui te aguardo, y advierte, que en lo que vàs à hacer no te và menos que la vida: no te ciegue, ni engañe la hermosura, ni el amor de esta tirana, que si te cogiera à ti como tu la tienes à èlla, yo te asseguro que no te reservarà. Dexame el cargo, respondiò Federico, maravillado del gran saber del Dotor, que me espanto, como sabiendo tanto, no alcanzas, que quando no fuera por lo que me và à mi, solo por tu gusto, aun à mi hermano no perdonàra la vida, sino dime que se la quite, y veràs en obedecerte lo que te estimo. Assi lo creo, dixo el Dotor, esso serà para despues, que deseo tanto verte Rey,que pienso que no hemos de aguardar à que el curso de los años se la quite: y no te espantes que tema à un hombre enamorado en presencia de una muger hermosa, que es un hechizo la hermosura, que à todos mueve à piedad, y porque sè tanto, sè que por amor se perdonan muchos agravios. Con este Federico entrò,y el Dotor se quedò aguardando fuera, que como llegò junto à la cama viò dos Angeles. Humanemoslo mas. Viò à Venus, y à Cupido dormidos, porque en la quadra havia luz grande. Era la crueldad de este hombre mucha, pues no le ablandò tan hermosa vista;mas no hay que espantar, que estaba ya el rigor apoderado de èl: pusole la yerva debaxo de la almohada, y quiso hacer experiencia del saber del Dotor su amigo, y sacando la daga fuè à herir à Beatriz en medio del blanco pecho, diciendo: Aora alevosa Reyna, con una muerte me pagaràs tantas como para ti he dado, mas no fuè possible poder mandar el brazo, con que satisfecho de la verdad que su Dotor le trataba, la bolviò contra el inocente Principe,y dandole tres, ò quatro puñaladas, le dexò dormido en el eterno sueño, y luego poniendo à Beatriz la daga bañada en la inocente sangre en la mano, se bolviò à salir donde hallò al Dotor, y juntos se fueron al campo junto à las cabañas de los Pastores, donde Beatriz estaba quando la hallò el Emperador, porque alli le dixo el Dotor se havia de executar la justicia de Beatriz para verla por sus ojos, y quedar seguros de èlla. Llegò la mañana bien triste, y desdichada para el Emperador, y todo el Imperio de Alemania, que como las criadas que assistian à Beatriz, y al Principe, vieron ser hora, entraron à la camara, y vieron el cruel, y lastimoso espectaculo, y dando gritos fueron donde estaba el Emperador, y Emperatriz diciendo: Venid, señores, y vereis

reis la tragedia de vuestro Palacio, è Imperio, que la traydora de Florinda, que assi havia dicho que se llamaba, os ha muerto à vuestro amado hijo. Los ansiosos padres con tales nuevas, traspassados fueron à ver lo que aquellas mugeres les decian; que como se ofreciò à sus ojos la lastima, y dolor, empezaron como gente sin juicio, à dar voces, mesando la Emperatriz sus cabellos, y el Emperador sus barbas, à cuyas voces despertò Beatriz despavorida, que hasta entonces le havia durado el diabolico sueño; que no hay duda, que si antes huviera despertado, con la misma daga que tenia en la mano, se huviera quitado la vida; que como se viò à sì, bañada en sangre, y al niño muerto, y que èlla con la daga que en la mano tenia daba muestras de ser la agrassora de tal delito, no hizo mas de alzar al Cielo los ojos, bañados de tierno, y lastimoso humor, y decir: Ya, Señor, veo, que de esta vez es llegado el fin de mi desdichada, y perseguida vida! Y pues conozco que esta es tu voluntad, tambien es la mia; yo muero contenta de que no la debo, y de que aqui tendràn fin mis persecuciones, y con una muerte escuso tantas como cada dia padezco; y assi mi descargo sea mi silencio, porque deseo morir, sin contradecir à lo que dispones. A este tiempo, ya el Emperador ciego de ira, havia mandado llamar al Governador, que venido, mandò que tomassen à aquella muger, assi desnuda como estaba, y la llevassen à la misma parte donde la havian hallado, y alli le cortassen la cabeza, y que èlla, y la mano se pusiessen en el mismo camino, con letras que dixessen su delito: y dando orden que se enterrasse el Principe, èl, y la Emperatriz se retiraron à llorar la muerte del amado hijo. Sacaron à la hermosa Reyna, assi desnuda como estaba, del Palacio, y por llegar mas presto (como hasta la parte dicha havia media legua) la entraron en un coche, y tambien porque no la mirassen los Ciudadanos, que dando voces andaban como locos, lamentando la muerte de su Principe antes de executar la justicia, que como la vana ostentacion del mundo, hasta en los cuerpos sin alma se guarda, no pudo ser el entierro del niño tan presto, que primero no llegassen con la hermosa señora al lugar del suplicio, que como estuvieron en èl, sacandola del coche, atadas las manos la pusieron en mitad de aquel campo, en medio de un armado esquadron, para que todos los que la seguian la viessen, mientras se levantaba un alto cadahalso, donde se havia de executar la justicia, que muchos oficiales armaban à gran priessa. Estaba la inocente, y mansa corderilla cercada de carnicèros lobos con los llorosos ojos, mi-

ran-

Digitized by Google

rando con la prissa que se disponia su muerte: llamaba muy de veras à Dios, ofreciendole aquel, y los demàs martirios que havia padecido, y el traydor Federico, y su compañero entre la gente, mirando lo que tanto deseaban, quando bexando Beatriz los ojos del Cielo, donde los tenia puestos, y estendiendo la vista por el campo, viò venir rompiendo por el tumulto de la gente à largo passo à su defensora; y amiga, aquella hermosa Señora, que la havia dado su favor en tantos peligros como se havia visto, que como llegò le dixo: En estas ocasiones Beatriz, se conocen las verdaderas amigas, y desatandole las manos, tomandola por una de èllas, por entre toda la gente passo à passo la sacò de entre todos, hallandose Beatriz à este tiempo con los mismos vestidos que saliò de su casa, y se la havian quedado en el Palacio del Emperador, y llevò muy distante de alli, poniendola entre unas peñas muy encubiertas, à la boca de una cueva, que junto à èlla havia una cristalina, y pequeña fuentecilla, y del otro lado una verde, y frutosa palma cargada de los racimos de su sabroso fruto; y como llegò alli le dixo la hermosa Señora: Entra Beatriz dentro de essa cueva, que esta ha de ser tu morada, hasta que sea tiempo, en èlla hallaràs lo que has menester, que quiere Dios que por aora no comuniques con mas gente que con las boladoras aves, y simples conejuelos, y sueltos gamos, donde te hallaràs mejor que con los hombres: vive en paz, ama la virtud, y encomiendate à Dios, y acuerdate de mi, que soy la que te he sacado del aprieto en que te has visto. Ay Señora! dixo Beatriz, arrodillandose à sus pies, no os vais sin decirme quien sois, para que sepa à quien tengo de agradecer tantas mercedes, que olvidarme de vos es imposible. Aun no es tiempo que lo sepas, y diciendo esto se fuè con notable ligereza, dexando à Beatriz absorta, siguiendo con los ojos sus passos, y con el sentimiento, que todas las veces que se apartaba de èlla quedaba, que como la perdiò de vista, se levantò, y entrò en la cueva, la qual no tenia de hueco mas de algunos veinte passos, toda era labrada en la misma peñ. A un lado de èlla estaba una Cruz grande, labrada de dos maderos, con mucho primor, y curiosidad, y del clavo de los pies que tenia en los brazos, y los dichos sus tres clavos, estaba colgado un Rosario, y unas disciplinas, y al piè un pequeño lio, en que estaba un habito de gerga con su cuerda, y una toca de lino crudo, y sobre el lio unas Horas de nuestra Señora, y otras oraciones en romance, un libro grande de vidas de Santos, y enfrente de esta unas pajas, donde podia caber su cuerpo,

Digitized by Google

po, que à lo que la santa Reyna juzgò parecia haver sido morada de algun penitente, que havia trocado esta vida llena de penalidades à la eterna; que viendo esto, desnudandose el vestido, asiendo de un lio se puso à un lado de la cueva, y vistiendose el grossero saco, ciñendose la cuerda, y cubriendo el dorado cabello con la cruda toca, se sintiò tan gozosa como si estuviera en el Palacio de su padre, ò esposo, no echando menos con el alimento, que en la verde palma, y clara fuentecilla hallò, los regalados manjares de la casa del Duque, ni Palacio del Emperador. Dexemosla aqui comunicando à todas horas con Dios à quien daba muchas gracias, junto con su Santa Madre, de haverla sacado de entre los trafagos, y engaños del mundo, pidiendoles que antes que se muriesse supiesse quien era aquella hermosa, y piadosa Señora, que la havia librado tantas veces de la muerte, y trahidola à tan sossegada vida; unos ratos orando, y otros leyendo. Bolvamos al lugar del suplicio, y à la Corte del Emperador, que no hay poco que decir de èllos. Acabòse de levantar el cadahalso, que porque fuesse mas bien vista su muerte se mandò hacer; y queriendo para executar la justicia llevar à èl à Florinda, que assi la llamaban todos, como à un tiempo fuè el ir por èlla, y el llevarsela su defensora, y vieron que delante de los mismos ojos faltaba, quedaron los engañados ministros tan assombrados, como quando el caminante, que en noche muy obscura caminando de repente se le ofrece à la vista un repentino relampago, que dexandole deslumbrado, no sabe lo que le ha sucedido: assi quedaron los que al tiempo de asir de Florinda, se hallaron sin èlla, mirando à unas partes, y à otra, por ver por donde se havia idos no quedando menos admirados; que los demàs Federico, y el Dotor, no pudiendo imaginar donde se huviesse ido: unos decian, aqui estaba aora; otros, mirandola, sin partir los ojos de èlla, se me ha desaparecido de èllos. Estos le llamaban milagro, y aquellos encantamiento; solo el Dotor, que era el que mas espantado estaba, de que de su saber se le encubriesse, dixo à Federico: Que nos cansamos, que mientras esta sombra se la hiciere à esta muger, no hemos de tener poder contra èlla. Pues estando desta suerte, sin saber que hacerse, ni que disculpa darian al Emperador, vieron venir al mas correr de un cavallo un Cavallero de Palacio, dando voces: Que si no estaba executada la justicia, se suspendiesse, y diessen buelta con Florinda à Palacio, que assi lo mandaba el Emperador, que como llegò le dixo al Governador lo mismo, y como al tiempo de llevar à sepultar al Principe

con

Digitized by Google

con general ſentimiento de todos, havia reſucitado, levantandoſe ſano, y bueno, diciendo à voces: No maten à Florinda, que no me matò Florinda, antes por Florinda tengo vida, trayganme à Florinda, vayan preſto, no la maten que eſtà inocente; que no me matò, ſino un traydor, por hacerle mal à èlla.

Nuevas admiraciones, causò eſtas nuevas, y viendo que no pareçia, ni por buelta que dieron por el campo no la hallaban, bolvieron à dar cuenta al Empe-rador de todo, que fuè tanto, y tan grande ſu ſentimiento, de que no pareciesſe, como ſi la huvieran muerto, y mas viendo que el niño lloraba tanto por èlla, y decia, que ſin Florinda no queria vivir. Ida la gente quedaron ſolos Federico, y el Dotor, à quien dixo el Principe: Què me dices de tales ſuceſſos como eſtos, Dotor amigo? Que quieres que te diga, ſino que tengo agotado el entendimiento, deshecha, y deslucida la ſabiduria, por ver lo que paſſa; y que à mi que no ſe me encubre quanto paſſa en el mundo, y aun lo que en las profundas cabernas del Infierno hay, lo miro, y juzgo, como ſi eſtuviera en cada parte, no puedo alcanzar eſte ſecreto, ni en que virtud ſe libra eſta muger de tantos peligros como la ocaſionamos tu, y yo, que no sè, aunque mas lo procuro, ſi en virtud de Dios, ò de algun demonio ſe hace eſto. Mirandola eſtaba, quando ſe deſapareciò, y no vi mas, de que la encubrieron, ſin ſaber quien, ni por aora alcanzo donde eſtà, ſolo sè que la hemos de bolver à ver, mas entonces ſerà con gran rieſgo de los dos, y aora es meneſter, que de nuevo tornemos tu, y yo à prometernos, y no apartarnos el uno del otro en ningun tiempo, ni ocaſion, porque unidas nueſtras fuerzas no le baſten las ſuyas contra noſotros, y que demos la buelta à Ungria, por aliviar la pena que tu hermano, y todo el Reyno tiene por ti, y alli obrarè con mas fuerza, y ſoſſiego de mis encantos, para ver ſi pudieſſemos obrar contra èlla; antes que èlla contra noſotros; y en caſo que no ſe pueda hacer, ſerà lo mas acertado, quitar à tu hermano la vida con alguna confeccion que le demos, que ſiendo tu Rey, poco podrà contra ti. Pareciòle bien à Federico el conſejo del Dotor, y dandole de nuevo palabra de no apartarle de sì en ningun tiempo, ni de noche, ni de dia, ſe fueron donde havian dexado los criados, y de alli à Ungria, donde hallaron al Rey bien penado por no ſaber nuevas de ſu amado hermano, y todo el Reyno muy triſte, no ſabiendo de ſu Principe, y por ſu venida hicieron grandes fieſtas, que como el Rey no ſe queria caſar, tenian todos pueſtos en èl los ojos; y aunque le conocian mal inclinado, era en

fin

Digitized by Google

sin hijo de su Rey, y hermano del que tenian. Ocho años estuvo Beatriz en la cueva, sin que el mal Dotor pudiesse en todos ellos descubrir donde estaba, y ella tan contenta en aquella morada, gozando tan quieta, y pacifica vida, que ya no se le acordaba del Reyno, ni esposo, sin que persona humana viesse sus ojos en todo este tiempo. Toda su compañia eran simples conejuelos, y medrosos gamos, con tiernas cervatillas, que estaban tan hallados con ella, que se le venian à las manos, como si fueran mansos cachorrillos, gozando de la alegre musica de las aves, con quien se deleytaba, y entretenia; solo sentia mucha pena, de no haver visto en todos estos años su amada amiga, y defensora, aquella hermosa Señora, à quien tanto debia, que casi amàra el verse en peligro, por bolver à gozar de su vista: quando una mañana, al empezar à reir el Alva, estando durmiendo, se oyò llamar de la misma suerte que quando estaba sin ojos entre las peñas, diciendole: Dios te salve, Beatriz amiga, à cuya voz abriendo los soñolentos ojos, vió junto à si à su querida, y amada defensora, y levantandose despavorida, y alegre, se arodillo delante de ella diciendo con lagrimas de alegria: Ay, Señora mia, y que largo tiempo ha que no os veo, como os haveis olvidado de mi, sabiendo, como quien tanto sabe, las ansias que por veros he tenido? Decidme, como no me haveis venido à ver, que à saber yo donde os pudiera hallar, no me huviera detenido en buscaros? Yo, respondiò la Señora, nunca me olvido de quien verdaderamente me ama; que aunque tu no me has visto, yo te he visto à ti, mas como hasta aora no te has visto con necessidad de mi favor, no he venido à que me veas; y porque ya es tiempo que los deseos que tienes de saber quien soy se cumplan, antes de decirte à lo que vengo, quiero que me conozcas, y sepas, que soy la Madre de Dios. En diciendo esto, como ya era la voluntad de Dios, y suya, que la conociera, al punto en el diafano manto azul que aunque de este color, mas era Sol, que manto, en los encontornos de la plateada Luna, en la Corona de Estrellas, en el clarissimo resplandor de su Divino, y Sagrado Rostro, en los Angelicos Espiritus que la cercaban, conociò Beatriz aquella Soberana Reyna de los Angeles, Madre de Dios, y Señora nuestra, que puestos los ojos en ella, assi como estaba de inojos, se quedò inmobil, y elevada gran rato, absorta en tan glorioso vista. Goce Beatriz este favor tan deseado, mientras que yo pondero este mysterioso suceso; y digo, que es gran prueba de nuestra razon la que sucedio à esta hermosa, y perseguida Reyna, que para defen-

Digitized by Google

fenderse de la lasciva crueldad de un hombre, no le bastasse su santidad, su honestidad, con todas las demàs virtudes que se cuentan, que era dotada; ni con su divino, y claro entendimiento dissimular, y zelar el amor, de que tantas veces, y en tan varias ocasiones se havia dado por desentendida, ni el escusarse, de que hallasse en ellas mas cariño, ni agrado, quando le escrivió el papel; ni tenerle el tiempo que estuvo en la jaula de hierro. Nada baste contra la sobervia, è ira de este hombre, sino que sea menaster todo el favor, y amparo de la Madre de Dios. Ah, hermosas Damas, si considerais esto, y què desengaño para vuestros engaños! El poder de la Madre de Dios es menester para librar à Beatriz de un hombre, resistiendose, apartandose, dissimulando, prendiendo, y tràs todo esto no se puede librar de èl, si la Madre de Dios no le libra. Què esperais vosotras, que los amais, que los buscais, los creeis, que os quereis engañar? Porque lo cierto es, que si fueramos por un camino, y vieramos, que quantos han caminado por èl han caìdo en un hoyo, que tiene en medio, y viendo caer à los demàs, nosotros fuessemos à dar en èl de ojos, sin escarmentar de ver caer à otros, què disculpa podemos dar, sino que por nuestro gusto vamos à despeñarnos en èl? Veis la parienta burlada, la amiga perdìda, la señora deshonrada, la plebeya abatida, la muger muerta à manos del marido, la hija por el padre, la hermana por el hermano, la Dama por el galan; y finalmente veis, que el dia de oy el mayor honor, y la mayor hazaña de que se precian los hombres es de burlaros, y luego publicarlo, y decir mal de vosotras, sin reservar ninguna, sino que en comun hacen de todas una ensalada, y no tomareis exemplo las unas en las otras? Para què os quexais de los hombres, pues conociendolos os dexais engañar de ellos, fiandoos de quatro palabras cariñosas? No veis que son pildoras doradas? No considerais, que à las otras que burlaron, dixeron lo mismo, que es un lenguage estudiado, con que os estan vendiendo un arancel, que todos observan; y apenas os pierden de vista, quando aunque sea una fregatriz le dicen otro tanto? Y lo que mas haviades de sentir es, quan juntos en corrillo dicen, que os hallan tan à la mano, que vosotras mismas los rogais, y que hallan mugeres à quarto de castañas, ò à este papel de à quarto; no os afrentais de esto? No os caeis muertas de sentimiento? Pues de mi digo, que con no ser comprehendida en estas leyes, porque ni engaño, ni me pongo en ocasion que me engañen, ni he menester los desengaños, me afrento de manera, que quisiera ser poderosa de to-

Digitized by Google

todas maneras, para apartarnos de tal vicio, y para defenderos de tales desdichas, y què nada os obligue à vosotras para libraros de ellas? Pues mirad, como esta Reyna, que pues merecia tener el favor de la Madre de Dios, buena era: pues si siendo buena tuvo necessidad, de que la Madre de Dios la defendiesse de un hombre, vosotras en guerra de tantos, y sin su favor, como os pensais defender? Bolved, bolved por vosotras mismas, ya que no estimais la vida, que à cada passo la poneis en riesgos; estimad el honor, que no sè que muger duerma sossegada en su cama, sabiendo, que en los corrillos estan diciendo mal de ella; los mismos que debian encubrir su falta, haviendo sido instrumentos de que cayesse en ella, que en las passadas edades, mas estimacion se hacia de las mugeres, porque ellas la tenian de si mismas, y entonces como les costaban mas, las aplaudian mas, y los Poetas las alababan en sus versos, y no las ultrajaban como aora, que no se tiene por buen toreador, el que no hincha su rexon. Aora bolvamos à Beatriz, que la dexamos elevada, y absorta en aquella divina vista, que en lo demàs, yo pienso que me canso en valde, porque, ni las mugeres dexaràn de dar ocasion para ser deshonradas, ni los hombres se escusaràn de tomarla, porque à las mugeres les suele mal el honor, y à los hombres el decir de ellas bien, que assi anda todo de pie quebrado: es la gracia que tienen todos, y todos los texados de vidrio, y sin temer las pedradas que daràn en el suyo, estando tirando pedradas à los demàs: y de lo que mas me admiro, es del animo de las mugeres de esta edad, que sin tener el favor, y amparo de la Madre de Dios, se atreven à fiarse del corazon de los hombres, bosques de espessura, que assi los llamò el Rey D. Alonso el Sabio, en lo verdadero, y el Dios Memo en lo fabuloso, donde no hay sino Leones de crueldades, Lobos de engaños, Ossos de malicias, y Serpientes de iras, que siempre las estan despedazando el honor, y las vidas, hartando su hambre, y sed rabiosa en sus delicadas carnes, que bien delicada es la vida, y bien debil el honor, y con ver salir à las otras despedazadas, se entran ellas sin ningun miedo en ellas. Pues, como digo, estaba Beatriz arrodillada, y tan fuera de si, mirando aquella Divina Señora, de quien tan regalada se hallaba, que se estuviera assi hasta el fin del Mundo, si la Santissima Virgen no le dixera: Buelve en ti, amiga Beatriz, que es ya tiempo que salgas de aqui, y vayas à bolver por tu honor, que aunque padeces sin culpa, esso, y tu paciencia es bastante para darte el premio de tus trabajos, quiere mi hijo, que sus esposas tengan buena fama, y por esso à muchas,

Digitized by Google

chas, à quien el mundo se le ha quitado; aun despues de la ultima jornada de èl, permite, que con averiguaciones bastantes, como las que se hacen en su Canonizacion, se la buelva el mismo que se le ha quitado; mas de ti quiere que tu la restaures, y quites à tu mismo enemigo el peligro que tiene de condenarse, y à tu esposo, y padres, juntos con los dos Reynos de Inglaterra, y Ungria en la mala opinion que te tienen. Toma este vestido de varon, y ponle, dexando aì los dos que te han servido en tus penas, è inquietudes, y estas yervas. Diciendo esto, le diò el vestido, y una cestilla de unas yervas tan frescas, y olorosas, que bien parecia que las trahia aquella que es vergel cerrado, y oloroso, y prosiguiò, diciendo: Estas no se te marchitaràn jamàs, sino que siempre las hallaràs como te las doy: vete à Ungria, donde por voluntad, y permission de mi Hijo, todos padecen de una cruel peste; que ha dado, tal, que no vale la diligencia de los Medicos humanos para reservar à los tocados de ella, de la muerte; solo à ti, por medio de estas yervas es otorgado el poder; mas ha de ser de este modo, que el herido de este mal que quisiere ser sano, se ha de confessar de todos sus pecados, sin reservar ninguno por feo que sea delante de ti, y otra persona que tu señalàres: y hecho esto, haviendo sacado el zumo de esta yerva la daràs à beber una sola gota, con que al punto quedarà sano. Mas advierte, y assi lo hagas tu à los que curares, pues en dexando de confessar algun pecado, ò por verguenza, ò malicia, al punto que beba el salutifero, y suave licor, le serà riguroso veneno, que le acabarà la vida con gran peligro de su alma. Levantòse Beatriz oìdo esto, y quitandose el saco de gerga, se vistiò el vestido, y llevando el arreo que se quitaba à la cueva, le puso en el lugar que la havia hallado; y despidiendose de aquella morada con tierno sentimiento, tomò su cestilla, y en compañia de su gloriosa Defensora, que tomandola por la mano la sacò de entre las peñas, y la puso en el camino, enseñandola por donde havia de ir, y abrazandola, y dandola su bendicion; y èlla arrodillada con muchas lagrimas, por apartarse de aquella celestial Señora le besò los pies con tal sentimiento, que no se quisiera quitar jamàs de èllos; pidiendole, que siempre la amparasse: y la Santissima Virgen ya que se queria partir, le dixo: Anda hija, con la bendicion de Dios, y mia, y sanaràs à todos los que hicieren lo que he dicho, en el nombre de JESUS, mi amado Hijo. Y dexandosela assi arrodillada se desapareciò, quedando la Santa Reyna tan enternecida, de que se huviesse partido de èlla, que

no

Digitized by Google

no acertaba à levantarse, ni quitar la boca del lugar adonde havia tenido sus glorioſos pies; y assi estuvo un buen espacio, hasta que viendo ser justo obedecer lo que le havia mandado, se levantò, y empezò à caminar; que como fuesse entrando por el Reyno de Ungria, era cosa maravillosa de ver la gente que sanaba; assi de un sexo, como del otro; tanto, que à pocos dias bolaba su fama por todo el Reyno, llamandole, el Medico milagroso, hasta que llegò à la misma Ciudad donde assistia la Corte, la qual hallò en mas aprieto, que las demàs que havia andado, tanto porque como alli era mas la gente, y el mal estaba apoderado de los mas, quanto porque estaba herido de èl el Principe Federico: tan malo, que no se tenian esperanzas de su vida, por no aprovecharle los remedios que los Medicos le hacian; y como no havia otro heredero, el Rey, y el Reyno estaban muy penados. Empezò Beatriz à hacer sus milagrosas curas, sanando à tantos con èllas, que apenas la dexaban hora para dàr algun reposo à su cuerpo, y junto con esto, à no hablarse en otra cosa, sino en el Medico milagroso; unos creyendo ser algun Santo, y otros teniendole por algun Angel, de suerte, que llegaron las nuevas al Rey, que afirmandole todos los que le sabian que sanaba à tantos, deseoso de la vida de su amado hermano, embiò por èl, y venido le prometiò grandes mercedes si le daba salud. Vamos adonde està, respondiò Beatriz, que como el Principe haga lo que los demàs hacen, sanarà sin duda. Oìdo esto por el Rey, la tomò por la mano, y la entrò adonde estaba Federico, en el lecho tan malo, y debilitado, que parecia que apenas duraria dos dias. Tenia à la cabecera à su Magico Dotor, y amigo, que de dia, ni de noche se apartaba de èl, y si bien havia ya hecho las prevenciones que todo Christiano debe hacer para partir de esta vida, havian sido tan falsas, como quien havia prometido à su Dotor no decir, ni aun al Confessor el secreto que los dos sabian. Pues viendole el Rey tan fatigado, le dixo: Animo, amado hermano mio, que aqui tienes el milagroso Medico, que te darà, con el favor de Dios, la vida, como la ha dado à quantos en todo el Reyno padecian de este mal. Alentòse Federico, y poniendo en Beatriz los ojos, le dixo: Haz tu oficio Dotor, que si me sanas, te prometo de hacerte el mayor Señor de Ungria. Hemos menester, dixo à esta sazon el Magico, saber en què virtud curas; si es por ciencia, ò por yervas, ò palabras? Pues tu, respondiò Beatriz, que tanto sabes, ignoras en què virtud curo? En la de Dios, que puede mas que no tu falsa magica. Callò el Magico, oido esto, y Beatriz bolviendose à Federico; le dixo: Sa-

Digitized by Google

bes Principe lo que has de hacer, para que te aproveche el remedio que te he de dar? No, dixo Federico. Advierteme de todo, porque no pierda la cura, por ignorar lo que se ha de hacer: Pues tu has de confessarte de todos tus pecados, sin dexar ninguno, por verguenza, ni malicia delante del Rey tu hermano, y de mi: mas mira Principe lo que haces, que si no te confiessas de todo, y te queda alguno, en lugar de vivir, moriràs. Gran misterio de Dios, que estaba hablando con los mismos que la perseguian, sin ser conocida de ninguno; ni del Magico menos! Pues viendo Federico, que havia nombrado al Rey, buelto à su Dotor, le dixo: Ya ves Dotor, que no puede ser menos, da lugar para que haga lo que este buen hombre dice que he de hacer. Rióse el Dotor, y bolviendose à Federico, le dixo: Pues como Principe ya te olvidas, que me tienes prometido, como quiẽ eres, de no apartarte de mi? Serà justo, que un Rey quiebre su palabra? Segun esto, ni yo puedo irme, ni tu embiarme. Mire este hombre como ha de ser, que menos que hecho pedazos no cederè del derecho que tengo à tu promesa. Mudo quedò Federico, sin saber que responder à lo que el Dotor decia, viendo que decia verdad. A lo que Beatriz respondiò, inspirada del Cielo: Estate quedo engañador, no te vayas, que poco importa que estès presente, pues tu siempre lo estàs à todo, mas por esta vez no te valdràn tus astucias, ni saber, que hay quien sabe mas que tu. Con esto sentandose el Rey, y Beatriz, y el Dotor, Federico se confessó de todos sus pecados, excepto de las traiciones tocantes à la Reyna, estando muy contento el Magico, viendo como observaba el Principe lo que le tenia prometido, que como acabò, y dixo qne no tenia mas que decir, viendo Beatriz que era diferente, le dixo: No tienes mas que decir? No, dixo Federico. No à Replicò Beatriz: Pues mira lo que haces, hasta darte el licor, yo te le darè que en esta vasija le tengo; mas advierte, que si te dexas alguna cosa, por minima que sea, en el mismo punto que le bebas, no solo perderàs la vida, mas tambien el alma. Temblò, oyendo esto Federico, y bolviendose al Rey, le dixo: Hermano mio, prometedme, como Rey, perdonarme lo que huviere cometido contra vos, y otorgame la vida, que menos que con esto no puedo hacer lo que este buen hombre pide. Yo, hermano amado, dixo el Rey, os perdono, aunque huvierades tratado de quitarme la vida, y os otorgo la vuestra, y quiera Dios, que obrando este milagroso remedio, le tengais por muchos años. Pues Dotor amigo, dixo Federico, buelto al Magico, perdona, que morir, y condenarme son dos males terribles:

Digitized by Google

bles: y no es razon, que por guardarte à ti la promesa que te hice, loco, pierda la vida del alma, y cuerpo, quando estoy cuerdo. De essa manera cumples lo que prometes? Dixo el Magico; què esperanzas daràs à tus subditos para quando seas Rey? Y yo me quexarè de ti, y te infamarè por todo el Mundo de perjuro. Mas importa el alma, y la vida dixo Federico, y sin aguardar à mas preguntas, ni respuestas, declarò todo lo que tocaba à la Reyna, diciendo, como havia sido quien la havia enamorado, y perseguido, y como èlla por librarse de èl, le havia encerrado en la jaula de hierro; como havia fingido con el saber del Dotor las cartas; estando en la casa del Duque, como la havia querido forzar antes de matarla en la fuente, como le havia muerto el niño Principe en casa del Emperador; y como estando para degollarla se havia desaparecido; lo que havia oìdo el Cavallero de casa del Emperador, que havia venido à que no se executasse la justicia, de que el niño havia resucitado; como la havia hallado con ojos, siendo cierto, que los Monteros se los havian sacado, y como por mas que havian procurado saber que se havia hecho, no lo havian podido alcanzar, ni el Dotor con su saber, ni èl con sus diligencias; como tenian intencion de matar al Rey, porque si en algun tiempo pareciesse, no los castigasse. Finalmente no dexò cosa que no la descubriesse, que visto por Beatriz, dandole la abujeta del licor, al punto quedò sano, y como el Rey, que atento estaba à lo que su hermano decia, se enterò de la inocencia de la Reyna, y lo que havia passado de trabajos, y persecuciones; y no supiesse donde la hallarian para pedirla perdon, y bolverla al estado que merecia, llorando tiernamente, le dixo: Ay Federico! que no te quiero llamar hermano, que no han sido tus obras de serlo, y como fuiste cuerdo en pedirme la vida, que à no havertela prometido, una muerte fuera pequeño castigo; que si pudiera darte mil, no lo dexàra por ningun peligro que me pudiera venir: no parezcas, mientras yo viviera, ante mis ojos, que no quiero ver con èllos la causa de las lagrimas que estàn vertiendo los mios. Ay mi amada Beatriz! y como, si considerandote culpada, aun no ha entrado alegria en mi triste corazon, por haver perdido tu amada compañia, como desde oy morirè viviendo, sin que estas lagrimas que vierto, jamàs se enjuguen de mis penados ojos. Ay santa martyr! perdona mi mal juicio, en dar credito contra tu virtud à tal traicion, mas como no me havia de engañar, si mi proprio hermano te desacreditaba con tan aparentes maldades? Decia el Rey estas lastimas con tanto sentimiento, que viendo

Digitized by Google

Beatriz que ya era tiempo de darse à conocer, le dixo: Sossiegate Ladislao, no te desconsueles tanto, que aquí està Beatriz; que yo soy la que tantas deshonras, y desdichas ha padecido, y por quien tus ojos estàn vertiendo essas lagrimas. Apenas la Reyna dixo esto, quando se viò, y la vieron todos con los Reales vestidos que sacò de Palacio, quando la llevaron à sacar los ojos, y se havia quedado en la cueva, sin faltar, ni una joya de las que le quitaron los Monteros, tan entera en su hermosura, como antes, sin que el Sol, ni el ayre, aunque estuvo ocho años en la cueva, la huviesse ajado un minuto de su belleza. Viendo todos quantos en la sala estaban, que eran muchos, por quanto al llanto que el Rey hacia, havian entrado todos los Cavalleros que fuera estaban, creyendo que Federico havia muerto; como la Madre de Dios, Reyna de los Angeles, y Señora nuestra, tenia puesto su Divina mano sobre el ombro derecho de la hermosa Reyna Beatriz, à cuya Celestial, y Divina vista, el Dotor, que sentado en una silla estaba cerca de la cama de Federico, dando un gran estallido, como si un tiro de artilleria se disparàra, daba grandes voces, diciendo: Venciste Maria, venciste; ya conozco la sombra que ampàraba à Beatriz, que hasta aora estuve ciego. Desapareciò dexando la silla llena de espesso humo, siendo la sala un assombro, un caos de confusion, porque à la parte que estaba Beatriz con su Divina Defensora, era un resplandeciente Paraìso, y à la que el falso Dotor, y verdadero Demonio, una tiniebla, y obscuridad. Arrodillòse el Rey, y Federico, que ya havia saltado de la cama à los pies de Beatriz, y todos quantos estaban en la sala, de la misma suerte, besandole los pies, y la tierra en que los tenia. Quien oyera à Ladislao, las ternezas que le decia, pidiendola perdon del descredito que contra su virtud havia tenido! Quien viera à Federico, suplicandola le perdonasse, confessando à voces su traìcion! Quien miràra à sus Damas, que à las voces, y tronido del Demonio havian salido con tiernas lagrimas, besandole, unas las manos, y otras las ropas; y todos con tanto contento, quanto havia sido la pena que havian tenido de sus desdichas, no hay que decir, sino que parecia un genero de locos de contento. Levantòles Beatriz, à su esposo, y cuñado juntos, abrazandolos de la misma suerte, y luego à todos los demàs, uno por uno. Saliò la voz de la venida milagrosa de la Reyna, sabiendose como era el Dotor que havia dado la vida à todos, y corrian como fuera de juicio à Palacio, tanto, que fuè necessario que saliesse donde de todos fuesse vista, porque daban voces, que les dexassen ver su Reyna, que assi como

Digitized by Google

mo la dexò entre el concurso dicho, la Reyna del Cielo havia desaparecido. Bien quisiera Ladislao tornar à gozar entre los hermosos brazos de su esposa, las glorias que havia perdido en su ausencia, mas èlla nò lo consintiò, diciendo, que ya no havia Reyno, ni esposo en el Mundo para èlla, que al Esposo Celestial, y al Reyno de la Gloria solo aspiraba, que no la tratasse de bolver à ocasionarle mas desdichas de las padecidas. Y como esta debia de ser la voluntad Divina, no la replicò mas el Rey, ni tratò de persuadirla lo contrario, porque inspirado de Dios, se determinò à seguir los passos, y camino de Beatriz, que sin querer hacer noche en Palacio, llevando consigo todas sus Damas, que quisieron ser sus compañeras, se fuè à un Convento, donde tomaron todas el habito de Religiosas, dandole licencia el Rey para ello, donde viviò santamente, hasta que fuè de mucha edad. El Rey Ladislao embiò luego à Inglaterra las nuevas con Embaxadores fidedignos, embiando por la Infanta Isabela para muger de Federico, que era hermana de Beatriz, que quando èlla vino à Ungria era niña, y no menos hermosa que su hermana, que los Reyes sus padres quisieron traher èllos mismos, por ver de camino à Beatriz, que venidos se celebraron las bodas de Federico, y la Infanta Isabela, con grandes fiestas de los dos Reynos, que acabadas, antes que los Reyes de Inglaterra se bolviessen, el Rey Ladislao traspasò, y cediò el Reyno à su hermano. Y haviendole dado la investidura, y juradole los vassallos, tomò el habito del glorioso S. Benito, donde siguiendo los passos de su santa esposa, fuè à prevenirse el lugar en el Cielo. Haviendo vivido santamente, muriò muchos años antes que Beatriz, la qual antes de su muerte escriviò èlla misma su vida, como aqui se ha dicho, con nombre de desengaño, pues en èl ven las Damas lo que deben temer; pues por la crueldad, y porfia de un hombre, padeciò tantos trabajos la Reyna Beatriz, que en toda Italia es tenida por santa, donde vi su vida manuscrita, estando allà con mis padres. Y advierto esto, porque, si alguno huviere oìdo algo de esta Reyna, serà como digo, mas no impressa, ni manuseada de otros ingenios; y como se ha propuesto, que estos desengaños han de ser sobre casos verdaderos, fuerza es, que algunos los hayan oìdo en otras partes, mas no como aqui va referido.

Con tanto gusto escuchaban todos el desengaño que Doña Estefania refiriò, que aunque largo, no causò hastio al gusto, antes quisieran que duràra mas, que si bien Don Diego por llegarse à ver dueño de la belleza de Lisis, deseada tan largo tiempo, qui-

Digitized by Google

siera que los desengaños de aquella noche fueran mas cortos. Las dos desengañadoras, como era la penultima, de proposito los previnieron mas largos, y no le hacian poco favor en dilatarle la pena, que por lugar de gusto le estaba prevenida por fin de la fiesta, que en esta penosa edad no le hay cumplido, porque como nos vamos acercando mas al fin, como el que camina, que andando un dia una jornada, y otro dia otra, viene à llegar al lugar adonde enderezò su viage, assi este triste mundo va caminando, y ya en las desdichas que en èl suceden, parece que se va acercando à la ultima jornada. Pues viendo Doña Isabel que la discreta Lisis trocaba assientos con Doña Estefania, por ser la penultima que havia de desengañar, cantò sola este Soneto, de un divino entendimiento de Aragon, hecho à una Dama, à quien amaba por fama, sin haverla visto, y èlla se escusaba de que la viesse, por no desengañarle del engaño que podia padecer en su hermosura; si bien le desengañaba por escrito, diciendole, que era fea, por quitarle el deseo, que tenia de verla, que se le havia dado Lisis à Doña Isabel, para que le cantasse en esta ocasion, por no darle fin tragico, aunque el Heroe que le hizo le merecia por haverse embarcado en el Leteo.

Amar sin ver, facilidad parece,
Que contradice efectos al cuydado;
Pero quien de el ingenio se ha pagado
De mas amante, credito merece.
El que à la luz que el tiempo desvanece
Solicita lascivo el dulce agrado,
Apetito es su amor que desdichado
Con el mismo deleyte descaece.
Amariles, si viendo tu hermosura,
Rindiera su beldad tiernos despojos
Sujetàra à los años mis sentidos.
Mi amor, porcion del alma se assegura,
Y huyendo la inconstancia de los ojos,
Se quiso eternizar en los oìdos.

DESENGAÑO X.

ESTRAGOS QUE CAUSA EL VICIO.

NOCHE DECIMA.

YA quando Doña Isabel acabò de cantar, estaba la divina Lisis sentada en el assiento del desengaño, haviendola honrado to-

Digitized by Google

todos quantos havia en la sala, Damas, y Cavalleros, como à Presidente del Sarao, con ponerse en piè, haciendo la cortès reverencia, hasta que se sentò, y todo lo merecia su hermosura, su entendimiento, y su valor. Y haviendose buelto todos à sentar, con gracia nunca vista, empezò de esta suerte.

Estareis, hermosas Damas, y discretos Cavalleros, aguardando à oir mi desengaño, con mas cuydado que los demàs, por esperarle mejor sazonado, mas gustoso, con razones mas bien dispuestas; y havrà mas de dos que diràn entre sì: Quando ha de desengañar la bien entendida, ò la bachillera, que de todo havrà; la que quiere defender à las mugeres, la que pretende emmendar à los hombres, y la que pretende, que no sea el mundo el que siempre ha sido; porque los vicios nunca se envejecen, siempre son mozos, y en los mozos de ordinario hay vicios: los hombres son los que se envejecen en èllos, y una cosa à que se hace habito, jamàs se olvida. Y yo como no traygo proposito de canonizarme por bien entendida, sino por buena desengañadora, es lo cierto, que ni en lo hablado, ni en lo que hablarè, he buscado razones retoricas, ni cultas; porque demàs de ser un lenguage, que con el estremo possible aborrezco, queria que me entendiessen todos, el culto, y el lego; porque como todos estàn ya declarados por enemigos de las mugeres, contra todos he publicado la guerra, y assi he procurado hablar en el idioma que mi natural me enseña, y deprendi de mis padres, que lo demàs es una sofisterìa en que han dado los Escritores por diferenciarse de los demàs: y dicen à veces cosas, que èllos mismos no las entienden, como las entenderàn los demàs, sino es diciendo, como algunas veces me ha sucedido à mi, que cansando el sentido, por saber que quiere decir, y no sacando fruto de mi fatiga, digo, muy bueno debe de ser, pues yo no lo entiendo. Assi noble auditorio, yo me he puesto aqui à desengañar à las Damas, y à persuadir à los Cavalleros, para que no las engañen: y ya que esto sea, por ser ancianos en este vicio; pues èllos son los maestros de los engaños, y han sacado en las que los militan buena disciplina, no digan mal de la ciencia que èllos enseñan. De manera, que aqui me he puesto à hablar sin engaño, y yo misma he de ser el mayor desengaño; porque seria morir del engaño, y no vivir del aviso, si desengañando à todas, me dexasse yo engañar. Animo hermosas Damas, que hemos de salir vencedoras. Paciencia, discretos Cavalleros, que haveis de quedar vencidos, y haveis de juzgar à favor que las Damas os venzan. Este es desafio, de una à todos, y de cortesia, por lo menos

Digitized by Google

me haveis de dar la vitoria, pues tal vencimiento, es quedar mas vencedores. Claro està, que siendo como soys nobles, y discretos, por mi deseo, que es bueno, haveis de alabar mi trabajo, aunque sea malo, no embota los filos de vuestro entendimiento este parto pobre, y humilde mio. Y assi pues no os quito, y os doy, que razon havrà para que entre las grandes riquezas de vuestros heroycos discursos no halle lugar mi pobre jornalejo? Y supuesto, que aunque moneda inferior, es moneda, y vale algo por humilde, no la haveis de pisar luego, si merece tener lugar entre vuestro gruesso caudal; ya os venceis, y me haceis vencedora.

Veis aqui hermosas Damas, como quèdando yo con la vitoria de este desafio, le haveis de gozar todas, pues por todas peleo. O quien tuviera el entendimiento, como el deseo, para saber defender à las hembras, y agradar à los varones! Y que ya que os diera el pesar de venceros, fuera con tanta erudicion, y gala, que le tuvierades por placer, y que obligados de la cortesia, vosotros mismos os rindierades mas. Si es cierto, que todos los Poetas tienen parte de divinidad, quisiera que la mia fuera tan del Empyreo, que os obligàra, sin enojaros; porque hay pesares tan bien dichos, que èllos mismos se diligencian el perdon. De todas estas Damas, haveis llevado la reprehension temiendo, porque aun no pienso que estàn bien desengañadas de vuestros engaños, y de mi la llevarèis triunfando; porque pienso que no os havrè menester, sino para decir bien, ò mal de este Sarao, y en esso hay poco perdido, si no le vale, como he dicho, vuestra cortesia, que si fuere malo, no ha de perder el que le sacàre à luz, pues le compraràn, siquiera para decir mal de èl; y si bueno, èl mismo se harà lugar, y se darà el valor. Si le tuvieren por bachillerìa, no me negarèis que no van bien trabajadas, y mas no haviendome ayudado del arte, que es mas de estimar, sino de este natural que me diò el Cielo. Yo os advierto, que escrivo sin temor, porque como jamàs me han parecido mal las obras agenas, de cortesia se me debe que parezcan bien las mias, y no solo de cortesia, mas de obligacion. Doblemos aqui la hoja, y vaya de desengaño, que al fin se canta la gloria, y voy segura de que me haveys de cantar la gala.

Estando la Catholica, y Real Magestad de Felipe Tercero, el año de mil seiscientos diez y nueve en la Ciudad de Lisboa, en el Reyno de Portugal, sucediò, que un Cavallero, Gentil-hombre de su Real Camara, à quien llamarèmos Don Gaspar, ò que fuesse assi su nombre, ò que lo sea supuesto, que assi lo oì, ò à èl mismo, ò à personas que le conocie-

Digitized by Google

nocieron, que en esto de los nombres pocas veces se dice el mismo, que fuè à esta jornada acompañando à su Magestad, galan, noble, rico, y con todas las partes que se pueden desear, y mas en un Cavallero, que como la mocedad trahe consigo los accidentes de amor, mientras dura su flor, no tratan los hombres de otros ministerios, y mas quando vàn à otras tierras estrañas de las suyas, que por ver si las Damas de ellas se adelantan en gracias à las de su tierra, luego tratan de calificarlas, con hacer empleo de su gusto, en alguna que los saque de esta duda. Assi Don Gaspar, que parece que iba solo à esto, à muy pocos dias que estuvo en Lisboa, hizo eleccion de una Dama, fino de lo mas acendrado en calidad, por lo menos de lo mas lindo, que para sazonar el gusto pudo hallar; y esta fuè la menor de quatro hermanas, que aunque con recato (por ser en esto las Portuguesas muy miradas) trataban de entretenerse, y aprovecharse, que ya que las personas no sean castas, es gran virtud ser cautas, que en lo que mas pierden los de nuestra Nacion, tanto hombres, como mugeres, es en la ostentacion que hacen de los vicios; y es el mal que apenas hace una muger un yerro, quando ya se sabe, y muchas que no lo hacen, y se les acumulan. Estas quatro hermanas que digo, vivian en un quarto tercero de una casa muy principal, y que los demàs de èlla estaban ocupados de buena gente, y èllas no en muy mala opinion; tanto, que para que D. Gaspar no se la quitasse, no la visitaba de dia, y para entrar de noche tenia llave de un postigo de una puerta trasera: de forma, que aguardando à que la gente se recogiesse, y las puartas se cerrassen, que de dia estaban entrambas abiertas, por mandarse los vecinos por la una, y la otra, abria con su llave, y entraba à ver su prenda, sin nota, ni escandalo de la vecindad. Poco mas de quince dias havia gastado Don Gaspar en este emplo, si no enamorado, à lo menos agradado de la belleza de su Lusitana Dama, quando una noche, que por haver estado jugando, fuè algo mas tarde que las demàs, le sucediò un portentoso caso, que parece que fuè anuncio de los que en aquella Ciudad le sucedieron, y fuè, que haviendo despedido un criado, que siempre le acompañaba, por ser de quien fiaba entre todos los que le assistian à las travessuras de sus amores, abriò la puerta, y parandose à cerrarla por de dentro, como hacia otras veces, en una cueva que en el mismo portal estaba, no trampa en el suelo, sino puerta levantada en arco, de unas verjas menudas, que siempre estaba sin llave, por ser para toda la vecindad, que de aquel cabo de la casa moraban, oyò unos ayes den-

Digitized by Google

dentro tan baxos, y laſtimoſos, que no dexò de cauſarle por primera inſtancia algun horror, ſi bien ya mas en sì juzgò ſeria algun pobre, que por no tener donde alvergarſe aquella noche, ſe havria entrado alli, y que ſe lamentaba de algun dolor que padecia. Acabò de cerrar la puerta, y ſubiendo arriba (por ſatisfacerle de ſu penſamiento, antes de hablar palabra en razon de ſu amor) pidiò una luz, y con èlla tornò à la cueva, y con animo, como al fin quien era, baxò los eſcalones, que no eran muchos, y entrando en èlla, viò que no era muy eſpacioſa, porque deſde el fin de los eſcalones ſe podia bien ſeñorear lo que havia en èlla, que no eran mas de las paredes; y eſpantado de verla deſierta, y que no eſtaba en èlla el dueño de los penoſos gemidos que havia oìdo, mirando por todas partes, como ſi huviera de eſtàr eſcondido en algun agujero, havia à una parte de èlla mullida la tierra, como que havia poco tiempo que la havian cavado, y haviendo viſto de la mitad del techo colgado un garavato que debia de ſervir de colgar en èl lo que ſe ponia à remediar del calor, y tirando de èl, le arrancò, y empezò à arañar la tierra, para ver ſi acaſo deſcubria alguna coſa; y à poco trabajo que puſo, por eſtar la tierra muy movediza, viò, que uno de los hierros del garavato havia hecho preſa, y ſe reſiſtia de tornar à ſalir, puſo mas fuerza, y levantado àcia arriba, aſſomò la cara de un hombre, por haverſe clavado el hierro por debaxo de la barba, no porque eſtuvieſſe apartada del cuerpo, que à eſtarlo, la ſacàra de todo punto. No hay duda, ſino que tuvo neceſſidad D. Gaſpar de todo ſu valor, para ſoſſegar el ſuſto, y tornar la ſangre à ſu proprio lugar, que havia ido à dar favor al corazon, que deſalentado del horror de tal viſta, ſe havia enflaquecido. Soltò la preſa que ſe tornò à ſumir en la tierra, y allegando con los pies la que havia apartado, ſe tornò à ſubir arriba, dando cuenta à las Damas de lo que paſſaba, que cuydadoſas de ſu tardanza le eſperaban, de que no ſe moſtraron poco temeroſas, tanto, que aunque Don Gaſpar quiſiera irſe luego, no ſe atreviò; viendo ſu miedo, à dexarlas ſolas, mas no pudieron acabar con èl que ſe acoſtaſſe, como otras veces, no de temor de el muerto, ſino de empacho, y reſpeto, de quando nos alumbran de nueſtras ceguedades los ſuceſſos agenos, y mas tan deſaſtrados, demaſiada deſverguenza es, no atemorizarſe de èllos, y de reſpeto del Cielo; pues à la viſta de los muertos, no es razon pecar los vivos. Finalmente la noche la paſſaron en buena converſacion, dando, y tomando ſobre el caſo, pidiendole las Damas modo, y remedio para ſacar de alli aquel cuerpo

que

Digitized by Google

que estaba lamentandose, como si tuviera alma. Era Don Gaspar noble, y temiendo no les sucediesse à aquellas mugeres algun riesgo, obligado de la amistad que tenia con ellas, à la mañana quando se quiso ir, que fuè luego que el Aurora empezò à mostrar su belleza, les prometiò que à la noche daria orden de que se sacasse de alli, y se le diesse tierra sagrada, que esso debia de pedir con sus lastimosos gemidos, y como lo dispuso, fuè irse al Convento mas cercano, y hablando con el mayor de todos los Religiosos, en confession le contò quanto le havia sucedido, que acreditò con saber el Religioso quien era; porque la Nobleza trahe consigo el credito; y aquella misma noche del siguiente dia fueron con D. Gaspar dos Religiosos, y trahida luz, que la mayor de las quatro hermanas traxo, por ver el difunto, à poco que cavaron, pves apenas seria vara y media, descubrieron el triste cadaver, que sacando fuera, vieron que era un mozo que aun no llegaba à veinte y quatro años, vestido de terciopelo negro, ferreruelo de vayeta, porque nada le faltaba del arreo, que hasta el sombrero tenia alli, su daga, y espada, y en las faltriqueras, en la una un lienzo, unas horas, y el rosario, y en la otra unos papeles, entre los quales estaba la Bula, mas por los papeles no pudieron saber quien fuesse por ser letra de muger, y no contener otra cosa, mas de finezas amorosas, y la Bula aun no tenia assentado el nombre, por parecer tomada aquel dia, ò por descuydo, que es lo mas cierto. No tenia herida ninguna, ni parecia en el sugeto estar muerto de mas de doce, ò quince dias. Admirados de todo esto, y mas de oìr à Don Gaspar que le havia oìdo quexar, le entraron en una saca, que para esto llevaba el criado de Don Gaspar, y haviendose la Dama buelto à subir arriba, se le cargò al hombro uno de los Padres, que era lego, y caminaron con èl al Convento, haciendoles guarda Don Gaspar, y su confidente, donde le enterraron, quitandole el vestido, y lo demàs, en una sepultura, que ya para el caso estaba abierta, supliendo Don Gaspar este trabajo de los Religiosos con alguna cantidad de doblones, para que se dixessen Missas por el difunto, à quien havia dado Dios lugar de quexarse, para que la piedad de este Cavallero le hiciesse este bien. Bastò este sucesso para apartar à D. Gaspar de esta ocasion en que se havia ocupado, no porque imaginasse que tuviessen las hermanas culpa, sino porque juzgò que era aviso de Dios, para que se apartasse de casa donde tales riesgos havia, y assi no bolviò mas à ver las hermanas, aunque ellas lo procuraron, diciendo, se mudarian de la casa. Y assimismo

ate-

Digitized by Google

atemorizado de este sucesso algunos dias, resistiendose à impulsos de la juventud, sin querer emplearse en lances amorosos, donde tales peligros hay, y mas con mugeres que tienen por renta el vicio, y por caudal el deleyte, que de estas no se puede sacar sino el motivo que han tomado los hombres para no decir bien de ninguna, y sentir mal de todas: mas al fin, como la mocedad es cavallo desenfrenado, rompiò las ataduras de la virtud, sin que fuesse en manos de Don Gaspar, dexar de perderse, si assi se puede decir; pues à mi parecer, que mayor perdicion que enamorarse? Y fuè el caso, que en uno de los suntuosos Templos que hay en aquella Ciudad, un dia que con mas devocion, y descuydo de amar, y ser amado estaba, viò la divina belleza de dos Damas, de las mas nobles, y ricas de la Ciudad, que entraron à oìr Missa en el mismo Templo donde Don Gaspar estaba, tan hermosas, y niñas, que à su parecer no se llevaban año la una à la otra: y si bien havia caudal de hermosura en las dos, para amarlas à entrambas; como el amor no quiere compañia, escogieron los ojos de nuestro Cavallero la que le pareciò de mas perfeccion, y no escogiò mal, porque la otra era casada. Estuvo absorto, despeñandose mas, y mas en su amor mientras oyeron Missa, que acababa, viendo se querian ir, las aguardò à la puerta, mas no se atrevia à decir nada, por verlas cercadas de criados, y porque en un coche que llegò à recibirlas venia un Cavallero Portugues, galàn, y mozo, aunque robusto, y que parecia en èl no ser hombre de burlas. La una de las Damas se sentò al lado del Cavallero, y la que D. Gaspar havia elegido por dueño à la otra parte, de que no se alegrò poco en verla sola, y deseoso de saber quien era, detuvo un page, à quien le preguntò lo que deseaba, y le respondiò, que el Cavallero era D. Dionis de Portugal, y la Dama que iba à su lado su esposa, y que se llamaba Doña Madalena, que havia poco que se havia casado, que la que se havia sentado enfrente, se llamaba Doña Florentina, y era hermana de Doña Madalena. Despidiòse con esto el page, y D. Gaspar muy contento de que fuessen personas de tanto valor, ya determinado de amar, y servir à Doña Florentina, y de diligenciarla para esposa, (con tal rigor hace amor sus tiros quando quiere herir de veras) mandò à su fiel criado, y secretario, que siguiesse el coche, para saber la casa de las dos bellissimas hermanas. En tanto que el criado fuè à cumplir, ò con su gusto, ò con la fuerza que en su pecho hacia la dorada saeta, con que amor le havia herido dulcemente, (que este tirano enemigo de nuestro sossiego tiene unos re-

pen-

Digitized by Google

pentinos accidentes, que si no matan, privan de juicio à los heridos de su dorado harpòn.) Estaba D. Gaspar entre sì haciendo muchos discursos, ya le parecia que no hallaba en sì meritos para ser admitido de Doña Florentina, y con esto desmayaba su amor, de suerte, que se determinaba dexarle morir en su silencio; y ya mas animado, haciendo en èl la esperanza las fuerzas, que con sus engañosos gustos promete, le parecia, que apenas la pediria por esposa, quando le fuesse concedida, sabiendo quien era, y quan estimado vivia cerca de su Rey: y como este pensamiento le diesse mas gusto que lo demàs, se determinò à seguirle, enlazandose mas en el amoroso enredo, con verse tan valido de la mas que mentirosa esperanza, que siempre promete mas que dà, y somos tan barbaros, que conociendola vivimos de ella. En estas quimeras estaba, quando llegò su confidente, y le informò del cielo donde moraba la deydad que le tenia fuera de sì, y desde aquel mismo punto empezò à perder tiempo, y gastar passos tan sin fruto, porque aunque continuò muchos dias la calle, era tal el recato de la casa, que en ninguno alcanzò à ver, no solo à las señoras, mas ni criada ninguna, con haver muchas, ni por buscar las horas mas dificultosas, ni mas faciles. La casa era encantada, en las rexas havia menudas, y espessas zelosìas, y en las puertas fuertes, y seguras cerraduras; y apenas era una hora de noche, quando ya estaban cerradas, y todos recogidos; de manera, que si no era quando salian à Missa, no era possible verlas, y aun entonces pocas veces iban, sino acompañadas de D. Dionis: con que todos los intentos de D. Gaspar se desvanecian; solo con los ojos en la Iglesia, le dàba à entender su cuydado à su Dama, mas ella no hacia caso, ò no miraba en ellos.

No dexò en este tiempo de ver, si por medio de algun criado podia conseguir algo de su pretension, procurando con otro assestar tiros à su fidelidad, mas como era Castellano, no hallò en ellos lo que deseaba, por la simpatìa que esta Nacion tiene con la nuestra, que con vivir entre nosotros, son nuestros enemigos. Con estos estorvos se enamoraba mas Don Gaspar, y mas el dia que veìa à Florentina, que no parecia sino que los rayos de sus ojos hacian mayores fuertes en su corazon, y le parecia, que quien mereciesse su belleza havria llegado al non plus ultra de la dicha, y que podria vivir seguro de zelosas ofensas! andaba tan triste, no sabiendo que hacerse, ni que medios poner en su cuñado, para que se la diesse por esposa, temiendo la oposicion que hay entre Portugueses, y Castellanos. Poco miraba Florentina en

D.

Digitized by Google

D. Gaſpar, aunque havia bien que mirar en èl, porque aunque, como he dicho, en la Igleſia podia haver notado ſu aſſiſtencia, le debia de parecer, que era deuda debida à ſu hermoſura; que pagar el que debe, no merece agradecimiento. Mas de dos meſes le durò à D. Gaſpar eſta pretenſion, ſin tener mas eſperanzas de ſalir con ella, que las dichas; que ſi la Dama no ſabia la enfermedad del galan, como podia aplicarle el remedio; y creo, que aunque lo ſupiera no ſe le diera, porque llegò tarde. Vamos al caſo, que fuè: una noche, poco antes que amaneciеſſe, venian Don Gaſpar, y ſu criado de una caſa de converſacion, que aunque pudiera con la oſtentacion de ſeñor, traher coche, y criados, como mozo, y enamorado, picante en alentado, guſtaba mas de andar aſſi, procurando con algunos entretenimientos divertirſe de ſus amoroſos cuydados, paſſando por la calle donde vivia Florentina, que ya que no via la perla, ſe contentaba con ver la caxa, al entrar por la calle, por ſer la caſa à la ſalida de ella, con el reſplandor de la Luna, que aunque iba alta, daba claridad, viò tendida en el ſuelo una muger, à quien el oro de los atavios, que ſus vislumbres, con los de Divina competian, la calificaban de porte, que con deſmayados alientos ſe quexaba, como ſi ya quiſiera deſpedirſe de la vida. Mas ſuſto creo que le dieron eſtos à D. Gaſpar, que no los que oyò en la cueva, no de pavor ſino de compaſſion, y llegandoſe à ella para informarſe de ſu neceſſidad, la viò toda bañada en ſangre, de que todo el ſuelo eſtaba hecho un lago, y el macilento, y hermoſo roſtro, aunque desfigurado, daba mueſtras de ſu divina belleza, y tambien de ſu cercana muerte. Tomòla D. Gaſpar por ſus hermoſas manos, que parecian de marmol en lo blanco, y elado; y eſtremeciendola, la dixo: Què teneis ſeñora mia, ò quien ha ſido el cruel que aſſi os puſo? A cuya pregunta reſpondiò la deſmayada ſeñora, abriendo los ojos, y conociendole Caſtellano, y alentandoſe mas con eſto de lo que podia, en lengua Portugueſa: Ay Cavallero, por la Paſſion de Chriſto, y por lo que debeis à ſer quien ſois, y à ſer Caſtellano, que me lleveis à donde procureis antes que muera darme confeſſion, que ya que pierdo la vida en la flor de mis años, no querria perder el alma, que la tengo en gran peligro. Tornòſe à deſmayar dicho eſto, que viſto por Don Gaſpar, y que la triſteDama daba indicios mortales, entre èl, y el criado la levantaron del ſuelo, y acomodandoſela al criado en los brazos, de manera, que la pudieſſe llevar con mas alivio, para quedar èl deſembarazado para ſi encontraban gente, ò la Juſticia, caminaron

Digitized by Google

ron lo mas aprieſſa que podian à ſu poſada, que no eſtaba muy lexos, donde llegados ſin eſtorvo ninguno, fueron recibidos de los demàs criados, y una muger, que cuydaba de ſu regalo, y poniendo el deſangrado cuerpo ſobre ſu cama, embiando por un Confeſſor, y otro por un Cirujano. Y hecho eſto, entrò donde eſtaba la herida Dama, que la tenian cercada los demàs, y la criada con una buxia encendida en la mano, que à eſte punto havia tornado en sì, y eſtaba pidiendo confeſſion, porque ſe moria, à quien la criada conſolaba, animandola à que tuvieſſe valor, pues eſtaba en parte donde cuydarian de darle remedio al alma, y cuerpo. Llegò, pues, D. Gáſpar, y poniendo los ojos en èl, ya caſi el difunto roſtro, quedò como los que ven viſiones, ò fantaſmas, ſin peſtañear, ni poder con la lengua articular palabra ninguna, porque no vió menos que à ſu adorada, y hermoſa Florentina; y no acabando de dar credito à ſus miſmos ojos, los cerraba, y abria, y tornandolos à cerrar, los tornaba de nuevo à abrir, por ver ſi ſe engañaba; y viendo que no era engaño, empezò à dar lugar à las admiraciones, no ſabiendo que decir de tal ſuceſſo, ni que cauſa podria haverla dado, para que una ſeñora tan principal, recatada, y honeſta, eſtuvieſſe del modo que la veìa, y en la parte que la havia hallado; mas como viò, que por entonces no eſtaba para ſaber de ella, lo que tan admirado le tenia, porque la herida Dama, ya ſe deſmayaba, y ya tornaba en sì, ſe ſufriò en ſu deſeo, callando quien era, por no advertir à los criados de ello. Vino en eſto el criado con dos Religioſos, y de alli à poco el que trahia el Cirujano; y para dar primero el remedio al alma, ſe apartaron todos, mas Florentina eſtaba tan desflaquecida, y deſmayada de la ſangre que havia perdido, y perdia, que no fuè poſſible confeſſarſe; y aſſi por mayor, por el peligro en que eſtaba, haciendo el Confeſſor algunas prevenciones, y prometiendo, ſi à la mañana ſe hallaſſe mas aliviada, confeſſarſe, la abſolviò; y dando lugar al Medico del cuerpo, acudiendo todos, y los Religioſos, que no ſe quiſieron ir haſta dexarla curada, la deſnudaron, y puſieron en la cama, y hallaron que tenia una eſtocada entre los pechos de la parte de arriba, que aunque no era penetrante, moſtraba ſer peligroſa, y lo fuera mas, à no haverla defendido algo las ballenas de un juſtillo que trahia: y debaxo de la garganta, caſi en el ombro derecho otra, tambien peligroſa, y otras dos en la parte de las eſpaldas, dando ſeñal, que teniendola aſida del brazo ſe las havian dado; que lo que la tenia tan ſin aliento, era la perdìda ſangre, que era mucha, porque havia tiem-

Digitized by Google

tiempo que estaba herida. Hizo el Cirujano su oficio, y al rebolverla para hacerlo, se quedò de todo punto sin sentido. En fin, haviendola tomado la sangre, y Don Gaspar contentando al Cirujano, y avisadole, no diesse cuenta del caso, hasta ver si la Dama no moria, como havia sucedido tal desdicha, contandole de la manera que la havia hallado, que por ser el Cirujano Castellano, de los que havian ido en la Tropa con su Magestad, pudo conseguir lo que pedia, con orden de que bolviesse en siendo de dia. Se fuè à su posada, y los Religiosos à su Convento. Recogieronse todos, quedò D. Gaspar, que no quiso cenar, haviendole hecho una cama en la misma quadra en que estaba Florentina. Se fueron los criados à acostar, dexandole alli algunas conservas, y vizcochos, agua, y vino, por si la Dama cobraba el sentido, darle algun socorro. Idos como digo todos, Don Gaspar se sentò sobre la cama en que estaba Florentina, y teniendo cerca de sì la luz, se puso à contemplar la casi difunta hermosura, y viendo medio muerta la misma vida con que vivia, haciendo en su enamorado pecho los efectos que amor, y piedad suelen causar, con los ojos humedecidos del amoroso sentimiento, tomandole las manos, que tendidas sobre la cama tenia, ya le registraba los pulsos, para ver si acaso vivia; otras, tocandole el corazon, y muchas poniendo los claveles de sus labios en los nevados copos, que tenia asidos con sus manos, decia: Ay hermosissima, y malograda Florentina, que quiso mi desdichada suerte, que quando soy dueño de estas deshojadas azucenas, sea quando estoy tan cerca de perderlas! Desdichado fuè el dia que vì tu hermosura, y la amè; pues despues de haver vivido muriendo tan dilatado tiempo, sin valer mis penas nada ante ti, que lo que se ignora passa por cosa que no es, quiso mi desesperada, y desdichada fortuna, que quando te hablè, fuesse quando te tengo mas perdida, y estoy con menos esperanzas de ganarte; pues quando me pudiera prevenir con el bien de haverte hallado algun descanso, te veo ser despojos de la ayrada muerte! Què podrè hacer, infelice amante tuyo, en tal dolor, sino serlo tambien en el punto que tu alma desampare tu hermoso cuerpo, para acompañarte en esta eterna, y ultima jornada! Què manos tan crueles fueron las que tuvieron animo para sacar de tu cristalino pecho, donde solo amor merecia estar apossentado, tanta purpura como los arroyos que te he visto verter! Dimelo, señora mia, que como Cavallero te prometo de hacer en èl la mas rabiosa venganza, que quando ha que le criò el mundo se haya visto. Mas ay de mi! que ya parece que la ay-

Digitized by Google

ayrada parca ha cortado el delicado estambre de tu vida, pues ya te admiro marmol elado, esperando el verte fuego, y blanda cera derretida al calor de mi amor! Pues tèn por cierto, hajado clavèl, y difunta belleza, que te he de seguir, quando no acabado con la pena, muerta con mis proprias manos, con el puñal de mis iras.

Diciendo esto, tornaba à hacèr experiencia de los pulsos, y del corazon, y tornaba de nuevo, y con mas lastimosas quexas à llorar la mal lograda belleza. Assi passò hasta las seis de la mañana, que à esta hora tornò en sì la desmayada Dama, con algo de mas aliento, que como se le havia restriñido la sangre, tuvo mas fuerza su animo, y desanimados espiritus; y abriendo los ojos, mirò como despavorida los que la tenian cercada, estrañando el lugar donde se veìa, que ya estaban todos alli, y el Cirujano, y los dos piadosos Frayles; mas bolviendo en sì, y acordandose como la havia trahido un Cavallero, y lo demàs que havia passado por ella, y con debilitada voz, pidiò que le diessen alguna cosa en que cobrar fuerzas, la sirvieron con unos vizcochos, mojados en oloroso vino, por ser alimento mas blando, y sustancioso; y haviendolos comido, dixo que le señalassen el Cavallero, à quien debia el no haver muerto como gentil barbara; y hecho, le diò las gracias como mejor supo, y pudo: Y haviendo ordenadose la sacassen una sustancia, la quisieron dexar un rato sola, para que no teniendo con quien hablar, reposasse se previniesse para confessarse, mas ella sintiendose algo mas de aliento, dixo, que no, sino que se queria confessar luego, por lo que pudiesse suceder; y antes de esso, bolviendose à D. Gaspar, le dixo: Cavallero, que aunque quiero llamaros por vuestro nombre, no lo sè, aunque me parece que os he visto antes de aora; aceptarèis à ir à la parte donde me hallasteis? Que si es possible acordaros, en la misma calle preguntad por las casas de D. Dionis de Portugal, que son bien conocidas en ella; y abriendo la puerta, que no està mas que con un cerrojo, poned en cobro lo que hay en ella, tanto de gente, como de hacienda. Y porque no os culpen à vos de las desventuras, que hallarèis en ella, y por hacer bien, os venga mal, llevad con vos algun Ministro de Justicia, que ya es impossible, segun el mal que hay en aquella desdichada casa (por culpa mia) encubrirse, ni menos cautelarme yo, sino que sepan donde estoy, y si mereciere mas castigo del que tengo, me le dèn. Señora, respondiò D. Gaspar, diciendole primero como era su nombre, bien sè vuestra casa, y bien os conozco, si no decìs mas, que muchas veces me haveis visto, aunque no me haveis mirado, yo à vos si que

Digitized by Google

os he mirado, y visto, mas no estais en estado de saber, por aora, donde, ni menos, para que si de essas desdichas, que en vuestra casa sois vos la causa, andeis en lances de Justicia. No puede ser menos, respondiò Florentina, haced, señor D. Gaspar, lo que os suplico, que yo no temo mas daño del que tengo; demàs, que vuestra autoridad es bastante, para que por ella me guarden à mi alguna cortesia. Viendo, pues, D. Gaspar, que esta era su voluntad, no replicò mas, antes mandando poner el coche, entrò en èl, y se fuè à Palacio, y dando cuenta de lo sucedido con aquella Dama; sin decir que la conocia, ni amaba, à un deudo suyo, tambien de la Camara de su Magestad, le rogò le acompañasse para ir à dar cuenta al Governador, porque no le imaginassen complice en las heridas de Florentina, ni en los riesgos sucedidos en su casa. Y juntos D. Gaspar, y D. Miguel, fueron en casa del Governador, à quien dieron cuenta del estado en que havia hallado la Dama, y lo que decia de su casa, que como el Governador conocia muy bien à D. Dionìs, y viò lo que aquellos señores le decian, al punto entrandose en el coche con ellos, haciendo admiraciones de tal sucesso, se fueron cercados de Ministros de Justicia à la casa de D. Dionìs, que llegados à ella, abrieron el cerrojo que Florentina havia dicho, y entrando todos dentro; lo primero que hallaron fuè, à la puerta de un aposento, que estaba al pie de la escalera, dos pages en camisa, dados de puñaladas, y subiendo por la escalera, una esclava blanca, herrada en el rostro, à la misma entrada de un corredor, de la misma suerte que los pages, y una doncella sentada en el corredor, atravessada de una estocada hasta las espaldas, que aunque estaba muerta, no havia tenido lugar de caer, como estaba arrimada à la pared, junto à esta estaba una acha caida, como que à ella misma se le havia caìdo de la mano: Mas adelante, à la entrada de la antesala estaba D. Dionìs atravessado en su misma espada, que toda ella se salia por las espaldas, y èl caido boca abaxo, pegado el pecho con la guarnicion, que bien se conocia haverse arrojado sobre ella, desesperado de la vida, y aborrecido de su misma alma. En un aposento que estaba en el mismo corredor, correspondiente à una cocina, estaban tres esclavas, una blanca, y dos negras, la blanca en el suelo en camisa en la mitad del aposento; y las negras en la cama tambien muertas à estocadas. Entrando mas adentro en la puerta de una quadra, medio cuerpo fuera, y medio dentro, estaba un mozo de hasta veinte años, poco mas, ò menos, de muy buena presencia, y cara, passado de una estocada: este estaba en camisa, cubierta una capa, y los

Digitized by Google

descalzos pies unas chinelas. En la misma quadra donde estaba la cama, echada en ella Doña Madalena, tambien muerta de crueles heridas, mas con tanta hermosura, que parecia una estatua de marfil, salpicada de roficler. En otro aposento detràs de esta quadra otras doncellas en la cama, tàbien muertas, como las demàs.

Finalmente, en la casa no havia cosa viva, mirabanse los que vian esto, unos à otros, tan assombrados, que no sè qual podia en ellos mas la lastima, ò la admiracion; y bien juzgaron ser D. Dionìs el autor de tal estrago, y que despues de haverlo hecho, havia buelto su furiosa rabia contra sì: mas viendo que solo Florentina, que era la que tenia vida, podia decir como havia sucedido tan lastimosa tragedia; mas sabiendo de D. Gaspar el peligro en que estaba su vida, y que no era tiempo de averiguarla, hasta ver si mejoraba, suspendieron la averiguacion, y dieron orden de enterrar los muertos con general lastima, y mas de Doña Madalena, que como la conocian ser una señora de tanta virtud, y tan honrosa, y la vian con tanta mocedad, y belleza, se dolian mas de su desastrado fin, que de los demàs. Dada, pues, tierra à los lastimosos cadaveres, y puesta por inventario la hacienda, depositada en personas abonadas, se vinieron todos juntos en casa de D. Gaspar, donde hallaron reposando à Florentina, que despues de haverse confessado, y dadole una substancia, se havia dormido; y que un Medico de quien se acompañò el Cirujano, que la assistian por orden de D. Gaspar, decian, que no era tiempo de desvanecerla, por quanto la confession havia sido larga, y le havia dado calentura, que aquel dia no convenia que hablasse mas, porque temian con la falta de tanta sangre como havia perdido, no enloqueciesse, la dexaron depositada en poder de D. Gaspar, y su primo, que siempre que se la pidiessen darian cuenta de èlla. Se bolviò el Governador à su casa, llevando bien que contar en èl, y todos, de la destruccion de la casa de D. Dionìs, y bien deseosos de saber el motivo que para tan lastimoso caso: mas de quince dias se passaron que no estuvo Florentina para hacer declaracion de tan lastimosa historia, llegando muchas veces à termino de acabar la vida, tanto, que fuè necessario darle todos los Sacramentos, en cuyo tiempo por consejo de D. Gaspar, y D. Miguel, havia hecho declaracion delante del Governador, como D. Dionìs havia hecho aquel lastimoso estrago, zeloso de Doña Madalena, y aquel criado de quien injustamente sospechaba mal, que era el que estaba en la puerta de la quadra, y que à èlla havia tambien dado aquellas heridas, mas que no la acabò de matar, por haverse puesto de por medio aquella

Digitized by Google

esclava que estaba en la puerta del corredor, donde pudo escaparse mientras la matò, y que se havia salido à la calle, y cerrado tràs sì la puerta, y con perder tanta sangre cayò donde la hallò D. Gaspar, que en quanto à D. Dionìs, que no sabìa si se havia muerto, ò no; mas, que pues le havian hallado, como decian, que èl de rabia se havria muerto.

Con esta confession, ò declaracion que hizo, no culpandose à sì, por no ocasionarse el castigo; con esto cessaron las diligencias de la Justicia, antes desembargando la hacienda, y poniendola à èlla en libertad, le dieron la possession de èlla, la parte de su hermana por herencia, y la de D. Dionìs en pago de las heridas recibidas de su mano, para que si viviesse la gozasse; y si muriesse pudiesse testar à su voluntad, con que passado mas de un mes, que con verse quieta, y rica se consolò, y mejorò: (ò Dios! que dispone las cosas conforme à su voluntad, y à utilidad nuestra,) en poco mas tiempo, estaba ya tan fuera de peligro, y tan agradecida del agassajo de D. Gaspar, y reconocida del bien que de èl havia recibido, que no fuera muy dificultoso amarle, pues, fuera de esto lo merecia por su gallarda, y afable condicion, à demàs de su nobleza, y muchos bienes de fortuna, de que le havìa engrandecido el Cielo de todas maneras: y aun estoy por decir, que le debia de amar: mas como se hallaba inferior, en la buena sangre, en la riqueza, y en la hermosura, que essa sola bastaba, fino en la causa que originò el estar èlla en su casa, no se atrevia à darlo à entender; ni D. Gaspar, mas atento à su honor, que à su gusto, aunque la amaba, como se ha dicho, y mas como se sabe del trato, que suele engendrar amor donde no le hay, no havia querido declararse con èlla, hasta saber en que manera havia sido la causa de tan lastimoso sucesso; porque mas queria morir amando, sin honor, que sin èl vencer, y gozar, supuesto que Florentina, para muger, si havia desmàn en su pureza, era pòca muger, y para Dama mucha: y deseoso de salir de este cuydado, y determinar lo que havia de hacer, porque la jornada de su Magestad para Castilla se acercaba, y èl havia de assistir à èlla, viendola con salud, y muy cobrada en su hermosura, y que ya se empezaba à levantar, le suplicò le contasse como havian sucedido tantas desdichas, como por sus ojos havia visto, y Florentina obligada, y rogada de persona à quien tanto debia, estando presente D. Miguel, que deseaba lo mismo; y aun no estaba menos enamorado que su primo, aunque temiendo lo mismo, no queria manifestar su amor, empezò à contar su prodigiosa historia, de esta manera:

Nacì en esta Ciudad (nunca naciera, para que no hnviera sido oca-

Digitized by Google

ocasion de tantos males) de padres nobles, y ricos, siendo desde el primer passo que dì en este mundo, causa de desdichas, pues se las ocasionè à mi madre, quitandole en acabando de nacer la vida, con tierno sentimiento de mi padre, por no haver gozado de su hermosura, mas de los nueve meses que me tuvo en su vientre, si bien se le moderò, como hace à todos, pues apenas tenia yo dos años, se casò con una señora viuda, y hermosa, con buena hacienda, que tenia assimismo una hija que le havia quedado de su esposo, de edad de quatro años, que esta fue la desdichada Doña Madalena. Hecho, pues, el matrimonio de mi padre, y su madre, nos criamos juntas desde la infancia, tan amantes la una de la otra, y tan amadas de nuestros padres, que todos entendian que eramos hermanas; porque mi padre, por obligar à su esposa, queria, y regalaba à Doña Madalena, como si fuera hija suya; y su esposa por tenerle à èl grato, y contento, me amaba à mi mas que à su hija, que esto es lo que deben hacer los buenos casados, y que quieren vivir con quietud: pues del poco agrado que tienen los maridos con los hijos de sus mugeres, y las mugeres con los de sus maridos, nacen mil rencillas, y pesadumbres. En fin, digo, que sino eran los que muy familiarmente nos trataban, que sabian lo contrario, todos los demàs nos tenian por hermanas, y aun nosotras mismas lo creimos assi, hasta que la muerte descubriò este secreto, que llegando mi padre al punto de hacer testamento, para partir de esta vida, por ser el primero que la dexò, supe que no era hija de la que reverenciaba por madre, ni hermana de la que amaba por hermana; y por mi desdicha huvo de ser por mi, por quien faltò esta amistad. Muriò mi padre, dexandome muy encomendada à su esposa; mas no pudo mostrar mucho tiempo en mi el amor que à mi padre tenia, porque fuè tan grande el sentimiento que tuvo de su muerte, que dentro de quatro meses le siguiò, dexandonos à Doña Madalena, y à mi bien desamparadas, aunque bien acomodadas de bienes de fortuna, que acompañados con los de naturaleza, nos prometiamos buenos casamientos, porque no hay diez y ocho años feos.

Dexònos nuestra madre (que en tal lugar la tenia yo) debaxo de la tutela de un hermano suyo, de mas edad que èlla, el qual nos llevò à su casa, y nos tenia como à hijas, no diferenciandonos en razon de nuestro regalo, y aderezo à la una de la otra, porque era con tan gran estremo lo que las dos nos amabamos, que el tio de Doña Madalena pareciendole que hacia lisonja à su sobrina, me queria, y acariciaba de la misma suerte que

Digitized by Google

à èlla; y no hacia mucho, pues no eſtando èl muy ſobrado, con nueſtra hacienda, no le faltaba nada. Ya quando nueſtros padres murieron, andaba D. Dionìs de Portugal, Cavallero rico, y poderoſo, y de lo mejor de eſta Ciudad, muy enamorado de Doña Madalena, deſeandola para eſpoſa, y ſe havia dilatado el pedirla por ſu falta, paſſeandola, y galanteandola de lo terniſſimo, y cuydadoſo, como tiene fama nueſtra Nacion. Y èlla, como tan bien entendida, conociendo ſu logro, le correſpondia con la miſma voluntad, en quanto à dexarſe ſervir, y galantear de èl, con el decoro debido à ſu honeſtidad, y fama, ſupueſto que admitia ſu voluntad, y finezas, con intento de caſar con èl. Llegaron, pues, eſtos honeſtos, y recatados amores à determinarſe Doña Madalena de caſarſe ſin la voluntad de ſu tio, conociendo en èl la poca que moſtraba à darla eſtado, temeroſo de perder la comodidad con que con nueſtra buena, y lucida hacienda paſſaba; y aſſi guſtàra mas de que fueramos Religioſas, y aun nos lo proponia muchas veces, mas viendo la poca inclinacion que teniamos à eſte eſtado, ò por deſvanecidas con la belleza, ò porque haviamos de ſer deſdichadas, no apretaba en èllo, mas dilataba el caſarnos, que todo eſto pueden los intereſſes à los que quieren vivir con deſcanſo; que viſto eſto por Doña Madalena, determinada, como digo, à elegir por dueño à D. Dionìs, empezò à engolfarſe mas en ſu voluntad, eſcriviendo el uno al otro, y hablandoſe muchas noches por una rexa. Aſſiſtiala yo algunas noches; ò primero muriera que tan cara me cueſta eſta aſſiſtencia! Al principio contenta de ver à Doña Madalena empleada en un Cavallero de tanto valor como D. Dionìs, al medio embidioſa de que fueſſe ſuyo, y no mio: y al fin enamorada, y perdida por èl. Qìle tierno, eſcuchèle diſcreto, mirèle galàn, y conſiderèle ageno, y dexème perder ſin remedio, con tal precipicio, que vine à perder la ſalud, donde conozco, que acierta quien dice, que el amor es enfermedad, pues ſe pierde el guſto, y ſe huye el ſueño, y ſe apartan las ganas de comer. Pues ſi todos eſtos accidentes caen ſobre el fuego, que amor enciende en el pecho, no me parece que es el menos peligroſo tabardillo: y mas quando da con la modorra, de no poder alcanzar, y con el frenesì zeloſo, de ver lo que ſe ama, empleado en otro cuydado: y mas rabioſo fuè eſte mal en mi, porque no podia ſalir de mi, ni conſentia ſer comunicado, pues todo el mundo me havia de infamar, de que amaſſe yo lo que mi amiga, ò hermana amaba; yo queria à quien no me queria, y eſte amaba à quien yo tenia obligacion de no ofender. Valgame Dios!

Digitized by Google

Dios! y que intrincado laberinto, pues solo mi mal era para mi, y mis penas no para comunicadas. Bien notaba Doña Madalena en mi melancolìa, y perdìda color, y demàs accidentes, mas no imaginaba la causa; que creo de lo que me amaba, que dexàra la empressa, porque yo no padeciera, que quando considero esto, no sè como mi proprio dolor no me quita la vida, antes juzgaba de mi tristeza, debia de ser, porque no me havìa llegado à mi la ocasion de tomar estado como à ella, como es este el deseo de todas las mugeres de sus años, y de los mios; y si bien algunas veces me persuadia à que le comunicasse mi pena, yo la divertìa, dandole otras precisas causas, hasta llegarme à prometer, que casandose, me casaria con quien yo tuviesse gusto. Ay, malograda hermosura, y que falsa, y desdichadamente te paguè el amor que me tenias! Cierto, señor D. Gaspar, que à no considerar, que si dexasse aqui mi lastimosa historia, no cumpliria con lo que estoy obligada, os suplicàra me dierades licencia para dexarla, porque no me sirve de mas de añadir nuevos tormentos à los que padezco en referirla: mas passemos con ella adelante, que justo es que padezca quien causò tantos males, y assi passarè sin referirlos. Las musicas, las finezas, y los estremos con que D. Dionìs servia à Doña Madalena, ya lo podreis juzgar, de la opinion de enamorados que nuestra Nacion tiene, ni tampoco las rabiosas bascas, los dolorosos suspiros, y tiernas lagrimas de mi corazon, y ojos, el tiempo que durò este galantèo, pues lo podreis ver por lo que adelante succediò. En fin, puestos los medios necessarios, para que el tio de Doña Madalena no lo negasse, viendo conformes las dos voluntades, aunque de mala gana, por perder el interès que se le seguia en el govierno, y administracion de la hacienda, Doña Madalena, y Don Dionìs llegaron à gozar lo que tanto deseaban, tan contentos con el felicissimo, y dichoso logro de su amor, como yo triste, y desesperada, viendome de todo punto desposseìda del bien que adoraba mi alma. No sè como os diga mis desesperaciones, y rabiosos zelos, mas mejor es callarlo, porque assi saldràn mejor pintados, porque no hallo colores como los de la imaginacion. No digo mas, sino que à este efecto hice un Romance, que si gustais le dirè, y sino le passarè en silencio. Antes me agraviareis, dixo Don Gaspar en no decirle, que sentimientos vuestros seràn de mucha estima. Pues el Romance es este que cantè à una guitarra el dia del despoforio, mas que cantando, llorando.

Ya llego, Cupido, al ara,
ponme en los ojos el lienzo,
pues solo por mis desdichas

Digitized by Google

ofrezco al cuchillo el cuello.
Ya no tengo mas que darte,
que pues la vida te ofrezco,
niño cruel, ya conoces
el poco caudal que tengo.
Un cuerpo sin alma doy,
que es engaño, ya lo veo;
mas tieneme Fabio el alma,
y quitarsela no puedo.
Que si guardaba la vida,
era por gozarle, en premio
de mi amor, mas ya la doy
con gusto, pues oy le pierdo.
No te obliguen las corrientes
que por estos ojos vierto,
que no son por obligarte,
sino por mi sentimiento.
Antes si me has de hacer bien,
acaba, acabame presto,
para que el perder à Fabio,
y el morir lleguen à un tiempo.
Mas es tanta tu crueldad,
que porque morir deseo,
el golpe suspenderàs,
mas que piadoso, severo.
Executa el golpe, acaba,
ò no me quites mi dueño;
dexame vivir con èl,
aunque viva padeciendo.
Bien sabes, que sola una hora
vivir sin Fabio no puedo,
pues si he de morir de espacio,
mas alivio es morir presto.
Un año, y algo mas ha,
que sin decirlo, padezco;
amando sin esperanzas,
que es la pena del infierno.
Ya su sol se va à otro oriente,
y à mi como à ocaso negro,
quedandome sin su luz,
para què la vida quiero?
Mas si tengo de morir,
amor, para què me quexo?
que pensaràs que descanso,
y no descanso, que muero.
Ya me venda amor los ojos;
ya desembayna el acero;
ya muero, Fabio por ti;
ya por ti la vida dexo.
Ya digo el ultimo à Dios;
ò permita, Fabio, el Cielo,
que à ti te dè tantas dichas,
como yo tengo tormentos.
En esto decir quiero,
que muero, Fabio, pues que ya te pierdo,
y que por ti, con gusto, Fabio, muero.

Casaronse en fin, D. Dionìs, y Doña Madalena, y como me lo havia prometido, me traxo quando se vino à su casa, en su compañia, con animo de darme estado, pensando que trahia una hermana, y verdadera amiga, y tratò la destruccion de ella: pues ni el verlos ya casados, ni quan ternissimamente se amaban, ni lo que à Doña Madalena de amor debia, ni su misma pèrdida nada bastò para que yo olvidasse à D. Dionìs, antes crecia en mi la desesperada embidia de verlos gozarse, y amarse con tanta dulzura, y gusto, con lo que yo vivia tan sin èl, que creyendo Doña Madalena, que nacia, de que se dilataba el darme estado, tratò de emplearme en una persona que me estimasse, y mereciesse, mas nunca, ni èlla, ni D. Dionis lo pudieron acabar conmigo, de que Doña Madalena se ad-

Digitized by Google

admiraba mucho, y me decia, que me havia hecho de una condicion tan estraña, que la trahia fuera de sì, ni me la entendia. Y à la cuenta debia de comunicar esto mismo con su esposo, porque un dia que èlla estaba en una visita, y yo me havia quedado en casa, como siempre hacia, como andaba tan desabrida, à todo divertimiento me negaba: vino D. Dionis, y hallandome sola, y los ojos bañados de lagrimas, que pocos ratos dexaba de llorar el mal empleo de mi amor, sentandose junto à mi me dixo: Cierto, hermosa Florentina, que à tu hermana, y à mi nos trahe cuydadosìssimos tu melancolia, haciendo varios discursos de que te puede proceder, y ninguno hallo mas à proposito, ni que lleve color de verdadero, sino que quieres bien en parte impossible, que à ser possible, no creo que haya Cavallero en esta Ciudad, aunque sea de gerarquia superior, que no estime ser amado de tu hermosura, y se tuviera por muy dichoso en merecerla, aun quando no fueras quien eres, ni tuvieras la hacienda que tienes, sino que fueras una pobre aldeana, pues con ser dueño de tu sin igual belleza, se pudiera tener por el mayor Rey del Mundo. Y si acaso fuera yo, no dexandole passar adelante, (tan precipitada me tenia à mi amorosa passion, ò lo mas seguro, dexada de la divina mano) que fuera assi, que amàra en alguna parte dificil de alcanzar correspondencia, què hicierades vos por mi, Señor D. Dionis, para remediar mi pena? Decirsela, y solicitarle, para que te amasse, respondiò D. Dionis: Pues si es assi, respondì yo, ditela à ti mismo, y solicitale à ti, y cumpliràs lo que prometes; y mira quan apurado està mi sufrimiento, que sin mirar lo que debo à mi misma, ni que profano la honestidad, joya de mas valor que una muger tiene, ni el agravio que hago à tu esposa, que aunque no es mi hermana, la tengo en tal lugar, ni en el saber que voy à perder, y no à ganar contigo, pues es cierto, que me has de desestimar, y tener en menos por mi atrevimiento, y despreciarme por mirarme liviana; y de mas à mas, por el amor que debes à tu esposa, tan merecedora de tu lealtad, como yo de tu desprecio, nada de esto me obliga, porque he llegado à tiempo, que es mas mi pena, que mi verguenza, y assi tenme por libre, admirame atrevida, ultrajame deshonesta, aborrecemè liviana, ò haz lo que fuere de tu gusto, que ya no puedo callar. Y quando no me sirva de mas mi confession, sino que sepas, que eres la causa de mi tristeza, y desabrimiento, me doy por contenta, y pagada de haverme declarado; y supuesto esto, tèn entendido, que desde el dia que empezaste à amar à Doña Madalena, te amo mas que à mi, passando las penas que ves, y no ves, y de que à ninguna persona en el mundo he dado par-

Digitized by Google

parte, resuelta à no casarme jamàs, porque si no fuese à ti, no he de tener otro dueño. Acabè esta ultima razon, con tantas lagrimas, y ahogados suspiros, y sollozos, que apenas la podia pronunciar. Lo que resultò de esto fuè, que levantandose D. Dionis, creyendo que se iba huyendo, por no responder à mi determinada desemboltura, cerrò la puerta de la sala, y bolviò donde yo estaba, diciendo: No quiera amor, hermosa Florentina, que yo sea ingrato à tan divina belleza, y à sentimientos tan bien padecidos, y tiernamente dichos: añudandome al cuello los brazos, me acariciò de modo, que ni yo tuve mas que darle, ni èl mas que alcanzar, ni poseer. En fin, toda la tarde estuvimos juntos en amorosos deleytes, y en el discurso de ella no sè que fuesse verdad, que los amantes à peso de mentiras nos compran, que desde otro dia casado me amaba, y que por no atreverse no me lo havia dicho, y otras cosas, con que yo creyendole, me tuve por dichosa, y me juzguè no mal empleada, y que si se viera libre fuera mi esposo. Rogòme D. Dionis, con grandes encarecimientos, que no descubriera à nadie nuestro amor, pues teniamos tanto lugar de gozarle, y yo le pedì lo mismo, temerosa de que Doña Madalena no lo entendiesse. En fin, de esta suerte hemos passado quatro años, estando yo desde aquel dia, la muger mas alegre del mundo; cobrème en mi perdida hermosura, restituìme en mi donayre, de manera, que ya era el regocijo, y alegria de toda la casa, porque yo mandaba en ella; lo que yo hacia, era lo mas acertado; lo que mandaba, lo obedecido; era dueña de la hacienda, y de cuya era; por mi se despedian, y recibian los criados, y criadas. De manera, que Doña Madalena no servia mas de hacer estorvo à mis empleos. Amabame tanto D. Dionis, grangeandole yo la voluntad con mis caricias, que se vino à descuydar en las que solia, y debia hacer à su esposa, con que se trocaron las suertes: Primero Madalena estaba alegre, y Florentina triste; ya Florentina era la alegre, y Madalena la melancolica, llorosa, la desabrida, y la desconsolada; y si bien entendia, que por andar su esposo en otros empleos se olvidaba de ella, jamàs sospechò en mi. Lo uno por el recato con que andabamos, y lo otro por la gran confianza que tenia de mi, no pudiendose persuadir à tal maldad; si bien me decia, que en mi, las tristezas, y alegrias eran estremos, que tocaban en locura. Valgame el Cielo! Y que ceguedad es la de los amantes, nunca me alumbrè de ella, hasta que à costa de tantas desdichas se me han abierto los ojos. Llegò à tal estremo, y remate la de mis maldades, que nos dimos palabras de esposos D. Dionis, y

yo,

Digitized by Google

yo, para quando muriera Doña Madalena, como si estuviera en nuestra voluntad el quitarle la vida, ò tuvieramos las nuestras mas seguras, que èlla la suya. Llegòse en este tiempo la Semana Santa, en que es fuerza acudir al mandamiento de la Iglesia; y si bien algunas veces en el discurso de mi mal estado me havia confessado, algunas havia sido de cumplimiento, y yo que sabìa bien dorar mi yerro, no debia de haver encontrado Confessor tan escrupuloso, como este que digo, ò yo debì de declararme mejor. O infinita Bondad, y lo que sufres! En fin, tratando con èl del estado de mi conciencia, me la apurò tanto, y me puso tantos temores de la perdicion de mi alma, no queriendome absolver, y diciendome que estaba, como acà, ardiendo en los infiernos, que bolvì à casa bien desconsolada, y entrando en mi retraimiento, empecè à llorar, de suerte, que lo sintiò una doncella mia, que se havia criado conmigo desde niña; que es la que si os acordais señor D. Gaspar, hallasteis en aquella desdichada casa, sentada en el corredor, arrimada à la pared, passada de parte à parte por los pechos, y con grandes instancias, ruegos, y sentimientos, me persuadiò à que le dixesse la causa de mi lastimoso llanto, y yo (ò por descansar con èlla, ò porque ya la fatal ruìna de todos se acercaba; advirtiendo lo primero del secreto, y dissimulacion, delante de Dionis, porque no supiesse que èlla lo sabia, por lo que importaba) le di cuenta de todo, sin faltar nada, contandole tambien lo que me havia passado con el Confessor. La doncella haciendo grandes admiraciones, y mas de como havia podido tenerlo tanto tiempo encubierto, sin que ninguno lo entendiesse, me dixo, viendo que yo le pedia consejo, estas razones: Cierto, señora mia, que son sucessos los que me has contado de tanta gravedad, que era menester para dar salida à èllos mayor entendimiento que el mio; porque pensar que has de estar en este estado presente, hasta que Doña Madalena se muera, es una cosa que solo esperarla causa desesperacion; porque como sabemos que se ha de morir èlla primero que tu, ni D. Dionis decirte, que te apartes de èl amandole? Es locura, que ni tu lo has de hacer, ni èl si està tan enamorado como dices, menos; tu sin honor, y amando, guardando milagros, que las mas de las veces en estos casos suceden al revès; porque el Cielo castiga estas intenciones, y morir primero los que agravian, que el agraviado, acabar el ofensor; y vivir el ofendido. El remedio que hallo cruel es, mas ya es remedio que à llagas tan ulceradas como estas, quieren curas violentas. Roguèle me le dixesse, y respondiòme: que muera Doña Madalena, que mas vale que lo padezca una inocente, que se

Digitized by Google

se irà à gozar de Dios con la corona del martyrio, que no que tu quedes perdida. Ay, amiga! Y no serà mayor horror que los demàs, dixe yo, matar à quien no le debe, y que Dios me castigarà à mi, pues haciendo yo el agravio, le ha de pagar el que le recibe? David, me respondiò mi doncella (y se aprovechò de èl) matando à Urias; porque Bersabè no padeciera, ni peligràra en la vida, ni en la fama: Y tu me parece que estàs cerca de lo mismo, pues el dia que Doña Madalena se desengañe ha de hacer de ti lo que yo te digo que hagas de èlla. Pues si con solo el deseo, respondì yo, me ha puesto el Confessor tantos miedos, què serà con la execucion? Hacer lo que dixo David, dixo la doncella, matemos à Urias, que despues harèmos penitencia en casandote con tu amante, restaurar con sacrificios el delito, que por la penitencia se perdona el pecado, y assi lo hizo el santo Rey. Tantas cosas me dixo, y tantos exemplos me puso, y tantas leyes me alegò, que como yo deseaba lo mismo que ella me persuadia, que reducida à su parecer, dimos entre las dos la sentencia contra la inocente, y agraviada Doña Madalena, que siempre à un error sigue otro, y à un delito muchos. Y dando, y tomando pareceres, como se executaria, me respondiò la atrevida muger, en quien pienso que hablaba, y obraba el demonio: Lo que me parece mas conveniente, para que ninguna de nosotras peligre, es, que la mate su marido, y de esta suerte no culparàn à nadie. Como serà esso, dixe yo, que Doña Madalena vive tan honesta, y virtuosamente, que no hallarà jamàs su marido causa para hacerlo? Esso es el caso, dixo la doncella, ai ha de obrar mi industria, calla, y dexame hacer, sin darte por entendida de nada, que si antes de un mes no te vieres desembarazada de ella, me tengas por la mas ruda, y boba que hay en el mundo. Diome parte del modo, apartadonos las dos, à hacer oficio de demonio, y yo esperar el sucesso, con lo que cessò nuestra platica; y la mal aconsejada moza, y yo mas que ella, que todas seguiamos lo que el demonio nos inspiraba; hallando ocasion, como ella la buscaba, dixo à D. Dionis: que su esposa le quitaba el honor, porque mientras èl no estaba en casa, tenia trato ilicito con Fernandico: Este era un mozo de harta edad de diez y ocho, ò veinte años, que havia en casa nacido, y criado en ella, porque era hijo de una criada de sus padres de D. Dionis, que havia sido casada con un Mayordomo suyo: y muertos ya los padres, el desdichado mozo se havia criado en casa, heredando el servir mas en el premio, pues fuè muy diferente del que sus padres havian tenido: que este era el que hallasteis muerto à la puerta de la quadra,

Digitized by Google

dra, donde estaba Doña Madalena: era galan, y de buenas partes, y muy virtuoso, con que à D. Dionis no se le hizo muy dificultoso el creerlo, si bien le preguntò, que como lo havia visto? A lo que ella respondiò: Que al ladron de casa no hay nada oculto, que piensan las amas que las criadas son ignorantes. En fin, D. Dionis le dixo, que como haria para satisfacerse de la verdad? Haz que te vas fuera, y buelve al amanecer, ò ya passado de media hora, y hazme una seña, para que yo sepa que estàs en la calle, dixo la criada, que te abrirè la puerta, y los cojeràs juntos. Quedò concertado para de alli à dos dias, y mi criada me diò parte de lo hecho, de que yo algo temerosa me alegrè, aunque por otra parte me pesaba: mas viendo que ya no havia remedio, huve de passar, aguardando el sucesso. Vamos al endemoniado enredo, que voy abriendo por la pena que me dà referir tan desdichado sucesso. Al otro dia dixo D. Dionis, que iba con unos amigos à ver unos toros que se corrian en un Lugar tres leguas de Lisboa; y apercebido su viage, aunque Fernandico le acompañaba siempre, no quiso que esta vez fuera con èl, ni otro ningun criado, que para dos dias los criados de los otros le assistirian; y con esto se partiò el dia, à quien siguiò la triste noche que me hallasteis. En fin, èl vino solo, passado de media noche, y hecha la seña, mi doncella, que estaba alerta, le dixo, se aguardasse un poco, y tomando una luz, se fuè al aposento del malogrado mozo, y entrando alborotada, le dixo: Fernando, mi señora te llama, que vayas allà muy aprieffa. Que me quiere aora mi señora? Replicò Fernando. No sè, dixo ella, mas de que me embia muy aprieffa à llamarte. Levantòse, y queriendo vestirse, le dixo: No te vistas, sino ponte essa capa, y enchancletate essos zapatos, y vè à ver que te quiere, que si despues fuere necessario vestirte, lo haràs. Hizolo assi Fernandico, y mientras èl fuè donde su señora estaba, la cautelosa muger abriò à su señor. Llegò Fernando à la cama donde estaba durmiendo Doña Madalena, y despertandola, le dixo: Señora, què es lo que me quieres? A lo que Doña Madalena assustada, como despertò, y le viò en su quadra, le dixo: Vete, vete, mozo con Dios, què buscas aqui, que yo no te llamo: que como Fernando lo oyò, se fuè à salir de la quadra, quando llegò su amo al tiempo que èl salia, que como le viò que estaba desnudo, y que salia del aposento de su esposa, creyò que salia de dormir con ella, y dandole con la espada que trahia desnuda dos estocadas, una tras otra, le tendiò en el suelo, sin poder decir mas de Jesus sea conmigo, con tan doloroso acento, que yo que estaba en mi aposento, bien temerosa, y sobresaltada (como era justo estuviesse

quien

Digitized by Google

quien era causa de un mal tan grande, y autora de un testimonio tan cruel, y motivo de que se derramasse aquella sangre inocente, que ya empezaba à clamar delante del Tribunal Supremo de la Divina Justicia) me cubrì con un sudor frio; y queriendome levantar para salir à estorvarlo, ò que mis fuerzas estuviessen enflaquecidas, ò que el demonio que ya estaba señoreando en aquella casa, me atò de suerte, que no pude. En tanto D. Dionis, ya de todo punto ciego, entrò donde estaba su inocente esposa, que se havia buelto à quedar dormida con los brazos sobre la cabeza, y llegando à su puro, y casto lecho, à sus ayrados ojos, y engañada imaginacion, sucio, deshonesto, y violado con la mancha de su deshonor, le dixo: Ah traydora! Y como descansas en mi ofensa; y sacando la daga le diò tantas puñaladas, quantas su indignada colera le pedia, sin que pudiesse, ni aun formar un ay, desamparò aquella alma santa el mas hermoso, y honesto cuerpo que conociò el Reyno de Portugal. Y à este tiempo havia yo salido fuera de mi estancia, y estaba en parte que podia ver lo que passaba, bien perdida de animo, y anegada en lagrimas, mas no me atrevì à salir, y vì que D. Dionis passò adelante à un retrete que estaba consecutivo à la quadra de su esposa, y hallando dos desdichadas doncellas, que dormian en èl, las matò, diciendo: Assi pagareis, dormidas centinelas de mi honor, vuestro descuydo, dando lugar à vuestra alevosa señora, para que velasse à quitarme el honor: Y baxando por una escalera escusada que salia à un patio, saliò al portal, y llamando los dos pages que dormian en un aposento cerca de alli, que à su voz salieron despavoridos, les pagò su puntualidad con quitarles la vida: Y como un leon encarnizado, y sediento de humana sangre, bolviò à subir por la escalera principal, y entrando en la cocina, matò las tres esclavas que dormian en ella, que la otra havia ido à llamarme, oyendo la rebuelta, y llanto que hacia mi criada, que sentada en el corredor estaba, que, ò porque se arrepintiò del mal que havia hecho, quando no tenia remedio, ò porque Dios quiso que le pagasse, porque el honor de Doña Madalena no quedasse manchado; sino que supiesse el mundo, que ella, y quantos alli havian muerto, iban sin culpa; y que sola ella, y yo la teniamos, que es lo mas cierto. Arrimando una hacha, que èl proprio havia encendido, à la pared, que tan descaradamente siguiò su maldad, que para ir à abrir la puerta à su señor, le pareciò poca luz la de una vela, que en dexandonos Dios de su divina mano, pecamos, como si hicieramos algunas virtudes. Sin verguenza de nada se sentò, y empezò à llorar, diciendo: A y desdichada de mi! Què he he-

Digitized by Google

hecho! Ya no hay perdon para mi en el Cielo, ni en la tierra, pues por apoyar un mal con tan grande, y falso testimonio, he sido causa de tantas desdichas! A este mismo punto salia su amo de la cocina, y yo por la otra parte; y la esclava que me havia ido à llamar con una vela en la mano; y como la oì me detuve, y vì, que llegando D. Dionis à ella, le dixo: Què dices moza de testimonio, y de desdichas? Ay, señor mio! Respondiò ella, que tengo de decir, sino que soy la mas mala hembra que ha nacido; que mi señora Doña Madalena, y Fernando, han muerto sin culpa, con todos los demàs, à quien has quitado la vida: sola yo soy la culpada, y la que no merezco vivir: que yo hice este enredo, llamando al triste Fernando, que estaba en su aposento dormido, diciendole, que mi señora le llamaba, para que viendole tu salir de la forma que le viste, creyesses lo que yo te havia dicho, para que matando à mi señora Doña Madalena, te casàras con Doña Florentina mi señora, restituyendole, y satisfaciendo con ser su esposo, el honor que le debes. O falsa traydora! y si esso que dices es verdad, dixo D. Dionis, poca venganza es quitarte una vida que tienes, que mil son pocas, y que à cada una se te diesse un genero de muerte. Verdad es, señor, verdad es, señor, y lo demàs mentira; yo soy la mala, y mi señora la buena: la muerte merezco, y el infierno tambien. Pues yo te darè lo uno, y lo otro, respondiò D. Dionis, y restaurarè la muerte de tantos inocentes, con la de una traydora; y dicho esto, la atravessò con la espada por los pechos contra la pared, dando la desdichada una grande voz, diciendo: Recibe, infierno, el alma de la mas mala muger que criò el Cielo, y aun allà pienso que no hallarà lugar; y diciendo esto, la rindiò à quien la ofrecia. A este punto salì yo con la negra, y fiada en el amor que me tenia, entendiendo amansarle, y reportarle, le dixe: Què es esto, D. Dionis? Què sucessos son estos? Hasta quando ha de durar el rigor? El, que ya à este punto estaba de la rabia, y dolor, sin juicio, embistiendo conmigo, me dixo: hasta matarte, y matarme, falsa, traydora, liviana, deshonesta, para que pagues haver sido causa de tantos males; que no contenta con los agravios que con tu deshonesto apetito hacias à la que tenias por hermana, no has parado hasta quitarle la vida; y diciendo esto, me diò las heridas que haveis visto, y acabàrame de matar, si la negra no acudiera à ponerse en medio, que como la viò Don Dionis, asiò de ella, y mientras la matò, tuve yo lugar de entrarme en un aposento, y cerrar la puerta, toda bañada en mi sangre. Acabando, pues, D. Dionis con la vida de la Esclava, y que ya no quedaba nada vivo, en casa, sino era èl,

Digitized by Google

èl, porque de mi, bien creyò, que iba de modo, que no escaparia, è insistido del demonio, puso el pomo de la espada en el suelo, y la punta en su cruel corazon, diciendo: No he de aguardar à que la Justicia humana castigue mis delitos, que mas acertado es, que sea yo el verdugo de la Justicia Divina, se dexò caer sobre la espada, passando la punta à las espaldas, llamando al demonio que le recibiesse el alma. Yo viendole ya muerto, y que me desangraba, si bien con el miedo que podeis imaginar, de verme en tanto horror, y cuerpos sin alma, que de mi sentimiento no hay que decir, pues era tanto, que no sè como no hice lo mismo que D. Dionis; mas no lo debiò de permitir Dios, porque se supiesse un caso tan desdichado como este. Con mas animo del que en la ocasion que estaba imaginè tener, abrì la puerta del aposento, y tomando la vela que estaba en el suelo, me baxè por la escalera, y salì à la calle, con animo de ir à buscar, viendome en el estado que estaba, quien me confessasse, para que ya que perdiesse la vida, no perdiesse el alma. Con todo, tuve advertimiento de cerrar la puerta de la calle, con aquel cerrojo que estaba, y caminando con passos desmayados por la calle, sin saber à donde iba, me faltaron con la falta de la sangre las fuerzas, y caì donde vos señor Don Gaspar me hallasteis, donde estuve hasta aquella hora, y llegò vuestra piedad à socorrerme, para que debiendoos la vida, la gaste el tiempo que me durare en llorar, gemir, y hacer penitencia de tantos males, como he causado, y tambien en pedir à Dios guarde la vuestra muchos siglos.

Callò con esto la linda, y hermosa Florentina, mas sus ojos con los copiosos raudales de lagrimas no callaron, que à hilos se desperdiciaban por sus mas que hermosas mexillas, en que mostraba bien la passion que en el alma sentia, que forzado de ella, se dexò caer con un profundo, y hermoso desmayo, dexando à D. Gaspar suspenso, y espantado de lo que havia oido; y no sè si mas desmayado que ella, viendo que entre tantos muertos como el muerto honor de Florentina havia causado, tambien havia muerto su amor, porque ni Florentina era ya para su esposa, ni para dama era razon que la procurasse, supuesto que la veia con determinacion grande de tomar mas seguro estado, que la librasse de otras semejantes desdichas, como las que por ella havian passado, y se alababa en sì de muy cuerdo en no haverle declarado su amor, hasta saber lo que entonces sabia: y assi acudiendo à remediar el desmayo, con que estaba; ya buelta de èl, la consolò, esforzandola con algunos dulces, y conservas, diciendola cariñosas razones, la aconsejò: que en estando con mas en-

Digitized by Google

entera salud, el mejor modo, para su reposo era, entrarse en Religion; donde viviria segura de nuevas calamidades: que en lo que tocaba à allanar el riesgo de la Justicia, si huviesse alguno, èl se obligaba al remedio, aunque diesse cuenta à su Magestad del caso, si fuesse menester: A lo que la Dama agradeciendole los beneficios que havia recibido, y recibia, con nuevas caricias, le respondiò, que esse era su intento, y que quanto primero se negociasse, y executasse, le haria mayor merced, que ni sus desdichas, ni el amor que al desdichado D. Dionis tenia, le daban lugar à otra cosa. Acabò D. Gaspar, con esta ultima razon de desarraygar, y olvidar el amor que la tenia: y en menos de dos meses que tardò Florentina en cobrar fuerzas, sanar de todo punto, y negociarse todo presto, que fuè necessario que se diesse cuenta à su Magestad del caso, que diò piadoso el perdon de la culpa, que Florentina tenia en ser culpada de lo referido. Se consiguiò su deseo, entrandose Religiosa en uno de los suntuosos Conventos de Lisboa, sirviendole de castigo su mismo dolor, y las heridas que le diò D. Dionis, supliendo el dote, y mas gasto, la gruessa hacienda que havia de la una parte, y la otra, donde oy vive santa, y religiosissima vida, carteandose con D. Gaspar, à quièn siempre agradecida, no olvida, antes con muchos regalos que le embia, agradece la deuda en que le està; el qual buelto con su Magestad à Madrid, se casò en Toledo, donde oy vive, y de èl mismo supe este desengaño que haveis oido.

Apenas diò fin la hermosa Lisis à su desengaño, quando la linda Doña Isabel, como quien tan bien sabia su intencion, mientras descansaba para decir lo que para dar fin à este entretenido Sarao faltaba, porque ya Lisis havia comunicado con ella su intento, dexando el harpa, y tomando una guitarra, cantò sola, lo que se sigue:

Al prado, en que espinas rusticas
crian mil humores salicos,
que de ausencias melancolicas
es fruto que dà mi animo.
Salgo à llorar de un cruelissimo,
olvidos de un amor tragico;
que si fuera dichosissimo,
cantára en estilo xacaro.
Que como vision fantastica,
ni aun de mis ojos los parpados,
vieron, pues voz harmonica
ganò en el alma habitaculo.
Con solo acentos cientificos
goza de mi amor el talamo,
si bien con olvido funebre
le quito à mi vida el ambito.
Acentos congoxadissimos
escuchan aquestos alamos;
que pena sin culpa acerrima
le dan al alma estos tartagos.
No canto como Oropendola,
ni qual Guilguerillo organicos;
mas lamento como Tortola,

Digitized by Google

quando està sola en el paramo.
Como fuè mi amor Plotanico,
y en èl no fuè el fuego tacito,
no quiso con fino anhelito
ser trueno, sino relampago.
Amo solo por teorica,
pagandome con preambulos,
y assi ha olvidado crueliſſimo
un amor puro, y magnanimo.
Ay prados, y cecos ceſpedes,
montes, y frios carambanos!
Oìd en baſcas armonicas
aqueſtos ſuſpiros languidos.
Con mis lagrimas terniſſimas
vueſtros arroyos criſtalicos,
ſeràn rios caudaliſſimos
con que crezca el amor Hiſpanico.
Y ſi de mi muerte acerrima
vieres los temblores palidos,
y mi vida canſadiſſima
dexàre ſu vital trafago.
Decidle al paxaro harmonico,
que con mal ſentidos canticos,
las aves deſcuydadiſſimas
cautiva al modo mecanico.
Como ſiendo, iluſtre Eroe,
y de valor tan diafano,
engaña ſiendo iluſtriſſimo,
fingiendo fuegos ſeraficos.
Que hay que eſperar de los comunes,
ſino deſdichas, y eſcandalos,
que mire à Teſco infelice,
atado en el Monte Caucaſo.
Que ſin razones hiſtoricas,
con eſtilo dulce, y practico
pone poa culto à las Tortolas,
que vive con libre animo.
Que milagro, que en oyendole,
ſe deſcuelgan de los pampanos?
Ni que milagro, que ardiendoſe,
quede atardida qual tabano?
Que ſi la mira benevola,
es eſtilo fiero, y aſpero,
que bolando ligeriſſimo,
la dexe en amargo tartago.
Que aunque à ſu bella Orpendola
amaſſe, es eſtilo barbaro
ſiendo eſte amor tan caſtiſſimo
darle pago tan tiranico.
Que en tiempo dilatadiſſimo,
no ſe ha viſto en mi habitaculo
de ſu memoria mortifica,
ni en ſu voluntad un atamo.
Que ſi amàra lo intelectico,
no le pesàra ſer Tàntalo,
ni olvidàra faciliſſimo
tiernos, y dulces dialogos.
Eſto cantaba una Tortola,
con ronco, y funebre cantico,
ſentada en un ciprès funebre,
que eſtaba en un ſeco paramo.

Bien ventilada me parece que queda, nobles, y diſcretos Cavalleros, y hermoſiſſimas Damas (dixo la bien entendida Liſis, viendo que Doña Iſabel havia dado fin à ſu Romance) la defenſa de las mugeres, por lo que me diſpuſe à hacer eſta Segunda Parte de mi entretenido, y honeſto Sarao: pues ſi bien confieſſo que hay muchas mugeres que con ſus vicios, è yerros han dado motivo à los hombres, para la mucha deſeſtimacion que oy hacen de ellas, no es razon que hablando en comun, las midan à todas con una miſma medida; que lo cierto es, que en una maquina tan dilatada, y eſtendida como la del mundo, ha de haver buenas, y malas; como aſſimiſmo

hay

Digitized by Google

hay hombres de la misma manera; que esso ya fuera negar la gloria à tantos Santos como hay ya passados de esta vida, y que oy se gozan con Dios en ella, y la virtud à millares de ellos, que se precian de ella; mas no es razon que se alarguen tanto en la desestimacion de las mugeres, que sin reservar à ninguna, como pecado original, las comprehenden à todas. Pues como se ha dicho en varias partes de este Discurso, las malas no son mugeres, y no pueden ser todas malas, que ya esto fuera no haver criado Dios en ellas almas para el Cielo, sino monstruos, que consumiessen el mundo.

Bien sè que me diràn algunos, quales son las buenas; supuesto que hasta en las de alta gerarquia se hallan oy traveßuras, y embustes. A esso respondo, que estas son mas bestias fieras que las comunes, pues olvidando las obligaciones; dan motivo à desestimacion: pues ya que su mala estrella las inclina à essas traveßuras, tuvieran mas disculpa si se valieran del recato. Esto es, si acaso à las deydades comprehende el vicio, que yo no lo puedo creer, antes me persuado que algunas de las comunes, pareciendoles ganan estimacion con los hombres, se deben (fiadas de un manto) de vender por reynas, y luego se buelven à su primero sèr, como las Damas de las Farsas. Y como los hombres estan dañados contra ellas; luego creen qualquiera flaqueza suya, y para apoyar su opinion, dicen, hasta las de mas obligacion, ya no la guardan; y aqui se vè la malicia de algunos hombres, que no quiero decir todos, aunque en comun han dado todos en tan noveleros, que por ser lo mas nuevo el decir mal de las mugeres, todos, dicen, que lo que se usa no se escusa. Lo que me admira, que los nobles, los honrados, y virtuosos se dexan ya llevar de la comun voz, sin que obre en ellos, ni la nobleza de que el Cielo los dotò, ni las virtudes, de que ellos se pueden dotar, ni de las ciencias que siempre estan estudiando, pues por ellas pudieran sacar, como tan estudiosos, que hay, y ha havido en las edades passadas, y presentes, muchas mugeres buenas, santas, virtuosas, estudiosas, honestas, valientes, firmes, y constantes. Yo confiesso, que en alguna parte tienen razon; que hay oy mas mugeres viciosas, y perdidas, que ha havido jamàs, mas no que falten tantas buenas, que no excedan el numero de las malas. Y tomando de mas atràs el apoyar esta verdad, no me podràn negar los hombres, que en las antiguedades no haya havido mugeres muy celebradas, que esto fuera negar las innumerables Santas, de quien la Iglesia canta, tantas Martyres, tantas Virgines, tantas Viudas, y continentes, tantas que han muerto, y padecido en la crueldad de los

Digitized by Google

hombres, que si esto no fuera assi, poco paño huvieran tenido estas Damas desengañadoras, en que cortar sus desengaños, todos tan verdaderos, como la misma verdad, tanto, que les debe muy poco la fabula, pues halta para hermosear, no han tanido necessidad de ella. Pues què ley humana, ni divina hallais, nobles Cavalleros, para precipitaros tanto contra las mugeres, que apenas se halla uno que las defienda, quando veis tantos que las persiguen? Quisiera preguntaros, si cumplis en esto con la obligacion de serlo, y lo que prometeis quando os poneis en los pechos las insignias de serlo? ¡Y si es razon, que lo que jurais quando os las dan, no lo cumplais? Mas pienso que ya no las deseais, sino por gala, como las medias de pelo, y las guedejas. De que pensais que procede el poco animo que oy todos teneis, que sufris, que estèn los enemigos dentro de España, y nuestro Rey en Campaña, y vosotros en el Prado, y en el Rio, llenos de galas, y trages femeniles, y los pocos que le acompañan, suspirando por las ollas de Egypto? De la poca estimacion que haceis de las mugeres, que à fé, que si las estimarais, y amarades como en otros tiempos se hacia, por no verlas en poder de vuestros enemigos, vosotros mismos ofrecierades, no digo yo ir à la guerra à pelear, sino à la muerte, poniendo la garganta al cuchillo, como en otros tiempos, y en particular en el del Rey D. Fernando el Catholico se hacia, donde no era menester llevar los hombres por fuerza, ni maniatados como aora; (infelidad, y desdicha de nuestro Catholico Rey) sino que èllos mismos ofrecian sus haciendas, y personas. El padre por defender la hija; el hermano por la hermana; el esposo por la esposa; y el galan por la dama: y esto era por no verlas presas, y cautivas; y lo peor es, deshonradas, como me parece que vendrà à ser, si vosotros no os animais à defenderlas: mas como ya las teneis por el alhaja mas vil, y de menos valor que hay en vuestra casa, no se os dà nada de que vayan à ser esclavas de otros, y en otros Reynos, que si los Plebeyos os vieran à vosotros con valor para defendernos, à vuestra imitacion lo hicieran todos: Y si os parece que en yendoos à pelear os han de agraviar, y ofender; idos todos, seguid à vuestro Rey à defendernos, que quedando solas, serèmos Moisenes, que orando vencerà Josuè. Es possible, que nos vais ya en poder de los contrarios, pues desde donde estàn à donde estamos, no hay mas defensa que vuestros heroycos corazones, y valerosos brazos? Y que no os correis de estaros en lo Corte hajando galas, y criando cabellos, hallando coches, y passeando prados, y que en lugar de defendernos, nos quiteis

la

Digitized by Google

la opinion, y el honor, contando cuentos que os suceden con Damas, que creo que son mas invenciones de malicia, que verdades, alabandoos de cosas, que es imposible sea verdad que lo pueden hacer, ni aun las publicas rameras, solo por llevar al cabo vuestra dañada intencion, todos efectos de la ociosidad, en que gastais el tiempo en ofensa de Dios, y de vuestra nobleza. Què esto hagan pechos españoles! Què esto sufran animos Castellanos! Bien dice un Eroe bien entendido, que los Franceses os han hurtado el valor, y vosotros à èllos los trages; estimad, y honrad à las mugeres, y vereis como resucita en vosotros el valor perdido: y si os parece que las mugeres no os merecen esta fineza, es engaño, que si dos os desobligan con sus malos tratos, hay infinitas que los tienen buenos; y si por una buena merecen perdon muchas malas, merecèanle las pocas que hay, por las muchas buenas que goza este siglo, como lo vereis si os dais à visitar los Santuarios de Madrid, y de otras partes, que son mas en numero las que vereis frequentar todos los dias los Sacramentos, que no las que os buscan en los prados, y rios. Muchas buenas ha havido, y hay; Cavalleros, cesse ya por Dios, vuestra civil opinion, y no os dexeis llevar del vulgacho novelero; que quando no huviera havido otra mas que nuestra Sereniſſima, y Santa Reyna Doña Isabel de Borbòn, (que Dios llevò) porque no la merecia el mundo (la mayor pèrdida que ha tenido España) solo por èlla merecian buen nombre las mugeres, alabandose las malas en èl, y las buenas adquiriendo glorioſas alabanzas, y vosotros se las deis de justicia; que os asseguro que si quando los Plebeyos hablan mal de èllas, supieran que los Nobles las havian de defende, que de miedo, por lo menos las tratàran bien; pero ven que vosotros escuchais con gusto sus oprobrios, y son como los truanes, que añaden libertad à libertad, desverguenza à desverguenza, y malicia à malicia: y digo, que ni es Cavallero, ni Noble, ni honrado, el que dice mal de las mugeres, aunque sean malas, pues las tales se pueden librar en virtud de las buenas. Y en forma de desafio, digo, que el que dixere mal de èllas, no cumple con su obligacion; y como he tomado la pluma, haviendo tantos años que la tenia arrimada, en su defensa, tomarè la espada para lo mismo, que los agravios sacan fuerzas donde no las hay; no por mi, que no me toca, pues me conoceis por lo escrito; mas no por la vista, sino por todas, por la piedad, y lastima que me causa su mala opinion. Y vosotras hermosas Damas, de toda suerte, de calidad, y estado, que mas desengaño aguardais, que el desdoro de vuestra fama en boca de los hombres?

Digitized by Google

bres? Quando os desengañarèis, de que no procuran mas de derribaros, y destruìros, y luego decir aun mas de lo que con vosotras les sucede? Es possible, que con tantas cosas como haveis visto, y oido, no reconocereis, que en los hombres no dura mas la voluntad, que mientras dura el apetito, y en acabandose se acabò? Sino conocedlo en el que mas dice que ama una muger: hallela en una niñeria, à ver si la perdonarà como Dios: porque nos ama tanto, nos perdona cada instante, y cada momento tantas ofensas como le hacemos.

Pensais ser vosotras mas dichosas que las referidas en estos desengaños? Esse es vuestro mayor engaño; porque cada dia, como el mundo se và acercando al fin, và todo de mal en peor; porque quereis por velera tan mudable, como la voluntad de un hombre, aventurar la opinion, y la vida en las crueles manos de los hombres; y es la mayor desdicha de todo esto, que quizà las inocentes, y las que no tienen culpa ninguna mueren, y las malicioſas, y que estàn culpadas viven; pues no he de ser yo assi, que en mi no ha de faltar de ninguna manera el conocimiento que en todas las demàs: Y assi vos, señor D. Diego, (prosiguiò la sabia, y entendida Lisis, buelta al que aguardaba verla su esposa) advertid, que no serà razon, que deseando yo desengañar, me engañe, no porque en ser vuestra esposa, pueda haver engaño ninguno, sino porque no es justo que yo me fie de mi dicha, porque no me siento mas firme, que la hermosa, y entendida Doña Isabel, à quien no le aprovecharon tantos trabajos, como en el discurso de su desengaño nos refiriò, de que mis temores han tenido principio: Considero à Camila, que no le bastò para librarse de una desdicha, ser virtuosa, sino que por no avisar à su esposo, sobre morir, quedò culpada: Roseleta, que le avisò, tampoco se librò del castigo: Elena sufriò inocente, y muriò atormentada: Doña Inès no le valiò el privarla el Magico con sus enredos, y encantos el juicio; ni à Laurela, el engañarla el traydor; ni à Doña Blanca tampoco le sirviò de nada su virtud, ni candidèz: ni à Doña Mencia el ser su amor sin culpa; ni à Doña Ana el no tenerla, ni haver pecado, pues solo por ser pobre, vino à perder la vida; Beatriz huvo menester todo el favor de la Madre de Dios para salvar la vida, acossada con tantos trabajos, y este no todas le merecemos; Doña Madalena no le sirviò el ser honesta, y virtuosa para librarse de la traicion de una infame sierva, de que ninguna en el mundo se puede librar; porque si somos buenas, nos levantan un testimonio; y si ruìnas descubren nuestros delitos, porque los criados, y criadas son animales caseros, y ene-

Digitized by Google

enemigos no escusados, que los estamos regalando, y gastando con ellos nuestra paciencia, y hacienda, y al cabo como el Leon, que hasta el Leonero de criarle, y sustentarle, se buelve contra èl, y le mata: assi èllos, al cabo matan à sus amos, diciendo lo que saben de èllos: y diciendo lo que no saben, sin cansarse de murmurar, de su vida, y costumbres. Y es lo peor, que no podemos passar sin èllos, por la vanidad, y por la honrilla: Pues si una triste viudilla tiene tantos enemigos, y el mayor es un marido, pues quien me ha de obligar à que entre yo en lid de que tantas han salido vendidas, y saldràn mientras durare el mundo, no siendo mas valiente, ni mas dichosa. Vuestros meritos son tantos que hallareis esposa mas animosa, y menos desengañada; que aunque no lo estoy por experiencia, lo estoy por ciencia; y como en el juego, que mejor juzga quien mira, que quien juega; yo viendo, no solo en estos desengaños, mas en lo que todas las casadas me dan; unas lamentandose, de que tienen los maridos jugadores; otras amancebados, y muchas de que no atienden à su honor, y por escusarse de dar à su muger una gala, sufren que se la dè otro: y mas, que por esta parte, al cabo de desentenderse, se dan à entender con quitarles la vida, que fuera mas bien empleado quitarsela à ellos, pues fueron los que dieron la ocasion, como he visto en Madrid, que desde el dia que se diò principio à este Sarao, que fuè Martes de Carnestolendas de este presente año de mil seiscientos quarenta y seis, han sucedido muchos casos escandalosos, estoy tan cobarde, que como el que ha cometido algun delito, me acojo à sagrado, y tomo por amparo el retiro de un Convento, desde donde pienso (como es talanqueta) ver lo que sucede à los demàs: y assi con mi querida Doña Isabel, à quien pienso acompañar mientras viviera, me voy à salvar de los engaños de los hombres. Y vosotras, hermosas Damas, si no os desengaña lo escrito, desengañeos lo que me veis hacer. Y à los Cavalleros por despedida suplico, muden de intencion, y lenguage con las mugeres; porque si mi defensa por escrito no basta, serà fuerza que todas tomemos las armas para defendernos de sus malas intenciones, y defendernos de los enemigos; aunque no sè que mayores enemigos que èllos, que nos ocasionan à mayores ruinas que los enemigos.

Dicho esto la discreta Lisis, se levantò, y tomando por la mano à la hermosa Doña Isabel, y à su prima Doña Estefania por la otra, haciendo una cortès reverencia, sin aguardar respuesta, se entraron todas tres en otra quadra, dexando à su madre, como ignorante de su intencion, confusa; à

D.

Digitized by Google

D. Diego desesperado; y à todos admirados de su determinacion. D. Diego descontento, con basças de muerte, sin despedirse de nadie, se salió de la sala; dicen que se fuè à servir al Rey en la guerra de Cataluña, donde murió, porque èl mismo se ponia en los mayores peligros. Toda la gente despidiendose de Laura, dandole muchos parabienes del divino entendimiento de su hija, se fueron à sus casas, llevando, unos que admirar, todos que contar, y muchos que murmurar del Sarao, que hay en la Corte grande numero de sabandijas legas, que su mayor gusto es decir mal de las obras agenas; y es lo mejor, que no las saben entender.

Otro dia Lisis, y Doña Isabel, con Doña Estefania, se fueron à su Convento: con mucho gusto Doña Isabel tomò el Abito, y Lisis se quedò seglar, y en poniendo Laura la hacienda en orden, que les rentasse lo que havian menester, se fuè con èllas por no apartarse de su amada Lisis, avisando à su madre de Doña Isabel, que como supo donde estaba su hija, se vino tambien con èlla, tomando el Abito de Religiosa, donde se supo como D. Felipe havia muerto en la guerra. A pocos meses se casò Lisarda con un Cavallero forastero muy rico, dexando mal contento à D. Juan, el qual confessaba, que por ser desleal à Lisis, le havia dado Lisarda el pago que merecia, de que le sobrevino una peligrosa enfermedad, y de èlla un frenesì, con que acabò la vida.

Yo he llegado al fin de mi entretenido Sarao, y por fin pido à las Damas, que se reporten en los atrevimientos, si quiren ser estimadas de los hombres; y à los Cavalleros, que muestran serlo, honrando à las mugeres, pues les està tan bien, ò que se den por desafiados; porque no cumplen con la ley de Cavalleria en no defender à las mugeres. Vale.

Ya ilustrissimo Fabio, por cumplir lo que pedistes, de que no diesse tragico fin à esta historia, la hermosa Lisis queda en clausura, temerosa de que algun engaño la desengañe, no escarmentada de desdichas proprias. No es tragico fin, sino el mas felice que se pudo dar, pues codiciosa, y deseada de muchos, no se sujetò à ninguno. Si os duran los deseos de verla, buscadla con intento casto, que con esto la hallarèis tan vuestra, y con la voluntad tan firme, y honesta, como tiene prometido, y tan servidora vuestra como siempre, y como vos mereceis, que hasta en conocerlo ninguna le hace ventaja.

Doña Maria de Zayas, y Sotomayor.

Digitized by Google

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

CANCELLED
APR 21 1983
APR 11 1983

Digitized by Google

Digitized by Google

WIDENER LIBRARY
HX 641G Y
3 2044 024 357 642

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER
SEP 1 1 1995
FEB 2 1 1996
BOOK DUE
CANCELLED

Digitized by Google

Digitized by Google